

LAUTARO NÚÑEZ ATENCIO

*Vida y cultura
en el oasis de San Pedro de Atacama*



EDITORIAL UNIVERSITARIA

IMAGEN DE CHILE

CUBIERTA

Personaje llamado *Sacrificador*
correspondiente a la Cultura de San Pedro de Atacama.
Colección G. Le Paige.
Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo.
Universidad Católica del Norte,
San Pedro de Atacama.



© 1991, LAUTARO NÚÑEZ ATENCIO
Inscripción N° 78.163, Santiago de Chile.

Derechos exclusivos reservados para todos los países por
© EDITORIAL UNIVERSITARIA, S.A.
Avda. Bernardo O'Higgins 1050. Santiago de Chile.

editor@universitaria.cl

Ninguna parte de este libro, incluido el diseño de la portada,
puede ser reproducida, transmitida o almacenada, sea por
procedimientos mecánicos, ópticos, químicos o
electrónicos, incluidas las fotocopias,
sin permiso escrito del editor.

ISBN 978-956-11-1959-8

Texto compuesto en tipografía *ITC New Basquerville 10/12*

Se terminó de imprimir esta
EDICIÓN
de 2.000 ejemplares,
en los talleres de Imprenta Salesianos S.A.,
General Gana 1486, Santiago de Chile,
en diciembre de 2007.

DISEÑO DE PORTADA
Paula Díaz Rodríguez
Yenny Isla Rodríguez
Simone Pezzuto Morrison

Autorizada su circulación por Resolución N° 201 del 13 de septiembre de
1991 de la Dirección Nacional de Fronteras y Límites del Estado.
La edición y circulación de mapas, cartas geográficas u otros
impresos y documentos que se refieren o relacionen con los
límites y fronteras de Chile, no comprometen, en modo alguno,
al Estado de Chile, de acuerdo con el Art. 2º, letra g,
del DFL N° 83 de 1979, del Ministerio de Relaciones Exteriores.

www.universitaria.cl

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

Al R.P. Gustavo Le Paige, S.J. (1980 †)
Fundador del Museo Arqueológico de la
Universidad Católica del Norte en San Pedro de Atacama.

*Cuándo conoceré una historia atacameña sencilla para no sentir
vergüenza por todo lo que no sé sobre mi propio pasado.*

Santiago Ramos, 18 de agosto 1988.

Al viejo amigo Estanislao Ramos, Sabio Atacameño de Pei-
ne que se llevó con sus andares las voces de todos los rinco-
nes de esta tierra... (2005 †)

PITCHAN LICKANTACKSI MA-ISTUR CKOTCH CKARI LALACKMA
(Hermano Atacameño procura la nueva alborada)

ÍNDICE

Introducción	11
I. Los cazadores descubren el territorio atacameño (9.000-2.000 años a.C.).	17
II. Los primeros pastores y la domesticación del paisaje circumpuneño (1.200-500 años a.C.).	29
III. El surgimiento de la cultura de San Pedro (500 años a.C.-100 años d.C.).	35
IV. El auge de la cultura de San Pedro (100-900 años d.C.).	41
V. Consolidación de la nación atacameña (900-1.450 años d.C.).	59
VI. Bajo el dominio de los Inkas (1.450-1.536 años d.C.).	71
VII. La inesperada invasión española (siglo XVI).	79
VIII. La pacificación de Velázquez Altamirano (siglo XVI).	97
IX. Atacameños y españoles durante el siglo XVII (1.600-1.700).	111
X. Movilidad de la comunidad atacameña y la autoridad española en el siglo XVIII (1683-1792).	119
XI. La nueva resistencia atacameña durante el siglo XVIII (1770-1780).	129
XII. El urbanismo de San Pedro de Atacama (1770).	139
XIII. La evangelización española en San Pedro de Atacama (siglo XVII).	157
XIV. Los bailes religiosos de ancestro colonial (siglo XVIII).	165
XV. La región atacameña durante el período boliviano (1825-1879).	175
XVI. La vida atacameña durante el siglo XX.	211
XVII. El impacto de los centros minero-urbanos sobre la vida atacameña actual.	253
<i>Comentario Final</i>	260
<i>Epílogo</i>	265
<i>Bibliografía</i>	267
<i>Índice de Figuras</i>	271

Prólogo a esta edición

Este libro que hoy aparece bajo el título *Vida y Cultura en el Oasis de San Pedro de Atacama* se agotó en su primer año de circulación, constituyendo un primer esfuerzo editorial en términos de reunir en una obra de síntesis, los sucesos prehistóricos e históricos integrados en el epicentro de la sociedad atacameña: los oasis de San Pedro de Atacama. Por su carácter a la vez didáctico y científico fue adecuado para estudiantes, turistas y estudiosos de las visiones regionales. Sin embargo, fue muy útil principalmente entre los jóvenes de aquí, que desconocían su propia historia, puesto que es evidente en países como el nuestro, la notable carencia de textos que recuperen a ese “otro” país étnico, marginado de las Historias Generales.

Se consideró mantener por ahora el texto de la edición original, aunque se optó por agregar como anexo un listado bibliográfico más actualizado correspondiente a publicaciones que pudieran ayudar a los lectores más especializados.

Ocurrió un buen día que dos jóvenes atacameños del sur del Salar nos trajeron fotocopiado en hojas muy usadas un “descubrimiento” que circulaba allí entre manos con la traducción del Talatur. Esa maravillosa plegaria kunza con que los cantales de Peine y Socaire se funden en el rito, como intermediarios entre sus comunidades y los cerros sagrados dadores del agua, la misma que hoy se negocia por el neoliberalismo como un bien transable, olvidándose que los pueblos originarios del Desierto son sus primeros y legítimos herederos. Esas páginas fotocopiadas venían de la edición agotada. Era cierto, entonces, que esta obra se había transformado en un referente para aquellos que siempre habían vivido aquí, en estos oasis, sin conocer una sinopsis de su propia historia, y que ahora podían aprehenderla para la reconstitución de su orgullo étnico y cultural. Esto explica el por qué la palabra turismo no se advierte en sus páginas, no se trata de desconocer su enorme valor socioeconómico, en especial cuando los propios atacameños lo articulan como actores protagónicos. Lo que deseamos decir es que este texto los ha acompañado y estimulado en el fortalecimiento de la memoria histórica y cultural emergente de los estudios arqueológicos, desde los archivos escritos y, por cierto, de las tradiciones orales que en conjunto permiten revelar una historia de 11.000 años de permanencia ya no más oculta en el centro de la Puna de Atacama. Así, una reedición era necesaria, aunque estamos en deuda con el historial de todos los pueblos del Loa y Atacama, con especial dedicación a aquellos que habitaron la región de Peine en donde junto con sus descendientes hemos identificado los primeros logros civilizatorios de los antiguos Atacamas.

LAUTARO NÚÑEZ ATENCIO

Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo
Universidad Católica del Norte, San Pedro de Atacama
Premio Nacional de Historia (2002)

Introducción

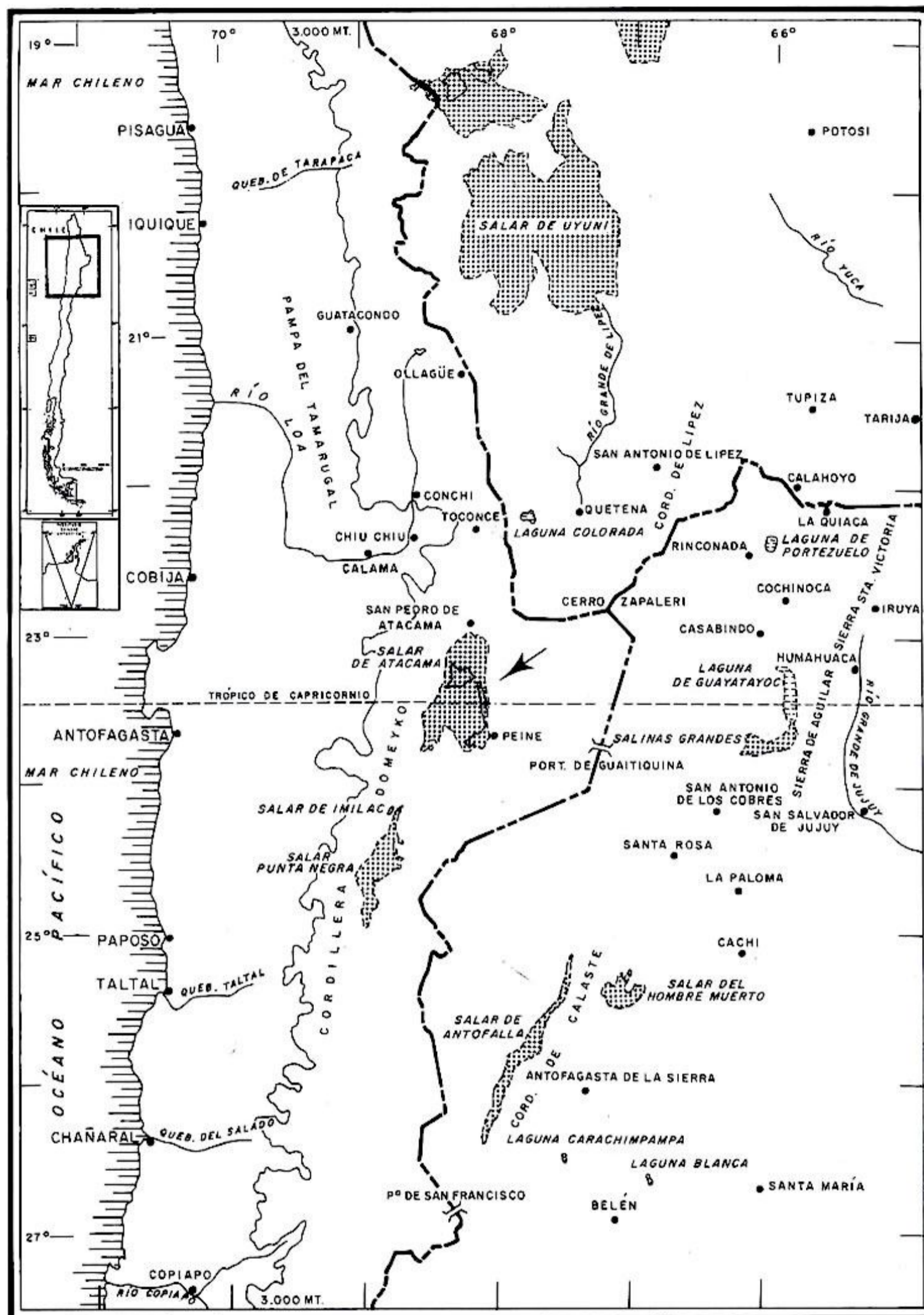
Para los que estudiamos el pasado indígena del país, acercarnos a la comprensión de los episodios históricos derivados de la invasión española es una aventura única, puesto que la vida se reconstruye con documentos que parecen “hablar” mucho más que nuestros pobres tuestos, esqueletos y tejidos todavía fragmentados... Sin embargo, los estudios arqueológicos no hacen otra cosa que reconstruir las más largas historias de aquellos pueblos que no decidieron escribirlas porque las mantenían vivas en sus memorias y eran así transferidas de padres a hijos, de sabios a discípulos, de artesanos a aprendices. Con la muerte de los últimos atacameños se apagaron las más complejas bibliotecas, ordenadas, en los minúsculos estantes de cada uno de los cráneos sepultados. De modo que los arqueólogos nos debemos a la singular labor de escribir esas viejas historias con otra clase de documentos y otros procedimientos científicos que, en conjunto, ofrecen un marco metodológico y técnico que se encarga del cómo hacer “hablar” a los “archivos enterrados” en los distintos sitios arqueológicos del territorio atacameño. Si, es cierto, en última instancia el hombre es uno sólo, indivisible, siempre involucrado con sus labores, sus familias, sus caudillos, idearios, fracasos, anhelos y esperanzas. Todo esto fue y es tan complejo desde antes y después del primer contacto español. Con esto en mente decidimos juntar las “dos” historias atacameñas y redactar esta reseña sin ninguna pretensión, puesto que el avance de la nueva generación de etnohistoriadores se encargará de publicar la tan esperada Historia de los Pueblos Atacameños.

Ahora, sólo se han seleccionado algunos episodios relevantes que son relatados en un sentido cronológico, pero es indudable que gran parte de los sucesos coloniales y republicanos tempranos de esta comarca se mantienen aún inéditos, catalogados o arrumbados en los más inesperados archivos de las metrópolis de España, Perú, Bolivia, Argentina y Chile. En efecto, así de múltiples fueron los vínculos de dependencia de Atacama en relación al orden jurídico, político-administrativo y eclesiástico establecido durante estos últimos casi cinco siglos de “historia” (Fig. 1).

Este mismo ordenamiento sirvió para detectar vacíos muy críticos de la historia preespañola, en especial aquellos datos que inciden en la reconstitución de los modos de vida indígena, así en el orden del tiempo y la naturaleza de sus asentamientos.

Pareciera intrascendente conocer la historia de una pequeña nación andina localizada en uno de los más estériles y solitarios paisajes de la tierra americana. Pero las historias las hacen todos los hombres estando probado que ésta alcanzó logros sobresalientes. Sin embargo, lo que más nos sobrecoge es la “historia” de la conquista de los recursos, la domesticación de la tierra, el acto de cultivar la vida en desafío al paisaje más yermo de la tierra.

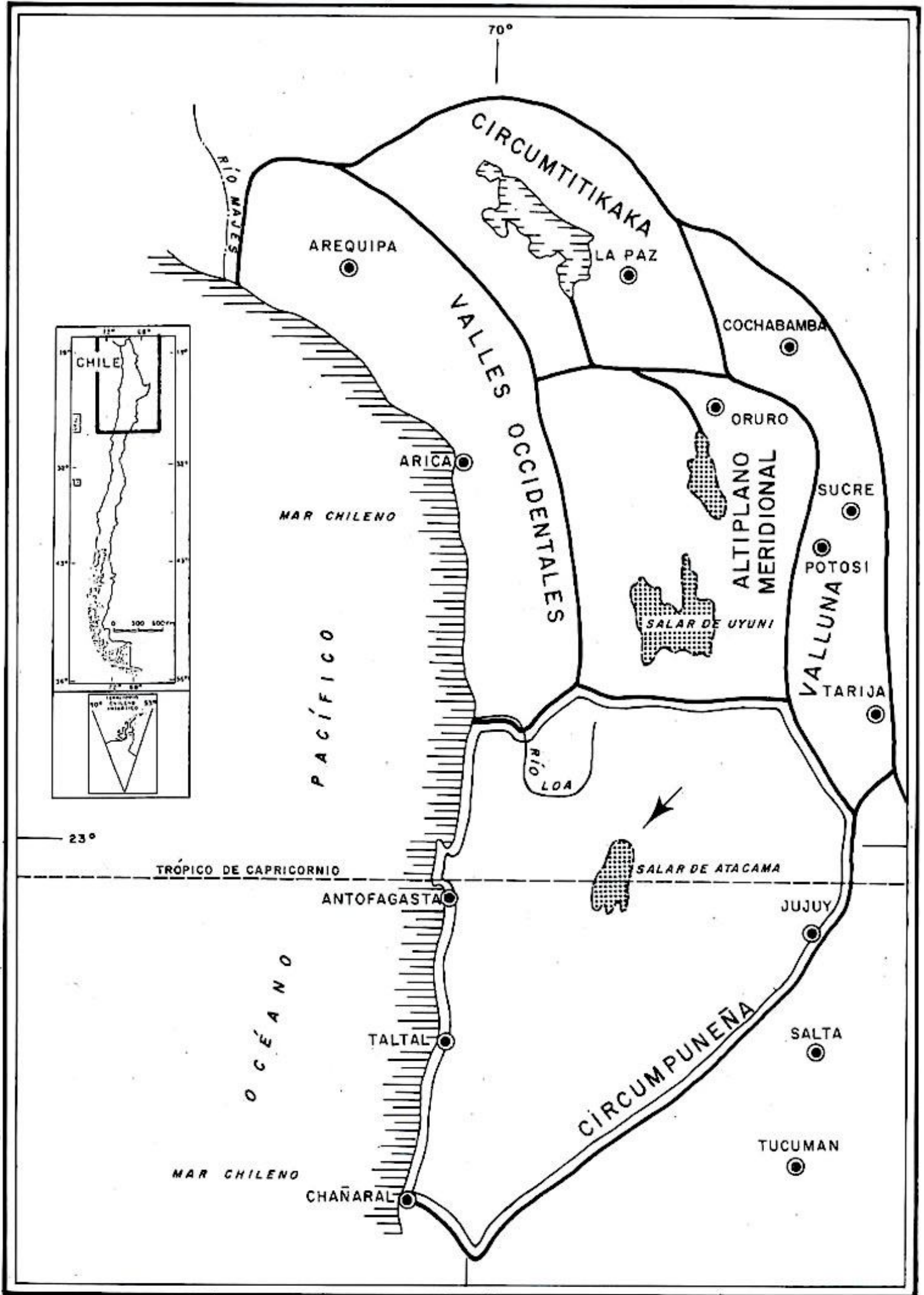
Figura 1
Ubicación de la subárea circumpuneña y regiones limítrofes.



Superaron las críticas relaciones que enfrentaron a nivel interno y fronterizo y después de 10.000 años de permanencia lograron un territorio amansado a su medida, hasta enfrentar dramáticamente el choque de la conquista española iniciándose así, una agotadora lucha por restaurar la frágil estabilidad aldeana de los oasis, en donde el acto de vivir debía ser siempre más digno que el mero gesto de sobrevivir...

Esta reseña se ha escrito con la suficiente premura de un encargo, no alcanzando siquiera a la revisión de todas las fuentes escritas. Pero se han

Figura 2
Ubicación de la subárea circumpuneña en el área centro-sur andina.



subrayado los relatos más significativos en torno a la cabecera atacameña de San Pedro de Atacama. Necesitábamos para nuestra Institución, un guión matriz del proceso sociocultural "completo", desde los cazadores originarios hasta el comienzo del siglo XX, con el fin de afinar un modelo procesal que permitiera la exhibición de las colecciones a nivel de la futuras ampliaciones museográficas (Museo Arqueológico de San Pedro de Atacama).

Por otra parte, existía el sentimiento entre los que vivimos aquí, de contar por fin con a lo menos una reseña que nos remitiera a visualizar un

esquema de toda y todos en la historia regional. También necesitábamos un texto a nivel de divulgación que señalara el contenido y peso histórico de un territorio con un rico pasado y presente, pleno de tradiciones, colecciones y monumentos, emplazados en un magnífico entorno andino que guarda una verdadera reserva de la naturaleza así como de las obras humanas vernáculas más preciadas del país (Fig. 2a).

Precisamente para conservar el patrimonio cultural y natural de este territorio, urgía lograr un fundamento histórico que ayudara a jerarquizar

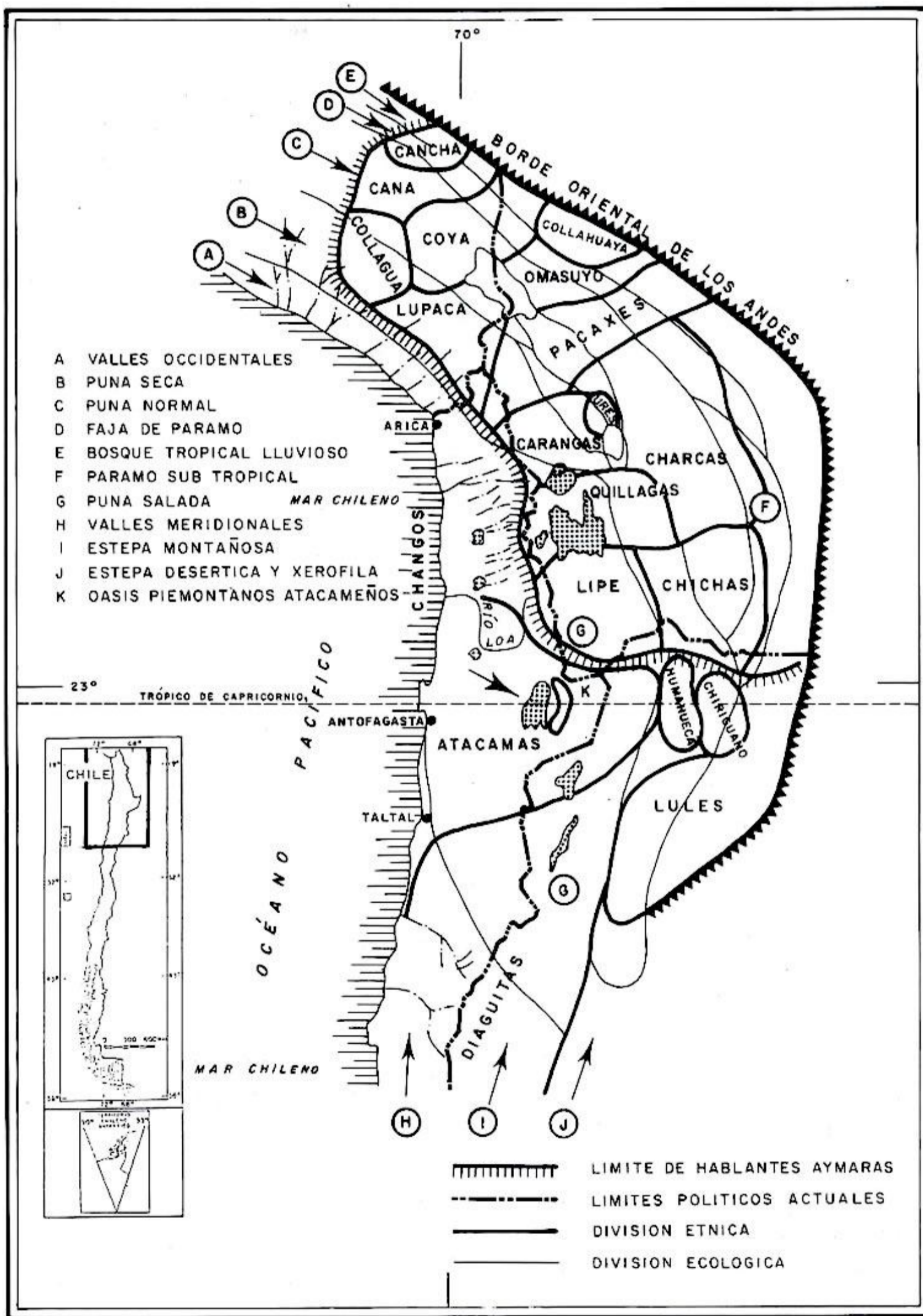


Figura 2a
Ubicación de la etnia atacameña en el marco de los pueblos aymarás del siglo XVI.

RESUMEN DE LA SECUENCIA PREHISTÓRICA E HISTÓRICA

ESPAÑA (EUROPA)		EDAD ANTES DEL PRESENTE	EDAD EN REFERENCIA A CRISTO	PERÍODOS		ESTADIOS DE DESARROLLO CIRCUMPUNEÑO			
				ANDES CENTRALES	CENTRO SUR				
RESTAURACIÓN REPUBLICANA 2 ^{da} República restauración monárquica Primera República		0	1989 1950	Republicano Medio (Siglo 20)	XIV Republicano Medio	Régimen Republicano (capitalismo)			
		100	1900	Republicano Temprano (Siglo 19)	XIII Republicano Temprano (Siglo 19)	Independencia del régimen colonial español			
B A R R O C O	Colonias hispánicas en América	Dinastía Borbónica	200	1800	Hispánico Tardío (Siglo 18)	XII Hispánico Tardío (Siglo 18)	Régimen Colonial-Español (Mercantilismo)		
			Dinastía Hapsburg	300	1700	Hispánico Medio (Siglo 17)		XI Hispánico Medio (Siglo 17)	
Gótico	Reinos de: Castilla Granada		400	1600	Hispánico Temprano (Siglo 16)	X Hispánico Temprano (Siglo 16)	Régimen Colonial-Español (Mercantilismo)		
Bizantino	Portugal (Unificación monárquica)		500	1500	Horizonte Tardío	IX Inka		Expansión del Imperio Inka	
R. León	R. Navarra	R. Cast.	1000	1000	Intermedio Tardío	VIII Desarrollos regionales	Sistemas semiurbanos y aldeas complejas que constituyen señoríos y/o reinos		
		Almoravide			Horizonte Medio	VII Desarrollos regionales Interacción Tiwanaku	Aldeas complejas con mineros, artesanos, agropastores, agricultores, traficantes. Contemporáneas a la influencia del Estado Tiwanaku en territorios étnicos diferenciados.		
Vándalos Alanos Suevos		Reino Visigodo		1500	500	Intermedio Temprano	VI Formativo Regional Centro-Sur	Pueblos de agropastores, agricultores de aldeas sedentarias con características culturales maduras o formativas. (Ejs. cerámica, metalurgia, regadío). Y excedentes de producción.	
IMPERIO ROMANO				2000	d.C.	Horizonte Temprano			
EDAD DEL HIERRO (Cultura Latene) Celtas/Colonias Griegas				3000	1000		V Formativo antiguo	Primeros pueblos de vida pastoralista aldeana. Productores y recolectores especializados de alimentos con asentamientos sedentarios iniciales y comienzo de manufacturas complejas (telar, cerámica, metalurgia, etc.).	
COLONIAS FENICIAS EDAD DEL BRONCE				4000	2000		IV Arcaico Tardío Transicional	Cazadores recolectores tardíos en transición hacia la crianza, agricultura avanzada e inicio de semisedentarización.	
NEOLÍTICO				5000	3000		III Arcaico Medio	Cazadores recolectores arcaicos con labores especializadas (no productores de alimentos) con regímenes trashumánticos maduros.	
				6000	4000		Pre-cerámico	Periodo II Arcaico Temprano	Cazadores recolectores arcaicos tempranos de comienzos del Holoceno (postglacial): inicio de regímenes trashumánticos de apropiación de recursos.
MESOLÍTICO CULTURA CAPSA				7000	5000			Periodo I Paleolítico	Cazadores paleoindios de fauna extinta de fines del Pleistoceno (término de la edad glacial), evidencias en estudio.
				8000	6000				
PALEOLÍTICO FINAL				9000	7000				
				10000	8000				
				11000	9000				
				12000	10000				
				13000	11000				

Secuencia o periodificación comparativa entre España, los Andes-centrales y centro-sur; desarrollo de la sociedad circumpuneña (L. Núñez *et al.* 1986).

y salvar a la localidad de San Pedro de los inevitables cambios del modernismo industrial, compatibilizando la historia cultural con las tradiciones locales y su conservación hacia el futuro. En este sentido, esta obra surge también para sostener el proyecto de un plan regulador de San Pedro de Atacama, puesto que, gracias a su Ilustre Municipalidad, se logrará normar sobre él cómo mantener el patrimonio vernáculo que tipifica la identidad misma de la comarca atacameña (Fig. 2a). Finalmente, algo de tres décadas de presencia sostenida de la Universidad Católica del Norte en el propio mundo andino, merecía una publicación que recogiera en un solo relato las sagas y sucesos principales de esta tierra.

I. Los cazadores descubren el territorio atacameño (9.000-2.000 años a.C.)

Siempre hay un comienzo cuando la tierra antigua no tenía habitantes ni moradas y siempre hay un primer hombre que la descubre como aquella prometida, y la vida humana se desata tras la verdadera conquista de un territorio esencialmente salvaje. Así, entre el IX y el II milenio antes de Cristo (a.C.), se sucedieron diversas etapas del período de los cazadores - recolectores, verdaderos descubridores de la puna de Atacama:

a) *Etapa Tuina (9.000-7.500 años a.C.)*

LA ANTIGUA GEOGRAFÍA

Durante la edad glacial, la región atacameña estuvo sometida a fuertes cambios climáticos en un ambiente más bien hostil. La ubicación de la línea de nieve era mucho más baja que la actual, con más frío y lluvias; habían frecuentes erupciones volcánicas, dentro de un paisaje dominado por grandes lagos y ríos más torrentosos desplazados desde la cordillera.

(A fines de la última glaciación, aproximadamente hace 11.000 años atrás, el clima varió bruscamente, las condiciones glaciales o pleistocénicas dieron paso a un ambiente más cálido y árido. Se recogieron los glaciales, algunos lagos se secaron reduciéndose a salares, y los ríos comenzaron a labrar sus cursos y quebradas de un modo más regular, humedeciéndose el suelo de los oasis piepuneños con mayor estabilidad, dando lugar al crecimiento de los bosques de algarrobos y chañares.)

Por otro lado, la más marcada estacionalidad de las lluvias de verano verdearon los cerros de pastos cordilleranos, y aumentaron los caudales de los ríos, aunque éstos se perdían en las playas y lagunas del Salar de Atacama.

Es probable que en esta época de fines del Pleistoceno la aridez haya afectado a los grandes herbívoros de la edad glacial: caballos, paleolamas, megaterios, etc., concentrándolos en donde había disponibilidad de agua. Es posible que algunos cazadores de aquellos llamados Paleoindios, bien adaptados a los climas glaciales, pudieron pernoctar por estos ríos, lagos y praderas andinas, tras las manadas de estos enormes animales actualmente extinguidos, pero sus vestigios aún no han sido encontrados con certeza.)

Sin embargo, una vez que comenzó a estabilizarse el clima postglacial, la región de San Pedro de Atacama fue sorprendida por el ingreso de los

primeros cazadores llamados arcaicos. Un buen día, hace diez mil años atrás, aparecieron estos hombres recortados entre la alta Puna y los cielos azules, observando la disponibilidad de recursos (animales, plantas, agua) que había entre los valles, oasis y lagos extendidos en la pendiente occidental de la Puna atacameña. Eran los únicos, como los elegidos por sus dioses, y descendieron por el curso de los arroyos, alejándose de las altas cumbres, hasta ocupar cuevas y refugios localizados junto a los arroyos intermedios y serranías con forraje. Aquí iniciaron el régimen de caza y recolección en especial de camélidos salvajes, roedores y aves; vivieron en las cuevas de San Lorenzo, Tuina y Chulqui, y ya desde los 8.870 a los 7.500 años a.C. (antes de Cristo) se trasladaban tras las manadas de camélidos (antiguas vicuñas y guanacos) hacia lugares con aguadas y rocas más adecuadas para la confección de sus artefactos, en especial sus puntas de dardos de formas triangulares, algunos raspadores pesados y yunques planos (Fig. 3).

CAZADORES
DE TUINA,
SAN LORENZO
Y CHULQUI

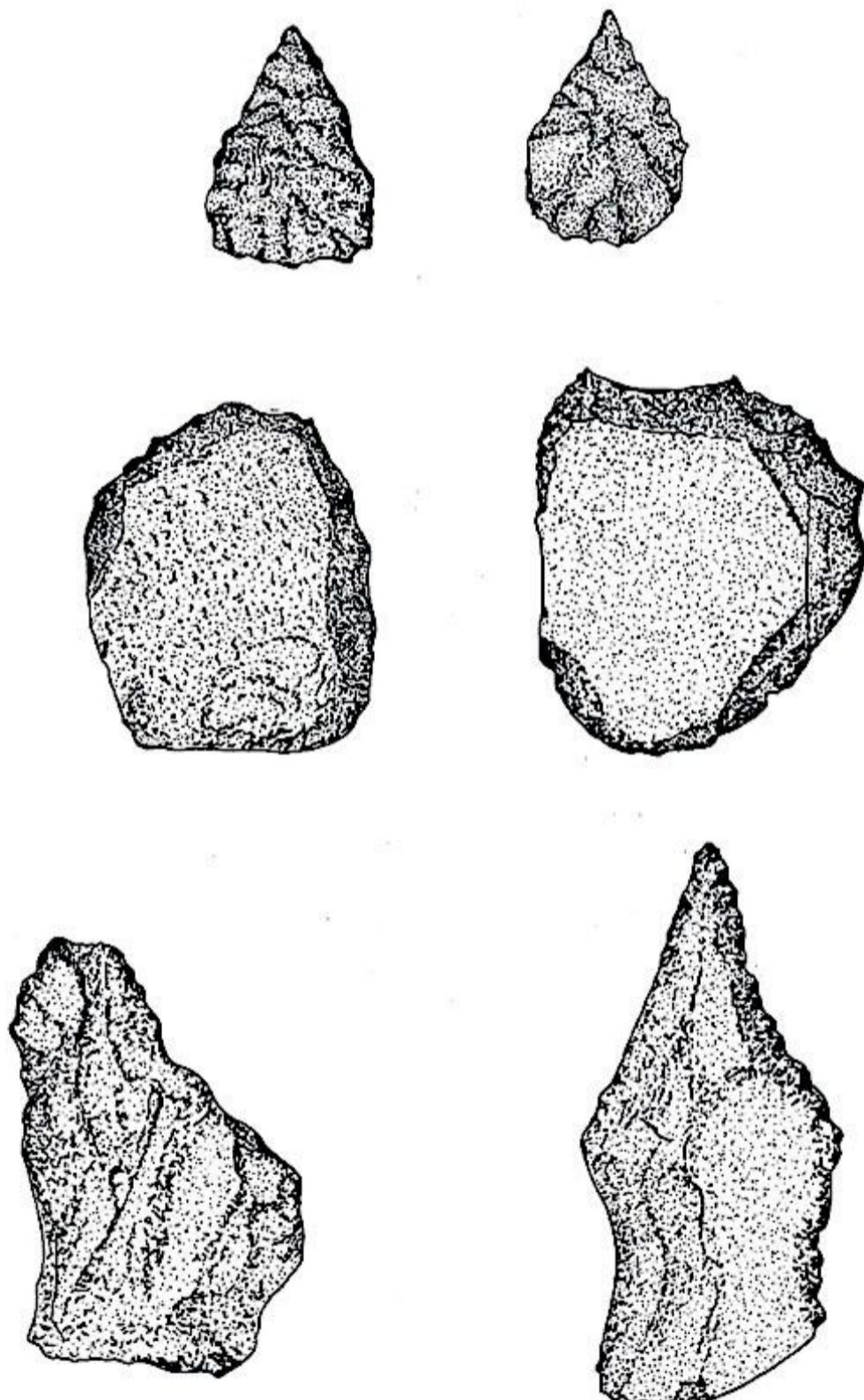


Figura 3
Selección de artefactos
líticos de los primeros
cazadores puneños de
Tuina: puntas y raspa-
dores.

b) *Etapa Tambillo (7.500-4.000 años a.C.)*

Por los 7.500 años a.C., estas poblaciones arcaicas ya han crecido considerablemente al punto que no dependen de sus inhóspitas viviendas bajo roca. La multiplicación de sus familias y su buen entendimiento con los recursos, en especial por el aumento de las labores de recolecta vegetal desde la alta Puna hasta las playas del Salar de Atacama, les permitió sobrevivir con más éxito. Ahora aprovechaban mejor durante el año todos los lugares posibles en donde el agua concentraba la vida animal y vegetal. Se instalaron en grandes campamentos, contruidos esta vez al aire libre, porque ya podían desafiar mejor a la naturaleza y confiar más en sus habilidades para cazar y recolectar alimentos vegetales de crecimiento espontáneo. ¿Cuál fue su origen? No se sabe, tal vez fueron los descendientes de los hombres de la etapa anterior.

CAZADORES DE
TAMBILLO

Surgían así los primeros asentamientos usados estacionalmente, tales como los ubicados en las vegas de Tambillo (al sur de San Pedro), junto a la playa del Salar. Desde los 7.500 años a.C., los cazadores de Tambillo se movían tras sus alimentos y materias primas a lo largo de quebradas e inclusive por el río Loa. Solían ascender a la alta puna durante primavera y verano, donde intensificaban las matanzas de camélidos (vicuñas y guanacos), suris (grandes aves corredoras); recogían rocas volcánicas, principalmente la obsidiana, con las que hacían finos instrumentos (cuchillos, perforadores, puntas, etc.) que los utilizaban a lo largo de todo el territorio, en especial la estólica o propulsor de dardos (Fig. 4).

Los cazadores de Tambillo vivían en casas circulares, socavadas en el suelo, con uno o más fogones principales o externos, que servían para el conglomerado de habitaciones. Molían sus alimentos en morteros cónicos y cazaban o faenaban cantidades de camélidos y roedores del Salar. Usaban puntas y cuchillos triangulares y típicos raspadores discoidales chatos o planiformes. La presencia de varios campamentos señala que las vegas de Tambillo eran ricas en avifauna y tanto atraían a estos grupos, que aquí comienzan a disponerse los primeros y pequeños cementerios, con cráneos dolicocefalos, asociados a ofrendas de morteros de roca. Sin duda que esta población de cazadores de la etapa Tambillo, a diferencia de los anteriores de Tuina, representa un aumento de la población cazadora, más acceso a distintos recursos tanto alimentarios como de materias primas; se les llama trashumantes porque aprovechan muy bien los lugares, de acuerdo a lo que éstos producían durante las distintas estaciones del año.

No se sabe hasta cuándo y cómo evolucionaron los cazadores de Tambillo pero se puede afirmar que posteriormente, por los 4.000 a 3.000 años a.C., el crecimiento de la población arcaica alcanzó notables repercusiones. Aparecen múltiples campamentos contruidos al aire libre en torno a lagos, arroyos y en los aún salvajes oasis del pie de la puna, que en ese entonces sólo se utilizaban para la recolección de plantas y frutos alimenticios y la captura de animales que forrajeaban en su vegetación natural.

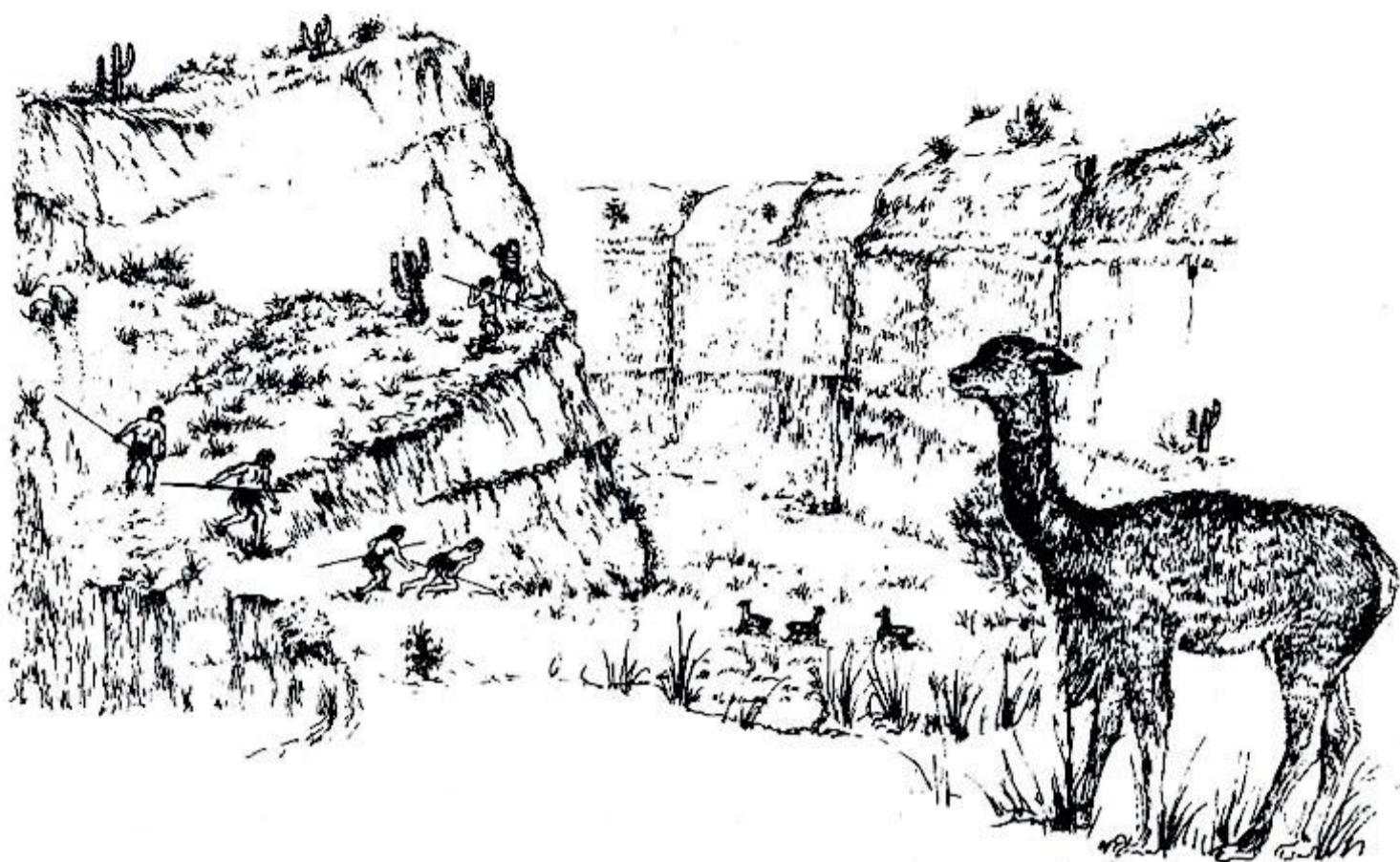
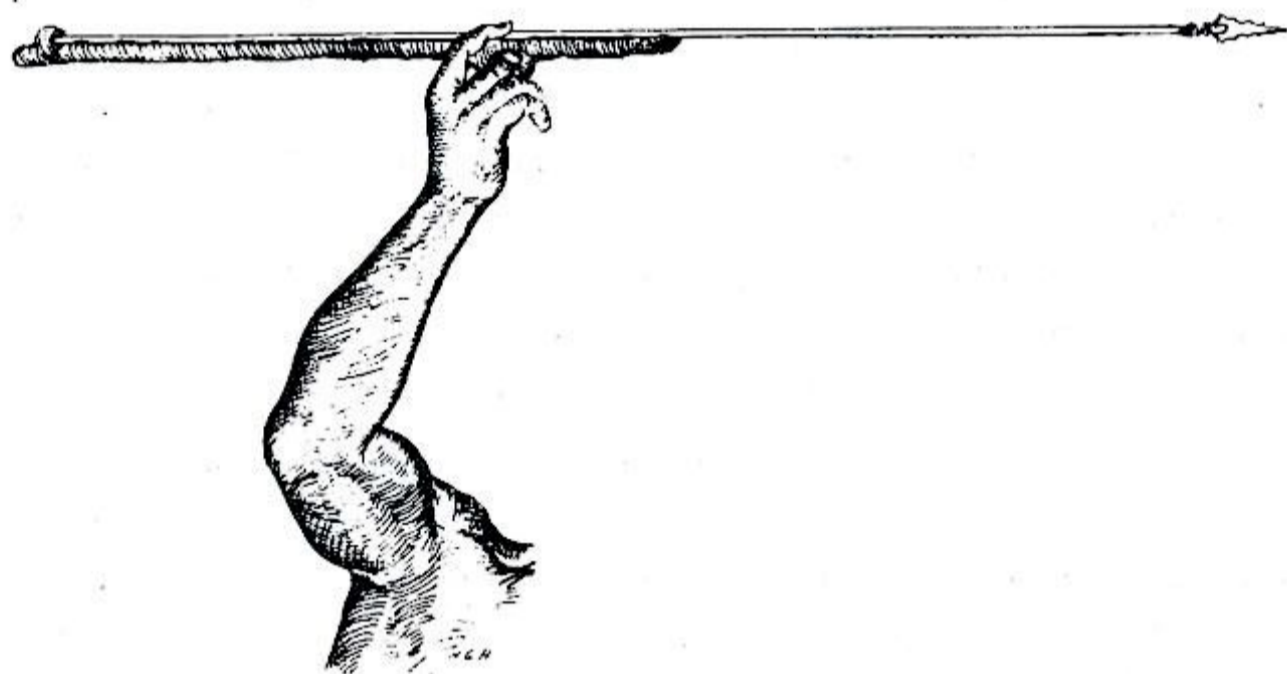


Figura 4
Reconstrucción ideal de una cacería de vicuñas en torno a la aguada de una quebrada puneña. Usando la estólica o propulsor de dardos.



c) *Etapa Confluencia (4.000-3.000 años a.C.)*

Es probable que, por los 4.000 años a.C., los cazadores de los campamentos de Confluencia e Isla Grande, localizados en la juntura del río Salado con el Loa, representaban a una población mayor que cubría el flanco occidental de la Puna de Atacama y el Loa. Estos pueblos cazadores-recolectores del río Loa medio pueden considerarse como los continuadores del uso de campamentos al aire libre, con prácticas activas de molienda en similares morteros de hueco cónico. Continúan cazando preferentemente camélidos, esta vez con puntas en forma de hojas, y ponen un fuerte énfasis en la molienda de alimentos recolectados.

CAZADORES DE
CONFLUENCIA
E ISLA GRANDE

d) *Etapa Tulán (3.000-2.000 años a.C.)*

Los cazadores-recolectores arcaicos continuaron evolucionando en la pendiente occidental de la Puna. Precisamente en el campamento de Calarcoco, al interior de Toconao, aparecen algunos enterramientos humanos datados

CAZADORES DE
CALARCOCO

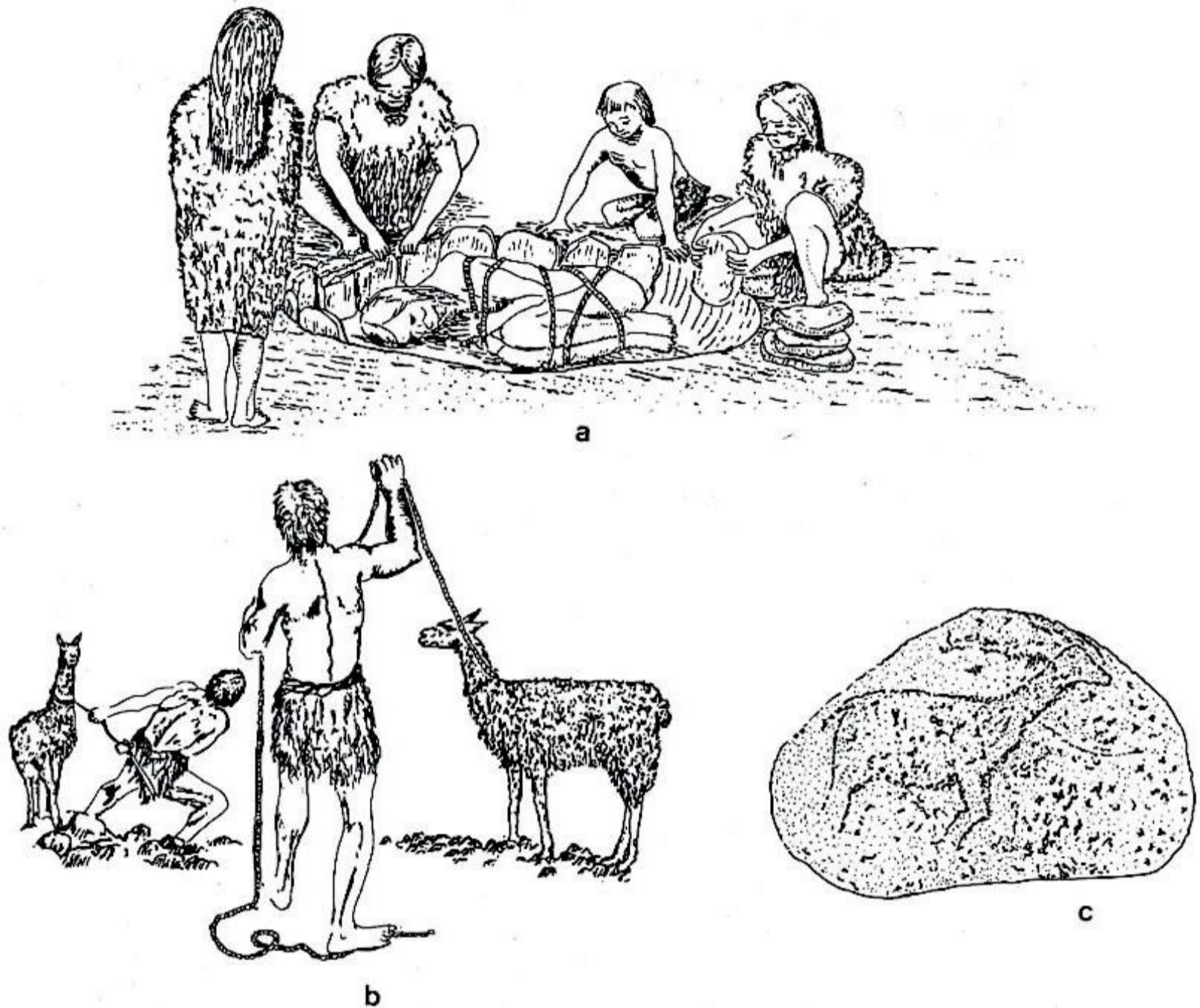
por los 3.000 a.C. En general vivían en habitaciones como pircas circulares, formando verdaderos racimos, sin labores de crianza de animales ni agricultura (Fig. 5).

CANTERAS
TALLERES Y
ARTE

Una densa población de estas comunidades de cazadores se localizó en la quebrada Tulán, en el borde sur del Salar. Eran cazadores especializados que obtenían las rocas para confeccionar sus artefactos desde los afloramientos cercanos. Allí, en esas canteras, se instalaban a percutirlas para

Figura 5

- a) Reconstitución ideal del enterramiento de un cazador en el campamento de Calarcoco.
- b) Reconstitución de captura de camélidos por los cazadores-domesticadores de Puripica (II Milenio a.C.).
- c) Bloque con grabado de camélido ubicado dentro de un recinto del campamento de Puripica (Núñez *et al.* 1986).



confeccionar matrices en forma de puntas, cuchillos, raspadores de pieles, perforadores de cuero, etc. En estas canteras-talleres, tal como ocurrió en los cerros de Tulán, tallaban sus herramientas, dejando miles y miles de residuos líticos desechados por la aplicación de golpes defectuosos o por la mala calidad de ciertas rocas. También dejaron placas líticas grabadas con motivos geométricos y ciertos diseños de hombres y animales que dan cuenta de las primeras manifestaciones del arte prehistórico regional, correspondiente a pueblos que vivieron antes de la expansión de las culturas pastoriles y agrícolas (Fig. 6).

CAZADORES DE
TULÁN

Durante la etapa Tulán los campamentos eran más densos, las viviendas circulares con muros de piedras sin pegamento; había sectores para moler en morteros de roca, lugares de cocina y sectores con desechos de la elabo-

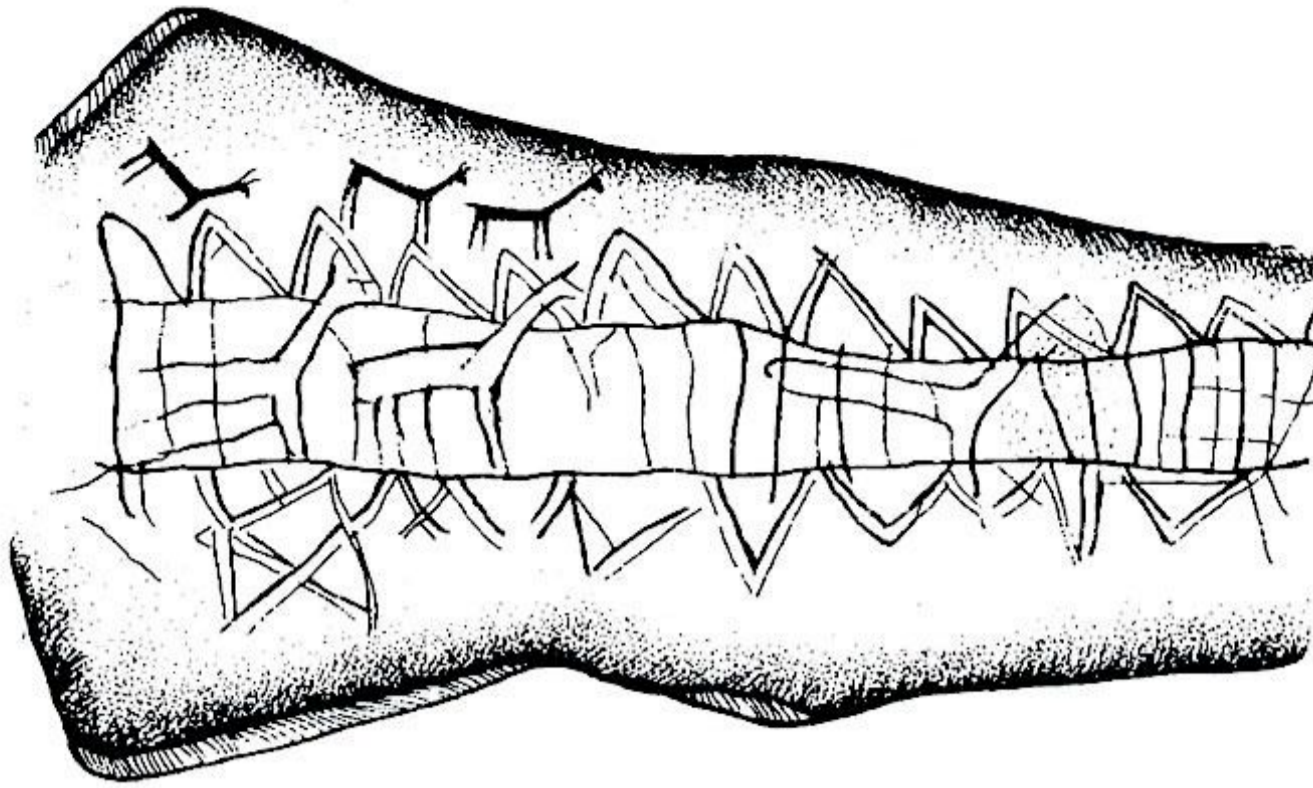


Figura 6
Placa grabada por cazadores en las canteras-talleres de Tulán (Núñez et al. 1986).

ración más refinada de los artefactos de piedra tallada, algunos a medio hacer o preformas, los que trasladaban desde las canteras-talleres (Fig. 7). En general, estos asentamientos se instalaban cerca de las vertientes o en zonas húmedas con abundante forraje, siendo los camélidos salvajes la fuente más socorrida en las meriendas de esta época. Para la cacería especializada de herbívoros andinos contaban con diversas clases de puntas de dardos, como hojas de laurel o foliáceas, y múltiples cuchillos para el faenamiento de estas antiguas vicuñas y guanacos; éstos eran las más de las veces adultos, es decir, escogidos para proporcionar más recursos con el menor esfuerzo humano posible. Es probable que en este tiempo aún se usara el propulsor, ya conocido durante la etapa Tambillo, correspondiente a un madero enmangado y acanalado con un tope posterior con el cual se arrojaba el dardo mucho más lejos de lo que se lograría tirando con el brazo.

Estos cazadores especializados de Tulán continuaron siendo trashuman-tes, construyendo sus campamentos-base junto a los arroyos, y desde aquí merodeaban por la alta Puna, los cerros-canteras, tras los recursos de sus arroyos, o por las ricas vegas y lagunetas del Salar de Atacama. Los campamentos ubicados en los salares y vegas y otros en los lagos actuales de la alta Puna, como el Miscanti y Meniques, sugieren que estos cazadores especializados, ubicados entre los 3.000 y 2.000 años a.C., ya habían reconocido todo el territorio atacameño a raíz de sus intensas cacerías, incluyendo el inhóspito espacio de la alta cordillera, desde donde bajaban una vez que comenzaba el crudo y frío invierno andino (Fig. 8).

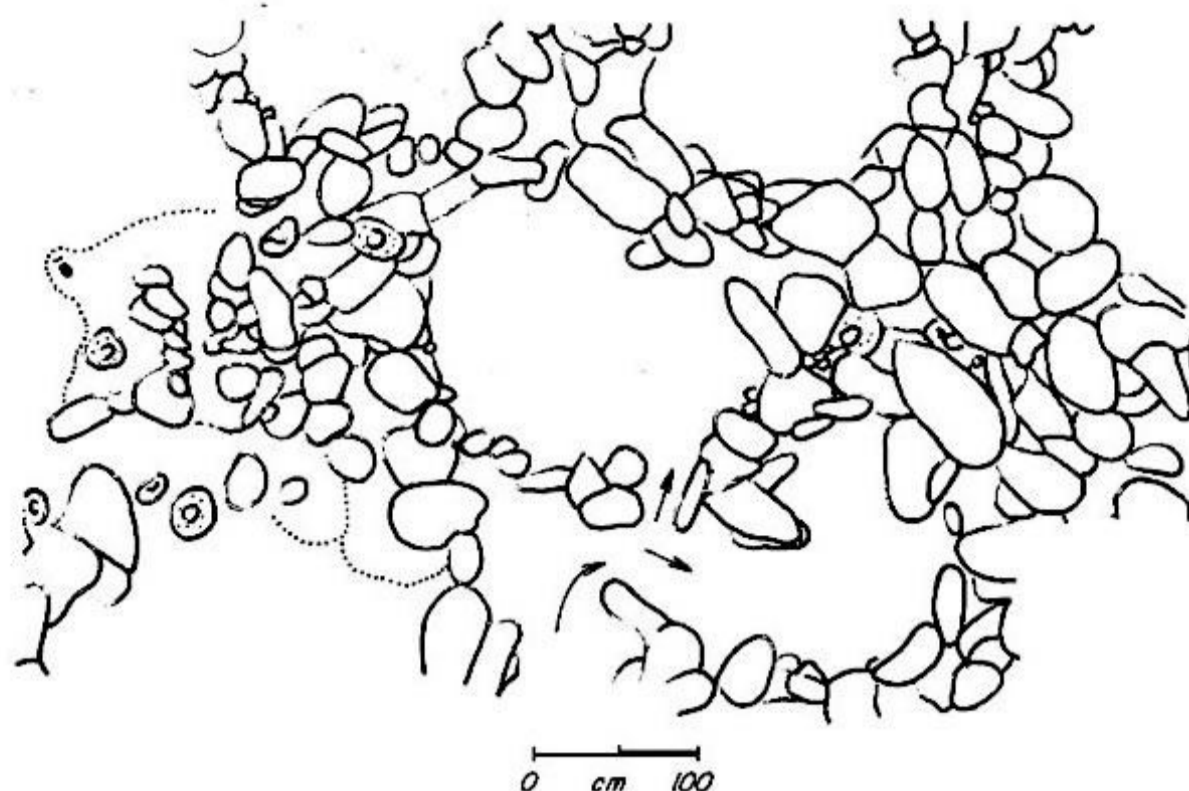
TRASHUMAN-
CIA
CAZADORA

e) *Etapa Puripica (3.000-2.000 años a.C.)*

Los cazadores arcaicos de esta etapa continuaron su vida trashumántica entre los 3.000 a 2.000 años a.C., tiempo en el cual ocurrió algo que vino a transformar radicalmente la vida de las futuras comunidades atacameñas. En verdad, los cazadores de Puripica representan a aquellos que comprenden que, si es posible atrapar y criar a los camélidos salvajes, éstos gradual-

LOS CAZADORES
INICIAN LA
DOMESTICACIÓN
DE CAMÉLIDOS

Figura 7
Plano de las bases de viviendas de los cazadores de Tulán. Se destaca la reconstitución ideal de una vivienda con labores de cocina y talla de artefactos de piedra (III Milenio a.C.). (Núñez *et al.* 1986).

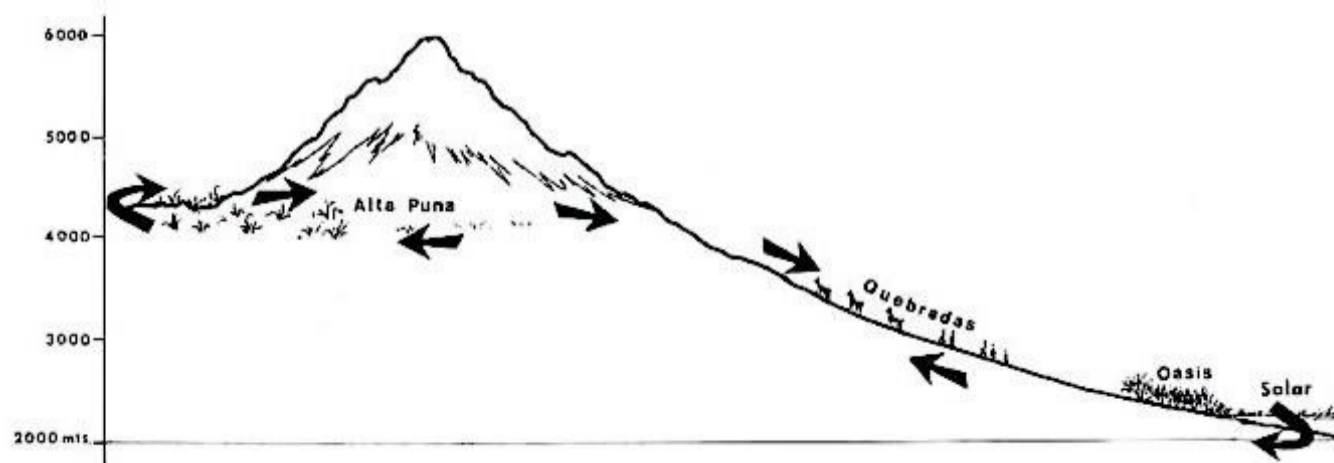


⊙ Morteros de roca para moler alimentos.



mente domesticados pueden ser mas utiles al hombre, terminando en parte con las agotadoras expediciones de caza. En efecto, estos herbívoros en su ir y venir hacia la alta Puna, exigían también de sus cazadores un alto

Figura 8
Reconstitución ideal del movimiento trashumático de los cazadores de la Puna de Atacama (Núñez *et al.* 1986).



desgaste de energía. Si bien esta etapa es contemporánea con la anterior, se ha separado para destacar que entre el total de la población cazadora algunas optaron por ayudarse con la crianza de camélidos donde las condiciones fueron favorables.

Precisamente en un campamento ubicado junto al río Puripica (al norte de San Pedro), estos cazadores especializados iniciaron las primeras labores de domesticación haciendo uso de herramientas muy similares a las del período de Tulán. Utilizan más los cuchillos que las puntas de proyectiles, a raíz de la mayor frecuencia de las tareas de faenamiento y de menos labores de caza, puesto que ya estarían criando los primeros rebaños de camélidos. Sus poblados siguen siendo los recintos circulares aglomerados. Continúan usando las piedras con surcos, en donde afilaban o desgastaban sus artefactos, al igual que los viejos morteros de capacidad cónica y también las puntas líticas foliáceas sin pedúnculos, típicas de la etapa anterior. En verdad, no es posible separar muy drásticamente a estos cazadores de aquellos de la etapa anterior, puesto que fueron casi contemporáneos, pero para destacar la labor de domesticación inicial de camélidos, esta etapa Puripica quedaría separada tentativamente. Se trata de una comunidad integrada por núcleos familiares que además de las labores de caza y recolección, están preocupados de producir carne por medio de la crianza de camélidos (Fig.9).

LOS CAZADORES DOMESTICADORES DE PURIPICA

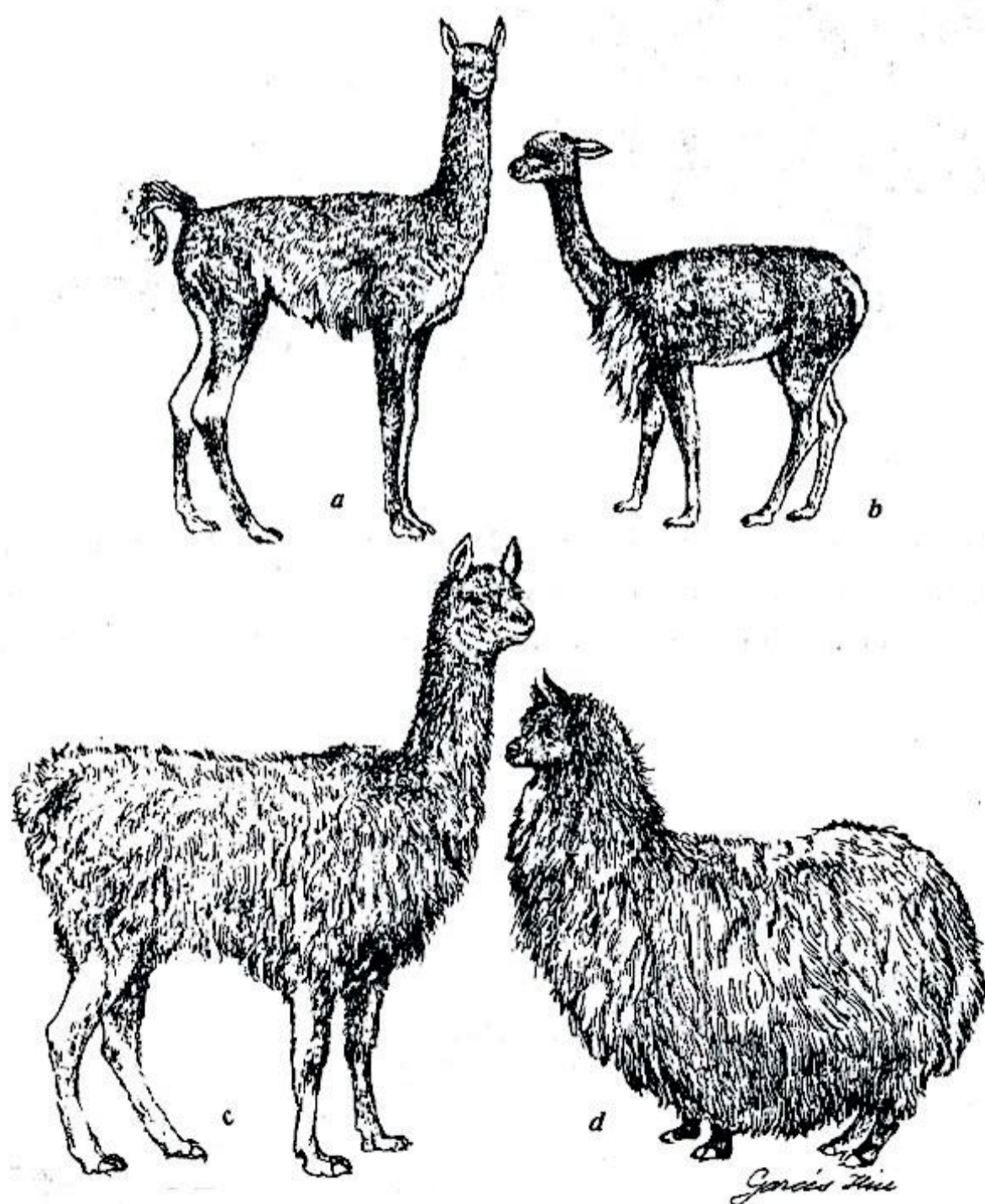


Figura 9
Camélidos andinos:
a) Guanaco (salvaje)
b) Vicuña (salvaje)
c) Llama (domesticada)
d) Alpaca (domesticada).

PRIMEROS
PETROGLIFOS
DE CAMÉLIDOS

En Puripica surgió el culto de un nuevo animal doméstico "creado" por los experimentos de crianza a cargo de estos talentosos cazadores arcaicos. Así, en ciertas habitaciones aparecen bloques transportables, con los primeros grabados que se conocen de antiguas llamas o camélidos domésticos del territorio atacameño. Seguramente se inician los primeros cultos dedicados a rogar por la mejor reproducción de lo que será el ganado más productor de carne y lana conocido en todos los Andes (Fig. 10).

Los cazadores-domesticadores de Puripica mantenían sus viajes trashumánticos desde la alta Puna hasta los oasis precordilleranos, a lo largo de los arroyos de Puripica y otros. Alcanzaron hasta el río Loa superior y medio en donde se han ubicado campamentos con artefactos y petroglifos similares a los reconocidos en los campamentos de Kalina y Chiu-Chiu, datados en la misma época de Puripica.

LOS ÚLTIMOS
CAZADORES Y
DOMESTICADORES
DE PURIPICA

Es difícil asegurar cuándo y cómo los cazadores-domesticadores, como los de Puripica, dieron lugar a más actividades de crianza y cultivos en asentamientos más complejos, es decir, con un estilo de vida y economía más definitivamente sedentarias. Entre los 3.000 y 2.000 años a.C., se aprecian algunas situaciones que parecen relacionarse con estos eventos transicionales: por una parte, se constata un incremento de la población cazadora-re-

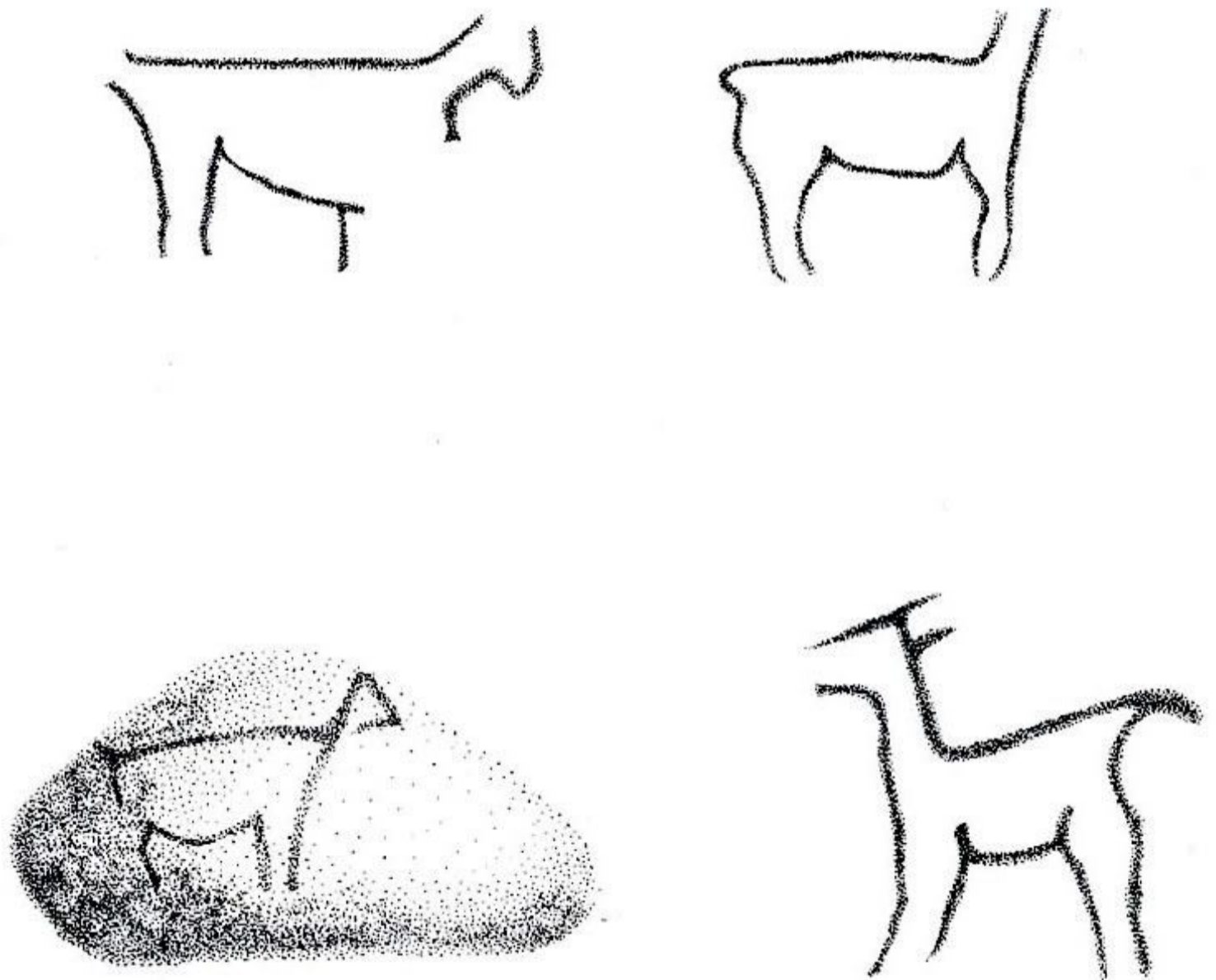


Figura 10
Reproducción de grabados de llamas de los primeros pastores arcaicos de Puripica.

colectora, advertida por la multiplicación de campamentos en una alta escala regional; por otra, la vigencia de períodos de sequía, con fuerte disminución de los recursos de forraje, avifauna y plantas recolectables. Todo esto habría motivado la intensificación de las labores de crianza, tal vez algunos cultivos, más viajes hacia zonas con recursos distantes; por ejemplo hasta la boca del

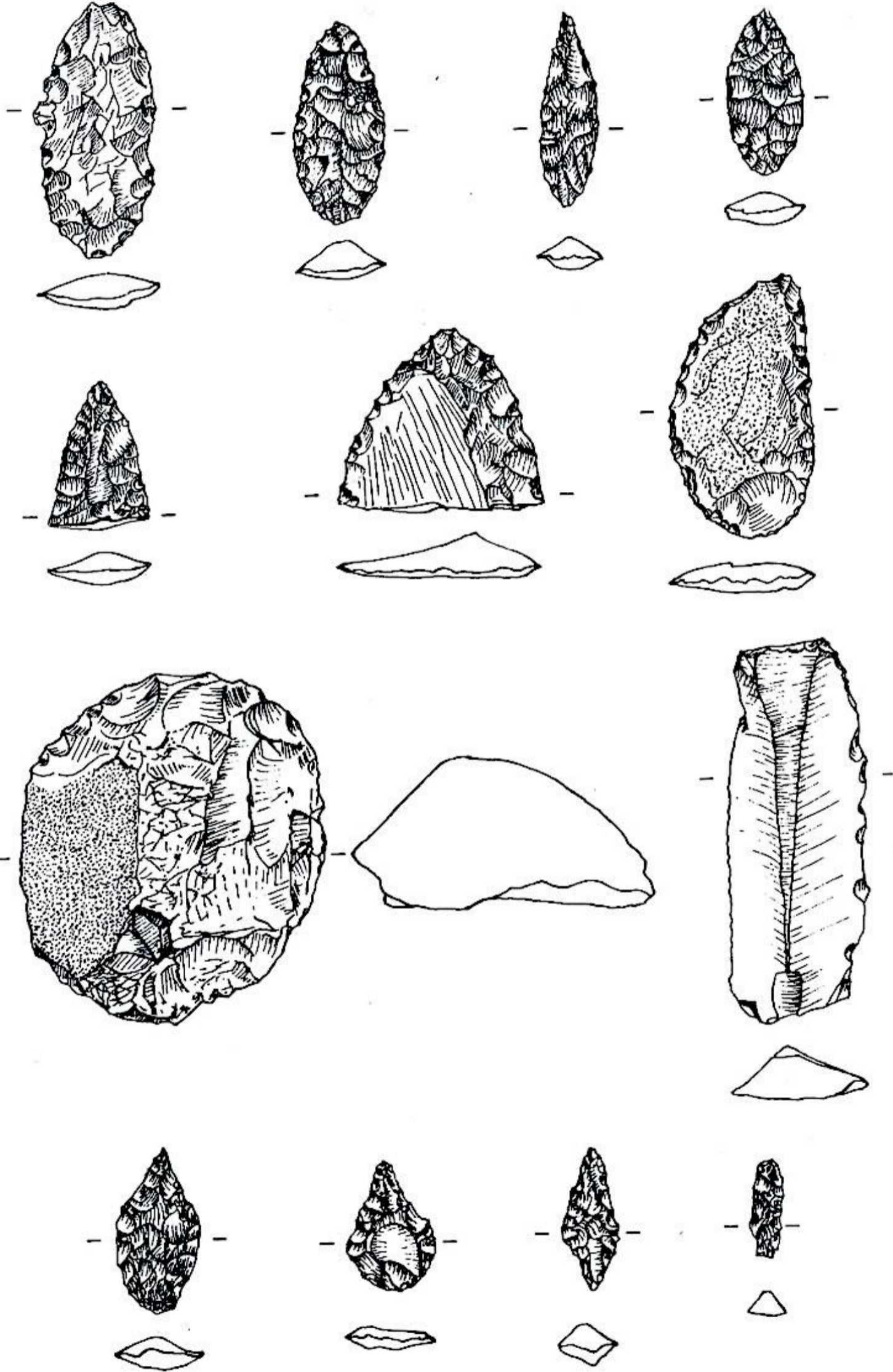


Figura 11
 Selección de artefactos
 líticos del sitio Puripica:
 puntas de proyectil, cu-
 chillos, raspador discoi-
 dal y perforadores.

río Loa donde se habrían estructurado asentamientos sincrónicos (de la misma época), con estilos constructivos muy similares a los aplicados por las gentes de Tulán y Puripica. Es probable que los pueblos radicados en la costa (Huelén 42) ya por esa época ejercieran vínculos suficientes como para intercambiar alimentos y conchas decorativas del Pacífico con obsidiana, así como otros bienes andinos provenientes de los campamentos de las quebradas de la Puna y río Loa (Fig. 11).

Si bien estos asentamientos de cazadores andinos ya practicaban una vida semisedentaria en recintos circulares aglomerados (en lugares de alturas moderadas), junto a ricos recursos naturales, algo faltaba para que este proceso precivilizatorio alcanzara una expresión más plena, más sedentaria. En este sentido no cabe duda que los pueblos arcaicos que vivieron por los albores de los 2.000 a.C., habían alcanzado en el territorio circumpuneño un verdadero virtuosismo en términos de sus prácticas de caza y recolección. En el primer caso, con un múltiple aprovechamiento especializado de camélidos y roedores, en el segundo, con la molienda de frutos de algarrobo, chañar, incluyendo el consumo de cactáceas y raíces de plantas acuáticas. El escenario físico y cultural estaba casi doméstico. En buenas cuentas, lo que faltaba ya estaba iniciado, pero de una manera incipiente: crianza de llamas y algunos cultivos incipientes. La nueva conquista sería, esta vez, el incremento expansivo de la vida pastoril junto a una mayor implantación agraria con más uso de artesanías complejas, como la alfarería, metalurgia, carpintería, textilera, cestería y talabartería. Se multiplicaron las aldeas sedentarias y los desplazamientos a tierras más lejanas, tanto para proveerse de productos ausentes como para llevar excedentes de la nueva economía agropecuaria y artesanal. Precisamente, estos éxitos adaptativos y productivos serán tratados en los próximos capítulos.

II. Los primeros pastores y la domesticación del paisaje circumpuneño (1.200-500 años a.C.)

Se inicia por esta época un nuevo período llamado de los agricultores y pastores, quienes producen sus propios alimentos. Aproximadamente a partir del año 1.200 antes de Cristo otros hombres comenzarán a merodear la tierra atacameña junto con los primeros rebaños de llamas y de algunos cultivos de complemento. Las labores, los avances tecnológicos y el pensamiento que los sustentan, los acercan a la vida plenamente civilizada. Hasta ahora, sólo se conoce una primera etapa que abarca desde los 1.200 a los 500 años a.C.

Etapa Tilocalar (1.200-500 años a.C.)

LOS PRIMEROS PASTORES

Es probable que los descendientes de los pueblos de la etapa Puripica hayan contactado con otras gentes trasandinas, dentro o fuera del territorio atacameño, con el fin de perfeccionar sus formas de trabajo; en especial aquellas que se relacionan con la crianza de llamas, con la preparación de nuevas manufacturas, como la cerámica, todo lo cual, junto con cultivos, metales y textiles, serán algunos de los nuevos rasgos del equipamiento material y alimentario que acompañarán a las culturas prehistóricas a partir de esta etapa.

Los primeros agropastores de esta época, aunque cazan y aún recolectan, ahora están preocupados por fundar aldeas más sedentarias con expectativas de vida más confiables, deseando ellos mismos producir sus propios alimentos. Así, se consolida la producción de carne de llamas y los cultivos de pequeñas parcelas, en torno a las vegas de la quebrada de Tulán y Tilocalar, al sur de San Pedro de Atacama (Fig. 12).

Son muy pocos los pueblos bien conocidos que forman parte de esta etapa. Se trata de densas comunidades de pastores de llamas, complementados por la horticultura de maíz, es decir, la práctica de cultivos en término de cosechas en verdaderos jardines. No obstante, es muy probable que otras plantas como papas, quinua y zapallos ya se habían controlado en esta época. Sus poblados se constituían de recintos rodeados de un muro perimetral, con áreas de intensa acumulación de basura y talla lítica, que quedaron cubiertos de densas capas de cenizas y residuos de la vida aldeana.



Figura 12
Panorama de quebrada Tulán donde se han localizado los pueblos pastoralistas Tilocalar del período Formativo Temprano (1200 a 400 años a.C.), en la cercanía de Peine, al sur del Salar de Atacama.

A juzgar por la localización de estos pueblos, uno en quebrada Tulán y otro en las vegas de Tilocalar al sur del Salar de Atacama, éstos se relacionan con zonas forrajeras más adecuadas para la crianza de llamas, que con terrenos apropiados para fines agrícolas. Es muy probable que sus avances culturales tuvieran una base de sustentación en los extraordinarios beneficios recibidos de la crianza de llamas (Fig. 13).

No se sabe el origen de los pueblos de esta etapa. Eran portadores de los nuevos cambios culturales y económicos involucrados con un estilo de vida más sedentario, que se expandió por buena parte de esta porción circumpuneña, configurando un proceso cultural propio. Sus asentamientos, tal como se expuso, se han ubicado en la quebrada de Tulán y en las vegas de Tilocalar, cerca del desagüe del arroyo de Tulán, donde precisamente se han datado entre los 1.200 a 900 años a.C. Se trata de dos aldeas con vestigios de mucha actividad sedentaria (capas sucesivas de desperdicios y fogones), basadas en la cría de llamas, incluyendo las labores de autoproducción de alimentos cultivados. La presencia de una cerámica corrugada elaborada con tiras pegadas, recuerda a una trasandina de las selvas orientales de San Francisco. En esta forma estamos frente a una época de extraordinaria movilidad de gentes que buscan desde distintos lugares (altiplánicos, circumpuneños) aquellos ambientes fértiles de la vertiente occidental de la puna en donde se pueden implantar con más confiabilidad las innovaciones hortícolas, agrícolas y las propiamente ganaderas (llamas).

LOS PUEBLOS AGROPASTORES TILOCALAR

Figura 13

Vista del Templete de Tulán identificado en el centro de la aldea Tulán-54, datado entre los 900 a 400 años a.C., correspondiente a los pueblos Tilocalar, con inhumaciones de neonatos humanos, pozos con ofrendas, petroglifos, nichos en el muro perimetral y fogones de rituales asociados.



Los pueblos del período Tilocalar (Tulán 54 y 85) conocían la metalurgia del cobre, del oro, la cestería y alfarería gris monocroma y gruesa. Aquí, en uno de sus cementerios de Tulán, junto a los cuerpos extendidos y flectados, se registran pequeñas cuentas de piedra y de conchas del Pacífico, asociados a microperforadores. Éstos son también los artefactos más comunes en los poblados. Esta etapa Tilocalar está representada también en el río Loa medio, en asentamientos agropastoriles como el sitio Chiu-Chiu 200. Se sabe que pueblos parecidos se instalaron en las ricas vegas de Turi (Loa superior) y aun en los oasis atacameños propiamente tales. Ciertamente, se suele encontrar cerámica corrugada en la superficie de ciertas aldeas ubicadas en Poconche, Coyo, Tchaputchayna, etc., esta vez junto a los predios agrícolas y arboledas.

Durante este tiempo queda claro que la ganadería de llamas se va estabilizando, en la medida que la agricultura de oasis comienza gradualmente a aumentar su potencial. Se intentaba lograr un equilibrio económico entre la crianza y los cultivos. Se sustentaron así estos asentamientos sedentarios plenos, tanto en quebradas forrajeras como en los oasis piemontanos (ej., oasis de San Pedro), en donde revolucionarias técnicas de regadío permitieron el crecimiento gradual de la labor agraria y de su respectiva población, cuyas consecuencias insospechadas se observarán en las próximas etapas. No obstante, desde estos antiguos asentamientos agropastoriles se seguían articulando las quebradas y la alta Puna, por la utilización del forraje cordillerano, en especial en las temporadas en que la montaña ha verdeado. A raíz de estos movimientos se volvieron a usar las cuevas, ahora por los pastores de llamas que durante esta época llevaban sus rebaños a las tierras más altas, con pastos de crecimiento estacional, dando lugar al inicio de la verdadera trashumancia ganadera.

En efecto, en los tiempos de los pueblos Tilocalar, los agropastores también vivían en refugios cuando se trasladaban a las vegas de las quebradas; así ocurrió con la llamada Cueva de Tulán, en donde a juzgar por la concentración de petroglifos parece que desarrollaban ciertos cultos. Pero la mayor actividad sedentaria ocurría en las aldeas de casas semicirculares socavadas que, a modo de cabeceras, se construían al aire libre.

Como se ha dicho, se han registrado pequeñas aldeas de esta época en el río Loa, así llamadas Vega Alta, destacándose una más densa cerca de Chiu-Chiu (Chiu-Chiu 200). Se trata de un poblado de habitaciones semi-subterráneas, con indicios de un fuerte énfasis en el aprovechamiento ganadero de camélidos a nivel local, cuyos vestigios se han observado tanto en sus basureros como en la manufactura textil. También procesaban materias y productos trasladados de otras regiones, como pelos de chinchilla y de vizcacha, plumas de parina y de aves tropicales. Ya en esta etapa las gentes de la aldea Chiu-Chiu 200, como en las grandes aldeas de recintos aglomerados con "nichos" en los muros (Tulán-54), hacen cerámica negra pulida gruesa, iniciándose la notable tradición monocroma que se perfeccionará en las etapas siguientes de la cultura de San Pedro, asociada a una prolífera artesanía cesterá, que también será abundante y típica. En general, estos agropastores antiguos del río Loa y Atacama también hacían cerámica corrugada elaborada con tiras superpuestas, junto con una muy especial con incisiones lineales, rasgos excepcionales que se han rastreado tanto en los *hábitat* de las vegas medias y altas del río Loa, en las quebradas con arroyos de Atacama como en la pendiente occidental, también detectadas en el oasis de Poconche. Esto significa que desde un milenio a.C., ya se establecían contactos a mayor distancia, a través de las vías puneñas, con los pueblos de las selvas orientales de Argentina y este de Bolivia, donde se usaba, al final de la etapa, tanto la cerámica corrugada como la incisa y modelada, por gentes que compartían estilos comunes llamados San Francisco y Candelaria.

Es aún un tema desconocido el cuándo llegó la cerámica más diagnóstica, como la corrugada, a la vertiente occidental de los Andes. Parece que su posible origen se localiza en las tierras bajas orientales del Gran Chaco. Es común entre los asentamientos de la cultura San Francisco (selvas orientales), está presente en los refugios de la Quebrada del Toro en el valle de Lerma y Río Grande de Jujuy (Palpalá), con aparición esporádica en Calahoyo (frontera de Bolivia) y, aún más lejos, atravesando la puna occidental, en el oasis de Poconche. La asociación de esta tradición alfarera en aldeas del borde de la Puna y en oasis piemontanos se ubicaría más definitivamente hacia el fin de la etapa, aunque existen antecedentes más antiguos como los de Chiu-Chiu 200 y aquellos sitios del transecto Tulán-Tilocalar, a los cuales hemos hecho referencia más arriba y cuyas fechas radiocarbónicas los disponen como más antiguos que los argentinos (Fig. 14).



Figura 14
Detalle del interior del Templete Tulán con la presencia de nicho empotrado en el muro perimetral, petroglifos y pozo de inhumación de neonato humano.



Figura 14a
Ofrendas de pendientes de íconos de oro laminado y repujado con rostros opuestos, localizados en las ofrendas del Templete Tulán.

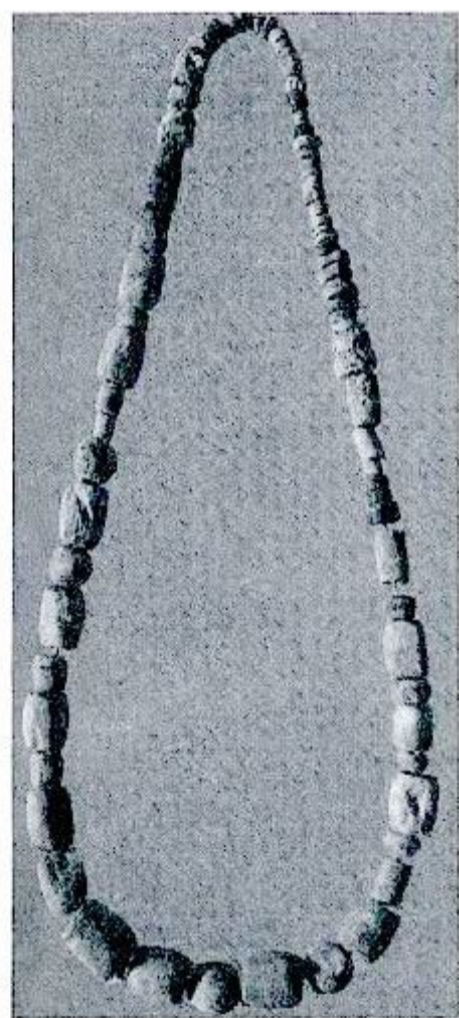


Figura 14b
Collar de cuentas semi-preciosas de mineral de cobre de color, localizado en una inhumación en el centro del Templete de Tulán.

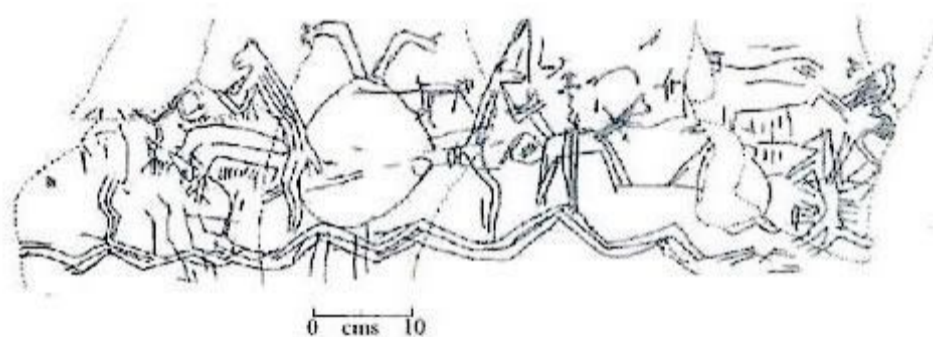
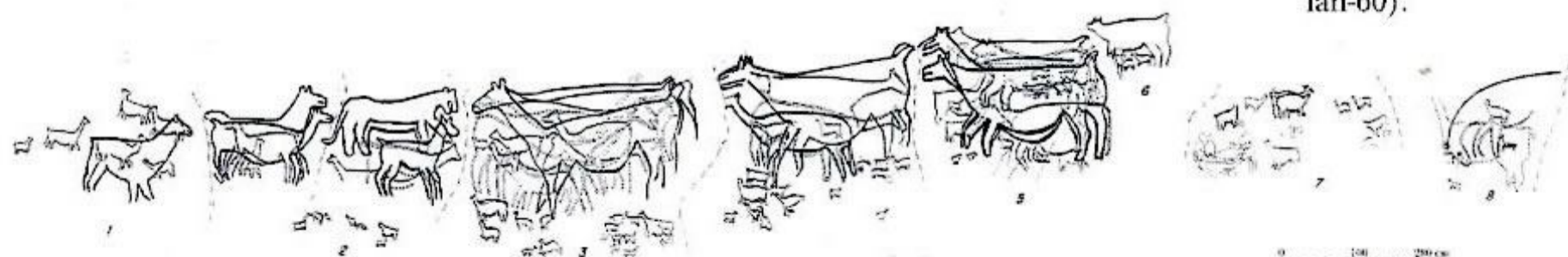


Figura 14c
Diseño con camélidos antropomorfizados alzados, grabados en un cubilete lítico identificado en el centro del Templete.

Figura 14d
Panel con petroglifos del estilo Taira-Tulán localizado en el barranco alto de quebrada Tulán, correspondiente a la ritualidad de los pueblos Tilocalar. Se advierten grandes camélidos convergentes, felinos, además de pequeñas aves y camélidos menores (Tulán-60).



III. El surgimiento de la cultura de San Pedro (500 a.C.-100 d.C.)

Las tierras puneñas se ubican en el extremo sur del altiplano andino. Tradicionalmente se reconoce a esta región como Puna de Atacama, aunque se diferencia dentro de ella a la Puna de Jujuy. Así, la Puna atacameña se identifica más con la pendiente occidental que desciende por el actual territorio chileno.

De acuerdo a sus condiciones ambientales y climáticas, tipo altiplano, la Puna se caracteriza por reunir las condiciones más estrictas de los Andes en cuanto a aridez y, por tanto, en cuanto a la reproducción de la flora y de la fauna. El aprovechamiento de estos territorios siempre se ha realizado en forma de asentamientos de agropastores dispersos, discontinuos o "insulares" en torno a las fuentes de aguas, en las vegas (pastoreo) y los oasis fluviales (agricultura), rodeados de "despoblados" en vastos territorios sin agua, cruzados de múltiples rutas prehispánicas, coloniales y recientes.

Una de las claves del éxito durante la primera conquista de los recursos puneños, fue el hecho que desde épocas preagrícolas y pastoriles se desarrolló un estilo de vida cazador con alta movilidad que garantizó la circulación y la complementación de productos básicos tales como: lana, rocas, carne, pinturas, vegetales, sal, maderas, fibras, huesos, alucinógenos, hierbas medicinales, conchas y bienes del Pacífico, etc.

Una vez que estos antiguos movimientos trashumánticos cumplieron su cometido, integrando diversos recursos locales y externos, la sociedad circumpuneña en los umbrales de la civilización siguió avanzando tras el control más sostenido de otros lugares por medio de colonias que producían directamente los alimentos y bienes deseados, o aquéllos logrados por operaciones de trueque. Una vez que la economía agropecuaria quedó firmemente asentada, las caravanas de llamas cargueras les servían para todos estos desplazamientos, ampliándose muchísimo más la redistribución y circulación de los excedentes internos y externos.

LA CONQUISTA DE LOS OASIS

Los pueblos Tilocalar habían logrado conquistar los recursos de las quebradas y vegas del Salar. Seguramente también accedieron a los oasis, pero aún no eran muchos los habitantes. Aproximadamente desde los 500 años a.C., esta población de pastores y agricultores con técnicas y experiencias más avanzadas comenzaron la verdadera conquista de los oasis precordilleranos, a lo largo de la etapa llamada Toconao y siguientes:

Etapa Toconao (500 a.C.-100 d.C.)

Se puede esperar que algo antes de los 500 años a.C., los oasis atacameños ya estaban ocupados posiblemente por pueblos que, como los de la etapa anterior, portaban los cambios agropecuarios y buscaban allí el suelo y el agua más adecuados para sus instalaciones. La humedad subterránea y los ríos de los oasis alimentaban los bosques de algarrobos y chañares, además de la vegetación de matorrales y plantas acuáticas (*totora*). El río San Pedro era y es el más importante en términos de concentrar mayor población. Gradualmente, cerca de los 500 años a.C., un cambio radical comenzó a operar en el territorio atacameño. Se perfeccionan las obras de regadío con el fin de inundar racionalmente los suelos más adecuados, para convertirlos en oasis con *chacras* orientadas a cultivos alimenticios, dando origen a los actuales *ayllos* (Fig. 15). La ventaja de los microclimas de los oasis es que presentan temperaturas más cálidas en relación a la alta Puna. Con suelos más extensos y potenciales, grandes arboledas sombreadoras que disminuían

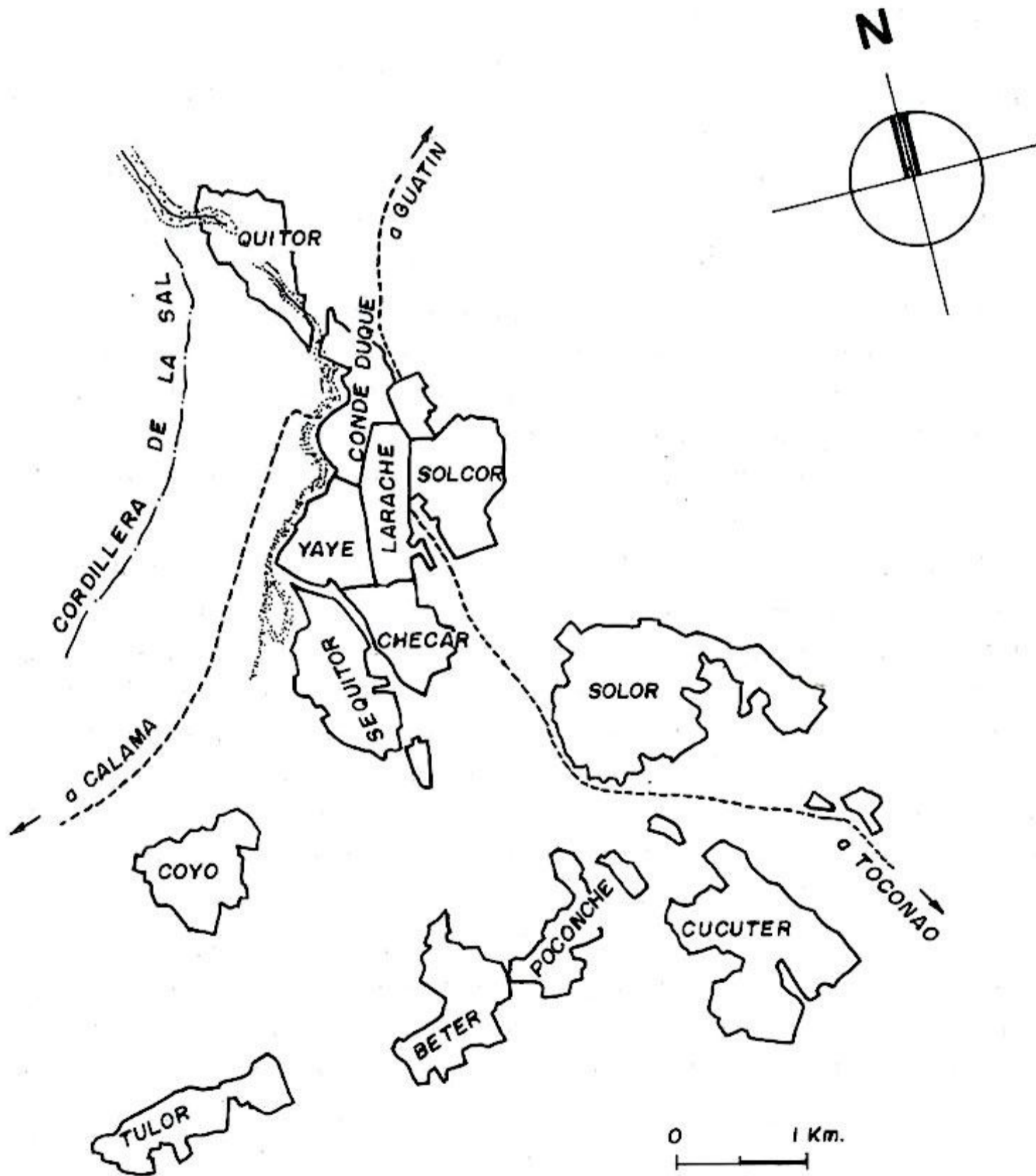


Figura 15
Plano de distribución de los *ayllos* de la comarca de San Pedro de Atacama.

la evaporación del suelo regado, en resumen, un ambiente más generoso incluso en relación a las estrechas quebradas que cortan la planicie volcánica inclinada. Sin duda este escenario era más favorable para la implantación de una labor agrícola diversa y dominante, con tiempos de siembra y de cosecha, en cuyos intervalos se multiplicaron también las labores artesanales, crianza de animales, fundición de metales, las artes de la textilería, etc. Esto ocurría en aldeas bien sombreadas que integraron a densas poblaciones sedentarias, configurando los primeros cementerios aglomerados. Es el inicio de la cultura llamada San Pedro, porque sus principales vestigios se han encontrado entre los *ayllos* del pueblo que hoy se llama San Pedro de Atacama.

SE INICIA LA
CONSTRUCCIÓN
DE TULOR

El inicio del pueblo de Tolor es la prueba más inequívoca de que los cambios agropecuarios de esta etapa se arraigan en torno a los oasis, en especial donde desaguan los ríos en tierras fértiles. Se fundó donde las aguas precisamente perdían fuerza explayándose junto a una zona húmeda que sustentaba un bosque local. Por el comienzo de esta etapa la vida depende de igual manera, tanto de la recolección de frutos de árboles (algarrobo y chañar) como de los cultivos (maíz) y, por cierto, de la crianza de llamas (Fig. 16).

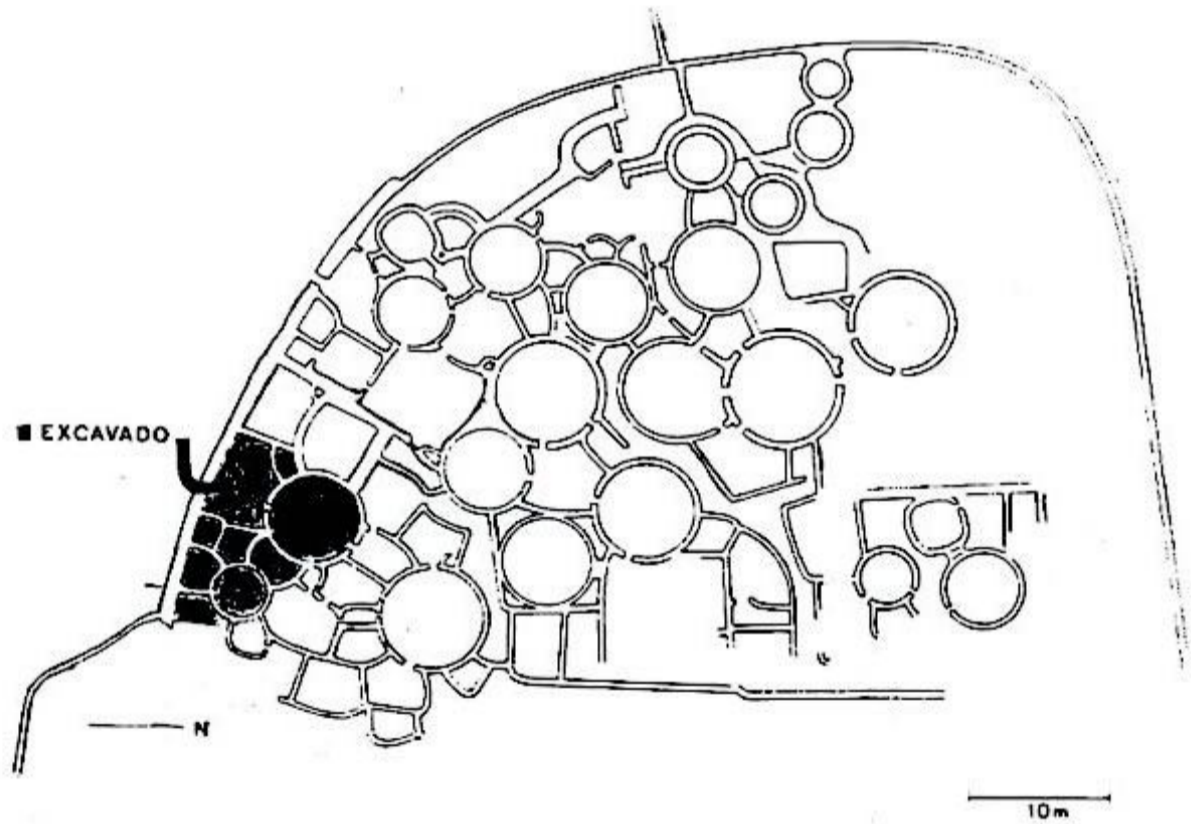


Figura 16
Plano del poblado de
Tolor y reconstitución
ideal de un núcleo de
viviendas (Núñez *et al.*
1986).

Otro de estos primeros pueblos, cuyos recintos se desconocen, presenta una alta complejidad, como lo es por ejemplo su cerámica con rostros modelados. Se trata de las gentes del oasis de Toconao, cuyo principal centro de vida se localizaba al sur de San Pedro de Atacama. A juzgar por su cementerio, este pueblo habitó aquí desde los 400 años a.C., hasta aproximadamente el contacto Tiwanaku, estableciendo una intensa explotación de los recursos de oasis. Como por este tiempo el fenómeno ocurría en todas las bocas de los ríos, la conquista de los oasis prepuneños se hallaba en pleno proceso de avance.

Las ofrendas funerarias de las gentes de Toconao ratifican estos adelantos en las artes de las manufacturas, a raíz del éxito creciente de la vida aldeana. Se confeccionan vasos rojos cilíndricos muy bien bruñidos, otros globulares con rostro modelado en el cuello, las urnas negras pulidas y otras cilíndricas de gran tamaño también con modelados de rostros. Aunque en este cementerio están representadas varias etapas, estos objetos representan, en términos generales, las artesanías alfareras más típicas. El encuentro de tiosos con rostros modelados en San Pedro de Atacama (Larache) podría significar que estos pueblos ya se habían extendido por varios *ayllos* de Atacama, seguramente antes de la culminación de la cultura de San Pedro (Figs. 17 y 18).

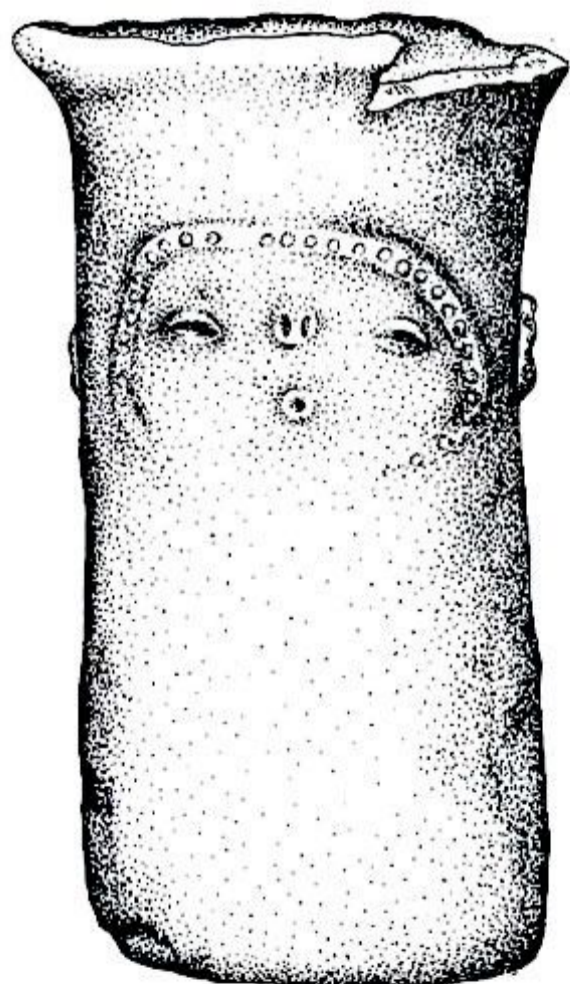


Figura 17



Figura 18

Figura 17
Jarrón de las gentes de
Toconao - oriente
Figura 18
Cerámica roja pulida
del ayllu de Larache.

Por este período, los oasis entre Toconao y San Pedro empiezan a poblarse de un modo más sostenido, agricultores y pastores de llamas, tanto en Toconao-Oriente, Larache-Callejón y Sequitor-Alambrado, como muy probablemente también en Tolor, Beter y Chaputchayna. Es decir, la labor agrícola (preparación de *chacras*), iba en aumento, con más utilización de los bosques locales.

Continúan los contactos con el oriente de la cordillera puesto que sigue distribuyéndose la cerámica corrugada, otra con adornos de círculos excisos y modelados zooantropomorfos sobre el gollete de vasos y de grandes vasijas monocromas negras o rojizas. Estos rasgos, junto con el uso de pipas acodadas hechas de cerámica, rompecabezas y hachas de piedra, así como probablemente los entierros en urnas, son todas señales de contactos recíprocos entre las tierras bajas del oriente y la Puna atacameña.

ALDEAS DE LA ETAPA TOCONAO

Es la época de la continuación de los cambios civilizatorios plenos en diversas localidades de la región. Bajo esta expresión se comprende el arraigo de comunidades aldeanas bien establecidas en lugares de eficiencia agroganadera, con expresiones culturales que les son singulares o característicos, y un obvio carácter formativo. Es decir, se están acumulando las fuerzas que desatarán el notable desarrollo de la próxima etapa.

Comunidades con aldeas agrarias y pecuarias se conglomeran inicialmente en Quitar, Sequitor, Beter, Tchaputchayna y Tolor, en San Pedro de Atacama; Laguna Blanca, Tebenquiche y Cerro Colorado, en la meseta puneña, y en las quebradas del otro borde de la Puna, los asentamientos aldeanos de Campo Colorado y las Cuevas dan cuenta del activo poblamiento de todo el ámbito puneño.

Los modos de construcción varían desde recintos apegados a ejes radiales de muro perimetral como los de la etapa anterior, al patrón circular aglutinado de crecimiento celular de Tolor, o al patrón altiplánico monticular tipo Wankarani-Chullpa/Pampa, que se manifiesta en la vertiente oriental; en los sitios con túmulos de funciones múltiples: habitación-basural de Campo Colorado en el alto valle Calchaquí, Las Cuevas en la quebrada del Toro y Cerro Colorado en el distrito de Yavi (sector boliviano-argentino).

ALFARERÍA Y CONTACTOS TRASANDINOS

En la producción alfarera existió un carácter común a todos los pueblos circumpuneños, esto es, la elaboración de cerámica monocroma gris o negra pulida, también usada en los oasis trasandinos de Laguna Blanca, Tebenquiche y Campo Colorado, en la vertiente argentina. Esta tradición alfarera, aparte de expresar estilos comunes, debe estar relacionada con tipos de hornos y combustibles disponibles y el virtual poco uso de la decoración policroma. A esta tradición se le asocia, de un modo más local, la alfarería de vasos y cántaros color ladrillo y englobados, pero en todo caso con menor frecuencia.

Parece que el gusto por la alfarería monocroma, más bien oscura, es una tendencia muy típica para los habitantes de la meseta puneña y del plano inclinado occidental. Pero en el extremo oriental de la Puna y en los bosques subandinos de Argentina se estaban desarrollando contemporáneamente tres tradiciones muy diferentes: una tradición policroma, el estilo inciso geométrico y el corrugado, de data anterior o más antiguo. En el primer caso se trata de una excelente cerámica con decoración geométrica

en negro y rojo sobre blanco u ocre. Su presencia en la quebrada del Toro fue datada desde 200 años a.C.; reconocida originalmente dentro del estilo Condorhuasi, fue luego deslindada como un conjunto diferente denominado "Vaquerías".

Esta tradición policroma alcanzó su máxima popularidad en el borde oriental de la Puna, con una presencia más esporádica en el Complejo San Francisco y Condorhuasi, resultando por otro lado, totalmente excepcional en los oasis de Atacama. Es probable que esta tradición cerámica esté indicando procesos culturales y económicos compartidos entre la región Valluna de Bolivia y su prolongación en los valles subtropicales, que se disponen entre la cordillera oriental y las sierras subandinas en el territorio argentino.

El modo de poblamiento relacionado con esta tradición policroma se caracterizó por viviendas de carácter tal vez perecible, entierro de párvulos en urnas cerámicas y, en algunos casos, también de adultos. Se trata de grandes y fuertes vasijas de base subcónica adornadas con modelados, normalmente antropomorfos, en la parte superior. Son típicas las hachas de piedra pulida tanto de garganta completa como incompleta, y el uso del tembetá (un adorno labial) y pipas para fumar. La explotación de cultivos tropicales, sustancias alucinógenas, tintes y plumas multicolores de aves de la floresta, son otras de sus características.

Podría incluirse a la cerámica monocroma gris incisa, con decoración geométrica sencilla ejecutada sobre cuencos y vasos simples. Aparece en Tarija y Lípez, Calahoyo, Palpalá y San Francisco, en el departamento de la Poma, Candelaria I (fase el Mollar) y Chimpa en el bajo valle Calchaquí, así como en el oasis puneño meridional de Laguna Blanca (todas localidades de Bolivia y Argentina).

En el interior semiárido del noroeste argentino esta tradición se relaciona con la emergencia y desarrollo de los pueblos Condorhuasi y Ciénaga, al final del primer milenio a.C. En el lado occidental de la Puna (Chile) no se visualiza como fenómeno local sino que a modo de contactos registrados en los poblados, en la forma de típicas cerámicas arribadas tanto de San Francisco como de Ciénaga (vertiente Argentina).

En esta época se inician las rutas de tráfico de traslado y colonización de recursos distantes, apoyados sobre la base productiva generada por pueblos bien sedentarios, con economías maduras. Por una parte, es claro el contacto longitudinal que existía entre los pueblos de Caserones-Loa-San Pedro de Atacama. Por otro, contactos de tráfico se establecían entre San Francisco-Palpalá-Humahuaca-Yavi-Calahoyo-Tulor-Poconche, con una bifurcación entre Susques-San Antonio de los Cobres hacia el alto valle Calchaquí y quebrada del Toro, respectivamente.

El contacto longitudinal sur-sureste entre Atacama-Tebenquiche-Laguna Blanca-Hualfín-Saujil se encontraba en pleno funcionamiento, constándose el tránsito, en ambos sentidos, de productos y alfarería de Ciénaga y Condorhuasi gris inciso, así como Condorhuasi bicolor y clásico, en los oasis más próximos al Salar, mientras que piezas importadas del tipo negro pulido de San Pedro se exhumaron en Tebenquiche, Laguna Blanca y Saujil en la vertiente argentina.

IV. El auge de la cultura de San Pedro (100-900 años d.C.)

Desde los 100 años d.C., la cultura de San Pedro alcanzó varias etapas de sorprendente desarrollo sociocultural y económico. La vida se ha consolidado en torno a los oasis y a las desembocaduras de los arroyos, en un contexto de intensos contactos con los pueblos de la vertiente oriental o argentina y altiplano boliviano.

Etapas Sequitor (100-400 d.C.)

ARTESANÍAS

Durante esta etapa se establece un incremento de la población de la cultura San Pedro. Gran parte de los *ayllos* o áreas verdes se encuentran ahora ocupados por aldeas y, aunque son poco conocidas, se sabe que fueron construidas con materiales livianos, bajo la tecnología de *quincha* y adobones, ocupando bordes de *ayllos* aislados entre sí por espacios desérticos. La producción agrícola apoyada de más regadío artificial comienza a ser diversa y estable: maíz, porotos, zapallos, calabazas, ajíes, quinua, probablemente papa y los frutos recolectados de algarrobales y chañares. Las artesanías también se diversificaron, puesto que se multiplicaron los cementerios y se elaboraron con más virtuosismo: huesos, tejidos, maderas, metales y cestería. Desde el punto de vista de su alfarería, se advierte un tratamiento muy acabado de la cerámica negra pulida, en especial aquellas que tienen su base cónica y rostros antropomorfos sobre el cuello, constituyendo éstas una de las expresiones más típicas de esta etapa. No faltan las vasijas como urnas y las pipas que, aunque muy escasas, demuestran ciertas prácticas fumatorias. Por otro lado, aparecen las primeras tabletas para la inhalación de alucinógenos que más tarde van a popularizarse en este territorio.

PRIMEROS CONTACTOS CON TIWANAKU

Es importante señalar que en este período, que termina por los 400 años d.C., sólo arriban algunas influencias altiplánicas de los templos de Tiwanaku, que de un modo disperso y poco frecuente se advierten en los cementerios de este período.

También se reconoce un rico proceso cultural y económico, perfeccionado a nivel interno. En términos de desarrollo artesanal, la cerámica negra o gris tiene un tratamiento que, aunque pulido y fino, no alcanza ese carácter bruñido y reluciente que se observará en la próxima etapa.

Uno de los asentamientos más conocidos de esta época es el llamado Pueblo de Tumor, ubicado entre los *ayllos* de Coyo y Tumor, en donde se expandió una población de criadores de llamas, cultivadores de maíz, cosechadores de bosques, artesanos, alfareros y metalurgistas. Ocuparon el área del desagüe del río San Pedro junto a las arboledas, constituyendo uno de los más densos y antiguo poblado de los *ayllos* de San Pedro. En esta etapa se construyeron más recintos circulares a base de adobones, con techos cónicos sustentados por postes. Los pisos presentan fogones y depresiones destinados a cocinas y depósitos de alimentos. Se trata de una aldea conglomerada, rodeada de un muro defensivo y protector de la erosión del viento y las arenas, en cuyo interior hay recintos habitacionales y bodegas anexas, hoy cubiertas por la acción de los tiempos. El tiempo de mayor actividad se ha establecido entre los 100 a 300 años d.C. (Fig.19). Confeccionaban una cerámica café y gris pulida y otras artesanías, anteriores a las influencias de la cultura Tiwanaku de Bolivia. Sin embargo, en esta etapa también se consolidaron otros contactos extraterritoriales, tal vez con algunas culturas del altiplano-sur de Bolivia, como es el caso de los asentamientos agropastoriles de Wankarani o con otras culturas del noroeste argentino como la llamada Condorhuasi, cuyos tiestos más típicos se han registrado en esta región.

Ahora, definitivamente, los agropastores de la cultura San Pedro han ocupado con eficacia los suelos de Quitar, Sequitar, Tchecar, Larache y otros, a raíz de su creciente vocación agraria (Fig. 20).



Figura 19
Recintos habitacionales
de Tumor.

Figura 20
Reconstitución de un grupo familiar en un recinto de Tulum (Pérez de Arce, 1986).



Etapa Quito (400-700 d.C.)

Continúa durante esta etapa el intenso poblamiento de los oasis de San Pedro de Atacama, reflejado por el crecimiento de densos cementerios, con ofrendas culturalmente muy sofisticadas que sugieren una vida aldeana más organizada, con jerarquías políticas y religiosas suficientemente maduras. El culto a los muertos es uno de los rituales más significativos. Se enterraban en cementerios cercanos a las aldeas rurales (no fortificadas), emplazadas en proximidad a los campos de cultivos y arboledas (Fig. 20a).



Figura 20a
Enterramiento a modo de fardo funerario (Cuerpo envuelto en camisón).

A juzgar por el virtuosismo artesanal y los contactos extraterritoriales, se advierte aquí una de las etapas culminantes de la Cultura de San Pedro, en respuesta proporcional a sus mejores logros agrarios, pastoriles y artesanales. En especial aquellas elaboradas con materias primas locales, como lo eran los tallados en madera, piezas de cobre, aplicaciones de piedras semipreciosas, todo esto confeccionado a nivel de excedentes, es decir, una sobreproducción adecuada para ser trasladada a otras poblaciones que lo requerían.

Entre las artesanías más típicas se advierte el perfeccionamiento de la cerámica negra pulida, asociada a la cerámica roja grabada, cuyo estilo innovador fue asimilado por artesanos que más se preocupaban de la monocromía negra y llana, sin énfasis decorativo. En este perfeccionamiento se alcanza el carácter bruñido de las piezas y la deliberada intención de modelar rostros en la cerámica con un carácter más convencional o algo estilizado. Paralelamente, se advierte una culminación de las artes de la cestería, cuya tecnología, a diferencia de la cerámica, ya se había manifestado con mucho éxito entre las poblaciones arcaicas o más antiguas. Esta vez, los cestos presentan decoraciones muy complejas y prácticamente se observan en todas las sepulturas de la época (Fig. 21).

ARTESANÍAS
LOCALES

Las tabletas para inhalar alucinógenos presentan mayor valor iconográfico o de símbolos, puesto que asimilan a su cultura elementos selectivos de los templos y de las artesanías menores que estaban vigentes durante esta época en el gran centro urbano-ceremonial de Tiwanaku, emplazado cerca de la ciudad de La Paz. La inhalación de los polvos vegetales (psicoactivos), quizás traficados desde las selvas del oriente, les permitía tener acceso a un mundo mágico-religioso, en donde se podía sentir el color y el olor de los dioses, los brillos de las lagunas de plata y esa visión aérea de los hombres-cóndores... Era en verdad una aceptación "real" de la cosmovisión religiosa conducida por shamanes o sacerdotes que acercaban a la comunidad devota hacia los valores que representaban los símbolos del felino, llamas, aves y sierpes, entre los más principales.

INFLUENCIA DE
TIWANAKU Y LOS
ALUCINÓGENOS

Las ceremonias se sustentaban en no más de una veintena de imágenes sacras aceptadas y difundidas ritualmente, otorgando mayor identidad y cohesión a esta población de indudable complejidad en términos de desarrollo cultural e ideológico. Tal orientación cültica favoreció el fortalecimiento del poder religioso y político de los shamames y caudillos étnicos, prestigiados por las visiones y discursos emanados bajo el efecto de los alucinógenos. Se calcula que de 3.000 tumbas registradas, el 15% de la población usaba estos psicoactivantes, es decir era una costumbre más común de lo esperado, en especial durante el apogeo de la cultura preinkaika de San Pedro de Atacama (Fig. 22).

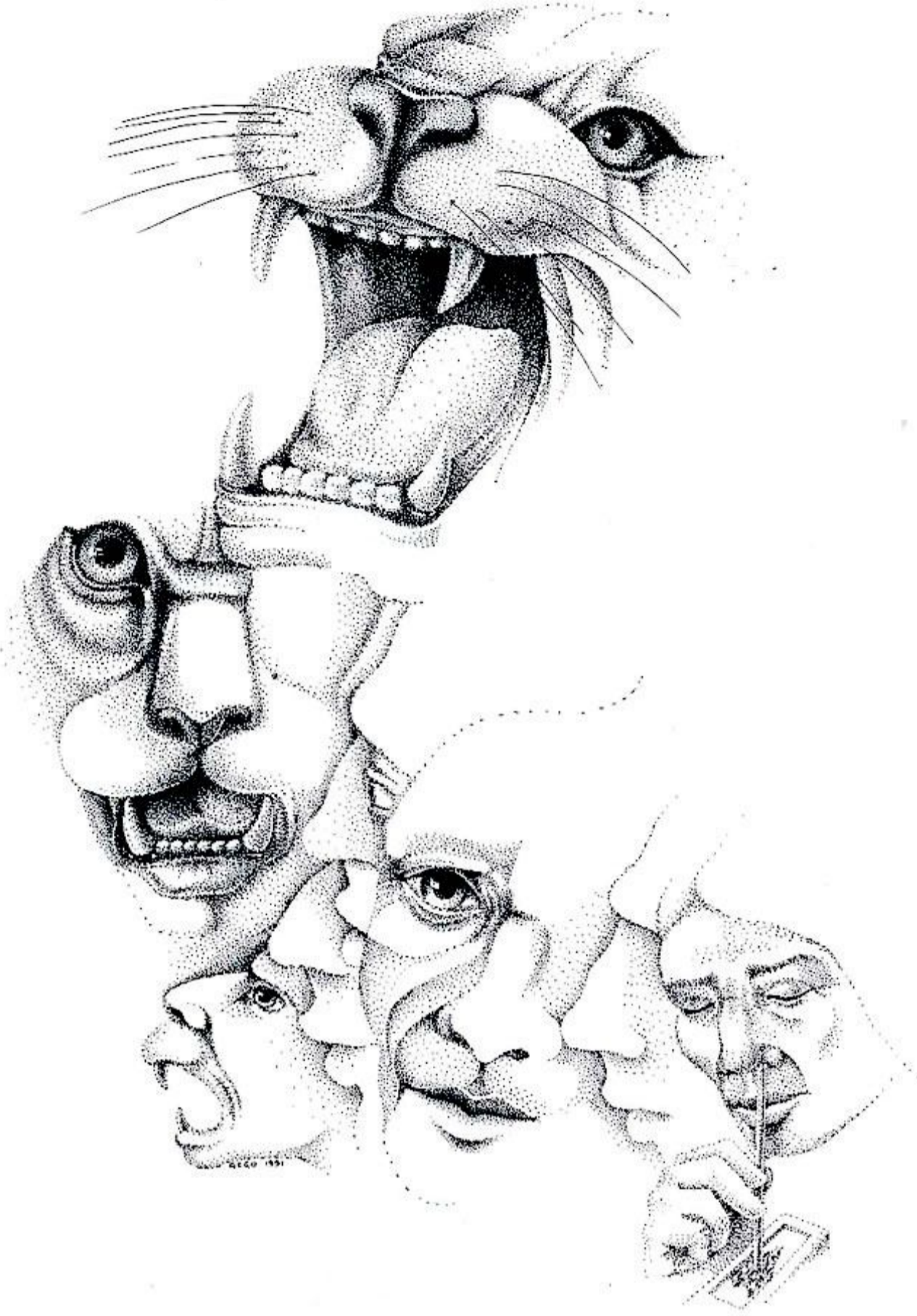
Durante la etapa Quito, la influencia de la cultura Tiwanaku Clásico es muy evidente. Su estilo típico se aprecia en objetos ofrendados en sepulturas, junto con la cerámica negra pulida local. Los símbolos religiosos, en especial los escultóricos provenientes de los templos altiplánicos, ahora son miniaturizados a través de pequeños objetos vinculados con el uso de alucinógenos. Aquí, la representación de shamanes con atuendos y símbolos

SHAMANES
Y RITOS

Figura 21
Reconstitución ideal de un enterramiento con ofrendas de cerámica clásica negra pulida y fardo típico funerario (L. Núñez *et al.* 1986). Foto inferior cerámica negra pulida.



Figura 22
La inhalación de alucinógenos y el acercamiento a los poderes shamanísticos.



muy sofisticados explican la alta complejidad de los rituales y de la participación comunitaria bajo un culto que combinaba la idiosincrasia de la cultura San Pedro con los cultos Tiwanaku. La relación entre los iconos felínicos, aves rapaces, camélidos y serpientes, mezclándose entre sí y con los shamanes propiamente tales, permite comprender que el uso bastante generalizado de los psicoactivantes (inhalados por la nariz), había configurado una liturgia extraordinariamente compleja. Eran ritos muy arraigados en la población, en donde cada shamán asumía los poderes mítico-mágico-religiosos de las deidades zoomorfas. El momento más culminante parece que lo fue el sacrificio humano (degollamiento), con implementos y vestimentas especiales, realizado frente a acontecimientos trascendentales: auspicios de trofeos de guerra, celebración de triunfos, aplacamiento de las fuerzas de la naturaleza, mayores cosechas, refortalecimiento de la autoridad local, rogativas, etc. (Figs. 23 y 24).

Figura 23

Talla en madera miniatura de sacerdote o shaman con hacha y cabeza-trofeo en sus manos, del período clásico de la cultura de San Pedro de Atacama.



Figura 24

Vaso-retrato tallado en madera (influencia de Tiwanaku).

En el interior del pensamiento de los pastores y agricultores de este territorio, es muy probable que se hayan combinado distintos cultos relacionados con estas tareas y su singular cosmovisión. Sin lugar a dudas que los shamanes y sacerdotes eran los que organizaban y concientizaban sobre aquellos valores sobrenaturales que los hombres requerían, tanto para op-

timizar su trabajo como para vincularse con los dioses y cultos tradicionales. Así, la fuerza y el espíritu de la montaña trasciende en forma de cóndor, y bajo esta condición penetra en el cuerpo del sacerdote. El agua en forma de culebra y la fuerza física, combinada con la astucia, en forma de puma. Todo se incorporaba hasta hacerse cuerpo y habla por la boca del sacerdote quien, como intermediario entre los poderes de la subterra, tierra, de la montaña y del cielo, podía transferir a la comunidad los ritos, deberes y beneficios de carácter religioso en determinados días del año. De acuerdo a la reiteración de las representaciones de estos sacerdotes y del complejo ceremonial (que incluía agrupaciones de músicos), podría señalarse que la gente de la cultura de San Pedro cumplía con un calendario de intensas actividades religiosas, con familias que asumían roles shamanísticos traspasados de padres a hijos, todos atentos a difundir más rituales y pensamientos míticos, los que a su vez ejercieron una fuerte influencia en la región, incluyendo el río Loa y la costa atacameña (Fig. 25).

La influencia Tiwanaku comenzó a ejercerse en el territorio atacameño aproximadamente por los 400 años d.C., en su momento así llamado clásico; de tal modo que, y es obvio señalarlo, los logros civilizatorios de la cultura de San Pedro, con sus artesanías típicas (cerámica negra pulida), son anteriores a la sorprendente expansión de la iconografía o religiosidad de los templos de Tiwanaku. La conexión planteada entre Tiwanaku y los oasis atacameños involucró la intensificación del uso de alucinógenos, paralelamente a un intenso tráfico de caravanas de llamas con arreadores especializados que permitieron que, tanto los excedentes altiplánicos como aquellos atacameños, fueran distribuidos en ambas regiones, obteniéndose ventajas mutuas, en términos de alimentos, artesanías, materias primas y objetos de *status* social y religioso. Esta época parece ser próspera, a juzgar por las ricas ofrendas funerarias con símbolos sofisticados observados en vasos con rostros, cubiletes de hueso con pirograbados, textiles, y tabletas con reproducción de temas de los templos de Tiwanaku. Por otro lado, se busca más identidad y *status* practicando deformaciones del cráneo, con el uso de tocados y sombreros, collares de turquesa y malaquita. No faltaron los adornos personales que incluyeron aplicaciones de plata y oro, además de refinados camisones tejidos de uso más jerarquizado (Fig. 26).

La llegada de algunas caravanas con artesanías provenientes del noroeste argentino, como por ejemplo aquellas de la cultura Isla, señala que los oasis atacameños permanecieron abiertos a contactos con otras naciones andinas cercanas, con el fin de establecer distintas clases de operaciones a modo de contactos interétnicos, cuya naturaleza aún no se ha determinado bien. Pudieron ser operaciones de trueque, regalos a las jerarquías políticas y/o religiosas, colonización directa de ciertos territorios marginales, etc. Estas conexiones parecen haber sido importantes, puesto que era muy frecuente el uso de conchas de caracoles de agua dulce originarias de las tierras bajas del este de Bolivia, probablemente vinculados como depósitos de sustancias psicoactivantes cuyo origen se desconoce. Es probable que estos alucinógenos, que con tanta intensidad se usaron en estos oasis, se transportaran

LA CONEXIÓN
TIWANAKU Y LAS
ARTESANÍAS

TRÁFICO CARAVA-
NERO TRASANDI-
NO Y REGIONAL

Figura 25

Tableta para insuflar alucinógenos (foto superior) y cuchara de uso ceremonial (foto inferior), etapa clásica de la cultura de San Pedro de Atacama.

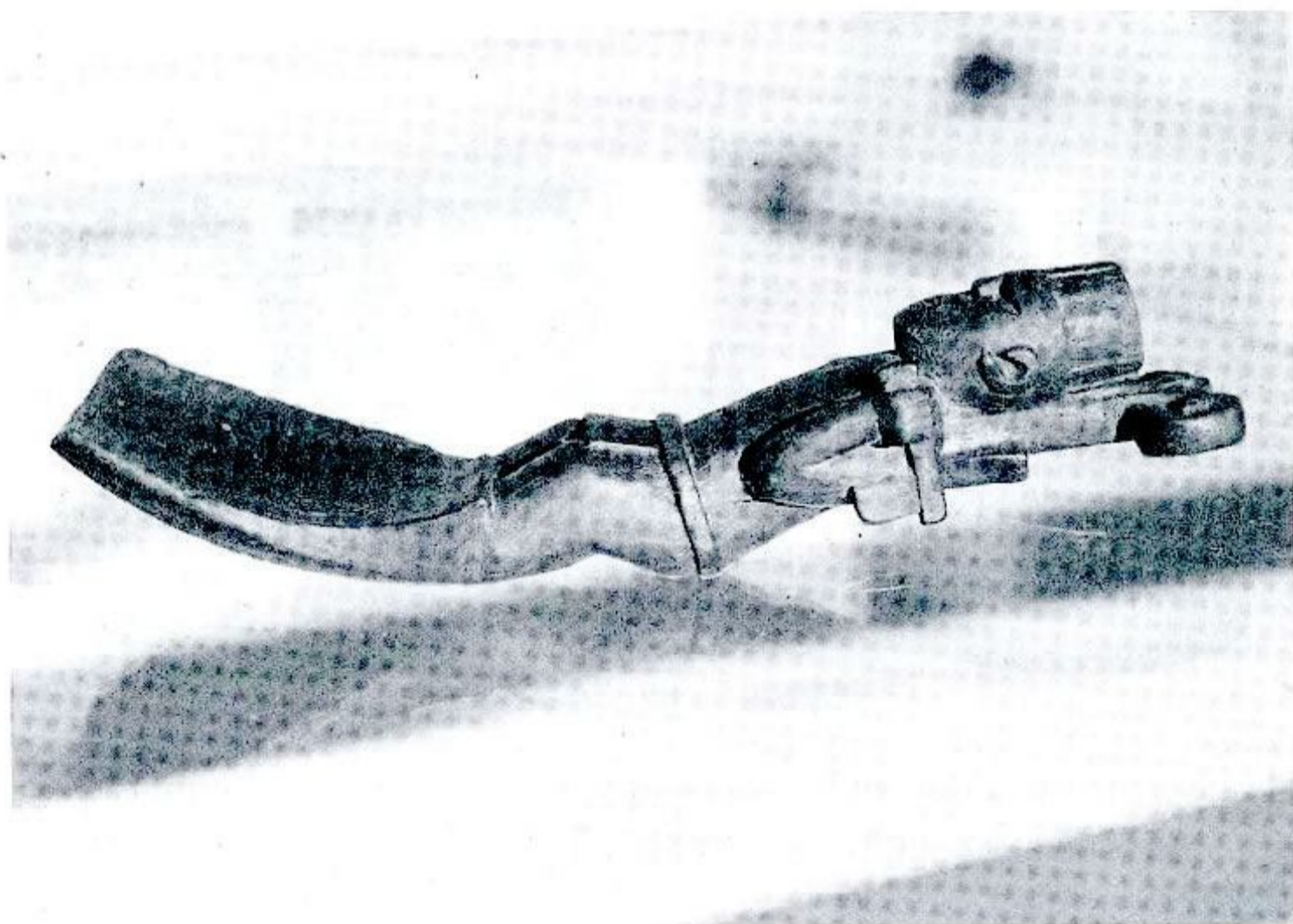
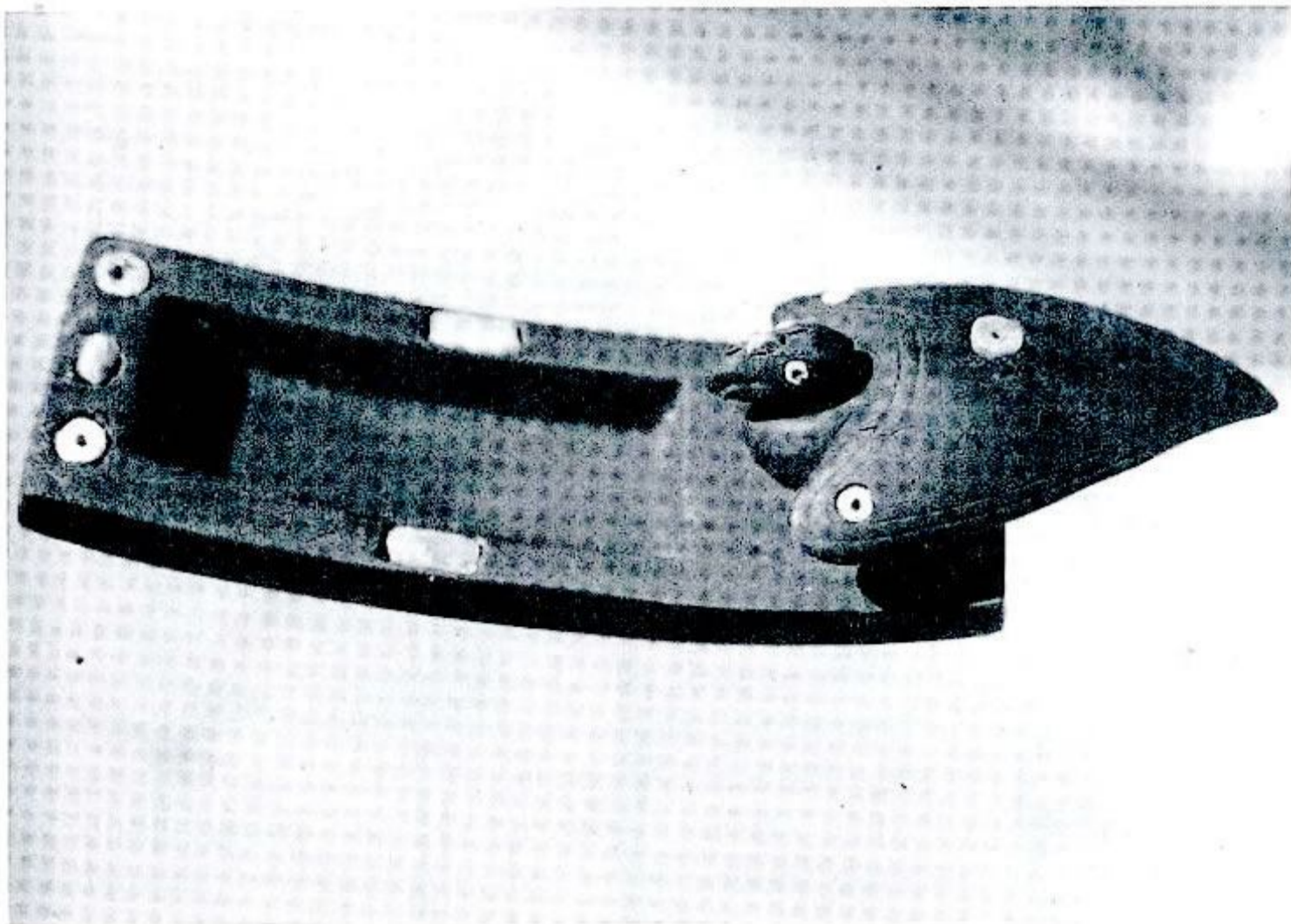
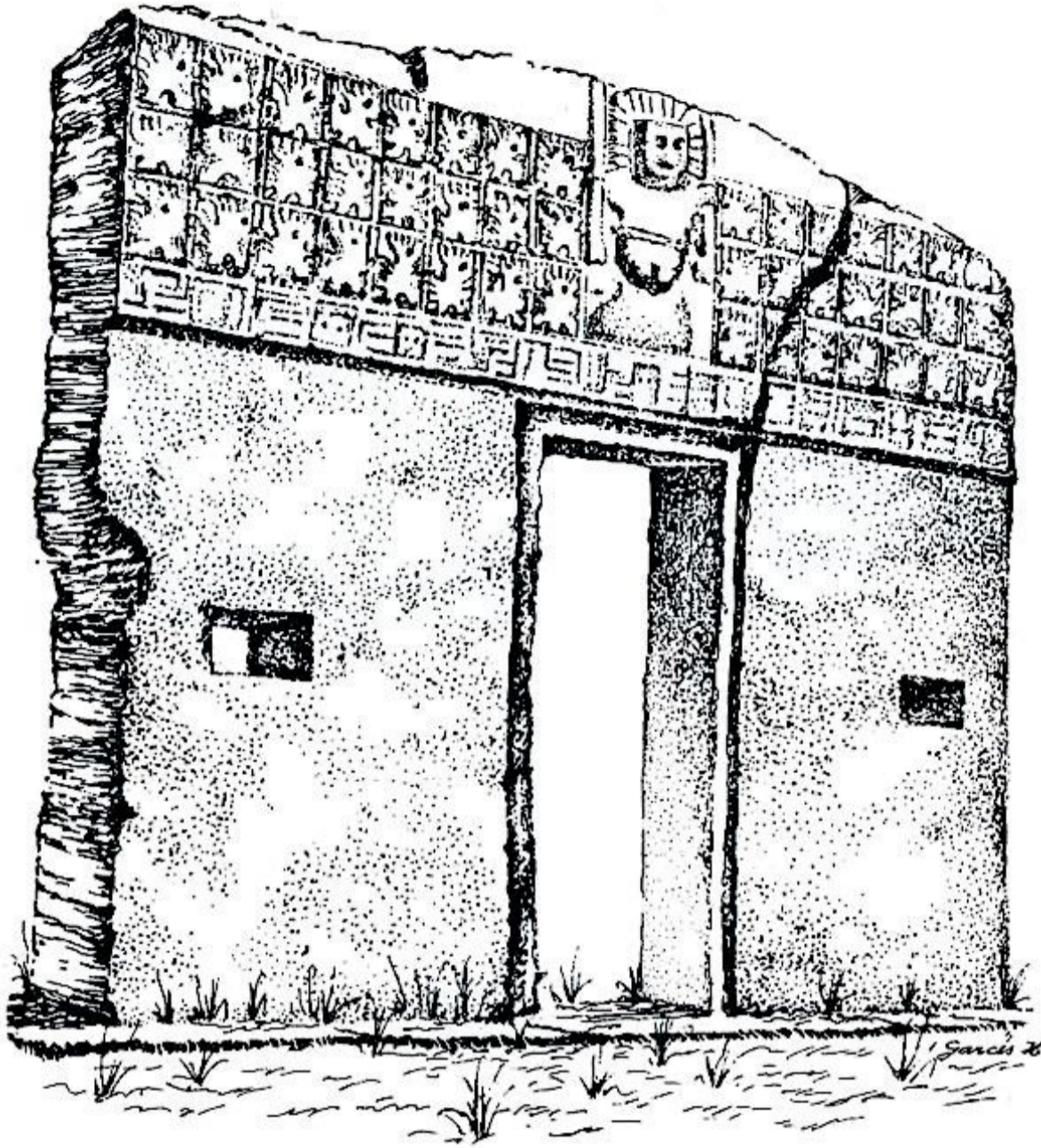
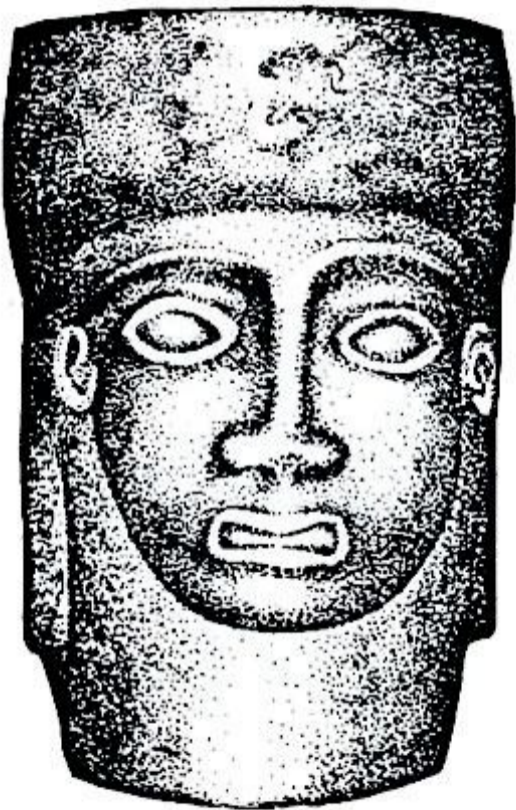


Figura 26

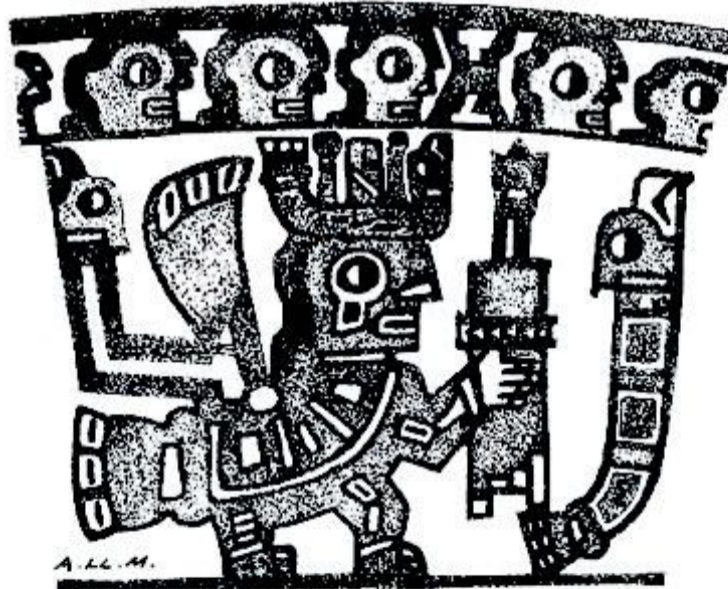
- a) Puerta del Sol o acceso a uno de los Templos altiplánicos de la cultura Tiwanaku.
- b) Vaso de oro de estilo Tiwanaku en San Pedro (Núñez *et al.* 1986).
- c) Motivo pirograbado en hueso con diseños Tiwanaku en San Pedro.



a



b



c

desde el oriente de los Andes. En verdad, existía una red de comunicaciones y una óptima especialización de oficios. Se incrementó la producción y los bienes típicos que se traficaban a regiones limítrofes, y aún algo lejanas, de

un territorio a otro, otorgándose así amplias ventajas a todas las naciones que participaban en este "mundo" de relaciones socioeconómicas complementarias.

El carácter culminante de esta etapa se reconoce a raíz de la amplia distribución de su cerámica típica negra pulida, registrada desde los asentamientos trasandinos hasta el litoral del Pacífico.

La presencia de tiestos negros pulidos clásicos en el extremo sur de Bolivia (Calahoyo), en varios oasis del noroeste argentino (Tebenquiche, La Poma, Laguna Blanca y valles Calchaquíes), en la costa del desierto de Atacama, así como de los platos bicolor negro-rojo (Taltal) señala, sin duda alguna, que durante esta época la cultura de San Pedro estaba muy conectada con colonias y caravaneros que se movían entre asentamientos trasandinos y costeros (vía río Loa). Existía una deliberada voluntad por lograr recursos ausentes en los oasis específicos. La cantidad de objetos de ornato en conchas marinas pulidas registrados en estos oasis, ratifica el dominio que ejercieron las caravanas de llamas sobre el desierto más inhóspito del mundo, a través de rutas jalonadas por las estaciones del tráfico llamero, como aquellas que quedaban a lo largo del río Loa, entre Calama y la costa. Es el caso de los residuos de fecas de llamas y cerámica de esta etapa y aún de las próximas, reconocidas frente al llamado Tambo de Guacate, donde las márgenes del río Loa no pueden ser cultivadas en el medio más estrecho y estéril de la pampa. Sin duda, las gentes de esta cultura vivían en un centro de recepción e irradiación de bienes y culturas multiétnicas limítrofes y desde aquí salían por sus rutas del Loa y Tilomonte-Imilac, a la costa, entre la boca del Loa y Taltal.

Etapa Coyo (700-900 años d.C.)

Durante este tiempo se advierten algunos cambios socioculturales muy significativos en relación a la etapa anterior. En efecto, ahora se reciben más influencias de la cultura de Tiwanaku, tal como se advierte en el cementerio de Solor-3, que representa bien a las costumbres funerarias de esta época. La población de los oasis ha crecido, puesto que los rasgos culturales de esta etapa se reconocen en sectores de varios cementerios: Quitar 5, 6, 9, un sector de Toconao-oriente, Beter y Solor-3. En la mayoría de los casos, las gentes de esta etapa se entierran en los cementerios ya ocupados por poblaciones anteriores configurando grupos bien diferenciados.

Durante la etapa Coyo, los habitantes de los oasis atacameños, por causas poco claras, comienzan a modificar sus costumbres en relación a la manufactura alfarera. Aquella cerámica negra y bruñida, casi reluciente, comienza a desaparecer y surge con notable popularidad una llamada negra "casi pulida" de bordes gruesos, con un tratamiento algo más descuidado, asociado a objetos de la cultura Tiwanaku. También se observa cierta leve tendencia a confeccionar platos negros y rojos con decoración grabada. Al final de esta etapa, cuando aún se detectan objetos con decoración de la cultura Tiwanaku, la cerámica "casi pulida" desaparece gradualmente entre las ofrendas funerarias.

En general, durante la etapa Coyo hay una mayor integración cultural local, configurando una identidad étnica muy marcada y diferenciada del resto de las culturas del área. Tal vez la conexión con el altiplano nuclear creó las bases para un mayor desarrollo interno o regional. En efecto, dentro del área centro-sur (sur de Bolivia, noroeste argentino, norte de Chile), la cultura de mayor magnitud fue la de Tiwanaku, que articuló el centro hegemónico del Titicaca con el altiplano norte y sur los oasis del flanco occidental y los valles que bajan al Pacífico en el Chile septentrional. La presencia de objetos de la cultura Tiwanaku en las ofrendas funerarias locales fue significativa. Sus contactos más fuertes con los oasis de Atacama comenzaron tempranamente, por lo menos en el siglo IV d.C., y persistieron en esta época con mayor intensidad. La irradiación de esta influencia fue de gran importancia desde el punto de vista de la historia cultural de la región atacameña (Fig. 27).

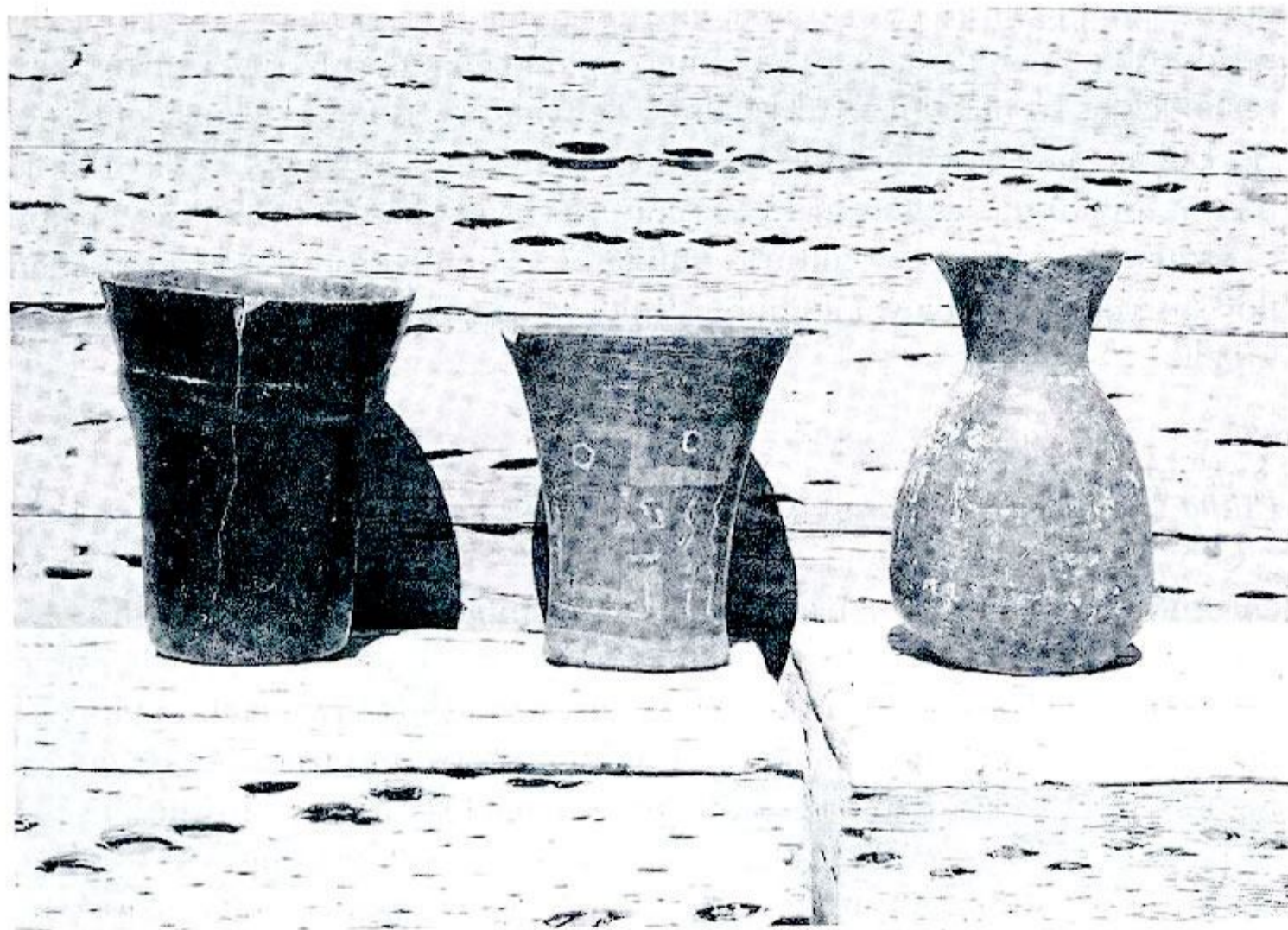


Figura 27
Cerámica de la influencia Tiwanaku del ayllu de Quito.

La articulación o vínculos con Tiwanaku fue significativamente diferente de lo ocurrido en los valles tarapaqueños. En este proceso de asimilación de rasgos foráneos, las comunidades de San Pedro de Atacama parecen incorporar aspectos cúltricos y objetos de *status*, sin perder su identidad cultural. En efecto, las relaciones con el estado altiplánico significó profundos cambios en la vida religiosa de Atacama, pero gran parte de su cultura material permaneció vigente. Se manifestaron cambios ideológicos e incremento de la calidad y riqueza de la producción, más la incorporación de nuevas tecnologías dentro de una población arraigada desde muy antiguo en los oasis atacameños.

Las labores de la textilería se perfeccionaron en los objetos de tradición local, como los sombreros y gorros con corona de piel, el tanto que los camisones o ponchos cosidos en los lados (*uncos*), asimilan la decoración con técnica de tapicería de origen Tiwanaku. Las técnicas cesteras incorporan más los adornos policromos, tanto por influencias de Tiwanaku como de la cultura Aguada de la vertiente argentina. No sólo arriban tiestos de las gentes de Aguada sino que, además, los símbolos religiosos de dicha cultura aparecen tejidos en cestos o tallados en figurines de madera, y muy probablemente también se recibieron objetos fundidos en bronce, una aleación que fue común en el noroeste argentino.

Los trabajos metalúrgicos se perfeccionan considerablemente, puesto que existía un notable control y mayor labor sobre las minas de cobre de la región. Al respecto se ha asegurado que, a raíz de los vínculos con Tiwanaku, se exportaban objetos de cobre hacia el altiplano nuclear. El descubrimiento de un minero datado a los comienzos de esta etapa (500-700 años d.C.), en galerías soterradas de Chuquicamata (encontrado allí cuando se iniciaron las labores modernas), confirma esta antigua especialización de oficios. Su cuerpo quedó impregnado de sulfatos de cobre junto a martillos, cestos con minerales y capacho de cuero para trasladar las cargas (Fig. 28).

Era de tal importancia la extracción de cobre que con seguridad, en esta época, algunas colonias de mineros salieron de los oasis hacia el litoral de la región de Taltal, tras las minas de cobre nativo, de fácil laborío, encontrándose enterrados allí con tabletas de alucinógenos y la cerámica típica de esta etapa.

Paralelamente, parece que aumentó la extracción de piedras semipreciosas como la malaquita, turquesa y ónix, que en forma de aplicaciones se insertaban en los objetos vinculados con la inhalación de alucinógenos, y



Figura 28
Reproducción de foto del minero atacameño preinkaiko encontrado mineralizado parcialmente, con sus utensilios, en una vieja galería de la mina Restauradora de Chuquicamata en el año 1899 (Bird, 1979).

por supuesto que también eran exportadas hacia la región de Tiwanaku y al noroeste argentino.

Los logros metalúrgicos se reconocen a través de una mayor producción de hachas y rompecabezas de cobre. No se sabe con certeza si estos objetos eran rituales o si eran verdaderamente indicadores de conflictos con etnias limítrofes o relacionados con alguna resistencia inicial al arribo de las influencias de Tiwanaku.

La notable asimilación de objetos con decoración del estilo Tiwanaku parece indicar más bien que esas relaciones fueron armónicas a lo largo del tiempo de su influencia. A lo menos podría afirmarse que las tensiones temporales ocurrían con las etnias limítrofes de la vertiente sur-Bolivia y noroeste argentino, y no con la región más norteña de Tiwanaku. Se ha señalado que sólo a fines de la etapa Coyo se habría fundado el pukara de Quito, evidencia segura de una época de conflictos limítrofes que observaremos en la próxima etapa.

De la misma manera que exportaban objetos de la región atacameña hacia la región de Tiwanaku, también se importaban plumas de aves tropicales y caracoles del oriente boliviano, vinculados con el uso de alucinógenos. Éstos gradualmente fueron reemplazados, o usados con cubiletes de hueso de llamas con adornos pirograbados que muestran motivos religiosos Tiwanaku. Es decir, es correcto pensar que el tráfico de alucinógenos y otros bienes altiplánicos se vinculó con los contactos Tiwanaku, al punto que los símbolos religiosos del altiplano eran asimilados y recreados por las gentes de la etapa Coyo con suma aceptación.

La talla en madera, la que debió también "exportarse" al altiplano, se incrementó y enriqueció con una mayor producción de objetos inhalatorios, puesto que las más bellas tabletas de alucinógenos con motivos Tiwanaku se advierten en esta época. Son comunes en los oasis, pero en su mayoría se han descompuesto y desaparecido en los suelos húmedos del altiplano boliviano.

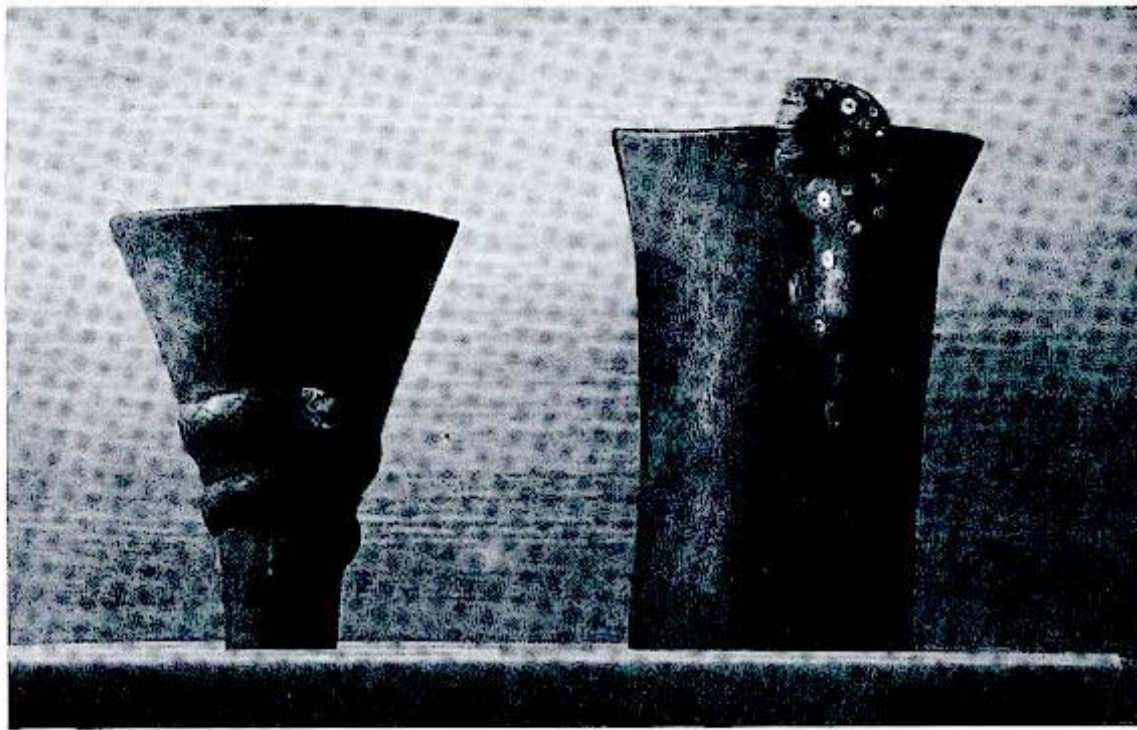
En suma, la vida religiosa y su ceremonial se intensificó puesto que incluso aumentó el uso de cucharas decoradas, tal vez para el consumo de bebidas, comidas y brebajes alucinantes, insertos en los rituales del calendario anual de festividades.

Todavía no está claro cómo y por qué se establecieron estos contactos con la cultura Tiwanaku. En algún tiempo parece que arribaron colonias de gentes, desde la región de Tiwanaku (cerca de La Paz) o de centros poblados localizados hacia el sur del altiplano, y por esto, quedaron sus objetos más típicos como los vasos de oro (con rostros modelados de dignatarios o líderes étnicos) encontrados en ciertas tumbas aisladas descubiertas en el *ayllo* de Larache (Fig. 26-b).

En otros *ayllos* hay cementerios (Tchechar y Solor-3) que señalan que, eventualmente, llegaban a un mismo lugar gentes de distintas etnias lejanas, a modo de grupos multiétnicos, que vendrían a proveerse directamente de los recursos más deseados, localizados en los oasis occidentales, como pudo ser el acceso a algarrobales, depósitos de sal, minas de cobre y afloramientos de piedras semipreciosas, etc., amparados por eventuales alianzas interétnicas (Fig. 28a).

CÓMO FUERON
LOS CONTACTOS
CON TIWANAKU

Figura 28a
Vasos de madera de es-
tilo Tiwanaku ofrenda-
dos en tumbas.



También se ha pensado que los objetos “extranjeros” retornaban con los traficantes de la cultura de San Pedro una vez que volvían a sus *ayllos* con cargas logradas en las regiones limítrofes, esto es, como el resultado de operaciones de trueque. Aun, más de alguno de estos objetos pudo ser el resultado de regalos entre autoridades o caravaneros amigos y leales.

LOS HABITANTES
DE LA ETAPA
COYO

De cualquier modo, en esta época el mayor impacto de estos contactos extraterritoriales se fijó con la cultura Tiwanaku y, en menor escala, con comunidades del norte argentino. Esto significó un mayor florecimiento económico y cultural de la región atacameña. Al tanto que se incrementó la especialización de oficios, aumentó la jerarquía de los caudillos locales y se amplió la estratificación de la sociedad con más división de clases entre la población de agricultores, pastores, artesanos, constructores, mineros, caravaneros traficantes, colaboradores del culto y jóvenes formados en labores paramilitares. De modo que no sería extraño aceptar que esta incipiente nación atacameña se configuraba gradualmente en una organización semiestatal, con personajes que administraban el culto y la circulación de la riqueza regional. A lo menos hay tumbas con ofrendas tan complejas que sugieren que ya se había consolidado un estamento dirigente de alto prestigio, bajo la cobertura ideológica de los símbolos de Tiwanaku y de aquellos propios de la región atacameña.

Estos dignatarios organizaban la ideología y la productividad de la región, basada en el tráfico de recursos, con caravanas de llamas adecuadas a los traslados de larga distancia. En este sentido, los oasis de San Pedro lograron configurar un verdadero nudo crucial de gentes y cargas que se desplazaban desde la costa hasta las tierras trasandinas y viceversa. Cada “atacameño” era distinguido por sus ropas, la deformación craneana, sus productos típicos, e incluso su idioma singular. Es probable que aquellos más cercanos a los contactos con otras etnias (jefes étnicos y traficantes) lograron asimilar más los objetos “extranjeros” y se enterraron con ellos; mientras que otros, más arraigados a la producción y estilo de vida local, sólo fueron inhumados con los objetos propios de su cultura. Si los jefes étnicos proponían y lograban alianzas entre naciones limítrofes, podían enterrarse con objetos regalados o traídos desde lejanas comarcas amigas, o como trofeos de disputas fronterizas.

Está claro que en estos oasis se había concentrado un poder regional, a raíz de su alto desarrollo productivo y su capacidad de lograr excedentes que circulaban más allá de sus fronteras. Así, las influencias de Tiwanaku y de otros pueblos trascordilleranos se dispusieron aquí con mayor intensidad por las mejores expectativas culturales, religiosas y económicas de las comunidades receptoras. Sólo escasos vestigios de objetos llegados de otras regiones o foráneos se han registrado a lo largo del río Loa, durante la etapa Coyo. Es decir, se puede sugerir que en los oasis de Atacama se nucleó un "polo de desarrollo" muy estable y atractivo para los pueblos fronterizos, en especial aquellos que vivían bajo la influencia de Tiwanaku.

Estamos observando una época de intensos contactos en términos de traslados de recursos básicos (ej.: alimentos, materias primas) y bienes de lujo, tal como se desprende de algunos restos de *mullu* aplicados en objetos de inhalar alucinógenos. Como se sabe, ésta es una concha roja tropical propia de la costa ecuatoriana, que debió trasladarse hasta la región de Tiwanaku y de allí hasta los oasis atacameños. Quien portaba en Atacama este "alimento de los dioses" era, sin duda alguna, un personaje de alto prestigio regional.

No se sabe qué costumbres y formas de vida tenían los habitantes de la etapa Coyo, porque sus aldeas localizadas junto a las zonas de cultivos (no defensivas) no han sido aún excavadas. Así, la mayor información, como en las etapas anteriores, proviene de los datos registrados en sus cementerios.

Mientras que la presencia de Tiwanaku es directa y selectiva en los oasis precordilleranos de Atacama, y menor en las cuencas intermedias como Chiu Chiu (río Loa), esto no ocurrió definitivamente en la Puna oriental y su borde (vertiente Argentina). Aquí sólo pueden encontrarse hallazgos esporádicos de rasgos Tiwanaku, como es el caso de ciertas técnicas textiles y alguna piezas de aleación oro-plata en la cuenca del río Doncellas y otras pocas tallas de madera y cerámica localizadas al interior del noroeste. Todas se sitúan sin formar parte de poblaciones con vínculos directos con el centro urbano-ceremonial del altiplano nuclear. De hecho, parece poco probable que las influencias de Tiwanaku hayan "reboteado" desde los oasis atacameños hacia la vertiente argentina.

En efecto, no todas las naciones periféricas a Tiwanaku accedieron a recibir sus influencias. Emergieron sociedades con mayor dominio territorial y fronteras mejor establecidas, diferentes en cuanto a sus procesos internos de desarrollo, así como en su relación con las redes de intercambio circumpuneño (ej.: excedentes no deseados por las etnias limítrofes).

Durante la etapa Coyo, en la quebrada de Humahuaca, distrito donde se ha dado una historia singular de antigua data, los vínculos entre Tiwanaku y las culturas locales se advierten con la población llamada Isla. Así, las poblaciones Isla, con recintos no aglutinados, se circunscribieron a la quebrada referida y zonas aledañas de la Puna oriental y nororiental de Jujuy. No existen testimonios de ellas ni en la quebrada del Toro ni en el alto valle Calchaquí. Esta ausencia, al igual que la falta de pueblos Aguada en dichos territorios intermedios, señala que el borde puneño se configuró como una real frontera, poco infiltrada, separando claramente el radio de acción de

TIWANAKU Y LA
PUNA ORIENTAL
TRASANDINA

Tiwanaku en relación a las culturas locales periféricas de la vertiente argentina.

Es probable que los vínculos con el altiplano ocurrieran por la región valluna de Bolivia, por el extremo oriental de la Puna argentina y la quebrada de Humahuaca. Parecería ser que ciertos contactos con los pueblos Misque-Tiwanaku, de la región valluna de Bolivia, incidieron sobre las culturas regionales, como para producir estilos derivados de cerámica policroma, como el Isla y Portillo Policromo. Otros contactos con Tiwanaku ocurrieron en el pueblo alto de Rinconada, donde hay manejo de sillería canteada, estructuras adosadas, posibles monolitos sencillos de piedras y cerámica policroma con puntos blancos que recuerdan a las ya referidas, a modo de un fenómeno semiurbano circumpuneño.

De uno u otro modo, queda fuera de duda que las comunidades trasandinas no fueron fuertemente influenciadas por Tiwanaku. La cultura Yavi del norte argentino estaba en contacto con las comunidades de Atacama, recibiendo escasas influencias de Tiwanaku, por rutas distintas de las que llegaron a los oasis atacameños.

CONTACTOS TRASANDINOS

Más hacia el sur, en el núcleo de la subárea Valliserrana (Catamarca y norte de la Rioja), se configuró a comienzo de la etapa Coyo un fenómeno de integración cultural entre las gentes de la floreciente cultura Aguada, y que logró durante su desenvolvimiento una alta autonomía en relación a los centros hegemónicos de las tierras altas puneñas. Estos pueblos también estaban en contacto con las comunidades de la cultura San Pedro, a través del extremo meridional de la Puna, por los oasis de Laguna Blanca y Tebenquiche.

Por esta época, todos los pueblos referidos, incluidos los de Atacama, compartían logros muy importantes: nuevas variedades de cultígenos, como es el caso de nuevas razas de maíz. Más instalaciones agrícolas, manejo del regadío y más control de suelos en zonas vírgenes. En cuanto a los aspectos religiosos de ambos lados de la cordillera, diversos pueblos parecen haber compartido ciertas ideas relacionadas con el culto felínico, la jerarquía del sacerdote-sacrificador y los cráneo-trofeos que inicialmente van acompañados del uso de alucinógenos.

V. Consolidación de la nación atacameña (900-1.450 años d.C.)

Etapas Solor (900-1.450 años d.C.)

Durante este tiempo se configuró bien la plena identidad de la nación atacameña (Fig. 29). Las experiencias culturales, tecnológicas e ideológicas anteriores, sustentaron una elite de autoridades locales y una población en aumento, originada en las etapas previas. Los vestigios más conocidos son los pukaras o fortalezas como Quito, aldeas de adobe asociadas a tumbas en Solor-4 y en sectores tardíos de los cementerios Quito 6 y 9. En lo que concierne a Tiwanaku, por causas todavía no elucidadas, a fines de su etapa expansiva, el centro ceremonial dejó de funcionar, desarticulándose la inmensa red de tráfico de larga distancia que lo sustentaba y, por supuesto, su influencia religiosa. Comienza a definirse una mayor autonomía regional política y religiosa, precisamente en los umbrales de la expansión de los inkas y de la conquista española.

A consecuencia de la gradual desintegración de Tiwanaku, los pueblos altiplánicos se dividieron en varios reinos, que en el tiempo del contacto español se reconocieron como Kollas, Lupagas, Pakajes, Charkas, Karangas, Lipez y Chichas. Junto a esto se intensificaron ciertas disputas fronterizas y, a juzgar por un 14% de hombres y mujeres con huesos afectados por acciones violentas, se piensa que sucedieron ciertos conflictos bélicos en la tierra atacameña.

POBREZA CULTURAL?

Durante esta etapa tardía se observan vasos de madera con rostro tallado de las últimas influencias de Tiwanaku, datados por el año 1.050 d.C., junto a cerámica traída de otros pueblos del altiplano-sur, llamados huruquilla, pero sin faltar la alfarería atacameña típica reconocida como "Dupont" (por haberse reconocido cerca a la fábrica de explosivos de Calama). Escasas tumbas como estas del cementerio Quito-9 demuestran que también existían personajes de prestigio. Pero ya no era común enterrarse con muchos objetos de valor, salvo excepciones como aquellos cuerpos encontrados con varios objetos de plata en el cementerio de Quito-6, datados a los 940-1.240 d.C. Es más, se reconoce que los habitantes de la etapa Solor vivían tiempos de cierto "empobrecimiento cultural", si se acepta que sus ajueres funerarios eran escasos y poco "artísticos". Parece que en verdad hubo menos preocupación por el desarrollo artesanal. Tal vez estaban muy involucrados con

Figura 29
Momia o cuerpo deshidratado de una mujer de la cultura de San Pedro (Núñez *et al.* 1986) y su reconstitución aproximada (Pérez de Arce, 1986).



sus conflictos fronterizos; quizás la población había aumentado demasiado en relación a sus fuentes de recursos, o los señores explotaban a sus súbditos más de lo debido y se enterraban en otro lugar. Como fuera, la evidente inconexión con los pueblos de la región del Titicaca y todos aquellos de la antigua esfera de influencia Tiwanaku significó una baja en la producción de bienes vinculados con el culto funerario y de las otras manufacturas más domésticas.

Este “empobrecimiento cultural” parece que se acompañó de una carencia de alimentos o de poca calidad nutritiva, puesto que la salud parece que no era tan próspera como en tiempos anteriores. Sin embargo, la densidad de población era lo suficientemente amplia y bien distribuida a lo largo de todos los *ayllos*.

A través de esta etapa, la población vivió en distintos tipos de pueblos, bajo normas culturales y políticas que ejercieron homogeneidad y unidad étnica. De hecho se distinguían de las agrupaciones aymarás del altiplano meridional (Chichas y Lípez). Los señores atacameños delimitaron sus espacios fronterizos conformando diversos pueblos fortificados tanto en Turi, como en Lasana, Toconao, Quitar, Vilama y Zapar. Aparece en esta época una mayor preocupación por cautelar y defender la población y la riqueza, junto a fortalezas más confiables para los señores y sus servidores más cercanos.

Desde estos *pukaras* se ordenaba el dominio político y económico del señorío atacameño, en épocas que se caracterizaron por alternar tiempos de guerra y de paz. Estos poblados eran verdaderas aldeas semiurbanizadas, pero con una clara arquitectura defensiva. Las ubicaron en puntos estratégicos sobre cerros y colinas en el río Loa medio y superior y en los oasis de Atacama. Se caracterizan por haber sido ocupadas por gentes que usaban la cerámica roja pintada y la “Dupont”, o sea, tiestos típicos de la cultura San Pedro en su último momento preinkaiko. Se admite que aquí llegaron los primeros ejércitos inkas de ocupación y los invasores españoles con plena certeza.

Los recintos del *pukara* de Quitar varían en sus formas desde la más común rectangular, a la irregular, pasando por viviendas semicirculares, a las bodegas circulares o a las que se entra por una puerta formada por dos grandes lajas verticales, o por piedras canteadas y superpuestas. Estas habitaciones se levantaban en verdaderas terrazas artificiales, grandemente escaleras, en cuyos límites inferiores se disponían las murallas defensivas con troneras o aberturas para el lanzamiento de flechas. No faltaron las escalas apegadas al muro defensivo, las acumulaciones de piedras para hondas, y las grandes bodegas de almacenaje y, por supuesto, los techos planos de troncos y ramas con la “torta” de barro, algo inclinadas, ahora desaparecidos (Fig. 30).

No se sabe con certeza por qué las diversas etnias del altiplano ingresaron en disputas políticas y territoriales. Tal vez todas aspiraban a producir directamente los bienes que les faltaban en sus tierras de origen, anexando territorios “extranjeros”. No sólo existía tensión entre los reinos aymaraes, sino que a su vez éstos ejercían presión sobre los señoríos de los valles del noroeste argentino y norte de Chile, portadores de tradiciones no aymarás.

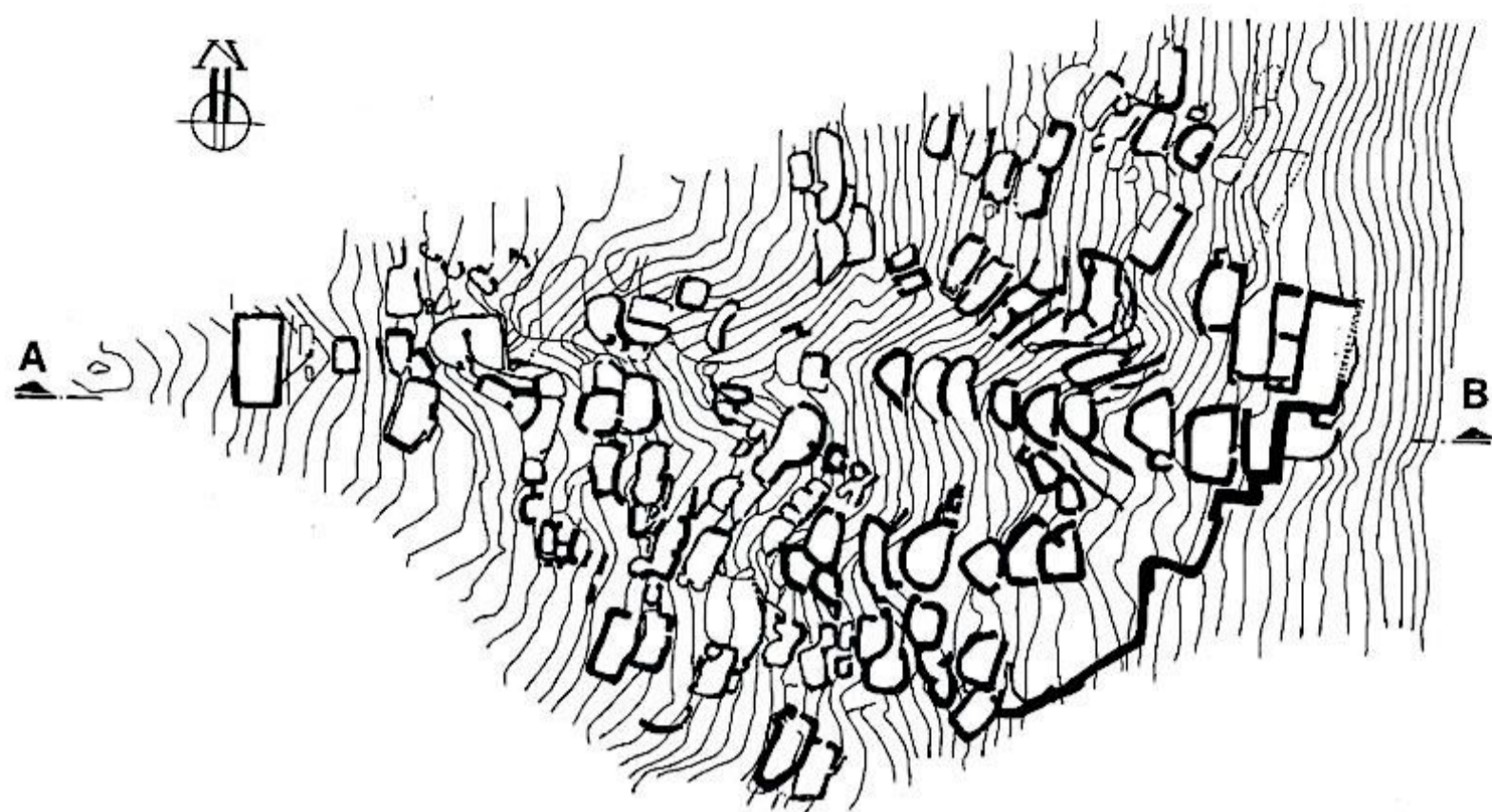
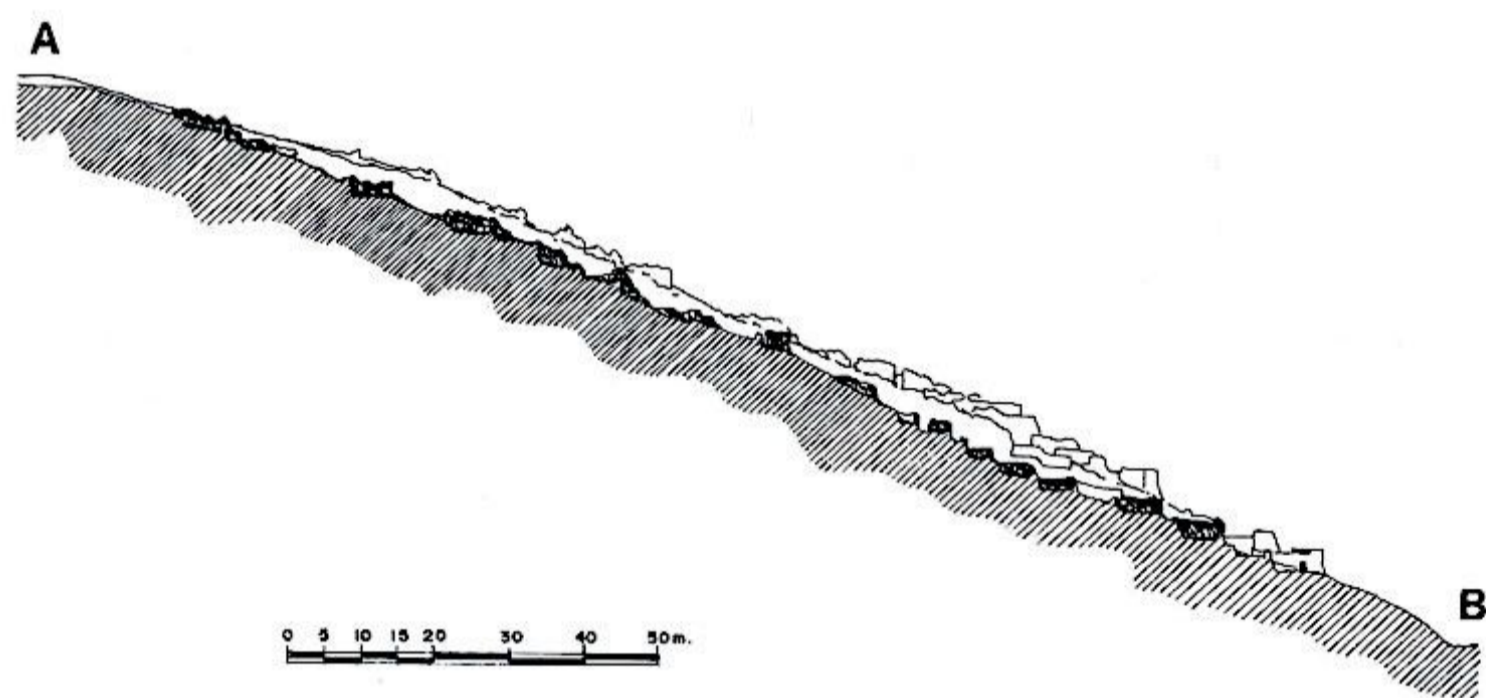


Figura 30
 Perfil y planta del pukara de Qitor (Muñoz, 1984).



Por otra parte, parece que también el señorío atacameño disputó territorios con las etnias del noroeste argentino. De uno u otro modo, en todo el contorno del altiplano, tanto tarapaqueño como atacameño y aun en los señoríos trasandinos, se construyeron *pukaras* frente a una eventual expansión aymará, paralelo a las presiones de los señoríos trasandinos más cercanos.

Existió entonces una necesidad de alianzas para sostener la circulación de productos, lo que creó ventajosas relaciones a nivel del tráfico de bienes

complementarios llegados de otras tierras. A su vez, se multiplicaron ciertos hábitos culturales comunes a todas las poblaciones circumpuneñas ya que el flujo de gentes hizo compartir más los conocimientos adquiridos. Por ejemplo, los rasgos arquitectónicos tipo Pukaras fueron comunes y se observan en el orden habitacional aglutinado, en el uso de cuartos cuadrangulares con muros de piedra, fundaciones escalonadas con bloques gruesos, etc. Es decir, soluciones funcionalmente diferentes a las aldeas rurales y dispersas, construidas con materiales más livianos como la *quincha*. En muchos casos, estos poblados-fortaleza se emplazaron en zonas altas para dominar visualmente el control de los movimientos subversivos, conflictos limítrofes, desplazamientos de gentes y ganado, traslado de cosechas a bodegas de reserva, etc., centralizando debidamente la administración del territorio.

LA ARQUITECTURA RURAL

También en la etapa Solor los atacameños vivían en aldeas dispersas, apegadas al valle o entre las arboledas, con recintos habitacionales de adobe, tal como en Solor-4, de los que perduran hasta hoy los cimientos bien conservados, que denotan habitaciones aglutinadas, rectangulares y subdivididas en tres o más piezas. Bajo los cimientos se han encontrado entierros en pozos, y otros dentro de algunas sepulturas en urnas. Confeccionaban además grandes recipientes de más de un metro de altura, los que probablemente sirvieron como depósitos de agua o para preparar bebidas fermentadas de uso colectivo, apropiadas para las festividades. El ajuar que acompaña las sepulturas es pobre y consiste en la típica cerámica roja pintada, cuya superficie, lisa y más burda, no se compara con los tratamientos pulidos de la etapa anterior. Es probable que otras aldeas de esta época se hayan confeccionado con la técnica de *quincha* (ramas y barro), en las cercanías de los cementerios pertenecientes a esta etapa.

Otros recintos se construyeron en el *ayllo* de Vilama. Los muros eran de adobe con cimientos de piedras y barro y daban lugar a grandes habitaciones con divisiones internas. Allí cocinaban en extensos fogones y acumulaban sus reservas en bodegas o *trojas*. No constituían grandes aglutinamientos colectivos sino que cada familia se agrupaba separadamente, o en racimos de dos o tres viviendas con corrales, a lo largo de los predios cultivados con riego canalizado.

LA CERÁMICA DEL TIEMPO DE LOS PU- KARAS

El señorío de Atacama persistió fortaleciendo su autonomía cultural, lo que se desprende de la popularidad de ciertos estilos alfareros. Esta vez, las cerámicas más comunes se denominan "Dupont", con *pucos* o cuencos negros y pulidos en su interior, y la roja pintada (violácea), las cuales persistieron hasta el momento del contacto inka. La tradición alfarera negra "casi pulida" de la etapa anterior entró en una fase de disolución, siendo reemplazada en cantidad por la roja pintada que logra definir bien esta época final. Las formas comprenden: vasijas compuestas de dos cuerpos esféricos superpuestos con dos asas horizontales; ollas con base convexa; platos, botellones y *pucos*. También se usó la cerámica "Dupont" con un tratamiento negro engobado en el interior de los platos; éstos se ubican en parte asociada a la roja pintada, en las ofrendas de los cementerios de esta época (Fig. 31).

Los atacameños de esta etapa final dejaron su cerámica roja pintada en el curso superior del río Loa, Calama y Chiu Chiu y aun por la costa de



Figura 31
Cerámica roja pintada
de la etnia atacameña.

Antofagasta. También la cerámica "Dupont" demuestra una amplia distribución regional, ya que se difundió con el tráfico de caravanas por diversas localidades del Loa y de la costa desértica, donde se proveían de excedentes no producidos en los oasis. Es cierto, las aldeas de los oasis del pie de la Puna podían reunir alimentos, materias primas, adornos, etc., procedentes tanto del litoral, del río Loa, como del altiplano meridional y de diversos puntos de los valles y selva occidental del norte argentino.

Los pueblos atacameños de esta última época, según se advierte, traficaban con las etnias aymarás del altiplano meridional y con las comunidades del noroeste argentino, activando las prácticas de colonización e intercambio, lo cual implicó ventajas económicas recíprocas entre las autoridades de diferentes señoríos, a través de alianzas políticas. Cerca de la expansión Inka, estas etnias meridionales habrían consolidado sus señoríos en gran parte del territorio circumpuneño, conformando cierta estabilidad política interregional, con altos niveles de armonía social, atenuándose los conflictos temporales. Así, el señorío de Atacama pudo coexistir con colonias foráneas instaladas en sus enclaves menos productivos, y aun pudo haber controlado sus propias colonias en otras regiones cercanas, no más allá del río Loa y de la costa desértica, pero con mayor énfasis entre las tierras altas altiplánicas y valles trasandinos aledaños. Se puede admitir, como ejemplo, que una colonia de mineros atacameños había radicado en las vetas de cobre de Chuquicamata, cuyos restos se exhiben en un Museo de New York... (Fig. 28).

Por el tiempo de la etapa Solor llegaron a la región de Toconce colonos altiplánicos que se enterraban en *chullpas* o pequeñas torres funerarias de piedra, comunes en la antigua Bolivia. Es probable que estos grupos ejemplifiquen la llegada de pueblos-colonias, procedentes de los reinos aymarás (región del Kollao y Pakajes), alcanzando levemente a los oasis de Atacama por las tierras altas (Fig. 31a).

SEÑORÍO
Y TRÁFICO
ATACAMEÑO

CONTACTOS CON
KOLLAO, PAKAJES
Y HURUQUILLAS

Figura 31a

Chulpa o pequeña torre de piedra de uso funerario (Toconce).



Se trata de pastores originados en la región del Titikaka que usaban una cerámica típica, en forma de platos, con decoración negra sobre fondo rojo o café llamada localmente Hedionda. Se instalaron en el río Loa superior (ecozona de Toconce), dispersándose hasta las aldeas de Atacama y aun a otras tan cercanas al litoral como en el caso de Quillagua, en plena convivencia con los pueblos atacameños.

Es probable que otros pueblos altiplánicos también arribaron o contactaron con traficantes de la región atacameña, pero de la región más sureña de Potosí, donde vivían las comunidades de agropastores llamados Huruquillas y Yuras. Su cerámica con adornos negros sobre fondo blanco logra observarse en el Loa superior y en los oasis de Atacama.

Por otro lado, las relaciones con los pueblos del reino Mallku, del altiplano limítrofe (Bolivia), fueron evidentes, puesto que compartieron la cerámica llamada Hedionda y aquellas que tipifican a esta etapa. En un ir y venir, el movimiento de caravanas unió a los oasis atacameños con los pueblos de pastores de las etnias Chichas y Lípez, al punto que al tiempo de la llegada de los primeros españoles se vio a indios Atacamas y Aymarás-Lípez llevando juntos recuas de llamas hacia Potosí.

Por esta época se acentuaron más los contactos de tráfico con los pueblos del noroeste argentino, la región más cercana, lográndose productos y materias primas diferentes a las locales: objetos de bronce, vegetales y fauna subtropical, posibles tinturas (evidencia etnográfica), etc.

Dentro de todo el ambiente circumpuneño existieron ecozonas de mayor eficiencia productiva, que quedan testimoniadas por la presencia ende y allende la cordillera de distritos arqueológicos con fisonomía propia. Éstos son los oasis y valles que bajan por la pendiente occidental (ríos San Pedro

CONTACTOS CON
LA VERTIENTE
ORIENTAL
PUNEÑA

y Loa) con sus tributarios y, en la pendiente oriental, la red atlántica del río Pilcomayo.

Todos desarrollaron una economía agropecuaria de excedentes con incremento de las labores agrarias en lugares como San Pedro de Atacama, Toconce-Lasana, Tebenquiche, Casabindo, Santa Ana de Abrolaite, San Juan de Mayo y Yavi, en ambos lados de la alta Puna. Eran pueblos étnicamente afines a pesar de la "separación" de la cordillera. Estos oasis cálidos se relacionaron con los pisos fríos más altos, las zonas de bofedales y tolares, aptas para el pastoreo de camélidos. Así, compartían un destino manifiesto basado en la sobreproducción agropastoril y artesanal.

Sin embargo, los pueblos de la vertiente argentina conjuntamente con la producción puneña sumaron la riqueza de los recursos tropicales y de los ricos bosques orientales del gran Chaco (tráfico del alucinógeno "Cebil"). A diferencia del altiplano central boliviano, el contorno del altiplano sureño es de borde abrupto, con serranías en la cordillera Salta-Jujeña que corta el flanco puneño oriental, con ríos orientados al sistema Pilcomayo o Pasaje-Juramento, a manera de pasadizos de interacción y de circulación de recursos en ambos sentidos. Así, en trechos cortos, se contactaban los ambientes tropicales bajos y húmedos, con los puneños de altura.

De modo que existía un verdadero pasadizo de tráfico entre los paralelos 22° y 23°, que incluía a asentamientos de ambos lados de la alta Puna: río Salado, oasis del Salar de Atacama, San Juan de Mayo, Pozuelos, Yavi Chico, cabeceras de la quebrada de Humahuaca, serranías y bosques de Iruya y Santa Victoria (Fig. 32).

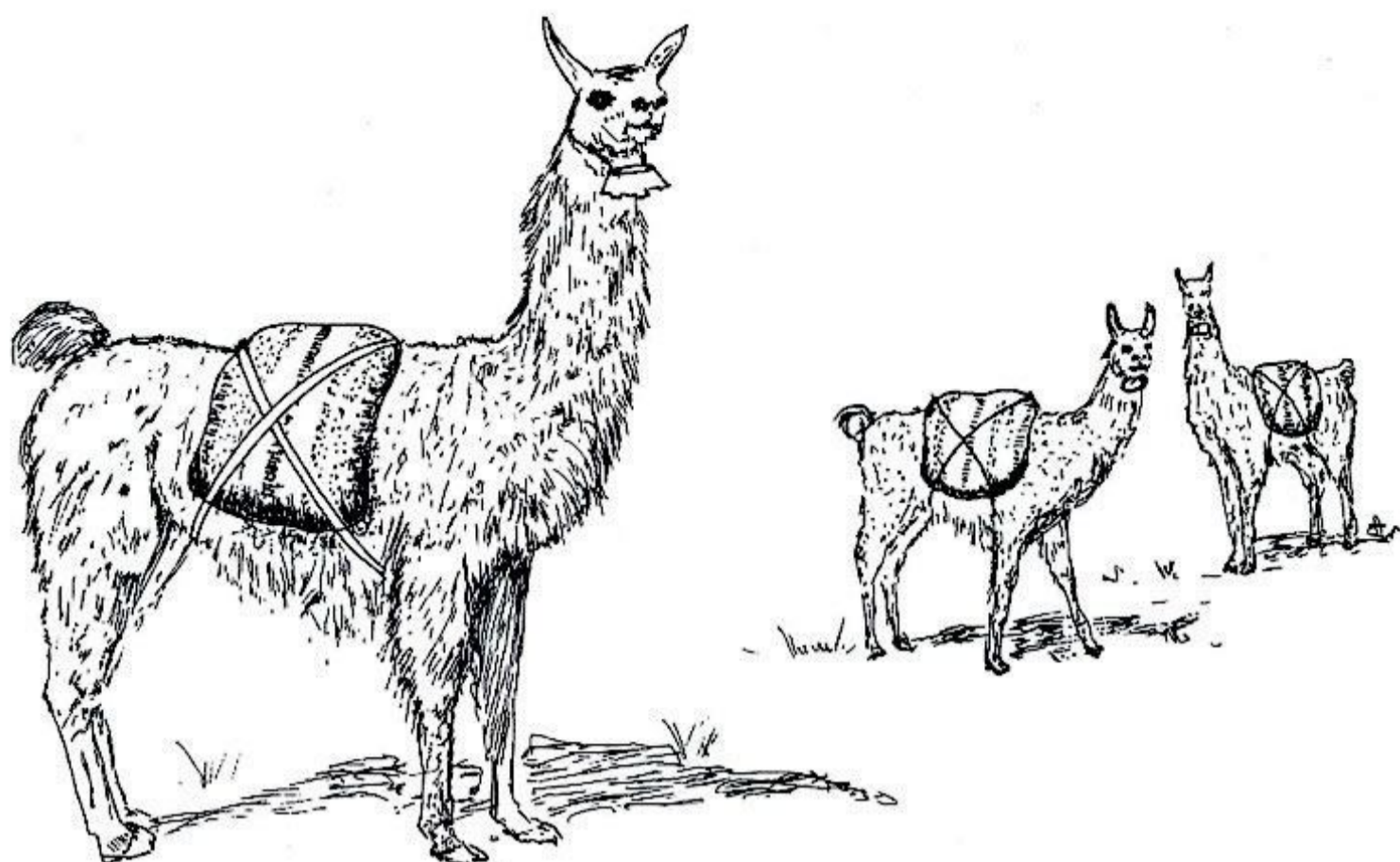
Otras rutas de circulación y contactos hacia el nororiente, lo eran las localidades del río Salado-San Juan de Mayo-río Tarija-Región Valluna de Bolivia. Otra cursaba la dirección sureste: Toconao-Huaytiquina-San Antonio de los Cobres, separándose hacia el valle Calchaquí y Quebrada del Toro.

A pesar de los movimientos de tráfico trasandino, cada ecozona de producción de la Puna y sus bordes sustentó procesos culturales algo diferenciados, como los que se expresan en las localidades de Lasana y Toconce en el Loa, Quitor-Solor en los oasis atacameños, Casabindo en las cuencas del río Grande de San Juan y Doncellas, Mallku en el río Grande de Lípez, Yavi en el extremo oriental de la Puna Jujeña y zonas aledañas de Tarija en Bolivia.

Estas etnias, tanto las altiplánicas del sur como las localizadas en la vertiente puneña occidental y oriental, se desarrollaron por sus propios medios y con intereses a veces contrapuestos en cuanto a la ocupación de ciertos espacios fértiles. Se explica que verdaderas fronteras defensivas se levantaron en los bordes del altiplano sureño, y en las ecozonas más ricas del territorio circumpuneño, ante episodios conflictivos temporales.

La diferenciación de cada comarca se advierte a través de la distribución de los tiestos cerámicos. Tanto los pueblos Santa María-Calchaquí como Belén, no llegaron a las ecozonas puneñas, ni a los oasis de Atacama, tampoco a la quebrada de Humahuaca. Pero entre los pueblos circumpuneños se compartieron algunas artesanías comunes: ganchos de madera para arreglar

Figura 32
Reconstitución de llamas caravaneras cargadas. Cencerro y gancho de atalaje para preparar las cargas.



las cargas de llamas, calabazas pirograbadas y una cerámica común de cocina poco variada y monocroma. La alfarería que en la vertiente chilena se conoce como "Dupont" (cuencos grises o negros pulidos en su interior) fue trasladada hacia el borde oriental argentino, al alto valle Calchaquí, la Poma y la Paya.

Por otro lado, la alfarería atacameña roja pintada, típica de la etapa Solor, se distribuyó selectivamente en la vertiente oriental, tanto en Yavi como en Tarija (Bolivia).

Frente a la escasez decorativa y al tratamiento monocromo de la cerámica circumpuneña, es interesante destacar la circulación de ceramios decorados pequeños, fácil de transportarlos. Por un lado, el arribo del estilo Hedionda o Chilpe originados en el altiplano norte, y por otro lado, el estilo Yura-Huruquilla de la región Valluna de Bolivia. En el sentido transversal este-oeste, la circulación de piezas de asas asimétricas del estilo Yavi chico policromo (Argentina) llegó hasta San Pedro de Atacama, al igual que la cerámica Tilcara negro sobre rojo.

Es poco lo que se sabe sobre el porqué de estos contactos. Es factible pensar que en un ir y venir se lograban bienes deseados. A lo menos, se ha comprobado que un señor de la cultura Yavi, de la Puna oriental argentina, fue enterrado solo, en el *ayllo* Conde Duque de Atacama, cerca de una mina de cobre (San Bartolo). Su rico ajuar en metales (cobre y plata), con una hacha "de gancho" asociado a su cerámica típica, indica que vino hasta los oasis probablemente a convenir arreglos políticos para tener acceso a ciertas materias primas atacameñas (¿cobre?). El ceremonial funerario ocurrió en un lugar separado y distante de los cementerios pertenecientes a la comunidad atacameña.

En suma, los señoríos de Atacama, Lasana y Toconce parecen haber mantenido relaciones económicas mutuas, y Toconce, a su vez, con Lípez y San Juan de Mayo (Altiplano sur). No obstante, la cerámica Pica modelado, San Miguel-Gentilar, son vasijas de esta época que no parecen haber traspasado el Loa inferior, puesto que tipifican a las comunidades de los valles tarapaqueños, con los cuales hubo escasos contactos en términos del tráfico caravanero.

Se ha planteado que en la etapa Solor no se logró un esplendor artesanal como en las épocas anteriores. Podría argumentarse que al disminuir los rituales basados en la inhalación de alucinógenos, se dejaron de reproducir los símbolos que antes alcanzaron categorías de un verdadero virtuosismo artístico. Ahora las más escasas prácticas de inhalación derivadas asumen estilos propios de esta etapa, como lo son las tabletas con representación de mujeres con sus extremidades inferiores separadas (¿rito de fertilidad?). Definitivamente el equipo de insuflación pasó a ser cada vez menos significativo.

También se destaca un mayor uso de calabazas con adornos pirograbados. Estas piezas se insertaron en las redes de tráfico trasandino, distribuyéndose por todo el territorio circumpuneño. Por otro lado, se podría especular que la concentración de la riqueza se agolpó en una elite más centralizada y selectiva, portadora de bienes de *status* con piedras semipreciosas, mientras que el ornato del resto de la comunidad se limitaba a litos de menor categoría. La abundancia de collares de toba riolítica parece afirmar esta suposición, a la par del dominio de una atmósfera de "empobrecimiento" o uniformidad artesanal presionada por una organización política más cohesionada y autoritaria. No obstante, los objetos vinculados con las labores agrícolas y las artes del tejido continuaron con virtuosismo (Fig. 33).

La construcción y fortalecimiento del *Pukara* de Quitor, anexado a las alturas defensivas de los cerros, sirvió para dominar y controlar la entrada

CAUSAS DEL
TRÁFICO

DESARROLLO
ARTESANAL

VÍSPERA DEL
DOMINIO INKA

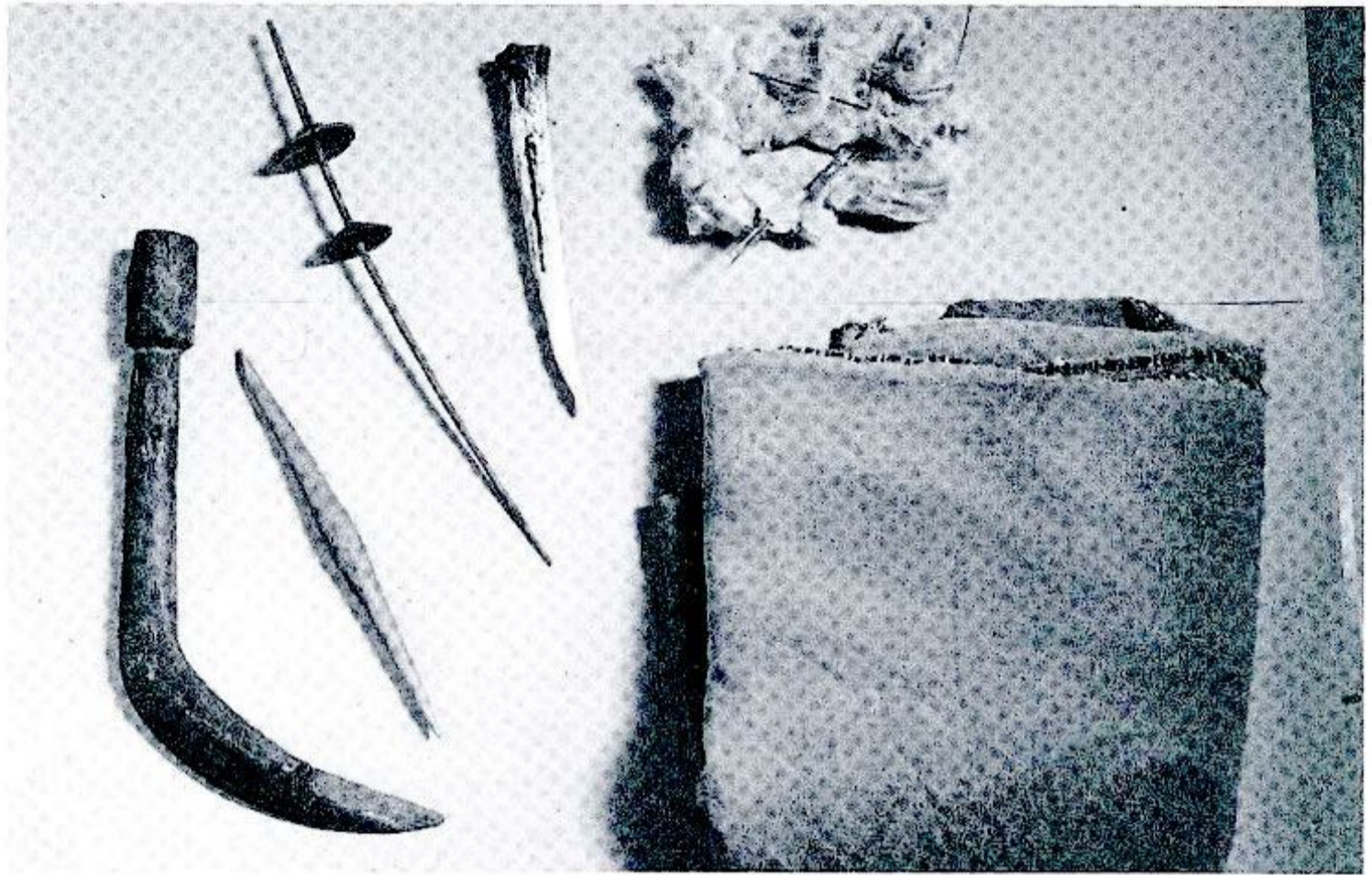


Figura 33-a:
Implementos para la artesanía textil.

Figura 33-b:
Instrumentos para las labores agrícolas.

al valle de Atacama y las compuertas del regadío que fructificaba una floreciente comarca agropastoril. Es muy posible que antes de la paz inkaica, cuando ocurrían amenazas de invasión de parte de los guerreros de las etnias limítrofes, hacia allí acudían hombres y mujeres en calidad de combatientes ocasionales. Desde las aldeas dispersas a lo largo de todos los *ayllos* del valle iban tras la defensa de su tierra.

Se podría decir que la imagen del *pukara* ofrecía una sensación de seguridad a la comunidad atacameña. Y así debió percibirse cuando ocurrió la conquista pacífica de los inkas. Los niños atacameños observaron en el *pukara* de Quito la ceremonia de paz y los arreglos de colaboración entre sus caudillos y los “capitanes” inkas (¿año 1450?). Una vez ya viejos, por el año 1536, quedaron perplejos ante los invasores españoles. Así de rápido fueron los sucesos que se explicarán más adelante.

VI. Bajo el dominio de los Inkas (1.450-1.536 años d.C.)

En el tiempo breve, de no más de un siglo, el Cuzco se transformó en la capital de un gran imperio, de carácter panandino cuyos límites, según los cronistas, se extendían desde el Ecuador por el norte, hasta el río Maule por el sur. Una gran parte de lo que hoy es Chile y, por lo tanto, los oasis de la Puna atacameña, quedaron incorporados al imperio, como parte de su provincia meridional: Collasuyo.

Se acepta que fue el decimoprimer Inka, Túpac Yupanqui, quien conquistó el actual territorio chileno. El testimonio del cronista Garcilaso de la Vega es valedero: "el Rey Inca Yupanqui... fue hasta Atacama, que hacia Chile es la última provincia que había poblada y sujeta a su Imperio, para dar calor de más cerca a la conquista, porque de allí adelante hay un gran despoblado que atravesar hasta llegar a Chile. Desde Atacama envió el Inca corredores y espías que fuesen por aquel despoblado y descubrieran paso para Chile y notasen las dificultades del camino, para llevarlas prevenidas. Los descubridores fueron Inkas, porque las cosas de tanta importancia no las fiaban aquellos reyes sino a los de linaje, a los cuales dieron indios de los de Atacama y de los de Tucum (Tucumán)..., para que los guiasen, y de dos a dos leguas fuesen y viniesen con los avisos de lo que descubriesen... Con esta prevención descubridores, y en su camino pasaron grandes trabajos y dificultades por aquellos desiertos, dejando señales por donde pasaban para no perder el camino cuando volviesen... Con esta diligencia y trabajo horadaron ochenta leguas de despoblado que hay desde Atacama y Copayapu (Copiapó)..."

LOS INKAS EN SAN PEDRO

Una vez impuesto el dominio cuzqueño, procedieron a reorganizar la población del territorio sometido a través de la implantación de la administración central, su culto solar, el idioma quechua, etc. Por un lado, debido al corto tiempo de la expansión inkaika, es probable que sus leyes y costumbres no lograran imponerse totalmente. Por otro, aunque la ocupación de San Pedro de Atacama y sus contornos abarcó un lapso de poco más de unos sesenta años, esta situación de contacto entre pueblos con culturas diferentes debió dejar rastros más o menos profundos en el modo de vida de la población local, tales como aspectos políticos, administrativos, económicos y religiosos (Fig. 34).

Justo cuando los señores de Atacama de la etapa Solor habían configurado su territorio conjuntamente con sus expresiones culturales y lingüísticas

ELO TABO CAPITAN
APOCAMACIINGA



a

ELI NOVENO INGA
PACHACUTIINGA



b

CONQUISTA
MILAGRO DELS S



c

TRAVAXA
HAILLICHACRAIAPVIC



d

- Figura 34
- a) Apo Cámac Inca, capitán e hijo de Pachacuti Inga Yupanqui, lucha contra los "indios de Chile" a mitad del siglo xv (Poma de Ayala 1956 (1587 - 1615)).
 - b) El rey Pachacuti Inca Yupanqui quien anexó el actual territorio de Chile al Imperio Inka (Poma de Ayala 1956 (1587 - 1615)).
 - c) Los Inkas son dominados por los españoles (Poma de Ayala 1956 (1587 - 1615)).
 - d) Cantos triunfales cuando los labriegos inkas preparan la tierra (Yuanman Poma, op. cit).

particulares (lengua kunza), arribaron a esta región las guarniciones inkas destinadas a anexar esta etnia a los intereses imperiales. Para este efecto no ejercen, aparentemente, un dominio militar y cultural directo, ya que no se aprecian conflictos militares ni la imposición de un modelo cultural (hay escasa artesanía inkaika). Sin embargo, insistieron en su esfera religiosa a través de ceremonias, como aquellas de los santuarios de las altas cumbres. El dominio de los Inkas en Atacama se puede considerar "oblicuo", por cuanto al parecer no llegaron directamente desde el Cuzco, sino desde sus centros administrativos del altiplano. Desde aquí, junto con colonias aymarás, descendieron hacia estos oasis y pactaron con las autoridades políticas establecidas en los *pukaras*. Luego, construyeron su principal centro administrativo en Catarpe, aguas arriba de Quito, lugar escogido para convivir y neutralizar a la población jerárquica del *pukara* referido, en donde radicaba el poder atacameño.

La ocupación inkaika fue evidentemente más política que cultural, ya que se fundamentó en alianzas con las autoridades atacameñas, las cuales estaban preparadas para este entendimiento, a raíz de la conducción del tráfico multiétnico que existía desde antes. De esta manera los inkas capturan la "riqueza" atacameña a través de la imposición del trabajo obligatorio local (*mita*), con lo cual podían preparar desde Catarpe las cargas de retorno que, de acuerdo a su planificación, eran indispensables para su imperio. Los alimentos preservados (charqui, papas, harinas), metales (cobre y oro), piedras semipreciosas, madera, etc., proporcionaban los bienes que requerían tanto las poblaciones altiplánicas, como aquellas que sustentaban el *status* cuzqueño en su capital. Por otro lado, Catarpe era el paso obligado de la riqueza tributada, traída en las caravanas desde el centro de Chile.

Al parecer, los inkas no intensificaron las manufacturas locales, lo que explica el escaso número de sus objetos encontrados en los oasis de la región de San Pedro de Atacama; paralelamente, es probable que hayan incrementado las labores mineras más que cualquier otra, estimulando la continuación del tráfico regional, esta vez reorientado hacia los centros administrativos del altiplano (Fig. 35).

SUS VESTIGIOS ARQUEOLÓGICOS

La presencia inka se advierte de diversas maneras: en la cerámica, objetos de metal, ofrendas en las altas cumbres, rasgos arquitectónicos y cementerios. La cerámica tipo inkaika está característicamente pintada de rojo, elaborada por artesanos locales, con formas de aríbalo, pequeños jarros con un asa y escudillas que incluyen cabezas de aves en el borde. En los santuarios de altura ofrendaban figurinas rojas de conchas de *spondilus* traídas desde mares tropicales, ídolos en miniatura y llamas pequeñas de plata fundida, comunes en la mayoría de los volcanes sagrados de la cordillera (Pili, Licancabur, etc.).

La arquitectura inkaika se presenta ejemplarmente en el llamado *tambo* de Catarpe, contemporáneo con el *pukara* de Quito, situados ambos a poca distancia, al norte de San Pedro de Atacama. Aquí construyeron tres grandes patios rodeados de recintos y viviendas donde reunían las cargas para conducir las hacia el altiplano. Enterraban a sus difuntos en un cementerio cercano, junto con la cerámica inka elaborada por artesanos atacameños

Figura 35
 Reconstitución de labores domésticas atacameñas:
 a) Haciendo fuego.
 b) Moliendo quinua.
 c) Preparando la tierra.
 d) Tejiendo en telar.
 (L. Núñez et al. 1986).



que convivían con los funcionarios inkaikos y servidores altiplánicos (Figs. 36 y 37). Otro centro administrativo fue levantado en el *Pukara* de Turi (afluente del Loa) que tal vez era otro de los pueblos fortificados de las comunidades de la última etapa de la cultura de San Pedro. Para este efecto, despejaron parte de las construcciones originales preexistentes y erigieron un gran edificio de adobe (*Kallanka*), con techo de dos aguas, a partir del cual controlaron el área del Loa, a través de un camino aún visible. Éste continúa por los oasis atacameños hasta el valle de Copiapó y Santiago, jalonado de *tambos* de apoyo, adosados a los arroyos y vertientes como aquel ubicado en el oasis de Peine.

Para establecer la conexión con el altiplano construyeron un *tambo* y centro religioso a la vez, a los pies del volcán Licancabur. Allí pernoctaban las caravanas de paso y acudían como en “romería” los devotos del culto

Figura 36
Plano del centro administrativo Inkaiko de Catarpe, cercano al Pukara de Quito (Lynch, 1977).

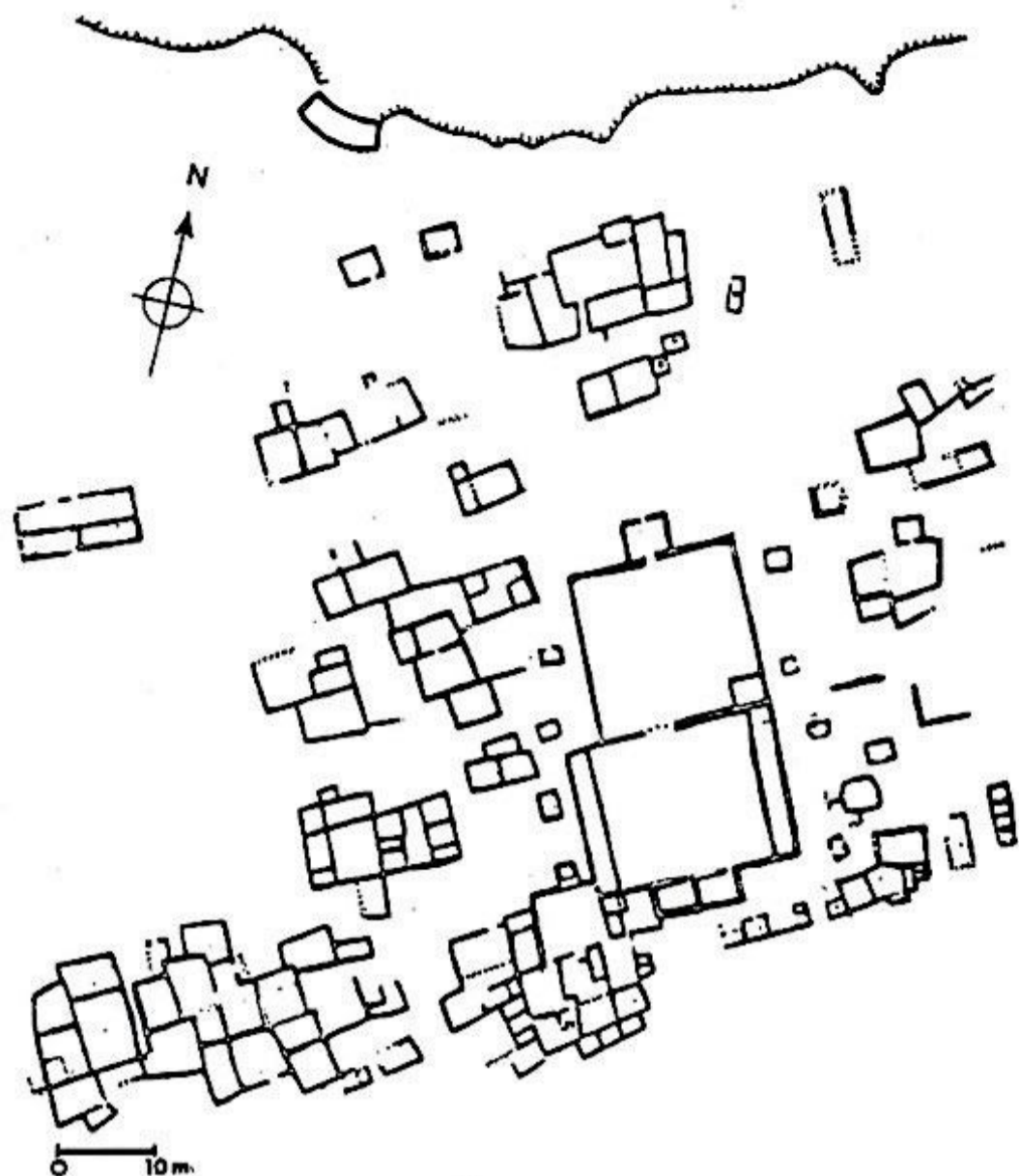


Figura 37
Placas metálicas inkas de Catarpe con influencia de la cultura trasandina Santa María (Lynch, ms.).



solar y del espíritu de la montaña, en determinadas épocas del año. El lugar posee un gran patio rodeado de recintos jerárquicos para funcionarios y dignatarios y un sector de bodegas junto a miles de fragmentos de cerámica derivada del traslado de bebidas y conservación de alimentos (Fig. 38).

¿Hasta qué punto las modificaciones promovidas por los inkas en San Pedro de Atacama tuvieron éxito en términos de apertura hacia nuevas perspectivas de desarrollo? No se sabe con certeza. Al parecer, no modificaron los buenos resultados del trabajo agropecuario, sino que más bien intensificaron las obras de minería, en tanto que reorientaron la riqueza móvil del tráfico interregional hacia los centros administrativos del altiplano.

En suma, se puede señalar que al final de la época prehispánica, la expansión del imperio inka hacia el sur, a través de los caminos del altiplano y de las redes transversales, llevó la producción de dichas regiones a una escala mayor, optimizando la generación de excedentes y la circulación de bienes necesarios para la reproducción del estado inkaiko.

Así, ejercieron un dominio sobre las jefaturas locales y señoríos, estableciendo controles en las cabeceras ende y allende la cordillera, entre otros, Tilcara, Tastil, La Paya, Quilmes, Quitar, Lasana, Turi, etc. Impusieron sus nuevos rasgos arquitectónicos como los *tambos* que sostenían el tráfico de la Puna y de los oasis, tales como Calahoyo, Catarpe, Licancabur, Peine, etc., aparte de los centros administrativos-militares localizados en el borde de la Puna, como Cortaderas en el camino entre Calchaquí y El Toro.

El período de paz inkaika posibilitó el restablecimiento y reorientación de la fluidez en la distribución de productos por amplias regiones del altiplano sur y su periferia. Este hecho estaría indicado por la incorporación en las culturas locales del estilo cerámico Inka-Paya o Casa Morada Policro-

DE LA PAZ INKA
A SU COLAPSO

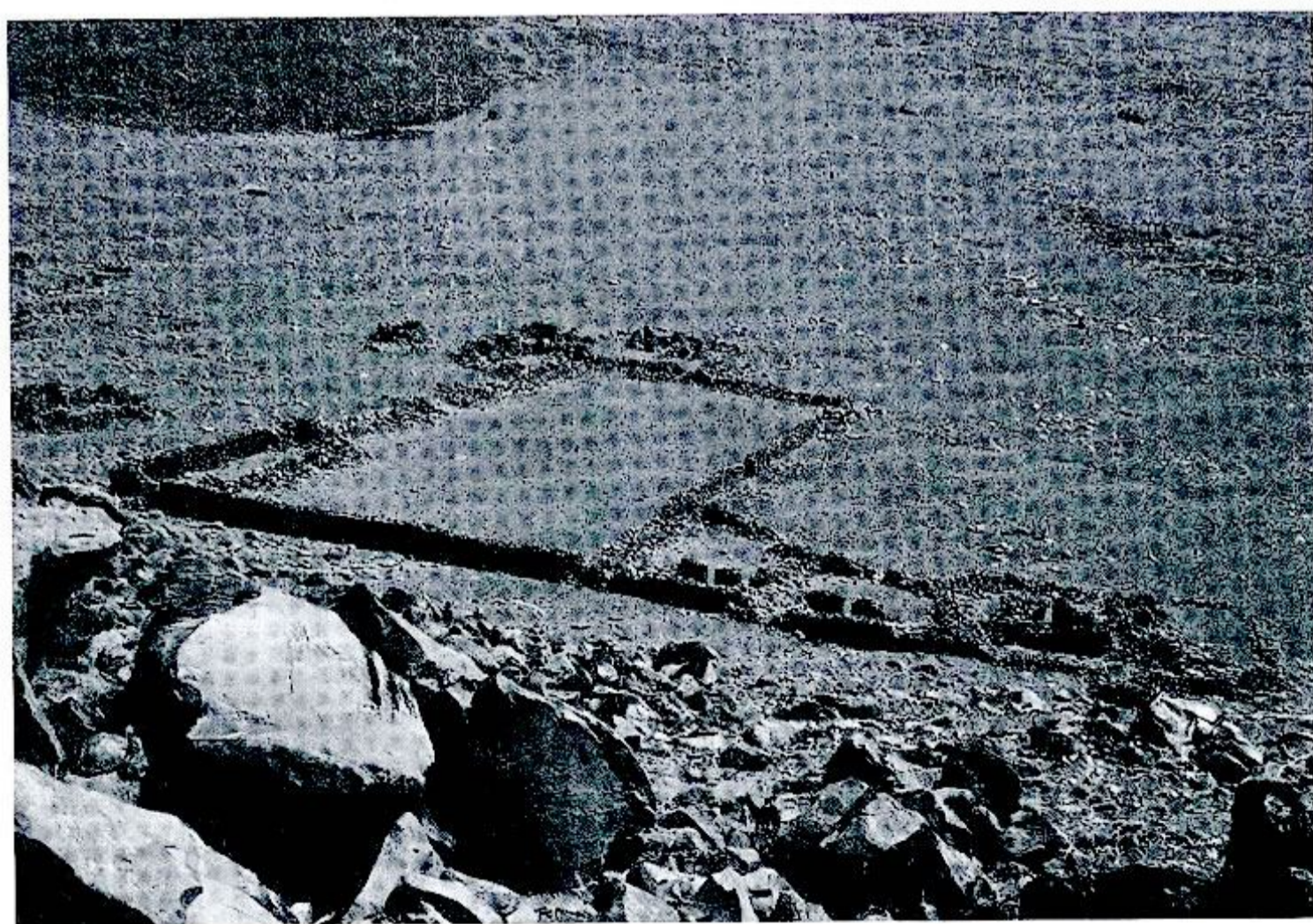


Figura 38
El *tambo* y centro ceremonial del volcán Licancabur.

mo, que se generó muy probablemente a base de la cerámica anterior Yavi Policromo localizada en la vertiente argentina. Se constata su presencia en el registro arqueológico de diversas artesanías del borde jujeño, puna argentina, sur de Bolivia y oasis atacameños, entrecruzándose de un lado a otro; además de la distribución del estilo cerámico Inka Pacajes o Saxamar, del altiplano nuclear de Bolivia también enraizado en el actual norte de Chile, con más énfasis en la región tarapaqueña.

Las profundas transformaciones socioeconómicas se expresaron a nivel superestructural por la activa enseñanza del quechua, la imposición del culto solar y diversos cambios en las creencias y costumbres. De hecho, se dejó definitivamente de usar alucinógenos por el consumo más masivo de hojas de *coca*, tan útil para el ceremonial como para el trabajo y las largas caminatas en ambientes inhóspitos. En verdad, tanto en las ofrendas funerarias de los oasis de Atacama, como en el borde de la Puna, desaparece el complejo de alucinógenos, aún comunes en las tumbas preinkaikas. Podría decirse que decaen ciertos cultos locales por aquellos propiamente cuzqueños.

En las postrimerías del período inka-atacameño ya hay posiblemente verdaderas colonias o *mitmak* inkas, con cerámica típica del altiplano, como las ollas de pie, usadas en los *ayllos* de San Pedro. Un cementerio perteneciente a una de estas colonias encontrado en la Hostería de San Pedro, señala que esta gente ya se había contactado con los primeros europeos, directa o indirectamente, probablemente en el antiguo Perú. Por seguro, ya usaban los novedosos abalorios o cuentas de vidrio veneciano para collares que los españoles regalaban a los nativos, para los efectos de lograr vínculos favorables. Eran truequeadas por bienes indios indispensables para la sobrevivencia de los primeros conquistadores, inmersos en un territorio andino virtualmente desconocido.



Figura 39
Inkas durante el culto solar (Poma de Ayala 1956 (1587 - 1615)).

Con la derrota de la resistencia civil y militar inka, en sus propias metrópolis peruanas, en el mismo "ombligo" del mundo inkaiko, todas las naciones indias del sur, grandes y pequeñas, quedaron atrapadas en la tensa vigilia ante un invasor extraño, audaz e inesperado. Ya no tenía sentido proteger las fronteras entre naciones andinas. Ahora los *chasquis* o mensajeros inkas y aquellos de las propias naciones andinas del sur, comenzaban a difundir órdenes y rumores: la guerra antiespañola debía sostenerse donde sea. Se acercaba el fin de la vida india en su más plena autonomía. El encuentro insólito de dos mundos distintos y distantes estaba avanzando de norte a sur, de una manera tenaz e irreversible... Los viejos atacameños de la cultura de San Pedro (etapa Solor), se asimilaron a las influencias indias de los inkas, pero no sobrevivieron al dominio de los europeos (Fig. 39).

VII. La inesperada invasión española (siglo XVI)

Al momento de la ocupación inka, esta pequeña nación atacameña cumplía con algo más de 2.500 años de vida civilizada, enraizada en los oasis al pie de los Andes. Este desarrollo autóctono fue regulado por algo menos de 50 años de sistema imperial inkaiko, el cual lo articuló bajo sus inteligentes principios de reciprocidad y vasallaje equilibrado. Armonizaron su colonización con las necesidades de los subordinados evitando el choque de dos idiosincrasias diferentes.

El dominio europeo por su parte, no administró las diferencias y fue tan violento que la sola presencia de los valores mercantilistas produjo un impacto increíble entre las comunidades locales. La crisis demográfica (guerras, trabajo en minas, etc.), y fisiológica (nuevas enfermedades) a consecuencia de una conquista real, aceleró un proceso de cambios caóticos para el señorío atacameño. Los nuevos ideales productivos y políticos, la cristianidad, los objetos de la cultura material nunca antes vistos (ruedas, armas, monedas, fierro, etc.), los animales más variados que el ganado local (caballos, vacunos, caprinos, etc.), el idioma español, las armas destructivas, etc., son entre algunos, una señal concreta del dominio subyugador y deslumbrante, capaz de ofender y sorprender a la vez.

Los valores culturales atacameños se desarticularon, sus hábitos se confundieron con la nueva mentalidad europea, el kunza desapareció gradualmente, hasta quedar reducido a unos cánticos ceremoniales. Sorprendentemente, como símbolo del cambio, los vencedores "retornaron" el poder político concediendo a los caciques obedientes los términos de "Don" y "bastón de mando"... Las tradiciones preeuropeas fueron en parte reemplazadas por nuevas ideas españolas (sincretismo), y diversas manifestaciones culturales autóctonas gradualmente se fueron desmoronando y recreando por el choque de dos sociedades con ideales opuestos (aculturación).

En suma, con el paso agresivo de los españoles, primero con la expedición de Almagro, luego con Valdivia y los funcionarios locales posteriores, la autoridad atacameña se desintegró. Se debe recordar que el dominio inkaiko significó una serie de transformaciones más políticas que culturales, que permitieron la continuidad de las culturas locales. Esta situación fue abruptamente alterada por la conquista española. La estructura andina política, económica y religiosa se destruye o se infiltra en gran medida por los rasgos de una cultura ajena (Fig. 40).



Figura 40
Conquistadores españoles: Diego de Almagro (izquierda) y Francisco Pizarro (derecha), en Poma de Ayala 1956 (1587 - 1615).

Es muy difícil calcular la población atacameña durante el temprano siglo XVI. Durante los primeros contactos con los españoles, por el año 1535, Oviedo señala que existían 700 guerreros, lo que correspondería a un total aproximado de 4.000 personas. No obstante el hecho de que existía un ambiente de rebeldía india, con fugas y movilizaciones hacia tierras más altas, lo más natural es que la cifra total fuera mayor. El cronista Bibar en el año 1540 señala que sólo en el *pukara* de Quito existían algo más de 1.000 indios de guerra. Pedro Sande, un minero español conocedor de la región, señaló en el año 1581 que la población alcanzaba a 2.000 indios sin contar los propiamente costeros. Como estos dos mil serían tributarios, con edades entre 18 a 50 años, la población total debió ser mayor. Durante los siglos coloniales, con el impacto del deterioro demográfico propio de los períodos de resistencia, epidemias, pérdida de tierras, etc., la población total nunca superó a las 12.000 personas. Cuando se entregó la encomienda a doña Ana de Avendaño (1560), con algo cercano a la mitad de la población atacameña, se contabilizaron 1.500 indios tributarios. De modo que no sería errado admitir que a mediados del siglo XVI vivían un total de 3.000 tributarios. Sumados a sus familias se puede asumir que vivían algo más de 12.000 habitantes. Se sabe que en el año 1787 el total sólo era de 3.655, incluyendo el monto de un 20 a 40% que radicaba en el noroeste argentino.

POBLACIÓN INDIA
Y DESIERTO

La visión de los primeros españoles sobre este territorio era como el acto de descubrir el oasis justo, que los rescataba de los más despiadados despoblados conocidos a lo largo de toda la travesía del mundo andino. El cronista Cobo así lo percibe: "En los llanos del Perú hay muchos despoblados de a veinte, a treinta y a cincuenta leguas, en que ni aún para beber los caminantes hay agua, como vemos en la provincia de Piura y Atacama; así

no tenían los indios poblados en estos llanos más que las orillas de los ríos y lo demás estaba yermo de hombres y animales”.

Hasta ahora no se sabe exactamente qué significa en kunza la palabra Atacama. Los primeros estudiosos del siglo pasado reconocieron que los otros pueblos periféricos se denominaban *Leri* y cuando se dirigían al actual San Pedro se referían a *Atchcámar*, tal vez derivado del término *tecama* (lugar de frío). Es decir, todo el espacio involucrado por el río constituía el valle de *Atchcámar* y tal como lo señalaban sus habitantes a fines del siglo pasado, el concepto de *Lickan* era válido sólo para el pueblo que radicaba exclusivamente en donde hoy se emplaza San Pedro de Atacama, posiblemente desde antes de la invasión española y por supuesto desde antes del trazado arquitectónico actual.

Cuando se deseaba designar a toda esta pequeña nación, a nivel regional, se autodenominaban *Lickana*. En suma, era un valle llamado *Atchcámar*, con distintas parcialidades o villas (*ayllos*), que se identificaban como *Lickana*, cohesionado por su lengua propia, puesto que toda vez que se les preguntó por ella respondían la kunza: “la nuestra”.

Los españoles, desconocedores de esta habla tan extraña, llamaron al valle simplemente como Atacama y donde se fijaron los primeros funcionarios, junto a la iglesia, implantaron su costumbre de nominar y sobreponer con el santoral católico al toponímico indio: San Pedro de Atacama, en recuerdo tal vez del paso victorioso de Valdivia.

El valle de Atacama y sus *ayllos* se extendía, así, al pie del cerro sagrado más tutelar de la Puna, como un volcán hecho a mano, capaz de representar a la mejor arquitectura de una naturaleza eximida de toda forma alegórica posible. El *Licancabur* o mejor *Lickanckapur* significa el monte del “pueblo grande”, aquel que aun habita a lo largo del valle como heredero de la tradición atacameña, o ese otro en ruinas de tiempo inka, localizado más a sus pies. Hasta aquí en el siglo pasado, llegaban los cazadores de chinchillas y caravaneros atraídos por el temor de no dejar de ofrendar *coca* en el agujero de una gran piedra cuadrada y perforada que debía taparse con una laja enigmática...

Desde la visión de los primeros adelantados españoles ya por el año 1535 el territorio atacameño se mostraba entonces como una frontera inhóspita ocupada por indios “atacamas”. Era, en verdad, un pasadizo que debía asegurarse para el tráfico de españoles entre Perú y Chile, pero su delimitación jurídica permanecía muy vaga. Sus aguadas, arroyos y oasis habitados señalaban claramente la importancia de controlar lo que era algo así como la puerta norte del reino de Chile. Sin embargo, estos recursos estaban rodeados de un desafiante despoblado ubicado a mucha lejanía de las grandes metrópolis del siglo XVI.

Si bien es cierto que en el territorio tarapaqueño la conquista española logró mejores arreglos pacíficos con las autoridades políticas inkas y locales, en este aislado territorio atacameño todo intento de pacificación sobre una nación francamente alzada fue una labor que involucró un mayor esfuerzo militar. Entre luchas de resistencia y rebeliones indígenas, ni los primeros conquistadores ni los que arribaron después (siglo XVI), lograron construir asentamientos bien estructurados y estables.

Definitivamente la sociedad atacameña había logrado ya antes de los inkas, cierta cultura de resistencia de tal manera que, si bien pudo conciliar con los intereses inkaikos, esta vez la propia autoridad inka estimuló la organización de un frente común de rebelión dentro de la estrategia general de introducir españoles al reino de Chile y coartar militarmente su retorno. Tal estrategia coincidía plenamente con la naturaleza tan dinámica de la organización social y laboral de la población atacameña, capaz de reunirse y dispersarse a la vez, en un vasto territorio de difícil acceso, en donde podían desplazarse a otros lugares, incluso al otro lado de los Andes. Dominar a una nación con tal capacidad de movilidad era difícil a ojos de los militares españoles. En verdad, las autoridades indias respondían como verdaderos caudillos y tomaban decisiones apoyadas por consejos de sabios, seguramente compuestos por las voces más autorizadas. En el documento de entrega de la encomienda de indios del año 1560 se reconoce a dos caudillos atacameños: don Juan Coto Cotan y don Francisco Pachagua, fuera de otros "principales".

Existía un elite directiva tal como se observa en los primeros arreglos de paz del año 1557 en donde don Juan Cata-Cata (¿Coto?), cacique principal, se acompaña de otros jefes como lo fueron los señores Liquitay, Capina, Vildorpo y Vildopopac. Todos ellos dignatarios de prestigio regional derivado de las intensas relaciones de tráfico de productos y de gentes que existían a lo largo del territorio circumpuneño y altiplánico del sur (Fig. 41).



Figura 41
Reconstrucción ideal de
un caudillo atacameño
(Núñez *et al.* 1986).

A pesar del hecho de que no existiera antes de los europeos ningún régimen político centralizado, con verdaderas ciudades que ejercieran presión militar bien localizada entre un territorio y otro, estos caudillos indios tenían una gran capacidad para establecer conexiones armónicas y dispersas con las naciones andinas limítrofes. Estos vínculos se incrementaron durante esta resistencia, cuando los dirigentes estaban advertidos del avance europeo de norte-sur, tanto por las autoridades indias de Tarapacá, de los Chichas, como por aquellas de Copiapó. Ya se había rumoreado que en la altiplanicie cercana a San Pedro, cerca de mil quinientos guerreros Chichas habían sido desarticulados por las armas españolas que bajaban a San Pedro. Por cierto que después de la batalla de Cajamarca (Perú), el poder inka comenzó a desintegrarse y con ello surgió cierta crisis política en las regiones indias dependientes, de tal forma que la resistencia atacameña debió sustentar su sobrevivencia en la medida de sus propias posibilidades.

Con estos antecedentes, hacia el año 1536, los dirigentes atacameños se incorporaron a la insurrección general de las naciones indias, a raíz del sostenido avance al sur de los conquistadores. Entre la tragedia de Cajamarca y el arribo de Almagro pasaron 4 años, suficientes para organizar una defensa segura frente a un invasor que portaba un conjunto de valores políticos, militares, culturales y religiosos muy difíciles de ser comprendidos desde la visión del mundo andino. Mientras que con los inkas se podían establecer arreglos, puesto que dejaban espacios de autonomía cultural y política, dentro de una misma matriz india, los españoles ejercían un dominio más coercitivo: una estrategia militar apoyada en una verdadera cruzada tras la cristiandad (Fig. 42).

¿Quiénes fueron los primeros españoles que arribaron a estos alejados oasis de Atacama? Ante los rumores del avance de un gran ejército de *Wiracochas* o dioses blancos, difundidos entre *Tambo* y *Tambo* por los *chasquis* inkas, los atacameños vieron con estupor el arribo de sólo uno: el desorejado Pedro Calvo Barrientos. Aquel ladrón castigado en Perú por Almagro y que alejándose de la vergüenza, un año antes de la llegada de su señor, fue acompañado y hasta cargado por servidores inkaikos, hasta el valle de Aconcagua, donde lo encontró Almagro lleno de vida y pasión entre los naturales. Como pregonaba la causa de su destierro voluntario fue bien recibido y festejado a su paso, sin más armas que las cruces que disponía en las soledades de los *jagüeles* (vertientes) o en las encrucijadas del camino Inka.

Como se sabe, en junio de 1535, Almagro encabeza su expedición a Chile por el camino de las tierras altas. Entre la vanguardia que dominó el país de los Chichas (Tupiza), salieron ocho a caballo con negros y *yanaconas*, para abrirle paso al ejército de Almagro, desviándose hasta Jujuy, donde algunos retornaron a Tupiza, otros fueron bien flechados y sólo tres: Juan de Sedizo, Antonio Gutiérrez y Diego Pérez del Río arribaron con su servidumbre a Atacama la grande. Aquí, bajo la protección de un jerarca inka le dejaron una misiva a Almagro y siguieron en paz hasta Copiapó. Debieron alcanzar a Atacama la alta a fines de agosto, causando un verdadero revuelo en toda la comarca.

Desde tiempos inmemoriales los dos *achaches* que constituyen los personajes principales de los bailes de la iglesia de San Pedro, visten como las



a



b

Figura 42

- a) Arcabucero español.
- b) El "Descubridor" Diego de Almagro.
- c) Batalla entre españoles y andinos en el centro del antiguo Perú, siglo XVI (Bibar, 1966 (1558)).



c

antiguas autoridades indias: con plumas de *Suri* y el sable español como símbolo del poder. Uno se denomina "18" y el otro "agosto": ¿Recuerdan en el mito religioso la fecha que arribaron estos tres desmandados españoles con su singular séquito al valle de Atacama?

Con la despedida de estos tres "delanteros" volvió la ansiedad entre los

atacameños. Otra vez a la espera del ejército del norte. No fue tal. La hueste de Almagro pasó por arriba, por la altiplanicie y después de su gran desilusión volvió del centro de Chile, saliendo de Copiapó al valle de Atacama, organizado en fracciones, tras el camino de la "costa" o del desierto, con miras a pernoctar y concentrarse allí. Almagro retornaba del valle de Aconcagua, teniendo en mente sus aspiraciones sobre la tierra cuzqueña, atemorizado por los "correos" clandestinos que anunciaban que toda la comarca atacameña estaba sublevada. Así lo relata el cronista Fernández de Oviedo: "La causa del alzamiento fue haber muerto algunos cristianos de los que en seguimiento del adelantado iban, i asimismo por mandado del inga(inka) que, como pareció, estaba alzado, dando guerra a los españoles de toda la tierra". En Copiapó organizó bien su entrada al desierto más despoblado del mundo. Como los señores Diaguitas y Copiapos tenían contacto con la costa antofagastina, desde antes de la llegada de los inkas, ahora fueron interrogados para reconocer sus caminos y aguadas. Se ordenó acumular agua en depósitos de cuero y se enviaron exploradores entre españoles y esclavos negros para preparar los débiles *pukios* o *jagüeyes* (vertientes). Este retorno no estuvo exento de dramatismo, al punto que algunos españoles sucumbieron en la travesía. Un cronista, Cristóbal de Molina, fue testigo de cómo decapitaban a los servidores Diaguitas para evitar la apertura de las argollas que los tomaban por el cuello. Mientras el adelantado Rodrigo Ordóñez alcanzaba a estos oasis, el otro, su compañero Noguerol de Ulloa, desembarcaba con un grupo de apoyo por la bahía de Cobija, tomando la ruta atacameña hacia el río Loa por Chacanse, Colupo, Calama y Atacama la alta. Junto a Ordóñez, esta primera presencia militar aguardó el arribo intermitente de los retornados de Chile al Cuzco. Para los atacameños la tan esperada conquista española de su Madre Tierra había comenzado...

EL ARRIBO DE ALMAGRO (1536)

Durante el mes de septiembre de 1536 Almagro regresó por Copiapó buscando la ruta de Atacama, enviando a sus delanteros con 80 hombres para limpiar los manantiales y asegurar recursos y apoyo en una región alzada. Se debía pacificar ese territorio, puesto que los Chichas y Atacameños ya habían aplastado a una pequeña avanzada que venía del Perú a integrarse con los almagristas. Se informaron desde Copiapó de la naturaleza del inhóspito despoblado y, una vez limpios los manantiales, atravesaron el desierto en grupos reducidos. A mediados del mes de octubre, Almagro contactó con Rodrigo Ordóñez y Noguerol de Ulloa, en San Pedro de Atacama. El lugar estaba efectivamente alzado. Los atacameños salieron de su asombro y pasaron a la rebeldía. Habían abandonado sus aldeas subiendo hacia la cordillera para evitar toda clase de enfrentamiento y colaboración. Fueron tiempos en que los europeos buscaban desesperadamente maíz y ganado, entre una y otra escaramuza, en donde más de algún *yanacóna* fue abatido (indios colaboradores traídos del Perú). A lo menos, la táctica de abandono de las aldeas indefensas no permitió el incremento de nuevos vasallos o servidores para las huestes de Almagro. El cronista Oviedo describió muy claramente esta situación: "... en el pueblo principal de Atacama... la tierra alzada é de guerra, y la gente por los montes, fuera de sus casas é asientos, y puestos en montañas y sierras muy asperas".

Por primera vez se veía en la Puna el tan esperado ejército de blancos

y barbudos, con "rayos" de mano (arcabuces) y esos grotescos y temibles caballos ni siquiera imaginados por *supay* indio. Parece que las primeras escaramuzas fueron prometedoras para los atacameños, al decir de Quiroga: "degollaron a los cuzcos (yanaconas o esclavos cuzqueños) y a algunos españoles".

Esta tensa atmósfera conflictiva se debía resolver con la toma del *pukara* de Quito. Aquí se concentraban las gentes de guerra. El teniente Ordóñez con 100 lanceros a caballo no logró el asalto esperado, atacando a pie, sin éxito alguno. Es decir, no lograron sobrepasar el muro defensivo. Más bien parece que salió una vanguardia india, la cual durante 18 días presionó a los europeos, incluso con encuentros cuerpo a cuerpo. Nada más se podía hacer y la hueste de Almagro continuó hacia el territorio tarapaqueño (con maíces y llamas atacameñas), en donde le esperaba otra insurrección en el oasis de Pica. La primera batalla de Quito abrió positivas esperanzas a los guerreros atacameños.

Después del triunfo de Quito, cuando los lanceros de Almagro continuaron al norte derrotados y luego, con la sangrienta y exitosa carga de Aguirre adelantado de Valdivia, no podía caber duda alguna que los atacameños fueron considerados belicosos por los viejos cronistas españoles. Aún a fines del siglo XVI Lizarraga señalaba lo siguiente: "Los indios de Atacama han estado hasta ahora medio de paz y medio de guerra: son muy belicosos, y no sufren los malos tratamientos que algunos hombres hacen a los de acá del Perú...".

Por el mes de marzo de 1540 baja del país de los Chichas, por la alta puna atacameña, don Francisco de Aguirre y su caballería de 25 hombres especializada en lucha antisubversiva. Al entrar al valle de Atacama ocuparon el pueblo de *Tero* y tomaron prisioneros, los que una vez aleccionados contactaron con los caciques atacameños para traspasarles mensajes orientados a hacerles ver que todas las provincias dependientes de la administración inkaika ya se habían entregado al dominio español (Fig. 43).

En verdad, los atacameños creían en su capacidad guerrera y bien advertidos por los indios Piqueños, Guatacondinos y Caperuzones, localizados entre Tarapacá y el Loa, se prepararon en el *pukara* de Quito. Paralelamente ocultaron a sus familias en las tierras altas, dispusieron sus granos y víveres en escondrijos subterráneos, incluso se dice que quemaron sus chacras. Se sucedieron tres o cuatro batallas menores durante un mes sin que Aguirre lograra un triunfo inmediato. Aunque Bibar, el joven cronista de Valdivia, adjudica a su jefe el éxito de la ocupación militar de estos oasis, cuando don Pedro llegó al valle de Atacama ya Francisco de Aguirre había tomado el *pukara* de Quito, vivía allí junto a la sangre seca de los caciques recién degollados...

Desde el *pukara* de Quito, antes del combate final, los guerreros atacameños salían en grupos de vanguardia tras la emboscada de españoles y *yanaconas*, entre el bosque de chañares que rodeaba su fortaleza. Uno de estos grupos con 50 atacamas fueron sorprendidos por la línea de defensa del campamento militar. Al principio de junio de 1540 Aguirre decide la solución definitiva, esto es la toma del *pukara*. Él mismo señala que condujo a un grupo de nueve jinetes hasta romper y saltar el muro defensivo. En

PRIMERA
BATALLA
DE QUITO

LA ENTRADA
DE AGUIRRE Y
VALDIVIA (1540)



Figura 43
El Conquistador de
Atacama don Pedro de
Valdivia.

el interior pasó por armas de fuego y a espada a los guerreros que no alcanzaron a despeñarse por el acantilado adosado al valle principal. Al final, de acuerdo con el cronista Quiroga, Aguirre ordenó degollar: “las cabezas a más de 300 indios y coronado con ellas el fuerte llamado por esta causa De las Cabezas, con cuya demostración temblaban aquellos bárbaros del nombre de Aguirre...”. Otro relato de Aguilar, más explícito, ratificó el número de caídos señalando que las cabezas fueron puestas en los muros, en los lugares donde se disponían las “troneras”. Allí estaban aún cuando llegaron los soldados encabezados por Pedro de Valdivia. Así, el verdadero “Conquistador de Atacama” fue Francisco de Aguirre, y con este atributo se vanaglorió entre su soldadesca. Desde Quito salía a guerrear contra varios focos de resistencia aislada, puesto que al decir de Quiroga: “no tenía otra esperanza que matar indios...”. Valdivia a no dudar pudo dormir tranquilo desde su primera noche, en el mismo *pukara*, ya reorganizado por Aguirre, o en un despoblado cercano controlado por su ejército de ocupación, en un ambiente de recogimiento ante un momento trágico de neto etnocidio.

El Pukara de Quito es como una atalaya escalerada, rodeado de farellones y una alta y gruesa muralla defensiva, con troneras para el lanzamiento de flechas, y una profusa reserva de piedras para hondas. Por supuesto, aquí estaba la mayor concentración de guerreros y autoridades atacameñas, aproximadamente unas 1.000 personas. En los primeros días de junio, con 15 jinetes y 10 infantes con caballos, ballestas y arcabuces, apoyados con indios *yanacomas*, se inició la destrucción del Pukara de Quito (Fig. 44).

Valdivia arribó al valle de Atacama cuando Aguirre ya había arrasado con la resistencia del Pukara de Quito, de acuerdo al testimonio de los soldados de Aguirre y aun de Valdivia. Se acepta que el cronista Bibar no estuvo junto a Valdivia cuando Aguirre había consumado la batalla de

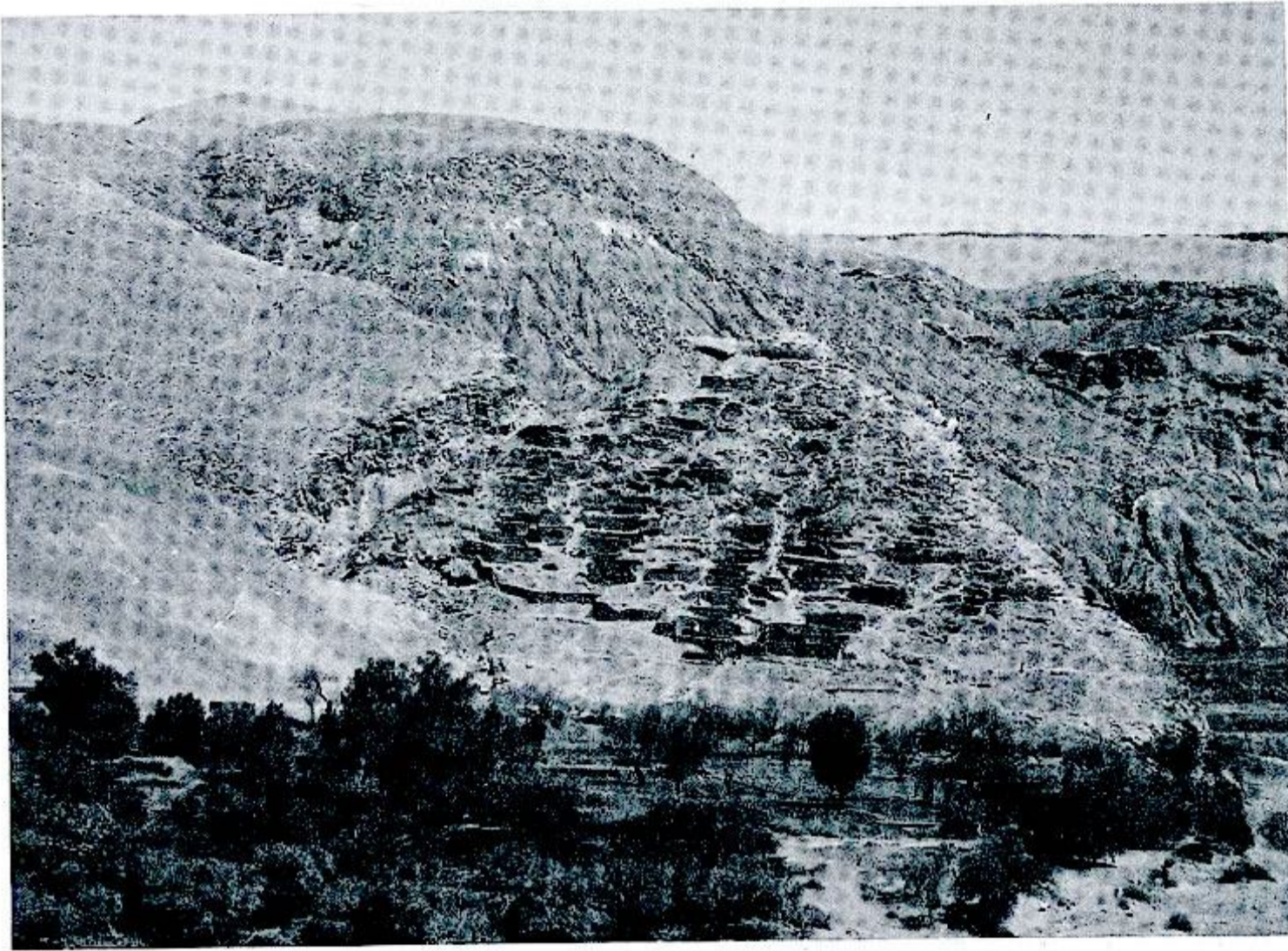


Figura 44
Pukara de Quito.

Quito. Debíó acompañar a Valdivia en su segundo viaje desde el Perú, por el año 1549. En este tiempo recogió en el valle de Atacama los lamentos y relatos de la batalla del Pukara "rojo". Seguramente, que Valdivia lo informó de su ventura y de la arremetida de Aguirre. Con todo esto Bibar reconstituye un episodio "fresco" que da cuenta de detalles valiosos del primer impacto vital sobre la sociedad andina de Atacama la alta. Al respecto señala:

"...Salió el general Pedro de Valdivia de Tarapacá con su gente puesta en orden para el valle de Atacama que está de allí setenta leguas. Es valle ancho y fértil; tiene las poblaciones a la falda de las sierras que es parte provechosa para ofender y defender. A causa de estar tan alejados de los pueblos de los cristianos ha mucho tiempo que no sirven y están de guerra. El más cercano pueblo que tiene de cristianos es la villa de la Plata, que los indios llaman Chuquisacan, que podrá haber más de sesenta leguas, la mayor parte despoblado. Tiene grandes planos de salitrales; en las partes que hay sierras son agrias con grandes quebradas"...

...“Sabíendo los indios de Atacama la venida del general por aviso de los indios a que llaman Caperuzones y de los Guatacondor y de Pica, pusieron en arma y escondieron las comidas debajo de tierra que es maíz y algarroba chica blanca y chañares, que es una fruta de manera de azofaifas y dos tantos[s] más gruesa. De todo hay muy gran cantidad, así de árboles como de fruta, y quemaron mucha parte de esto por no poderlo esconder. Hecho esto, llevaron los indios a sus mujeres e hijos y fardaje, y subieron a las sierras y pusieronlo[s] en parte fragosas y ocultas. Los que eran para la guerra tomaron sus armas, ofensivas porque carecen de defensivas que son arcos y flechas. Hicieron una fuerza en un cerro agrio, solo, y apartado, al cual llaman los indios Pucara, que quiere decir “lugar colorado” o “sitio de sangre”. En esta fuerza metieron bastimento. No mucho de aquí de esta

LOS ATACAMEÑOS
ORGANIZAN LA RE-
SISTENCIA

fuerza estaba en parte que de ella podían salir a pelear con los cristianos y estorbarles no recogiesen de la provisión que ellos tenían enterrada y escondida cuando la fuesen a buscar. Esto hacían por dos cosas: la una por guardarlo para sustentarse, y la otra por que los indios de Copiapó les daban muchas salidas a éstos de Atacama porque hiciese guerra a los cristianos que por allí quisiesen pasar, defendiéndoles el camino y las comidas y bastimentos porque, pasando sin provisión, irán debilitados y no para hacer guerra y, al[l]egados a su tierra de Copiapó, los matarían fácilmente antes que el general Valdivia llegase con su gente a Atacama dieciocho leguas”...

VICTORIA
ESPAÑOLA
PREVIA SOBRE LOS
CHICHAS

...“Saliéronle en ciertas quebradas al camino hasta mil y quinientos indios Chichas, que son de una provincia cercana a Atacama dentro de las sierras nevadas, gente belicosa, los cuales vinieron con sus arcos y flechas y macanas, que son unas armas al modo de montante hechos de una madera muy recia; venían a punto de guerra. Visto por el general, hizo dos partes su gentes y en medio puso el bagax [¿bagaje?] y de esta suerte marchó peleando a pie con los indios porque a caballo no podían pasar la tierra y sitio indispuerto. De este modo caminaron hasta llegar a lo llano del valle donde presto subieron en sus caballos y, diciendo “Santiago!” en alta voz, hicieron en los indios de tal suerte, aunque fueron heridos algunos caballos, que los desbarataron y prendieron y mataron algunos. Habida la victoria, recogió su gente el general y entró en el valle de Atacama. Alójase en el pueblo principal, sitio fuerte [a]bastecido de mantenimientos y agua y leña en cantidad donde mandó luego buscar bastimento para reformarse y seguir su jornada. Estando allí reposando, le vinieron de las Charcas veinte y tres españoles con un capitán que se decía Pedro Sancho de Hoces donde fueron bien recibidos”...

DESCRIPCIÓN DE
ATACAMA EN 1540

...“En este pueblo de Atacama el sitio que tiene es de esta suerte: es un valle llano y ancho y largo a la contra del sitio de los otros valles porque, a cinco o seis leguas que corre el río, se sume y no se ve por donde va ni donde sale a la mar. En el edificio de las casas son diferentes de otras provincias. Tiene este valle muy grandes algarrobales, y llevan muy buenas algarrobas de que los indios la muelen y hacen un pan gustoso de ella. Y hacen un brebaje con esta algarroba molida y cuécenla con agua; es brebaje gustoso. Hay grandes chañarales, que es un árbol a manera de majuelo. Llevan fruta que se dice “chañar” a manera de azofaifas, salvo que son mayores. Es valle ancho; tienen los indios sacadas muchas acequias de que riegan sus tierras”...

...“Las casas en que habitan los indios son de adobes y dobladas con sus entresuelos hechos de gruesas vigas de algarrobas, que es madera recia. Son todas estas casas lo alto de ella de tierra de barro a causa que no llueve. Encima de estos terrados de las casas, hechos de adobes ciertos apartados pequeños y redondos a manera de hornos en que tienen sus comidas, que es maíz, papas, frisjoles, y quenos [¿quinua?], algarroba y chañar que tengo dicho del que también hacen un gustoso brebaje para beber a mies. En lo bajo de estas casas tienen los indios su habitación y al un lado de la una parte tienen su dormida y donde tienen sus vasijas en que hacen el brebaje que tengo dicho, que son una tinajas de a dos arrobas y de más o menos,

y ollas y cántaros para su servicio. En el otro apartado, que es el más principal, está hecho de bóveda alta hasta el entresuelo y cuadrada”...

...“Aqueste es su enterramiento y sepulcro, y allí dentro tienen a sus bisabuelos, abuelos, y padres y toda su generación. Acostumbran enterrarse con todas las ropas, joyas, y armas que, siendo vivos, poseía, que nadie toca en ello”...

...“Hay en este valle de Atacama y finita [sic] plata y cobre y mucho estaño y plomo y gran cantidad de sal transparente. Sácase de barro de la tierra en una manera de mina de metal, y cuando es caliente el sol a las diez del día, descárgasele la humedad que ha recibido de la noche pasada y hace grande estruendo dentro en la mina con el calor del sol. Hay mucho alabastro. Hay en sí mismo muchas y muy infinitos colores, colorado y azul, dacle ultramarino, que allá se nombra en Castilla. Hay yodo excelentísimo; parece esmeralda en el color. Hay amarillo maravilloso y blanco y negro muy finos y de todas suerte de colores. De la otra sal que se cría para bastimiento común hay en gran cantidad de salitrales y azufre. Esta gente sirvió al Inca; es gente dispuesta y bien vestidos como los del Pirú. Las mujeres son de buen parecer; el hábito de ellas es un sayo ancho que le cubre los brazos hasta los codos y el faldamento hasta abajo de la rodilla. Tienen sus adoratorios y ceremonias en los del Pirú enestidos [¿incitados?] por el demonio, y acostumbran hablar con él los que por amigos se le dan. Acostumbran y usan poner nombre a los niños de que nacen. Las mugeres se precian de traer los cabellos largos y negros, y ellos por consiguiente. Las armas que acostumbran son flechas y hondas. Es lengua por sí”...(Fig. 45).

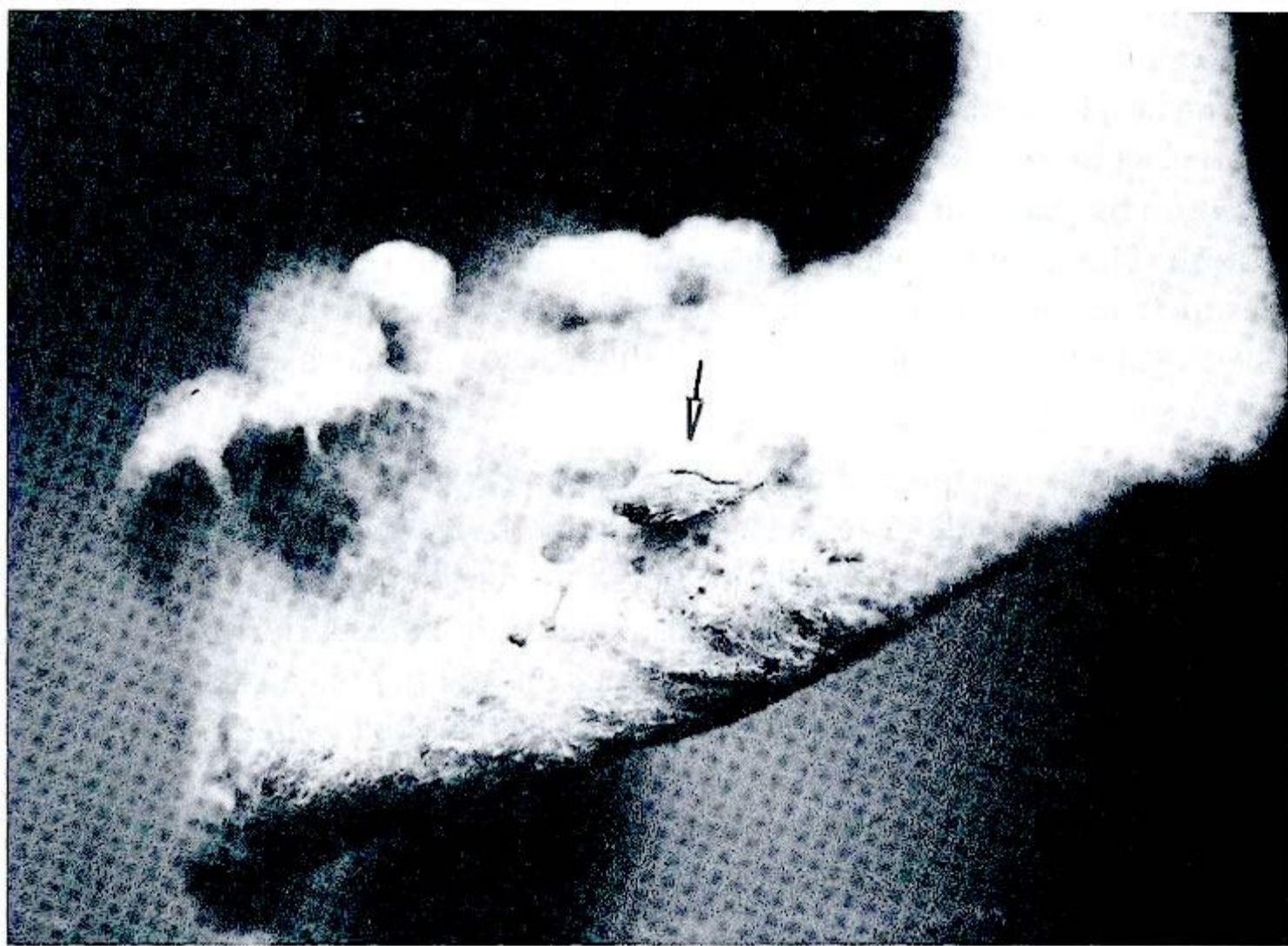


Figura 45
Punta de flecha incrustada en el maxilar de un guerrero atacameño.

A continuación el cronista Bibar pasa a describir el enfrentamiento militar en torno al Pukara de Quito:

...“Estando el general Pedro de Valdivia con su gente en Atacama con voluntad de reposar allí cincuenta días para reformar los caballos y hacer matalotaje para proseguir su viaje y pasar el gran despoblado que tenían por delante, dió orden a su gente de como había de buscar el maíz y provisión porque los indios naturales del valle no les hiciesen daño y les matasen los yanaconas y piezas de servicio. Para esto mandó salir cada día al campo veinte de a caballo y veinte de a pie con sus caudillos. De cuadrillas yabn [iban?] en recaudo a buscar maíz y algarroba y chañares con los yanaconas y mando [que] los de a caballo y peones con sus arcabuces y ballestas hiciesen espaldas a los yanaconas y a los que buscaban el bastimento. Con esta orden iban y llevaban por guía [guía?] dos indios del mismo valle. De esta suerte recogieron la provisión que fue menester para sustentación para llevar y comer en su jornada. Usando este trabajo por ejercicio no entendían en otras cosas porque en aquello tenían bien en qué entender. Viendo los indios que estaban hechos fuertes, como arriba dijimos, que el general y cristianos no iban a buscarlos, tuvieron entendido que lo hacía de miedo, por donde acordaron salir y hacer el daño que pudiesen en los yanaconas y gente de servicio, emboscándose de noche en las arboledas que están juntas al alojamiento y pueblo de Atacama. Viendo esto, el general acordó poner remedio en ello y, para remediallo, convino informarse de los yanaconas y esclavos qué tanta gente podía ser la que venía hacer aquellos [a]saltos y de qué parte venían. Sabido por la información que serían cien indios y que venían de hacia un fuerte que tenían en la sierra, luego mandó el general a los que solían hacer escolta que fuesen hacia aquella parte a buscar comida y, cuando quisiesen volverse al alojamiento, quedasen en parte oculta hasta diez de a caballo y otros diez peones emboscados en donde no pudiesen ser vistos ni sentidos, y los demás se viniesen al real; y los que quedaban estuviesen en centinela hasta otro día y más si fuese menester hasta hacer casa, y que los yanaconas y esclavos fuesen por aquella parte como solían a traer hierba y leña, y que se apartase hasta media legua del alojamiento, y que llevasen todas sus armas”...(Fig. 46).

...“Puesta la gente en esta orden que he dicho, vinieron aquella noche hasta cincuenta indios y dieron en los yanaconas que pelean más desenvueltamente que los indios, puesto que sean todos de un género, toman ánimo por ser más hábiles y porque reciben favor de los cristianos por esta causa tenían seguras las espaldas. Como los yanaconas comenzaron de pelear con los indios y, andando en la priesa que suelen haber en aquellos tiempos, salieron los cristianos del bosque y mataron y prendieron cantidad de ellos y los demás se fueron por el arboleda, escondiéndose por ser cuando amanecía y no muy claro. Hecha esta presa, se vinieron a su alojamiento donde fue informado el general de aquellos indios que llevaron presos cuantos habían en el pucaran y fuerza que tenían. Respondieron que habría mil indios y más. Dijo el general que quería enviar gente a tomarlos, de lo cual fueron admirados los indios, diciendo que era imposible tan pocos cristianos [a]cometer tanta gente. Respondió el general: “No tengo necesidad de tomar vuestra fuerza por tenella yo en poco. Mas, porque véais y sepáis cuan

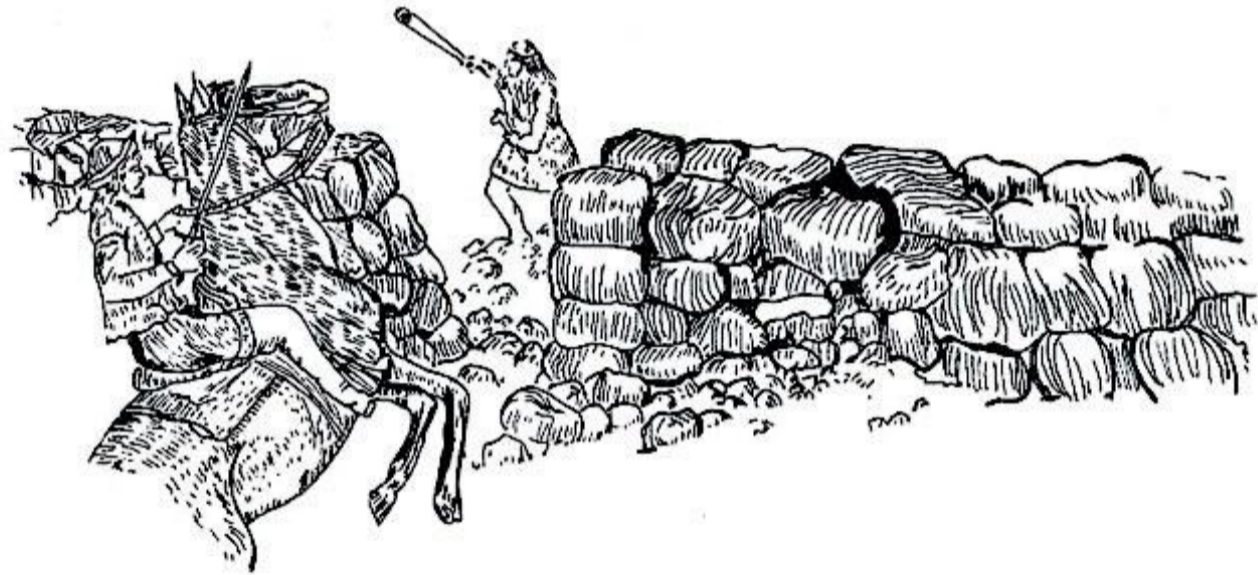
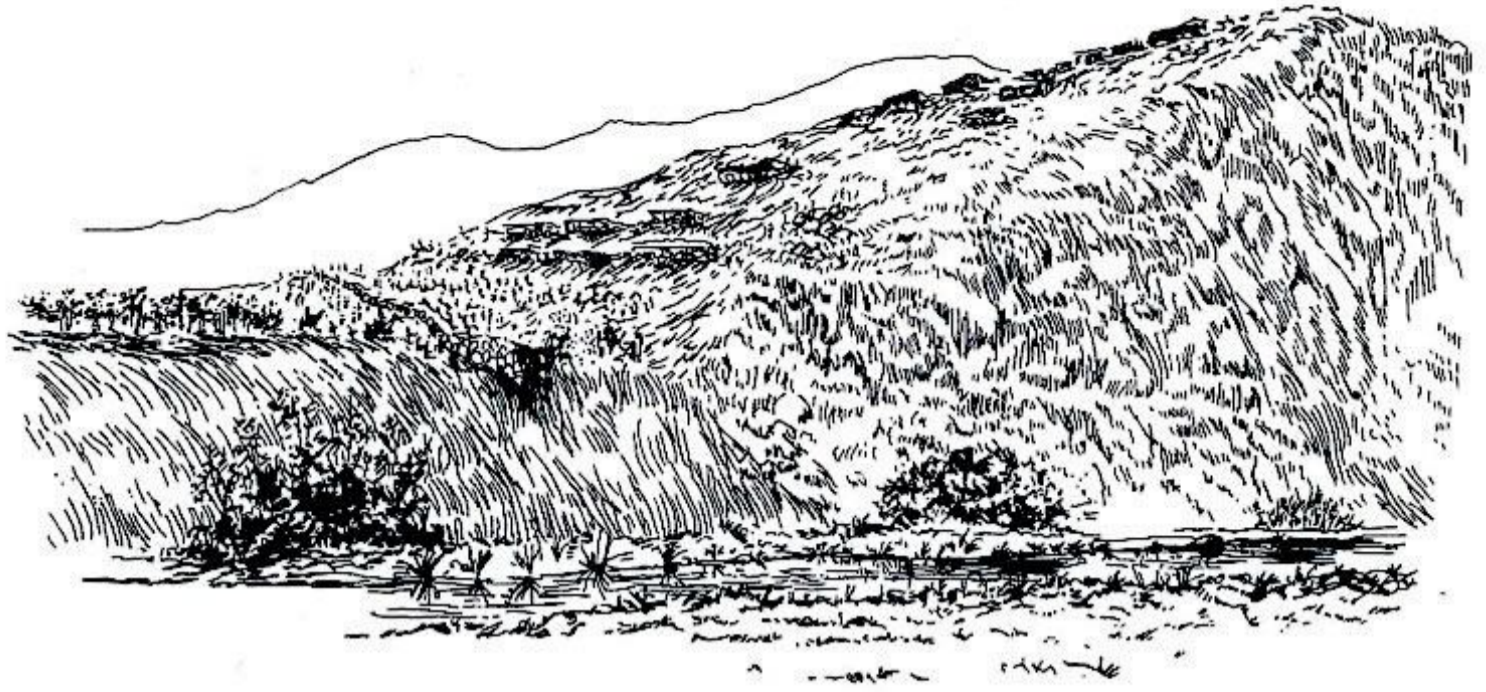


Figura 46
Reconstitución de un guerrero atacameño en la defensa del pukara de Quito (Pérez de Arce, 1986).

animosos somos los cristianos y como tenemos en poco vuestras fuerzas pucaranes, que vosotros y ellos no estáis seguros, yo enviaré allá unos pocos de cristianos y veréis ser así lo que digo. También lo hago porque entendáis que sois malos en matarnos nuestros yanaconas y esclavos y defendernos la hierba de los campos y la leña de los montes y el [a]gua, que la da Dios para todos, y no queréis darnos provisión para nuestra jornada. Antes, la habéis escondido cuando supisteis que veníamos al valle y, [a]demás de esto nos robáis nuestros ganados, y hasta entonces no habían los cristianos, mis compañeros, muerto indio ninguno, ni queríamos ir a sus pueblos, que mirasen bien cuan mal lo hacían y cuan culpados eran en todo”...

...“Hecha esta habla, mandó el general apercibir a su capitán, que se decía Francisco de Aguirre, con treinta hombres. Enviolos al pucara y fuerza de los indios, y allegados miró el sitio por donde más a su salvo podía acometerlos, puesto que toda la tierra era muy agria. Encomendáronse a Dios y con la orden dieron en los indios no mirando a su gran grito y alarido que acostumbran a dar, tirando muchas flechas y piedras. Defendiendo la subida, mandó el capitán apearse los de a caballo y él delante con todos subieron al fuerte con mucho trabajo por ser un cerro agrio y muy alto y sin tener más de una vereda por donde los indios subían y se proveían y la defendían. Duró el combate una hora y media y fue en tardarse al subir porque, después de verse arriba, no bastaron la multitud de los indios, ni ánimos, ni fuerzas a resistir al de los cristianos porque, llegados al fuerte, acometieron como españoles que eran a una pared y la derribaron, y Francisco de Aguirre saltó por la pared su caballo. Pues viendo los españoles a su capitán dentro, cobraron más ánimo y apretaron a los indios en tal manera que los desbarataron y muertos y presos muchos. Salieron heridos diez cristianos. Llamose este fuerte “El Pueblo de las Cabezas”, y así se llama por la gente que mataron allí”...(Fig. 47).

Figura 47
Reconstrucción de la Se-
gunda batalla de Quito
(Núñez *et al* 1986).



La hueste de Valdivia con 153 hombres de guerra y dos clérigos había logrado controlar la cabecera de los oasis atacameños de un modo incuestionable. Se ha relatado que durante una hora y media las respuestas de las pedradas y flechas atacameñas rechazaron el primer ascenso. Después, los españoles de Aguirre se incorporaron por una pequeña quebrada lateral abatiendo un sector del muro defensivo, penetrando al recinto con armas de fuego y encuentros cuerpo a cuerpo. Después de menos de dos horas, el pukara fue completamente dominado y Aguirre mandó degollar no se sabe si 25 o 300 guerreros, como señal inequívoca del dominio militar. A

pesar de la actitud triunfalista de Aguirre, la hueste de Valdivia en general percibió que la guerra de resistencia era una realidad, que los indígenas de la región abandonaban sus asentamientos y como los alimentos estaban ocultos, cada expedición quedaría expuesta a sorpresas poco gratas. Tenían razón, puesto que después de la batalla de Quito siguieron quince años de tiempos de guerra (Fig. 48).

Es difícil saber qué espacio ocupó la hueste de Valdivia en los *ayllos* atacameños. No debió alejarse mucho del cerro donde la fortaleza de Quito contenía el foco de la resistencia india. A juzgar por las arboledas y el desarrollo de las escaramuzas previas, pareciera que este espacio debió estar obviamente en la banda opuesta al río, en lo que hoy es el *ayllo* de Conde Duque. Precisamente, este espacio es llano y algo más alto, protegido de las aguas de inundación; encierra el actual área del estadio y la iglesia. Así, quedaría un espacio táctico e intermedio donde ocurrieron las escaramuzas nocturnas que levantaron el ánimo de los guerreros atacameños, muchos de ellos "veteranos" de la batalla exitosa frente a los lanceros de Almagro. Era evidente que este plano alto era más seguro que los terrenos cercanos a los cerros de Quito, en donde los atacameños contaban con mayores posibilidades desde las alturas.

EL ESPACIO
OCUPADO

Los primeros españoles de Valdivia reconocieron un pueblo atacameño llamado Tero, el cual no debió estar cerca de Quito, sino más bien en algún punto del actual *ayllo* Conde Duque y/o Beter. Después, prevaleció el nombre más general de Atacama la Alta, para todo el territorio. En algún momento de fines del siglo XVI se debió "fundar" San Pedro de Atacama, quizás en homenaje a Valdivia, en una villa no urbana en torno a la primera capilla



Francisco de Aguirre

Figura 48
Francisco de Aguirre, capitán de la hueste de Pedro de Valdivia, vencedor de la segunda batalla de Quito (L. Silva Lezaeta, 1904).

o "iglesia" referida para este siglo. Tal fundación pudo ocurrir en las dos únicas áreas donde aún es visible la arquitectura española: Conde Duque, San Pedro actual o Beter.

Durante la ocupación de Valdivia, en un marco de guerra, debió existir un campamento militar con carpas, como aquella de Chiu-Chiu en donde Inés de Suárez fue asaltada a raíz del frustrado asesinato de Valdivia, quien ya había llegado a San Pedro. El acusado Sancho de la Hoz fue trasladado al campamento de Valdivia y el día 12 de agosto de 1540, fue procesado con jueces, testigos y el boato del sacerdote de la hueste.

Esta ceremonia debió ocurrir en un lugar jerárquico del espacio ocupado, en Beter o tal vez dando origen a un sector que después fuera parte de la actual plaza, o cerca de lo que después sería la iglesia donde ocurriera en el año 1557, la ceremonia del Tratado de Paz. Se ha planteado que tres días después Valdivia siguió hacia el sur con su hueste, por el camino de los oasis (15 de agosto de 1540).

RESISTENCIA
INDIA

Un año después del paso de Valdivia, el Cacique de Atacama logró establecer planes de resistencia con sus pares del Mapocho, lo cual señala la tremenda magnitud territorial que involucraba la búsqueda de la sobrevivencia india postconquista. Así, las tierras atacameñas continuaron siendo "territorios de guerra". Con dificultad Alonso de Monroy pudo transitar por aquí hacia el año 1543 con sus 70 lanceros. Recién por el año 1545 Valdivia ve el área más expedita, tal como lo describió al Rey, pero su cálculo era demasiado optimista: "...y las gentes que de las provincias de Peru han de venir a estas, de trabajo de todo su camino es de allí a aquí, porque hasta el valle de Atacama, como están de paz, los indios del Peru han de venir a éstas o no hallaran comida en todas partes, y en Atacama se rehacen de ella para pasar el gran despoblado que hay hasta Copayapo"... (Copiapó).

En efecto, el descabezamiento y la humillación sufrida por la resistencia atacameña a raíz del paso eficaz de Aguirre, no fue suficiente para aplacar sus ánimos de rebeldía. Un caudillo reconocido como el "Señor Principal de Atacama" se contactó con la inteligencia india de los territorios Diaguitas hasta el valle del Mapocho, para reorganizar la resistencia en una escala geográfica mayor, basado en una comunicación bien fluida. Cuando en el año 1541 Alonso de Monroy y sus setenta jinetes pasan por estos oasis, lo hacen en combate, enfrentados a un escuadrón atacameño. Se ha documentado que durante el siglo XVI se mataron a varios españoles y mantenidos como trofeo de guerra algunos piños de ganado español que se trasladaba hacia el reino de Chile.

Está claro que el proceso de resistencia fue adquiriendo ribetes mayores. A lo menos la alianza Atacameña-Copiapó-Diaguíta (1549) fue evidente, tal como se comprueba con el paso libre por los oasis de la hueste de Diego Maldonado formada por 20 españoles y varios negros esclavos. Pero, una vez en el despoblado se le atacó desde su retaguardia por los guerreros atacameños, hasta dejar que los Diaguitas del sur hicieran la última faena militar que incluyó el degollamiento de varios españoles. Debe recordarse que las ejecuciones con corte de cabeza era la práctica regional más común a cargo de *sacrificadores* especializados, desde tiempos preinkaikos. Su *status* se mantuvo en el siglo XVI.

Es muy posible que un camino preinka que unía a los oasis atacameños con el valle de Copiapó, tenía en la llamada finca de Chañaral el punto de encuentro entre Copiapos y Atacamas. Allí se cautelaba un *tambo* inka con guerreros y servidumbre proveniente del valle de Copiapó, a través de un sistema de turnos. Ahora en plena lucha de resistencia antieuropea, por el año 1549, los guerreros Copiapos advertidos por los Atacamas controlaban Chañaral y sitiaban a las huestes españoles, tal como ocurrió con aquella conducida por Pedro de Villagra en su paso hacia el reino de Chile, después de sortear los oasis atacameños.

Para el "Conquistador de Quito" era evidente que la alianza Diaguitas-Copiapos-Atacamas era altamente peligrosa, de modo que Aguirre pacifica por el año 1549 los valles sureños más allá del desierto, fortificando a la española un baluarte militar estable en el valle de Copiapó.

Aún en 1552 los guerreros atacameños tenían capacidad de resistir a las tropas de paso. Es cierto, se enfrentaron a cerca de cien soldados de Martín de Avendaño, vía reino de Chile. Sin embargo, sus escaramuzas como "guerras relámpagos" no lograron desbaratar el paso de otros destacamentos como el de Monroy con setenta jinetes (1543), el de Ulloa con 130 soldados, que venían de ocupar Chiu-Chiu o Atacama la baja (1547). Un año después Esteban de Sosa, ordenado por Valdivia, ocupó los graneros de los oasis atacameños con setenta guerreros. Después, entre Ulloa y Jofré con cincuenta hombres hicieron otro tanto. En 1552 Pedro de Villagra con cuarenta y Avendaño con más de cien hombres, también se enfrentaron a las escaramuzas tras la apropiación de víveres e indígenas colaboradores. Para nadie será un misterio que el paso de estos destacamentos significaba el saqueo de graneros, corrales, depósitos, casas y "mochaderos" (lugares de culto). Al intertanto, la población "civil" se refugiaba en las serranías del piemonte atacameño para aguardar el desenlace de las escaramuzas.

VIII. La pacificación de Velázquez Altamirano (siglo XVI)

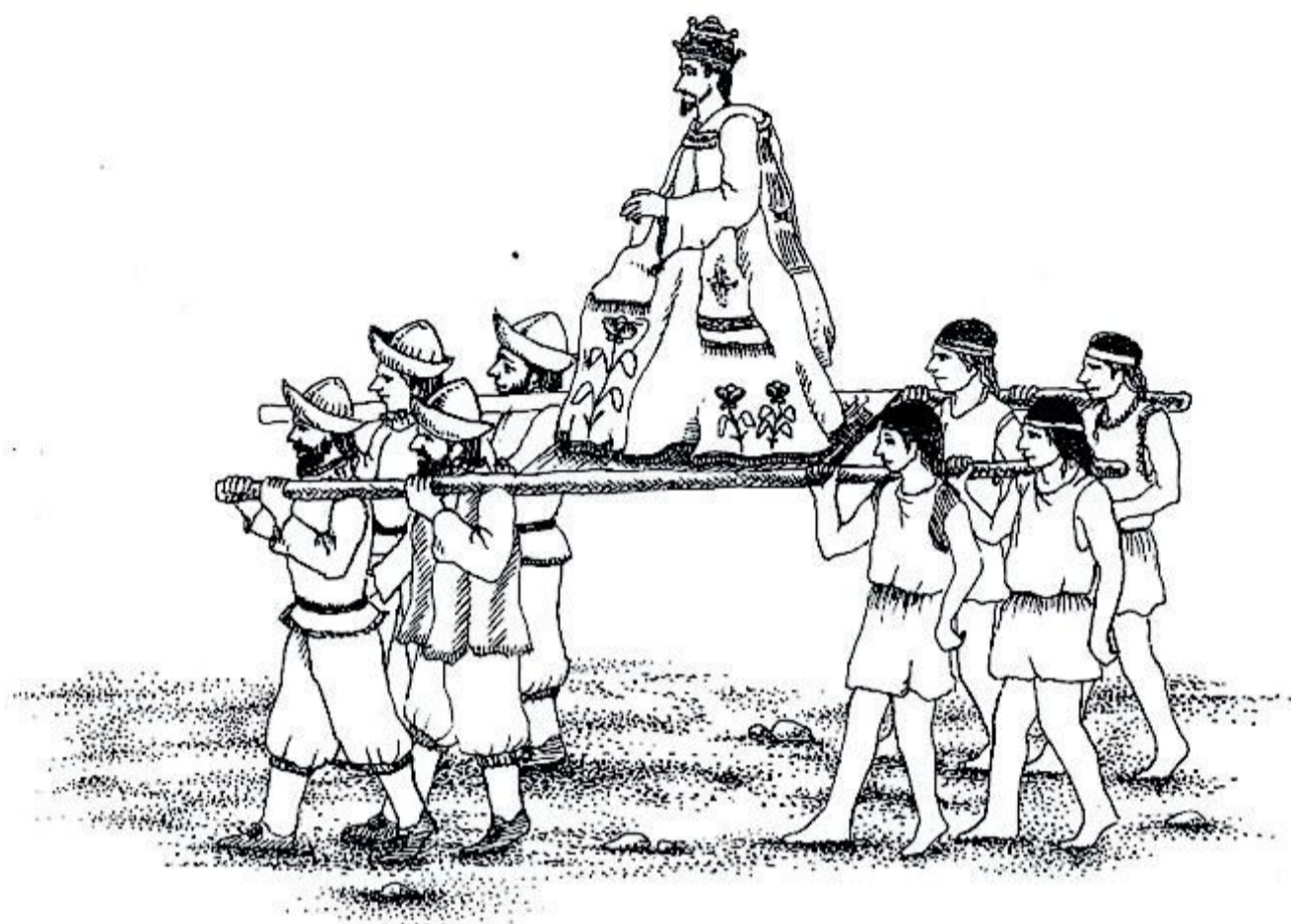
Se sabe que le correspondió a don Juan Velázquez Altamirano el haber dominado la insurrección después de más de dos décadas de resistencia continua. Fue la Real Audiencia de Lima la que encomendó y ordenó la pacificación al Licenciado Altamirano, quien a su vez la transfirió a su hermano Juan, de conocido cuño militar. Éste con su peculio pagó el mantenimiento de una hueste de guerreros y mandones. Hábil, rodeado de traductores o lenguaraces Chachacoyas, comenzó a prometer amnistías, cartas de paz, respeto a los derechos atacameños, etc. Como prueba de su buena fe, envió misivas a las huestes españolas que pasaban a Chile para que no reiteren las "rancheadas" o apropiación indebida de forraje, víveres y gentes. Personalmente exigió que los españoles cumplieran esta orden, instruida desde Lima, para lograr una nueva imagen frente a la resistencia, aunque sus mocetones sometían más ocultamente a los caciques reticentes. Tal estrategia llamó la atención de Dn. Juan, Cacique Principal de Atacama, caudillo de la resistencia. Junto a sus caciques fue al territorio Chicha a "dar la paz". Allí de entrada se les dio trajes españoles y cestos de coca. Fueron tan convencidos que accedieron al bautizo cristiano a cargo del Padre Hernán de la Piedra (1556). Precisamente, al próximo año, el virrey Hurtado de Mendoza amnistió a don Juan y sus Caciques Conchila, Cachagua, Lequita, Lequitea, Don Francisco, Don Diego, Capina, Vildorpo, Vildopopoc, Catacata. La paz estaba aparentemente consolidada.

Para los españoles la cuestión atacameña debía resolverse de una manera más definitiva, designándose para este efecto a Altamirano, quien después de una ardua campaña logró un arreglo conciliatorio, a través de traductores y otros indios Chichas, en términos de un real acuerdo de paz con don Juan Coto Cotar, el ya legendario cacique principal de Atacama, quien junto a su consejo lo firmó en el año 1556, incluyendo por supuesto su conversión religiosa. Los atacameños, por fin sometidos de acuerdo a las exigencias europeas, se incorporaron al servicio de España. A partir de este acuerdo, contaban con escritos que mostraban a los españoles en tránsito, para que éstos supieran cuáles eran sus obligaciones, incluso la cancelación de las provisiones que consumían a lo largo de los oasis.

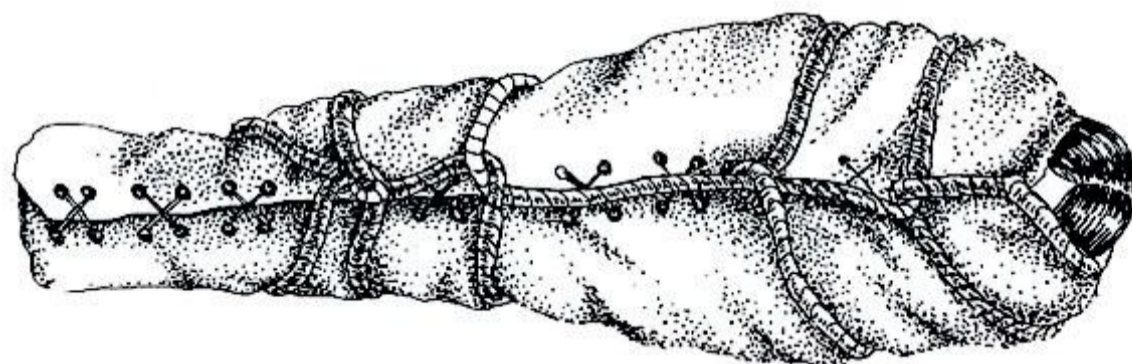
ENCUENTRO DE
SUIPACHA (1556)

Estos arreglos más conciliatorios crearon las condiciones del encuentro de Suipacha, en tierra Chicha, en donde Velázquez y don Juan se reunieron

para detallar y consagrar acuerdos favorables para ambas partes, eliminándose por supuesto cualquier posibilidad de conflicto. Los andinos reflexionaron y accedieron a aprobar el trato, a través de una prueba inequívoca, es decir, el bautismo y la asistencia a una misa en tierras Chicha. Ahora los atacameños ya no eran alzados sino “de paz al servicio y obediencia de S.M.” (Fig. 49).



a



b

Figura 49

- a) Reconstitución ideal del éxito de la evangelización: San Pedro en andas.
- b) Enterramiento de atacameño cristianizado, con uso de mortaja y cuerpo extendido (siglo XVI) (L. Núñez *et al.*, 1986).

El acta de entrega de la Encomienda a Juan Velázquez Altamirano (1563) identifica una población claramente separada en “naturales” o atacameños y “mitimaes” o colonias étnicas foráneas (como las instalaciones inkaikas), además de pueblos o aldeas estables y “estancias” o lugares de agricultura y pastoreo estacional. Toda la región atacameña, la “alta” con cabeza en San Pedro y la “baja” con cabeza en Chiu Chiu, dependía de una jefatura dual; es decir, una mitad para cada caudillo atacameño:

“Encomiendo en vos Juan Velázquez Altamirano en la provincia de Atacama la mitad del repartimiento de indios de la dicha provincia que en compañía de Francisco de Isasega tovieron encomendados Pedro de Ysasaga difunto y por su muerte don Pedro de Córdoba questan vacos por dexacion que dellos hizo el dicho don Pedro de Cordoba, con el cacique principal que se dize don Juan Coto Cotar questa en Atacama la Grande y don Francisco Pachagua para que por yndiviso los tengays (...) con todas sus principales e yndios naturales e mitimaes pueblo y estancias a ellos sujetos e pertenecientes”...

LA MISA DE PAZ
EN SAN PEDRO
(1557)

Después del encuentro de Suipacha todo estaba preparado para el acto de una virtual rendición final. Así, el 5 de marzo de 1557, en el pueblo principal de Atacama, en un memorable encuentro entre Velázquez y los dirigentes atacameños, éstos le entregaron los objetos simbólicos del poder indio: arcos, flechas y otras armas con que sustentaron las guerras de resistencia. Para hacer más explícito el carácter de este arreglo de paz, los españoles contaron con la ayuda del cacique Lípez don Andrés Chuchulanas (cristiano), para la traducción del español al cunza. Sonaron las trompetas de plata y los arcabuces arrojaron los más temidos relámpagos jamás escuchados, tan de cerca, por una comunidad recién convertida. El padre Cristóbal Díaz de los Santos ofició una misa en lengua cunza o atacameña en lo que fuera el primer recinto católico de esta comarca (*¿ayllo* de Conde Duque o Beter?).

En verdad, el poder político-administrativo acentuaba su dominio local promoviendo el inicio del régimen de corregidores, tal como lo señalaba por la década del 1580 Don Felipe II para la provincia de Atacama: “Por estar en frontera de indios de guerra a los naturales de ella no bien asentados de paz...”. Por otro lado, era indispensable controlar un territorio andino que tenía una fluida y vieja conexión con el litoral ahora amenazado por corsarios enemigos. Es más, se temía un arreglo político entre corsarios y etnias marginales a la dominación española. Debe recordarse con qué extraña habilidad Drake llega a arreglos con los changos del Morro Moreno (Antofagasta), donde pernoctan e intercambian objetos de fierro por pescados en plena armonía. Se hablaba por el año 1583 de pactos secretos entre indios alzados y marinos ingleses. Incluso se habrían contaminado las vertientes de Atacama para evitar conexiones confederativas entre invasores ingleses y grupos locales de resistencia. Si bien el síndrome de la “invasión inglesa” fue superado, el otro, que marcaba el estigma de atacameños “idólatras”, bandoleros de caminos, refugio de Lípez y Chichas alzados, estaba aún vigente por el año 1590 (Audiencia de Charcas). Lizarraga, a fines del siglo XVI, los trata como “medio de paz y medio de guerra”, que sólo pagan el tributo “que quieran dar”, pero que por fin se había “domado un poco”...

Tal vez se exageraba algo, puesto que por el año 1590 algunos españoles residentes y otros informes llegados desde Chile señalaban que Atacama ya no era una "Frontera de Guerra".

Recién entre los años 1557 y 1590, en las postrimerías del siglo XVI, la circulación de los europeos estaba expedita. Pero de nuevo por los años 1563 hay síntomas de algunos brotes de resistencia, con emboscadas en ciertas rutas, que incluso involucraron la muerte de algunos españoles, tal vez por la acción de algún dirigente rebelde. Definitivamente, las reacciones atacameñas en términos de lealtad no eran del todo consistentes, pero no presentaban un propósito de resistencia debidamente organizado, de tal forma que, constantemente, el tránsito a Chile no dejaba de ser una aventura latente y esto era peligroso a la luz de la Audiencia de Charcas. En efecto, en este trayecto hacia fines del siglo XVI, no se reconocen pueblos de españoles y lo que es "peor", todavía permanecen indios idólatras y de guerra. Se pensaba intensificar el poblamiento español del área, para ejercer un control más directo.

En suma, uno de los objetivos de la pacificación era la estabilidad del tráfico europeo entre Chuquisaca y Cobija. Paz para los caminos indios ahora controlados por el mercantilismo español. Pero los brotes insurreccionales en menor escala aún se registran por la década del 1570. Muere asesinado el Capitán Barrios Alvarado y se altera de nuevo la normalidad de las rutas. Claramente esta situación es expuesta entre los años 1578-1583, cuando el Corregimiento de Atacama es descrito por el Virrey Martín Henríquez: "En la provincia que llaman de Atacama y los Lipes y Condes, que están en la Corona Real y son los postreros yndios que ay de paz en el distrito desta Gobernación, yendo hacia Chile por la costa, se provee otro Corregidor con mil y quinientos pesos de salario, pagados de la Caxa Real de Potossi, porque, aunque algunos de estos yndios pagan tassa a S.M., no están del todo asentados ni reducidos, antes los más están de guerra, y es necesario que aya allí el dicho Corregidor para que ampare a los sacerdotes que los doctrinan, y para que por la misma tenga puestos centinelas, para ver si viene algunos navíos de corsarios y de amigo por la costa, en diligencia que esto es de mucha importancia, porque es el passo de todos los navíos que vienen de Chile y del Estrecho.

En ninguna provincia destas ay pueblo formado, allora de pretender reducirillos".

Los encomenderos españoles recibían indios y tierras de la Corona con poderes políticos, civiles, militares y económicos. Incluso "contrataban" misioneros para la evangelización. La primera encomienda atacameña fue concedida por Francisco Pizarro al Capitán Tapia, seguramente cuando hizo otro tanto con los valles tarapaqueños a Lucas Martínez Begaso. Posteriormente en el año 1548, La Gasca le privó a Tapia de la encomienda atacameña, para proporcionársela esta vez a la familia Isásaga: "Repartimiento de yndios con sus caciques principales yndios a Mitimaes a chacares a ellos sujeto a pertenecientes en cualquier manera que tuvo encomendado en Atacama Francisco de Tapia, vecino de la Villa de Plata, con los cien Moyos que le dieron en encomiendas para el servicio de casa, sujetos al Cacique Suere" (¿Saire?).

ENCOMENDEROS Y
CORREGIDORES

Se acepta entonces una entrega de indios atacamas y tierras, en dos encomiendas, a los hermanos Isásaga (1550). Cuando el Marqués Cañete le otorgó la encomienda a Altamirano (1560) se estableció una permuta con la viuda de uno de los hermanos referidos (encomienda de María de Avendaño). A esta encomienda se le anexó la costa, en donde Altamirano prolongó el ejercicio de su poder en vías a la pacificación y reducción de los pescadores del desierto de Atacama, que en gran medida mantenían vínculos con los atacameños de los oasis interiores. Los primeros intentos de administración española del territorio atacameño, se remontan en verdad al año 1555 bajo el mandato de un señor de apellido Suazo. Posteriormente, pasa a depender de la Audiencia de Charcas, que pagaba al Corregidor con fondos de la Caja Real de Potosí. En el año 1564 se justificaba el cargo de Corregidor en Atacama por: "Ser el paso obligado para la provincia de Chile porque no habiendo Juez allí se alzan los indios, cesa el paso para aquella provincia. El cual paso es muy necesario".

En el año 1573, por orden del Virrey Toledo el Corregidor de Atacama servía funciones bien específicas: administrador de justicia, control y cobro de tributos, apresamientos a los desertores y buscados del reino de Chile, avistamientos y aviso sobre presencia de corsarios. Ahora los caminos indios se recorrían con *chasquis* atacameños que salían súbitamente a advertir del "peligro inglés" a los funcionarios españoles de Copiapó o de los valles tarapaqueños.

Después, durante el Virrey Enrique se designaron a personajes locales con más autoridad sobre el uso de la mano de obra india. Estos últimos incluso fueron enviados al litoral, donde tenían vínculos de antiguo ancestro, para incrementar la vigilancia del litoral y explotar pescados secos en beneficio de sus señores encomenderos.

Todo esto parece señalar que tanto San Pedro como Toconao, por los años 1550-1596, eran hitos controlados por la administración española, acción que fue acompañada de una enérgica labor evangelizadora. Ciertamente, a ojo de europeo, siempre fue indispensable mantener el tráfico hacia Chile de tal manera que la creación de este corregimiento tendía, por una parte, a neutralizar la insurgencia y por otra, a mantener recursos, mano de obra y caminos expeditos.

RIQUEZA A LA
ESPAÑOLA

Desde tiempos de Valdivia ya fue observada la "riqueza" de la tierra atacameña, donde había "comida en todas partes"... La economía nativa se mantuvo estable y próspera hasta la década del 1570 (maíz, quinua, papas, porotos, algarrobo, chañares, llamas, alpacas, cuyes, etc.). Después comienzan a experimentarse los cultivos europeos de trigo, frutales, forrajeras y vid. Se puede asegurar, por otro lado, que a fines del siglo XVII en todos los oasis ya se están multiplicando los primeros rebaños ovejunos, caprinos y algo de vacunos. Igualmente se incrementan los recursos de mulares y caballares.

Desde Chile se descargaba en Cobija a fines del siglo XVI: cordobanes, cordones de zapato, velas, vinos, etc., vía Potosí, por medio de caravanas de llamas y mulares. Así, desde esta época, el tráfico de Atacamas comenzó a reactivarse ahora bajo la tutela española. A comienzos del siglo XVII se observa desde Tucumán que en la Puna atacameña: "hay paso llano a

Atacama y que van y vienen con carneros cargados de vinos y otras cosas que traen a las minas de Cochinoco que caen veinte leguas de Jujui”.

Los españoles, sin embargo, no obtuvieron rápidas fuentes de enriquecimiento, como ocurrió por ejemplo con las minas y tráfico de plata tarapaqueñas. No hubo incentivo para intensificar la explotación de minas y provocar más poblamiento europeo. Las sementeras lograron reactivarse con la alfalfa europea, muy aptas para mulares y vacunos, pero aunque se intentó adaptar cultivos de vid y frutales, sólo el trigo y las peras de España alcanzaron éxito en términos de excedentes. Definitivamente, las haciendas españolas no prosperaron en las postrimerías del siglo XVII porque los límites climáticos y la calidad del agua no favorecieron a los productos europeos, y en consecuencia no se radicaron familias hacendosas en los *ayllos* de San Pedro. Tampoco había suficientes minas de metales preciosos junto a la tierra cultivada. A pesar de esto, se ha estimado que vivían varios miles de atacameños dependientes de los productos de la tierra, bajo los efectos negativos de la guerra, flujos migracionales y los colapsos biológicos derivados de las nuevas enfermedades, por lo que la población debió disminuir sensiblemente. Esto significa además, que los pocos españoles residentes envueltos en roles administrativos y burocráticos provocaron ciertos cambios fundamentales en la sociedad local: de la libertad territorial a pueblos obligados, del maíz al trigo, del cobre al fierro, de las llamas a mulares y caballares, del Sol a Cristo, etc. Se suma la singular conducta de Velázquez Altamirano, quien por su carácter de pequeño dictador manejaba a la población con estricta mano militar. En verdad, tuvo enfrentamientos con vecinos y sacerdotes españoles, por cuanto utilizaba la mano de obra nativa para el tráfico de pescado seco y de animales en pie, con un criterio virtualmente esclavista. Es decir, controló a modo de negocio el tráfico de recursos indios, pero readaptados esta vez a las nuevas condiciones económicas impuestas por él mismo.

Definitivamente, Velázquez logró comprender muy bien que así como los jefes atacameños mantenían colonias en la costa desértica, ya señalado por Pedro Sande, él también podía aprovechar de sus beneficios, sobre todo ahora que era dueño de la tierra y de los indios. Se recordará que los pescadores de Cobija daban pescados en señal de reconocimiento a los caciques de Atacama. Pues ahora Velázquez, el “pacificador de Atacama”, recobró esta vieja tradición y ordenó por medios poco lícitos que los indígenas del litoral, por una vía y otra, le proporcionaran las cargas de pescado seco para ser vendidos por él en el altiplano de Potosí. Sólo los atacameños sabían cómo llevar estas cargas hacia el interior del litoral. Altamirano era en la práctica propietario de todo lo que se movía entre las caravanas atacameñas. Al fin y al cabo, la alta concentración de población minera en Potosí aspiraba a seguir consumiendo el famoso congrio seco del litoral atacameño.

Se recordará que los atacameños, desde mucho antes de los inkas, habían colonizado el litoral del desierto de Atacama, explotando directamente o intercambiando los productos del mar con aquellos que llevaban de los oasis. De hecho, ejercieron cierto dominio sobre los pescadores que poseían otra cultura y otra lengua. Precisamente Juan Velázquez Altamirano, como au-

COMERCIO DE
PESCADO SECO

toridad máxima y buen observador de su medio, comprendió que el tráfico que hacían los indios atacameños, en el sentido de traer pescado seco desde la costa, debería ser un buen negocio a ojo de español. Por el año 1591 (siglo XVI) a raíz de un juicio seguido a la obra del ya ex Corregidor, se comprobó que Velázquez efectivamente había manejado el tráfico de pescado entre Cobija y Potosí empleando de manera ilícita a los indios de Atacama la Alta.

En verdad, el Corregidor Velázquez recogiendo la experiencia atacameña, estableció fuertes vínculos con el litoral, tanto así que parte de su familia residía en el oasis más bajo de Chiu Chiu y en el litoral propiamente tal, "rescatando pescado". El control del litoral fue estricto, tratándose a los indios como esclavos e instaurando prácticas monopólicas. Este manejo fue tan riguroso que logró incorporar a su servicio doméstico indios *camanchacas* del litoral. Un vicario de la doctrina atacameña no sólo ratificó la explotación y abuso sobre los indios del litoral, sino que observó cómo los indios atacameños trasladaban a cuesta el pescado seco, ascendiendo por el río Loa hasta Potosí: "y que save que ay hasta donde lo traen a cuesta beintiocho o treinta leguas y questo lo save por que lo ha andado dos veces... mucha cantidad de yndios cargados con el dicho pescado"... Es muy probable que Velázquez haya obligado el transporte personal para incrementar la carga, al disponer de mano de obra no asalariada. Parece inseguro que no haya incorporado el uso de la caravana de llamas o de mulas (?) que hacía más posible y humana la enorme travesía desde la costa al altiplano. De hecho sólo se ha constatado que solía entregar alimentos y una que otra granjería de escaso valor.

Siguiendo las viejas tradiciones, es posible que Velázquez haya mantenido el rol especializado de los caravaneros atacameños por una parte, pero manteniendo en la costa a otros expertos pescadores locales en la organización de la producción y logro de excedentes del litoral. Algunos testigos señalaron que eran utilizados fuera del río Loa y probablemente de Atacama la alta, sin paga alguna. La costa desértica no tenía recursos y por lo mismo, a lo menos les llevaba comida para su mantención.

Queda fuera de duda que las caravanas mayores de los siglos XVI y XVII salían de Atacama la "baja" o la "chica", a raíz de la conexión con la costa de Cobija y Morro Moreno. Pero de la "Alta" (San Pedro) salían caravanas que accedían al territorio de los Lípez y Chichas portando cargas de pescado seco y ganado en pie. Se sabe que Velázquez organizaba largas jornadas de traslado de *charqui* de pescado que incluían cerca de tres meses en que los arrieros indios estaban ausentes de sus territorios de origen. Se ha constatado, además, que la doble residencia de Velázquez Altamirano, tanto en San Pedro como en Chiu Chiu, le permitía un exitoso control sobre las antiguas rutas indias y es obvio aceptar que rápidamente comprendió el viejo sistema del traslado a base de caravanas de animales y el uso de los depósitos o almacenes destinados al pescado seco, localizados en los pueblos de Atacama, con mayor certeza en Chiu Chiu y San Pedro, donde él ejercía directamente sus dominios. En el fondo, la explotación que ejerció sobre Cobija no fue sino la continuación del control que los caciques atacameños ya antes habían ejercido sobre los pescadores de "su" litoral, la bahía de



Figura 50
 El trato de los españoles
 a los cargadores andi-
 nos (Poma de Ayala
 1956 (1587-1615)).

Atacama o Cobija. Sólo que esta vez el dominio era a la manera de los corregidores... (Fig. 50).

Está de más señalar que el éxito de estos negocios llevaron a Velázquez a su última aspiración: esto es volver a ser Corregidor de Atacama. Para preparar su retorno se congració con algunos caudillos atacameños, en especial con don Pedro Liquitay, a fin de desbancar a la autoridad española existente. El trato de don Pedro refleja de alguna manera el estilo con que los corregidores españoles ejercían sus abusos sobre los indios de prestigio. En la propia casa de Velázquez, el buen Liquitay fue halagado, acariciado, presionado con promesas, embriagado y, de paso, amenazado con la horca en el supuesto que no participara en la conspiración. El poder de Velázquez queda suficientemente aclarado cuando obliga a que nadie hable, ni la lengua de Castilla ni la kunza; sólo Liquitay debía hacerlo en el momento en que debía culminar la sedición política. Otras autoridades españolas estaban conscientes de que Velázquez había exaltado el espíritu indio a tal punto que no deseaban pagar sus tasas, acercándose más bien a una vía insurreccional. En fin, se habló incluso de la expulsión de Velázquez del territorio atacameño. Llama la atención entonces que cinco años después de estos tristes sucesos, el hijo del caudillo, Francisco Velázquez, le asignaba a su padre "la pacificación" de toda esta provincia.

Una vez más se observa como una costumbre atacameña vinculada con el tráfico de productos del mar hacia las tierras altas, que antes de la invasión española se comprendía como un tráfico de productos complementarios, es decir, con beneficios para todos los que participaban de los viajes caravánicos; ahora la misma idea se recuperaba pero con beneficios exclusivos para las ganancias monetarias que Velázquez lograba en el mercado de Potosí.

Por los contactos que los atacameños mantenían con los jefes étnicos tarapaqueños, en el tiempo de la introducción de las primeras huestes españolas, es muy probable que a mediados del siglo XVI ya sabían que éstos buscaban minas con metales preciosos. De acuerdo a los recursos atacameños no fue posible que los europeos descubrieran plata, por ejemplo, tal como lo hicieron en las tierras tarapaqueñas. Aquí, en Atacama, se concentraban vetas de cobre y de piedras semipreciosas a ojos indios: malaquita, lapislázuli, granates, ágatas, etc... De cualquier modo, los mineros atacameños se resistieron a señalar la presencia de minas, aun durante los siglos XVII y XVIII, puesto que estaban conscientes de que la implantación de los obrajes mineros a cargo de españoles, vendrían a incrementar la pérdida de su autonomía y por qué no de su propia sobrevivencia. Al respecto, una observación de Lizárraga asevera que los atacameños intentaron dar cuenta de ciertas minas a Velázquez Altamirano, pero: "se arrepienten y no se les apremian" según la propia expresión del Corregidor. Por otro lado, el minero Sande, un español buen conocedor del territorio, expuso que hacia fines del siglo XVI los *Curacas* locales con real suspicacia no ayudaban a la localización de las minas para que "los españoles no les entren en sus tierras y porque el diablo se lo aconseja"...

Ya a fines del siglo XVI, los españoles no dudan del buen oficio de los mineros indios, tal como testimonian las complejas colecciones de objetos metálicos existentes en el Museo de San Pedro. Precisamente el mismo Sande recomendaba enviar atacameños a la mina de cobre nativo del puerto de Atacama (Cobija), tras el incremento de su extracción, faenas que al igual que la sal, ya las habían iniciado los indios de Atacama, antes de la invasión europea (Fig. 51).

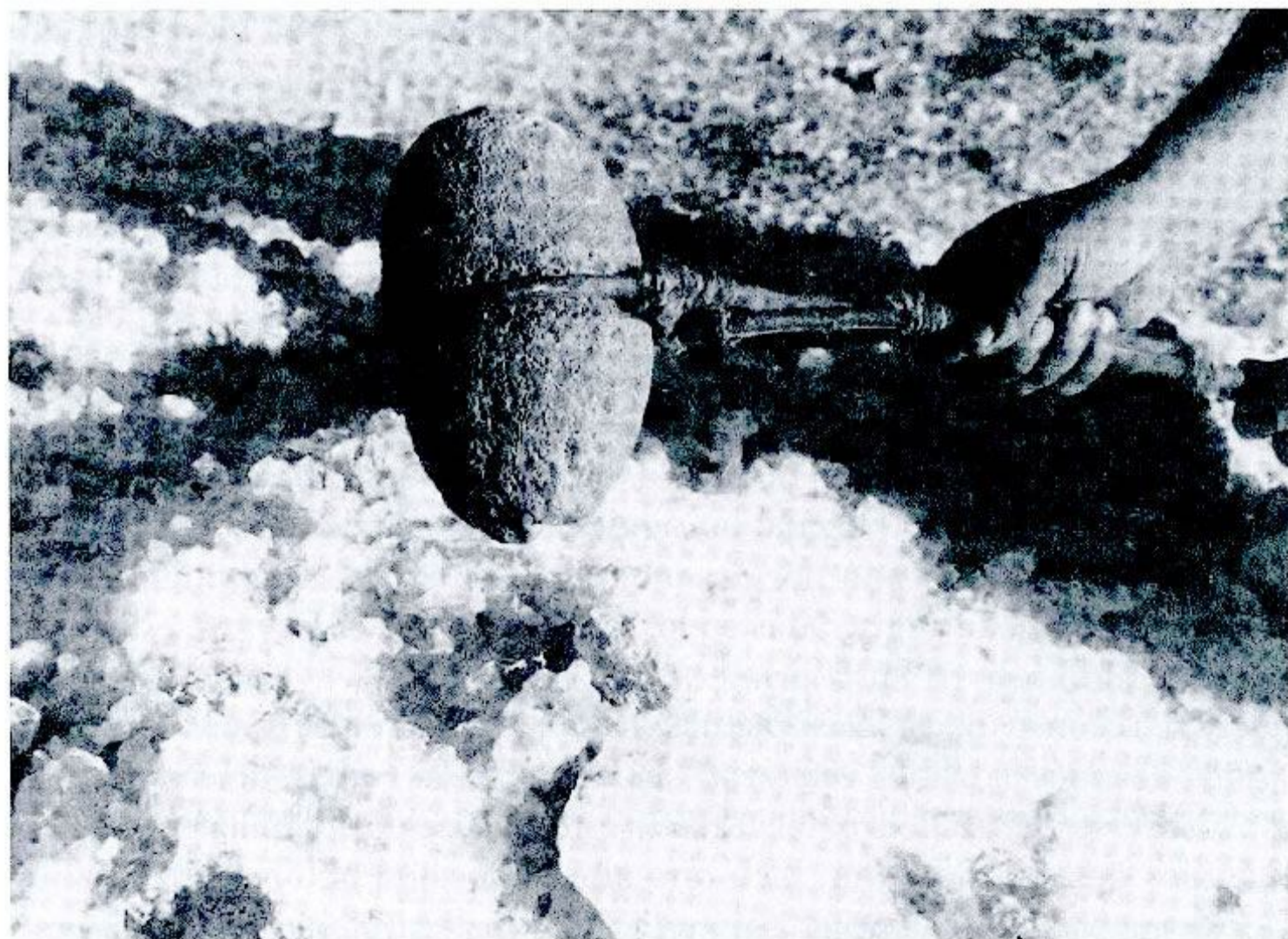


Figura 51
Reconstitución de mollienda de sal con martillo prehispánico.

Aparte de la resistencia insurreccional, los españoles enfrentaron una barrera lingüística muy singular. Seguramente, cuando los primeros europeos arribaron al territorio atacameño descubrieron que era difícil entenderse con la población, a pesar de que entre ellos venían varios indios “lenguaraces” o traductores del quechua y aymará al castellano. Ocurría que tanto por su antigüedad, aislamiento y complejidad cultural esta pequeña nación andina había creado su propia lengua. Por el año 1603 el Padre Cárdenas dejó un notable testimonio que refuerza el juicio de su colega, aquél que debió hacer la misa del tratado de Paz del año 1557 en el habla de los atacameños. Al respecto señaló Cárdenas: “Dire a V.E. que todos los indios de aquella provincia de Atacama carecen de consuelo espiritual de la confesión i de quien les diga las cosas de la Fe u quien es Dios Ntro. Sr. i lo que están obligados a saver i hacer para salvarse i esto porque la lengua que allí hablan ni es quichua ni aimara i como aquella tierra es tan remota i tan poco comunicada así de estos indios como de españoles, no saven mas lengua que la materna guja”.

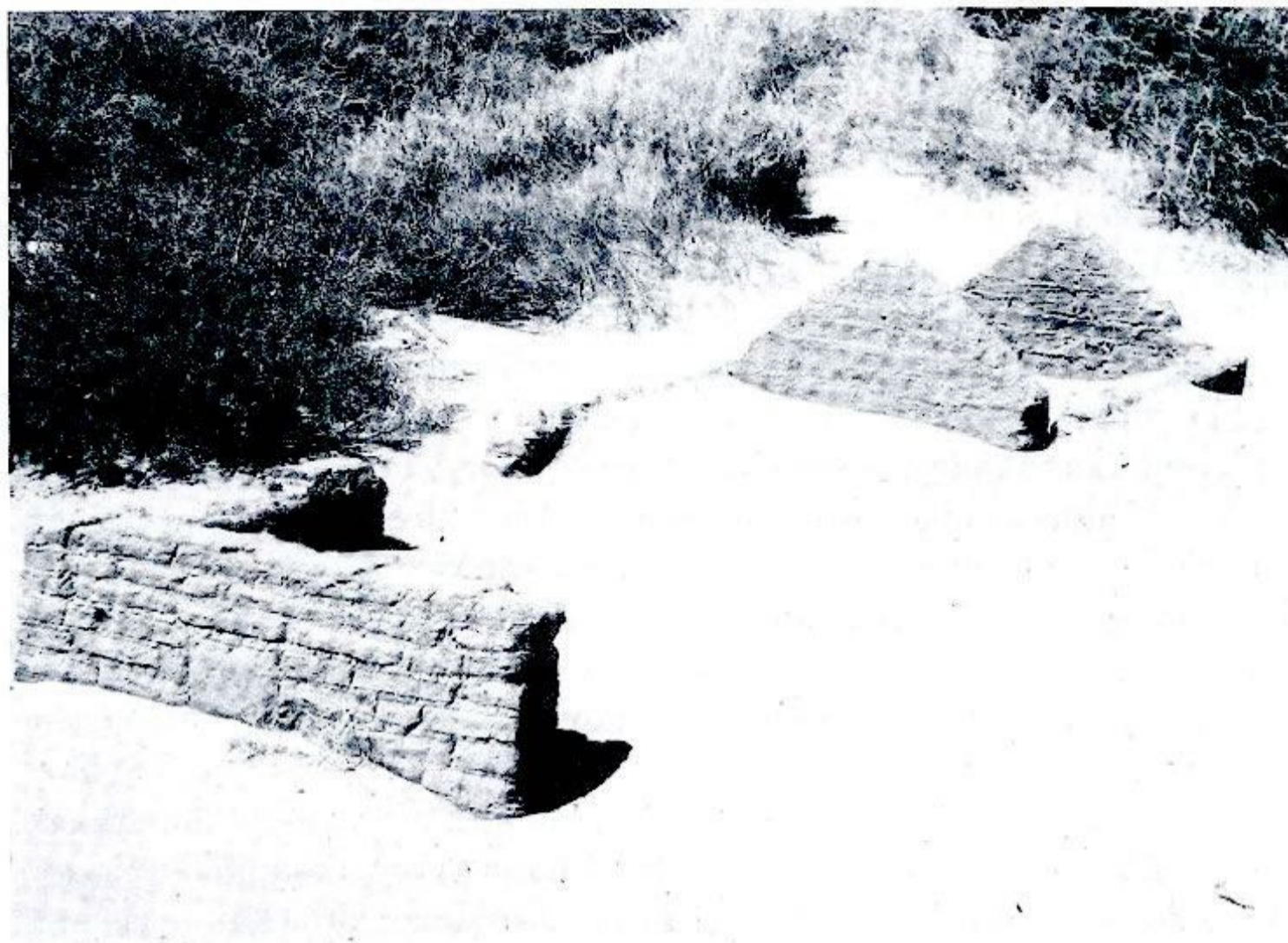
Durante casi cuatro siglos (siglo XVI al XIX) los atacameños hablaron su lengua, además del aymará y otros dialectos de los pueblos limítrofes, incluido por cierto la “pescadora” del litoral y el castellano. Como la lengua de España era el principal instrumento de la evangelización debió ser aparentemente dominante desde el siglo XVI. Pero aún por el año 1890 los viejos atacameños seguían hablando su propio idioma, tal como fue observado por el científico San Román, quien al preguntar por el nombre que daban a su idioma, todos le respondieron “kunza” (“el nuestro”). Bajo este término se le reconoce hasta el día de hoy, aun cuando ahora sólo quedan cantos, frases y palabras, sin que nadie recuerde su significado elocuente. Aun hoy, los viejos informantes de Toconce señalan que hace unos cincuenta años en Caspana se hablaba una lengua que no era español, quechua ni aymará, es decir, kunza a no dudarlo.

De modo que la población atacameña fue parcialmente pacificada en el año 1557, pero gran parte de la región circunvecina, como las provincias argentinas de Omaguaca, Casavinco, Cachinoca y el valle Calchaquí mantenían su autonomía india hacia fines del siglo XVI. En consecuencia, durante ese siglo no fue común la fundación de pueblos urbanizados a la manera española, es decir, con trazados de daderos (plaza, iglesia y solares). Eran tiempos de rebeldía india y de escasos españoles avecindados.

A raíz del encuentro de Suipacha, el cacique atacameño Juan Coto Cotar o Catacatam, junto a otros principales, reconocieron el dominio español (1556). Un año después, el 5 de marzo, se celebró aquella misa solemne en el “pueblo” de Atacama, lo cual no significa necesariamente que ya existía un asentamiento planeado por españoles. De acuerdo a las evidencias de las iglesias españolas registradas en los actuales oasis atacameños, esta misa solemne pudo ocurrir en la primera capilla del siglo XVI, donde eventualmente se reconstruyó la iglesia actual. También pudo ocurrir en la primera capilla, después llamada “velatoria”, actualmente en ruinas, ubicada frente al cementerio de San Pedro; tal vez todo esto ocurrió en el capilla del pueblo de indios del *ayllo* de Beter, o en otra aún no localizada (Fig. 52). De uno u otro modo, las evidencias arquitectónicas de las iglesias referidas son

¿FUNDACIÓN DE
PUEBLOS DE
ESPAÑOLES?

Figura 52
El pueblo de Beter bajo
las dunas (siglos XVI y
XVII).



posteriores al siglo XVI, permaneciendo como problema no resuelto la ubicación exacta en donde se celebró la memorable misa, oportunidad en que los dignatarios atacameños depusieron sus armas. Queda claro que hacia el año 1557 no existía un pueblo de españoles en los oasis de la zona de San Pedro de Atacama.

No obstante, Atacama la Alta fue el núcleo de la administración española

en relación a todos los oasis piemontanos. Ya desde el año 1540 era la sede del aparato burocrático de los escribanos españoles. Valdivia mismo hizo construir una residencia de paso, otros lo imitaron para ocuparlas durante su residencia funcionaria. Así, cerca de la iglesia se disponían sin un damero específico los recintos habitacionales de las autoridades españolas locales. No obstante, todo el valle (conjunto de *ayllos* aislados) fue considerado durante este siglo XVI como "un pueblo de indios". Otro conjunto habitacional disperso de autoridades y funcionarios se fundó por esta época en Toconao, sin que ninguno de ellos constituyera en rigor "pueblos de españoles", tal como se observó por el año 1583.

Varias aldeas indias dispersas se localizaban entre los *ayllos* con recintos circulares o "doblados" y rectangulares de adobe con techos de torta de barro. Algunas tenían divisiones para enterramientos funerarios, silos semiesféricos y grandes tinajas para el agua y la *chicha*. No faltaban los recintos con muros rectos elaborados con la técnica de ramas, horcón y barro (*quincha*).

En el Pacífico, por esta época, Cobija no era más que un "puerto de indios", a pesar de que los Magistrados de Chuquisaca y el propio Licenciado Matienzo aspiraban a que fuera el gran puerto de exportación de las provincias de Charcas y del noroeste argentino. Por Cobija sólo se observaba el flujo normal costero de Chile, uno que otro contrabandista francés y otros aventureros. Sólo en el siglo XVII se instaló en Cobija una colonia reducida de vecinos españoles apoyados de esclavos negros, con actividades económicas y vecinales más consistentes.

Es muy probable que durante el siglo XVI se hayan construido capillas junto a los asentamientos indígenas emplazados en los bordes de la Puna, con el fin de iniciar una labor evangelizadora, puesto que no existían en toda la comarca recursos suficientemente valiosos como para estimular un poblamiento español localizado en el orden del damero. En este sentido, entendemos por capilla a los pequeños recintos rectangulares como aquella ubicada en el "Pueblo Viejo" de Peine, tan del siglo XVI, como que fue construida cerca del *tambo* inka, junto a un área de recintos para bodegaje de data preeuropea. Es decir, la construcción de capillas durante el siglo XVI no siempre coincidía con el trazado de pueblos de españoles, sino que más bien en las tierras altas o verdaderas zonas de refugio andino, se construía una iglesia entre recintos indios, como un foco de irradiación católica. Si el modelo de Peine es correcto, no sería extraño suponer que la primera capilla se dispuso donde está la iglesia actual de San Pedro, rodeada originalmente de viviendas indias y españolas dispersas (Conde Duque) o entre los recintos del "pueblo de indios" de Beter.

El mayor problema era la estabilidad del tráfico hacia las ciudades de la Plata y Chile; en este sentido la fundación que hiciera Velázquez Altamirano en el año 1557 o 1558 del pueblo de Toconao tendía precisamente a fortalecer los caminos del desierto. Fue emplazado más al sur, a la vera del camino real, administrado por algunos funcionarios españoles junto a la población del oasis. No está claro el porqué se escogió este lugar, pero tal parece que fue un criterio militar, esto es, en un sector más separado en relación a los *ayllos* de San Pedro, en donde el paisaje boscoso y la mayor

FUNDACIÓN DE
TOCONAO

concentración de caudillos indios podrían facilitar actos subversivos. Por otro lado, en Toconao las escasas fincas españolas dieron lugar a viñas y frutales, en un microclima cálido con excelente agua. A comienzo del siglo XVII es evidente que Toconao es ya un oasis bien articulado por la fruticultura europea.

El corregidor Velázquez permaneció en el territorio atacameño, alternando entre Chiu Chiu y San Pedro, preocupado de la pacificación y su peculio al margen de proponer un programa urbano. Asumió en la práctica el poder bivalente de Corregidor y Encomendero de Atacama y en esta condición, su tierra con sus gentes fue heredada por su hijo mayor Francisco Altamirano.

FUNDACIÓN DE BETER

De acuerdo al espíritu del Corregidor se cree que estuvo más preocupado de "ordenar" la vida atacameña con el fin de proveerse de servidores y de tributos, para lo cual era mejor erradicar a la población dispersa en un "pueblo de indios". Así, podía además neutralizar posibles estallidos insurreccionales. Por lo demás, después del régimen del virrey Toledo se recomendó más activamente que estos pueblos debían ser organizados lo antes posible. Se acepta que entre los años 1590 a 1608, un pueblo de indios fue fundado en Beter, a la manera española, pero habitado por atacameños reducidos y avasallados por Velázquez Altamirano.

La pacificación de Atacama parece que no terminó a fines del siglo XVI, y por supuesto que durante la gestión de Velázquez, la evangelización debió ser enérgica a cargo de un sacerdote establecido en la región. Por el año 1590, el licenciado Cepeda ya había observado las anomalías del régimen de los Velázquez Altamirano, al tanto que recomendaba aumentar el vecindario español, a los cuales se les debería entregar indios *yanaconas*, de tal forma que se sostuviera un mayor poblamiento español, más influencia en la catequesis e incremento del tráfico hacia Chile. Pero la instalación de verdaderos pueblos de españoles, como los vigentes a fines del siglo XVI y XVII en los valles bajos tarapaqueños, no ocurrió aquí. La falta de minas ricas y de cultivos europeos dominantes fue un límite infranqueable.

IX. Atacameños y españoles durante el siglo XVII (1.600-1.700)

Por ahora, es poco lo que se sabe sobre los sucesos ocurridos entre vencedores y vencidos durante esta época. El régimen de los corregidores estaba plenamente vigente, acentuándose el abuso sobre las comunidades atacameñas. A partir del año 1600 (comienzo del siglo XVII) se reconoce la mayoría de los *ayllos* actuales, lo cual es natural por cuanto esas tierras eran las más adecuadas para la concentración de las arboledas y cultivos. Los *ayllos* fueron heredados del talento agrario preinkaiko, en donde los logros hidráulicos de los atacameños permitió crear un sistema de regadío sobre las zonas más efectivas. Las aguas fueron sacadas de los dos arroyos que se asoman al extenso valle y se colocaron en la dirección de la tierra precisa. Allí surgieron las aldeas en cada mancha verde y allí perduraron hasta hoy los vecinos y familiares, unidos por vínculos sanguíneos arraigados a “su” tierra y “su” cultura, que antes eran conducidas por las autoridades indias y luego designadas por la autoridad española (Fig. 53).

LOS NOMBRES INDIOS

Algunos *ayllos* del siglo XVII perdieron o cambiaron sus nombres, como aquel llamado Carcal o Cantal; otros lo transformaron tal vez por una castellanización arbitraria, es decir, de “Contituque” a “Conde Duque”, pero la mayoría siguió sin cambios, tal cual como hoy se les reconoce en su toponimia tradicional. ¿Fue Carcal lo que después se llamó Conde Duque?, ¿Carcal y Acapana un solo *ayllo* en 1683? ¿Dónde se localizaban realmente? Estas transformaciones no fueron tan drásticas como ocurriera con los nombres de los propios atacameños. Ciertamente, los nombres nativos anteriores al bautizo cristiano se involucraban con animales míticos, plantas prestigiosas, símbolos y significados shamanísticos o de personajes con poderes, etc. Como estos conceptos eran representativos de la cultura y religiosidad “paganas”, los misioneros comenzaron sistemáticamente, en el siglo XVII, a bautizarlos con nombres del calendario católico, perdurando hasta hoy levemente algunos apellidos indios. Por otra parte, es muy probable que mestizos, indios y los escasos negros incorporados al servicio de las autoridades y vecinos españoles, pasaron a recibir ellos y sus hijos el apellido de los señores españoles. El propio proceso de mestizaje, de baja intensidad en esta comarca, pudo implicar el cambio del apellido indio por el del patrón español. A lo menos el peonaje era “merecedor” de llevar el apellido de los señores propietarios, tal como aconteció en los oasis tarapaqueños.



a



b

Figura 53

- a) Canal reciente en cementado.
- b) Canal antiguo empedrado, bajo galería de Chañares.

Los primeros nombres extirpados fueron los vinculados con personalidades shamanísticas como *Maisairi* (Ma = hallar, *sairi* = lluvias) el que invoca la lluvia. Otros sobrevivieron hasta ahora por ser menos “comprometedores”: *Celti* (azul), *Saire* (lluvia). Por otro lado muchos nombres fueron mutilados una vez que eran transformados del kunza a la escritura castellana. El digno *ckacka tocknar* (“Frente de Piedra”) pasó a reconocerse en los papeles como *cagatojrios...*

Por lo mismo, es muy difícil saber si los nombres de los *ayllos* fueron transcritos correctamente. *Beter* podría significar “camino”, un pueblo fundado junto al camino que conduce a Toconao. *Quitor* o tal vez *ckito* se entiende como “arriba”, es decir, aguas arriba del valle donde efectivamente se emplaza el *ayllo*. El toponímico *Coyo* o quizás *choiyi* se identifica con “borde” o “extremo”, a raíz de su ubicación marginal. *Larache* o *Lariatchi* evocaría el “rojo oscuro” del limo de la zona. Finalmente *Solor* podría significar parina, al tanto que *Tulor* o *Tulur* recoge la orden de dormir o quizás alojar y *Sequitor* o *Sackiltur* un valor jerárquico: prendedor metálico.

Si bien la españolización de los nombres atacameños intentó desbaratar la identidad de la población nativa, el estilo de vida aislado en los *ayllos* permitió la conservación de sus viejas tradiciones locales. Éstas aún sobreviven en las festividades del calendario católico y en ceremonias propias de la tierra y del ciclo de vida. El bautizo permitía enrolarse, voluntariamente o no, al culto católico. Pero hasta no hace mucho tiempo, había padres con

tradiciones profundas que vestían a sus hijos, hombres y mujeres, con largos camisones del tipo indio y después de varios años de vida practicaban el ceremonial del "corte de pelo". Así, los llamados padrinos cortaban el cabello y lo "vendían" a los que participaban de la fiesta, con cuyo dinero se compraban en el acto las comidas y bebidas del bautizo atacameño. Esta ceremonia se acerca a la descrita entre los pueblos inkaikos durante el tiempo de la invasión española. La mayoría de los ancianos de hoy aún recuerdan como un hecho positivo, lleno de admiración, todo lo ocurrido en el breve tiempo inka, no así todo lo sucedido durante el régimen español. Después de todo, ellos sólo recuerdan los relatos de sus mayores, comprometiéndose con un pasado que le es lejano pero no ajeno.

Durante el siglo XVI los atacameños estaban bien provistos de caravanas de llamas de carga, puesto que dominaban los secretos de la arriería mucho antes de la llegada de los inkas. Conocían la lengua aymará en tanto que se aliaban con los indios Lípez, y juntos llegaban con sus productos para vender y trocar en los mercados españoles de Potosí. Asimilaron la recua de mulas rápidamente, conjuntamente con otros recursos europeos, pero siempre ponían al servicio del nuevo orden su cultura de viajes de data preespañola.

Aún no es posible saber desde cuándo recibieron de los españoles las nuevas semillas de los parrales, árboles frutales, trigo, corderos, aves, vacunos, etc. Es muy probable que durante el comienzo del siglo XVII estos rubros ya estaban incorporados a la tierra india, tal como ocurrió en Toconao con las viñas y frutales. Esto significó la asimilación de nuevas técnicas y procedimientos, incluyendo el abandono de ciertas labores que les eran propias. Debían aprender a rescatar lo mejor de los nuevos cambios agrarios derivados de los contactos más sostenidos con los españoles.

PRODUCCIÓN DE ALIMENTOS

Durante el siglo XVII (1683) los atacameños radicados en San Francisco de Chiu-Chiu no viajan a los valles del norte argentino, sino más bien al litoral cercano, con labores de arriería o fletes a base de recuas de mulas, quizás tras el traslado de productos del mar, incluyendo contactos con Cobija. También se desplazaban hacia las minas de Lípez, tal vez como lugar de término del viaje en donde vendían o trocaban los bienes de sus sementeras y aquéllas propias del litoral, aunque no se descarta su participación temporal en las labores mineras.

A lo menos se conoce que en Chiu-Chiu, por el siglo XVII, ya se habían incorporado levemente el trigo y la crianza de "carneros". También se aprecia la introducción de nuevos potreros de alfalfa. Sin embargo, durante el siglo XVIII ya hay vacas y carneros en Calama, de modo que no sería extraño que a lo largo de este siglo XVII todos los *ayllos* de San Pedro contaran con la mayoría de los productos españoles cultivados y criados, que se adaptaron a la tierra india. Éstos compartían los espacios con los productos propiamente atacameños. Si bien algunos cultivos como el trigo alcanzaron a ser dominantes, el maíz indio perduró también y ambos son hasta ahora un patrimonio común de los campesinos locales. Esta combinación se manifiesta hasta hoy: vino de ancestro español y la chicha india de algarrobo.

Por otra parte, el viejo tráfico de los atacameños hacia la costa, tras los recursos del mar, tal como ocurrió en tiempos prehispánicos, siguió su curso durante la colonia, esta vez bajo los intereses de las autoridades y vecinos

españoles. Así, el traslado de recuas de llamas primero y de mulares después, con cargas de congrio seco, fue efectivo durante el siglo XVII y XVIII desde Cobija y otros centros costeros hacia las tierras altas.

Si bien los atacameños podían aún mantener su propiedad comunal, con labores organizadas por ellos mismos, también debían otorgar trabajo gratuito a las autoridades españolas, a la par de una onerosa tributación.

Durante el año 1628 los atacameños se encontraban bajo la administración de los encomenderos españoles, debiendo tributar en monedas y con el aporte de mano de obra a través de la *mita*, un sistema por el cual ciertos indígenas eran enviados fuera de su territorio, para labores que beneficiaban a los intereses europeos. Por ejemplo, algunos fueron enviados a la casa de Fundición de Metales de Potosí. En verdad, el régimen de los corregidores fue muy estricto y la mayoría de los indígenas atacameños localizados en San Pedro, Toconao, Socaire, Peine, Belén, Incahuasi y Susques, debían cumplir puntualmente con sus pagos de tributación y trabajo gratuito. Ya desde el año 1562 los Corregidores, aunque recibían una renta adecuada, se implementaban con varias operaciones que los beneficiaban personalmente. La *mita* fue una de las tareas de mayor riesgo para la pervivencia andina, paralela a la tributación.

Algo antes de 1569 la administración española eventualmente habría intentado integrar en una sola unidad a los territorios de Lípez y Atacama, los cuales efectivamente habían mantenido antiguos vínculos que los beneficiaban mutuamente. Más tarde, sin embargo, durante el gobierno del Virrey Toledo, se dividieron ambos corregimientos puesto que se advirtió que era muy importante mantener un Corregidor en Atacama, con plena autonomía para administrar justicia y asegurar los cobros tributarios, a la par de mantener informado al Corregidor de Arica de la arremetida de los piratas. Efectivamente, desde Atacama siempre se había ejercido una tuición muy práctica sobre la costa inmediata, y ahora sobre todo en momentos en que Drake asolaba las costas del actual norte de Chile (1579-1581).

Debe tenerse en mente que el cobro de tributos comenzado en el siglo XVII será, en la próxima centuria, una de las causas de la desintegración de la sociedad atacameña. En efecto, la carga tributaria fue amortiguada con la proverbial capacidad india de lograr recursos lejanos, en especial del otro lado de la cordillera, de modo que sus aldeas comenzaron a despoblarse y con ello el aumento de la aridez en las *chacras* de "pan llevar".

En verdad, los atacameños habían alcanzado desde mucho antes de la invasión española, una gran capacidad de desplazamiento transcordillerano incluyendo la costa. Por lo mismo, fueron hábiles en sus movimientos tácticos durante la resistencia antiespañola del siglo XVI. Después de aceptar el dominio español, siguieron demostrando esta habilidad innata al asumir el papel de *chasquis*, equivalente al servicio de correo terrestre que cubría espacios considerables, de acuerdo a una ordenanza del año 1641. En el siglo XVIII continuaban con sus viajes hacia la región de Salta y valles calchaquíes tras los recursos en especies y en monedas, que retornaban a sus cabeceras atacameñas para su tributación y sobrevivencia general.

Al final del siglo XVII (1683) se advierte que los *ayllos* de San Pedro de Atacama están bien limitados y reconocidos, pero en toda la comarca no se

EL TRABAJO
INDIO GRATUITO
Y LA
TRIBUTACIÓN

DESPOBLAMIENTO

identifican "pueblos" específicos, porque el estilo de vida era disperso, sin pueblos trazados a la española. Cada *ayllo* sólo presentaba un cacique y aún no se aprecia el cargo de "cacique cobrador", como ocurrirá en el siglo siguiente.

En estos *ayllos* se destacan indios "ausentes de mucho tiempo" ocupados en las minas de Lipez (Bolivia) o como pastores en las vegas del río San Juan y otros en la provincia de Chichas. Se decía que en Atacama la Alta sobraban tierras para sembrar pero habían pocos naturales que sólo cultivaban a escala reducida, viéndose los *ayllos* "despoblados". En la misma medida se constata que muchos están ausentes, alquilándose en otros "ingenios" trasandinos. En verdad, aparentemente se ha descrito una contradicción entre tierras con recursos e indios ausentes, pero no está claro si el Corregidor deliberadamente estaba distorsionando la realidad agraria para atraer a los ausentes y lograr la tributación con menos esfuerzo, con los nativos más cerca de su control inmediato. De hecho, en el siglo XVIII hay declaraciones que señalan que la tierra atacameña no proporcionaba todos los recursos necesarios (Fig. 54).

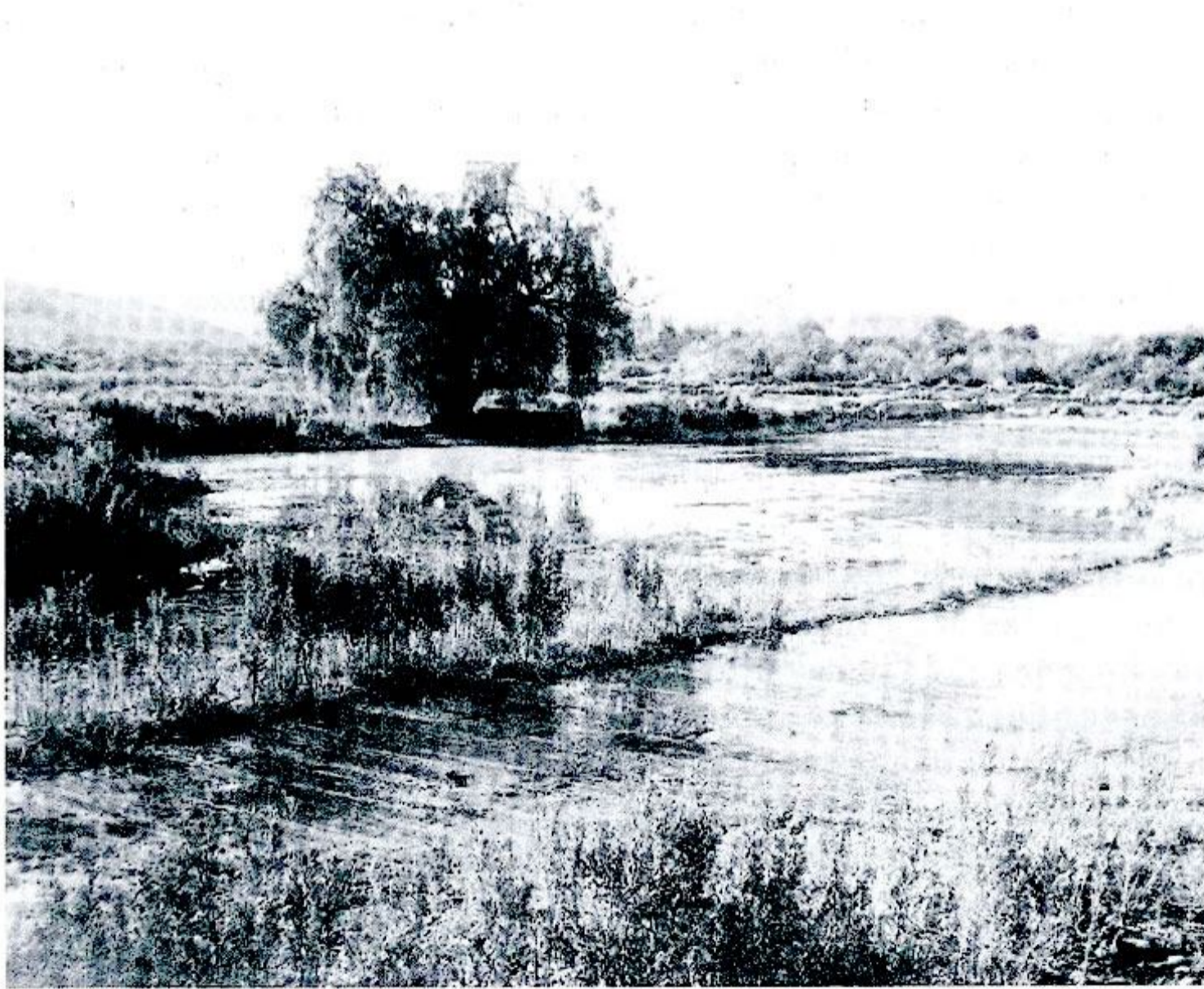
El deterioro demográfico del siglo XVI, a raíz del período de resistencia, se advierte a través de un empadronamiento del año 1623 (siglo XVII), oportunidad en que se registraron 556 atacameños tributarios localizados en 15 pueblos, sumando a 40 pescadores radicados en 4 tolderíos del litoral. Se acepta que unos 3.000 atacameños vivían en toda la comarca a comienzos del siglo XVII, cifra sensiblemente inferior en relación al siglo anterior. Tanto la crisis demográfica local, como la mantención aún durante el siglo XVII de una intensa movilidad caravánica altiplánica, permite visualizar en los asentamientos atacameños, espacios marginales para colonos y traficantes Lipez y Carangas, configurándose cierta convivencia multiétnica de antigua data.

En verdad, durante el siglo XVII las relaciones entre la región atacameña y los indios Lipez eran muy importantes. Al tanto, la usurpación de las aguas y mejores tierras atacameñas conllevó al incremento de la aridez, provocando hacia fines de este siglo un intenso ir y venir trasandino entre otras regiones al asiento de Lipez. Allí criaban llamas y cosechaban papas y quinua, pero, sin duda que desde el altiplano meridional se proveían de llamas cargueras para caravanear metales desde las minas. Eran las "bajas" o los descensos de productos alteños como la sal, papas secas, leña, yareta (combustible vegetal), coca, charqui, paja brava, etc., es decir, una pervivencia de hábitos prehispánicos. Desde los ingenios mineros Chichas y Lipez venían a visitar a sus familias, en especial cuando su mano de obra era ansiada en los tiempos de cosecha: era palabra empeñada por la tradición. Pero ahora una nueva institución española, la Hacienda, comienza a ocupar la población flotante y desposeída hacia tierras Chichas, de Tarija o Tucumán, incluyendo por supuesto las localizadas en los oasis atacameños. La vieja tradición de la arriería de llamas pasó tal cual, más los mulares, al tráfico seductor de los mercados españoles. Potosí pasó a ser el núcleo altiplánico de una red caravanera única en los Andes que integraba recursos y gentes tras las recuas desde la selva a los desiertos del Pacífico.

En esta época las minas atacameñas no atrajeron expectativas notables,

Figura 54

- a) El avance del desierto sobre los oasis.
- b) Regadío por inundación.



salvo las vetas de San Bartolo, en la cercanía de Quito, donde los atacameños fueron incorporados a través de los turnos de trabajo obligatorio.

Los que radicaron junto a su tierra, a fines del siglo XVII también asimilaron las señales de los nuevos tiempos: la cría de llamas es reemplazada por mulares, ovejas y cerdos. Aquellos hábitos europeos tan dañinos como el préstamo, la compra al fiado y la promoción del alcoholismo, conllevó a

que la propiedad atacameña quedara expuesta al manipuleo de blancos y mestizos “decentes”. Los cambios fueron tan rápidos que en esta época los atacameños ya “se visten y tratan como hombres de razón”(sic).

En suma, el despoblamiento comenzó a ser crítico desde las postrimerías del siglo XVII, cuando más de la mitad radicaba por corto o largo tiempo fuera de su medio original: menos gente, más pérdida de la Cultura del Desierto; más desierto, menos vida en los oasis. Ahora sólo se sostienen de la Cultura del Viaje, sus viejas costumbres en torno al acceso a recursos diferenciados cercanos y distantes, pero esta vez las causas nacen de la crisis generada por el sistema español que tiende a consolidarse ya por esta época.

X. Movilidad de la comunidad atacameña y la autoridad española en el siglo XVIII (1.683-1.792)

Hacia fines del siglo XVII (1700) el corregimiento de Atacama presentaba una población nativa que constantemente se desplazaba en su propio territorio, y muy activamente, hacia el otro lado de los Andes.

Parece que en gran parte del siglo XVIII esta dispersión entró en crisis al punto que fueron considerados como indios "forasteros" desarraigados de su tierra natal. Esta costumbre de ocupar lugares fuera de sus aldeas constituía una herencia bien recogida de las poblaciones prehispánicas. Por lo mismo, los atacameños eran los que más conocían la difícil geografía del amplio territorio circumpuneño. No obstante, ahora estaban sometidos a un régimen mercantilista-colonial, de modo que su dispersión era motivada, en parte, por razones distintas a sus propios intereses.

CAUSAS DE LA EMIGRACIÓN Y LA TIERRA ATACAMEÑA

En efecto, las operaciones surgidas en los nuevos mercados españoles y el pago de tributos los obligaba a la obtención de monedas, y esto sólo se lograba incorporándose en obrajes mineros, como peones de hacienda en los valles trasandinos o con la venta de sus propios ganados en los centros urbanos. Algunos grupos de emigrantes, por otro lado, se fueron a vivir lejos de sus pueblos para obtener aquellos recursos que no lograban en su propia tierra. Por esto, los caciques de los *ayllos* de donde ellos provenían, realizaban largos viajes para cobrarles los tributos, que luego pagaban al régimen del Corregidor.

De tal manera, siempre existían vínculos entre los atacameños emigrados y sus lugares de origen, fuera cual fuera la causa de su alejamiento. Esta forma de vivir no era extraña a la cultura atacameña, puesto que ya hemos observado cómo, tanto en la prehistoria y como aún hasta el siglo XX, los atacameños han ocupado residencias en distintos lugares a lo largos del año, con el fin de explotar bien los más diversos recursos. Esto es, cultivando y criando animales en diferentes lugares, en labores estacionales mineras, en prácticas de comercio temporal, tiempos de cosecha, operaciones de trueque, recolecta de frutas, etc.

Se sabe que desde el año 1683 el territorio atacameño se configuraba por los oasis propiamente tales a ambos lados de la cordillera, los pueblos del río Loa, el puerto de Cobija con pescadores que allí hablaban una lengua

distinta al kunza. En lo que concierne al territorio fértil éste se dividía en la "Atacama la Baja", con su cabecera en Chiu-Chiu, y que integraba a su vez a los pueblos del río Loa, y a "Atacama la Alta", con su cabecera en San Pedro de Atacama y que a su vez integraba a los diversos pueblos que se ubican al pie de la Alta Puna, en los arroyos que desembocan en el Salar de Atacama. En esa época también formaban parte de "Atacama la Alta" dos localidades de la actual Puna argentina: Susques e Incahuasi. Es muy probable que esta separación responda a una antigua organización política, de acuerdo a la tendencia andina prehispánica de separar territorios en "abajo" y "arriba", con el fin de establecer vínculos competitivos y complementarios, hermanando a dos regiones de distintas alturas para el beneficio común y mutuo de sus productos diferenciados.

Durante el siglo XVII en gran parte del río Loa, en los oasis, y en las estancias de mayor altura, se hablaba la lengua kunza. A pesar del corto tiempo del dominio inka y de que sólo algunos funcionarios y misioneros españoles hablaban la lengua general o quechua, ésta era debidamente conocida. Como los atacameños hablaban kunza y traficaban por territorios aymarás y aun por los costeros, no sería extraño aceptar que además conocían bien el aymarás y la lengua del litoral. Es decir, los traficantes atacameños eran expertos en el reconocimiento geográfico de una vasta región y mantenían un potencial lingüístico insospechado que incluía, por supuesto, el español.

Con este necesario marco de referencia se señala que en Atacama la Alta, los atacameños ausentes que pagaban su tributación al Corregidor, eran cerca del 60% de la población; es decir las aldeas agrícolas permanecían bastante despobladas. Sin duda se vive en este momento (siglo XVIII) una época de crisis en todo el territorio atacameño. Por ejemplo en Atacama la Baja la tierra con escasos cultivos en terrazas se ven afectados por períodos de sequías, y tal vez ya se comienza a perder la sabiduría del cómo tratar la tierra. Los nativos involucrados en el manejo de mulas dejan las labores agrarias y pastoriles por las de arrieros, arrendados para fletes de materiales procedentes del reino de Chile, aparte del tráfico de minerales de cobre y oro, o el cabotaje de Cobija, puesto que vivían de los contratos manipulados por los españoles. De estos "negocios" provenía su incorporación a la nueva economía monetaria.

En Atacama la Alta, por esa época se advierte mayor disponibilidad de tierra, pero escasa población, y se sabe que salían del territorio para obtener las ganancias que les permitirían el pago de las tasas o contribuciones. A los endeudados que radicaban en esos lejanos territorios les era muy difícil retornar a sus pueblos de origen. Otros pagaban sus tributos lejos de sus pueblos, por ejemplo desde las minas de Lipez o en las labores agrícolas de los valles del noroeste argentino. Otros lo hacían una vez que volvían de los pastizales con su ganado desde la vertiente argentina.

Hacia el año 1786, esta práctica de utilizar recursos y excedentes monetarios de otras regiones se observa en relación a los atacameños que residían en la región de Salta. Hacia regiones como Jujuy, Salta, Tucumán y Cajamarca llegaban los caciques atacameños para el cobro de la tributación. Tales viajes de hasta ocho días eran muy importantes, puesto que esa tri-

ATACAMEÑOS
EN ARGENTINA
Y BOLIVIA

butación se hacía en especies (ej.: frutas, trigo) o en objetos manufacturados, con los cuales retornaban a Atacama. Éstos eran vendidos, intercambiados o mantenidos en los pueblos de origen por los caciques encargados de estas funciones.

Se debe asumir que los caciques llevaban, a sus vez, excedentes atacameños hacia la actual vertiente Argentina, y que algún producto local como el trigo podía ser comprado o colectado por los caciques como pago de tributos (Fig. 55).

Hacia el corregimiento de Lípez (Bolivia) también se dirigía una buena parte de los emigrantes, tanto de la "Alta" como de la "Baja" Atacama. Otros lo hacían al río San Juan de Tucumán; también estaban presentes en Chichas, y algunos pocos entre Guatacondo, Pica y el río Loa. En efecto, a fines del siglo XVIII esta alta dispersión provocó un deterioro muy crítico en los *ayllos* como Conde Duque, Cantal y Acapana, en donde sólo existen poquísimos tributarios avecindados. Se suma a este problema, el aumento de la arriería en Atacama la Alta, de manera que la cultura de los viajes comenzó a sobredimensionarse de tal modo que el desarrollo armónico de las labores agrarias y de crianza local comenzaron a debilitarse ostensiblemente. Sin embargo, ningún atacameño ausente aspiraba a perder sus vínculos familiares o los lazos ideológico-religiosos, o sus derechos sobre agua, tierra y residencias en sus *ayllos* donde habían nacido.

En algunos casos las familias salían completas, pero siguiendo la costumbre, todo hace suponer que alguien se quedaba a cargo de las propiedades. El retorno siempre fue deseado, porque aquí en los oasis podían participar de las fiestas del calendario religioso, del uso de la lengua, designación de autoridades, prácticas de trueque, operaciones de venta y compra, búsqueda de esposas y todos aquellos aspectos que le devolvían la identidad temporalmente perdida. Aunque parezca obvio, la cultura de los viajes involucraba a su vez el desarrollo de la idea del encuentro. Tal sistema exótico de relacionarse con sus pueblos de origen, a través de caciques cobradores fuera del territorio, se fue haciendo tradicional, de tal manera que pocos atacameños fueron rebeldes a sus contribuciones.

LA CRISIS DEL COBRO DE TRIBUTO

Por el año 1750, sin embargo, este rasgo atacameño parece entrar en crisis por cuanto las autoridades trasandinas intentaron cobrar los tributos directamente, creándose ciertas confusiones en términos de saber cuáles eran los territorios "originales" que deberían recibir ese beneficio, es decir, de donde realmente eran los indígenas enrolados. Así, los caciques de Atacama eran presionados por los corregidores y por su parte los tributarios más escurridizos podían ocultarse. Incluso llegó un momento en que era altamente peligroso ser designado cacique y aun consta el caso de un Cacique de Toconao que fue eliminado de su cargo por no cobrar los tributos convenientemente. Es más, sus bienes fueron expropiados. Este sistema originalmente armónico fue gradualmente insostenible, motivando pagos forzados y abandonos obligados de los pueblos, en un contexto de demandas y juicios onerosos. Aunque el régimen de tributación era opresor, hacia fines del siglo XVIII existían vínculos solidarios entre los atacameños alejados de sus pueblos en relación a sus caciques respectivos. Esto se comprueba a raíz de la rebelión de Incahuasi, en donde el Corregidor de Atacama se



Figura 55
Bodegas o silos de tradición atacameña (Ay-
llo de Beter).



refugió en Tucumán con intenciones de retornar y dominar a los rebeldes, pero no recibió el apoyo que esperaba de la población local.

En esta época el cobro de tributos ya alcanzó a configurar un verdadero ejercicio del terror, iniciándose la desintegración de las comunidades de Atacama la Alta. Es decir, el empadronamiento de los tributarios de acuerdo

al lugar de origen y no al de residencia había colapsado, impactando fuertemente en la sobrevivencia misma de los caciques de Atacama.

En el año 1792 se estableció una reunión con los caciques para realizar una especie de censo de los atacameños radicados en la provincia de Salta a fin de racionalizar el sistema; para este efecto se convocaron a los caciques de los seis *ayllos* de San Pedro, de Toconao, Soncor, Peine y Susques.

Es interesante señalar que en este nuevo censo o revisita, los tributarios ausentes ocupaban 43 lugares del noroeste argentino, en localidades que desde tiempos inmediatamente preinkaikos habían participado del tráfico trasandino de la cultura prehispánica de San Pedro de Atacama. Recordamos que otro tanto de la población atacameña se encontraba en el altiplano de Lípez y Chichas y se ha observado que otros traficaban hacia el litoral del Pacífico.

Pareciera que además de la causa que motiva la búsqueda de recursos externos para la tributación, algo estaba ocurriendo en la tierra atacameña, desde el punto de vista de quien posee los mejores suelos. No nos llamaría la atención, si algunos señores españoles ya se habían apropiado, de uno u otro modo, de aquellas tierras más productivas. Por lo mismo, algunas familias atacameñas debieron definitivamente emigrar hacia valles como los Calchaquíes, cuyo conocimiento seguramente se mantenía en la memoria colectiva. A fines del siglo XVIII algunos atacameños en esos valles trasandinos señalan tener tierras en sus pueblos de origen, pero eran yermos y sin agua. Tal parece que esta forma de vida aumentaba el deterioro de los oasis. Al comienzo del siglo XIX los atacameños ausentes se radicaron definitivamente en los territorios trasandinos, desvinculándose de sus lugares de origen, incorporándose al destino de los propietarios de haciendas, minas trasandinas, arreo de ganado y arriería de carga.

Durante el siglo XVIII ha quedado claro que una buena parte de la población atacameña viajaba allende los Andes por causas ya analizadas, pero aún sabemos muy poco de los cambios que ocurrieron en su propiedad india, a raíz de la ocupación española recurrente en los siglos XVII y XVIII. De hecho se debe reiterar que tanto las autoridades civiles y militares como religiosas, fueron propietarias de tierras y que esto significó la segura disminución del régimen de turnos de agua. Precisamente Cañete y Domínguez relata en el año 1791 que: "habrán muchas más tierras que distribuir a los que en el día no las cultivan por falta de agua, asegurándolos con el interés de la cobranza para que no diserten al Tucumán o a otros países más dichosos (como ahora lo hace)". Por esta misma época comenzó a incrementarse el acceso atacameño hacia las vegas de Calama con el objeto de criar animales para incrementar los subproductos grasos, paralelo a la expansión de los cultivos de maíz, cuyos granos se traficaban especialmente a la región de Lípez. Así, tanto la carne como la grasa se traficaban hacia los valles de Tarapacá y Pica, puesto que tanto las zonas de Calama como de Chiu-Chiu eran destinadas a la engorda de ganado, y ese recurso era sensiblemente escaso en las tierras bajas tarapaqueñas.

El carácter de arriero del pueblo atacameño, con caravanas de llamas y posteriormente con tropas de burros y mulares, se incrementó precisamente durante el siglo XVIII, incluyendo circuitos de larga distancia a la

CRISIS DE
LA TIERRA
ATACAMEÑA

MÁS ARRIEROS
MENOS
CAMPEÑINOS

costa del Pacífico, especialmente al puerto de Cobija en donde se obtenía *charqui* de congrio que se distribuía en las provincias de la sierra. A comienzos del siglo pasado el viajero D'Orbigny, cuando aún no ocurría el auge minero más modernizante, vio "tropas" con mulares a cargo de indios atacameños que alcanzaban Cobija. Allí dibujó a una indígena que portaba un capacho o bolsón suspendido desde la frente, muy común entre los atacameños, costumbre asimilada en la costa a raíz de contactos que ya ocurrían desde tiempos prehispánicos. Por otra parte, de acuerdo a una foto redibujada a mitad del siglo pasado, se representa tal vez la única imagen que se conserva de un nativo atacameño, dispuesto junto a un aymará. Allí se demuestra que aun tardíamente la identidad de la sociedad atacameña era de tal naturaleza que utilizaban el sombrero de rodete, común entre sus antepasados prehispánicos, tal como se observa en las colecciones del Museo de San Pedro de Atacama (Fig. 81).

El registro de papas, pieles de llamas y *coca* entre los *changos* del litoral desértico, por los años 1732 y 1860, significa que los viajes de los atacameños eran frecuentes. El mismo Phillipi hacia el año 1850 constata la llegada de arrieros atacameños al litoral. Las relaciones con el litoral desértico provienen de épocas prehispánicas, cuando los pueblos de la cultura de San Pedro enviaban colonos a intercambiar y producir directamente en varias caletas distribuidas entre la boca del Loa y Taltal. En esta zona se han encontrado cerámicas tan típicas de esa cultura como las grabadas, tazones bicolors (rojo-negro) y los más clásicos rojos y negros pulidos. Precisamente, a raíz de estos antiguos viajes al litoral en el momento de la llegada de los primeros europeos, se advirtieron (como lo hicieron Pedro Sande y Bibar) vínculos entre la nación atacameña y a lo menos un punto específico del litoral. Al respecto señala Bibar: "el valle de Atacama tiene muy gentil bahía aunque no sale río a ella. Solamente tiene un jagüey salobre. Hay indios en el" (Cobija). Como es de suponer, siendo el valle de Atacama uno de los más exóticos del desierto por tener un recorrido norte-sur, no sólo sus aguas se pierden al pie de los Andes, sino que sus asentamientos quedan desconectados y alejados del litoral, a diferencia de la mayoría de los valles tarapaqueños. Al controlar primero la caravana de llamas y posteriormente las tropas de mulares, los atacameños lograron alcanzar la costa y trasladar desde aquí sus recursos alimentarios y de ornato, desde mucho antes de la llegada de los inkas y, por supuesto, durante el régimen colonial.

En la medida que las actividades indígenas en la costa fueron perturbadas por las nuevas actividades portuarias, en relación con las labores mineras modernizantes, estos contactos comenzaron a decrecer ya a comienzos del siglo XIX. No obstante, las caravanas de llamas con artesanías textiles y productos altiplánicos, provenientes de la región de Chichas y Lípez, persistieron hasta avanzado el presente siglo, en la medida que la frontera permanecía con escaso control. Estos arrieros aymarás trocaban sus cargas por frutos secos de San Pedro ("orejones") y cuando llegaban los tiempos de siembra y cosecha participaban como peones temporales. Los dueños de huertos en San Pedro aún recuerdan estos arribos, que de paso les permitían proveerse de sogas, talegas, papas, ponchos, y por su parte, utilizar los frutos secos, chañar y algarrobo como contraparte del intercambio. De este modo,

no se preocupaban de establecer complejas operaciones en los mercados de Calama y Chuquicamata.

Los arrieros atacameños durante el siglo pasado y gran parte del presente seguían viajando hacia la vertiente argentina por comercio, contrabando, pastoreo, trabajo estacional, etc.

MÁS VIAJES
MÁS RECURSOS
COMPLEMENTARIOS

Debe considerarse que durante el siglo XVIII los continuos viajes trasandinos no sólo se cumplían para lograr ganancias monetarias, sino también para continuar con las propias tradiciones atacameñas, esto es, la obtención de recursos complementarios ausentes en la localidad, y por supuesto los desplazamientos tras las vegas ganaderas.

No solamente se desplazaban al noroeste argentino, sino que en el año 1683 la mayoría de los atacameños ausentes se sitúan en el corregimiento de Lípez, en el sur actual de Bolivia, y por supuesto que indígenas de Lípez se encontraban en esa época en los oasis de Atacama obteniendo de la misma manera aquellos recursos ausentes en el altiplano, tal como en alguna medida ocurrió en el pasado prehispánico.

Sin embargo, por los años 1752 al 1792 se observa un desplazamiento mayor hacia las provincias de Salta y Tucumán. Se habían desarrollado allí notables focos de desarrollo agrícola y ganadero de mayor atracción que la región altiplánica del sur de Bolivia. En general estos viajes se orientaban hacia territorios con recursos que mantenían poca población local, como es el caso del altiplano meridional, o hacia centros más urbanos, como los argentinos, en donde la crianza de vacunos y plantaciones de mayor escala generaban aportes monetarios y en especies de mayor significado. En esa dirección los atacameños que llegaban a los valles de Salta y Tucumán se localizaban en determinados puntos, en donde se concentraban aquellos que provenían de un oasis específico. Por ejemplo, los procedentes de Peine se instalaban en Fiambalá y Laguna Blanca, los socairinos en el río San Juan y Laguna Blanca, los de Solcor en Concho y Aconquija, los de Beter en Tacuil, los de Soncor en San Antonio de los Cobres y Laguna Blanca. Esta forma de "hermanar" gentes que venían de Atacama con comunidades de la pendiente oriental de los Andes sugiere que hasta el siglo XVIII aún persistían procedimientos indios algo modificados para lograr recursos ausentes en el territorio atacameño. Por otra parte, este fenómeno parece ser esencialmente atacameño puesto que la presencia de salteños y tucumanos fue mínima entre los oasis de esta región.

ATACAMEÑOS
FUGADOS

Sin duda alguna que esta notable ausencia del territorio atacameño también se debió al régimen de terror de los corregidores, huyendo los nativos hacia las regiones trasandinas, pero exponiendo a su vez a sus mujeres y caciques quienes debían pagar las tasas o reales tributos por todos los ausentes.

En efecto, a mitad del siglo XVIII se han constatado distintos casos de atacameños fugados a raíz de la presión de los corregidores. Esto incluyó una especial persecución sobre los dirigentes indios que habían participado en los levantamientos del año 1754 a raíz de los abusos de Fernández Valdivieso. Estas fugas usualmente eran temporales, de tal modo que se retornaba a los *ayllos* una vez que la tensión se había superado, pero ocurría que la tierra y los cargos jerárquicos en el mundo indio eran limitados a raíz de

que el cacique vigente las apropiaba para completar el pago de tributos. Debe recordarse que el cacique de uno u otro modo debía alcanzar el monto tributado en razón de la exigencia del Corregidor, y para esto podía echar mano de tierra y valores de aquellos que súbitamente abandonaban el territorio. Estas ausencias en términos de paz o de fuga debilitaron la productividad de los oasis y debió ser relativamente común que los *ayllos* contaran con caciques, niños, mujeres, ancianos y poca gente, madura o joven, en situación laboral. De allí a la crisis de la cultura campesina había un corto paso al arribo del siglo XIX (Fig. 56).



Figura 56
Atacameña centenaria
de Quebrada de Jeri
(1955) (Archivo G. Le
Paige).

Hacia el año 1793 era tal el movimiento de atacameños hacia la vertiente argentina, que más de algún informe administrativo recomendaba que éstos debían regresar a su provincia y como si fuera poco, para dejarlos más fijos a su tierra, se ordenaba que cada cura con las listas de los fieles, controlara la asistencia a las misas. Es más, se disponía que en caso de viajes de un pueblo a otro los atacameños deberían obtener el "pasaporte" respectivo. Es claro, para la administración española esta forma de vivir tan opuestamente "urbana" trajo serias tribulaciones, al punto que las autoridades indias eran las únicas con posibilidades para cobrar el tributo entre tantos atacameños dispersos y ausentes.

Se ha tratado de explicar la presencia de atacameños en los valles argentinos, como el Calchaquí, por la sobrevivencia de un "antiguo patrón de poblamiento" de data preespañola, como lo ocurrido en el siglo XVI con los indios Lupacas del altiplano. Éstos accedían con colonias hacia los valles costeros y el litoral del actual sur-peruano para proveerse de productos de

CAUSAS DEL
TRASLADO HACIA
LOS VALLES
TRASANDINOS

que carecían en sus tierras altas. Por supuesto que es difícil que algo tan similar haya ocurrido a fines de un régimen colonial tan convulsionado en la región circumpuneña, cuando ya los estilos de vida india se habían modificado sustancialmente.

A la luz de los datos arqueológicos, queda fuera de duda que gentes de la cultura San Pedro ocuparon o contactaron con algunos enclaves trasandinos, a través de distintos momentos de una larga secuencia. El hecho de que aún no logremos entender el "modo" y la naturaleza de los "contactos" y sus "instalaciones" no significa que no existieron esas relaciones preinkas y preespañolas. El tráfico de las gentes de la cultura de San Pedro con productos alimentarios, artesanías, materias primas y bienes de *status* existió, porque ambas vertientes y sus zonas de borde de la Puna son distintas, con productos mutuamente complementarios y algunos de notable prestigio como las conchas del pacífico y el cebil, un notable alucinógeno trasandino. Aceptar que la presencia de tuestos cerámicos de uno u otro lado es sólo un intercambio intrascendente, sin ocultar situaciones de mayor complejidad, es un simplismo histórico.

Parece que aún durante el siglo XVIII persistía en la memoria atacameña, tanto la geografía como los recursos complementarios radicados al otro lado de la cordillera. Sometidas sus tierras a un quiebre por falta de regadío u otros cambios económicos sustanciales aún no bien determinados, incluyendo los abusos en términos de tributos y servicio personal, no quedaba otra alternativa que emigrar a los más ricos valles trasandinos. Por ejemplo, el valle Calchaquí no poseía, a fines del siglo XVIII, suficiente mano de obra, pero sí suelos vacantes sujetos al arriendo. Tal vez la desintegración de las tierras comunales en Atacama la Alta, a raíz de la idea española de "propiedad individual", pudo estimular una crisis productiva que acondicionó la emigración temporal con retornos a las aldeas y *ayllos* de origen.

De cualquier modo, el abandono temporal o de más larga duración de las tierras atacameñas, amplificado a fines del siglo XVIII, trajo consigo un sensible deterioro de los oasis que llamará la atención de la naciente república de Bolivia una vez que la provincia de Atacama se incorpore a los cambios radicales que sucederán en el siglo XIX.

Por otro lado, las caravanas de llamas de indígenas altiplánicos, como los Lípez, recorrían centros urbanos importantes en Potosí y Charcas. Aunque accedían hacia Atacama la Alta, a fines del siglo XVII alcanzaban preferentemente el río Loa a lo largo de las localidades de Ayquina, Caspana y Chiu-Chiu, en donde las actividades de arriería eran muy importantes por la conexión con los fletes del puerto de Cobija.

Desde aquí ascendían las cargas con productos tradicionales y bienes europeos que, a manera de fletes, se cancelaban en monedas, incluyendo por supuesto cargas de pescado seco. En este sentido estos contactos altiplánicos también incorporaban cargas de maíz, habas del Loa y otros alimentos que eran muy requeridos en el altiplano meridional. Por su parte, los atacameños que se instalaban como peones rentados en tierras ajenas tanto del sur de Bolivia como del noroeste argentino, probablemente recibían sectores de esa tierra para ser trabajadas directamente, en una manera

algo similar a lo que fue en el pasado, la explotación de colonias de atacameños alejados temporalmente de su territorio original.

De todo lo anterior se desprende que a fines del siglo XVIII, buena parte de los atacameños vivían fuera de su territorio original; otros se dedicaban a la crianza de ganado y mantención de la tierra junto a sus pueblos originales, perdurando aún ciertas labores tradicionales vinculadas con la caza de vicuñas. Al respecto Alcedo escribió la siguiente descripción: “aunque estos animales son muy ligeros le cazan con gran facilidad, así en ésta como en otras provincias, fijando con piedra, para que se tengan directas, como palitos de una o dos varas en fila, en alguna cañada, y poniendo de unas a otro un hilo o cuerda, atan a ella de trecho en trecho unas lanas de colores que mueve el viento. Preparado esto van algunos a caballo a correr y espantar las vicuñas por diferentes lados, haciendo que se dirijan hacia aquella parte, donde luego que llegan, atemorizadas con las lanitas, se retiene toda la tropa, sirviéndoles de invencible muro aquella débil valla. Llevan los cazadores una cuerda de más de 9 varas, con una piedra en cada extremo, le arrojan a los pies de las vicuñas y enredadas, las cogen. Si por desgracia se ha juntado a la tropa algún huanaco, se pierde el lance porque no teniendo éstos miedos a las lanitas, quiebran la barrera y se escapan todas”. Debe recordarse que la caza de *suris* (avestruz), *vizcachas* y *cholulos* (*tuco-tucos*) fueron también labores usuales, pero de menor frecuencia entre las comunidades atacameñas coloniales y posteriores.

OTRAS LABORES
LOCALES Y
TRADICIONALES

XI. La nueva resistencia atacameña durante el siglo XVIII (1.770-1.780)

Desde la mitad hasta fines del siglo XVIII (1750-1800), la región atacameña estuvo sometida a serios disturbios políticos y administrativos derivados de la tensa relación entre los indígenas y el régimen de los corregidores. Tal situación llegó a crear cierto caos político, cuando repercutieron directamente aquí las ideas libertarias Tupajamaristas y Cataristas, lo cual demuestra claramente que la colonia atacameña tuvo una vida más agitada de todo lo espérado.

EL RÉGIMEN OPRESOR DE LOS CORREGIDORES

Durante los años 1749 a 1757 la provincia de Atacama era gobernada por el Corregidor José Manuel Fernández Valdivieso. Si bien los sueldos de estos cargos eran algo limitados, tanto las labores comerciales como la mano de obra indígena gratuita, les permitían más que un buen vivir. Desde comienzos del siglo XVIII se solía centralizar en esta autoridad la distribución de mercaderías a los indios tributarios, los cuales debían pagarlas en moneda bajo precios impuestos arbitrariamente. Como cada corregidor ejercía poderes políticos, policiales, militares, judiciales y administrativos, queda fuera de duda que nadie podía escapar a su control. Aunque estos precios eran reglamentados, siempre habían tensiones derivadas de los desbordes de los corregidores o del sufrimiento de los vecinos por los pagos desmedidos. Por otra parte, para incentivar la vocación al trabajo indio, las autoridades administrativas recomendaban prestarles dinero por adelantado, estableciendo vínculos de dependencia en desmedro de los atacameños. Desde la visión de los indígenas, las relaciones con la autoridad española tendía a ser lo más indispensable posible: pagar los tributos, el gasto de los ritos religiosos, cancelar las compras de mercaderías. Es decir, evitar hasta donde fuera posible el proceso de endeudamiento por medio del cual se incrementaban aún más estos vínculos de vasallaje. En la época del Corregidor Fernández los bienes más apreciados por los atacameños eran las mulas, ropas "de la tierra" (para indios), paños de Quito, fierro y hojas de *coca* con la cual atenuaban el cansancio de sus labores habituales. Como se les prohibía la compra de aguardiente, éste se reemplazaba con bebidas locales. Sólo a españoles, mestizos y caciques se les vendía la ropa así llamada "de Castilla". Cabe hacer notar que el Corregidor vendía rubros muy variados, desde mulas hasta pequeños atados de lana, de tal forma que su principal mercado de operaciones se basaba en las necesidades indias. En relación a la alta

cantidad de indios tributarios, es indudable que las ventas eran más que generosas para los corregidores. Éstos, conocedores de las costumbres y deseos indígenas, se especializaron en venderles aquellas piezas más requeridas: cuchillos, navajas, tijeras, rosarios de vidrio, cuentas de collar, cucharitas, hebillas y agujas de arrieros.

Por otra parte, el Corregidor Fernández exigía a los atacameños que las ventas de cualquier bien debían realizarse con él y a precios rebajados. En especial, controlaba el cuero de vacuno, de corderos y lana de camélido no elaborada. Incluso proporcionaba lana a las tejedoras atacameñas, cuyos productos él vendía en Potosí. También exigía mano de obra para sus tierras agrícolas a modo de *mitas* o trabajo obligatorio, en donde los indios se turnaban para la atención del ganado, aves de corral y las labores propiamente domésticas de su casa particular. Como si fuera poco el ingreso de las multas enriquecía el peculio de los corregidores.

Se ha constatado que el Corregidor Valdivieso, de triste memoria, alcanzó francamente a apropiarse de una mina de oro trabajada por mineros atacameños en Holaroj, constituyendo un buen ejemplo del abuso sistemático recurrente entre algunos corregidores de Atacama.

Éste es un factor que hay que tener en cuenta para comprender el incremento gradual de los desplazamientos atacameños hacia otros territorios trasandinos, algunos tras la obtención de aportes monetarios para los tributos, otros para lograr recursos complementarios en especies y otros literalmente huyendo de un régimen opresor, sometidos a castigos y constantes deudas. La propia Real Audiencia de la Plata castigó múltiples abusos del Corregidor Valdivieso, pero por otro lado no todos los vicarios se dispusieron a atender las lamentaciones de los atacameños.

Fuera de los abusos de ciertos corregidores y vicarios, no faltaron algunos mestizos que intentaron apoderarse de las prerrogativas que pertenecían a los propios indios como lo era el derecho al Cacicazgo.

Entre los años 1758 al 1774 estas tensiones persistieron, puesto que los corregidores posteriores a Valdivieso permanecían como interinos y no se resolvieron sustancialmente los conflictos que se venían agudizando, y con ello, el sensible deterioro de los asentamientos atacameños.

Estos antecedentes permiten comprender el aumento de la agitación indígena que culminó por el año 1770, cuando gobernaba el Corregidor don Francisco de Argumaniz. En el año 1771 éste destituyó a don Pablo Ramos, Cacique de San Pedro de Atacama, quien a su vez descendía de prestigiosos linajes de caudillos. Una enfermedad lo llevó a transferir su cargo a un familiar, con la oposición de la autoridad. El Corregidor deshonró a la familia Ramos al incluir al noble cacique enfermo en el listado de "Indios tributarios", es decir, dentro de la categoría de indio ordinario, desconociendo su carácter de primogénito del Cacique anterior. Con esto se comprueba que las tensiones existían, además, a nivel de señores y la familia Ramos, apoyada esta vez por el vicario de Incahuasi, procedió a demandar al poderoso Corregidor.

Se sumó a esta situación el ánimo reformista de Argumaniz, que como buen exponente del despotismo ilustrado, aspiraba hacer todo por el pueblo atacameño pero sin el pueblo atacameño. Ciertamente, Argumaniz inició

la urbanización de San Pedro de Atacama con la intención de concentrar y "civilizar" a la población local, a raíz de la creación de una escuela. Esta idea de transformar en vecinos sedentarios, a la manera española, a aquéllos que eran ganaderos trashumantes o que mantenían sus *ayllos* y potreros distantes, sumado a tareas de arrieros y pequeños comerciantes, era una empresa muy complicada. Los atacameños eran gentes que vivían plenamente la cultura de viajes, de modo que tal decisión incrementó aún más las protestas, y el propio Argumaniz los trató de insolentes, intrépidos, algo menos que alzados, incluso poco cristianos.

REBELIÓN DE INCAHUASI (1775)

Todas las condiciones estaban creadas para que estallara una rebelión nativa frente a tantos desaciertos de las autoridades administrativas y políticas. El 28 de febrero de 1775, en el pueblo minero de Incahuasi, al sureste de Peine (pasada la actual frontera chilena), comenzó la protesta contra los representantes del Corregidor, esto es, comerciantes y mineros españoles. Los insurrectos tomaron rehenes, se alzaron sobre los cerros, y a lo largo de la comarca se sintió una atmósfera de rebeldía que Argumaniz no pudo sofocar. En el año 1776, el próximo Corregidor don José María Paniagua trató de investigar estos sucesos pero fue apresado por los oficiales reales de Potosí por no haber cancelado las fianzas de su cargo. La multitud atacameña junto a su líder, el sacerdote Miguel Olmedo, celebró el fracaso de los corregidores, todo lo cual comenzó a dar fuerza a los nuevos intentos de lograr una mayor autonomía india.

La creación del Virreynato de Buenos Aires en el año 1776, estableció un crítico reajuste administrativo, puesto que esta nueva dependencia de Atacama hacía más difícil los trámites administrativos, entrándose una serie de operaciones que perjudicaron aún más a las comunidades nativas.

LA REBELIÓN ANDINA DE TUPAJAMARU Y CATARI

De mal en peor, en el año 1778 el nuevo Corregidor Matheo de Castaño entró en oposición con el saliente Paniagua. Estas tribulaciones ocurrieron cuando ya en el año 1781 el Cacique de Tinta (Perú), don José Gabriel Tupajamaru hizo ahorcar a su Corregidor, dando inicio a una insurrección indirectamente motivada por el desmesurado abuso del régimen de los corregidores. Un año antes en Chayanta, don Tomás Catari ya había iniciado la resistencia altiplánica contra los corregidores. Definitivamente en las postrimerías del año 1780 ni siquiera el Corregidor de Atacama se atrevía a cobrar los tributos que abrumaban a los indios de los oasis locales.

En San Pedro de Atacama las primeras repercusiones de rebeldía se manifestaron en el año 1781, tomándose prisionero al Capitán de Milicias, embargándole a su vez todos sus bienes. Fue retenido manteniéndose al pueblo como su límite de movimiento. De sus declaraciones se deduce que había vivido un largo tiempo entre los atacameños, y que se había involucrado con los negocios de los corregidores. Gradualmente el Alcalde Mayor Indígena de San Pedro, don Carlos León fue asumiendo mayor poder, expulsando a aquellos españoles que se oponían a los nuevos valores de la insurrección. Éstos se refugiaban en Chiu-Chiu, en donde el Vicario Alejo Pinto y otros jefes étnicos locales, preparaban la militancia antiinsurreccional.

Hasta ahora no se ha esclarecido por qué Chiu-Chiu fue el núcleo de la disidencia frente al levantamiento regional. Los indígenas de aquí no eran más ni menos cristianos que los de Atacama la Alta. La conexión entre

Chiu-Chiu y el puerto del Loa establecía un contacto con el flujo marítimo local y de ultramar bajo el control directo de los españoles. Se supone que siguiendo el modelo tarapaqueño, había más interés hispano en la riqueza de las tierras bajas. Tal vez por eso Velázquez Altamirano ordena construir su residencia en Chiu-Chiu. Los mestizos y naturales más acotados en la economía europea de los valles bajos fueron cristianizados y rápidamente europeizados, con más acceso a riqueza mercantil. Tal orientación favoreció la disidencia india local frente a los sucesos de San Pedro de Atacama. No está de más admitir que más de algún conflicto interétnico debió estar vigente entre los atacamas de "arriba" y los de "abajo", durante el régimen colonial temprano, cuando los españoles cortan los vínculos interétnicos entre ambas localidades, jerarquizándose Chiu-Chiu a través de la mayor hispanización de sus naturales.

En verdad, todo comenzó en San Pedro de Atacama el 12 de marzo de 1781, oportunidad en que 200 indios armados asaltaron la casa de don Pedro Manuel Rubén de Celis. Éste era un confidente e informante del Corregidor Matheo del Castaño, a quien había ayudado a fugarse a Salta obviamente con el dinero de los tributos.

La rebelión de Tupajamaru había encendido en los territorios andinos y por San Pedro bajaban las familias españolas que huían de esta lucha reivindicativa. El surgimiento, por fin, de un caudillo indio capaz de terminar con los abusos de los corregidores, instaurando valores de justicia más magnánimas, fue, por supuesto, bien recibido en la comunidad atacameña.

Las proclamas del movimiento llegaron a San Pedro y surgió aquí una organización insurreccional, condenándose a los responsables de los abusos a pena de prisión, a otros, expulsándolos al destierro con la amenaza de ser pasados por arma blanca, fueran españoles o mestizos contrarios al nuevo orden. Los líderes rebeldes, alcaldes y caciques indígenas, conducían el movimiento junto a Carlos León, quien con un criterio humanitario permitía el paso de los españoles que huían de Lípez a Chiu-Chiu. En oposición al nuevo orden rebelde localizado en San Pedro, los vecinos españoles de Chiu-Chiu conducidos por el Vicario Alejo Pinto, pregonaron el retorno al verdadero orden considerado el legítimo, haciendo circular rumores de represión sobre aquellos indecisos que pudieran sumarse a la aventura del triunfalismo de Tupajamaru. Incluso ejercieron ciertas influencias religiosas sobre los caciques de Atacama la Alta, con el fin de disminuir la inquietud que envolvía esta rebelión creciente.

La sociedad atacameña cuyos mejores dirigentes habían muerto hace mucho tiempo, quedó impactada con la llegada de Tomás Paniri, capitán general del movimiento insurreccional, quien difundía una circular de Tupajamaru. Éste traía además una carta personal del Cacique de Lípez a los caciques de los seis *ayllos* de San Pedro; Conde Duque, Sequitor, Coyo, Betere, Solcor y Solo, en donde se describían los aportes requeridos para el asalto a Potosí, quedando el pueblo atacameño muy motivado para la organización de la ayuda, e incluso de la búsqueda de armas que incluían hondas para la guerra. Otra vez los señores de Lípez y Atacama restablecían sus viejos contactos interétnicos. La contraparte atacameña de este levanta-

REBELIÓN EN
SAN PEDRO
(1781)

PANIRI
EL CAUDILLO
ATACAMEÑO

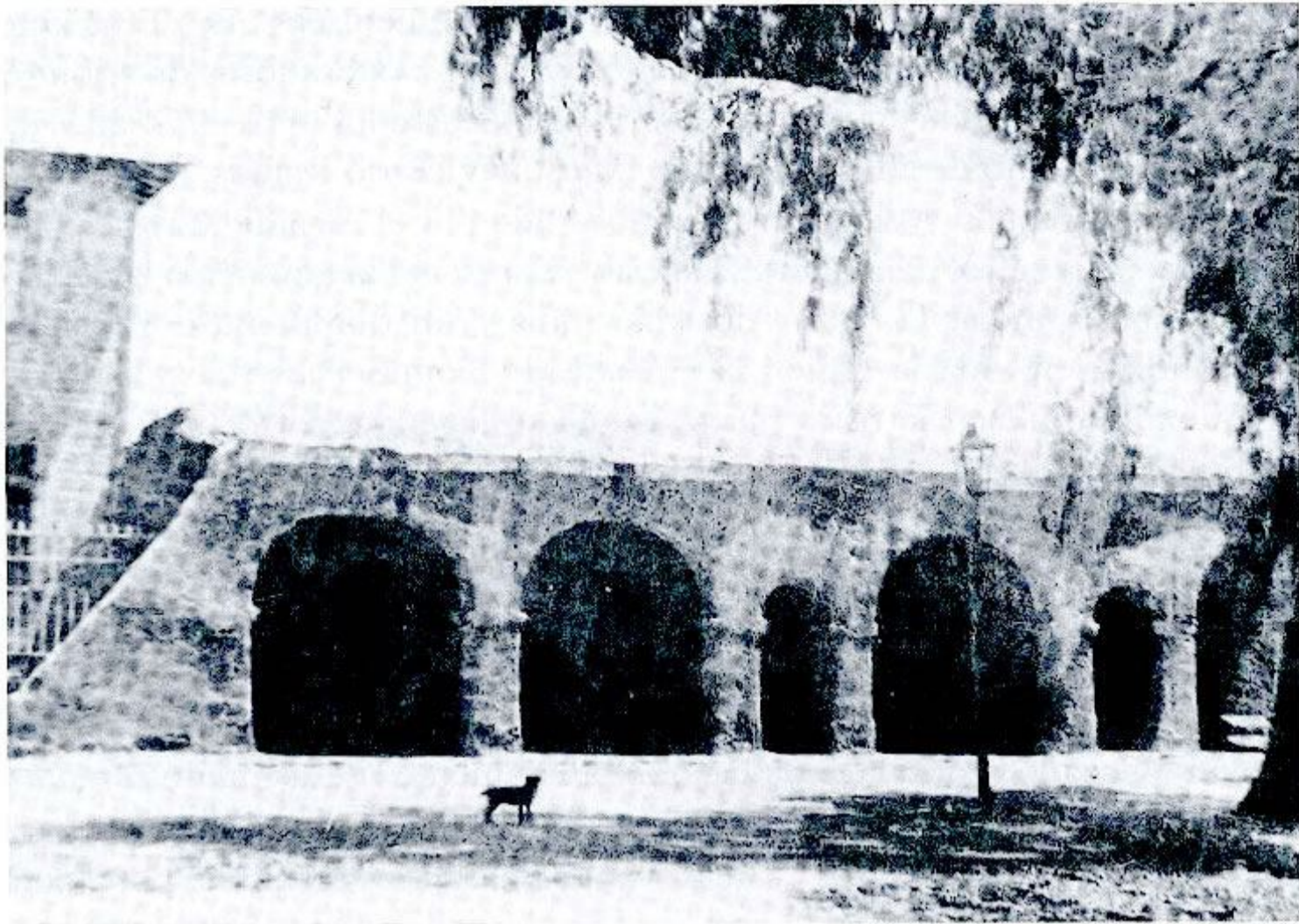
miento estaba conducida por el Alcalde Mayor, quien más que el Cacique Gobernador y por supuesto más que los Caciques Cobradores de tributos de cada *ayllo*, había acumulado más prestigio. Entre los años 1774 al 1781 gobernó el curato de San Pedro, don Agustín Victorio Ramos, del famoso linaje de los Ramos. A su muerte fue sucedido por el Alcalde Mayor quien desempeñaba su rol de manera vitalicia y representaba también a la verdadera nobleza india. La voz y doctrina india eran dominantes. Ya había trascendido en toda la región la entrada de Tomás Paniri al pueblo de Ayquina. Su presencia física ratificaba allí su legendaria vinculación a las campañas libertarias del Alto Perú.

No se trata de provocar un espíritu antimonárquico. Túpac Amaru nunca atacó a su rey europeo, sino al despiadado régimen de los corregidores. Trataba de combatir "dentro" del sistema, para actuar en la "legalidad".

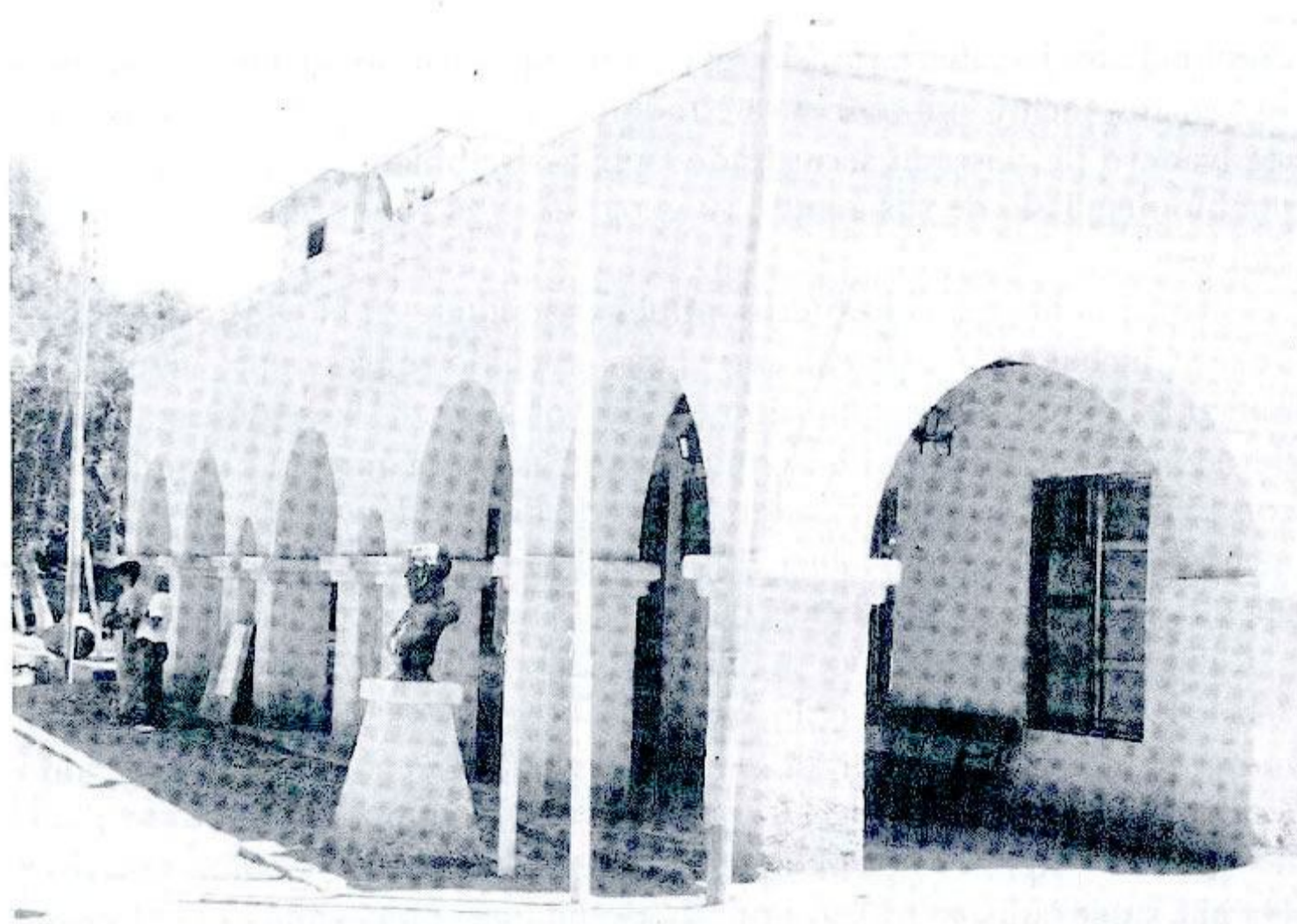
En verdad, el ahora llamado "rey" Túpac Amaru representaba el alzamiento peruano contra la explotación. Rápidamente fue aceptado como un descendiente auténtico de los Inkas y asumió las banderas de guerra para que indios, criollos, mestizos y zambos, aniquilaran a los españoles por "tanta tiranía con que oprimían a la pobre gente". Hasta hoy, los viejos atacameños reconocen los sucesos del tiempo inka como hechos memorables y ventajosos para su historia.

El Capitán Paniri, nacido precisamente en Ayquina, afianzaba su nueva dignidad y acción libertaria a través del dominio de todos los idiomas andinos regionales, incluyendo por supuesto kunza y el castellano. Experimentado caravanero de pescado seco desde Cobija al altiplano, reunía un conocimiento detallado de sus gentes, su geografía y el rol opresor de los corregidores.

Paniri había ejercido fuerte influencia política en el territorio aymará de los Chichas y no sería extraño que su apellido representara algún valor mítico-religioso, por cuanto uno de los volcanes de la región atacameña lleva ese mismo nombre de la antigüedad. Sin duda que era un indio noble con cargos de Cacique y Alcalde, capaz de desplazarse por toda la región, incluyendo la costa de Cobija (1777). Sus ideales y la rebelión en marcha los difundía con las proclamas de Túpac Amaru, las cuales eran leídas en el Cabildo de San Pedro por la comunidad local (Fig. 57). Precisamente, los rebeldes de la localidad eran, unos de la jerarquía política del Cabildo indígena, y otros, colaboradores de la iglesia, lo cual supone que todos estaban en tensión frente a la política del corregidor. El caudillo Paniri designó sus capitanes de la milicia indígena siguiendo el modo español. Habían sublevado incluso en aquellas localidades como Chiu-Chiu en donde existía una firme resistencia española frente a estos acontecimientos. La presencia de Paniri en Chiu-Chiu fue reconocida con homenajes y tuvo la audacia de nombrar aquí como Capitán, a un español amigo, tras su astuta campaña de buscar aliados en el bando opuesto. Todos los intentos de duda sobre el origen de su poder eran aplacados por el caudillo, recordando que al otro lado de la cordillera había 2.000 indios en armas. Él mismo solía presentarse ante las autoridades religiosas con sable al cinto y su honda terciada en bandolera. Por un lado, el sable representaba la rebeldía india



a



b

Figura 57

- a) Arquería del viejo Cabildo Colonial de San Pedro de Atacama (hoy Edificio Municipalidad), existente hasta el año 1960 (Archivo G. Le Paige).
- b) Municipalidad actual en el lugar del viejo Cabildo (imita su arquitectura colonial).

al exhibir un arma prohibida, y la honda como un signo del poder de la antigua resistencia indígena.

En verdad, la presencia de Paniri en Chiu-Chiu generó terror por una parte, admiración por otra y aun se comentó que su interlocutor, el sacerdote local, estuvo cercano a la muerte. Sus capitanes designados asumieron funciones con rigor. Por ejemplo, los de Calama, seguramente radicados en la

villa de Chunchur en donde existía una capilla, obligaron a los vecinos españoles a que se vistieran con camisones y sandalias indias para que así recibieran a su capitán general Paniri. Sin duda que este acto de humillación era el resultado de los excesos españoles que durante los siglos XVI y XVII marcaron en la conciencia colectiva india el íntimo deseo de recobrar su autonomía nativa, tal como existió en su pasado andino. Aún más, no será exagerado pensar que los propios iconos cristianos estaban perdiendo credibilidad, por cuanto la rebelión podía acrecentar la revaloración del espíritu religioso autóctono. Si el Dios cristiano no ayudaba a los españoles frente a los nuevos sucesos sustentados por los insurrectos, esto significaría que su poder era dramáticamente limitado. Lo que estaba ocurriendo en el fondo, era el surgimiento de un movimiento autoctonista y mesiánico tras la rendición de una sociedad largamente humillada, y que también sentía necesidades de bienestar y de espacio político bajo intereses propios de carácter reivindicativo.

Sin embargo, algo se les escapó a los cabecillas indios, esto era que, cerca de tres siglos de evangelización cristiana habían fortalecido a los sacerdotes, y éstos ejercían una fuerte influencia sobre la comunidad india y mestiza. Antes de que fracasara el movimiento, los capitanes de Paniri, como aquellos audaces calameños, sólo bajo la amenaza de un castigo divino debieron retractarse públicamente. Fue precisamente en Chiu-Chiu donde el sacerdote junto a un alcalde indio organizaron la contrarresistencia frente a Paniri. Con un buen discurso doctrinal lograron que toda la región de Atacama la Baja volviera su lealtad hacia la corona real, sustentada, por supuesto, por una organización militar que ahora dirigía su mirada hacia la región de San Pedro de Atacama.

Efectivamente, en San Pedro, el Corregidor Valdivieso salió voluntariamente junto con su familia y sus bienes, pero se interceptaron sus enseres y animales, con el objeto de cancelar algunas deudas pendientes, lo cual indicaba claramente que se reconocían fraudes y acciones ilegítimas muy propio del régimen de los corregidores. Ante esta amenaza, Valdivieso huyó a Chiu-Chiu, no obstante su mujer se mantuvo firme en la defensa de sus bienes, apoyada por su sacerdote local quien sirvió como Juez para hacer justicia en los pagos pertinentes, salvaguardando aquellos bienes que eran realmente de la familia. La salida clandestina de la Sra. Valdivieso y de sus cuatro hijos, sin ningún servidor que los acompañara, representa el ambiente de temor que existía entre las familias españolas de San Pedro.

La contrarresistencia se organizó definitivamente en Chiu-Chiu, solicitándose socorro militar a las autoridades españolas tarapaqueñas, y por supuesto que Valdivieso pasó a ser uno de los jefes militares frente a la "agresión" de Paniri. Una serie de actos religiosos apoyaron el retorno a un ambiente de confianza en donde el sacerdote y líder Alejo Pinto representaba el rol de la monarquía. Así, los capitanes españoles organizaron dos compañías de 80 hombres con milicianos, vecinos y forasteros suficientemente adiestrados.

Mientras esto ocurría en Chiu-Chiu, se supo en San Pedro que el Corregidor Valdivieso organizaba la contrarresistencia e ingenuamente se le embargaron sus bienes por segunda vez.

Frente al caudillismo de Paniri, el padre Alejo Pinto hizo otro tanto y, como ejemplo, hacía penitencias de sangre (autoflagelaciones), incitando a un estricto cumplimiento del culto, con demostraciones públicas de humildad, sujeto a grillos o cargando su cruz, incluyendo una verdadera corona de espinas. No podía ser de otra manera, los devotos indios se sumaron a este estado de exaltación frente a un conflicto cercano a la inmolación.

No está claro cómo fue hecho prisionero el célebre Paniri. Se sabe que merodeó por Chiu-Chiu para observar la organización de la contrarresistencia. Se sugiere que hubo traición y que fue víctima de alguna emboscada. Se rumoreaba una pronta solución final. Paniri debió actuar con este mismo ritmo, puesto que en la provincia de Chichas se preparaba un batallón español. Lo cierto es que fue sumariado y remitido hacia los jueces de Pica, los que a su vez lo enviaron a la única cárcel posible de donde jamás podría evadirse: la isla guanera de Iquique. Paniri reconoció la muerte de cinco españoles y su participación en el ajusticiamiento de un sacerdote. La sentencia de muerte se cumplió el 14 de mayo de 1781.

Efectivamente, el Corregidor de Chichas envió a un destacamento militar que primero pernoctó en Toconao y con temores desde aquí a San Pedro, tras la sublevación. No obstante, a su arribo los atacameños alzados le explicaron en paz que su actitud no se vinculaba con las proclamas de Túpac Amaru, sino por los excesos locales de los corregidores.

En lugar de los nuevos socorros, finalmente sólo llegó de Lima una orden de perdón general, la cual fue enviada a San Pedro y publicada, a pesar de las críticas de los caudillos indios. Esta acción demuestra que, a pesar del conflicto, los sublevados aceptaron la legalidad de las órdenes españolas, y aún se permitieron perdonar a los indígenas que habían formado parte de los intereses españoles en Chiu-Chiu. Esta actitud algo conciliatoria quizás se apoyaba en el examen de la situación regional. En verdad, estaban rodeados de fuerzas españolas, que aunque a larga distancia podían sitiar, a mediano plazo, San Pedro de Atacama. Por otro lado y contradictoriamente estaba muy vivo el deseo de vengar la muerte de Paniri.

El sentido de asegurar otra vez la sobrevivencia atacameña parece haber recobrado fuerza, y se debió debatir internamente si era posible o no, mantener estos conflictos por más tiempo. De sus antepasados recordaban que después de una larga resistencia, éstos fueron neutralizados y el momento que se vivía ahora era muy similar, en términos de que otra vez se preparaba un temible plan de pacificación.

Es interesante señalar que un incidente aparentemente menor creó un nuevo marco en las expectativas de la pervivencia atacameña. Hacia el año 1774 se separó del cargo de Cacique-Gobernador a don Agustín Victorio Ramos, cuyo fallecimiento en el año 1781, durante el conflicto que nos preocupa, motivó las demandas legales de su hermano por cuanto representaba el mejor derecho por su sangre "noble" que lo habilitaba para recuperar el cargo perdido. El alegato en la Real Audiencia concluyó en que el Corregidor de Atacama debía publicar los edictos para llamar a los oponentes al Cacicazgo. En verdad, no hubo oposición y de acuerdo a las normas, el Corregidor propuso una terna de mayor a menor jerarquía en el orden de los señores Liquitay, De la Fuente y Ramos, por que evidente-

MUERTE DE
PANIRI Y EL
FIN DE LA
INSURRECCIÓN

mente la familia Ramos no estaba entre sus preferidas. Por otra parte, debe destacarse que el linaje Liquitay (o Liquitaya) era otro de las familias más prestigiadas de la comarca, de la verdadera *elite* atacameña. Se le reconoce como uno de las principales en 1557, es cacique principal en 1591 y su poder político se observa a nivel de autoridad superior por el año 1644.

Esta situación señala que en San Pedro de Atacama existía durante este período un debilitamiento del poder de los señores indios por la presión española, en un contexto de ciertos caos administrativo. El retorno del poder de los corregidores, una vez pacificado el territorio, debió incluir el castigo sobre las familias más involucradas en el conflicto. Sin embargo, el talento político nativo se mantuvo, en términos de cultivar lealtad y conciliación con las autoridades españolas más jerárquicas, sobre los corregidores. Así, exigían con sutileza el retiro de aquellos corregidores mal dotados y que, como si fuera poco, residían incluso fuera de la comarca. Una vez más esta pequeña nación atacameña había logrado sobrevivir, evitando su inmolación, sujetándose a su antiguo arraigo, a la única tierra capaz de sustentarlos.

XII. El urbanismo de San Pedro de Atacama (1770)

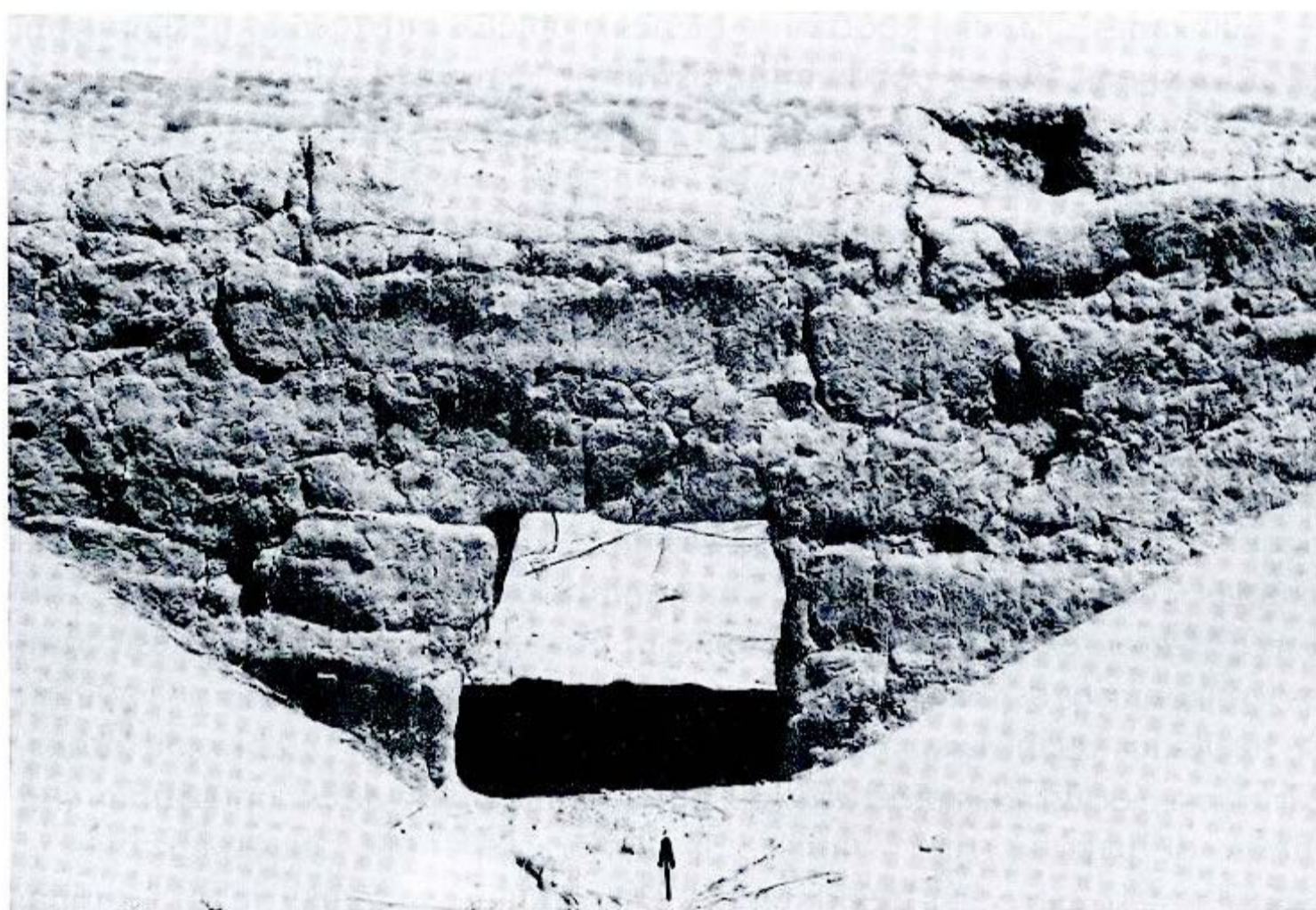
¿PUEBLOS DE
ESPAÑOLES EN
EL SIGLO XVII?

No se sabe con certeza si durante el siglo XVII se fundó algún pueblo de españoles. Siguiendo el patrón de la ocupación española en los oasis tarapaqueños, es probable que ya existía un pueblo de indios, los cuales eran programados a la manera española; esto es con trazados de alarife, retículo de "manzanas", capilla, aportes de bienes u objetos europeos y designación de autoridades indias por la administración española. Allí vivían sólo los nativos incorporados al nuevo régimen dominante. Sin embargo, se puede asumir que había vecinos españoles instalados en villas semiurbanas entre los que administraban la explotación pesquera en Cobija, entre los residentes de Chiu-Chiu donde se organizaban las caravanas hacia el altiplano e incluso en el propio San Pedro donde había funcionarios y empresarios involucrados con las minas de cobre de San Bartolo.

Lo pueblos de indios se desarrollaron normalmente durante las postrimerías del siglo XVI y comienzos del XVII, en espacios relativamente cercanos a aquellos donde se localizaban los vecinos, funcionarios y autoridades españolas (pueblos de españoles). En términos de "pueblo de españoles", no se registra en esta época una propuesta propiamente urbana, puesto que los funcionarios españoles vivían en villas algo dispersas en torno a la iglesia. De hecho los vecinos españoles no podían afincarse en los pueblos de indios. Las ruinas localizadas en el *ayllo* de Beter, con habitaciones construidas con adobes de paja de trigo y tapias a la manera española, con "manzanas" y vías de acceso estrechas debidamente programadas, además de una capilla, presuponen que Beter fue un pueblo de indios (6 kms. al sur de San Pedro de Atacama). Debió cubrir eventualmente el rango de tiempo entre fines del siglo XVI y XVII, aunque fue reocupado parcialmente por escasas familias hasta no hace mucho tiempo. No obstante, aquí aún no se realizan excavaciones arqueológicas, pero la presencia superficial de objetos europeos e indios y la magnitud de las zonas de ocupación y de sus cultivos, podrían sugerir tal vez una larga perduración del asentamiento. La incorporación de ganado y trigo europeo pudo crear ciertas expectativas favorables para dominantes y dominados. De hecho se ordenó un plan de canalización orientado a ese lugar, adecuado para expandir más al sur el área de cultivos de los oasis de San Pedro (Fig. 58).



Figura 58
El pueblo de Beter bajo las dunas. La flecha señala una ventana trapezoidal (período histórico colonial).



Se esperaría que durante el comienzo del siglo XVIII, a lo menos San Pedro de Atacama, debió recibir algún ordenamiento más urbano, tal como ocurrió en los oasis tarapaqueños (Fig. 59). No obstante, don Pedro Vicente Cañete, hacia el año 1787, planteó algunas observaciones que seguramente fueron asimiladas desde algunas décadas anteriores a su escrito. En efecto, ratifica que los pueblos de Atacama no estaban ordenados dentro de los cánones de un trazado propiamente urbano: "Pues aún la capital donde residía al corregidor del partido, no tiene forma de pueblo y las casas están salteadas como islerías, con grandes trechos despoblados. Los *ayllos* tienen

SAN PEDRO
RURAL
(SIGLO XVIII)

Figura 59

El valle del río San Pedro de Atacama. El sector del pueblo de San Pedro.



todavía menos formalidad. Están repartidos en cabañas muy pequeñas e incómodas, al contorno de San Pedro, en la extensión de 6 leguas entre unos grandes algarrobales y chañares que la naturaleza crió allí. Cada *ayllo* cuida separadamente, con indecible esmero, los de su pertenencia, por el interés del fruto de que hacen una bebida que ellos llaman *quilapana*, y es la chicha (a manera de cerveza) con que se emborrachan en sus fiestas. Se hayan acantonados en este recinto para disfrutar el riego de un estero de agua que nace a las seis leguas de San Pedro, de un manantial que sale de una de aquellas quebradas”.

En los oasis tarapaqueños sometidos a una más intensa ocupación española, el planteamiento urbano o de calles en damero fue más efectivo porque los recursos de agua y tierra se encontraban muy concentrados. Es decir, bastaba un pueblo de españoles y otro de indios para establecer vínculos directos con actividades que configuraban, en la práctica, un solo lugar dedicado a las labores agrarias, en oasis de baja altitud donde la ganadería no es dominante. Es decir, con características ambientales muy diferentes a la tierra atacameña.

Sin embargo, la tierra y el regadío atacameños siempre se concentró en diversos *ayllos*, algunos muy distantes de los otros, lo que estimuló el crecimiento de una población esencialmente dispersa, inserta en una gran vocación rural. Es cierto, la idea de centralización urbana no correspondía ni a las tradiciones preeuropeas ni a las agrupaciones indígenas-coloniales. Por otra parte, se marca otra gran diferencia en relación a la experiencia tarapaqueña por cuanto los atacameños percibían su tierra de acuerdo a una singular combinación de labores de *chacras* (maizales), de recolección de bosques y crianza de animales. Esta última labor primero se jerarquizó con el mantenimiento de llamas, y durante el régimen español se reorientó hacia

la crianza de vacunos y corderos. El desarrollo de la ganadería en tiempos coloniales mantuvo el carácter trashumántico del desplazamiento de ganado entre las *chacras* de alfalfa y las vegas, tanto del Salar como de la Alta Puna, incluyendo el forraje de las quebradas que descienden de las tierras altas. Pero, el incremento de los potreros con alfalfa española gradualmente concentró en los *ayllos* las labores de crianza.

En conjunto, estas actividades involucraban una armónica labor de agricultura y pastoreo, imposibilitando en la práctica una concentración estrictamente urbana, a la manera de Argumaniz. Dicho de otro modo, la implantación de un estilo de vida centralizado o urbano no era acogido por quienes aportaban la mano de obra local al régimen colonial, o mantenían sus labores retirados del núcleo de San Pedro.

De esta manera, durante gran parte del siglo XVIII la vida dispersa y rural fue dominante, en donde las pequeñas villas atacameñas se localizaban en cada *ayllo* sin que una fuese más importante que otra. De tal forma que cada "isla verde" se unía por un sistema de caminos para hombres y rebaños, siendo el lugar de San Pedro uno de los puntos más jerárquicos. Su localización más o menos equidistante del resto de los *ayllos*, relativamente cercano a la cabecera de la distribución del regadío canalizado, hacía de San Pedro un eje importante puesto que aquí vivían de una manera no urbana los vecinos españoles, en un espacio transicional con mayor voluntad de forma, pero ambiguo, como tironeando entre la seducción urbana y la verdad rural.

En las postrimerías del siglo XVIII (1791) los caciques de Atacama cumplían labores fiscalizadoras de suma importancia, como lo era la revisión crítica de las visitas que empadronaban a los indios tributarios. Durante el siglo XVII cada *ayllo* contaba con un cacique, pero a fines del XVIII tenían uno, dos y aun cuatro caciques. Es decir, parece que surgen mayores roles y funciones, incluyendo los que cobraban los tributos. Los *ayllos* y sus caciques seguían concentrando gentes en la periferia, restando fuerza a los intentos de concentración urbana, porque cada *ayllo* era social y políticamente autónomo.

Precisamente, en el año 1786 los caciques están investidos de roles jerárquicos bien contrastados que parecen surgir de acuerdo al prestigio étnico y productivo de cada *ayllo*. Por ejemplo, en Conde Duque había un Gobernador y Cacique principal interino de todo el repartimiento, un Curaca cobrador y un Alcalde Mayor. Por otra parte, en el *ayllo* de Sequitor sólo había un Gobernador, Cacique y Alcalde Ordinario. Esta notable diferencia se explicaría porque Conde Duque era el más fértil, más regado, con el inicio de la canalización, mayor calidez y diversidad de productos. Tradicionalmente siempre radicaron aquí los dirigentes indios, desde tiempos preespañoles, incluso el pueblo de San Pedro como núcleo español se implantó en este *ayllo* el cual era el más poblado de todos.

Por el año 1788 comienza a perfilarse la importancia de los llamados Caciques Cobradores. En San Pedro se advierte uno que recogía los tributos, tal como ocurrió en casi todos los *ayllos* y pueblos. En general, todos estos caciques eran respetados y se les reconocía su autoridad por que provenían de familias que tradicionalmente habían asumido roles jerárquicos y representativos de las aspiraciones de la comunidad. Si los caciques como cobra-

LOS CACIQUES
DE ATACAMA
LA ALTA

dores de tributos hubieran sido rechazados no hubiera persistido la "institución" del cobro de tributos por tanto tiempo, dentro de la modalidad conocida, en donde no intervenían directamente funcionarios españoles, a pesar de que el beneficio era para la propia Corona Española. Definitivamente, hay cierto acuerdo entre los historiadores, en el sentido que aparte de las ganancias de la minería, la segunda fuente de riqueza para la Corona Española lo era la tributación, más estable y menos riesgosa.

SAN PEDRO
A FINES DEL
SIGLO XVIII

Este panorama estuvo vigente hasta el año 1770 tiempo en el cual San Pedro presentaba algunas residencias de funcionarios españoles acorde a su ubicación nuclear, ocupando un plano algo elevado en la ribera este del río, el cual daba las mayores expectativas para plantear allí un programa propiamente urbano. De hecho, antes de 1770 ya existía la iglesia actual y algunas viviendas españolas en su contorno. Es posible asegurar que antes del año 1770, o desde el siglo XVII, existían viviendas con huertos en torno a la iglesia y eventualmente una plaza que configuraba en conjunto el lugar donde residían las autoridades y administradores españoles desde fines del siglo XVI, con "casas salteadas como islerías".

"CASA DE
VALDIVIA" O LA
ANTIGUA

De la observación actual de su arquitectura se desprende a lo menos un estilo de vivienda de adobe con techo inclinado, que combina rasgos europeos y nativos, posiblemente anterior a la urbanización de fines del siglo XVIII. Se trata de la llamada "Casa de Valdivia", que podría ser efectivamente un remanente de esas españolas anteriores a la urbanización. Aquí se ven nichos trapezoidales en los muros, como aquellos observados en el pueblo de Beter, de estilo neoinka, que encierran un enigma aparentemente incoherente (Fig. 60).

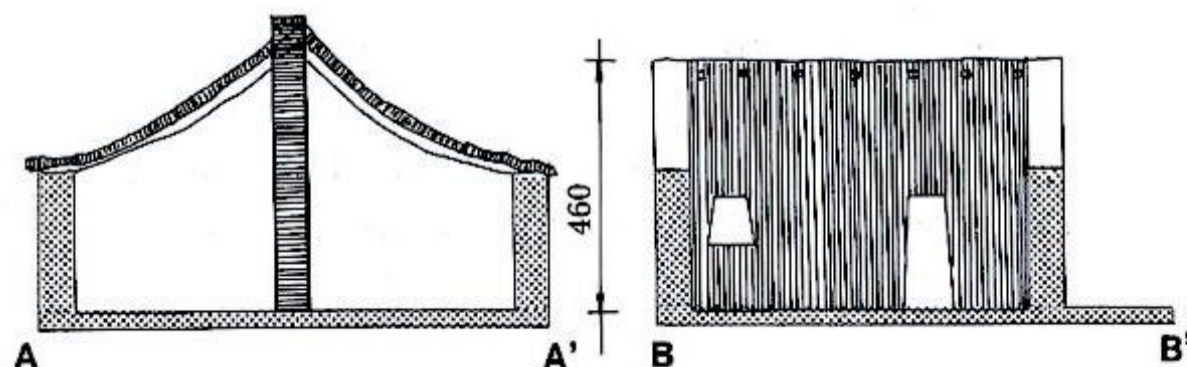
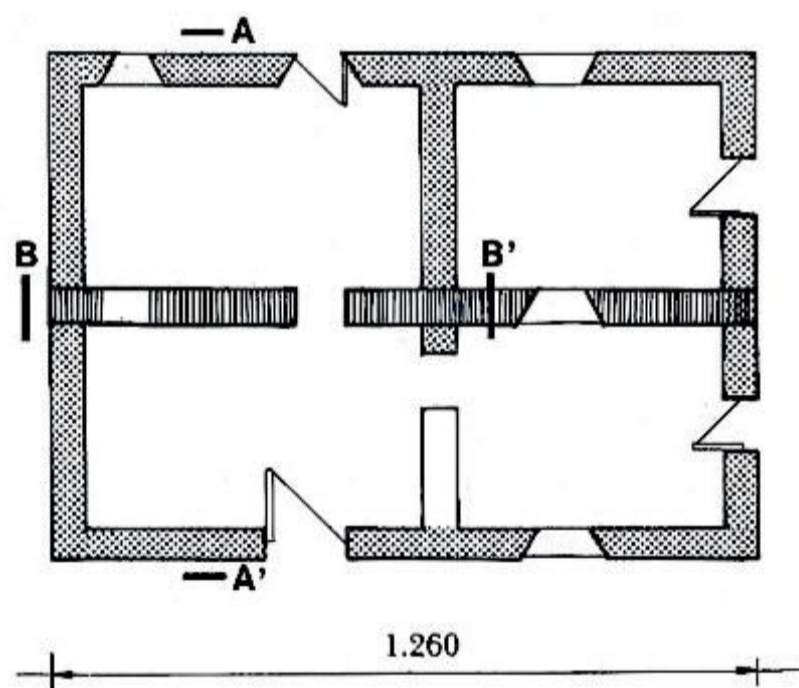


Figura 60

La llamada Casa antigua o de Valdivia: planta y perfil neoinka (período histórico colonial).

A través de las cartas de Pedro de Valdivia queda claro que mandó construir una residencia de paso en San Pedro de Atacama. Se sabe que en el año 1549, cuando ocurría su segundo viaje desde Perú a Chile, ordenó que sus capitanes la habilitaran para su estancia. Se pudo construir entre el paso de Monroy y su retorno por el año 1549. La así llamada "Casa de Valdivia" o "antigua", que hoy se le reconoce frente a la plaza, puede coincidir con el lugar donde se construyó la de Valdivia a mitad del siglo XVI, manteniéndose el sitio en memoria de los atacameños, o ser sencillamente una casa, como un "fósil" de las "salteadas como islerías", anteriores al programa urbano de fines del siglo XVIII.

En verdad la "Casa de Valdivia" presenta una disposición "antigua" paralela y sincrónica a la iglesia, con una puerta que en algún momento fue sellada y que antes accedía a una calle-senda que corría de este a oeste, pasando por la antigua parte trasera de la iglesia, cuando ésta aún no tenía el actual altar mayor. De hecho, la manzana del actual "restaurante Juanita" u "Hotel Abaroa", casa "cabildante" del trazado urbano de Argumaniz (que luego se comentará), está "metida" en un espacio que originalmente era eriazó, como la prolongación de la plaza "llana" más amplia que la actual. Es decir, el sector de la "Casa Abaroa" de fines del siglo XVIII es posterior a la "Casa de Valdivia" y a la iglesia.

El patrón arquitectónico de la "Casa antigua o de Valdivia" es exótico en relación con el resto de los recintos patrimoniales. Su techo de doble agua o de mojinete está sustentado por un "muro-columna intermedio" que toca el vértice interior de la techumbre. En verdad, recuerda en mucho a los recintos neoinkas del tipo *Huayrona* doble, con "techado de pares simples". La identificación de nichos, empotrados en los muros interiores de forma trapezoidal, así como la puerta que cruza el muro-columna, también trapezoidal, ratifica esta filiación neoinka. Estas evidencias sugieren que pudo ser construida a fines del siglo XVI, cuando se instalaron los primeros corregidores en el núcleo hispánico de San Pedro, o durante el siglo XVII, a cargo de indígenas que mantenían, o que trajeron del antiguo Perú-colonial, las técnicas neoinkas conservadas en las tradiciones constructivas indígenas y mestizas.

Es probable que haya recibido las modificaciones propias de su incorporación al nuevo patrón urbano implantado por el Corregidor Argumaniz en el año 1770. Tal vez la puerta actual, del siglo XVIII, se dispuso frente a la plaza abriendo uno de sus lados al acceso del núcleo-plaza. Este núcleo (plaza actual) fue al parecer más jerarquizado por el acceso lateral o naciente que se abrió en la iglesia, durante la época de Argumaniz.

En consecuencia, es probable que don Pedro de Valdivia haya habitado allí, si en verdad se construyó su casa cuando la vida española se recogía entre casas aisladas y campamentos militares. La tradición oral señala que allí alojó el Conquistador de Chile pero no especifica si lo hizo efectivamente en esa vivienda propiamente tal. Si la "Casa antigua" es posterior a Valdivia, tal vez los ancianos recordaban que allí estuvo acampada la hueste de conquista. Curiosamente en el siglo pasado se le llamó "el rancho", puesto que allí se instaló la cocina del ejército chileno de ocupación (Fig. 61).

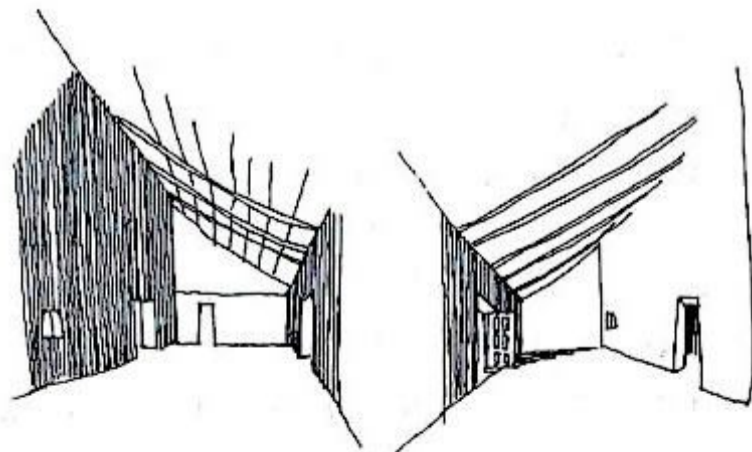
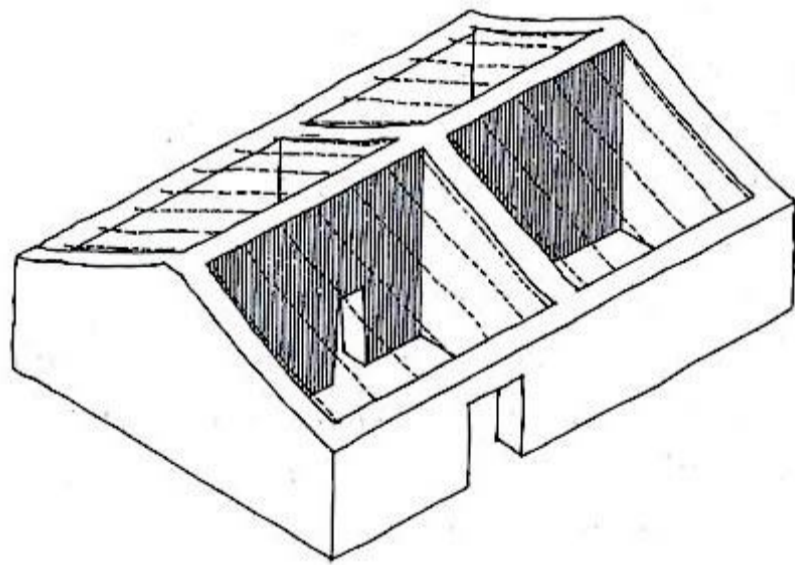


Figura 61
Detalle de los interiores
de la "Casa antigua o de
Valdivia". Se observa
una puerta y ventana
trapezoidal antigua o
neoinka (Croquis genti-
leza del Arq. Rene Man-
cilla).

Es indudable que los corregidores y otras autoridades que habitaron aquí después de la pacificación del siglo XVI hasta el año 1770, debieron ocupar residencias bien jerarquizadas y sólo en un cierto orden, como la llamada "Casa antigua o de Valdivia". Tal planteamiento arquitectónico fue espontáneo ya que en su entorno y junto a ellas, existían corrales y huertos, que tal como ocurre hoy, hacían muy difícil marcar los límites entre el espacio rural y urbano.

Por supuesto que a ojos de un español con cultura urbana el asentamiento de San Pedro de Atacama hasta el año 1770 distaba mucho de ser un "pueblo de españoles" propiamente tal. No debía ser extraño en ese entonces, observar que junto al núcleo de vida española existía un singular cruzamiento de sendas para hombres y rebaños, canales de regadío, residencias no continuas con sus huertos anexos, más de algún *tambo* cercano y entre este extraño mosaico, una iglesia que no lograba por sí misma integrar un orden arquitectónico originalmente espontáneo y disperso (villa).

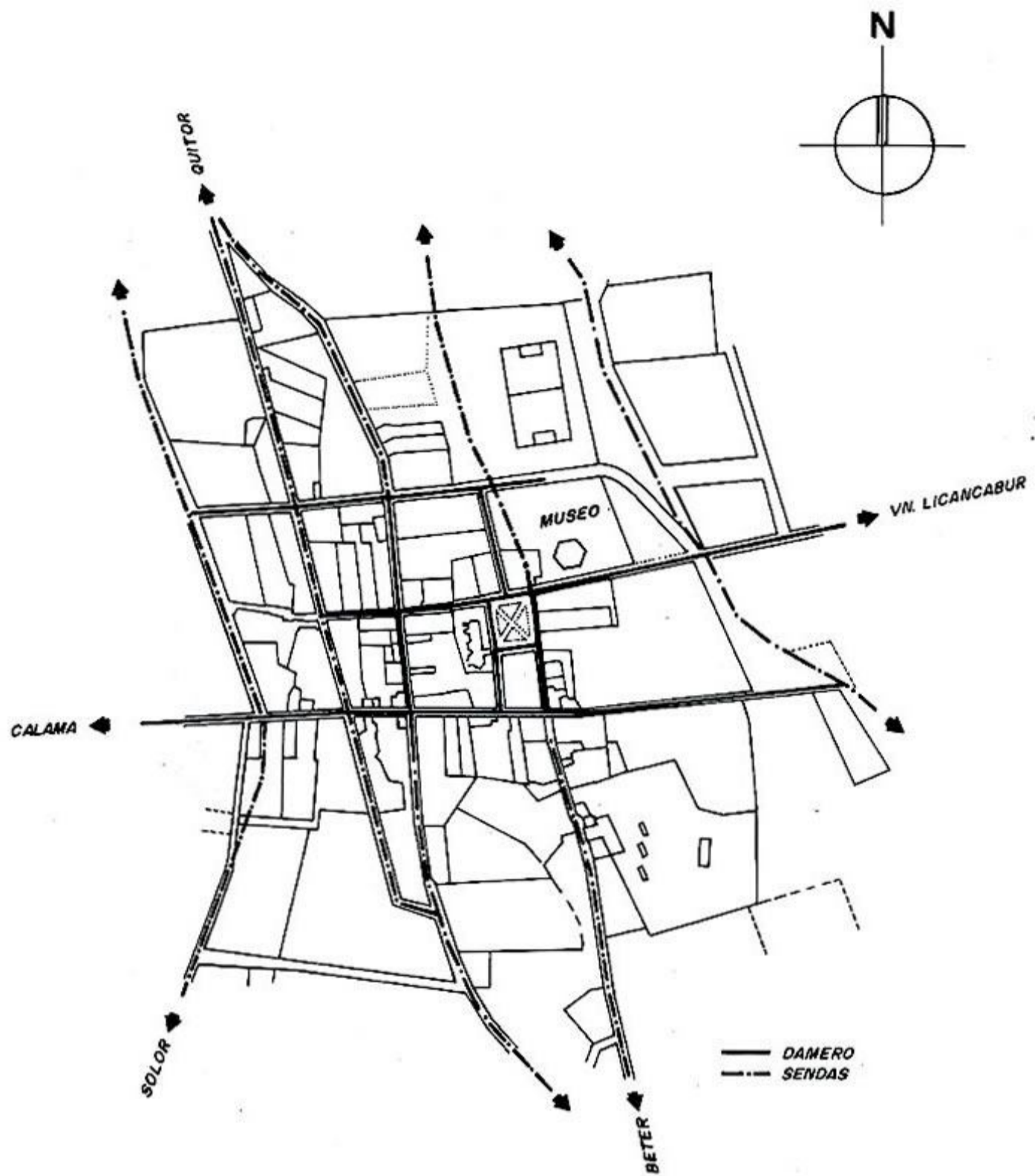
Este panorama fue bien observado cuando en el año 1770 se instaló en una de estas residencias, probablemente en la llamada "Casa de Valdivia", el reputado Corregidor don Francisco de Argumaniz, comprometido con el pensamiento del despotismo ilustrado. De inmediato procedió a iniciar un nuevo planteamiento urbano en los tres lugares donde se concentraba la mayor población española: San Pedro de Atacama, Chiu-Chiu y Cobija (Fig. 62).

Argumaniz, portador de una concepción "progresista" de la vida, consideró a los atacameños como seres "bárbaros" a los cuales había que educarlos desde niños a través de las escuelas. Éstas debían servir como agentes de cambio cultural y religioso, con el fin de erradicar las costumbres tradicionales, incluso suplantando forzosamente la lengua kunza a cambio de la española. Tal ordenanza venía a alterar la vida rural típica por una propuesta obligada de carácter urbano, basado en las normas citadinas con que los europeos ordenaban a su modo la dispersión de los naturales. De tal modo que: "viviesen juntos para ayudarse unos a otros en sus necesidades y facilitar por este medio la concurrencia de los niños y niñas, indios e indias a la escuela". Para lograr su acometido: "comenzó a formar el pueblo de Atacama en calles tiradas, inmediato a la iglesia y casas cabildantes señalándole a cada indio diez varas de tierras en cuadro, para que fabricasen sus ranchos, y si de éstos se hayan levantados los cimientos de trescientos y cincuenta, unos al alto de una vara, otro más y otros menos". Hacia el año 1777 cuando Argumaniz se alejó de San Pedro los materiales para continuar la obra ya estaban preparados.

Esta iniciativa ocurrió en un tiempo cuando los llamados "pueblos de indios" ya no tenían plena vigencia, y cuando el mestizaje tendía a incrementarse. Así, este Corregidor integró a todas las castas en un programa urbano único y común. Para este efecto jerarquizó un primer entorno compuesto por un conjunto de casas cabildantes, cerca de la iglesia, las cuales se disponían hacia una plaza llana, sin los componentes recreativos ni arboledas presentes en la actual; era útil para el acceso de carros, procesiones, bailes de santuarios, cabalgaduras y mercado eventual, algo similar a aquella

EL PLAN
URBANO
DE ARGUMANIZ

Figura 62
 Casco viejo o núcleo urbano de San Pedro de Atacama estructurado a fines del siglo XVIII.

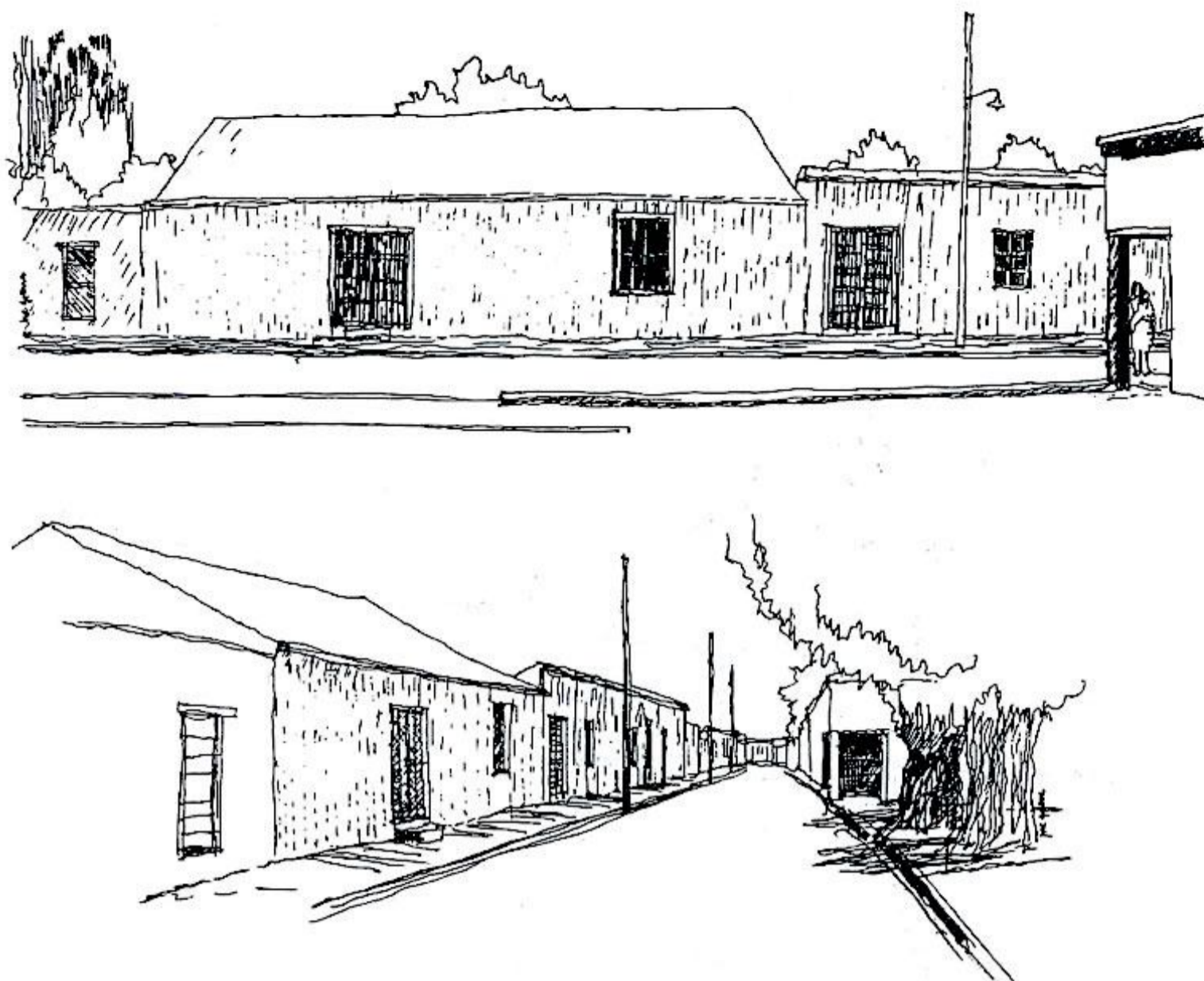


que dibujara Phillipi hacia el año 1853, justo donde se localiza la actual. Es probable que estas casas cabildantes se hayan configurado con los clásicos pasadizos sombreados exteriores, apoyados en grandes arcos, tal como era el viejo edificio del cabildo ubicado donde hoy se emplaza evocando ese estilo, la actual Municipalidad, o como los arcos del edificio opuesto (Ex Hotel o Casa de Abaroa) hoy Restaurante Juanita. Se asume además que, cerrando la plaza (calle donde se ubica la "Casa de Valdivia"), se hayan emplazado otras casas cabildantes con medio arcos, posteriormente afectadas por las modificaciones del siglo XIX (Fig. 63).

Entre estas casas cabildantes se construyeron, probablemente algo antes, recién llegado el Corregidor, algunos recintos de techos de doble agua (mojinetes) que servían como las llamadas "caxas" o cajas de la comunidad, en donde las autoridades indias y españolas acumulaban las semillas destinadas a beneficiar a la comunidad nativa durante los tiempos de crisis. No se sabe en qué sector se construyó la cárcel y la escuela.

En suma, al revisar a la luz de la arquitectura patrimonial el actual trazado urbano de San Pedro planteado por el Corregidor Argumaniz, es

Figura 63
Croquis de la llamada
"Casa antigua o de Val-
divia" en su contexto
urbano (gentileza Arq.
J. Guerra).



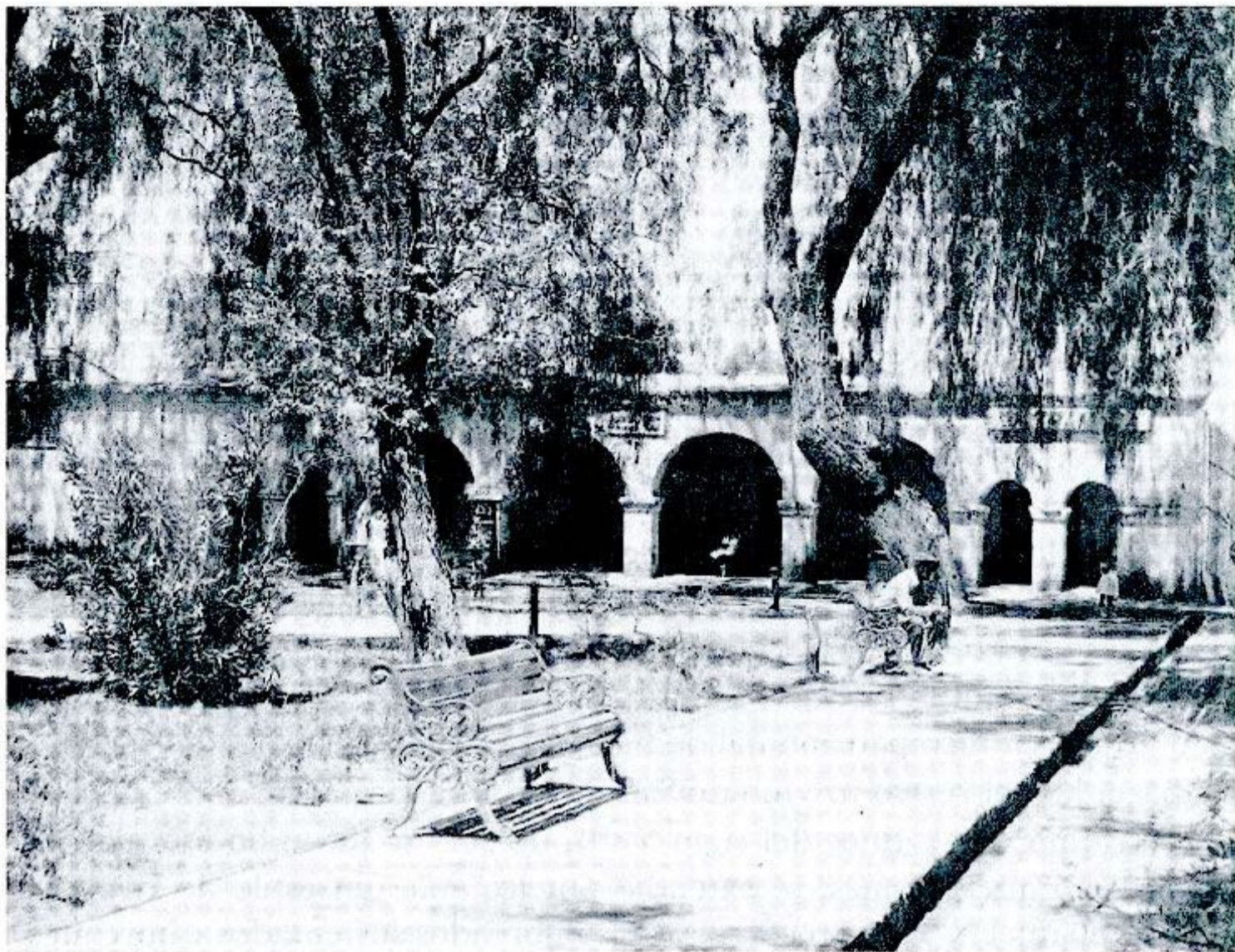
posible separar cuatro tipos de construcciones que parecen haber sido contemporáneos entre sí (fines del siglo XVIII): a) las casas "cabildantes" con su acceso jerarquizado por medios arcos, como la réplica actual de la Municipalidad y el restaurante Juanita (Fig. 64a); b) los estrechos recintos con techo de doble agua o mojinetes, con planta rectangular, carentes de divisiones interiores. La presencia aquí de *poyos* o bancadas apegadas a muros y su estilo andino derivado de estructuras inkas, los vincula con funciones indígenas, de tal modo que podría tratarse verdaderamente de las llamadas "Cajas de la Comunidad" donde se guardaban los granos para los tiempos de escasez. Por cierto que en estas "cajas" cumplían labores directivas los caciques locales. Este estilo andino o local aún se observa en dos pequeñas viviendas de mojinetes enfrentadas a la plaza (Fig. 64b); c) viviendas de alta escala con antepecho o corniza saliente, medio arco interior, zaguán y patio interior; d) viviendas como las referidas pero con esquinas abiertas con doble acceso de eventual uso comercial, provista de un esquinero - pilar tallado en madera.

Después de este primer núcleo central compuesto por la iglesia, cabildo, cárcel, cajas de la comunidad, escuela, casas cabildantes y plaza se planteó el trazado de calles paralelas a la iglesia. Para ese efecto, se realizó un ordenamiento a cordel con el fin de extender el damero o cuadrículado de manzanas rectas, esta vez dando cabida a los recintos de los vecinos indios propiamente tales.

Con el alejamiento del Corregidor Argumaniz, algunas obras se mantenían inconclusas, y como por esta época se detectó la rebelión india en la cercana localidad de Incahuasi en contra de los mineros y comerciantes

Figura 64

- a) Casa Cabildante de la plaza de San Pedro.
- b) Posible casa de la comunidad india de San Pedro (bodega de viveres) (Siglo XVIII).



a



b

españoles, el Corregidor presionó fuertemente a la población indígena. Por lo mismo no se sabe con seguridad si esos brotes de insurgencia lograron paralizar parcialmente la primera modelación de San Pedro. Las propias relaciones con las autoridades indias no eran del todo armónicas. En este

sentido don Agustín Victorio Ramos, Cacique de San Pedro de Atacama, nieto de un recordado cacique y gobernador local, mantenía constantes divergencias con el Corregidor. Queda fuera de duda que esta innovación urbana no se adecuaba al contexto cultural y económico de las comunidades agropastoras atacameñas.

Al observar las dos calles paralelas a la iglesia en su sentido este-oeste, con sus respectivas transversales, y en especial aquellas manzanas al oeste de la iglesia, se advierte un estilo arquitectónico definido. Se aprecian los frontis altos, muros gruesos de adobe, antepecho saliente, puertas con leve medio arco, zaguanes, medios arcos interiores y patios internos, etc., que recuerdan, a pesar de sus modificaciones posteriores, a una arquitectura válida para los últimos 30 años del siglo XVIII. Estos conjuntos arquitectónicos dieciochescos se suman a ciertas esquinas cuyo ángulo está sustentado por un esquinero tallado en madera.

En suma, tanto el núcleo central como las calles referidas otorgan el estilo arquitectónico patrimonial de naturaleza colonial tardía que caracteriza hasta hoy el rostro urbano de San Pedro de Atacama.

Se asume que a fines del siglo XVIII, no sólo se difundió este patrón urbano sino que, además, se extendió por los *ayllos* un estilo de vivienda rural de planta en "U", con corredores sombreados sustentados y horcones que generan espacios exteriores transicionales, configurando cobijos aislados y bien sombreados, más comprometidos directamente con las labores campesinas. En estas viviendas se combinaron magistralmente las soluciones arquitectónicas europeas con aquellas propiamente atacameñas, tal como se advierte en varios casos localizados en el entorno rural de San Pedro de Atacama, en donde logró desarrollarse una notable cultura de las sombras (Fig. 65).

Se piensa que también durante esta época, probablemente en el régimen de Argumaniz, se "urbanizaron" las sendas naturales que intercomunicaban los *ayllos*, limitándolas en sus bordes con muros o tapias de argamasa de barro, con el fin de orientar el tráfico de animales, carretas y peatones. Se separó explícitamente a través de estas vías el tráfico rural de los campos de cultivo. Se orientaba así un ordenamiento del flujo rural-urbano hacia el núcleo propiamente urbano de San Pedro, pero sin interferirlo. Paralelamente, se debió reordenar el trazado de canales, hasta configurar el llamado "Casco Viejo" o el "centro" del actual pueblo de San Pedro, con su arquitectura típica (Fig. 66).

Sin embargo, y a pesar de esta tardía urbanización, prevaleció en este nuevo orden la íntima relación entre vivienda y huerto, tal como ocurrió en ciertas aldeas españolas de la península. De tal manera que los trazados de las manzanas, junto con la disposición de las viviendas, incluyeron muros o tapias coronados de ramas protectoras, detrás de los cuales se "ocultaba" el huerto que recogía la vocación rural dentro de un núcleo urbano transicional. De esta manera se intentaba resolver esa aparente contradicción entre la vocación urbana y rural, lográndose vínculos armónicos, porque antes del damero urbano allí estaba el fértil *ayllo* indio de Conde Duque y esa realidad preexistente fue imposible de obviar.

Tal mosaico de viviendas y huertos sigue vigente hasta hoy, configu-

Figura 65
Casas atacameñas en el
ambiente rural del ayllu
de Quito (Kapstein,
1988).

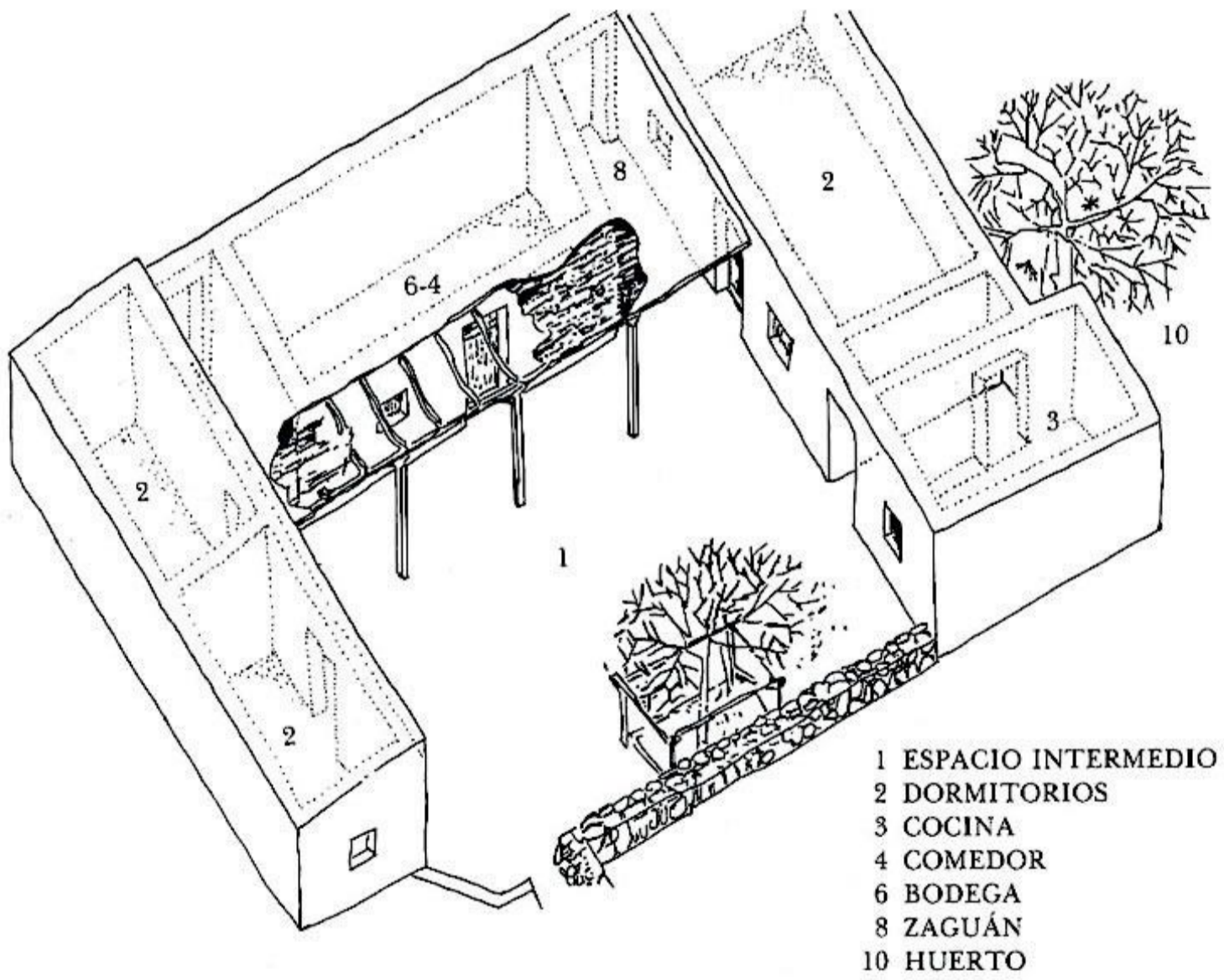
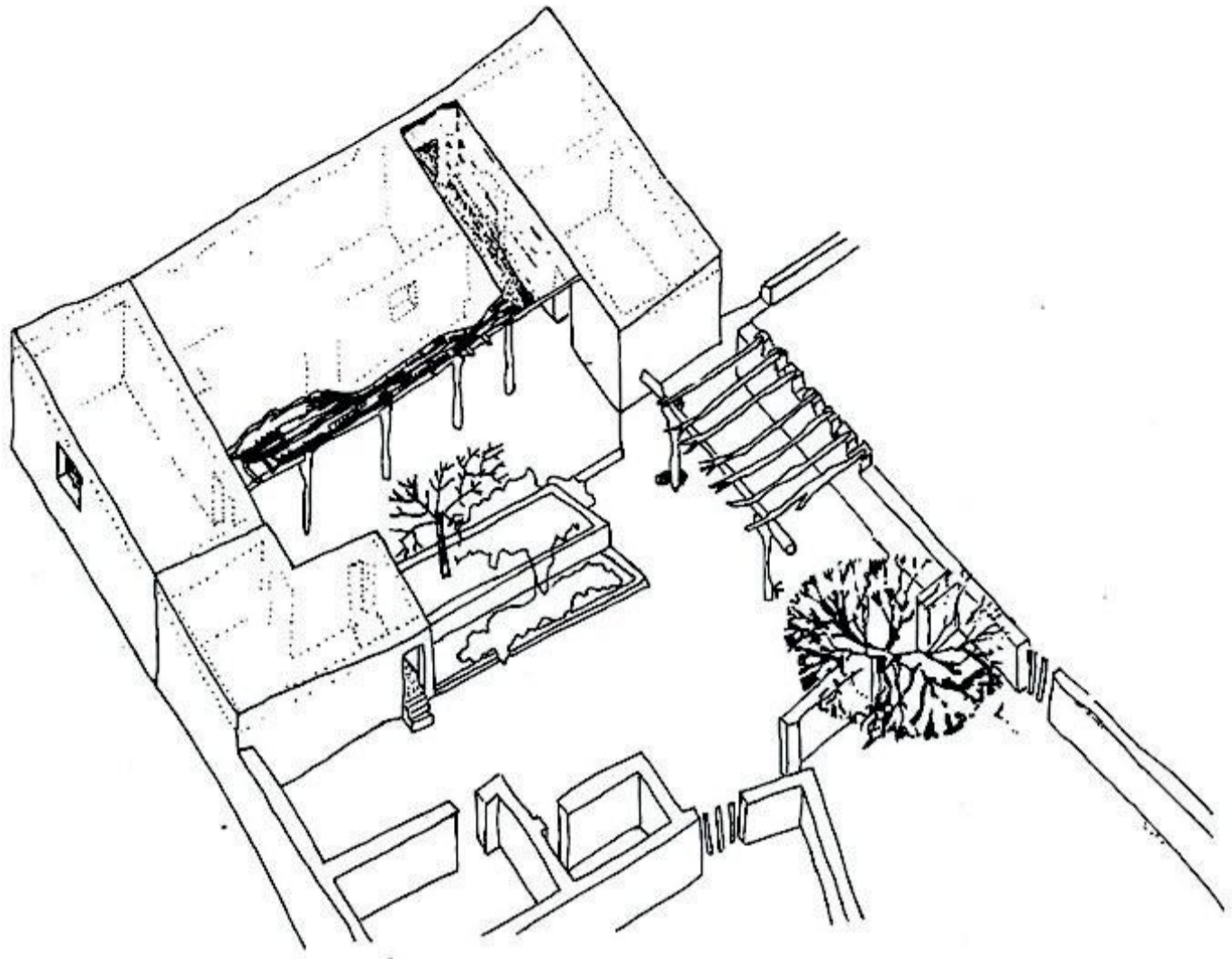


Figura 66
Senda con tapial usada
actualmente.



rando un aspecto singular y a la vez patrimonial del comportamiento “urbano” de San Pedro de Atacama.

La visión de Cañete para este nuevo orden arquitectónico, por el año 1787, era favorable para auspiciar más desarrollo a la región atacameña. Se sugería intensificar las labores agrarias de los oasis de San Pedro, puesto que llegó a recomendar que se represaran las aguas de “avenidas”, ésas que cada ciertos veranos bajan con el río caudaloso, guardándosela para los años secos. Paralelamente aspiraba a que se usara guano para las sementeras y que aumentara el ganado, ya que a fines de la colonia no queda duda de que los atacameños sólo consumían carne y *charqui* de vicuñas cazadas (aparte del uso de su fina lana para tejidos y *colchas*). Así lo señala Cañete muy claramente: “Se puede asegurar que es el único alimento del mayor número de aquellos infelices...”.

Por esta época no había grandes laboríos mineros, aunque se reconocían varias minas de cobre, oro y plata. Pero, al parecer los naturales no hacían exploraciones adecuadas, sino más bien acudían cuando aparecía alguna “boya”, para extraer minerales superficiales “a cincel”. Los escasos mineros atacameños practicaban la costumbre del “jugueo”, o sea, grupos reducidos que laboraban por corto tiempo escasas onzas de oro. Las minas de oro de Ingahuasi (Incahuasi) las explotaban vecinos de Salta y Tucumán, pero había más participación local en torno a las minas de cobre localizadas en Conchi, en el borde norte del territorio atacameño.

La conexión existente entre el puerto colonial de Cobija y Potosí fue también suficientemente activa a fines del siglo XVIII. Todo hacía creer que su actividad se incrementaría en el próximo siglo. Este tráfico involucraba

EXPECTATIVAS
DE PROGRESO
POR EL AÑO 1787

a las primeras labores de arriería más organizadas por parte de los ya expertos indios atacameños. El camino era muy estéril y difícil por la pampa absoluta que media entre Cobija y las *pascanas* o estaciones de descanso reconocidas, como Chacance, Guacate y Calama. En este oasis había alimentos pero pocas habitaciones acogedoras. El ascenso continuaba por territorios más generosos por el paso del río Loa: Chiu-Chiu, Santa Bárbara, Polapi y Tapaquilchas. Una vez entrado en el partido altiplánico de Lípez, se descansaba en Viscachilla, Alota, Río Grande, Amachuma, Agua de Castilla, Porco y Potosí (un total de 177 leguas de travesía). Para alcanzar de San Pedro a Potosí se debía primero llegar a Chiu-Chiu y de allí seguir la ruta ya referida. Sí, habían expectativas de progreso en términos de incremento de ganadería (corderos), más laboríos de minas, y el comercio desde el puerto de Cobija. Pero, también se vivía una grave crisis cultural.

PÉRDIDA
OBLIGADA DE
LA LENGUA
KUNZA

Parece muy seguro que en esta segunda mitad del siglo XVIII, la estructura cultural y la propia lengua atacameña se desintegraron muy sensiblemente, perdiéndose tradiciones y vínculos solidarios que provenían de la antigua y más cohesionada sociedad atacameña. Ciertamente, por esta época se advierte la pérdida del kunza como lengua india, que no sólo tipificó a los atacameños sino que les dio identidad, fuerza y sentido a todas las instituciones que surgieron antes de la invasión española. Si bien se ha sostenido que el kunza desapareció más significativamente entre los años 1869 a 1890, durante el final de la colonia hubo una política deliberada para extirpar la lengua atacameña de la vida oficial y cotidiana.

Ya por el año 1683 (siglo XVII) se ha señalado que los nativos manejaban bien la lengua española aunque las mujeres eran más reticentes para aprenderla. Por esta misma época, los pescadores de Cobija y seguramente en toda la comarca del litoral desértico, hablaban otra lengua distinta a la kunza, pero también ya el castellano era el medio más común para comunicarse entre etnias y entre éstas con los funcionarios españoles.

Durante gran parte de la colonia y en especial los traficantes atacameños, debieron conocer tanto la lengua pescadora como el aymará y el quechua, además de su propia kunza. La imposición del castellano, a ojo de español, resolvía esta suerte de "caos" lingüístico; sin embargo la extirpación de esta lengua debilitó críticamente los logros culturales y espirituales de la propia comunidad: ¿Cómo hacer las rogativas para pedir más lluvias si *puri* es *puri* (agua) y si los dioses andinos no entienden castellano?

Aun a mediados del siglo XVIII los corregidores españoles solicitan los servicios de intérpretes, cuando la población no era ladina o bilingüe. Como en esta época una parte sustancial de la población atendía su devoción religiosa a través de sacerdotes, éstos eran los únicos intermediarios entre los valores católicos ya dominantes y los nativos; a su vez éstos, al no entender bien el español no podían seguir ni las ceremonias ni la confesión, todo lo cual generaba un estado de angustia muy existencial. Estos reclamos en el sentido de que los sacerdotes debían hablar kunza, viene a reforzar la idea de que los atacameños por esta época aún mantenían rasgos propios y persistentes en su vida espiritual.

No obstante, más avanzado el siglo XVIII (1777), el aprendizaje del español fue más intenso. Ahora ya predominan los ladinos (bilingües), pero



Figura 67
Arco lateral de la iglesia
y casa de Abaroa o Ca-
bildante, siglo XVIII.



llama la atención que el Cacique principal de San Pedro, don Agustín Victoriano Ramos declara a los 26 años de edad no saber otra lengua que la castellana. Aunque esto es algo dudoso, lo importante es que el conocimiento del castellano pasó a ser indispensable para sustentar el poder político, en relación a los vínculos con las autoridades españolas. Con la lengua kunza se establecían vínculos más íntimos y solidarios con la propia comunidad, incluyendo los ritos y por cierto los viejos ceremoniales. Esto explica el hecho de que el segundo cacique, don Agustín, era bilingüe declarado, pero menos preparado en tanto que analfabeto tenía menos acceso al sistema español, pero en reversa pudo preocuparse más de los aspectos de asuntos interiores a través del kunza.

Le correspondió al Corregidor Argumaniz fundar escuelas tanto en Toconao como en San Pedro, con profesores todos indios ladinos (bilingües), instruidos tanto en idioma castellano como en doctrina cristiana. Las escuelas funcionaron en las casas cabildantes en cuyo salón principal dos filas separadas por sexo y en profundo silencio se asumían en el aprendizaje del castellano, en la misma medida que se les castigaba con azotes cuando hablaban kunza entre sí o con sus padres. Era ésta una singular manera, al modo de Argumaniz, para "civilizar" a la población atacameña... (Fig. 67).

Para los caciques atacameños era indispensable hablar español como una estrategia de sobrevivencia, para dar más credibilidad a sus relaciones con los españoles. El acto de comunicarse exclusivamente en kunza, lengua de difícil comprensión de parte de los funcionarios europeos, generaba una atmósfera de desconfianza. Era mejor discriminarlo obligadamente: podía ser la lengua clandestina de la rebeldía atacameña.

XIII. La evangelización española en San Pedro de Atacama (siglo XVII)

A pesar de que el proceso de evangelización fue intenso durante los tres siglos coloniales, la cultura atacameña, fuertemente enraizada en sus tradiciones preespañolas, no perdió totalmente sus propios ritos que aún se mantienen en la memoria colectiva y en ciertas ceremonias. Los mitos y dioses andinos, a diferencia de los guerreros, no siempre fueron vencidos y las hojas de *coca*, la liturgia del agua, el culto a los cerros, las ofrendas de *Pachamama*, el agua de mar, el corte de pelo, son, por decir lo menos, algunos de los componentes de los ritos locales que se combinan con los valores cristianos, porque ambos son asimilados como hechos religiosos verídicos y propios (catolicismo andino).

Los misioneros coloniales y aún los del siglo pasado no lograron eliminar totalmente el discurso "pagano". Éste buscaba también logros éticos y morales que sustentaban el orden y la identidad de la comunidad india, la cual debió crear obligadamente su propio espacio de cultura postconquista. El padre Vaisse escribía en el año 1896 la visión de los misioneros sobre los devotos de San Pedro: "a pesar de ser católicos, hacen consistir la religión en prácticas exteriores, no faltando en ellos resabios de supersticiones heredados, sin duda, de sus conquistadores incaicos". Hoy los *achaches* de los bailes religiosos son católicos, pero sus plumas de avestruz (*suri*) son señales inequívocas del símbolo del antiguo poder indio que les da jerarquía, dignidad y prestigio entre sus coterráneos. Se cuenta que, en honor a la festividad de San Pedro el Santo Patrono, se sacrificaban llamas y corderos aun a comienzos de este siglo.

Definitivamente, la evangelización fue tan intensa como intensa la sobrevivencia de los ritos religiosos preespañoles. Los misioneros antes y ahora se enfrentan a una labor en la que ambas religiones se integran en una sola síntesis sincrética.

LA PRIMERA
IGLESIA (1557)

La labor evangelizadora se realizó a partir de recintos de cultos específicos, los cuales serán reconocidos en el orden del tiempo. De acuerdo a testimonios escritos queda fuera de duda que se construyó una iglesia después del paso de Valdivia (1540), pero algo antes del año 1557, cuando se celebró la misa del Tratado de Paz, probablemente en algún lugar del *ayllo* de Conde Duque. Esto es lo que hoy corresponde en parte al núcleo de San Pedro de Atacama. Se acepta que aquí debieron radicar las primeras auto-

ridades y funcionarios españoles (siglos XVII y XVIII), sin descartar aquella enterrada en Beter.

Debe recordarse que las labores de evangelización comenzaron en rigor con la hueste de Valdivia, en una atmósfera india derrotista y atemorizada a raíz de la sangrienta batalla de Quito. Entre los 17 años que media el paso de Valdivia y la misa del Tratado de Paz (1557), es probable que parte de la población, en estado de consternación, haya asumido los valores cristianos más primarios como el bautizo. Por lo menos todos los caudillos indios fueron convertidos al cristianismo como prerrequisito para el acuerdo de Paz de Suipacha. La propia construcción de la primera iglesia (¿ 1557 ?) estuvo motivada precisamente por la consolidación de una así llamada "Doctrina de indios".

Es probable que esta primera iglesia dependió hasta el año 1552 del Obispado de Cuzco. Inmediatamente después se incorporó al Obispado de la Plata (Sucre), dependiente de la Audiencia de Charcas. Sólo a fines del siglo XVIII, cuando se crea el Virreinato de Buenos Aires, la Plata pasó a depender de la cúpula eclesiástica de la actual capital Argentina.

A fines del siglo XVII existían dos iglesias o parroquias principales en toda la comarca. La de San Pedro contaba con sus capillas anexas en San Lucas de Toconao, San Santiago de Socaire, San Roque de Peine, Nuestra Señora de Belén de Susques y Nuestra Señora de Loreto de Incahuasi.

Por su parte, la iglesia de Chiu Chiu, en Atacama la Baja, contaba también con varios anexos. Tampoco hay constatación del lugar donde existió esta iglesia de San Pedro durante el siglo XVII. Sólo se puede extrapolar que estaba donde la actual y que tenía campanario, a juzgar por el registro en una campana que se encuentra en la torre actual con el siguiente texto: "la hizo - 1602 - Carillo" y en la parte superior: "Por orden del P. Altamirano V. desta. Provi". La reconstrucción del muro periférico actual permitió localizar las posibles fundaciones de una torre-campanario aislada en el ángulo noreste del atrio, tal vez de esa época.

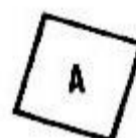
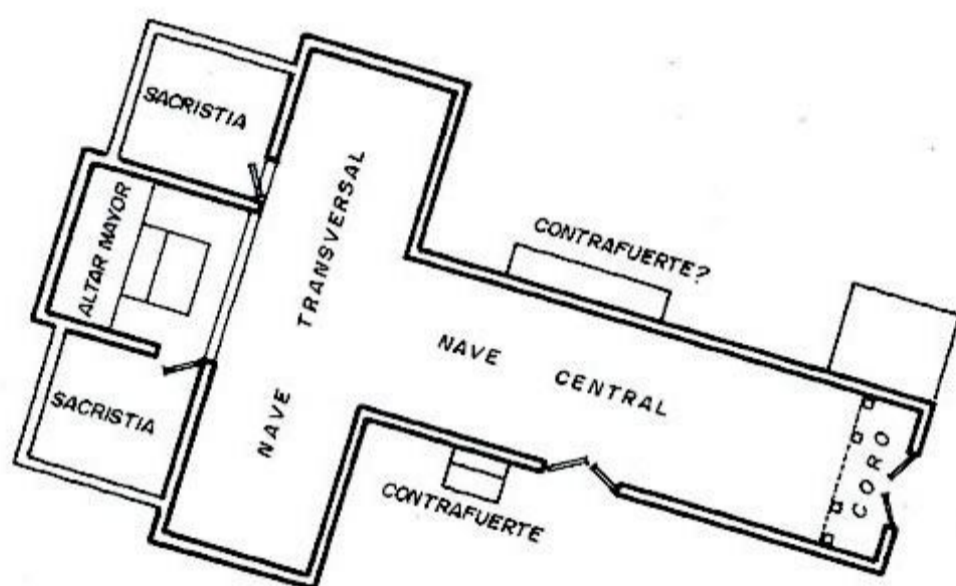
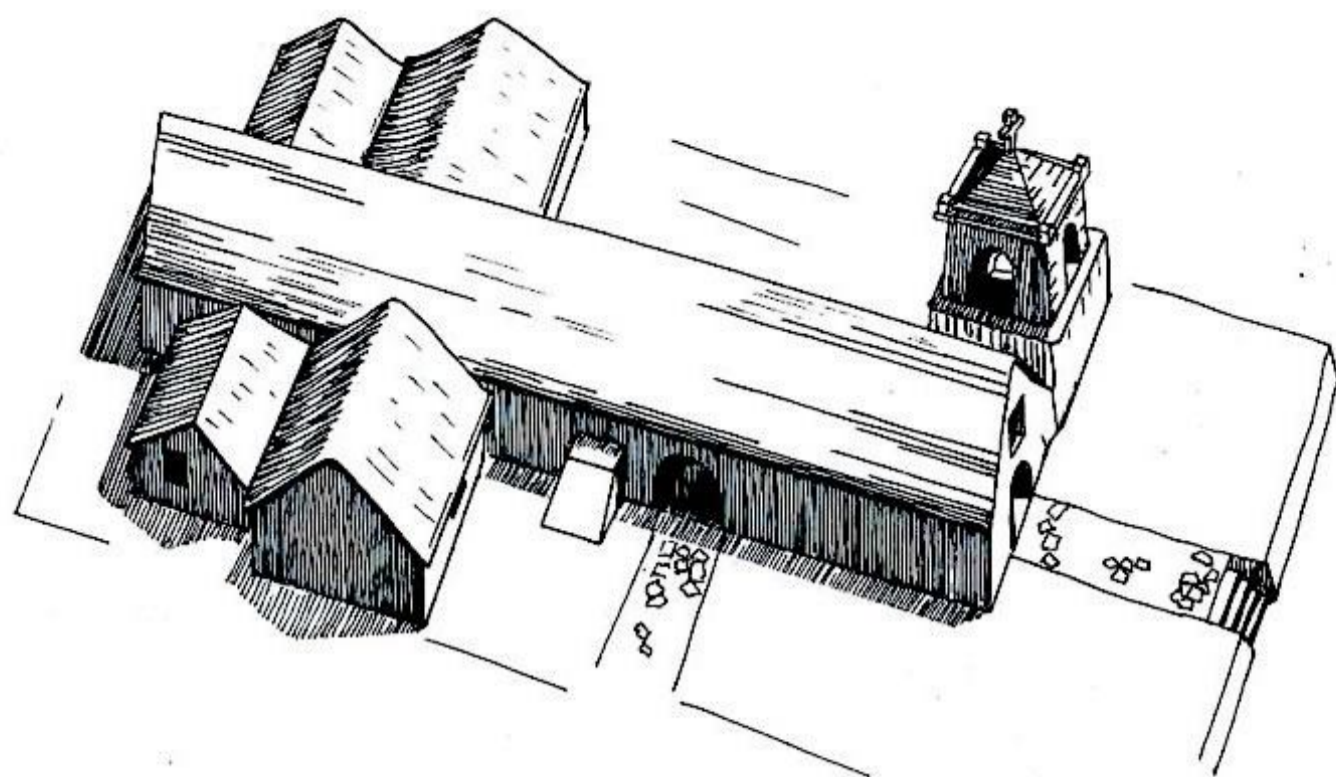
Si se acepta que el núcleo urbano actual de San Pedro mantuvo siempre la tradición española en el sentido de ocupar ese mismo sitio desde fines del siglo XVI, se debería esperar que la iglesia actual reocupó el espacio y la estructura básica de la anterior. Con certeza la actual iglesia estaba en uso durante el año 1770, cuando el Corregidor Argumaniz inició la urbanización del núcleo de San Pedro. De modo que no sería extraño, a falta de una excavación arqueológica de prueba y de documentación escrita, suponer que, a comienzos del siglo XVIII, se reestructuró definitivamente la iglesia actual cuyas formas son compatibles con el estilo del último siglo colonial, ocupando la infraestructura de la anterior del siglo XVII (Fig. 68).

Durante el siglo XVIII (1700-1800) o desde antes se sepultaron los vecinos más destacados dentro del recinto y los humildes en el atrio, entre el recinto y el muro periférico, puesto que cuando se han realizado remociones del suelo fuera del recinto han aparecido osamentas en distintos sectores, señal inequívoca de esta práctica funeraria colonial.

Le correspondió al Padre Le Paige observar el posible crecimiento de la iglesia de acuerdo a las evidencias observadas durante una instancia de su reparación. De acuerdo a las uniones de muros dedujo que la parte más

LA IGLESIA
ACTUAL DEL
SIGLO XVIII

Figura 68
 Croquis de la Iglesia Mayor de San Pedro de Atacama reestructurada en el siglo XVIII y ampliada en el siglo XIX. Base (A) de torre - campanario (siglo XVII o XVIII).



antigua es la zona poligonal del presbiterio (no modificada). La sacristía occidental es posterior al presbiterio y transecto, ya que los adobes de su muralla no fueron amarrados o incrustados al muro antiguo. Por otra parte, la puerta de la sacristía rompió el muro original.

Es decir, la iglesia original (¿fines del siglo XVI y XVII?) se componía del presbiterio actual, del transecto y la nave que terminaba en el baptisterio. Después se le agregó la sacristía occidental, y luego la parte anterior de la nave (actual altar mayor). Así, se deduce que se alargó el edificio seguramente después del paso de Phillipi ocurrido por el año 1853.

La iglesia actual (siglo XVIII) siempre tuvo una torre apegada en el borde, al poniente del recinto. El coro junto al acceso principal también sería de data colonial a lo menos del siglo XVIII, puesto que se planteó allí

la construcción de medios arcos de piedra canteada, como las casas cabildantes del núcleo de San Pedro. Esta estructura pesada debió desplomarse en algún terremoto o en el incendio del año 1839, oportunidad en que se reemplazó por dos pilares de piedra. Después se dispusieron las actuales columnas de madera.

La contrafuertes o apoyos de los muros laterales son también de data del siglo XVIII y de los dos originales que se observan en el dibujo de Phillipi, resta hoy el del lado sur y las bases del contiguo hacia el norte. Un emplantado cuadrangular de rocas como base de un segundo campanario apegado al naciente del recinto, se construyó recién en el año 1939 por el Padre Atienza, quien pensó levantar una segunda torre a raíz del centenario del año del incendio. Tal proyecto no llegó a cumplirse y al parecer allí se intentó reforzar el muro en donde el techo parecía derrumbarse.

Algo antes del incendio, por el año 1839, la iglesia ya contaba con un baptisterio y una dimensión total de 53 por 10 pasos, esto es, igual al recinto que se inauguró a raíz de su restauración reciente, el 9 de diciembre de 1944, ocasión en que se mostró la recuperación de su fisonomía del siglo XVIII, tal como se la aprecia hoy.

De acuerdo a la documentación existente, la iglesia actual tuvo plena vigencia y prestigio durante el siglo XVIII. Hacia el año 1776 el inventario hace notar la imagen "de bulto" (escultura) del Patrono San Pedro con mitra de plata, pero es indudable que como Santo Patrono, esta imagen debió estar ya en la primera iglesia.

En el año 1779 el Altar Mayor contenía tres imágenes de "bulto": la Virgen de la Concepción, San Pedro y San Miguel. No se sabe dónde se localizaba la llamada "Capilla de las Ánimas", tal vez en uno de los altares laterales actuales. Aquí se mantenía al Cristo del Descendimiento, Nuestra Señora de la Candelaria, Señor de la Paciencia, Señor de la Resurrección y un Crucifijo. Empotrados en nichos del muro ("cajones") se ubicaba San Antonio y San José. No faltaba el Santo Sepulcro de Semana Santa, un órgano, dos arpas y un violín.

Existía otra capilla llamada "de Nuestra Señora de la Candelaria" en donde se destacaban catorce cuadros policromos. Está, tal vez, ubicada en el altar lateral opuesto, a un lado del altar mayor actual. Por el año 1782 se puede comprobar que la torre campanario existía allí con cuatro campanas, dos grandes y dos chicas (Fig. 69).

Es muy seguro que a fines del siglo XVIII existía la Capilla de Velación, aquella que en ruinas hoy yace frente al cementerio actual. Está rodeada de un cementerio utilizado desde el final de la colonia hasta cerca de la mitad del siglo pasado. A juzgar por algunos relatos orales, el Padre Le Paige señaló que esta capilla fue reconstruida tres veces y en su entorno habría existido el primer cementerio cristiano, lo cual se analizará más adelante.

El 6 de junio de 1839, durante la noche, se incendió la iglesia principal de San Pedro, la misma que hoy se ve bien conservada. En verdad no quedó totalmente en ruinas, por cuanto el techo y su contenido fueron los más afectados, de modo que su inmediata reconstrucción sólo requirió de una activa labor de carpintería. Toda la comunidad local participó en el retiro

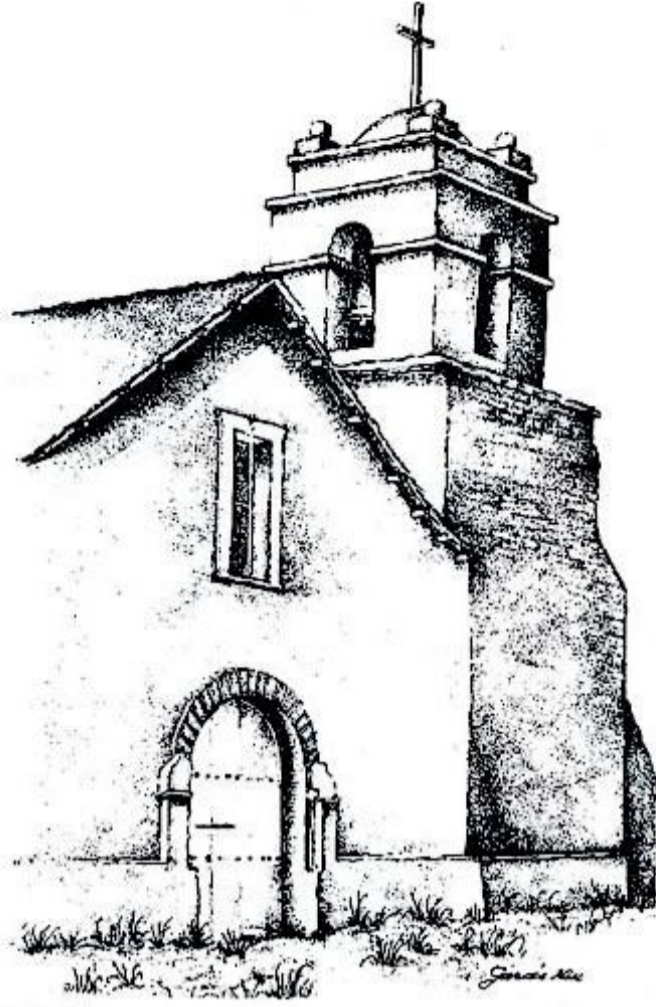
LAS IMÁGENES
DE LA IGLESIA
MAYOR

CAPILLA DE
VELACIÓN
SIGLO XVIII

INCENDIO DE
LA IGLESIA
MAYOR (1839)

Figura 69

La iglesia actual de San Pedro de Atacama reconstituida (?) a comienzo del siglo XVIII (Núñez *et al.* 1986). El Santo Sepulcro en la procesión de Semana Santa del año 1990 (foto gentileza de F. Rivera).



de escombros; el propio Corregidor se encargó de organizar el rescate de los desechos de objetos de plata, recuperándolos desde las cenizas. No obstante, lo más valioso se había afectado, es decir, las imágenes religiosas que sustentaban por tradición el culto católico de los atacameños. Gradualmente se inició la reparación y confección de los nuevos elementos del culto.

En el año 1842 fue contratado un maestro pintor para confeccionar la imagen de bulto de San Miguel, que se ubicaba en el Altar Mayor; después hizo otro tanto con San Pablo. Siguió con la Virgen de la Candelaria, Santa Rosa, San José y un Cristo. Se retocó las imágenes de San Antonio, San Juan, La Dolorosa, San Roque y la Asunta.

Por el año 1844 la iglesia, con sus 53 x 10 pasos, ya estaba reparada,

incluyendo el piso enladrillado. Su techo fue encardonado de nuevo y sujetado por 45 "tijeras" recién talladas. Se dispusieron luego las dos puertas nuevas principales pintadas de celeste. El coro se recuperó con sus tradicionales tres arcos de piedra canteada, y se logró un órgano nuevo, producto todo de la donación del devoto indio don Mariano Siare del *ayllo* de Solor. En el campanario actual se observan cuatro campanas, tres de data colonial, con los típicos adornos colmenados superiores, siendo una de ellas la antigua del año 1602, hecha por orden del Padre Altamirano, vicario de la provincia. Pero en la cuarta, aunque tiene borradas las inscripciones, se lee el apellido Siare que podría coincidir con el devoto referido, quien reparó el coro en el año postcolonial de 1844. De hecho, esta campana no tiene las características de las coloniales precedentes.

También en este año de 1844 se repararon las dos capillas colaterales quedando sus techos nuevamente encardonados, las cuales son aún partes adicionales del área del Altar Mayor.

Así, con aporte de trabajo y dinero de la comunidad atacameña, a mediados del siglo XIX toda la iglesia estaba totalmente reparada. No obstante, no se sabe si por algún terremoto o si por efecto del incendio, la torre que siempre existió no estaba en pie cuando Phillipi dibujó la iglesia en el año 1853.

Los inventarios más recientes señalan que por el año 1886, un poco después de la Guerra del Pacífico, la iglesia se veía algo abandonada. Debe recordarse que San Pedro fue parte del escenario en conflicto, en calidad de territorio dependiente de Bolivia; de hecho, se enterraron aquí algunos soldados bolivianos y un destacamento del ejército chileno tomó control directo de la zona. No está claro aún qué transformaciones ocurrieron debido al nuevo modelo de administración política y eclesiástica a raíz de los inicios del nuevo régimen chileno. El cambio de la autoridad religiosa después de un período de receso de postguerra pudo sostener este virtual descenso de las actividades del culto. Este período de "decadencia" de la iglesia parece que se acentuó con los terremotos de los años 1877 y 1878, algo antes del inicio del conflicto militar.

Se sabe que el terremoto del año 1942 afectó su arquitectura patrimonial. El otro gran sismo del año 1951 abatió la parte norte de la iglesia y sectores del techo, pero fue reconstruida con el apoyo del tradicional trabajo colectivo. Durante estos sismos del siglo XX no se afectó la torre-campanario, hecha de madera por el año 1916, junto a la construcción de la escuela (actual Comisaría de Carabineros). La torre de madera estuvo vigente hasta el año 1965, oportunidad en que el R.P. Le Paige y sus colaboradores construyeron la actual de adobe, recuperando así su estilo colonial (Fig. 70).

¿Desde cuándo existió la llamada "iglesia de Velación", aquella cuyas ruinas se ven frente al cementerio actual? De acuerdo a los relatos recogidos por el Padre Le Paige, allí se reconstruyó tres veces el mismo recinto. También se dice que aglutina en su entorno al primer cementerio cristiano. ¿Fue la primera, aquella del Tratado de Paz de 1557? Parece poco probable por su carácter periférico al núcleo de San Pedro.

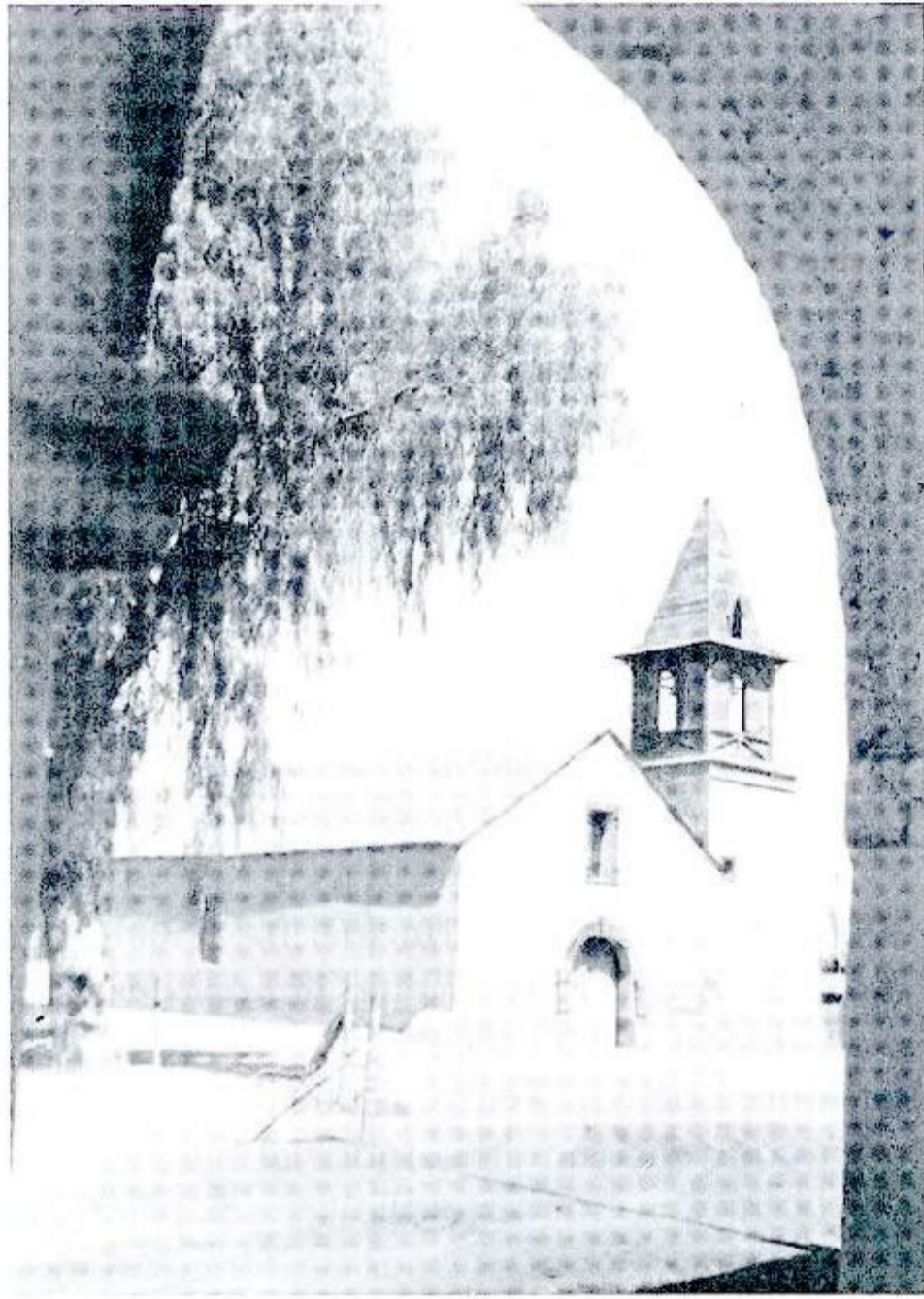
De hecho esta capilla estaba en uso junto a su cementerio, antes del camposanto actual, el cual comenzó a usarse más o menos por el año 1870.

DECADENCIA
DE LA IGLESIA
MAYOR

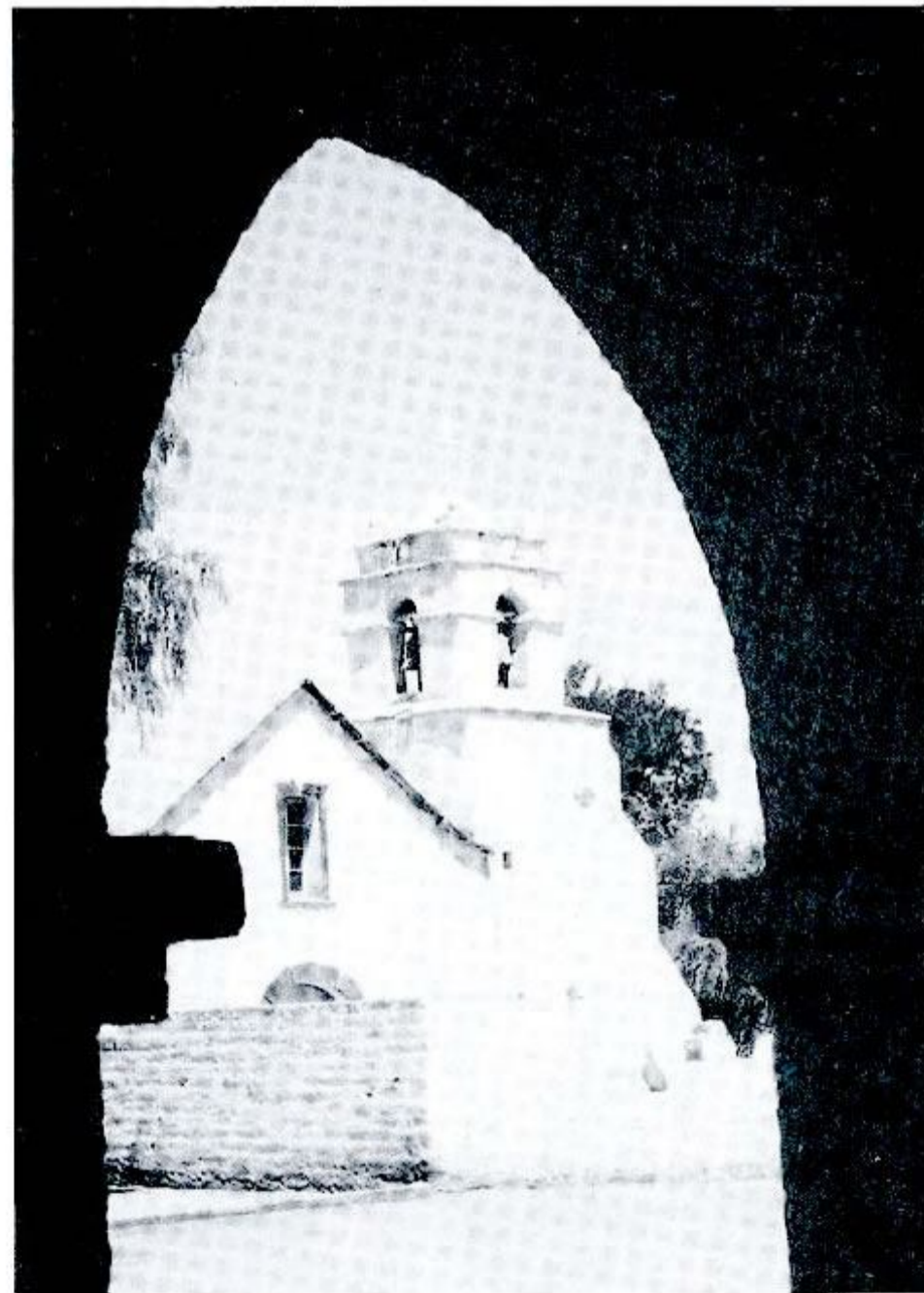
LA IGLESIA DE
LA VELACIÓN
SIGLO XIX

Figura 70

- a) Iglesia con torre de madera desde el arco del antiguo cabildo (1960). Archivo G. Le Paige.
- b) Iglesia con torre reconstituida desde el arco de la actual municipalidad.



a



b

De modo que puede ratificarse que esta ruina y su cementerio son de data colonial, seguramente vigente en el siglo XVIII, pero no se sabe si más antigua, con la certeza debida, al no contarse con referencias escritas ni excavaciones de prueba. Con seguridad se sabe que estaba en pleno uso en el año 1842, llamada "la Capilla del Panteón".

Precisamente en el año 1844 los inventarios eclesiásticos señalan que la "Capilla del Panteón" tiene tres campanas pequeñas, tal vez algún campanario menor. El recinto contaba con un Altar Mayor asociado a dos nichos de madera laterales y un camarín o lugar donde se observaba a una imagen de "Nuestra Señora" (no identificada), dispuesta en un tabernáculo de adobe. En la parte trasera había un coro firme de madera con piso de cardón. La puerta principal era de dos manos con llave, mientras que la puerta del panteón era simple.

Como esta capilla estuvo en uso por el año 1844, es probable que su estructura se abatiera con los terremotos de los años 1877-1878. Quizás hasta esa época se efectuaron entierros de la propia población atacameña, cuando el cementerio de la iglesia principal (la actual) ya no acogía esta costumbre a raíz de las nuevas instrucciones republicanas. En el cementerio de la Capilla del Panteón se ha reconocido un entierro localizado en un borde, cerca del Museo de San Pedro, a raíz de una erosión fortuita del camino. Se trata de un niño contemporáneo al siglo XIX, colocado en un cajón de madera de cardón, con restos de viejos papeles, al parecer de un periódico. Sería uno de los últimos cuerpos periféricos, cuando los primeros diarios circulaban en Caracoles por los años 1870-1880, algo antes de los terremotos señalados.

Por supuesto que no se puede asegurar si aquí se halla el cementerio cristiano más antiguo de San Pedro. Sólo se debe decir por ahora que el camposanto es grande, de data colonial y que en su borde más alejado hay sepulturas que se acercan a la década 1870-1880, de naturaleza postcolonial (siglo XIX), cuando aún no se construía el cementerio actual. /

XIV. Los bailes religiosos de ancestro colonial (siglo XVIII)

Si se observan los bailes religiosos actuales de San Pedro de Atacama, a juzgar por los símbolos que éstos representan, parecen involucrar a distintos orígenes que provienen tanto de la cultura andina como de la española, incluyendo los aportes mestizos y ciertos rasgos incorporados aun durante tiempos recientes (Fig. 71).

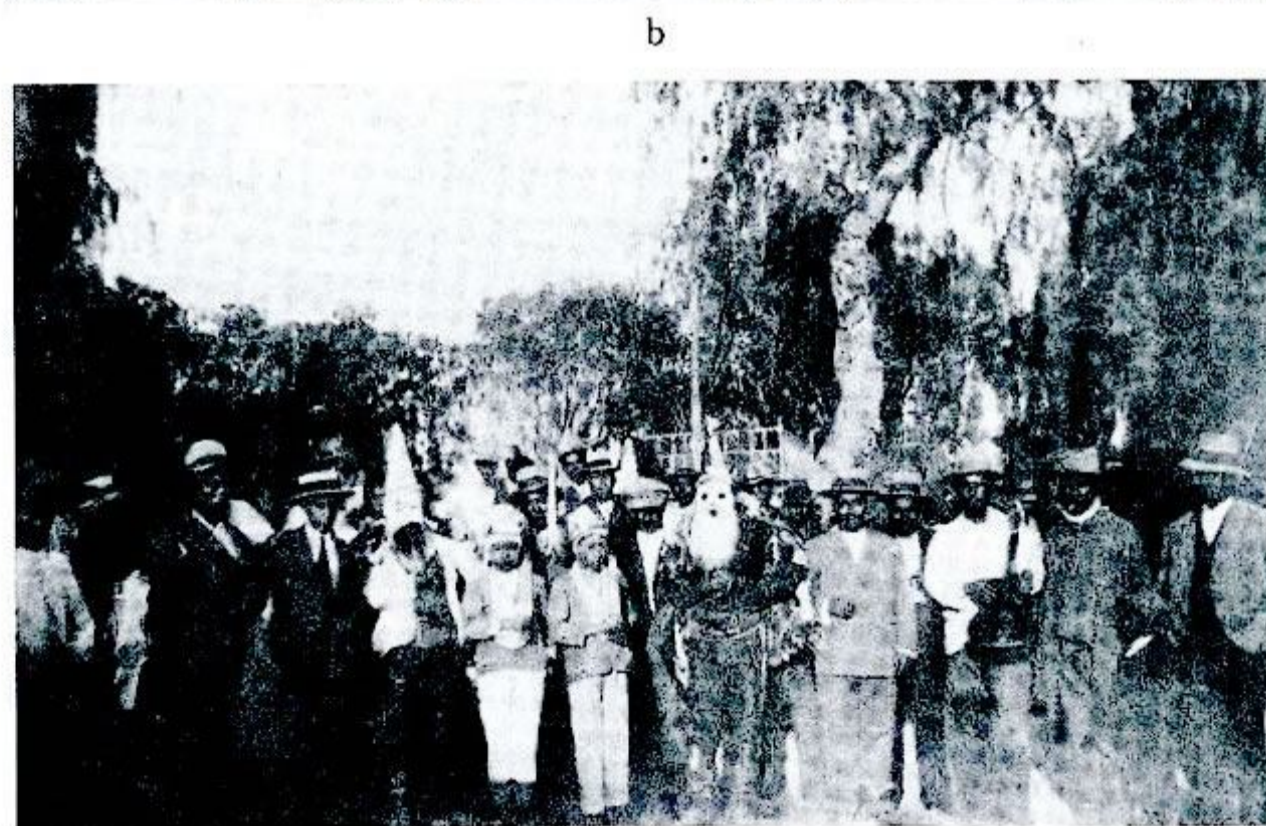


Figura 71

- a) Baile del "Torito" de Solor (1945). Se aprecia a "Juancito" con bombachas gauchas y lazo.
- b) Baile de "Pedro y Pablo" ("Turco") de Solor en San Pedro de Atacama (1923). Foto gentileza de la familia Tomás Cruz.

No se conoce con certeza desde qué época colonial se inicia el fenómeno de los promesantes, aquellos que, por pedir un favor a la Virgen o al Santo Patrono, deben de cumplir una manda, la cual se expresa a través del baile de santuario. A juzgar por la persistente presencia en los bailes de los llamados *achaches* que evocan a personajes "antepasados" o "abuelos", éstos parecieran simbolizar a los antiguos dignatarios indígenas anteriores a la conquista, que representaban sus poderes con ciertas aves como el *suri* (avestruz). De hecho, se sabe que las plumas del *suri* eran un símbolo de las jerarquías religiosas y políticas de la población circumpuneña, antes y durante el tiempo de la conquista española.

Como se ha dicho, existía una iglesia en esta zona ya desde algo antes del año 1557. Es decir, hubo una antigua e intensa labor de evangelización, paralela a la pacificación. Esto permitió la incorporación de devotos indios que jerarquizaron su acción asumiendo los roles autoritarios de sus antiguos dignatarios (*achaches*).

No obstante, si existió algún baile tan antiguo, éste no ha sido identificado por los siglos XVI y XVII. La reconstrucción de la iglesia actual de San Pedro de Atacama hipotéticamente ocurrió por el año 1700 y la urbanización del pueblo a partir del año 1770. Estos hitos colocarían en este rango de tiempo el comienzo de los bailes religiosos.

Aún se recuerda vagamente la existencia de algunos bailes hoy olvidados, que pareciera que estuvieron vigentes hasta el comienzo del presente siglo. Uno de ellos es el *achicuma* en donde el *achache* llevaba cencerros o campanas, tal como lo hacían los bailarines Mojos en las misiones jesuitas de comienzos del siglo XIX en el oriente de Bolivia. Por lo demás, el uso de cencerros fue un rasgo muy popular entre las poblaciones prehispánicas de esta zona. También se ha olvidado el baile "danzante" con dos filas de mujeres que portaban en la mano izquierda un sol y en la derecha una espada de madera, realizando figuras y mudanzas que parecen recordar también a similares coreografías de los indios Mojos del siglo XVIII y de comienzos del siglo XIX. El baile *diaguita* se pierde de todos los recuerdos.

LOS RITUALES
OLVIDADOS

Las evidencias de shamanes, ritos, implementos de culto e instrumentos musicales detectados en la cultura preespañola de San Pedro, sin duda que crearon las condiciones necesarias para acelerar el proceso de evangelización cristiana de la última mitad del siglo XVI. Es decir, los atacameños se incorporaron al culto católico reemplazando sus viejos ritos y símbolos por los cristianos, o combinando otros, de tal manera que su espiritualidad (danza y música) logró readecuarse a los nuevos valores que se imponían en el templo. De la misma manera como aún hoy sobreviven los antiguos cultos andinos como la ceremonia del *talátur* (culto al agua que sobrevive en la zona de Socaire) o el culto a la madre tierra (*Pachamama*), a lo largo de la colonia y aún en el siglo XIX, los valores católicos se integraron a los atacameños y convivieron juntos hasta ahora.

En este sentido aún se recuerda que a comienzos del siglo XX, la fiesta de *Corpus Christi* era reconocida por los atacameños como la "fiesta del sol", oportunidad en que los *achaches* recorrían las casas indagando si se había cumplido la labor anual. Se trataba de saber si todos habían trabajado lo suficiente para almacenar o poseer productos de la tierra. Si alguien no

había cumplido, los *achaches* lo castigaban con sus *huascas*, y esto no era un castigo simbólico sino extraordinariamente real. Precisamente esto coincide con un viejo trámite inkaiko. Durante el mes de mayo los administradores inkaikos acostumbraban censar casa a casa para controlar la producción de cada unidad familiar, de tal manera que no sería extraño que bajo la cobertura del *Corpus Christi* los *achaches* simulaban de una manera muy real los antiguos roles de las autoridades preeuropeas o de los caciques del período colonial tras el cobro de tributos. Esta misma combinación de rasgos viejos y nuevos se advierte en los bailes de hoy, puesto que aún se usan instrumentos indios como la ejecución simultánea de quena y caja *chayera*, paralelo al uso de guitarras y acordeón de naturaleza más reciente.

BAILE DE
PEDRO Y PABLO

El baile actual de Pedro y Pablo se compone de dos adultos acompañados de sus "hijos", y también representa el poder del *suri* o la antigua autoridad india, acompañados con espadas de triunfo. Éstos se vinculan con episodios militares, pero quedan doblegados en actitud de humildad frente a San Pedro. El acto de clavar las espadas en el suelo y el arrodillarse frente al Santo Patrono es un gesto de sumisión. Cuando los sables están envainados proceden a orar; es el signo del Santo Patrono, de gesto español, logrando pacificar los espíritus (Fig. 72). Algo así como el recuerdo más íntimo de aquella memorable misa del 1557, ocasión en que españoles y atacameños lograron el tratado de paz. Este baile también se reconoció bajo el nombre de "Turcos", concepto por el cual los españoles reconocían, a nivel de bailes de santuario y autosacramentales, el acto de conversión de los "gentiles" en cristianos, es decir, de indios a católicos.

BAILE DEL
NEGRITO

El baile actual llamado Negro o Negrito representa a una pareja, siendo el hombre de color. Se le llama Franciscano y la esposa Margarita. La máscara acentúa el rasgo negro y el varón que la porta lleva en su mano derecha



Figura 72
San Pedro, el Santo Patrono del pueblo en procesión.

un bastón con plumas de *suri*, que simboliza el poder, en el cual también se sostiene su compañera. Junto a esta pareja van dos *achaches* como elementos protectores, portando espadas, complementados de botas con taloneras "argentinas", cinturón militar, y un pantalón que recuerda a los utilizados en la Guerra del Pacífico. Los botines tienen polainas tal como se usaron en los regimientos de caballería o iguales a los usados por los "arrieros argentinos", un baile de santuario de la sierra peruana. Un *achache* se llama "diez y ocho" y el otro se llama "agosto". Es difícil interpretar el mito implícito en este baile. La presencia negra en este territorio fue muy escasa y tal vez refleja el rol de algunos mayorales negros que en el altiplano cumplieron roles muy autoritarios entre la peonada india: ¿evocan tal vez a los primeros negros que venían con las huestes de conquista? Sea como fuere, un dato sugestivo es el hecho de que ambos usan máscaras blancas con barbas, simulando rostros españoles, tal vez tratando de asumir el rasgo más dominante de la nueva identidad europea. La presencia de un sombrero tricornio, común entre las autoridades del siglo XVIII y el zapateo como de *malambo*, podría sugerir el origen de este baile en la vertiente argentina durante las postrimerías de la colonia (Fig. 73).



Figura 73
Baile del Negro y Margarita.

El baile actual del Torito se acompaña de caja *chayera* y quena, siendo el símbolo principal el modelado de un toro portado por un individuo que hace cabriolas rechazando al personaje central denominado San Juan Bautista, quien con su lazo trata de dominarlo, hasta inclinarlo de los cuernos frente al Santo Patrono. Juancito se representa con vestimentas más sencillas en el baile que procede del *ayllo* de Solor, pero con máscara. En el baile de Sequitor se representa con traje de torero y sin máscara. Ambos bailes tienen

BAILE DEL
TORITO

la misma estructura, es decir, San Juan Bautista, el toro y dos jinetes sobre el modelado reducido de caballitos. La vestimenta del personaje principal del baile de Solor muestra una chaqueta con flecos, al parecer muy típica en el siglo XVIII, pantalón azul con franja roja de naturaleza militar, además de botines, polainas y un pañuelo sobre la cabeza, rasgo muy común en los bailes de San Pedro.

La incorporación de los grandes vacunos durante la colonia debió producir un fuerte impacto en la comunidad local. Hasta ahora durante la fiesta de San Pedro los campesinos atacameños participan de un rito competitivo vinculado con este baile, que consiste en lacear el toro modelado que acompaña al conjunto. Es indudable que ha existido una verdadera obsesión por dominar el más grande animal observado por esta comunidad. Se dice que esta figura religiosa representa el triunfo del bien sobre el mal, en tanto que Juan Bautista como icono religioso o el "torero" ha logrado dominar las reacciones salvajes del toro y lo hace arrodillar frente al Santo Patrono. En los tiempos del tráfico de vacunos desde Argentina hacia los centros mineros del norte de Chile, se dice que habría ocurrido una gran nevazón en donde sólo sobrevivió el toro guía con su cencerro, dos jinetes y el dueño del ganado. Por eso, en uno de los bailes, este propietario se reconoce como "Juancito". A raíz de este hecho se habría organizado el baile en agradecimiento a San Juan, su protector. El traje de "Juancito" recuerda al de los gauchos, y así aparece durante el día de la víspera, pero lo hace como torero para el día de San Pedro. También se recuerda que las campanillas de los jinetes representan al cencerro del toro sobreviviente. Pareciera que en este baile se mezclan tanto las tradiciones de la fiesta taurina, infaltables en las festividades religiosas de las ciudades coloniales andinas, paralelo a la íntima relación que existió entre los gauchos y el traslado de ganado desde la vertiente argentina. Debe sumarse a esto, esa verdadera obsesión que generó este animal, desconocido por la sociedad andina, una vez que se introdujo en la vida cotidiana india y mestiza. Se ha sugerido que tanto el baile del Torito como los Catimbano que luego se observará, se habrían originado en las misiones jesuitas de los indios Mojos en el este de Bolivia (siglo XVIII), pero la relación entre bailes de toritos y moros es común a toda la colonia iberoamericana (Figs. 74 y 75).

BAILE CATIMBANO

El último baile actual y tradicional es el llamado Catimbano, normalmente compuesto por diez a doce jóvenes varones ordenados en doble fila, conducidos por dos *achaches* que se presentan con máscaras blancas e inexpressivas que recuerdan la visión andina de los rostros "carapalidas" de los españoles. También usan máscaras similares los miembros del baile, complementadas con un pañuelo sobre la cabeza y sombrero a modo de cucurucho colgante. Se acompañan de un tamboril y guitarra para los efectos de todos sus desplazamientos y en las entradas y despedidas en la zona del templo, en donde además entonan sus cantos de una manera muy similar a lo que ocurre en la fiesta de la Tirana. Su equipamiento recuerda a ciertas costumbres del siglo XVIII, como lo es el sombrero de cucurucho usado en las procesiones, los espejos cosidos a los chalecos, una vez que éstos se recibieron de los españoles como abalorios muy significativos para las festividades indias durante los siglos XVI y XVII. Se cuenta que este baile repre-



Figura 74
Baile del Torito.
Figura 75
Con quena y caja en el
día de San Pedro.

senta a una familia de perdices siendo los padres, los dos *achaches*. Por lo mismo se compone de niños y jóvenes encabezados por uno que toca la guitarra y otro el tamboril, pero a comienzo de este siglo participaban adultos en varios *ayllos*. Se recuerda que este baile es uno de los más antiguos de ancestro colonial. Combinaban los colores que evocan a los emblemas españoles y es probable que surgieron tras el culto promesante a la virgen de la Asunción. Los *achaches* usan lazos evocando los tiempos de la arriería colonial y del comienzo de las repúblicas. Gritan en honor al Santo Patrono y emiten sonidos que los polluelos catimbanos responden, al son de la guitarra de España y del tamboril Atacameño (Figs. 76 y 77).

En general llama la atención que los “apromesados” de estos bailes no tengan ninguna relación con las fiestas de los grandes santuarios del norte. Así, por ejemplo, son distintos a aquellos que representan la conexión Tirana-Altiplano. Sin embargo, la estructura del baile Catimbano y la del antiguo baile Danzante, esto es en doble fila, con figuras, mudanzas, música y canto, al ser originados en las misiones del este de Bolivia (como algunos de Tirana), reflejan formas similares pero con componentes locales muy diferenciados.

En el caso del baile Catimbano se sabe con certeza que éstos participaban en una procesión frente a la iglesia de Andocollo en el año 1830, de tal modo que su ancestro colonial podría quedar fuera de duda.

Aunque hay varias fiestas religiosas dispersas en los *ayllos*, en las que participan algunos bailes incluyendo el “Gitano” de reciente creación, tanto la del Santo Patrono como el Carnaval (aunque esta última con carácter de festividad más “profana”) son las oportunidades culminantes en que la comunidad atacameña participa muy ceñidamente junto a sus tradiciones.

Figura 76
Baile Catimbano.



Figura 77
Achache en el día de
San Pedro.

Tal como ocurrió en el pasado colonial y durante el siglo XIX, los atacameños que han emigrado a las ciudades, y aún sus descendientes, retornan a las fiestas de San Pedro como devotos o como bailarines-promesantes, así ocurrió con el baile Catimbano de Calama o como el recientemente creado "Zambo Caporal" en dicha ciudad.

La fiesta del carnaval de ancestro colonial ocurre en febrero-marzo en un tiempo muy singular reemplazando a los ritos indios cuando la fertilidad de la *Pachamama* está dando sus frutos, la *chicha* de algarrobo ha madurado lo suficiente y el ambiente cálido, a veces con lluvias estivales, crea una atmósfera mágica y generosa en donde se abren paso las viejas tradiciones de los *ayllos* atacameños, al son del baile y la ronda. Allí en el viejo escenario rural brotan las improvisaciones o "contrapuntos", cuyos versos son repetidos por el coro de los carnavaleros. Junto a las rondas se ve una pareja que representa al "viejo" carnaval o "carnavalón", con una máscara que acentúa la barba cana, y a la "carnavala" que es un hombre que imita a una mujer; bailan con ramas de maíz en las manos. Antes eran comunes las "cajas chayeras" o tamboriles indios junto a las banderolas. Ahora lo son las guitarras y el bandoneón traído en la grupa de alguna mula con las primeras "remesas" de ganado argentino.

No faltan coplas de alguna *baguala* argentina retenida en el paso de los arreos, otros versos llamados *Ayayay* e *Illauca* mencionan algunos lugares argentinos recordados por los viejos arrieros. Algunas tonadas se escuchan muy similares a las cuartetos. En los *ayllos* los carnavaleros bailan, coplan, cruzan las miradas que multiplicarán a los "hijos del carnaval" junto a la tierra cálida, porque esta población se resiste a perder sus mitos y tradiciones que le nacen de sus profundidades, cuando son los únicos protagonistas de sus propias fiestas. Por cierto, en estas fiestas los atacameños recobran, aunque sea por pocos días del año, su vieja "propiedad" sobre el territorio ancestral... El corazón de San Pedro está ahora en los *ayllos* en donde la tradición atacameña es más acentuada, fuera del casco viejo colonial. Tal vez por esto en el *ayllo* de Conde Duque, donde se emplaza San Pedro, se ha perdido la tradición del carnaval. Después de todo, cuando la tierra fructifica y la lluvia estival humedece los rostros de arcilla: un dicho o una copla cantada con un año de espera, podría hasta multiplicar la vida misma del cantor.

Después del Santo Patrono, la festividad de Semana Santa era la más importante durante el siglo XVIII. En la procesión del *Vía Crucis*, como ocurre hasta hoy, los cargadores del Santo Sepulcro son penitentes encapuchados que ocultan su rostro. Era muy común que los penitentes con cucuruchos y encapuchados se flagelaran con azotes o "disciplinas" por los pecados cometidos, conformando un grupo aislado que se mantenía en el anonimato durante la procesión. También ahora, como en la colonia española, los niños van a la cabeza de la procesión anunciando la próxima estación con sonidos de matracas. Continúa, además, la presentación de arcos adornados y cada estación es preparada por los vecinos del sector, al tanto que los faroles y las ropas negras siguen rememorando el viejo boato del siglo XVIII.

A pesar del dominio de las costumbres españolas aún hoy se evoca la antigua participación de algún dignatario atacameño, que incorporó a la procesión el *putu* o cornetín hecho de cornamenta de vacuno. Como se sabe, los atacameños en sus ceremonias andinas, como la "limpia de canales", lo hacían sonar para organizar el avance de la labor y las pausas del festejo y del ceremonial junto a las ofrendas a *Pachamama*, tal como hoy ocurre a

través del *Puricamani* (conservador de las aguas), en las festividades de Ayquina (río Loa). Es seguro que al paso del ejército Inka por Atacama y luego en las ceremonias de ese período, algún personaje hizo sonar el clásico *pututo* o cornetín confeccionado en una gran concha tropical llamada *strombus*. Esta costumbre se adoptó a la idiosincrasia india de los oasis atacameños, y a falta de *strombus* lograron el mismo sonido grave a través de una cornamenta de vacuno, ya avanzado el siglo XVI. Se supone que el debilitamiento de la jerarquía india permitió la desaparición gradual de la música atacameña, pero aún hoy misteriosamente alguien continúa evocando el mismo sonido grave del *putu*, pero esta vez logrado de un caño en desuso del viejo armonio de la iglesia. Un atacameño de hoy, bajo una capucha negra, conserva este rol soplando el tubo que desprende el enigmático sonido del pasado pre-español.

En suma, desde el siglo XVI al XVIII la evangelización fue intensa y bien asimilada dentro de los cánones de la cultura atacameña. Curiosamente por el mismo camino de los inkas, junto a los pueblos atacameños, se fueron levantado las cruces del calvario, antiguas capillas como aquella de Peine, localizadas junto a las residencias de los "infieles", o iglesias más formales como la de San Pedro. Los misioneros marcaron una verdadera tradición evangelizadora en este confín del mundo andino. Como aquel que bajo la soledad de Tilomonte y a la sombra débil de un algarrobo talló con su alma: "año 1685" "María concebida". Hace trescientos cuatro años este misionero pasó por Tilomonte, justo donde terminan los oasis y comienza el despoblado más estéril que conduce a Copiapó y bajo la advocación de María siguió con su obra hacia las regiones del sur... El mismo árbol aún vivo conserva la inscripción junto al camino inka... (Fig. 78).



Figura 78
Grabado de un misionero
en un viejo algarrobo de
Tilomonte, tallado en el
año 1685: "María Conce-
bida".

XV. La región atacameña durante el período boliviano (1825-1879)

EL TERRITORIO Y EL RÉGIMEN ADMINISTRATIVO

A pesar de la importancia colonial de San Pedro, estos oasis siempre fueron marginados administrativamente. Ya en el año 1559 el distrito de Atacama formó parte de la Audiencia de Charcas, perteneciente al Virreinato del Perú. Dos siglos después se integró a la provincia de Potosí, bajo el Virreinato de la Plata (1776). Los límites del distrito de Atacama eran: al norte el río Loa, al sur Peine, al oriente la alta puna de Atacama y al poniente hasta la costa, el puerto de Cobija. Posteriormente en el año 1807 fue separada de Potosí para ser anexada a la jurisdicción eclesiástica de la Diócesis del Cuzco. En relación a su acercamiento a la vida republicana, este territorio se comprometió con los sucesos de la naciente nación boliviana.

En verdad, hasta por el año 1801, en los umbrales del proceso libertario se distinguía escasa participación de la población europea. Al respecto, Ortiz de Escobar y Abat señalaba que esta comarca: “No carece de oro y plata, aunque no son buscados y laboreados estos preciosos metales, como se debía, ya por la falta de gentes y fomento, como también por la desidia de estos países y ser su vecindario de indios y mestizos de pocas o ningunas facultades (*sic*); y hay minas de cobre que tienen algún oro”. Es decir, aún en esta época los pueblos de Atacama la Alta se ven como “ranchos de indios”, sin un poblamiento ordenado por y para vecinos con cultura urbana.

Es evidente que la economía colonial perduró a través del comienzo del siglo XIX. Hasta el año 1801 el tráfico de *charqui* de congrio seco desde la costa de Cobija a Copiapó, continuaba siendo trasladado no sólo hacia Potosí, la Plata, Cochabamba, Oruro y Chuquisaca “sino otras varias partes”. En este comercio los arrieros atacameños aún cumplían un rol muy significativo. En efecto, llegaban al litoral a establecer tratos y trueque con los pescadores locales, en calidad de comerciantes o *rescataris*. Desde los oasis intermediarios bajaban al litoral los costales con hojas de *coca*, ropas, maíz, papas y otros bienes nativos y europeos.

LA PROVINCIA DE
ATACAMA Y LA
INDEPENDENCIA

De acuerdo a la “observación de la provincia de Atacama” escrita por su gobernador Gabino Ibáñez, en 1832, este territorio boliviano confinaba con el océano Pacífico, separado del Perú (Tarapacá) por el río Loa, donde

se destacaba Cobija rematando al sur catorce leguas más allá del puerto de Paposo, que lo limitaba con la provincia de Copiapó (Chile). Por las tierras altas alcanzaba a la provincia de Catamarca en un paraje reconocido como Portezuelo; seguía su frontera por los curatos de Belén y Santa María. El giro al norte contactaba con los curatos de San Carlos, Cachi y Rinconada de Oro (provincia de Salta, Argentina). Terminaba sus límites con la provincia de San Cristóbal, en Bolivia. Su confín más norteño lo era Tarapacá, por las minas de Conche (Conchi) que ya era parte de Atacama la Baja o Chiu-Chiu. Era un dilatado territorio que cubría bajo el término de Atacama incluso a varios lugares localizados al otro lado de los Andes.

La guerra de la independencia no fue un episodio distante de los oasis atacameños. Cuando las armas del Rey ocuparon Potosí, la provincia de Atacama se unió al gobierno libertario de Buenos Aires a través de la administración salteña. Entre el 25 al 28 de marzo del año 1822 la comunidad de San Pedro de Atacama conducida por su gobernador Mariano Quiñones y los capitanes Aramayo, Díaz, Rivero y Reyes, todos patriotas, fue atacada por una vanguardia realista.

Un piquete con ochenta hombres bajo el mando del capitán Benito Masías ocupó San Pedro ante el estupor de una defensa no instruida de ochenta y ocho hombres. Los atacameños observaron con suspicacia la negociación de paz de su comandante Benancio Araya, un extraño personaje de doble militancia, que evitó toda confrontación. Más bien, deliberadamente accedió a una última conversación en una fiesta ("sarao") con el enemigo, ocurrida en la plaza, y curiosamente allí fue hecho prisionero.

Los españoles exigieron la entrega de los pocos fusiles, casi todos en mal estado, y obviamente el retorno al gobierno real, sin antes saquear y amenazar con incendiar el pueblo. En el momento en que los realistas abandonaban San Pedro, el piquete enfrentó una escaramuza patriota que por su "impericia y desunión" ocho murieron y dos resultaron heridos.

Las autoridades patriotas de San Pedro designaron nuevos jefes militares, exigiendo fusiles para armar a los vecinos. En verdad todo los Andes era un gran tablero de ajedrez y los movimientos como rumores venían de los grandes escenarios de la guerra: que San Martín ya entró a Cuzco, que La Serna y sus secuaces no se presentan al combate...

Cuando volvió el poder del Rey se designó como comandante de Atacama al mentado Benancio Araya. Éste traía instrucciones para no intercambiar escritos con la resistencia antimonárquica. Exigió lealtad al Rey y cortó con toda comunicación vinculada al distrito de "abajo" (Chiu-Chiu y Cobija), incluyendo Chile, siempre atento al tráfico de tropas y contrabando. En el fondo tenía que promover seguridad interior y organizar una milicia civil tras la defensa "de su propio terreno" contra el "invasor insurgente"... Sólo se permitía comerciar con las provincias "interiores" dependientes de la Corona (sur Bolivia).

Para tranquilizar las relaciones con la población atacameña, que veía con afecto el movimiento libertario, recién ahora, en la postrimería colonial, los militares españoles reconocen que: "siendo constante la pobreza a que se ha reducido la población de la provincia, no será molestada con ninguna contribución y, al contrario, se fomentará en la parte posible para que

LA "FUNESTA"
ESCARAMUZA
DE 1822

recupere su antigua abundancia". Al tanto, hasta al vicario de San Pedro, don Pedro Crisólogo Ynojosa, simpatizante del movimiento patriota, se le involucraba con los subversivos, algo así como un posible enemigo de la causa "justa" del Rey.

La intrigante maniobra del comandante Araya terminó en una prisión de Salta, en manos de los patriotas, mientras que la lucha por la independencia continuaba alejándose por el altiplano hacia el norte, quedando esta comarca aislada entre la esperanza de un nuevo régimen libertario que se adviene y el olvido de un pasado colonial que se va.

Recién instaurada la república de Bolivia, Bolívar se enfrentó con un serio problema en torno a quién pertenecía el territorio de Atacama. Por los últimos años de las guerras de la Independencia (1817), cuando dominaba el virreinato español del Alto Perú y los patriotas ya controlaban las provincias argentinas, Atacama dependía de Salta. También se decía que pertenecía a Potosí y precisamente desde allí en el año 1825 se designaron a las autoridades de Atacama.

Por su parte, los salteños que ya habían perdido Tarija aspiraban conectarse al Pacífico; como Atacama en la práctica era parte de su nueva jurisdicción "libertaria", se estableció una protesta oficial. Es más, se llegó a solicitar algo así como un plebiscito para que los propios atacameños optaran por la decisión más acertada. El mismo Sucre estaba al tanto de que las autoridades argentinas enviaban agentes para concientizar a la población, atrayéndola con un argumento valioso: se prohibiría el tributo llamado "indigenal" que tanto sacrificio costaba a la población atacameña. La fuerza de liberación era poderosa y Sucre tranquilizó los ánimos salteños por el momento, con cierta amenaza de intervención militar. Desde ahora las peticiones de minas y otros trámites administrativos debían hacerse hacia Bolivia de donde la provincia de Atacama era parte reconocida y sustancial.

COMIENZA LA INESTABILIDAD POSTCOLONIAL

Se debe al genio de Bolívar, en el momento que constituye las repúblicas de Perú y Bolivia, la revaloración de la costa del desierto de Atacama. Casi de inmediato envió a explorar el litoral y, de paso, en el año 1825, rehabilitó el Puerto de Cobija bajo el nombre de Lamar. De esta manera Bolivia se unía al Pacífico a través del eje Cobija-Potosí, de tal modo que se reintensificó el tráfico de arriería a través de las poblaciones localizadas en las riberas del río Loa. Éstas cumplieron un rol destacado como intermediarias en el tráfico trasandino de larga distancia.

En el año 1829, Bolívar separó el distrito de Atacama del departamento de Potosí para darle mayor independencia, pero con un prefecto residente en Cobija. En 1839 este distrito fue transformado en departamento por un acuerdo del congreso boliviano; a su vez, este departamento se separó en dos provincias, la del litoral o Lamar y la propiamente de Atacama, esta última con un subprefecto también denominado Corregidor de Atacama con residencia en San Pedro, seguramente en lo que fue el viejo Cabildo (actual Municipalidad).

El hecho de que la población atacameña se adjuntara durante la guerra de la independencia a las provincias argentinas, a raíz de que el Alto Perú (Bolivia) se encontraba bajo el dominio español, explica que quedara un tiempo liberada de la llamada contribución indigenal. Una vez que toda la

región se pacificó, Atacama volvió a la jurisdicción boliviana y sus autoridades no se atrevían a volver a cobrarlos, porque se temía que los atacameños emigraran hacia Argentina. Además, como se creaban grandes expectativas de desarrollo regional a raíz del poblamiento y reactivación de Cobija, se llegó a eximirlos de este doloroso pago tributario pero sólo por el plazo de un año.

Por el año 1829 los rumores persistían en el sentido de que agentes argentinos ofrecían no sólo la anulación de los tributos, sino también la autonomía política provincial para Atacama, y tal parece que esto sedujo a algunos dignatarios locales. Incluso se comentaba que algunos grupos de "montoneros" ocuparían el territorio por su "fama de riqueza" y escasa defensa militar. En verdad, en varias oportunidades ciertas vanguardias de militares argentinos cruzaron la cordillera hacia Bolivia tras sus prófugos políticos notables quienes buscaban el exilio por los pasos fronterizos.

El gobernador de Atacama, Domingo Casanova, una vez calmada la tensión con Salta, debía congraciarse con los atacameños ya que éstos no habían visto mal su frustrada conexión con la ya próspera región salteña. Casanova debía, con celo político, terminar con los tributos y de paso mejorar su buen puerto. Le correspondió al nuevo gobernador de Atacama, Gaspar de Aramayo, llevar a cabo varias acciones de interés regional, entre otras la mejor habilitación de Cobija, de acuerdo al informe favorable del célebre Burdett O'Connor, escocés y coronel del ejército libertador que recorrió el litoral y el río Loa haciendo el mapeo de un mejor camino para Potosí. Aramayo, siguiendo la tradición, se instaló en San Pedro de Atacama, la sede de gobierno, y desde el viejo cabildo ejerció su administración hasta el litoral, con instrucciones de atender preferentemente a Cobija (Fig. 79).

Como se ha dicho, el decreto del año 1829 autorizó la separación de la



Figura 79
Petaca de cuero de la familia Aramayo.

provincia de Atacama de la prefectura de Potosí. El litoral fue entonces un gobierno autónomo, dividiéndose la provincia en dos, esto es la provincia de Atacama y la del litoral respectivamente, siendo la segunda la cabecera, y Aramayo el gobernador de la primera, un funcionario que logró comprometerse con el destino de la población de San Pedro de Atacama.

A pesar de los ideales libertarios de carácter republicano, los atacameños siguieron siendo explotados a través de la carga del tributo y múltiples servicios personales, presionados tanto por particulares como por instituciones estatales. Se les utilizaba como empleados domésticos, sirvientes en los tambos y posadas, cargadores, transportistas de correo, mozos de las iglesias, etc.

En verdad, durante la colonia los vecinos españoles, criollos y mestizos pudientes, pasaron a ser gradualmente dueños del trabajo y de la tierra más productiva, con métodos poco convincentes, provocando la desintegración de la población local. Por otro lado, para la corona española era indispensable mantener a la población indígena relativamente a salvo de la sobreexplotación de los encomenderos y corregidores. Así, visitadores, religiosos y jueces entraron a esta región, desde el siglo VII, en contra de la agresiva política del desarraigo, esto es, el envío de atacameños al servicio de arriería, minas del Alto Perú, y otras más cercanas, a través de las *mitas* o turnos de hasta dos y más meses de trabajo obligatorio. Se aspiraba a detener la emigración, fijándolos más a sus tierras comunales para estabilizar trabajo y servidumbre exigido por los señores locales, además de un mejor acceso a los cobros de la tributación indígena. Aunque se pensó en instaurar un régimen de salarios y compensación con más educación religiosa, el marcado aislamiento y el ideal de lucro, mantuvo a los grupos de poder más cerca de la reincidencia que de un espíritu más piadoso o reformista.

Después de las asonadas insurreccionales limítrofes y locales y aun de la mentada sublevación de los vecinos Calchaquíes (a fines del siglo XVIII), la Sociedad Atacameña se veía estabilizada, pero dentro de un proceso de deterioro social. Sus caciques hereditarios, en el marco de sus territorios de origen, administraban el colapso cobrando los tributos obligados. Continuaban asignando grupos de trabajadores para las *mitas* y por supuesto delimitaban que parte de la tierra comunal se entregaba a cada familia.

Lejos estaban los días en que los atacameños se habían alzado al régimen dominante. Por lo demás, sus vecinos de la Puna Argentina, los heroicos Cochinos y Casabindos, también habían sido atrapados en el sistema colonial a partir del siglo XVII.

Ahora, en el umbral del siglo XIX, se ejercieron nuevas formas de paternalismo y servidumbre casi institucionalizada, aceptada con cierta resignación fatalista. Ocurrió entonces que otras desventuras estaban al acecho de la sociedad atacameña, cuando los rumores independentistas y antimonárquicos llegaron a la Puna. En efecto, los descendientes de los más antiguos señores, autodenominados "blancos decentes", en la región trasandina, asumieron la "modernidad" del siglo de las "luces" (comienzos del XIX) y con ello las ocultas aspiraciones andinas quedaron insatisfechas.

El vacío proteccionista de la Corona Española, ahora ausente, sin su

utópica y a veces poco consistente “lucha por la justicia”, ofreció una oportunidad única a la nueva sociedad de criollos y mestizos pudientes. No obstante, este contingente de recambio no fue suficiente para valorar la cuestión étnica. En términos simples, se reaperturó una suerte de neocolonialismo regional, con un discurso más populista, republicano, libertario, racionalista, pero patriarcal y oligarca frente a los andinos. Así, amparados en la cultura del aislamiento, vuelve el tutelaje, las prácticas del favoritismo y la represión sobre aquellos que no entendían bien de qué “independencia” se trataba el festejo.

Durante los inicios del siglo XIX varios acontecimientos mayores dieron forma a un cuadro de crisis: cayeron las minas de plata del sur boliviano (Alto Perú) y se quebró la arriería macrorregional. Todo el sentido del gran negocio de las haciendas, del engorde de bestias de cargas y vacunos, comenzó a debilitarse. El boato del poder de las familias más acaudaladas de la Puna comenzó a alterarse por la recuperación del trabajo humilde de la tierra. Es decir, se inició una política masiva orientada a “explotar” mejor la tierra andina, entregando retazos en arriendo, tanto de sus fincas como de las comunales. El sistema del arrendamiento vino a intensificar el deterioro de los agricultores y crianderos atacameños. Por todo esto, ya a mediados del siglo XIX se advierten escasas tierras comunales. Sin duda que el estilo de vida liberal y republicano se apoyaba en las ideas modernas de la libertad de opciones, igualdad ante la nueva estructura jurídica y por cierto en el régimen de la propiedad privada, acompañado de audacia comercial y confusas operaciones de mercado.

La sociedad atacameña, saliente de un estilo de vida de protectorado, cristiandad y servidumbre, por decirlo de alguna manera, no estaba preparada para readecuarse esta vez al siglo de la “modernidad”. Ya por la década de los años, 1820-30 comienzan a abolirse los cacicazgos y la tierra en común, en donde el modelo andino de sobrevivir con dignidad y sin lucro quedaba fuera del nuevo régimen republicano. Ahora, la mejor tierra pasa a la “otra” sociedad pudiente, que transita en una larga vigilia de la colonia a la República. Hasta hoy el concepto de “tierras del Fisco” pasa a ser un símbolo de la antigua enajenación. Es decir, cuando no fueron los “blancos decentes” los nuevos estados imponían su voracidad ordenando en la tierra andina cuáles eran las “fiscales”. Desde capitales lejanas llegan nuevos burócratas para exigir tributos, impuestos, solicitudes, gracias, testigos, papeles sellados, proselitismo político, etc. Claro, ahora la angustia surge del enfrentamiento ante un aparato dominador “invisible”, más impersonal, pero con libertad política. En este panorama los terratenientes, burócratas y mercachifles no innovaron en su tratamiento ante la sociedad local. Allí, en ese cuadro, los arrieros, pastores, agricultores, arrenderos, peones obligados y pequeños chacareros, no tenían interlocutores con vínculos reales. Al final, tal vez, el acto de “apromesarse” con el Santo Patrono o aquella rogativa en la fiesta de las Cruces, a cielo abierto, podría traer más expectativa y sentido a esa vida entrabada en el conflicto de ser desposeídos en su propia tierra.

De manera que cuando la naciente república boliviana inauguraba la “modernidad” liberal, la tranquilidad de los pueblos atacameños asumidos

en el trance, era súbitamente alterada por algún político metropolitano que tras la cacería de votos indicaba hacia la montaña, señalando la existencia de un lejano parlamento. Sucedió entonces que muy luego llegaron otros "blancos decentes" a cobrar los derechos e impuestos a la extracción de sal, azufre, yareta, pasos aduaneros, mataderos, lana, movimiento de ganado, gabelas y coimas, todo para un Estado que recién se inventaba su táctica de ingresos.

Tal política citadina en un territorio considerado la Puna más pobre y menos hospitalaria del mundo andino, provocó reacciones de franca rebeldía aún recordada en las memorias de los vecinos más antiguos.

En el año 1858 había focos de resistencia a la nueva política de recaudación de impuestos, con hondas y boleadoras en mano, en la región puneña de Yavi (Argentina). Ya por esta época se hace más evidente en toda la región atacameña la contradicción entre un modelo comercial basado en los principios monetarios de plusvalía y el trueque como institución armónica sin abusos desmedidos. Los cambios a no dudar tenían un carácter irreversible.

Mientras toda la Puna se estremecía ante esta política republicana antiandina, carente de espacios para la sociedad "diferente", los políticos liberales facilitaban la "incorporación" a la moderna idea de nación, sin preocuparse de los medios ni menos de los fines. Como una muestra se sabe que el presidente Melgarejo, en el año 1868, instaura la disolución de la tierra comunal y la transforma en propiedad fiscal. Así, podía venderse tras la presión de las familias acaudaladas, quienes aspiraban a la tenencia de haciendas y fincas. Si bien este procedimiento abortó, no cabe duda que esta intención estaba latente entre los nuevos administradores de la tierra andina.

Es muy probable que en estos oasis los descendientes de caciques, por su prestigio "hereditario", lucharon tras la reconstitución de las tierras comunales. En efecto, algo antes de la Guerra del Pacífico, por el año 1872, surge un interesante movimiento contestatario entre los peones de las haciendas de la Puna trasandina, precisamente enarbolando el retorno al estilo de vida "comunario". Sin embargo, los próximos caudillos, avanzado el siglo XIX, serán los ciudadanos de partidos, y su picardía criolla, caballeros de quita y pon, transitorios por excelencia, todos decentes, ataviados de trajes a la francesa. Bolívar o San Martín ante ellos harían el ridículo: ahora los ponchos sólo los usan los "indios indecentes"... el atraso...

Es cierto, no fue fácil este tránsito desde la colonia a la vida republicana según la visión de los atacameños. Bien vale la pena detallar los nuevos escollos en el marco social y pueblerino donde se desarrolló la comarca más distante de las grandes urbes de Sucre y La Paz, en la antigua república boliviana.

En verdad, la provincia de Atacama basaba su ingreso en los impuestos de mercaderías importadas y del tributo indigenal proveniente especialmente de los atacameños de San Pedro. Se agregó la exportación de plata y el cobre que la arriería portaba hasta Cobija, incluyendo la importación de azogue a partir del año 1832 para los laboríos de Potosí y del papel usado por el aparato administrativo boliviano.

Con seguridad que el ingreso más sustantivo lo era la tributación obligada, una forma de explotación muy directa sobre la población indígena, que constituía un abuso pleno. Esta práctica derivó desde el comienzo de la colonia por medio de la cual los vencidos debían reconocer el dominio del Rey. Ahora, durante la República, el tributo indigenal era como un impuesto que aumentaba las arcas fiscales. En los oasis de Atacama durante el año 1804 los indígenas tributarios se concentraban más en el *ayllo* de Conde Duque (72), Solor (64), Vetere o Beter (38) y Solcor (31). En este mismo año, como en los posteriores, el Corregidor debía alcanzar un monto preestablecido a través del cobro de tributos; pagos que se hacían en dos tiempos, el primero en el tercio de San Juan y el segundo en el de Navidad. Sin embargo, el monto total difícilmente se lograba y curiosamente era el Corregidor quien debía responder por las deudas indígenas. Como el aparato burocrático y los sueldos de los funcionarios se sustentaban en esta tributación, es fácil advertir que primero los corregidores, y los gobernadores después, actuaron de manera implacable tras los aportes atacameños.

Ya se ha explicado que tanto Bolívar como las autoridades de Salta en algún momento eliminaron los tributos, pero la asamblea constituyente boliviana los volvió a imponer en el año 1826. Durante el período del Gobernador Aramayo se lograba reunir sólo los tributos en torno a los oasis principales como San Pedro, pero en aquellos pueblos lejanos, como Súsquez, era mucho más complicado reunir los aportes a tiempo. Lo que en verdad ocurría en toda la región, era que los funcionarios estatales conscientes de la pobreza, de los intentos de emigración y sublevación, no consideraban oportuno volver a insistir en el cobro de la tributación india. Hacia el año 1830 tampoco se pudo alcanzar la cifra que exigía el gobierno. La situación llegó al punto en que los indios de Antofagasta de la Sierra, representados por las familias Ramos, Vásquez, Morales y Guipaldar, solicitaron rebajar la tributación a la mitad. Tal parece que laboraban en una mina de alumbre que tampoco poseían, y ocupaban potreros (vegas) que eran de la comunidad. Para los funcionarios estatales la mayor estabilidad de los indígenas pasaba erróneamente por el otorgamiento de títulos individuales de propiedad, como una forma de arraigarlos al lugar y así asegurar su tributación. En este caso se recomendaba que los indios de Antofagasta de la Sierra debían ser dueños de las vegas del lugar, incluyendo los sectores de Peñas y Carachipampa, con el fin de cobrar posada a los arrieros o troperos de burros y mulas, incluyendo a pastores y ganaderos que ocupaban la zona a modo de "invernadero". También se les entregaba en propiedad la mina de alumbre con el fin de que ésta no fuera utilizada por vecinos extranjeros. Parece seguro que este suceso demuestra la alteración definitiva de las tierras comunitarias, con recursos forrajeros que hasta entonces estaban al alcance de todos los nativos que provenían de diversas aldeas a lo largo y ancho de la comarca.

Entonces, el cobro del tributo era más difícil entre los salineros y pastores que ocupaban la mera cordillera, en los confines con Argentina, como el caso de Súsquez, razón por la cual Aramayo ordenó suspender el cobro entre los naturales de la alta Puna. Este asunto pasó a constituir un problema político puesto que el ya senador por Atacama, Gaspar Aramayo, recogió

las peticiones de ciertos pueblos como Conchi. Aquí no estaban en condiciones de tributar, ya que no poseían tierras de labranza y sólo sostenían su sobrevivencia a través de la caza de vicuñas y de chinchillas. Cabe recordar que la cuestión de la tributación implicó abusos tan sobresalientes, como aquél de herencia colonial que se relacionaba con el empadronamiento ilegal de contribuyentes bajo los 18 o sobre los 50 años, edades que en conjunto, constituían la población que pagaba el tributo. No todos los atacameños estaban en condiciones de saber exactamente su edad por lo que la sola estimación usualmente implicaba el empadronamiento forzado como tributario.

Por el año 1838 son demasiado visibles los vicios de este sistema, legisándose más positivamente al respecto. Pero el número tanto de indios fallecidos, como de los fugados, crecía ostensiblemente y cada vez se veían menos "mostrencos", es decir, jóvenes que ingresaban a la edad de tributación. A pesar de las reformas la tributación continuó, pese a que había conciencia, en términos políticos, sobre el uso y abuso de esta práctica colonial persistente aún a mediados del siglo XIX.

LA TIERRA Y SUS GENTES

LA PROPIEDAD ATACAMEÑA

Durante el período boliviano queda fuera de duda que la actividad indígena más dominante y dinámica era la arriería. Sin embargo, las labores en la propiedad de la tierra india seguían siendo a su vez, la principal actividad que lograba arraigar a cada comunidad en sus respectivos *ayllos* (Fig. 80).

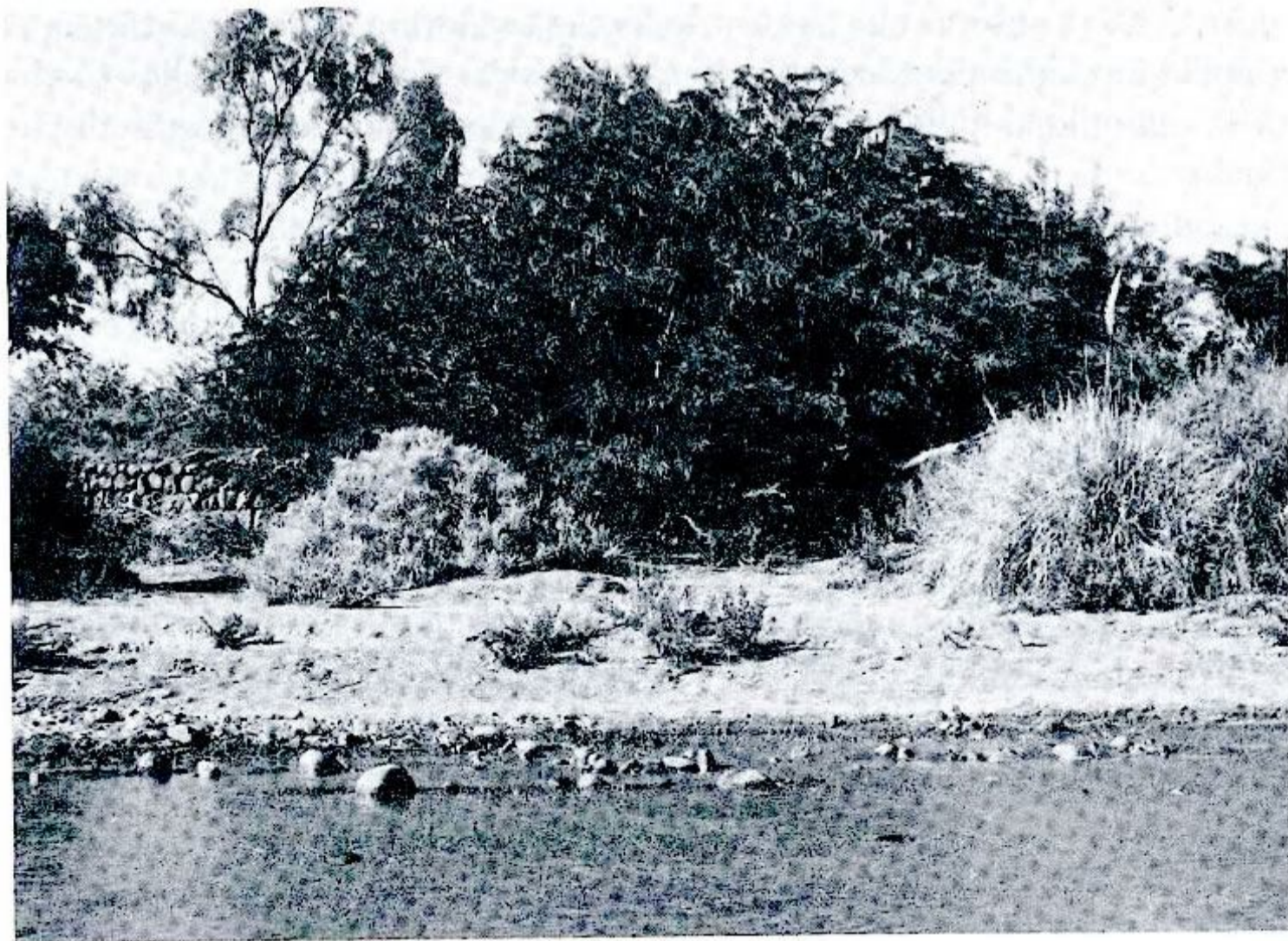
Durante la colonia y el comienzo de la república boliviana, los atacameños mantenían aún propiedades comunales donde tradicionalmente pastoreaban o cosechaban grupos de familias de acuerdo a las costumbres antiguas, sin que nadie se sintiera individualmente propietario del terreno. Por el año 1827 se observa una política deliberada en términos de repartir tierras a pobladores foráneos, con títulos individuales. Aún más, aquellos suelos de la comunidad india que se encontraban sin uso también fueron redistribuidos.

En esta época no existía claridad con respecto a los derechos que los atacameños sustentaban en torno a la propiedad de la tierra. El comienzo de la vida republicana significó un cambio jurídico que no logró recoger las complicadas instituciones y costumbres en relación a la propiedad india. En una época en que se jerarquizaban las labores comerciales, y que las principales contribuciones eran los tributos que los indígenas hacían en moneda o en servicio, toda preocupación por los derechos tradicionales a la tierra pasó a ser poco advertida. Precisamente una ley del año 1831 trató de clarificar la cuestión de la tierra atacameña, en el sentido de demarcar la propiedad de los caciques, aquellos de noble linaje, con el fin de ordenar la transferencia a sus descendientes legítimos de acuerdo a las costumbres ya vigentes desde el período español. Por otra parte, se demarcaron las propiedades de las familias nativas en donde pacíficamente se habían mantenido por más de 10 años. El carácter paternalista colonial, también constatado a comienzos del período boliviano, aceptaba al indígena como per-



a

Figura 80
a) Chañares
b) Algarrobo junto al
río San Pedro.



b

sonas de poca madurez, incapaces de pensar por sí mismos. Ciertamente, en el año 1838 cuando se advierte mayor interés por las tierras nativas, se decretó la imposibilidad de que los atacameños vendieran sus tierras. Era una manera muy singular destinada a proteger la sobrevivencia misma de las comunidades. Por este tiempo la distribución de tierras configuraba un caos en toda la provincia de Atacama. Los funcionarios estatales no podían entender el porqué indios de similar *status* poseían abundantes o escasas tierras, respectivamente. Tampoco entendían que propiedades o "tapiales" de alfalfaes y maizales dejados por un atacameño sin heredero varón, no podían ser transferidos ni a su viuda ni a sus hijas, quienes quedaban en la miseria. Es decir, aunque se intentaba comprender lo "exótico" de la propiedad atacameña y organizar su defensa ante presiones de compradores ajenos al territorio, todo hace suponer, como ocurriera en otras regiones indias, que al final la puja se ejerció sobre los pastizales para el ganado. Entonces, buena parte de la propiedad atacameña pasó a manos extranjeras o de pocos hacendados ya involucrados con el negocio a gran escala del flete de ganado. Esto trajo a lo menos un notable desarrollo en términos de concentración de los primeros capitales en la cabecera de San Pedro de Atacama, ya avanzado el siglo XIX, en el umbral de la Guerra del Pacífico.

CARACTERÍSTICAS GENERALES DE LA POBLACIÓN

Las comunidades atacameñas heredaron del régimen colonial su relación de vasallaje y la idea de un fisco opresor, situación que se transfirió en gran medida al comienzo republicano. En estos tiempos no surgía aún la posibilidad de que el Estado pudiera generar recursos sin apoyarse tan exclusivamente en la tributación. Por otro lado, las familias de ancestro español y criollo, incluyendo ciertos mestizos, algo así como por derecho propio, representaban *status* y poder. Al tanto que entre la comunidad india se reconocían sus derechos de tierra y ganado, se jerarquizaban los caciques y sus familias, quienes presentaban importantes bienes y tierras, pero el estigma de ser indios los colocaba en una situación racial y cultural muy secundaria. Es decir, el sistema de casta fue muy conservador y persistente entre la población de la región atacameña aun durante el siglo pasado (Fig. 81).

A comienzos de este período ya se destacan algunos grupos sociales más independientes y con mayor gestión en términos del gremio de artesanos, radicados en los pueblos principales: carpinteros, sastres, albañiles, herreros, talabarteros, etc. Éstos solían comportarse con mayor libertad y podría decirse que advertían de alguna manera que tanto el comercio como la minería y el nuevo estilo de vida urbano crecerían considerablemente. Sí, es cierto, los pequeños comerciantes como los "tenderos" podían endeudar a los arrieros, éstos a su vez lograban endeudar a los agricultores, de tal modo que el destino de las comunidades campesinas, por su estilo de vida más conservador, se sumía gradualmente en la incertidumbre frente a un tiempo de cambios representados por las actividades comerciales y mineras, aún incipientes, pero deslumbrantes a la vez.

AGRICULTORES

Se debe al Gobernador Aramayo el incentivo para ampliar las zonas de cultivos en los oasis atacameños por el año 1826, tras la oferta de tierras, bueyes y arados, en especial divulgando la técnica de colocar las sementeras



“bajo de tapia”. Es decir, que los cultivos se dispongan al interior de los muros o tapias, tal como se ven en la actualidad.

Desde esta época comienzan a incrementarse los *topos* de alfalfa “bajo tapia”, una inteligente solución española para abrigar zonas de cultivos limitados por muros o tapias de adobones que crean ambientes cálidos, protegidos de vientos y heladas; es decir, crean “microclimas” más atenuados, comunes hoy en día en el paisaje de los *ayllos* de San Pedro. Por este tiempo recién se iniciaba la técnica de tapias en Calama, pero tanto en Calama como en los *ayllos* de San Pedro, el Gobernador Aramayo distribuía semillas de alfalfa para los *topos* con tapias. Sin duda que ya eran importantes los potreros de alfalfa bien tapiados, paralelo a las *chacras* con cultivos para consumo humano: maíz, trigo y frutales. En toda la provincia de Atacama existían en el año 1832, 157 tapias de alfalfa, 180 de maíz y 189 de trigo, es decir, un equilibrio superior a la actual distribución de cultivos entre todos los *ayllos* de San Pedro. Pero, también por este mismo año ya se traían densas cargas de semillas de alfalfa para incrementar su producción en relación directa con el avance de las labores de arriería y engorde de ganado.

En los *ayllos* de San Pedro, los llamados “adelantamientos” de los sembríos era más efectivos por la mejor tradición agraria. Por el año 1832 los

Figura 81
Dibujo de aymará y atacameño (con flecha) en posible trato de trueque (mediados del siglo pasado) (d'Ans, 1976).

predios se ven bien marcados y protegidos por tapias. Se incrementó la mantención de recuas de mulares de arriería, de modo que la población: “gana una subsistencia abundante viviendo tranquilos y gustosos en medio de la paz y el orden que gozan” según la observación del Gobernador Dorado. Se habla de un interés excepcional por la siembra de frutales, cepas y legumbres. En Toconao se incrementa su producción a raíz de un microclima más favorable a los frutales, que fue exitoso desde el régimen colonial.

Entre los reacios agricultores de Calama también ya se advierte un caso a lo menos con notables siembras de papas, ajíes, alfalfa y quinua, en suelos aún vírgenes. Aunque las propiedades cultivadas eran pequeñas “sin hacendados”, las comunidades atacameñas hacían posible la autosuficiencia en términos de alimentación proveniente de la tierra. En este sentido cobra valor el juicio del historiador Cajías: “...si el Estado no puede sembrar más, menos puede hacerlo una de las comunidades indígenas más pobres de la república...”. Esto refleja el espíritu proteccionista del gobierno boliviano de ese entonces, en torno a la productividad de la propiedad agraria, puesto que el resurgimiento campesino no podía apoyarse exclusivamente en los más desposeídos y aún obligados a la carga tributal, que ya salían extenuados y empobrecidos del régimen español (Fig. 82).

Los campesinos nativos vivían en el medio de los cambios políticos, alterados por el régimen opresor colonial y republicano incipiente, y por cierto que requerían de apoyo. Los arrieros eran más autónomos con mayor “iniciativa privada”; los negociantes de ganado eran más empresarios, en especial los argentinos de Salta y Catamarca. Todos con intereses e ideales opuestos, cohabitando un territorio común que daba más ventajas a los gremios y negociantes vinculados con el tráfico de vacunos. En el año 1823



Figura 82
Trilla empedrada de
Quitor.

ya se advierte levemente que las prácticas agrícolas, a modo de cultivos de alimentos, han disminuido, perdiéndose ese equilibrio entre crianza y *chacras* que había tipificado el tiempo preespañol y aún, en parte, el régimen colonial. Ahora el dominio de las labores de arriería y engorde de animales era creciente tanto en Calama como en los oasis de San Pedro.

En el caso de Calama se intentó bloquear el acceso de las aguas saladas para incentivar los cultivos, a raíz de la visita de Santa Cruz, pero estas aguas humedecían las "ciénagas" de Calama que permitían abundante forraje. De modo que cuando se desvió el caudal de la discordia hacia Guacate, comenzó a secarse la vega calameña y desde ya se procedió a la venta de las mulas entre arrieros muy enfadados por una medida que afectaba a cerca de 1.000 vacas y 1.000 a 2.000 mulares y burros. En consecuencia, decayó el arreo de mercaderías y cargas entre Cobija y Potosí. Dentro de esta crisis se sugería que la mejor medida era desviar el río Salado de modo que Calama llegara a ser algo más que un mero lugar de pastaje, dando lugar a frutales, trigales y cebadales. Al final venció la presión de los arrieros que aspiraban a mantener el "pasto de ciénaga", que era más útil para las recuas de carga. Estos arrieros en un trabajo mancomunado devolvieron el agua a la "ciénaga" con herramientas y *coca* otorgada por el gobierno, y de nuevo el pasto natural calameño cobijó a los densos arreos del tráfico a Potosí.

Queda fuera de duda que en toda la comarca, las labores agrarias tradicionales (ejs. maíz, quinua, etc.), fueron sobrepasadas por los potreros de alfalfa y por fin ocurrió un aumento consecuente en la cría de corderos, los que gradualmente dominaron sobre los rebaños de llamas de la población nativa.

GANADEROS

Ya en los albores de la república boliviana (1831), cuando el Gobierno de Sucre, se distribuyeron terrenos en los oasis de Atacama, incluso a ciertos ganaderos argentinos, pero algunos vecinos lograron apropiarse legalmente de amplias extensiones de tierras y de cuotas no menos significativas de animales. Se continuaba así una campaña de fomento estatal a las labores agrarias y ganaderas, prolongándose la política de Sucre, pero ésta no logró resolver el agudo problema de racionalizar y hacer más eficiente el regadío.

Por el año 1831 los propietarios de los grandes terrenos que habían sido apropiados con fines expansivos, pero que no eran cultivados, negaban la posibilidad de que comerciantes y arrieros de Tarapacá y Salta instalaran postas y alfalfaes de apoyo a lo largo de la ruta del ganado por los oasis atacameños. Es decir, la distribución de tierras no había considerado el flujo de ganado por vías de bien público obstaculizándose el desarrollo del tráfico de animales, cuando aún ni se entreveía bien el efecto económico ventajoso de este nuevo negocio "no tradicional".

Durante el año 1827, vecinos ganaderos de Salta ya comienzan a solicitar al gobierno boliviano terrenos eriazos o no útiles para el traslado de sus recuas. Al respecto, el Gobernador Aramayo no accedió a entregar "potreros" o vegas que, a su juicio, deberían ser para los vecinos bolivianos y no para extranjeros. Al respecto recordaba que habían potreros al otro lado de la cordillera: Pasto Chico y Grande, Catua, etc., algunos con poca gente, otros despoblados como Jama, Levero, Vaso Negro, etc. Se trataba de evitar que recuas ajenas "invernen" en pastizales como Quetena, en donde llegan

arreos de Atacama que mueven las mercaderías hacia las ciudades del altiplano. Como potrero de uso público y paso obligado del tráfico, mal podría asignarse esta vega a un solo individuo.

Por otra parte, el curato de San Pedro tenía en sí muchos potreros y vegas en la cordillera, hacia donde los ganaderos argentinos llevaban a "invernarse" sus recuas, en la primera "escala" antes de subirlos al interior: Carachapampa, Piñón, Peñas Chicas, José, Colorados, Las Postas, Cortadura, Oyre, Quebrada del Diablo, Guinare, Potrero Grande, Botizuela y otros, todos con capacidad para atraer aún más ganado. El flujo de animales argentinos fue creciendo de manera que, en el año 1829, ya han entrado a potreros de Atacama: 100 mulas de Salta, 600 burros de Catamarca y se esperaban 800 mulas mansas del mismo valle, todas aparejadas. Puede advertirse que desde los tiempos de Cañete (1787), cuando casi sólo se conocían los filetes de vicuñas, ahora hay en Atacama: 645 vacas, 4.971 corderos, 723 cabras, 25 cerdos y 1.015 llamas... Se suman 378 caballos y yeguas, más 1.005 mulas y 1.875 burros... En suma, el arreo y la mantención del ganado argentino vino a ampliar y superar la crianza de llamas y corderos a cargo de los pastores nativos (Fig. 83).

Durante el período boliviano los *ayllos* atacameños continuaban con su tradicional división de "potreros", en donde pastaban mulares y corderos. Ya en el año 1851 los mulares argentinos "invernaban" en estos pastizales, antes de ser trasladados a Bolivia, Perú y Copiapó. En esta época los potreros atacameños eran prestigiosos, puesto que la combinación entre aguas salobres y abundante alfalfa permitía que en un plazo de 60 días el ganado quedara completamente engordado.

En efecto, la arriería con Argentina a través de los pueblos atacameños alcanzó, por el año 1839, un valor de mercaderías cercano a \$ 44.200, elevándose el monto gradualmente. Por otro lado, existía un comercio "informal" de víveres entre los pueblos atacameños limítrofes con las provincias del norte argentino. En principio, cuando se gesta la república boliviana, el ganado vacuno y mular era traído desde Argentina; hacia el año 1833 esto persistía paralelo al hecho de que los indígenas de ambos lados de la cordillera intercambiaban con recursos tradicionales. Los trasandinos de Rinconada y pueblos cercanos traían cargas de charqui, grasa y cebo. Los atacameños les entregaban a su vez, alcaparrosa, una sal de ácido sulfúrico y cobre aplicada en medicina nativa y tintorería, además de alumbre y pieles de vicuña. Estos bienes se intercambiaban incluso con vecinos de Perú y Chile. Es decir, paralelo al "negocio" del ganado, una parte de la población atacameña, pastores tradicionales, seguían trashumando corderos y llamas hacia la cordillera, junto con sus típicas operaciones de trueque y comercio fronterizo que los funcionarios aduaneros modernos aún llaman "contrabando".

MINEROS

Ya en este período la extracción de cobre era importante. Se sabe que durante la colonia se enviaba este metal hacia la Casa de Moneda de Potosí como componente de la acuñación o para elaborar elementos de molienda. Por el año 1831 aparecen referencias sobre los minerales de Chuquicamata, aunque estas minas ya funcionaron durante las guerras de la independencia, aumentándose gradualmente las concesiones mineras en las serranías de

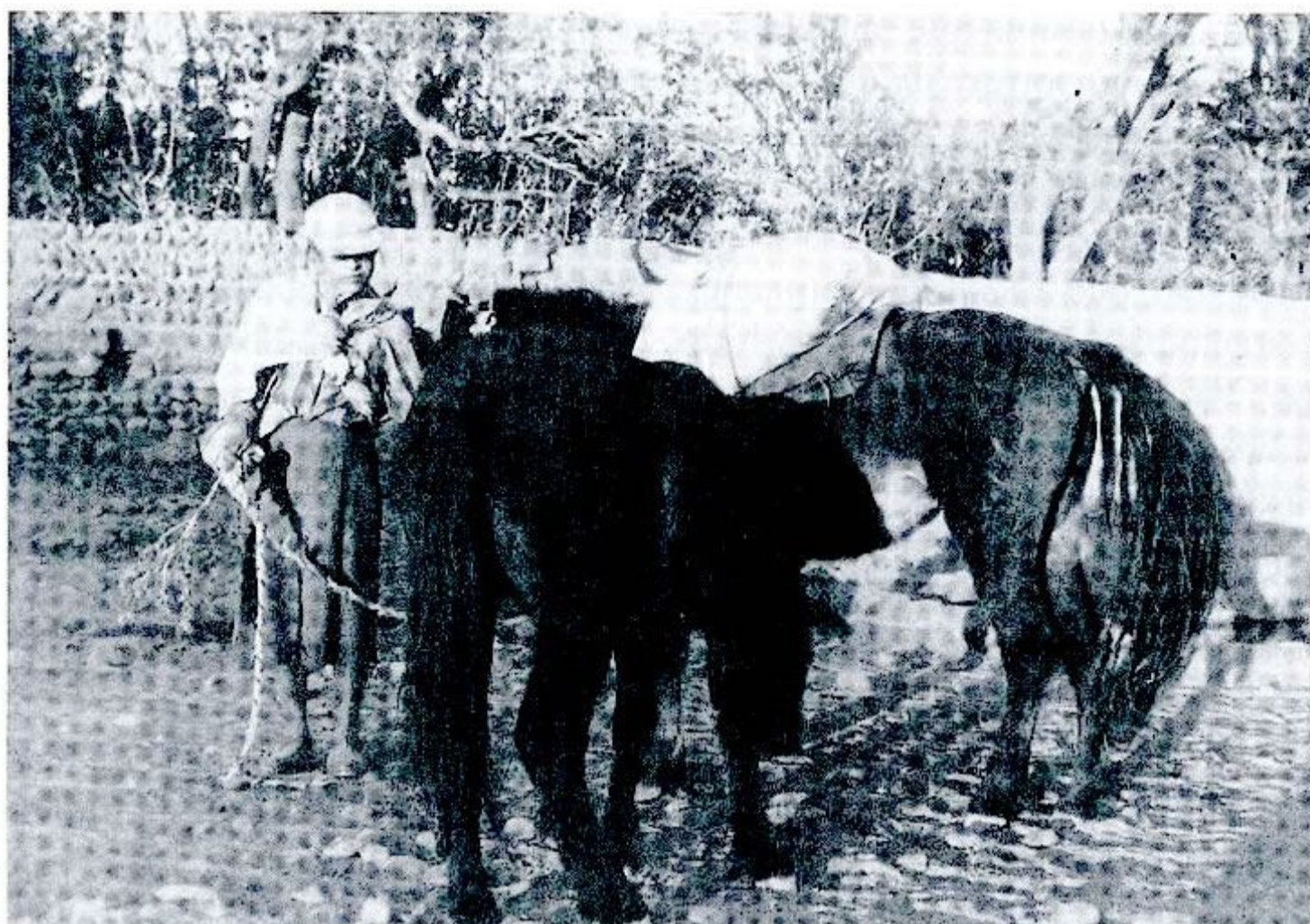


Figura 83
Pastora y crianza de
corderos.



Atacama, hasta culminar en la década de 1830-1840 con un auge minero sostenido.

El cobre comenzó a exportarse por Cobija hasta escasear en el propio Potosí constatándose serios reclamos. Luego, las labores cupríferas se extendieron hacia la serranía de la costa entre Gatico y Mejillones, dándose más actividad al puerto de Cobija. Hacia estas incipientes labores mineras se vuelcan muchos de los arrieros atacameños y, aunque no hay documentos

muy explícitos de este período, el gremio de mineros de naturaleza india y mestiza debió iniciar un rol significativo, como un nuevo estamento social que más tarde llegará a alcanzar gran notoriedad a nivel regional. En fotos de la mina Restauradora de Chuquicamata, por el año 1899, los mineros son andinos y portan aún el tradicional “culero” de cuero.

Para sostener la conexión con Cobija se solicitó a los gobernadores de Lípez y Atacama que se implantaran cultivos forrajeros para asegurar el paso de los arrieros y comerciantes, junto a las posadas del camino de “herradura” (mulares). Ya en esta época el mismo gobierno boliviano se encargó de repartir semillas de alfalfa y mulas mansas, de tal modo que la práctica de la arriería quedaba muy tempranamente estimulada en la región. Por el año 1828 se observa un notable interés por estas labores, al punto de que en Calama, gran parte del vecindario era básicamente de arrieros con 3 ó 4 mulas cada uno. Por otra parte, una de las primeras medidas “idealistas” de Bolívar y Sucre fue terminar con el abuso de tributos y servicios personales que blancos y mestizos hacían de los indios. No obstante, emergió el abuso de las rentas. Por ejemplo, ante la carencia de indios “postillones” o nativos que trasladaban el correo, se tomaron medidas especiales para asegurar las comunicaciones con las provincias de Chayante, Lípez y Atacama, incluyendo a arrieros rentados. Era evidente que se buscaba tener expedito, tanto el traslado de mercadería y metales, como el sistema de comunicaciones y esto fue comprendido por los arrieros y baqueanos, quienes impusieron rentas más satisfactorias.

De modo que la labor de arriería comenzó a ser cada vez más dominante, en especial por Calama, en donde las recuas pasaban y se detenían como zona de refresco obligado en la ruta hacia Cobija. En el año 1830, aunque Calama podía sostener más cultivos, sólo se usaban las vegas para la mantención de ganado, puesto que sus escasos habitantes se dedicaban más a la arriería y a la cría de burros para fines similares. Hasta aquí llegaban las cargas de Cobija a través de los atacameños y desde aquí se hacían otros tratos para conducirlos hacia el altiplano. Se sabe precisamente que eran arrieros calameños y de los oasis de Atacama los que cubrían el tráfico desde Cobija a Calama, ascendiendo y descendiendo la abrupta cordillera de la Costa y ese calcinante desierto que les era conocido desde tiempos inmemoriales... (Fig. 84).

Ya por el año 1830 se habían construido varias “postas” de la ruta a Cobija, en especial aquellas ubicadas en la fría altiplanicie de Ascotán, Santa Bárbara y Polapi, para cuya travesía siempre era difícil tratar arrieros en Calama. El coronel Gaspar de Aramayo, radicado en San Pedro, había logrado organizar nada menos que nueve *tambos* equidistantes como en los tiempos inkas... donde habitaban los “maestros de postas” que daban víveres y forraje a los traficantes.

Todo se percibía en relación al tráfico entre Cobija y Potosí, el mayor centro boliviano productor de plata, de modo que la necesidad de animales de carga se hizo más evidente. En el año 1829 se arriaron mulas de Salta y burros de Catamarca. Por ejemplo, en 1830 se negociaba el arribo de 800 mulas, las cuales se repartieron para fomentar, a nivel de gobierno, la arriería entre los indígenas locales. En efecto, en el año 1838 se llegaron a

Figura 84
Potreros con mulares y
bovinos en San Pedro
de Atacama.



censar 8.000 animales de carga en toda la provincia, para el traslado de mercancías fletadas a bajo costo hacia Potosí, por cierto a cargo de la población indígena, bajo el beneplácito de los comerciantes y “especuladores” que vislumbraban grandes negocios a raíz del crecimiento del puerto de Cobija, que integraba productos llegados de Perú, Chile y Europa.

Se recordará que los indios atacameños, por vieja tradición, eran cazadores de vicuñas, incluso su uso y consumo era dominante aún a fines del siglo XVIII, compartido con los vecinos de Salta. A comienzos de la república boliviana, continuaba su cacería intensiva en la cordillera. Precisamente, el Gobernador Aramayo acogió la queja de los nativos en torno a la prohibición ordenada por el gobierno en el año 1827. Por lo mismo, se solicitó que los atacameños pobres pudieran continuar con la caza de vicuñas y chinchillas. Parece muy seguro que había familias dedicadas exclusivamente a estas labores, de ancestro preespañol, en especial por aquellos que habían perdido sus derechos sobre tierras de labranza. Efectivamente, su carne era para consumo local, pero las pieles de chinchillas se acumulaban para su comercialización. El gobierno aceptó esta reclamación y autorizó a los indios lípez y atacameños para volver a estas prácticas, salvo en la estación de nacimiento y cría, para evitar su exterminio. Como los comerciantes de Cobija y de Argentina comenzaron a exportar pieles de chinchilla, se inició un notable incremento de su cacería, hasta que un decreto del año 1832 la prohibió sólo por tres años, a raíz de su virtual extinción. No obstante, surgieron varios resquicios legales, como aquellos que sostenían que las pieles provenían de Argentina... Aunque hubo períodos intercalados de prohibición, en la práctica se dejó abierta la posibilidad de que atacameños y lipecinos continuaran con esta práctica a fin de apoyarlos en su lucha por la subsistencia. Recién a comienzo de este siglo XX se inició la crianza de chinchilla

CAZADORES

en el sofisticado establecimiento de Conchi, con una empresa que se orientó a la exportación, lo que también intensificó a más escala su peligro de extinción. Por otra parte, sólo en la última década de nuestro tiempo se ha logrado preservar a las vicuñas de una casi segura extinción, gracias a los objetivos de una organización estatal, que paralelamente terminó también con la irracional extracción de los huevos de parina (CONAF).

RELIGIOSOS

Las obras de los misioneros continuaron siendo efectivas durante el período boliviano. Las labores en la iglesia de San Pedro se ayudaban de jóvenes que pagaban su tributo con servicio personal. Pero los religiosos no sólo ejercían en los pueblos, sino que salían en misiones a lugares donde se les requería, a lo menos una vez al año, para los ceremoniales más significativos. Un misionero se constata en el año 1830 en "Choquecamata", tal vez un pequeño laborío de cobre en donde hoy radica la principal mina, esta vez a "tajo abierto" del norte chileno.

Los presbíteros en esta época, junto con sus labores católicas, asumieron roles políticos muy coyunturales, al punto de que varios fueron diputados y senadores electos. Ejercían fuerte influencia en la comunidad atacameña, puesto que se arraigaban en la juventud al tomar a su cargo el total de las labores educacionales. En el año 1833 se inauguró la escuela de San Pedro por iniciativa del mariscal Santa Cruz, quien traía la "ilustración" al desierto después del recordado Corregidor español Argumaniz... Los "curas" fomentaban además, la idea de progreso y comercio de acuerdo a las nuevas expectativas del tráfico trasandino y costeño (Cobija). No hubo acto público, como la muerte de Bolívar o la nueva constitución, que no fuera celebrado con misa solemne. No pudo faltar el inevitable conflicto de poderes entre religiosos y el gobernador de San Pedro de Atacama precisamente por un *Te-Deum* no ofrecido a tiempo... (Fig. 85).

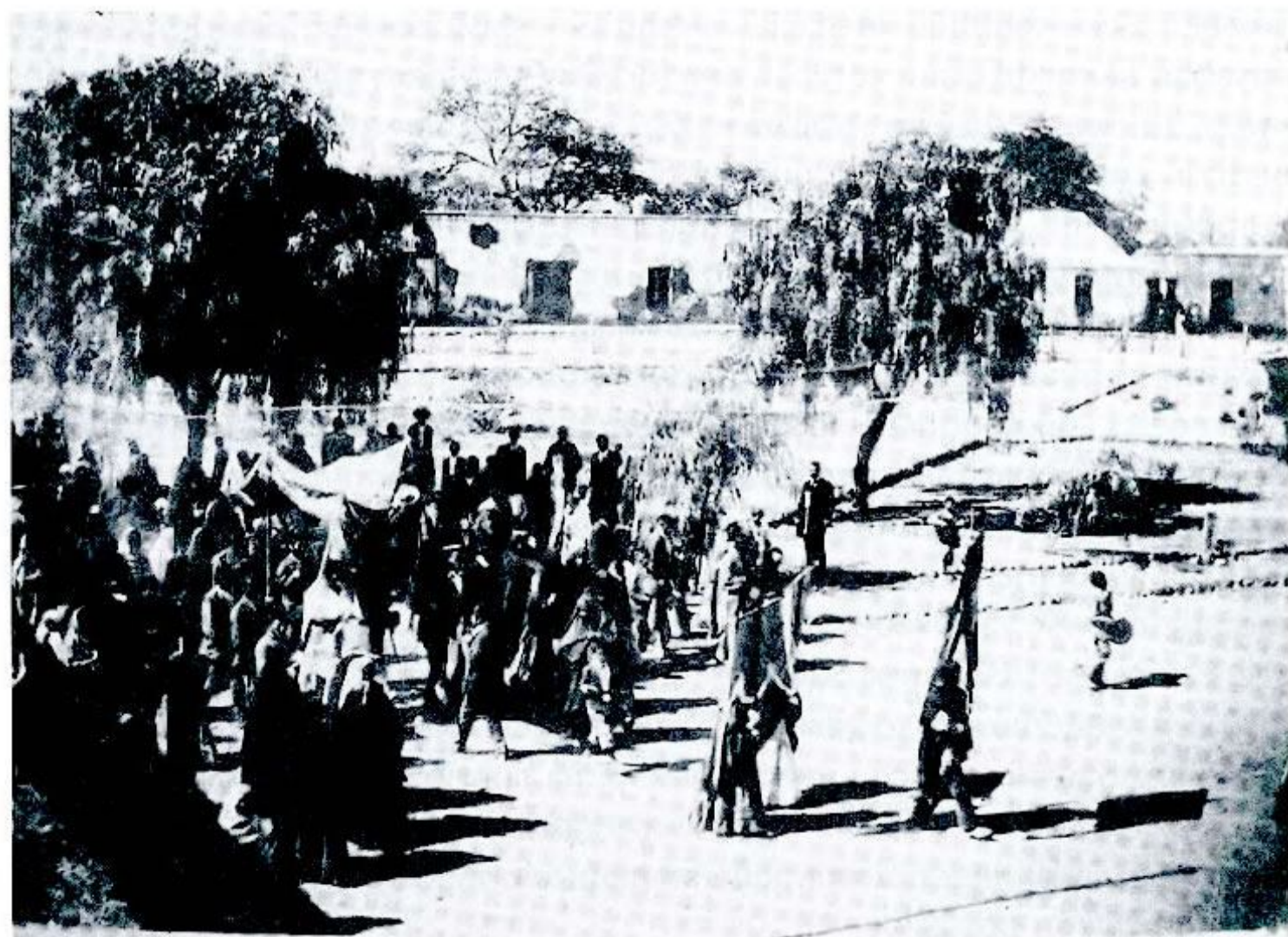


Figura 85
Procesión del Espíritu Santo frente a la plaza de San Pedro de Atacama (1900). Foto gentileza familia Eva Siare.

LA POBLACIÓN Y SUS TENSIONES FRONTERIZAS

San Pedro de Atacama era por el año 1833, un pueblo caracterizado por su población indígena, aunque se acepta que algunas familias de hacendados, como los Abaroa, mantuvieron su prestigio tanto en Calama como en San Pedro desde los últimos años coloniales, es decir, eran de ancestro hispano-criollos. La cercanía de San Pedro a Argentina le dio bastante movilidad comercial y cierta independencia, mientras que Calama y Chiu-Chiu se adozaban más directamente al tráfico de Cobija, con menos vínculos con la vertiente argentina.

SAN PEDRO DE
ATACAMA (1833)

Esta dependencia a Cobija fue beneficiosa en tanto que la población de Calama crecía notablemente. En el año 1833 ya contaba con 34 casas de las cuales 12 se habían construido sólo en el año anterior. Contaba con una iglesia de data colonial, el panteón, un molino, y por qué no también, un billar para el recreo de los arrieros y comerciantes de paso. Sí, también los habitantes de Chiu-Chiu tendían a su reorganización como pueblo, retomándose el cuidado del trazado de alarife, de data hispana, colocándose las calles con "regularidad"; incluso Calama ya comienza a urbanizarse, superando la vieja villa dispersa, de ancestro colonial, localizada en Chunchur o Chunchuri, en las vegas cercanas a la actual fábrica de explosivos, donde antes se había localizado la población india.

En el año 1840 la provincia de Atacama contaba con 2.140 habitantes, siendo 382 blancos y 1.758 indios dedicados a labores de arriería, ganadería y agricultura, población total que parece ceñirse en verdad sólo a Atacama la Alta con su centro administrativo en San Pedro.

La relativa calma rural del comienzo de la república se vio afectada, sin embargo, por varios sucesos fronterizos. Por el año 1830 la región atacameña era frecuentada por refugiados políticos argentinos de las "Provincias del Norte". Pero también lo hacían arrieros y pastores que estacionalmente pasaban la cordillera a ofrecer productos y servicios, en especial entre los *ayllos* de San Pedro de Atacama. Es fácil imaginar todo el desajuste que ocurrió cuando se ordenó que todo extranjero debía presentarse con su respectivo "pasaporte". De inmediato el propio Gobernador de Atacama solicitó un régimen de excepción para los indígenas trascordilleranos de la Rinconada, Cachi y otros oasis y valles cercanos, que llegaban a San Pedro a trocar *charqui*, cebo y grasa. Éstos, después de pocos días regresaban a sus querencias con productos locales; también venían hasta Cobija otros argentinos, esta vez para ofrecer los servicios de arreos, ganado y aun negocios de exportación, en tanto este puerto se observaba como la "puerta" más cercana al pacífico. Era sin duda evidente que las fronteras eran más "blandas" de todo lo esperado.

CONFLICTOS
FRONTERIZOS

Por el año 1831 una nube de tensión cubrió la comarca, en especial al litoral. La amenaza de guerra con Perú era cierta. En el año 1835 el mariscal boliviano Santa Cruz comenzó la campaña contra los generales peruanos Gamarra y Salaverry. Este último ocupó y bombardeó Cobija y tras la niebla de la guerra la región atacameña se mantuvo inactiva bajo el efecto de su reorganización posterior.

Sin duda alguna que durante el período boliviano la población de la Provincia de Atacama fue sometida a tensiones bélicas muy cercanas unas de otras, con todo el deterioro que implican los tiempos de guerra. El conflicto de la Confederación Peruano-Boliviana (1837) significó la ocupación de Cobija por la escuadra chilena. Por otra parte, los argentinos coparon el resto de la provincia haciendo prisioneras a autoridades políticas y religiosas. Venían en piquetes reducidos que eran esperados por tropas bolivianas o “nacionales” en Conchi y Chiu-Chiu. La población nativa no salía de su estupor ante tantos movimientos militares, noticias de invasiones por fronteras que cada vez eran distintas de las ya conocidas y ciertamente más vulnerables.

La ocupación de argentinos y chilenos sobre la Provincia de Atacama en el año 1837 se sumó a los conflictos internos entre comerciantes y el gobernador, de modo que tantas tribulaciones políticas y militares culminaron en este período. Se sumó la “revolución de Ángel Aragón”, un argentino que, al parecer aliado a caudillos atacameños, intentó apoderarse de varios pueblos y asesinar sacerdotes y comerciantes, hasta planear el robo de las remesas de plata de Potosí a Cobija. Es éste un episodio que parece ocultar una insurrección india frustrada, de carácter reivindicativo, a raíz del persistente abuso del cobro de tributos y del exceso de peonaje o servicios personales, de lo cual poco se sabe con certeza. A lo menos, el anuncio del desvío de las remesas repercutió negativamente entre los arrieros del tráfico a Potosí. Entre los años 1838 y 1839 se vivió de nuevo la tensión de “vienen argentinos”, esta vez eran los vencidos por los santiagueños y luego aquellos bolivianos exiliados adictos al tirano Santa Cruz.

En los albores de la Guerra del Pacífico (1879) la región atacameña seguía alterada por los sucesos limítrofes. Con seguridad que el siguiente juicio de Bertrand, escrito por el año 1885, resume muy bien la situación: “Siempre han repercutido allí los ecos de todas las revoluciones parciales o generales, desde la lucha de la independencia i la reconquista española hasta las del caudillo Carrasco en 1875, i las pérdidas en tales casos han sido siempre los infelices propietarios indígenas, que tenían que suministrar el forraje gratuitamente a los invasores”...

Antes de la Guerra del Pacífico, por orden del gobierno chileno, un notable científico merodeó por los oasis. El paso por San Pedro del naturalista Phillippi (1853-4) permite conocer una de las pocas descripciones que logran visualizar lo que ocurría aquí a mediados del siglo XIX, inmediatamente antes del auge cuprero y salitrero. Es claro que lo observado es una situación postcolonial basada en el comercio y fletes de arriería, aún no convulsionado por lo que será después el enjambre del flujo del ganado argentino. Señala Phillippi:

ABASTECIMIENTO
EN SAN PEDRO
(1853)

...“La plaza de Atacama no es muy bien abastecida. El ganado vacuno viene de las provincias argentinas, sin embargo, se encuentra casi todos los días carne de vaca fresca. De vez en cuando hay carne de llama, las que vienen de algunos valles en el camino de Potosí. Más común es la carne de carnero, a pesar de que los rebaños de ovejas no se tienen en las inmediaciones del pueblo, sino a bastante distancia en la cordillera, donde hay aguadas con pasto. De tiempo en tiempo, los cazadores traen carne de

guanaco y de vicuña. Las gallinas y los huevos escasean y la leche es aún más escasa. Hay solamente pocos vecinos ricos que mantienen una vaca lechera para su propio uso y venden la leche. Hay suficiente harina para el consumo y que viene de las provincias argentina, sin embargo, creo no haber podido conseguir la harina necesaria para mi vuelta a Copiapó. No hay panaderos, pero muchos particulares venden pan. Es raro encontrar verduras en la plaza, a lo sumo zapallos y maíz, aún las papas son escasas; no he visto ni quinoa, ni oca, que se cultivan en los lugares elevados de Bolivia. De frutas europeas hay sólo peras, higos y uvas. Las brevas y las uvas no estaban todavía maduras pero había mucha abundancia de peras, son amarillas, de mediano tamaño, parecidas al *beurré blanc* de los franceses, y no tienen semillas. Las frutas del algarrobo y del chañar son de mucha importancia, sirviendo de alimento a los hombres y a los animales. El fruto del chañar es amarillo cuando maduro, lo vi sólo verde y seco; en este estado la carne tiene un sabor algo parecido al dátil, pero es más dura, fibrosa y no se separa del hueso, este se recoge con cuidado, se muele y la harina sirve de alimento para las mulas y las gallinas, como los huesillos del dátil en muchas partes de Arabia”...

...“No se cultiva otro grano que cevada para las mulas; pero los alfalfaes ocupan la mayor parte del terreno cultivable siendo el transporte de las mercaderías de Cobija a las provincias argentinas a Salta, Jujui, Tarija, la ocupación principal de los atacameños” ...“por eso hay tantas mulas en Atacama y la tercera parte de los habitantes creo son arrieros. Los animales no se crían aquí, se compran de los argentinos ...se ven muy pocos caballos porque estos animales no son tan aptos para el desierto como las mulas que se contentan con cualquiera clase de pasto”... (Fig. 86).

...“No hay industria ninguna en Atacama; no hay carpinteros, cerrajeros, ni médico ni boticario. Los vestidos son de lana de llama o de ovejas, y se tejen por las mujeres que saben teñirlos muy bien. Para el color azul sirve el añil, para el rojo la grana, para el amarillo una planta indígena, llamada Fique que no he visto. La grana es una especie de cochinilla que viene de las provincias de la otra banda, principalmente de Santiago del Estero, y es un animal parecido sino idéntico con la cochinilla del Méjico y que vive igualmente en los quiscos... Se muelen en piedras lisas hasta dar una pasta de la cual se forman tablitas que se ensartan para secarlas y venderlas. Ponchos enteramente colorados o colorados con rayas blancas son muy a la moda”...

...“Calles regulares se encuentran solamente cerca de la plaza, que está precisamente situada en la extremidad nordeste de la población: son derechas y cruzan en ángulo recto. Las casas mejores tienen veredas empedradas. En los demás de la población hay sólo caminos en vez de calles regulares, y las casas son distantes, rodeadas de huertas y campos, y a veces separadas por un trecho de desierto. Se hallan todas a poca distancia del río de Atacama, cuyas aguas se agotan por los riegos antes de alcanzar a la laguna. Por eso el pueblo tiene más de legua y media de largo y sin embargo no tiene más de dos a tres mil almas. Está dividido en 5 ayillos y hay un alcalde a la cabeza de cada ayillo, cuya insignia es un bastón con botón de plata...”.

...“Las casas son sin excepción de un solo piso y construidas de barro,

LABORES
EN SAN PEDRO
(1853)

ARQUITECTURA
DE SAN PEDRO
(1853)

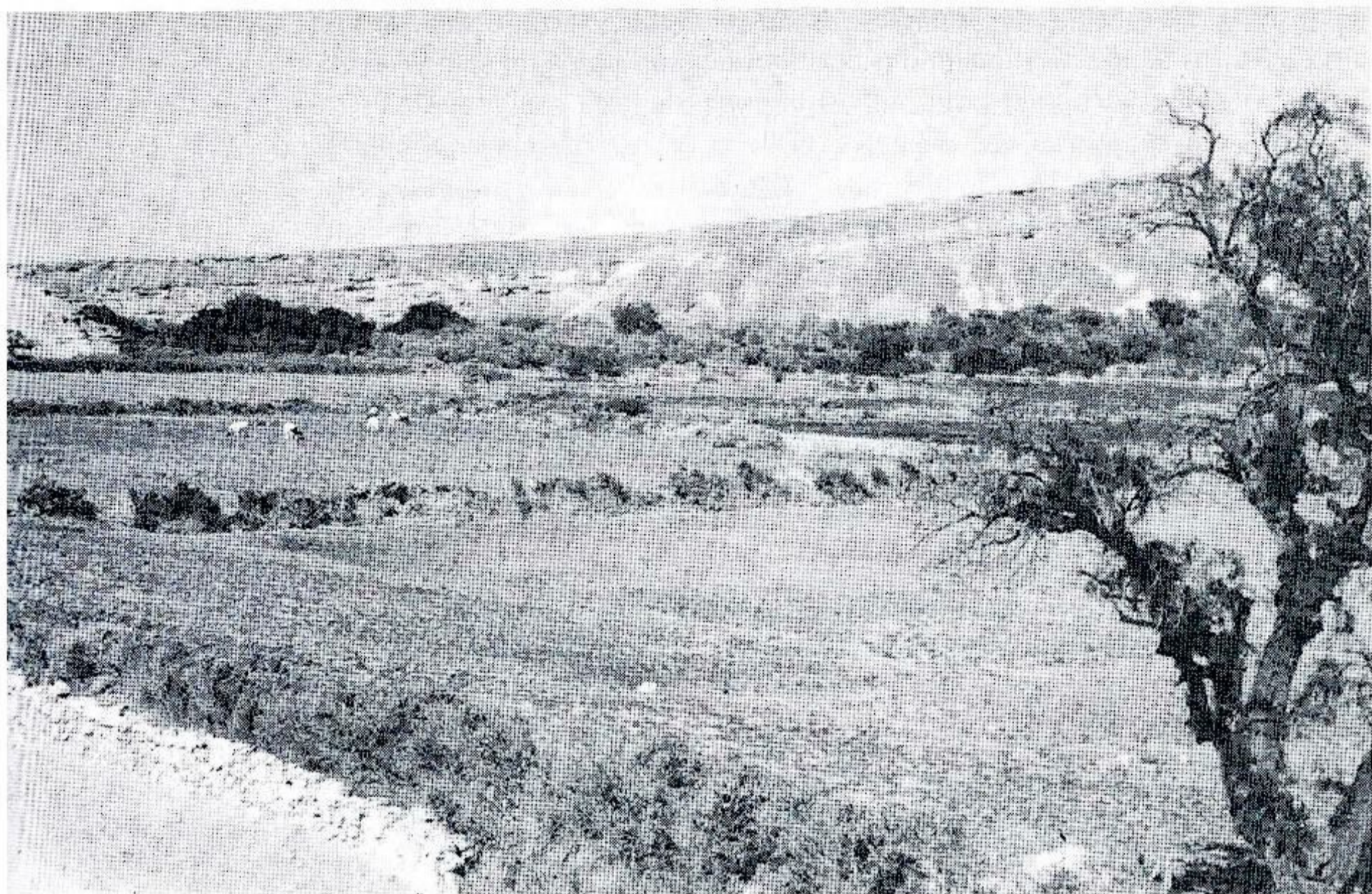


Figura 86
Potrero con vacunos y atacameños en la *minga* de trigo (nótese la cruz de espigas) (Foto gentileza de B. Muñoz).

hay muy pocas hechas de adobes; sólo las personas decentes las hacen blanquear, los techos son inclinados, sus tijerales son palos de chañar o de algarrobo, sobre la cinta se pone una capa doble de brea y encima de éste, barro. He visto ventanas sólo en una casa de la plaza de la cual no habían quedado sino las murallas. El piso es el suelo natural. Muchas puertas son hechas de madera de quisco... El palacio no es de una construcción mucho mejor. Si queremos juzgar de estos edificios no debemos olvidar, que no hay madera ninguna en todo el país que es preciso llevar madera de Europa, Chile, Norteamérica o California a Cobija y transportarla enseguida a lomo de mula a Atacama por un camino de 70 leguas”...

Phillippi vivió en una de estas casas que llama de barro, sin especificar si eran como aquellas elaboradas en *quincha* (barro con estructura de postes y brea) o específicamente de adobe. Si lo que él llama casas de barro eran las de adobe habría que aceptar que la mayoría era de este tipo y unas pocas construidas propiamente de *quincha*. La casa en cuestión se componía de tres cuartos, el dormitorio, un comedor y finalmente la despensa. El comedor no estaba techado completamente y al tener un rincón con un algarrobo es casi seguro que se trata de una vivienda rural, con lugares donde el sol se filtra tenuamente generando ambientes cálidos y filtrados aptos para almorzar todo el año casi al aire libre. Bajo una larga pared destaca un *poyo* de barro equivalente a una gran bancada hacia la cual se había arrimado una mesa. Destaca aquellos típicos corredores exteriores suficientemente aireados, asociados a sombras de chañares y algarrobos, cuya protección conducía por un pasadizo de dos tapias paralelas al corral propiamente tal, ubicado junto a un “alfal” (alfalfal). Aquí en el comedor sombreado, Phillippi probó las tradicionales peras y la cazuela de cordero criado con la excelente alfalfa de los potreros de San Pedro (Fig. 87).

En estas casas no reconoció otros insectos que no fueran las infames *vinchucas*. Su espíritu germano quedó expuesto en aquel amanecer en que



Figura 87
Croquis de casa rural de
Quito (gentileza Arq.
J. Guerra).

contó 41 en su cama, siendo su única preocupación el saber a qué especies pertenecían...

POBLACIÓN
(1853)

Reconoce Phillippi que en San Pedro de Atacama hay pocas personas de rasgos europeos, en su mayoría negociantes argentinos que se habían exiliado en el año 1840 a raíz de la dictadura de Rosas. Al observar a los nativos le llamó la atención ese color más oscuro en relación al tono cobrizo de otros indígenas americanos. Describe sus estaturas bajas con frente aplastadas, nariz chata, ancha y maxilares prominentes. Reconoció la existencia del idioma atacameño, que en esa época aún era hablado por 3.000 a 4.000 personas, básicamente en San Pedro de Atacama, Toconao, Soncor, Socaire, Peine, Antofagasta de la Sierra, incluyendo algunos sectores de Chiu-Chiu y, más antes, algunos grupos de Calama. Ya en esta época sólo las personas más ancianas lo hablaban con soltura a pesar de que él reconoce que es una lengua "áspera" a consecuencia del exceso de consonantes guturales.

MINERÍA
(1853)

A su paso por San Pedro, Phillippi visitó la mina de cobre de San Bartolo ubicada unos 30 km valle arriba. Allí encontró una pequeña instalación compuesta de un recinto con mostrador, un pequeño horno de ensayo y un catre de mampostería. A su lado había una cocina sin techo. Otro recinto era el almacén y dormitorio para los arrieros y a su lado el horno propiamente tal.

Observó además, que los antiguos atacameños ya habían explotado esta mina (cobre rojo y malaquita) puesto que se habían encontrado *combos* o martillos de cobre, y en esa misma oportunidad el mismo estudioso encontró una pala de madera y un chuzo de algarrobo impregnado de sales de cobre. También existía un trapiche dedicado a la molienda con techo de brea sustentado por un algarrobo vivo. En el interior existía una artesa de piedra sobre la cual los mineros movían un bloque de tres pies por uno y medio de grueso a través de dos maderos fijados en las extremidades cuya técnica colonial se reconoce como guimbaleta. Una vez que se lavaba la arenisca molida quedaban disponibles los granos de cobre por ser éstos más pesados.

Tal parece que Phillippi también alcanzó a conocer las antiguas minas de Chuquicamata en donde identificó la atacamita, ausente en el entorno de Atacama. Al respecto señala: "esas minas no se trabajan desde que los hornos de fundición han concluido con toda la leña de los contornos, que era principalmente de algarrobo no haciendo cuento el bajar el metal a Cobija".

El estudioso alemán recogió varios relatos curiosos entre pastores y mineros. En su viaje por los oasis reconoce en Peine que muchos de sus habitantes son cazadores de guanacos, otros eran cateadores de minas y las mujeres con sus hijos habían viajado a San Pedro a conseguir recursos ayudando en las cosechas. Estos cazadores les ponían ojotas de cuero a los perros guanaqueros para protegerlos de las superficies rocosas. Por allí recogió la noticia que el volcán Lascar había hecho una gran erupción en el año 1848, con fuegos nocturnos, detonaciones y expulsión de humo. Por esta misma época aún pudo identificar algunos territorios que eran de toda la comunidad como una ciénaga localizada en una quebrada cercana a Toconao.

En general todos sus amigos baqueanos atacameños tenían un gran

interés por el descubrimiento de minas, precisamente uno de ellos le mostró un lugar cubierto de hierro meteórico hacia el sur del Salar de Atacama en donde había ocurrido el impacto. En verdad todos estos mineros atacameños lo que deseaban en el fondo era descubrir vetas de plata: “el soñado nuevo Potosí”...

Al observar el dibujo de la plaza de San Pedro de Atacama hecho por Phillippi (1853), se advierten varias consideraciones arquitectónicas (Fig. 88):

PLAZA DE
SAN PEDRO
(1853)



Figura 88
Dibujo de la plaza de San Pedro de Atacama en 1850 (Phillippi 1860).

1) La iglesia mantiene la misma forma que la actual, pero su longitud es menor, terminando hacia el sur a la altura de la nave transversal, es decir, el Altar Mayor de hoy no existía incluyendo las respectivas sacristías.

2) No se advierte el campanario por lo que se puede asumir con seguridad que se mantenía en ruinas por los efectos de algún terremoto o por el incendio del año 1839.

3) La parte oriental del recinto está limitada por un muro periférico con los típicos remates triangulares coronados por promontorios escalerados. Éste es un componente propio de la arquitectura serrana o de tierras altas, que aparece en distintos puntos del trazado urbano de San Pedro de Atacama y que pudo extenderse algo más tardíamente al cementerio antiguo de Calama. El actual muro y sus puertas de acceso es una reconstitución realizada hace más o menos 16 años atrás siguiendo como modelo el dibujo de Phillippi que se describe.

4) La parte occidental del templo pareciera que estuviera limitada por un gran huerto, tal como se observa hoy día.

5) La entrada principal de la iglesia, esto es, en el sentido norte a sur, presenta un recinto con muros planteados a una doble escala en relación al muro decorado que contiene el atrio. Este recinto tiene una puerta o entrada jerarquizada y mantiene a nivel de fachada la dirección de la calle en el sentido este a oeste. En verdad, pareciera tratarse de una estructura a modo de muro-esquina construido con posterioridad a la iglesia para acercar ésta a la línea de fachada, tal vez como una obra de la urbanización de Argumaniz. Se recuerda que el trazado de calles fue a cordel y dentro de esta perspectiva de inicio del damero o cuadriculado la iglesia quedó más acotada. Ciertamente, esta alta muralla permitió que la iglesia se “acercara” a la línea de calle. En la actualidad no existe esta entrada agregada pero se prolongó el muro a raíz de la reconstitución reciente, haciendo el mismo efecto de esquina, con similar objetivo, esto es manteniendo el damero urbano a nivel de fachada.

6) Frente a la puerta principal de la iglesia se observan cuatro recintos consecutivos, tres de los cuales tienen techo inclinado o de mojinete. Tal vez uno de éstos sobrevive hoy en la casa parroquial, en el frente este de la actual Municipalidad. Al fondo de estos tres recintos se observa el muro mayor de una arquitectura más compleja que podría tratarse del antiguo cabildo, caracterizado por el acceso a través de medios arcos (no visible). Este edificio se mantuvo hasta aproximadamente el año 1954 y, a raíz de una foto, se logró identificar el modelo aproximado que se usó en la reciente construcción de la actual Municipalidad de San Pedro efectuada en el año 1981 (Fig. 57-b).

7) Es notable la ubicación de un camino de carretas que hace una curva entre lo que hoy es la casa parroquial y la puerta principal de la iglesia. Éste se encajona en el damero hacia el oeste de la iglesia (actual calle Gustavo Le Paige). Es probable que esta calle-camino condujese desde la puerta principal de la iglesia hacia la capilla velatoria y la puerta principal del viejo panteón de San Pedro.

8) Desgraciadamente Phillippi no dibujó las manzanas que enfrentan a la iglesia por el borde sur y este respectivamente. En la parte trasera de la iglesia se alcanza a ver un recinto con una puerta y dos ventanas rectangulares, que contiene posiblemente un huerto con arboledas. Por el ángulo del dibujo no es posible advertir casas cabildantes como aquéllas señaladas por el Corregidor Argumaniz.

9) Es probable que la parte sur de la iglesia limitaba con una senda anterior al damero y que este trazado urbano planteado a fines del siglo XVIII agregó solares apegados a las formas preexistentes de la iglesia y “Casa de Valdivia”. De prolongar la dirección de esta senda en el sentido oeste-este la llamada “Casa de Valdivia”, con su recinto orientado en el mismo sentido de la iglesia, pudo también acceder hacia ella mirando al sur, puesto que enfrente a este antiguo espacio eriazo con una puerta que actualmente se encuentra tapiada. Por otro lado, la actual puerta principal de esta casa, que se abre hacia la plaza, parece ser de data más tardía, es decir del tiempo de la urbanización de Argumaniz. Este planteamiento como se ha dicho señalaría a lo menos que la “Casa antigua o de Valdivia” es contemporánea con la iglesia y por lo tanto anterior a la urbanización de Argumaniz. El

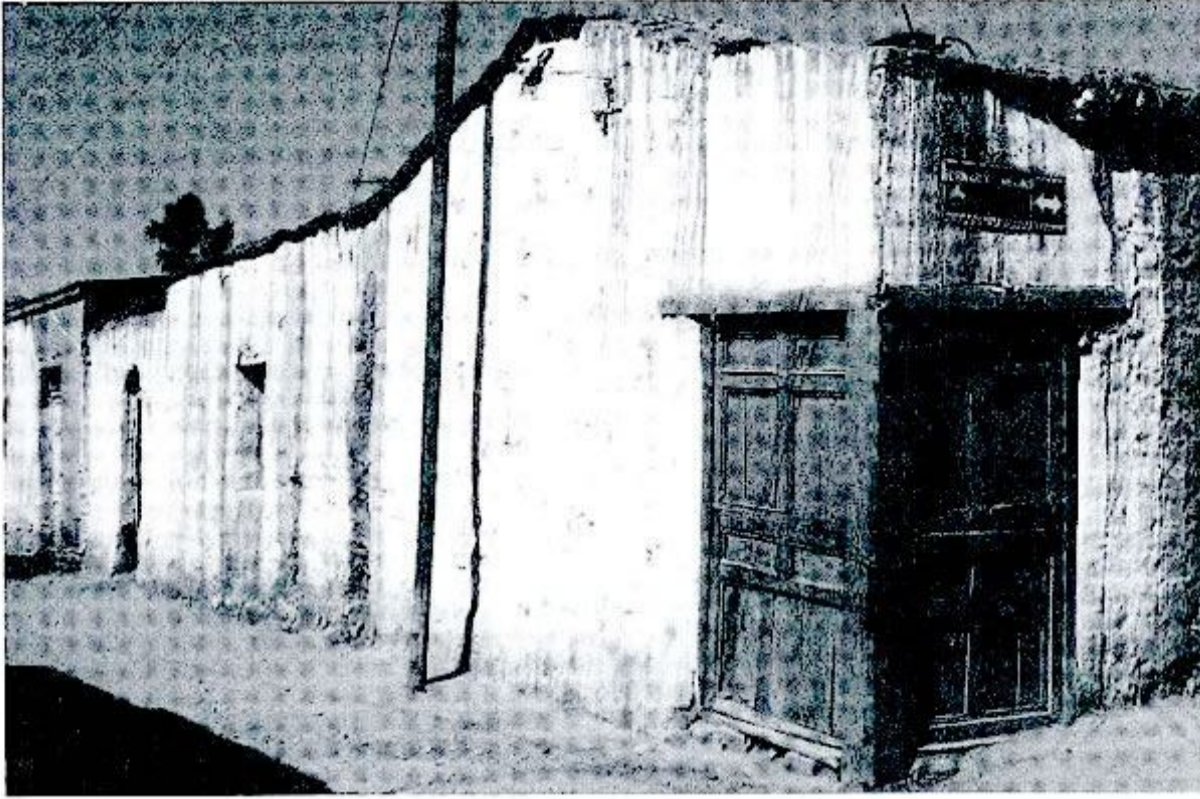


Figura 89
Arquitectura colonial
de San Pedro de Ataca-
ma (siglo XVIII).



resto de las casas con mojinetes o techos inclinados se orientan enfrentando a la plaza o al trazado de calles, siendo la única aberrante la así llamada "Casa de Valdivia". Así, los edificios con techos en "V" invertido, tal como el que sobrevive hoy en la casa parroquial, serían del tiempo de Argumaniz, posteriores a la "Casa de Valdivia".

10) Finalmente se reconoce la plaza principal de San Pedro como una extensión plana y eriaza, con piso terroso, sin ninguna clase de intervención. Se ve útil para la concentración de carretas, mulas cargadas, jinetes, y mercado temporal, tal como se aprecia en el dibujo descrito. El camino principal (actual calle Le Paige) es una vía peatonal de carretas y jinetes. Pero en la plaza se detienen los arrieros con sus cargas, los vendedores y hasta una afable conversación entre el sacerdote y un personaje montado. El mismo dibujo señala a dos arrieros ataviados con pantalones largos, algo similar a un poncho corto y un sombrero tipo "bonete" comunes durante la Colonia.

De acuerdo a lo anterior, el trazado urbano de Argumaniz fue suficientemente compacto como para marcar el desarrollo arquitectónico posterior, aún vigente a mediados del siglo XIX. En esta época el negocio del tráfico ganadero permitió que llegaran a vivir a San Pedro vecinos pudientes, en especial después del viaje de Phillippi (1853). Así, los señores Abaroa, Ceruti y otros traen de las ciudades nuevos estilos arquitectónicos que los imponen en las viviendas españolas, para cuyo efecto modificaban las fachadas, pero no el tradicional planteamiento interno de patios y zaguanes con la planta en "U". Se sabe que la familia Ceruti vivió en la "Casa de Valdivia" y no sería desatinado atribuirle las principales modificaciones.

Un indicador de las modificaciones fue el relleno o abandono de los arcos interiores y aquellos exteriores, por fachadas a la misma escala pero llanas, con los mismos antepechos salientes. Tanto las puertas como las ventanas con barrotes metálicos señalan inequívocamente los aportes de los centros urbanos portuarios de ancestro angloamericano. El empapelado de los salones y dormitorios, los balcones interiores y el entablado sobre los empedrados coloniales son los nuevos signos de los patios interiores. Se ocultan los medios arcos de la puertas por vanos rectos o se colocan barrotes radiados superiores. No obstante, el peso y control climático del adobe, además del rostro blanco, dentro del orden de los interiores, acogían lo rural y lo urbano con frescura y equilibrio (Fig. 89).

EL CONFLICTO DEL PACÍFICO

San Pedro iba a salir de ese letargo postcolonial tan fielmente descrito por Phillippi, casi súbitamente, a raíz del comienzo de las labores mineras en la pampa aledaña: miles y miles de obreros tenían que consumir casi por doctrina y desde la mañana, el tradicional "bistec a lo pobre" y éstos venían caminando, desde las praderas del Chaco y de Salta, atravesando precisamente la cordillera de los atacameños...

En natural que el acto de poblar lugares estériles tras las labores extractivas, significó proveerlas de alimentos locales y trascordilleranos. De esta manera entre los años 1860 a 1870, en tiempos anteriores al conflicto del Pacífico, estas provincias adquirirían importancia económica por cuanto se estaban descubriendo minas y yacimientos guaneros en el litoral, a la par de los mantos salitreros y surgían diversas empresas comerciales. Tanto es



así que se creó una nueva prefectura en Caracoles y la capital del Departamento se localizó esta vez en Antofagasta. El inicio de esta nueva orientación económica más moderna, creó el estímulo necesario para el rápido crecimiento de los centros urbanos cercanos al Pacífico, alterando sustancialmente el estilo de vida y las labores coloniales localizadas contrariamente al interior, en los oasis y valles atacameños cercanos a los Andes. Para mal, este mundo andino volvió a ser relegado a una situación marginal.

Después de la proclamación de la Independencia Argentina (1816) la región atacameña fue incorporada a la Confederación de la Plata. Nueve años después, al formarse la república boliviana se anexó a esta república. Así, Bolivia ejerció autoridad sobre toda la Provincia de Antofagasta hasta la Guerra del Pacífico. El 13 de diciembre de 1879, las tropas chilenas ocuparon San Pedro de Atacama y desde esa fecha pasó a depender de la soberanía chilena. Sin duda, siempre lejos de los centros de poder, ahora localizados en el Pacífico bajo el triunfalismo salitrero.

Desde la visión del ejército chileno las tierras de Atacama eran peligrosas en tanto por allí podían ingresar tropas bolivianas que atacaran los centros minero-industriales de Caracoles y Carmen Alto. Por lo mismo, se organi-

Figura 89a
Pastores atacameños preparando su viaje trashumántico hacia las vegas altas de Tulán.

zaron dos batallones de la Guardia Nacional. Por otro lado, el paso de remesas de mulares y caballares desde Salta a Bolivia colocó a San Pedro de Atacama y Calama como los puntos más críticos para indagar y anular estos desplazamientos. En general, esta presunción de llegadas de vanguardias bolivianas se concretizó cuando en Río Grande ocurrió una escaramuza entre "Cazadores" o Granaderos chilenos de Caracoles y una montonera boliviana compuesta por 40 vecinos de San Pedro de Atacama y Río Grande, con pésimas armas y pocos pertrechos. Aquí cayeron 13 atacameños incluyendo los caudillos Jaime Hoyos y Toribio Gómez (10 septiembre 1879).

A continuación el pelotón de "Cazadores" chilenos se instaló en San Pedro para reponerse de las heridas y recoger más información táctica. Una vez dispuesta esta vanguardia, el Batallón de Cazadores del Desierto salió de Caracoles a Calama con seiscientos hombres para reforzar la línea de contacto con la vanguardia boliviana que se suponía se adelantaba a la Quinta División del general Campero.

En efecto, el escuadrón Francotiradores (70 hombres), vanguardia de la Quinta División del ejército boliviano, procedió a la recuperación de Atacama. El 3 de diciembre ocuparon Chiu Chiu sin disparar un tiro. Frente a un enemigo eventualmente superior en Calama, el escuadrón boliviano se replegó a San Pedro por San Bartolo para atacar a la guarnición chilena el día 5, quienes ya estaban alertados del ofrecimiento de combate. En un punto llamado Tambillo se produjo el enfrentamiento que llevó al triunfo a los coroneles Moscoso y Patiño de Bolivia, quedando varios heridos y once prisioneros. A continuación entraron a San Pedro y reordenaron el cuadro de autoridades locales. Allí entierran a Alfaro y Calera, dos oficiales bolivianos. El parte de guerra boliviano, del oficial Carrasco, exigía más recursos de modo que no puedan volver las tropas chilenas: "¡ entonces ejercer las venganzas más salvajes ¡ tal vez reducirían a cenizas estos pueblos indefensos"...

El día 4 de diciembre ciertamente las tropas bolivianas abandonaron Chiu-Chiu y se dirigieron a San Pedro de Atacama. Una avanzada chilena trató de bloquear este replegamiento, pero los guías locales no la condujeron como corresponde y por otro lado las humaredas a modo de señales bolivianas dispuestas entre el pantano occidental de Calama y los cerros de la aguada de Teca, advirtieron a los bolivianos de las maniobras chilenas. El escuadrón boliviano entró a San Pedro el 5 de diciembre y se tomaron la plaza con 180 hombres durante un combate que duró hora y media. El parte chileno señala que la tropa que defendía a San Pedro la formaban sólo seis granaderos a cargo de un sargento quien fuera herido. Como el coronel Carrasco, a cargo de la vanguardia boliviana, sabía que atrás venía una fuerza chilena, salió en dirección a Toconao, acampando en aguadas cercanas. En verdad, nunca quedó claro qué objetivo perseguía este escuadrón. Por un lado, se le atribuía el carácter de vanguardia del gran ejército del general Campero, quien debía atacar Calama por tres frentes diferentes. Se le adjudicaba el rol de proteger el paso de 400 caballos herrados que venían desde Argentina, o tal vez seguir hasta Salta para cancelar el pago de la remesa de dichos caballares.

El 11 de diciembre, se da cuenta en un parte chileno, ocurrió la reocu-

pación de San Pedro de Atacama. Para este efecto, una Compañía de Granaderos a cargo del oficial Bouquet, salió vía Chiu-Chiu, para contactar en la aguada Teca, con los Cazadores del Desierto que venían directo de Calama. Salieron de Teca a San Bartolo. Ante el anuncio de que el Coronel Carrasco de Bolivia ocuparía San Pedro antes de lo esperado, Bouquet con 50 infantes y 50 cazadores se adelantó junto a tres oficiales: Subercaseaux, Manzano y Dores. Entra al pueblo de Atacama el 13 de diciembre, justo cuando la retaguardia boliviana obtenía los últimos recursos del valle para su avance hacia Toconao. A mediodía entraron exploradores bolivianos al pueblo pero fueron expulsados sin combate.

Finalmente, se sabe que la batalla de Topater (Calama) clarificó la situación militar a favor de las fuerzas chilenas de ocupación, oportunidad en que cayeron distinguidos militares chilenos y notables vecinos atacameños de ancestro criollo como los Abaroa y muchos campesinos y arrieros locales temporalmente en armas ("montoneros").

Estos antecedentes son suficientes para señalar que pocos territorios como éste han tenido tantos conflictos, cambios de dependencia administrativa y de soberanía, a la par de severas fluctuaciones de su desarrollo político y económico y de dependencia de otros polos de riqueza y más lejanos centros de poder.

Poco se sabe de la vida y de la labor atacameña durante los tiempos de la postguerra del Pacífico. De acuerdo a lo anterior, era un territorio periférico que se articulaba por las fricciones de tres países, sometido a múltiples influencias de las metrópolis aledañas, todas con distintas culturas, regímenes sociopolíticos e intereses.

Durante los años del conflicto internacional el tráfico tropero a cargo de arrieros atacameños era muy importante. Así lo atestigua un documento militar firmado por Emilio Sotomayor: "De Calama viajan a Huanchaca 120 carretas con cuatro mulares cada una. De Calama a Cobija viajan también 20 carretas con igual dotación de mulas. Ambas tropas acarrearán víveres y mercaderías al interior, y se proveen de forraje de Caracoles, Cobija y Topopilla. En Calama y Chiu-Chiu hay grandes existencias de llamas, que los indios usan como bestias de carga. También hay ovejas de grandes rebaños traídos de la República Argentina y que engordan para remitir a Caracoles y a la costa. Atacama es el único punto de pasada de los ganados argentinos y el lugar obligado de descanso y pastoreo. De ahí pasan a pastar a Calama los que siguen viaje al norte hasta el Perú. Hay también entre Calama y Chiu-Chiu cerca de 600 mulas de carga que viajan a Potosí. Entre Calama y Chiu-Chiu (cerca de 600) habrán como 2000 habitantes y en Atacama cerca de 8000, más o menos. El cultivo de alfalfa produce cuatro cortes en Calama, al año, y solo dos en Chiu-Chiu a causa de las heladas. En Atacama se dan hasta tres cortes"...

Hacia fines del siglo XIX (1885), ya bajo el régimen chileno, las tierras agrícolas de la región de San Pedro de Atacama seguían delimitadas por varios *ayllos*, regados por los ríos Atacama y Vilama, el primero de mayor calidad y de uso más extensivo y el segundo más salobre que a través de una acequia se orientaba exclusivamente al *ayllo* de Solcor. En esta época, el *ayllo* Cuchaorache (Cuchabrache) presentaba 16 y media hectáreas culti-

LOS AYLLLOS
POR EL AÑO
1885

vadas con 8 habitantes a unos 15 km de San Pedro de Atacama. El *ayllo* de Catarpe situado a 2 km del anterior tenía 38 hectáreas cultivadas con 20 habitantes. Siempre siguiendo por el curso de la quebrada y esta vez en la zona en que se ensancha el valle se ubica el *ayllo* de Conde Duque con 350 hectáreas en uso, casi enteramente dedicado a la alfalfa, con escasas chacras de maíz y de legumbres, no faltando algunos perales. Es interesante destacar que la cosecha de alfalfa implica su corte a nivel del suelo, de tal manera que vuelve a crecer hasta conseguirse tres o más cosechas por año.

En el *ayllo* de Conde Duque se encuentra propiamente el pueblo de Atacama, que de acuerdo a las observaciones de Bertrand realizadas en 1885:

...“Es formado principalmente por dos calles que corren de oriente a poniente, cortadas irregularmente por otras varias, formando manzanas pequeñas i alargadas. Las casas son de barro o adobe con techo también de barro i enmaderaciones de chañar i algarrobo; pocas están en regular estado, lo mismo que las murallas i tapias, casi todas desviadas de la vertical...” (Fig. 90).

...“La población se compone casi exclusivamente de indios civilizados (sic), con excepción de algunos arjentinos, bolivianos i escasos europeos; también hai en la actualidad algunos chilenos, el oficial, soldados de la guarnición, el subdelegado, el telegrafista, el juez de aguas i otros pocos. La jente algo acomodada es casi toda comerciante o traficante en ganado

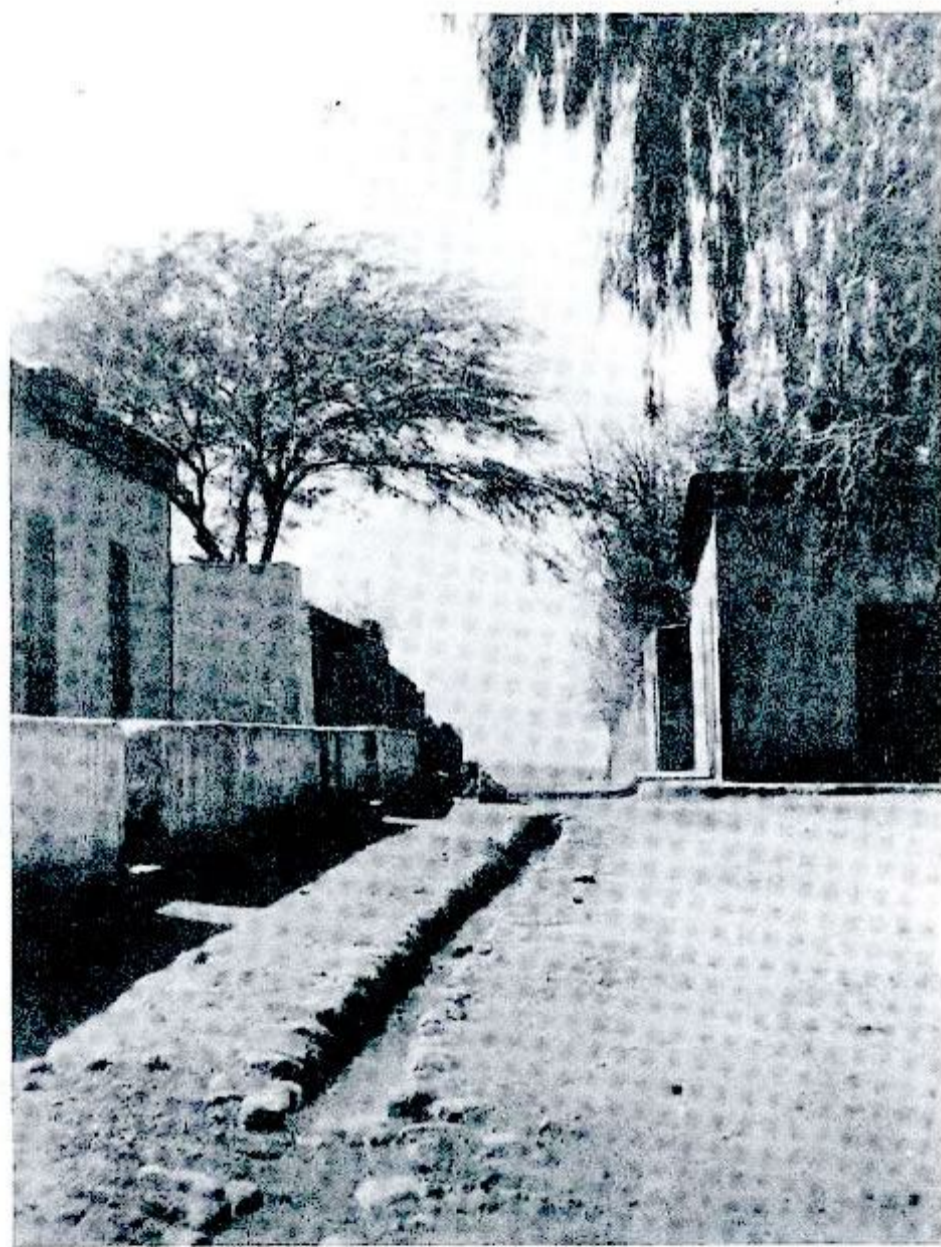
SAN PEDRO
DE ATACAMA
EN 1885

Figura 90

- a) La calle del museo de cordillera a mar (la flecha marca el Cabildo viejo).
- b) La misma calle de mar a cordillera con la vieja acequia (fotos archivo G. Le Paige, 1960).



a



b

que se importa de la República Argentina (Fig. 90a). Los indios propietarios tienen la mayor parte de sus terrenos con alfalfa, otra con maíz i la menor con trigo o cebada; cosechan también la fruta del algarrobo, que es una vaina como la del acacia, i la del chañar, fruto empalagoso del tamaño de una aceituna; son ambos excelente pasto para las mulas i además sirve la primera para hacer chicha i la segunda de alimento a los indios en invierno. Los indios menos acaudalados tienen su pequeña recua de burros i se ocupan en acarrear a Caracoles leña de *pingo-pingo*, de romerillos, etc. En fin, los que nada tienen se ocupan de segadores, jornaleros, etc.”... (Fig. 91).

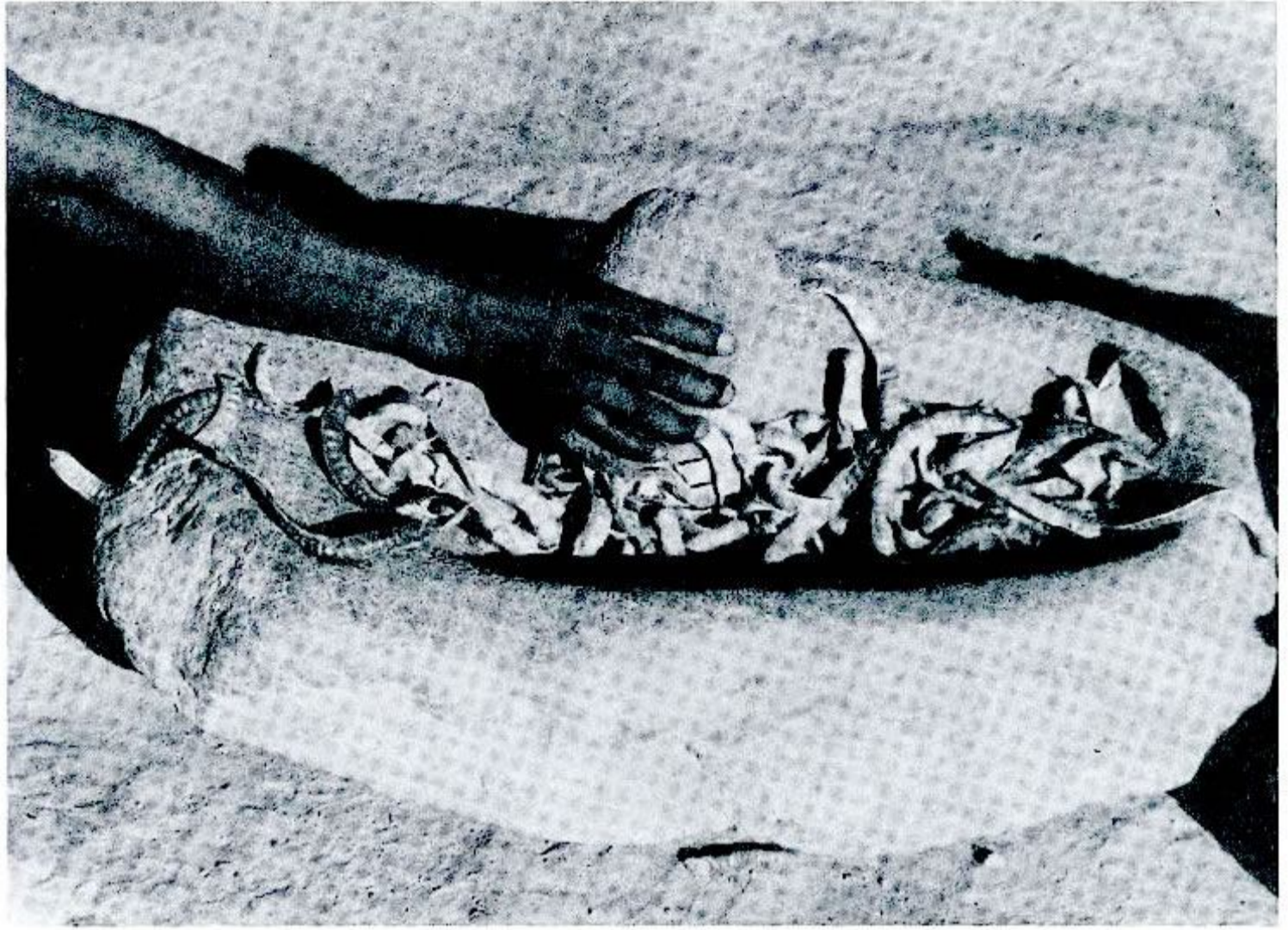
...“Por la plaza de Atacama se introduce todo el ganado que viene de la Argentina para el consumo de este territorio; hai una aduana militar que cobra el derecho de internación de 1 peso por cabeza de ganado vacuno i 10 centavos por cabeza de ganado lanar”...

...“Hemos dicho que hai algun comercio en Atacama; consiste éste en jéneros de lana i algodón, provisiones i licores, todo traídos desde el litoral; lo único que viene de la Argentina es tabaco, cigarrillos, vino i algún calzado. La casa de comercio mas importante es la de los señores Polanco i Santelices, quienes son, además, cuantiosos propietarios en la localidad, por cuyo título han sustituido los de capitán i sarjento del rejimiento Atacama, jénero de conquista mui práctico i civilizador. Esta casa compra e importa ganado para esponder las reses en Caracoles, cosecha i vende pasto, mantiene una panadería, cuyos productos, por su aspecto, sabor i duracion, dejan mui atrás a los de cualquiera de nuestras ciudades del sur, i finalmente, han establecido una tienda o almacén en que se espenden los artículos que hemos enumerado, i que ha pasado a ser de hecho el club de la localidad...”.



Figura 90a
El tráfico de ganado desarrolló un virtuosismo del faenamiento.

Figura 91
Molienda de algarrobo.



...“Los artículos por mayor pueden encargarse a Caracoles por conducto de la misma casa, pagando el flete a razón de 1 peso por quintal de 46 quilógramos...”.

...“Uno de los principales artículos de comercio de Atacama es el pasto aprensado o simplemente seco. Hasta ahora se ha guardado en *canchones* o corrales descubiertos; pero las fuertes lluvias del verano pasado fueron una severa lección a los agricultores que así obraban, pues casi todo el pasto se ardió...”.

...“En tiempo de pasto verde, vale el talaje de un animal 20 centavos al día i 5 pesos al mes; en invierno el pasto seco vale de 2 pesos para arriba el quintal, i el talaje de un animal no puede costar menos de 10 a 15 pesos al mes.

...“En el aillo de Conde-Duque residen como 500 habitantes, la mitad de los cuales pueden considerarse como población urbana”...

Siguiendo hacia el sur de Conde Duque, hacia el sureste se encuentra el *ayllo* de Solcor con 90 hectáreas cultivadas y 120 habitantes. Más al sur y a unos 3 km de San Pedro se ubica el *ayllo* de Solor, más destacado a juzgar por las 207 hectáreas de pastos y *chacras* que reúnen a 350 habitantes.

Algo más al sur y a 2 km del *ayllo* anterior se encuentra Cuarter (Cúcuter) con 102 hectáreas de pastos y *chacras* y curiosamente sólo 12 habitantes. El *ayllo* de Poconche se localiza hacia el sur-suroeste de San Pedro, a 6 km de distancia, a base de 45 hectáreas cultivadas y 18 pobladores. El *ayllo* de Beter, a 2 km del anterior y a 8 km del suroeste de San Pedro con algo más de 45 hectáreas cultivadas y 40 habitantes. El *ayllo* de Coyo se ubica 2 km al poniente de Beter y a 10 km de San Pedro, con 64 hectáreas cultivadas

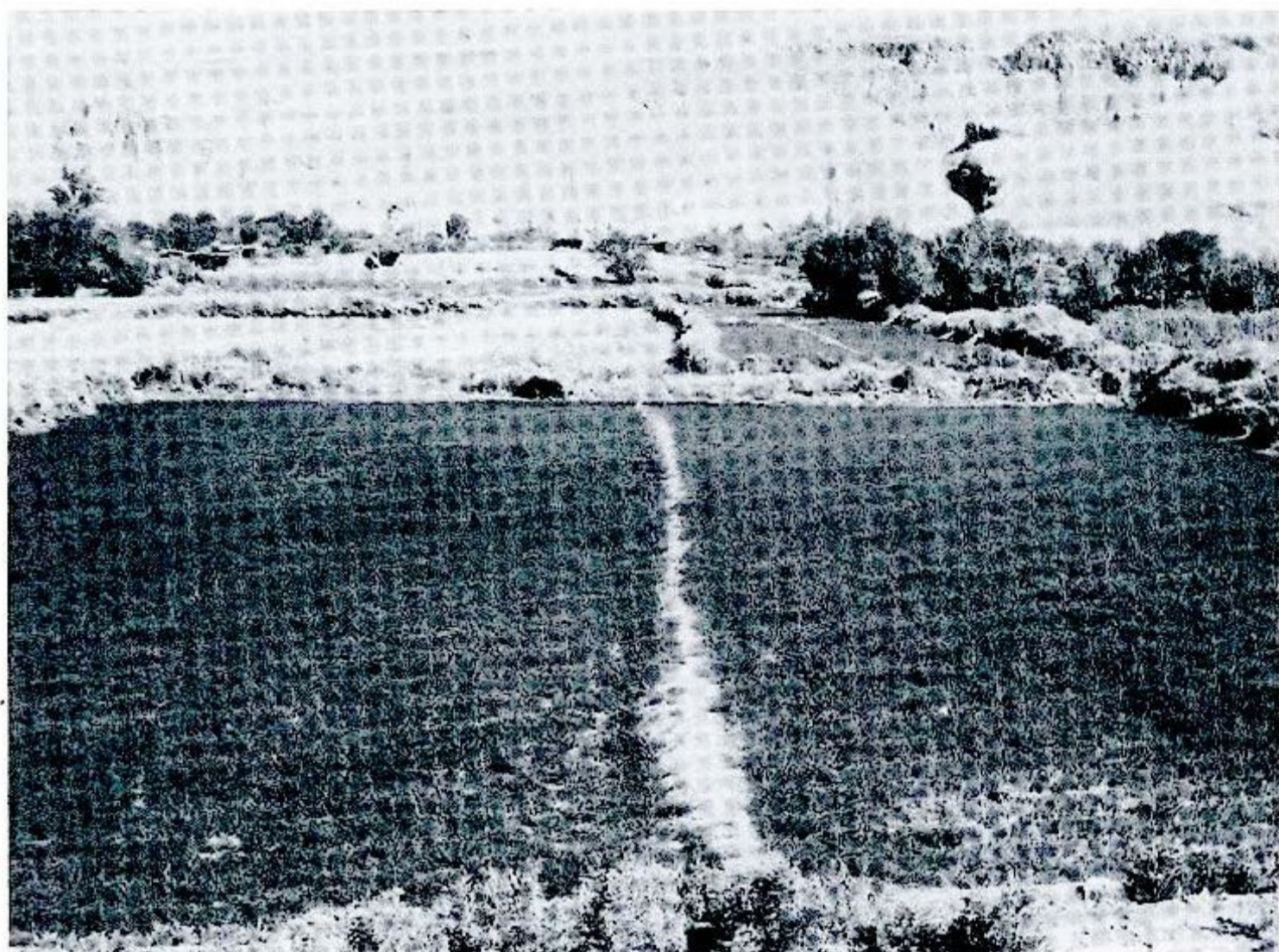


Figura 92
Potrero de alfalfa.

y 40 habitantes. A 3 km al sur de Coyo se encuentra el *ayllo* de Tulor con 64 hectáreas cultivadas y 30 residentes.

Siempre de acuerdo a Bertrand, entre San Pedro y Quarter (Cúcuter), más apegado al poniente, se localiza el *ayllo* de Sequitor que representa 97 hectáreas regadas y 80 habitantes. Entre Sequitor y San Pedro, hacia el poniente se localiza el *ayllo* de Yaye con similar hectareaje y habitantes que el anterior. Limita con Yaye hacia el naciente el *ayllo* de Tchecar con 52 hectáreas cultivadas y 12 habitantes. Se integra finalmente el *ayllo* de Vilama a unos 4 km al noreste de San Pedro, en un sector de quebrada que da lugar a 18 hectáreas de *chacras* y sólo 4 habitantes.

Durante el año 1885 el valor de las propiedades dependía de cuanta agua disponía cada *ayllo*. Las tierras cercanas al comienzo de los canales y depósitos de agua, como lo era Conde Duque, Yaye y Solcor eran consideradas de mayor potencial, e inversamente en aquellas más alejadas, los precios de la tierra bajaban considerablemente.

En suma, hacia fines del siglo XIX, desde las localidades de San Bartolo hasta Tulor, se registraban 1.260 hectáreas útiles, que daban labor a 1.200 campesinos, cifra que podría ser mayor, puesto que la evidente situación de postguerra que vivía la región pudo haber estimulado el abandono parcial de estas tierras (Fig. 92).

XVI. La vida atacameña durante el siglo XX

ARRIERÍA (1900-1940)

La población atacameña, que en parte ya había ocupado los valles de la pendiente argentina durante el siglo XVIII, se incorporó gradualmente al tráfico de vacunos por los pasos cordilleranos hacia los centros mineros y salitreros que comenzaban su auge a mediados del siglo XIX. Tanto los gauchos mestizos que radicaban en los valles del noroeste argentino como los arrieros, baqueanos y troperos atacameños, con experiencia en travesías y excursiones por la Puna de Atacama, configuraron una verdadera epopeya que hacía posible el traslado terrestre de miles de cabezas de animales antes de la construcción del ferrocarril.

TRAS EL GANADO
DEL CHACO Y
SALTA

Los vacunos que se introdujeron en la región del Chaco, por su naturaleza más salvaje, lograron adaptarse allí de tal manera que ya constituía una verdadera aventura no sólo llegar al Chaco, sino atraparlos y conducirlos hacia el valle de Salta, en donde se forrajeaban mejor con maíz y alfalfa a la espera del largo viaje hacia los centros mineros del norte de Chile. Esta experiencia era antigua, puesto que durante el siglo XVII y XVIII la feria de Salta concentraba enormes piños de mulares trasladados desde las pampas de la Plata y, una vez engordados en la región de Salta, se desplazaban a través de densos arreos conducidos a los centros mineros del Alto Perú (actual Bolivia) incluyendo la sierra central del Perú. Ya en esta época colonial los atacameños seleccionaban y traían esas notables mulas argentinas de gran alzada, cuyos descendientes aún se les puede observar por los *ayllos* de San Pedro.

VACUNOS Y
MULARES PARA
LAS MINAS
CHILENAS

Sin embargo, después de la guerra de la independencia, la actividad económica disminuyó a raíz de la poca actividad comercial y la imposición de un régimen de guerra en términos de apropiación de recursos y ganado. Definitivamente las ferias de animales comenzaron gradualmente a reorganizarse de nuevo y las demandas de mulares para Bolivia y Perú se reactivaron considerablemente durante el comienzo de la vida republicana.

Sin embargo, a mediados del siglo XIX tanto las primeras minas del norte de Chile como la expansión de las labores salitreras demandaron un fuerte contingente de mulares argentinos. Es cierto que el traslado de minerales de cobre y las faenas salitreras (carretas) exigían una alta mantención

de animales de tiro. Éstos eran sustentados con los potreros de alfalfa que comenzaron a proliferar tanto en los oasis atacameños como a lo largo del río Loa y por supuesto en los valles tarapaqueños. Los pasos cordilleranos comenzaron a ser muy transitados por los trabajadores emigrantes, más de Bolivia que de Argentina, por el arreo de animales, recuas de carga y de intercambio, incluso el traspaso de la propia moneda chilena, la que circulaba libremente en los territorios trasandinos (Fig. 93).



a



b

Figura 93

- a) Potrero de alfalfa.
- b) Una yunta de mula y burro para acarreo de leña.

El comienzo de esta bonanza permitió el desarrollo de una bullante actividad en estos pequeños pueblos periféricos, sirviendo los atacameños como intermediarios a través de la arriería, del comercio fronterizo y en la sustentación del ganado en pie. En este sentido, los arrieros atacameños eran irremplazables. En efecto, los baqueanos atacameños conocían esta agreste geografía desde tiempos antiguos, utilizando especialmente aquella ruta que salía del valle Calchaquí hasta el pueblo de Molinos, bordeando los salares de la Puna hasta penetrar por los pasos de San Francisco y Tres Cruces. Otra ruta más montañosa pasaba por el antiguo pueblo minero de San Antonio de los Cobres, atravesando el despoblado hasta alcanzar los oasis de Atacama y desde allí hacia los centros mineros e incluso el puerto de Cobija. Eran arreos que cubrían aproximadamente mil kilómetros con más o menos 20 días de recorrido.

Los gauchos mestizos y criollos del valle de Cachi, ubicado en el borde de la Puna Argentina, aún se recuerdan de las travesías cordilleranas que hacían sus antepasados cuando las actividades salitreras estaban en pleno esplendor. Solamente un valle tributario del Calchaquí, llamado Luracatao, enviaba recuas de trescientas cabezas de vacuno por mes. Salían en piños de 60 animales con trayectos de 18 a 24 kilómetros por día, alcanzando los *kamales* o mataderos tradicionales ubicados en la periferia de las oficinas o pueblos salitreros, incluso en aquellos distribuidos al norte de Iquique. Estos arrieros solían herrar a los vacunos para asegurar su traslado por terrenos pedregosos y lo hacían durante todas las estaciones del año, por pasos fronterizos que aún hoy son imposibles de sortear cuando el invierno es crudo, a pesar del uso de vehículos especializados.

Estos piños, por supuesto, llegaban maltrechos a los oasis atacameños porque cada animal perdía por lo menos hasta 100 libras de peso. También bajaban agotados los arrieros, pero ya estaban en las "querencias" bajo la sombra y, por fin, el ansiado calor de los oasis.

Definitivamente, los baqueanos y arrieros atacameños participaron de estas labores tal como lo recuerdan los nietos e hijos que aún les sobreviven en estos oasis. El ganado iba ascendiendo gradualmente la precordillera argentina en piños de 50 a 100 animales, utilizando los valles altos con forraje, adecuándose a los cambios de altura creciente. Después de todo, éstos venían del Chaco donde existía un clima templado semitropical muy distinto al ambiente glacial que iban a enfrentar en los pasos de la Alta Puna. Aquí, las sendas son pedregosas y empinadas; después de dos o tres días los arrieros se enfrentaban a los vientos arrafagados, escasos pastos y abrevaderos separados por grandes distancias. Cuantas veces se intentó pasar vacunos de razas más finas, éstos en su mayoría sucumbían por el efecto de la falta de recursos y del frío estepario. Sin embargo, los vacunos montaraces del Chaco eran resistentes y podían mantenerse en movimiento bebiendo agua solamente cada dos o tres días, a través de trayectos diurnos de no más de 24 kilómetros. Algunos se desviaban, los enfermos y agotados se les dejaba cuando ya no respondían al picaneo, otros se espantaban por el viento terroso o el llamado "viento blanco", tras la búsqueda de abrigo tratando de encontrar algún reparo y aun intentando devolverse a los valles de más abajo.

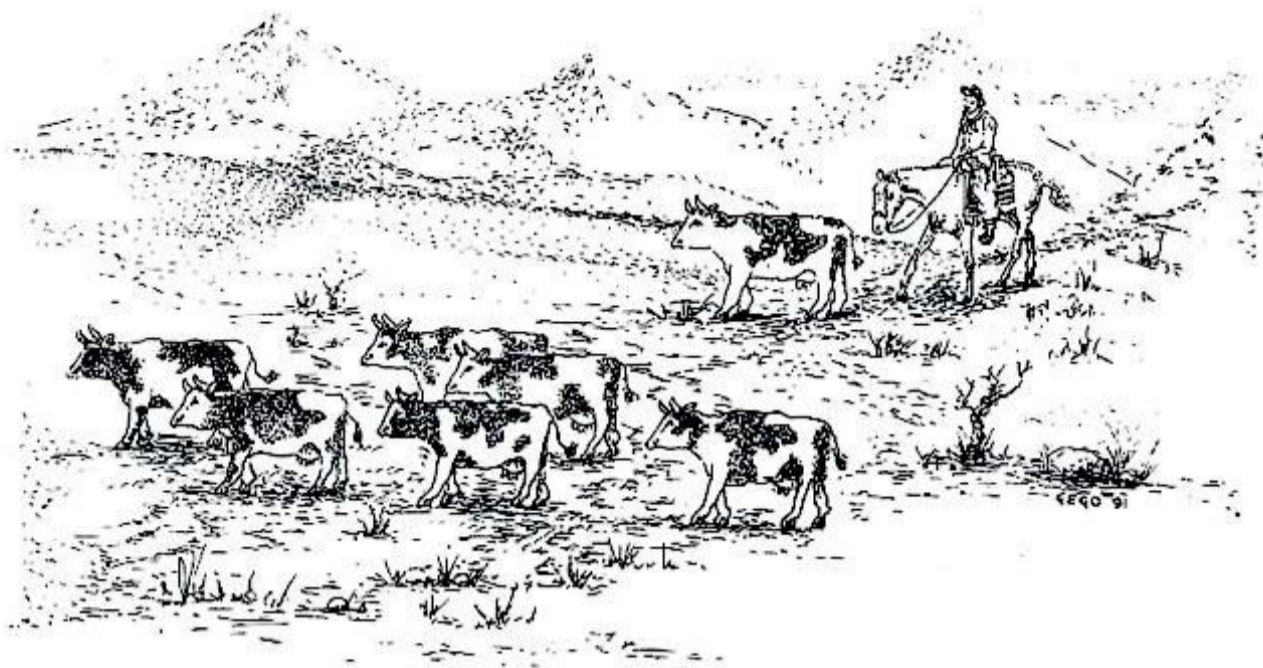


Figura 94
El arreo de ganado argentino y los grandes corrales de San Pedro de Atacama.

No cabe duda de que los arrieros estaban sumidos en una complicada labor, tratando de mantener el ganado en movimiento y agrupados hasta alcanzar por fin la cresta occidental de la cordillera. Allí quedaba esa mirada singular hacia el espacio más transparente del universo, en donde justo comienza el plano inclinado que les señalaba inequívocamente que más abajo se situaban los fértiles y esperados oasis atacameños. Estos arrieros, hombres consagrados a la Puna, mantenían un estilo de vida extraordinariamente sobrio, sin carpas, sin ropas especiales, sin cocinas. Les bastaba un poco de *charqui*, *papa-chuño*, algo de arroz y legumbres para una sopa preparada sobre un fogón. Su cama era la manta de la propia montura, su poncho su vestimenta mayor, el viento frío y las tempestades de nieve su principal enemigo. Hasta hoy pueden observarse las grandes y anchas cornamentas de los vacunos del Chaco y por supuesto varias cruces de aquellos que ignoraron que hay ciertos inviernos excepcionalmente adversos (Fig. 94).

A través de los pasos cordilleranos los arrieros estaban sometidos a la fuerte inclemencia del clima, con temperaturas fluctuantes entre 0 a - 18°C, lo que sumado al viento, obligaba a los jinetes a protegerse en quebradas tras grandes bloques. En ese Ambiente de la Alta Puna nadie puede estar seguro sobre qué es lo más terrible: el frío glacial o el silbido penetrante del viento. Las miradas siempre se dirigían hacia el volcán Lascar, de tal manera que cuando éste humeaba, de inmediato apuraban las mulas, pues era señal inequívoca de que el tiempo cambiaría. La nieve era un enemigo natural, especialmente en los inviernos, pero era tal la necesidad del transporte de carne, que incluso en esta estación continuaba el traslado de vacunos. En algunos años se desataban grandes tempestades, como aquella de 1911, oportunidad en que murieron arrieros y cazadores de chinchilla junto a 200 cabezas de ganado. En este ir y venir era común encontrar cientos de esqueletos de vacunos que habían sido consumidos por los cóndores.

Desde el amanecer los arrieros colectaban ramas secas para el fuego y buscaban a las mulas que usualmente merodeaban por el lugar. En las temporadas de máximo frío se les controlaba más, con suficiente forraje para que no volvieran a su querencia. Para los arrieros era muy claro que dependían de sus animales y frente a una amenaza de nevazón no se preocupaban demasiado de sus paraderos puesto que les conocían perfectamente sus hábitos hasta el punto que solían decir: "cuando la olla hierve las mulas regresan de la quebrada"... En sus desplazamientos, demostraban un conocimiento detallado de los recursos; por ejemplo, había sectores en que galopaban con las mulas para evitar que éstas comieran la temible "viscachera", una hierba venenosa que producía efectos adversos casi inmediatos.

En verdad, estas travesías eran epopéyicas en términos de colocar al hombre en el límite máximo de las posibilidades de su sobrevivencia. Tal vez el único temor existencial era enfrentar un viento blanco implacable, hasta que la irritación total de la vista no permitiera siquiera advertir el revoloteo de los cóndores, anunciando la muerte del ganado. Ni las *pircas* junto a los senderos, ni los cueros de cordero, ni todos los ponchos del arreo hacían posible el calor necesario. Arrieros cercanos a un permanente estado de vigilia, aguijoneados por las infecciones de la piel, parcos en la travesía,

sumidos en la cultura del viaje y de la soledad, terminaron por definir a un tipo humano de fácil identificación que recogió la admiración de la población en los fértiles oasis ende y allende los Andes. Aquí bebían el vino y la chicha por la travesía ya consumada, su mate y la *baguala*, el calor a su lado con la copla y el “dicho” siempre a flor de labios, porque el arte de la conversación era, después de todo, el único signo que comunicaba su existencia entre una y otra “querencia” (Fig. 95).



Figura 95

Ruinas de la mansión de la familia Polanco en el ayllu de Tchecar, junto a los corrales para ganado argentino.

Aunque la cordillera entre Salta y San Pedro se ve suficientemente abrupta, sólo promediaban entre 13 y 14 días para alcanzar San Pedro de Atacama. Aquí esperaban uno o dos días para que los novillos se recuperaran, según el esfuerzo del viaje. También se retomaban los contactos establecidos con los centros salitreros para saber específicamente las necesidades de carne. En esta espera denominada la “tablada”, los atacameños con potreros hacían tratos con los arrieros para proporcionarles alfalfa. Se recuerda que los arrieros acampaban en la puerta del potrero y los dueños se encargaban de que el piño se mantuviera sin riesgo alguno. Se cuidaban las lastimaduras, las erosiones en las patas, hasta organizar de nuevo el arreo que duraba aproximadamente 3 días entre San Pedro y los pueblos salitreros.

Había distintas rutas desde la vertiente argentina a San Pedro de Atacama: a) Salta, Quebrada del Toro, Gólgota, Cebada, Tastil, Cuevas, Chorrillos, Cancharí, Catua, Huaytiquina, Puntas Negras, Aguas Calientes, Lejías, Pajonal, Soncor, Aguas Blancas, Tambillo y por último San Pedro de Atacama; b) de Catua hacia Coslo, Chamaca, Hecar, Toconao y San Pedro de Atacama; c) Rincón, Incahuasi, Socaire, Quetena, Carvajal y San Pedro

de Atacama; d) desde Jujuy hacia la Quiaca y desde allí a Uyuni en donde los novillos se instalaban en el tren que los conducía a Antofagasta, en temporadas en que la cordillera estaba muy cerrada con la nieve.

Hasta el año 1912 se intentó explotar nuevas rutas pero con resultados poco satisfactorios, a raíz del mayor tiempo de recorrido y más pérdidas de animales. Es éste el caso del arreo de los hermanos Abaroa y de los Ceruti que despacharon ganado de Salta a Catua o San Antonio de los Cobres; de allí se les envió aún más al norte, hasta Quetena, para descender al oeste a través de la cordillera occidental hasta alcanzar Chiu Chiu y Calama.

Desde mediados del siglo XIX hasta las primeras décadas del siglo XX, los oasis de San Pedro de Atacama eran relativamente prósperos puesto que recibían a los arreos de ganado como parte de su propia tradición, por cuanto los andinos a un lado y otro de los Andes compartían la cultura del arreo inserta en una red de parentescos políticos y sanguíneos. En verdad, todos representaban una matriz cultural atacameña que les era común. Desde las haciendas ganaderas de los valles Calchaquíes, Catamarca, La Rioja, San Luis y Córdoba, también se enviaba ganado, tanto vacuno como mular, con poco riesgo en las operaciones ya que, de no ser vendidos en los centros salitreros, retornaban al altiplano por Chiu Chiu para ser ofertados en la famosa feria de Huari al sur de Bolivia (Fig. 96).

Después de la instalación del ferrocarril como se verá luego, por el año 1892, ocurrieron dos situaciones críticas. Por una parte, disminuyó el uso de mulas empleadas en la construcción misma de las líneas del ferrocarril y por otra parte, este nuevo medio de transporte se le empleó para la propia carga de animales.

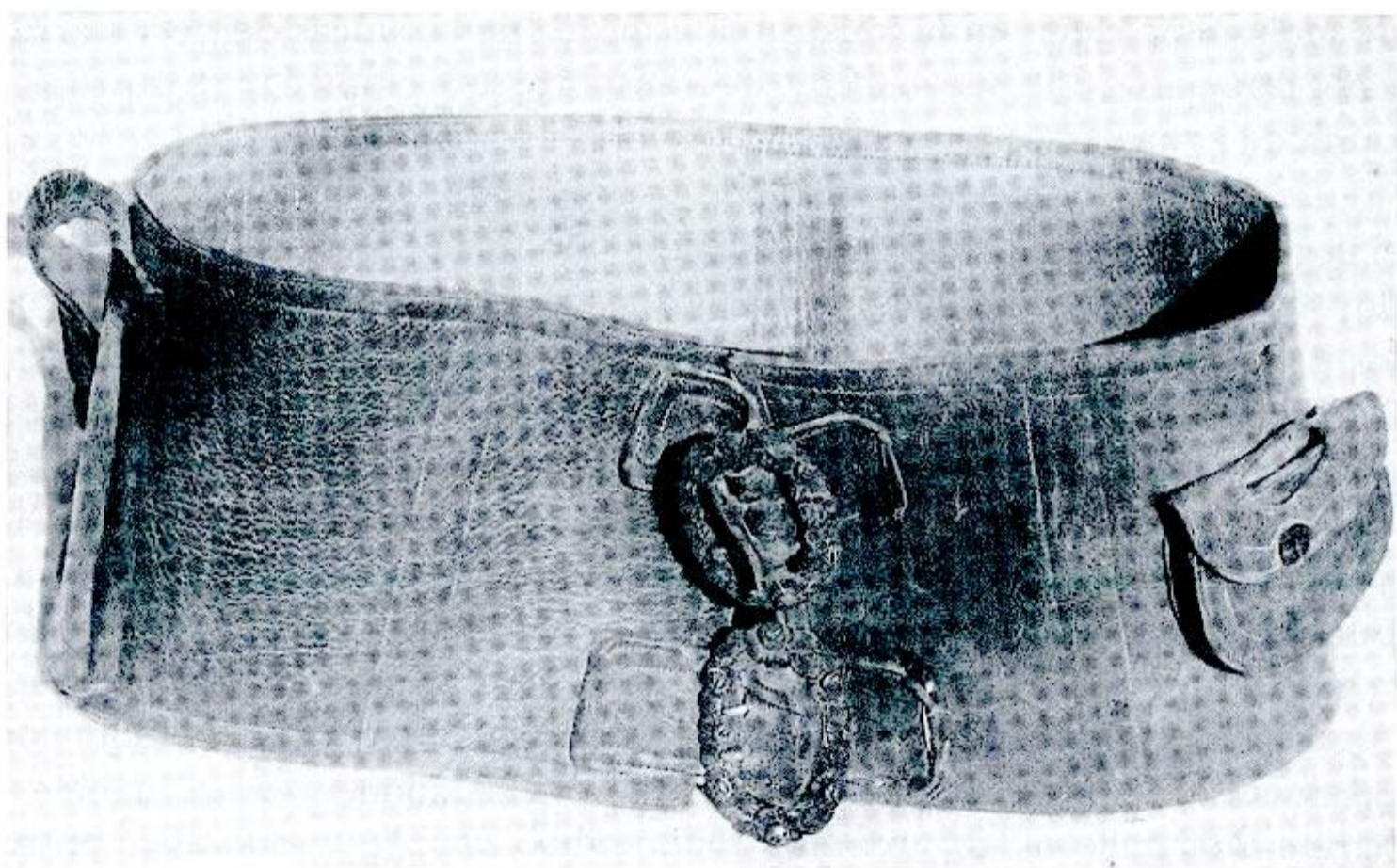
Después de todo, para los jóvenes atacameños de comienzo de este siglo, el llegar a ser arriero de ganado argentino era una noble aspiración. Hasta hoy se recuerdan las familias más baqueanas como los González de Toconao, los Ramos de San Pedro y Peine, el célebre argentino don Calixto Yampa y el "finao" Zuleta, nacido en Toconao pero reconocido en toda la comarca por su valentía que lo llevó a la muerte misma. Zuleta, "el encachao de San Pedro", fue llamado a pasar cuatro "remesas" con cien novillos cada una, que por una nevazón excepcional no lograban ganar el alto de la cordillera. Cuatro veces lo intentó pero en la última abandonó las remesas y murió en la pendiente suya, la occidental, bajo la nieve, junto a sus tres acompañantes.

Gracias a otras travesías de "tropas" se conseguían de Argentina aquellos productos urbanos escasos en los oasis, tales como jabones, aceite, manteca, harina flor, galletas, aguardiente "mata indio", etc. Aquí esperaban entre una a dos semanas junto a los potreros de alfalfa. Los arrieros traían algunos encargos y regalos. Se volvían a herrar los novillos, se les curaban las patas con aceite quemado y creolina, pero los malparados se sacrificaban para el consumo y allí mismo surgía el asado acampado con vino chileno, *chichas* livianas del día y los ya olvidados "guarapes" o aguardientes de algarrobo y el infaltable "guachucho" otro preparado con uvas y peras.

Para controlar las remesas antes del viaje a los centros mineros, éstas se disponían en los grandes corrales de las familias dedicadas a este comercio en gran escala. Aún se ven los vestigios de inmensos corrales junto a recintos donde se procedía a su último cuidado. Precisamente la familia Abaroa tenía



a



b

Figura 96
a) De los ayllos a San Pedro.
b) Cinturón de arriero argentino (siglo XIX).

sus instalaciones donde hoy radica las pertenencias de la familia Terraza, junto a la calle principal del pueblo, y su casa principal en donde hoy se observa el restaurante Juanita (ex hotel Abaroa).

En suma, a comienzos del presente siglo si un joven no se incorporaba al mundo de la arriería, lo hacía a las minas de Chuquicamata. Allí los primeros "gringos" los preferían por su capacidad laboral, habilidad manual-mecánica, salud compatible y aquella honesta sumisión que era ventajosa en los momentos en que surgían las primeras organizaciones obreras.

Otros pocos se incorporaban a las “minas” de sal en la cordillera del mismo nombre, y otros más a las labores mineras más cercanas e importantes de San Pedro, que ocurrieron en la mina San Bartolo hasta el año 1950. Durante toda esta mitad del siglo XX, algunas familias atacameñas se enrolaron en esta labor como operarios o como carreteros. Allí salía el cobre como “charqui” o “costroso” y los célebres carreteros atacameños como Delfín Rodríguez, se encargaban de cruzar el desierto, otra vez, hacia lo que en esa época era sólo una caleta: Cobija. La participación de los carreteros fue muy importante. Se recuerda que la mina de San Bartolo, aguas arriba de Quito, no tenía un buen camino de acceso. Éste sólo se terminó por el año 1898, a través de una cuesta de difícil recorrido acercándose así el carreteo de cobre hasta las mismas labores de extracción. Se narra que fue un niño de nueve o diez años, ayudante de carretero, Salvador Ramos que, sin quererlo, apuró la primera carreta que inauguró el camino de la cuesta... (Fig. 97).

En consecuencia, pocos jóvenes quedaban a cargo del pastoreo, de los potreros y huertos, es decir, de las labores propias de la tierra.

Figura 97
El célebre carretero don Delfín Rodríguez, trasladando cobre desde la mina de San Bartolo a la Caleta de Cobija (1900). Gentileza de la familia Santiago Ramos.



LA VIDA CAMPESINA

Sin embargo, San Pedro de Atacama al quedar marginado del paso del ferrocarril no se afectó de todos los cambios que involucró el nuevo orden comercial y económico. Esta nueva modalidad de transporte revolucionó la vida de las aldeas a su paso, pero no afectó sensiblemente la vida atacameña.

Es decir, la vida tradicional organizada en comunidades en donde se combinaban las labores familiares y colectivas a través de las actividades de agricultura y pastoreo, se mantuvieron sin cambios sustantivos, a pesar de que el auge de la arriería les restaba mano de obra. Sólo se restringieron las labores de arriería en aquellos tramos localizados a lo largo de la red ferroviaria.

Por otra parte, los pastores y arrieros atacameños continuaron hasta el comienzo del presente siglo con su antiguo tráfico fronterizo. En efecto, la aduana chilena se establecía cerca de Tambillo, en la entrada de San Pedro de Atacama, sin controles muy rigurosos en la frontera específica. Los lugareños sabían perfectamente que en los valles y pueblos argentinos tenían parientes, residencias y familias amigas que los recibían desde tiempos antiguos.

Por otra parte, los agricultores junto con mantener los huertos de frutales: peras, manzanas, uvas, higos y membrillos (comercializados en los mercados mineros del cobre y el salitre), se habían especializado en la mantención de potreros de alfalfa como una respuesta lógica al flujo de ganado en pie y por otra, al envío de pastos hacia los centros salitreros y cupreros, en donde el uso de mulas era predominante. La instalación del ferrocarril si bien es cierto no afectó la vida tradicional atacameña, al hacerse cargo del tráfico de ganado imposibilitó que la sobreproducción de pasto se siguiera vendiendo a los arreos trasandinos. Éste se amontonaba en inmensas rumas junto a los corrales y abrevaderos donde se detenía el ganado argentino.

Se recuerda que esta sobreproducción se reorientó hacia los mercados salitreros, donde aún en las primeras décadas del presente siglo se mantenían miles de mulares incorporados a las labores industriales y mineras. De uno u otro modo, la gradual disminución del arreo de novillos motivó un debilitamiento de la actividad económica de los oasis atacameños.

Fuera de los desajustes a raíz del uso ferroviario, la vida campesina en los oasis estaba siempre amenazada por los súbitos cambios climáticos, con temporadas de sequía que exigían de una ejemplar organización del uso de las aguas. Para este efecto existía el llamado "juez de aguas", quien decidía el monto de los turnos del regadío, complementado por otros funcionarios como los "celadores" que se encargaban directamente de su distribución por una verdadera red de huertos y potreros. Debe considerarse que en algunos años secos se dio el caso extremo que el turno de agua se realizó después de 90 días. Por otra parte, las heladas a destiempo prácticamente quemaban las cosechas, y seguramente que más de alguna plaga, sumada a la ausencia de mano de obra calificada ya incorporada a la arriería o a los centros mineros, hacía de la producción agraria un riesgo permanente.

Los atacameños aún esperan las lluvias de verano con ansiedad puesto que éstas aumentan el caudal del río, manteniéndose el regadío normal, de tal manera que la tierra está preparada entre agosto y septiembre para la siembra del maíz. Pero muchas veces el río bajaba como inundación y destruía los huertos laterales. A veces las granizadas de verano abatían los trigales y no faltó más de alguna nevada como la del año 1911 que cubrió los techos de San Pedro de Atacama. Se quemaron los frutales, se empaparon

las "tortas" de barro confeccionadas con mezcla de paja de trigo, hasta el punto que más de algún atacameño vio con asombro que de sus techos crecía trigo y cebada... Usualmente las nevadas ocurren en la cordillera entre los meses de mayo a octubre y se recuerdan las principales, una por el 3 de mayo, llamada "la nevada de la Cruz", y otra que lo hacía aproximadamente por el 4 de octubre denominada "la del cordón de San Francisco".

A comienzos del siglo XX el pueblo de San Pedro mantenía cerca de 500 habitantes, pero al considerar el conjunto de los *ayllos*, es probable que haya alcanzado a 2.000 personas. Todo este conjunto de pequeñas villas antes reconocido como Atacama la Alta se le denominó más simplemente San Pedro, de tal manera que este término tenía un valor algo ambiguo, puesto que lo que hoy se reconoce como pueblo de San Pedro ocupaba en gran medida el sector de Conde Duque, en donde tal vez antes se emplazaba el *ayllo* de Acapana. Gradualmente, durante el presente siglo, el núcleo urbano propiamente tal, emplazado en torno a la iglesia, se le llamó popularmente bajo el nombre de San Pedro, replegándose el término de Conde Duque hacia los huertos y potreros emplazados entre San Pedro y el *ayllo* de Quitor, aunque a este último *ayllo* curiosamente no se le reconoce en los viejos papeles coloniales.

Hacia aguas arriba del *ayllo* de Conde Duque se establecen varias áreas de cultivo que presentan alfalfa y más frutales a causa de que el valle es encajonado y consecuentemente más abrigado, tal como ocurre en los lugares de Quitor, Silo, Tambillo, Cucholrache y Catarpe. También a comienzo de este siglo se reconocían varios *ayllos* que se extendían en un espacio extremadamente abierto, aguas abajo del núcleo de San Pedro. Éstos eran: Solor, Larache, Yaye, Pacsar, Tchecar, Sequitor, Coyo, Tulor, Beter, Pochonche, Solcor y Cucuter, casi todos vigentes hoy. En la laguna en donde desagua finalmente el río San Pedro se encuentran aguas salobres que dan lugar a "Tevinguicha" (Tebenquiche), donde existía un buen forraje que se solía alquilar a los arrieros de ganado (Fig. 98).

Por todo lo anterior, en el núcleo de San Pedro de Atacama sólo vivían a comienzo de este siglo una población vinculada con el comercio y la arriería. En efecto, en esta pequeña "ciudad" había más gentes en relación a los pocos recursos de sus huertos. De esta manera la relación entre la arriería y el traslado de bienes de comercio hacia los oasis comenzó a jerarquizar a San Pedro como un mercado en donde la población de los *ayllos* podía encontrar aquellos productos que no se conocían y no se producían localmente. Los arrieros suplieron la ausencia del ferrocarril... y continuaron dando personalidad a Atacama.

PASTORES

Hacia San Pedro venían a mitad del presente siglo los pastores en búsqueda de víveres como la *papa-chuño*, frutos secos, trigo y harina. Éstos dependían en tal medida de este centro que hasta construían pequeñas viviendas en su entorno. Mantenían sus rebaños en potreros periféricos y en sectores con pastos naturales, adquirían bienes con monedas o por intercambio y regresaban hacia los pajonales cordilleranos, si era el tiempo adecuado. Allí poseían también pequeñas residencias. Aun solían instalarse en pequeños retazos regados para proveerse directamente de granos y se-



Figura 98
Casa campesina y la cultura de las sombras (ay-
llo de Tchechar).

millas, donde construían una tercera residencia, en alturas más moderadas cuando era tiempo de siembra o de cosechas.

Los pastores tal como ocurre hasta hoy, se desplazaban constantemente con sus rebaños de corderos y escasas llamas entre distintos potreros de los oasis, de tal manera que sus animales al ser criados sólo con alfalfa mantenían su proverbial calidad. Sin embargo, en otros oasis y tal vez más antes en San Pedro de Atacama, combinaban el uso de los potreros de alfalfa con ramas de brea y otros arbustos de crecimiento espontáneo además de los pajonales de la Alta Puna hacia donde ascendían tras los “pastos de cerros”, hasta el tiempo en que el comienzo del invierno les señalaba el retorno hacia los asentamientos más bajos o cálidos. A diferencia del altiplano tarapaqueño, los pastores atacameños en términos generalés tienen que ser más tras-humantes, puesto que las bajas temperaturas invernales hacen imposible la vida humana estable sobre los 3.500 metros de altura. En este sentido, los oasis de San Pedro se presentaban en esta época como un centro de atracción para los pastores de toda la comarca en donde, además, podían vender sus rebaños o sencillamente seguir de paso con los arrees de corderos hacia los mercados de Calama y Chuquicamata. A su paso por los oasis, al igual que los agricultores, se proveían de harinas de chañar y algarrobo, puesto que a fines de la estación de verano estos frutos se desprenden y son muy útiles para la preparación de bebidas y alimentos. De la harina de chañar lograban un componente para la preparación de sopas, la elaboración de pan, bizcocho y miel, o simplemente tostadas como castañas. De la harina de algarrobo lograban panes, dulces y la tradicional chicha (*aloja*).

Si la recolección de estos frutos era escasa, los arrieros de San Pedro tenían que, de alguna manera, obtener alguna porción de chañar para trocarla con los pastores y caravaneros de llamas. Así lograban obtener las

sogas de lana que eran indispensables para los aparejos y el “maneo” de los mulares. Era conocido que las correas de cuero irritaban las patas o el cuerpo de las mulas y por el exceso de uso tendían a rajarse. Para los arrieros, el uso de las sogas de lana para “manear” o sujetar las bestias era vital, ya que una mula huida podía significar la muerte del arriero en el medio de despoblados inhóspitos.

Para los pastores atacameños cada uno de los oasis era, en última instancia, el refugio donde se mantenían durante la estación invernal, y allí buscaban los pequeños retazos verdes cultivados o silvestres y cualquier abrevadero para alimentar el rebaño hasta el fin del tiempo frío. Estos alojamientos eran armónicos, puesto que pastores y agricultores producían aquellos bienes que eran útiles para todos. Ambos se complementaban mutuamente. Cuando los pastores tenían huertos y potreros en los oasis, allí se quedaban los más ancianos e impedidos a cargo de la tierra. Adultos, jóvenes y niños salían tras el pastoreo trashumante por quebradas y vegas cordilleranas. Después de todo su biología tan bien adaptada al medio de altura era otra de las herencias del pasado...

CAZADORES

También habían labores adicionales que eran enseñadas de padres a hijos como la caza de pequeños roedores, aves, vizcachas y *cholulos*, capturados con trampas, perros y aplicación de fuego en las madrigueras. También cazaban *suris* o avestruces para utilizar la piel emplumada en las fiestas religiosas. Ascendían además, en las temporadas cálidas, hacia las lagunas cordilleranas tras la recolecta de huevos de parinas.

No obstante, la cacería de mayor atracción se centraba en la vicuña, especialmente entre los meses de febrero y marzo, de tal manera que después del carnaval algunos lugares como Toconao y Aguas Blancas quedaban prácticamente despoblados. Se seguía una vieja práctica colonial y probablemente prehispánica que consistía en que las mujeres disponían cordeles a través de las quebradas en cuya dirección las vicuñas eran arreadas. Éstas jamás intentaban cruzar la línea de cuerdas, de tal manera que los hombres se dispersaban en un espacio mayor hasta introducir las manadas hacia el curso de las quebradas.

Esta vez, los cazadores iban montados en mulas hasta enfrentar a los piños que tienden a paralizarse, oportunidad en que se les dispara con certeza. El cazador que mataba una vicuña era dueño de la piel, lo que se considera la parte de más valor y todos competían tras esta posibilidad. Se entiende que la piel curtida era un buen abrigo o una buena venta (*colcha* de vicuña). El resto de la presa era propiedad de toda la comunidad que participaba, puesto que el esfuerzo había sido cooperativo.

CHASQUIS MODERNOS

En la medida que aún a comienzos del siglo XX persistían estos hábitos cazadores, ya algo modificados, otras costumbres, como la mantención del correo trasandino de ancestro indio y colonial se mantenía vigente. Ciertamente en este tiempo, cuando el mundo interior aún cumplía un rol como intermediario entre las dos pendientes cordilleranas, existía un correo terrestre consistente en tres viajes mensuales. Se cubrían 483 kilómetros entre Salta y San Pedro de Atacama, con un sistema de relevos a base de trayectos diurnos y nocturnos que resumían el viaje en sólo 6 días. No sería de extrañar que este correo no era sino la sobrevivencia del viejo sistema colonial de

chasquis a cargo de atacameños, quienes desde su pasado preeuropeo conocían estas rutas tradicionales mejor que nadie.

El "comercio" sin monedas venía del pasado preespañol, cuando las caravanas de llamas cargadas cruzaban los Andes hacia los oasis atacameños en las temporadas de cosechas. Acudían tanto del altiplano sur como de la así llamada Puna de Jujuy, en el noroeste argentino. Precisamente en esta última región aún viven campesinos-troperos radicados en el departamento de San Juan de Oro (frontera argentino-boliviana), que recuerdan largos viajes como aquellos hacia San Pedro de Atacama, hasta aproximadamente los años 1970-3. Aquí se intercambiaba carne fresca por fruta. A veces bajaban caravanas que eran vecinas de un mismo pueblo de la puna jujeña, con grandes recuas que sobrepasaban los cien machos cargueros.

Esta costumbre, a modo de transacciones informales, vinculó a los oasis atacameños con las tierras altas argentinas hasta por los años 1950-1960, declinando sensiblemente en la medida que se perfeccionaron las normas aduaneras, se incrementó la práctica del trabajo asalariado, y se enfatizaron las operaciones formales y monetarias. El tradicional contacto entre caravaneros trasandinos con familias atacameñas, conocidas por generaciones o aún a nivel de parientes políticos, colapsó recientemente. Ha ocurrido que las necesidades que antes se satisfacían recíprocamente por los pasos cordilleranos ahora son resueltas por el mercado y el comercio derivado de los agentes de cambio observados en San Pedro de Atacama, a raíz de su proximidad a los centros minero-urbanos. En verdad, como sucede hoy, todo lo que se compra en los oasis en términos de comercio, proviene de Calama, con precios mucho más altos que influyen fuertemente en la desmejorada economía familiar de los atacameños, quienes cada vez más pierden su cultura cordillerana.

Para este "mundo puneño" sometido a los nuevos valores económicos y comerciales de la vida republicana, la cultura del viaje los llevó a fortalecer instituciones locales de abastecimientos como las ferias, trueque itinerante, etc. Aquí el uso de la moneda no era decisivo, ende y allende los Andes. No obstante, el acercamiento de los pueblos atacameños a la economía urbana-comercial, presionados por fuertes cambios aculturativos, ha hecho que cada vez más se debiliten los vínculos con las comunidades de la Puna oriental. La relación de verdaderas "alianzas" familiares y entre pueblos del otro lado de la cordillera, si bien persisten todavía, se ven afectadas por la prolongada inconexión fronteriza y por la pérdida de valores de un viejo ideal de vida... en donde los arribos a los bienes deseados venían acompañados de las fiestas religiosas de un nutrido santoral andino.

Si bien las prácticas del trueque se han acomodado al sistema de mercado dominante, con usos y abusos propios de una época "no antigua", es natural que los intercambios involucren tratos más humanitarios e igualitarios acorde al contexto cultural puneño, que en parte debería recuperarse como un recurso de transacción alternativo y que podría aliviar la crisis del aislamiento en relación al lejano litoral del Pacífico, continuándose también con el más natural acercamiento trascordillerano. Para esto se debería perfeccionar la legislación fronteriza en relación al mejor desarrollo de las aldeas andinas, hoy con atacameños emigrantes ya enraizados, insertos crucialmente entre

el modernismo y la tradición, sin una cobertura legal que proteja esta singular situación y garantice mayores expectativas en términos de etnodesarrollo.

Es indudable que los cambios de la así llamada "vida moderna" continúan acelerando el deterioro de las comunidades locales. Por ejemplo, hasta ahora no se ha logrado reemplazar las ventajas de los viejos sistemas económicos que, ya superados, aún se recuerdan como mecanismos que ayudaban a los propietarios atacameños. Todavía hacia el año 1960 el sistema de trueque era efectivo y favorable en relación con los caravaneros esta vez del actual territorio del sur de Bolivia.

Ciertamente, bajaban caravanas de llamas y burros cargados con productos altiplánicos alimentarios y artesanales, desde los pueblos de San Cristóbal de Lípez, Quetena, Colcha y otros del sur boliviano. Descendían en la temporada de cosechas tras el maíz. Se logró observar en el año 1960 que aproximadamente 10 caravanas con 20 o 30 llamas cargadas, cada una portaba sogas de lana de llamas, ponchos, *coipas* y *colpa* (sal de potasio usado como detergente). Los aymarás de Colcha traían papas y quinua, un exquisito arroz andino. Las reglas del trueque, como en los tiempos preespañoles, aún se ejercían de manera tradicional: tejidos, sogas y papas por chañar y peras. Carne de llama y quinua por maíz. Una soga por 30 *almudes* de chañar o cinco de peras. Papas de Colcha por chañar de Atacama en proporción de un kilo por otro. Una libra de carne de llama del altiplano por dos de trigo o maíz de los oasis.

Hasta el año 1960 los costales o sacos llenos de chañar servían como medida del trueque. El tejido siempre había constituido el carácter de un producto deseado por los atacameños, casi como un signo de *status*. Con los caravaneros aymarás venían mujeres tejedoras, que sabían que localmente se había casi perdido esta habilidad, y por lo tanto los hacían allí mismo por encargos, cobrando en dinero, con lo cual compraban en los almacenes de San Pedro aquellos bienes que escaseaban en el altiplano.

Eran tan variadas las posibilidades económicas de estos tratos, que gran parte de la fruta seca de San Pedro ("orejones") se cargaba hacia el altiplano, de acuerdo a los viejos hábitos del traslado de productos complementarios, con las recuas o "tropas" de retorno. Si faltaba mano de obra en las cosechas, pues allí estaban estos viajeros temporales, de cuya presencia aun se les evoca con afecto. Después del año 1960 el control de las fronteras fue aun más riguroso y gradualmente se detuvo el flujo de los caravaneros fronterizos.

A raíz de estos sucesos se multiplicaron los almacenes imitando el modelo de Calama, esta vez en el casco viejo o centro de San Pedro, para reemplazar y suplir el vacío del sistema tradicional del trueque. Así, se impuso gradualmente el valor monetario en las transacciones, pero desgraciadamente este mecanismo urbano no logró reemplazar o mejorar los beneficios notables que los campesinos sin monedas recibían en las tan esperadas temporadas en que bajaban las "tropas" de la cordillera.

FAMILIAS
PUDIENES

No se sabe con certeza cuándo arribaron las primeras familias yugoslavas a los oasis de San Pedro. Se comenta que a comienzo de la postguerra europea, por el año 1945, bajaron desde Bolivia para dedicarse al comercio

de almacenes. Las familias Ivanovic, Yutronic, Radic y otros, lograron notable ganancia hasta el punto que, gradualmente, adquirieron tierras de propietarios atacameños. El casamiento con distinguidas vecinas sanpedrinas explica su alto nivel de arraigamiento. Los hermanos Yutronic representan bien el paso de las actividades de almacén al manejo de grandes propiedades o fincas, localizadas en suelos óptimos y bien regados, tanto en Yaye, Cucuter, Solor, Checar y Quitar. Esta familia llegó a ejercer, durante la etapa final del traslado de remesas de ganado, una fuerte influencia económica entre toda la población de los oasis de San Pedro.

Es probable que la formación de grandes propiedades haya restringido la tierra de humildes vecinos atacameños, quienes se organizaron en común para mantener sus vínculos a la tierra. En este sentido, solían extender sus aguas de regadío a nuevos suelos "sin dueños" con mejores expectativas para los campos de trigo-maíz. En efecto, en una oportunidad trasladaron el agua al sur del *ayllo* de Beter, hacia los lugares de "Diamala" y "Baltinache". Esta expansión, al estilo atacameño, se opuso a los intereses de los dueños de grandes fincas. De nuevo un miembro de la familia Ramos convocó a ambas partes a discutir quizás el último litigio que logró quebrar la tranquila vida cotidiana de San Pedro. El suceso expuso el valor de los últimos dirigentes locales. Propietarios yugoslavos y una densa asamblea de campesinos, dentro del actual "Restaurante Juanita", parlamentaron sobre la legalidad de llevar las aguas a tierras fiscales disponibles. Las mujeres campesinas por su parte, cubrían el exterior del recinto con expresiones elocuentes de apoyo, no exento de amenazas. El acuerdo fue favorable para los vecinos más humildes y la paz volvió a San Pedro.

Por otra parte, algunas grandes propiedades y la efectiva producción de alfalfa y frutales estaban en manos de distinguidas familias sanpedrinas: Polanco, Figueroa, Zuleta, Cruz, Ildefonso, etc. Todos esperaban ver acrecentados sus productos, evitando la pérdida del agua de regadío que corría por acequias arenosas, afectando a toda la comarca. Lucharon por cada conquista tendiente a mejorar su tierra y recién por los años 1961-2 se confeccionaron los nuevos canales y se reparó una pequeña represa hidroeléctrica. Algo antes, por el año 1960, un equipo de geógrafos talentosos propuso un primer plan de desarrollo auténticamente útil para San Pedro. Todo se veía preparado como para obtener de *pachamama* mucho más de todo lo esperado, bajo la asesoría de CORFO y de la iniciativa de los propios campesinos que aún tenían fe en la tierra de sus antepasados (Fig. 99).

Sin embargo, a pesar de los esfuerzos de diversas instituciones estatales, y de la iniciativa privada, la emigración y la escasa vocación al progreso agrario ha continuado en aumento en los tiempos más recientes, tal como se discutirá más adelante. Pero quien cruce el desierto absoluto de Atacama y "descubra" estos oasis podrá intuir de inmediato que aquí existe una "riqueza" no bien aprovechada.

La relación bíblica entre tierra, agua y gentes, fue, es y será un triángulo muy firme que sustentará la pervivencia atacameña. Después de un recorrido encañonado desde los volcanes fronterizos, el río San Pedro cubre cerca de 70 km antes de llegar a San Pedro. Sobre los 6.000 m de altura recoge los aportes de los ríos Jauna y Putana. Luego recibe los caudales de

LA RIQUEZA
ACTUAL DE LA
TIERRA V/S
EMIGRACIÓN

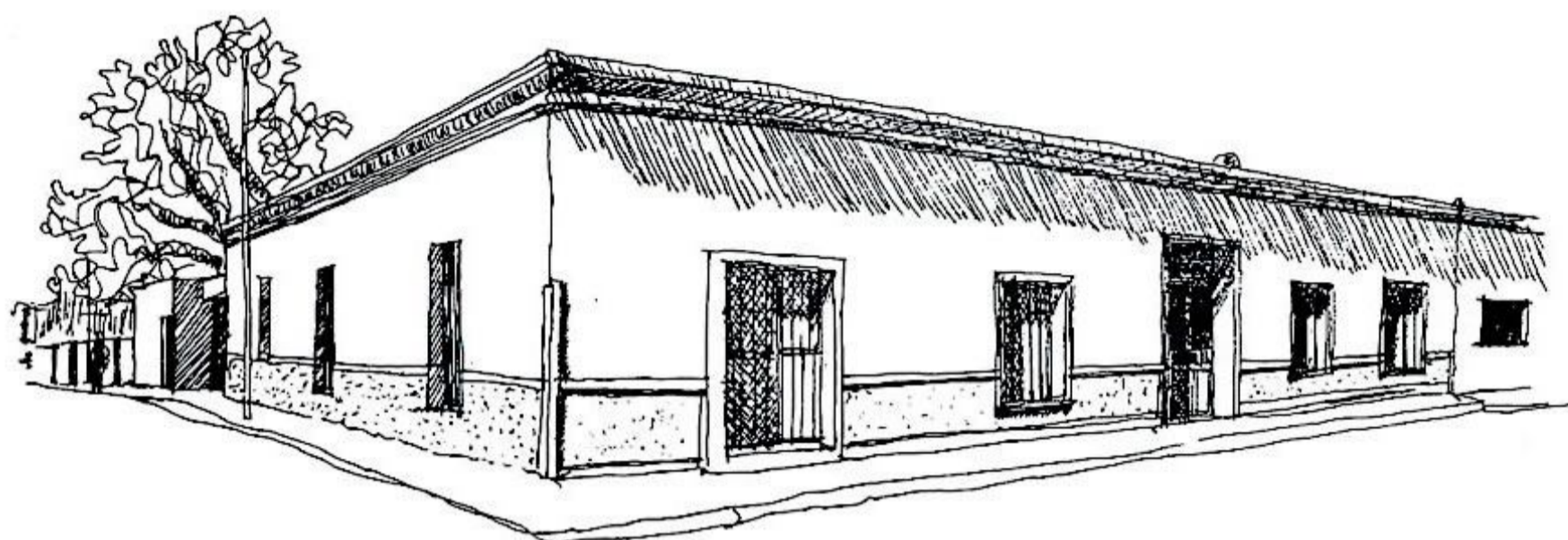


Figura 99
Croquis de la plaza y casa de familia de *status* modificada en el siglo XIX (gentileza Arq. J. Guerra).

los afluentes del Salado y Machuca, hasta desaguar aguas abajo de los últimos *ayllos* de San Pedro. Cerca de San Pedro también desemboca el río Vilama; estas aguas, y otras ocultas bajo tierra, son y serán el desafío suficiente para crear las granjas autosuficientes del siglo XXI, cuando la cordura agraria retorne y se equilibre junto con el jolgorio minero y los sueños del Dorado que todavía no hacen sino desprestigiar el trabajo de las manos sobre la Madre Tierra.

Por ahora estas aguas riegan cerca de 1.754 hectáreas repartidas por los *ayllos* de Atacama. Una red de canales conduce el riego por turnos de cada sector. El reparto del agua es muy equitativo y vigilado a través de la participación tradicional de encargados en diversas funciones, heredadas del sistema antiguo de naturaleza comunitario. Aunque el reglamento actual proviene del año 1960, el anterior de 1895 recogía prácticas nativas que en parte aún persisten. En este sentido cada cual participa de acuerdo a la extensión de su propiedad, en labores aún colectivas: limpieza de canales, reparaciones del sistema, protección de las avenidas o torrentes, etc. Para lograr el funcionamiento de estas labores, o se participa directamente o se envía algún operario pagado, siendo causal de suspensión de riego el no pago de cuotas, falta de colaboración en tareas comunes o el abandono de tierras sin regadío por más de un año. Como la distancia entre cada riego suele ser de hasta 30 ó 70 días, según sea el incremento del caudal o la cercanía o lejanía a las bocatomas, en los *ayllos* alejados de San Pedro los cultivos necesariamente deben adaptarse a la escasez de agua por un lado y a las aguas salobres del Vilama por otro. Así, cultivos más “resistentes” como la alfalfa pasaron a ser más dominantes durante el período de las

remesas de vacunos y sobreviven aún hasta hoy, pero ya la demanda local de pasto no es alta a la par que hay escasos mercados regionales que abran expectativas al comercio del forraje seco.

Además, la distancia entre los turnos de riego tiende a preservar la técnica de regadío por inundación sobre tierras ordenadas a modo de "melgas" con bordes altos. Éstas son levemente escaleradas y facilitan la inundación; una vez saturado todo el predio, el agua sigue por descenso al próximo. Las "melgas" así acumuladas en exceso se ven como piletas y el agua actúa como disolvente de las sales que el largo período seco ha permitido aflorar a causa del registro de uno de los más altos índices de evaporación del mundo. Las sales disueltas descienden infiltradas más abajo de la línea de las raíces, permitiéndose la sustentación de la cubierta vegetal. Este sistema proviene del pasado atacameño, pero podría perfeccionarse si ésta fuera represada y dispuesta por la técnica de goteo y siembra bajo plásticos.

Todavía no se sabe mucho sobre los recursos de agua alternativos. Los "pozos" que ahora se conocen fueron perforados no hace mucho tiempo. Por la década del 1950-1960 los expertos de CORFO abrieron pozos que fluctuaron entre 600 a 200 m de profundidad. Se recuerda que sólo seis se localizaron en la zona de San Pedro de Atacama. Cinco de éstos tuvieron éxito, en especial el llamado Pozo 3 (63 l por segundo), cuyas aguas riegan el sector de Alana, configurando además un centro recreativo. Es cierto que estas aguas resultaron ser más salobres que los ríos, y por lo tanto no lograron crear mejores expectativas agrarias. Pero el agua como la tierra hoy puede mejorarse si se fomentara la voluntad real de un renacimiento de la vocación agraria (Fig. 100).



Figura 100
Aventando trigo en el ayllu de Qitor (Foto gentileza B. Muñoz).

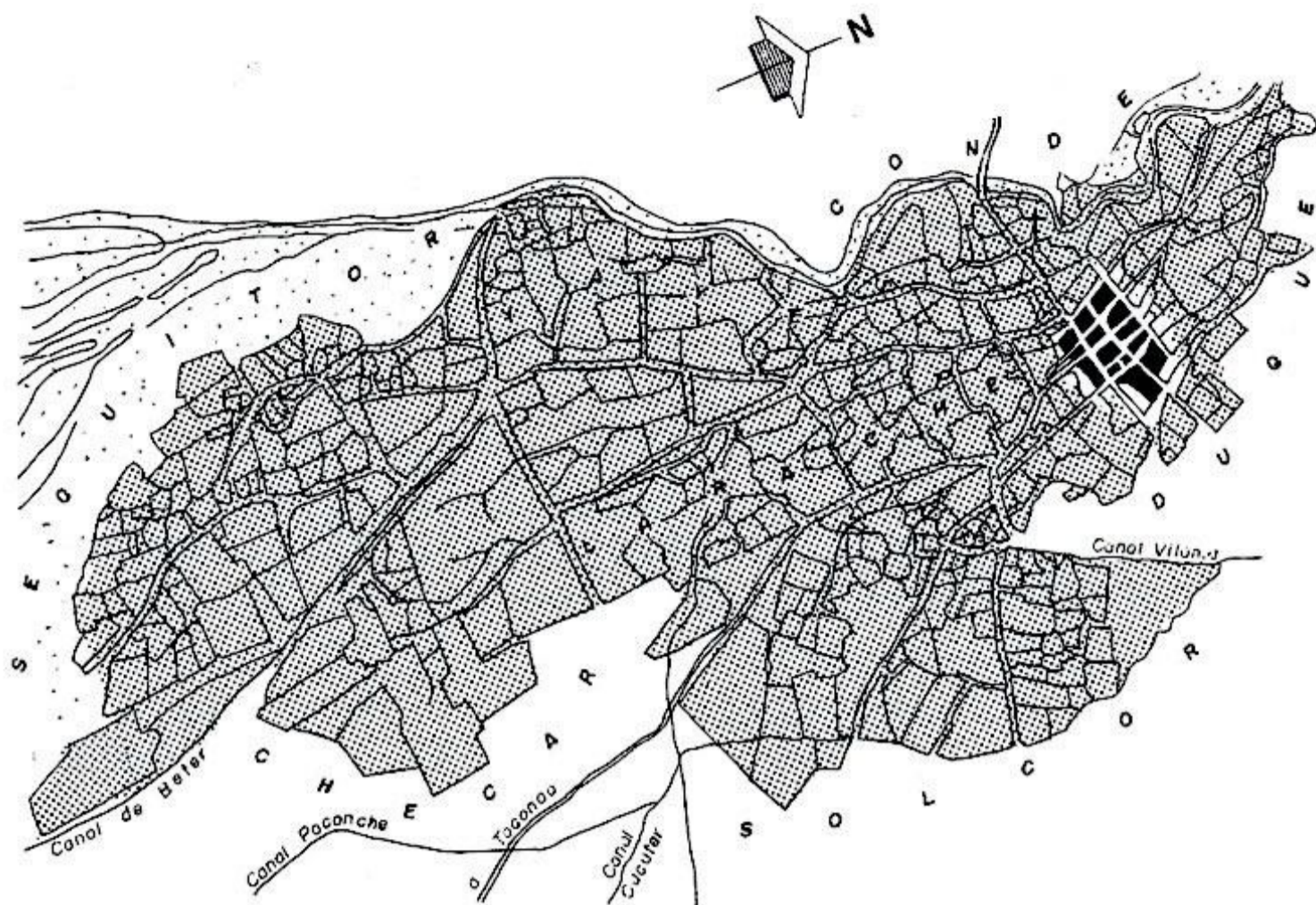
A pesar de que tierra y agua podrían crear mejores posibilidades de vida, el despoblamiento de la zona de San Pedro de Atacama continúa siendo un problema crítico. De acuerdo al censo del año 1960 la población llegaba a 819 personas, cifra más baja en relación al censo del año 1952, oportunidad en que vivían 1.276 habitantes. A la par, aumentaba la población de las provincias de Antofagasta y Calama... Por el año 1960, entre un 40% al 35% de los emigrantes atacameños vivían entre Chuquicamata y Calama respectivamente.

En consecuencia, a pesar del "triángulo sustentador" la vida campesina está inmersa en una crisis de fondo. Por un lado los sueldos logrados en Calama o Chuquicamata son 4 a 5 veces más que los valores logrados en los oasis. Por otro, las tareas agrarias tan fijas durante el año y las obras colectivas (*mingas*) no estimulan un salario agrario constante y adecuado, en este tiempo en que el recurso monetario está definitivamente impuesto. Los campesinos pobres trabajan ocasionalmente bajo salarios, pero también deben atender sus pequeñas propiedades por herencia, arriendo o custodia. En suma, no hay labores rentadas en largos períodos del año, en especial entre los tiempos de siembra y cosecha, de modo que las reservas monetarias son siempre mínimas. Debe tenerse en mente que el propio *hábitat* de San Pedro tiende actualmente a deteriorarse en cuanto hay anomalías que hacen imposible el funcionamiento normal de un centro urbano: agua potable con la tasa más alta de arsénico a nivel mundial, alcantarillado provisorio, contaminación ambiental de azufre y polvo en suspensión, camino de acceso intransitable, alta tasa de enfermedades broncopulmonares, ausencia de médicos y hospital, falta de un plano regulador del crecimiento urbano, no recuperación del casco viejo, carencia estable de electricidad, siendo público y notorio que el centro comercial verdadero se localiza a más de dos horas de traslado en bus (Calama).

Hacia el año 1960 se localizan 437 propietarios (1.035 predios) con 1.754 hectáreas, pero el 35% de los dueños sólo poseían tierras menores a una hectárea. Por otro lado, sólo el 8% de los propietarios era poseedor del 47% del total de la tierra atacameña. En suma, hay una alta cantidad de tierra fragmentada (81%) que sustenta una precaria labor agraria en términos generales, lo cual se agrava por la herencia de la tierra entregada por igual a todos los herederos y al desajuste que creó el régimen colonial y boliviano a raíz de la disolución obligada de las tierras comunitarias. No obstante, la tierra fragmentada aún es capaz de sostener a la mayoría de las familias con una subsistencia mínima, que suele crear cierta esperanza de autosuficiencia. La amenaza radica en el abandono de los cultivos por falta de mano de obra, es decir, la emigración de las edades más jóvenes. Esto permite que sólo algo menos del 70% del total de la tierra esté bajo cultivo (Fig. 101).

El uso de la tierra hacia el año 1960, se repartía del siguiente modo: trigo (175 hectáreas), maíz (147 hectáreas) alfalfa (cerca de 800 hectáreas), perales (cerca de 24 hectáreas), higueras (7 hectáreas), chañar (36 hectáreas), algarrobo (15 hectáreas). Por su parte, la actividad ganadera en ese mismo año se repartía en los siguientes rubros: bovino (143), ovino (8.161), caprino

Figura 101
Plano de la fragmentación de la tierra de los aylllos de San Pedro (Aranda, 1961).



(1.482), porcino (478), llamas o camélidos (319), equino o caballos (203), asnal (438) y mulares (112).

Sin duda que el ganado dominante aún lo es la crianza de corderos, que logra sustentar un pequeño "capital" para solventar los mayores gastos de los atacameños de hoy. Hasta ahora, la labor de pastoreo entre potreros tapiados con alfalfa, con desplazamientos entre *aylllos*, se advierte en majadas conducidos por jinetes a mula o niños y pastoras que siguen hilando con husos. Lugares de pastoreo de uso alternativo se destacan aún en las vegas de Tebenquiche a unos 18 km de Tulor, ricas en junquillo y grama. Las vegas de Baltinache, entre Tulor y las vegas de Tebenquiche, y otros en Tuina, Quinche y Apurcaya. También se lleva el ganado cuando hay crisis hacia el alto de la serranía de Barros Arana, hacia el oeste de San Pedro de Atacama.

Empero, cuando los cerros cordilleranos están verdeados por las lluvias, el área que va desde el volcán Licancabur hasta los altos de Toconao se ve muy ocupada estacionalmente por rebaños tras los pastos naturales, tales como el pingo-pingo, rica-rica, ojalar, bailahuén, añagua, iloca, malvilla, etc.; esto es, cuando la cordillera está por fin abierta para los pastores, por el tiempo cálido entre noviembre y abril.

Es interesante destacar que la crisis ocurrida en las postrimerías del traslado de ganado argentino significó que los propietarios de tierras de mantenimiento vendieran sus pertenencias. Por ejemplo la Finca de la So-

ciudad Patrón y Costa (Argentina) fue vendida a la familia Ramos de Sequitor de antiguo ancestro atacameño. Si bien ciertos atacameños recuperaron tierras, ya la vocación agraria estaba en crisis mucho más que la crianza, porque el proceso migratorio ya había diezclado a los *ayllos* (Fig. 102).

Figura 102

- a) Potrero con alfalfa y vacunos.
- b) Arreo de corderos por los accesos de los tapiales.



Aunque las conexiones con los territorios ganaderos argentinos se ha aparentemente perdido, siempre se piensa que para conseguir animales por compra, éstos deben provenir de las fincas trasandinas. Por el año 1955 ocurrió el traslado de una de las últimas remesas de corderos "mestizos" de Santa Fe. Varios vecinos pasaron al otro lado de la cordillera, trabajaron un largo período allí y con las ganancias compraron corderos y vacunos a fin de mejorar la actual crianza atacameña. Sin duda, la vocación ganadera aún es vigorosa en términos de tradición, entre los que optaron por quedarse.

En suma, hay expectativas agrarias suficientes, sumadas a la crianza de llamas y corderos, que de ser racionalizada, podría ser una solución sugerente, si a la par se lograra intensificar el cultivo de frutales que paradójicamente cubre sólo el 3% de la tierra útil, pero que dan más ganancias que el casi 77% de la tierra ocupada por el alfalfal. No se sabe si se justifica esta expansión del alfalfal, que todavía cubre tanta tierra como herencia del pasado remesero. Quizás podría ser reemplazado en parte por cultivos que ahora bajo tecnologías de la nueva agricultura de zonas áridas (invernaderos, riego de goteo, readaptación de cultivos más rendidores, etc.), podrían dar mejores expectativas de vida. Por supuesto que el déficit de capitalización, el bajo nivel de comercialización, agregado a la escasa asesoría técnica y el poco apoyo a una revitalización de la cultura agropecuaria, gravitan en la actual situación de los pobladores con tierra, a pesar de los esfuerzos del Servicio Agrícola Ganadero.

Es más, uno de los problemas más críticos de la agricultura de los oasis es su inestabilidad climática. Los campesinos que aún poseen cultura agraria saben que se debe "trabajar junto con el tiempo". Es decir, no se pueden aplicar procedimientos y experiencias ajenas que no tomen en cuenta esta situación de escasa previsión. Las inesperadas heladas de marzo y de octubre, por ejemplo, pueden afectar las cosechas así como los vientos durante la floración, o sequías prolongadas. Para cada una de estas situaciones había y hay respuestas tradicionales que implican un detallado conocimiento vernáculo. Es claro que las soluciones eran originales, por ejemplo, en el caso del riego aún se recuerda la capacidad de los atacameños para "llevarse el río". Se trata de conducir las aguas a nuevos suelos trigueros o maiceros a través de nuevos canales y la preparación de mejores tierras. Los suelos varían de un lugar a otro, aunque cercanos, algunos son poco permeables, otros son gredosos. Las propias variaciones del caudal son también inestables y a menudo se organizaban labores colectivas o de emergencia para encauzar las salientes del río. Las mujeres se colocaban en el río, en fila, sujetando una capa de ramas sobre la cual los hombres paleaban la tierra, hasta formar un lomo compacto que evitaba el derrame del caudal.

No obstante, el descubrimiento de ciertos huertos eficientes y las napas de agua subterráneas da la esperanza necesaria para el futuro agropecuario de los oasis. Por otro lado, la reciente creación de la Municipalidad de San Pedro de Atacama (1981) abre inesperadas posibilidades de desarrollo andino, si en verdad se abocara a resolver los problemas más dramáticos de los campesinos locales. Si los atacameños lograron contar con una turbina hidroeléctrica por el año 1930, es natural que existió y existe la voluntad suficiente para atraer los cambios más favorables en el contexto de preservar

EXPECTATIVAS
DE DESARROLLO
ACTUAL

su patrimonio cultural y agrario, dentro de un equilibrio ecológico, al margen de toda clase de contaminación y tras una idea de progreso que surge de la propia idiosincrasia atacameña. La mejor manera de establecer una diferencia entre el viejo Cabildo y la actual Municipalidad es que esta última debe ejecutar lo que la comunidad aspira como ideal de progreso. Para que esos ideales sean compartidos se requiere obviamente de un espíritu solidario y colectivo que discuta y acuerde el cómo transformar los ideales en realidad, con el esfuerzo más tenaz compartido entre funcionarios electos y el vecindario atacameño.

SOBREVIVENCIA DEL ESPÍRITU ATACAMEÑO

Hasta ahora, a la región de San Pedro de Atacama se le considera como un lugar donde todavía sobreviven los descendientes de la etnia o pequeña nación atacameña. Quien observe a la población actual estará de acuerdo que presenta caracteres andinoamericanos, con una idiosincrasia y formas de trabajo que provienen de tiempos remotos. Se trata de una población nativa y mestiza, que a pesar de la influencia española, logró mantener hasta nuestro siglo XX diversas y respetables manifestaciones vernáculas, reconocidas muy superficialmente bajo el concepto de "folklore", y que, en el fondo, no es sino una cultura diferente a la urbana, y por lo tanto, tan valedera y compleja como cualquiera otra.

La población que se localiza en los *ayllos* de San Pedro de Atacama fue muy alterada e integrada por la mayor presión cultural e ideológica que ejercieron los funcionarios y misioneros españoles. Pero en la medida que el observador se aleja hacia poblados más distantes, donde la influencia española y posterior fue menor, y mayor el distanciamiento con los centros urbanos, tanto la cultura material como el espíritu atacameño lograron conservarse notablemente. Es el caso, por ejemplo, de las localidades de Peine y Socaire que hacia la década de 1945-1955 representaban muy bien el estilo de vida atacameño que, en otros poblados, ya se observa muy modificado o simplemente ya ha desaparecido.

Considerando estas localidades marginadas, existen todavía innumerables costumbres andinas o preespañolas que guardan relación con el tratamiento de la tierra; esto es, los cultivos en andenes, las técnicas de canalización, implementos agrarios y el ciclo de algunos cultivos tan indios como el maíz, quínoa y papas. Es probable que los sistemas de turnos de agua también sean de data muy antigua. Todavía para los tiempos de siembra y cosecha, aún en San Pedro de Atacama, las labores son colectivas a través de la *minga*, donde todos colaboran sin remuneración alguna en un ambiente festivo y solidario. Todavía se usan ciertas bodegas de barro con piedra y maderos, dispuestas de pequeñas entradas y sus típicas formas indias (bases circulares), que a modo de graneros, mantienen el alimento para la estación fría. Pero los hombres de hoy aún son capaces de recorrer todo "su mundo" de la puna, en donde la cordillera es sólo una "mampara" entreabierto, que Estanislao Ramos de Peine la abre y la cierra toda vez que sabe guiar a los

que se introducen en sus vericuetos, tal como lo hacían sus antepasados por los siglos XV y XVI.

Hasta ahora, las prácticas de pastoreo tienen un carácter trashumante, puesto que los rebaños de corderos y llamas se desplazan hacia los cerros verdeados de la cordillera durante las estaciones cálidas, bajando los animales durante el verano hacia los pueblos de los oasis para la ceremonia de la “señal” o “floramiento” del ganado, oportunidad en que éstos se marcan con rituales propiamente andinos (Fig. 103).

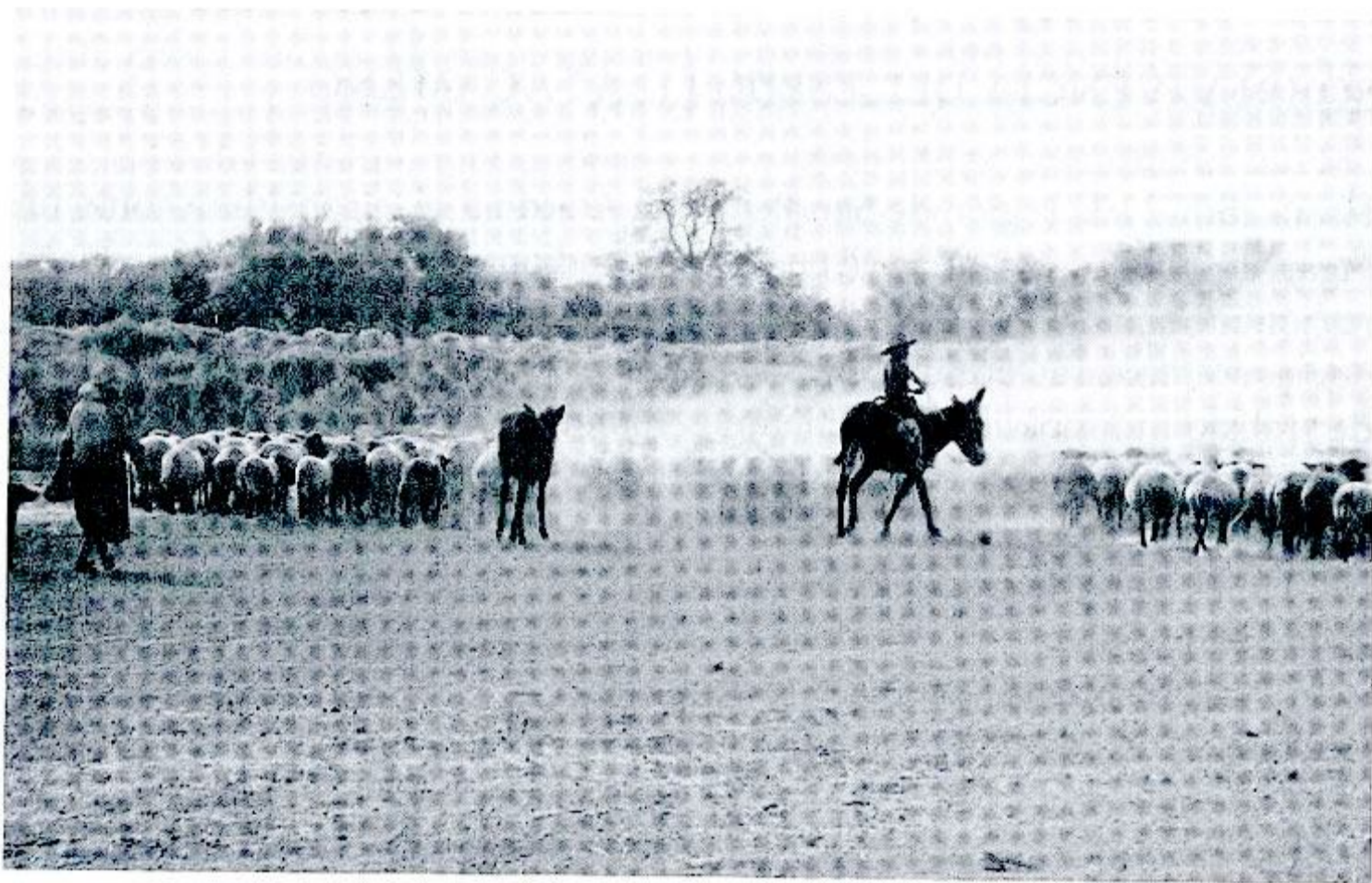


Figura 103
Pastores de San Pedro.

Aún por la mitad de este siglo los cazadores de vicuñas evocaban al espíritu del o la *Coquena*, aquel camélido mítico protector de vicuñas. Para auspiciar una buena cacería ofrendaban en un foso, a esta "dueña" o *Pacha* de vicuñas, puñados de hojas de *coca*, tabaco y aguardiente. Todavía se practican ciertos hábitos de caza para proveerse de roedores y aves, incluyendo la recolecta de huevos de parina. Al igual que en el pasado prehistórico, hoy se continúa con la recolecta de algarrobo (*yali*) y chañares (*Tchcknar*), tanto para hacer harina, como para preparar bebidas alcohólicas (*ckilapana*) y por supuesto el cultivo de maíz (*yankui*) es dominante.

Tal vez la festividad del agua, recurrente en el ciclo anual, a raíz de la limpia de canales, encierra el más profundo espíritu atacameño preespañol, tal como se ha recobrado de las memorias ancianas de Peine y Socaire en la mitad del presente siglo. Durante la primavera y a lo largo de la mayoría de los pueblos emplazados entre el río Loa y el oasis de Peine, desde su pasado prehistórico hasta hoy, se ha celebrado un verdadero Culto al Agua (*Puri*), jerarquizado precisamente por su ocurrencia en el escenario más yermo del mundo.

Los testimonios etnográficos de Socaire describen primero la designación de las autoridades del trabajo, rememorando a los viejos caciques: dos hombres, "Capitán" y "Capitana", portadores de vara y atuendos de culto (Ejs., bolsa coquera bajo el cuello). El capitán "masculino" toca el "clarín" o caña de sonido agudo, retirada desde un recinto especial del pueblo. Más atrás aparece "el" capitana "femenino", tocando el *putu* de sonido grave (cuerno de buey), también retirado de otro recinto. Ambos instrumentos evocan el sonido del agua que baja de los Andes. Se trabaja colectivamente limpiando los canales, al tanto que los capitanes conducen la labor en disciplina, dando ciertos golpes a los desaplicados. Ordenan los tiempos de beber y comer, una vez que las mujeres lo han preparado a cierta distancia. En la noche hay festividades menores en el pueblo mismo.

En el día principal, cuando las acequias están limpias, aparecen los dos "Cantales", cerca de la toma de agua, algo antes del comienzo del canal principal, o en la vertiente y caída de agua. El *Cantal* o *Ckantur* ("el que saca algo adelante", el que *da*) es como un *shaman* que mediatiza entre la comunidad y los poderes de la surgencia del agua, a través de rogativas, auspicios y ritos. Uno es el maestro y el otro su discípulo (sólo hombres casados). Sus cargos son heredados, como sus ritos, y son transferidos oralmente bajo el rigor del secreto y de sus memorias privilegiadas. Antes de la invasión española: ¿convivieron en estos oasis dos autoridades distintas? Es posible que existieron jefaturas vinculadas con la organización civil, militar y productiva, al tanto que los linajes shamanísticos se entendieron con la mediación entre la comunidad étnica, sus iconos, y los ritos del ciclo anual agrícola y ganadero.

En los pueblos del río Loa los que conducen el ceremonial de la limpia de canales "hablan" con el agua que cae, hacia la represa o hacia la "toma de agua". La tratan de una manera "humana" en donde el nombre de la vertiente o del lugar pasa a tratarse como persona viviente. No en vano al jerarca que conduce el rito se le reconoce como *Puricamane* ("conservador de las aguas").

En los oasis al sur del Salar de Atacama, el *Cantal* y su discípulo representan estos mismos roles. Es decir, conduce el rito de las ofrendas al agua, a la espera de que éstas toquen la tierra y den lugar a su primera fructificación. Así, la tierra ya sembrada se le ve como un lecho a la espera del “multiplico”. Allí le habla en rogativa y le ofrenda *coca*, *aloja*, yerbas aromáticas y el clásico puñado de plumas rojas de parinas, como símbolo de fertilidad o de abundancia. En el fondo, las ofrendas de bebida y comida son para que los cerros (dadores del agua), puedan alimentarse del “festejo” proporcionado tras las expectativas de recibir en reciprocidad el agua suficiente para las sementeras.

El espacio ceremonial del rito se compromete con un salto de agua, una toma del regadío principal o alguna vertiente, justo donde comienza la canalización que conduce al riego. Era común cerca del espacio sacro un “merendero” con rocas grandes que pasan a representar a los cerros de la comarca; aquellos que “mandan” sus aguas a las tierras de los ofrendantes. Por eso, durante “los cantales” se les invoca y se les considera a cada bloque o roca como objetos rituales no tocados ni mal utilizados a través del ceremonial.

Otro sector era más comúnmente llamado *covero*, un espacio sagrado e intangente, delimitado con piedras, en donde los *Cantales* queman *coca*, de modo que carbón y ceniza permanecen *in situ*. Así sucedía durante la prehistoria con las “cajas” o pequeñas celdas de lajas donde se ofrendaban camélidos, plumas, malaquita, conchas del Pacífico y fuegos ceremoniales, tal como aún ocurre en Río Grande cuando se quema el arbusto donde se han ofrendado las *tincas* de los comuneros a *Pachamama*, un día antes de la “limpia”.

Los dos *Cantales*, como en los mangos de las tabletas de insuflar alucinógenos del pasado prehistórico, están ataviados con objetos de culto y en la misma relación maestro-aprendiz ofician sus ritos en secreto, tanto para la rogativa al agua como para la invocación de los *tatas*, aquellos célebres antecesores que deben interceder favorablemente por medio del quemado de hojas de *coca*.

En Peine se ofrendaban en la Casa Comunal varios platos con *Cajcher* (*chicha* con harina de maíz), *Chacha* (flor aromática como incienso) y *tejto* (plumas rojas de parina). Este es un cambio notable en relación a Socaire, paralelo al actual desinterés por asumir el rol de *Cantal*. Por otro lado, los implementos de culto como los sombreros con plumas de parina ya no son usados comúnmente.

En la parte final del rito del agua, siempre entre letanías católicas, impuestas por los misioneros coloniales, se advierte el sentido atacameño antiguo repetido por los viejos de Socaire:

“Pachamama, Santa tierra
más alegre y más contento
Recibe todas las comidas que estamos haciendo
a cerros y nacimientos”...

Una vez seguros de que los cerros involucrados han recibido las ofrendas, se vuelve a encender el fuego ceremonial del *covero* con hojas de *coca*, plumas y alimentos, esta vez evocando al o a los cerros más potentes de la región.

Ahora todos pueden proceder a la comida comunal en el "merendero", conducidos por los *Cantales* y capitanes. Cada hombre es servido por su mujer, quien la ha preparado junto a todas sus vecinas en la cercanía.

La ceremonia ocupa un espacio jerarquizado por un terraplén con muros bajos o plano nivelado, a veces ovalado ("merendero"). Allí, sobre tejidos andinos se dispondrá la merienda de cada hombre y colectivamente se celebrará con bebidas el fin de la "limpia". Los capitanes ajustarán, como intermediarios, las aspiraciones afectivas, rencillas pendientes, peticiones, vínculos solidarios, etc., entre los vecinos maduros de la comunidad. Es como un mecanismo anual de autosustentación armónica a nivel de búsqueda de mayor cohesión social: "Dice el Señor Tejerina que Ud. no ha cumplido palabra de apuesta"... En Ayquina este recurso llega hasta hoy a un pleno virtuosismo.

Ocurría a comienzos de siglo con mayor evidencia, al final del rito, donde el agua cae o fluye hacia el canal, entre charcos y pequeñas pozas. Saltaban allí los *Cantales*, capitanes y parejas casadas con escasas ropas (algunas mujeres a pecho descubierto), en un despliegue alegórico de fertilidad humana. En este sentido la idea de acoplamiento da también fuerza al regadío que a partir del ceremonial "multiplicará" los frutos o "hijos de la tierra". Es decir, una tierra que palpita, que puede vivir mejor o morir, que puede ser bien o mal tratada. Algo así como una breve e inolvidable lección de la más moderna ecología humana, recién puesta de moda por los ciudadanos y su inevitable pavimento...

Las ofrendas de la comunidad se han reunido en el lugar del ceremonial de la "quema". El capitán de Socaire ha requerido a dos jóvenes llamados *chachares* que traigan leña y dos atados de *chacha* o *coa* para el *covero*. Entonces, los *Cantales* invocan a sus ancestros ("para las almas"), a los dadores de agua ("para los cerros"). El *Cantal* mayor con un vaso de *aloja* solicita permiso para ofrendarla a su *Cantal*, al "Presidente", a los capitanes y comunidad toda. La voltea al sur del *covero*, entre un "Padre Nuestro" y "Santa *coa* tomando". Luego, da de beber, en la medida que *tinca* la *chicha* en el socavado de las ofrendas o en las rocas que representan a los cerros, a todas las altas cumbres, al manantial en un sentido estricto, que ejerce su influencia benefactora sobre la comunidad involucrada en el "festejo". En la medida que cada pueblo tiene su cerro sagrado, se trata de hacer más fuerza para que todas las montañas afines ayuden al principal invocado en el rito, aquel que tutela al pueblo específico, a fin de acrecentar el riego y la crianza. De allí que la última ofrenda de *chicha* ocurre sobre el canal: "tomando santo canal".

El *Cantal*-maestro ofrenda harina de maíz, plumas de parina y *aloja* junto con hacer la "señal de la cruz" y así va repitiendo en su invocatoria tres veces el nombre de los cerros; sopla dentro de la botella y la dispone junto a su corazón, sin siquiera ser visto por su discípulo. Las salpicaduras al aire de la bebida sacra han *tinca*do casi siempre: "tomando todos los

abuelos”, es decir, un llamado y libación a los linajes fallecidos desde la más remota antigüedad (¿aquellos que construyeron los primeros canales?)...

Al fin los capitanes de Socaire “sueltan” el agua y comienza el canal matriz a llenarse y seguir su curso hacia la “santa tierra”. Es el momento en que conducen a la comunidad aguas abajo, en el baile del Talatur (“brincar”), saltando bajito sobre ambos pies, en ruedas realizadas por adultos y adolescentes. Participa como “Maestro-Talatur”, un “viejo sabedor”, músico y bailarín que canta en kunza los 12 versos del Talatur, por una sola vez en todo el año... Sólo a la caída del sol vuelven los dos *Cantales* al pueblo desde el lugar del ceremonial. Para los viejos *Cantales* de Socaire el “festejo” era obvio: “Si no celebramos el festival, no tenemos agua. El trabajo solo no es suficiente, sin ceremonias el canal pronto se llenaría de desechos”... La familia Tejerina de Socaire guardó en sus memorias el texto kunza del Talatur y así, escrito en un cuaderno, se ha mantenido, aunque hoy muy pocos reconocen el significado de todas sus palabras, tal como se salvó el “Padre Nuestro” kunza...

A comienzos de siglo se celebraba este culto al agua y su asociado la “limpia de canales”, en los oasis del Salar de Atacama, enfatizando en última instancia la reproducción de la tierra a través de su único vínculo nupcial: el agua. Esta rogativa pasaba por la creación de una atmósfera de pareamiento dual: capitán-capitana, *tatai clarín-mamay puto puto*, ropas y adornos rojo-negro, seis *tchoroni* hembras y seis machos (campanas de bronce). No sería errado asumir que después del rito del agua, en las primaveras de los pueblos preespañoles, el “multiplico” de la población una vez transcurridos los nueve meses debió ser tan abundante como las cosechas... Si bien el uso del *putu* (“cacho” de buey) evoca al *pututo* inka, tanto las palas de madera como los sombreros preinkaikos atacameños que se usaron hasta mediados del siglo XIX, sugieren que estos ritos recogieron costumbres desde muy antiguo, hasta los más recientes rezos y santos católicos coloniales.

Se reconoce en el *Talatur* (apearse, brincar) al canto y baile representativo del espíritu atacameño vinculado con el culto al agua y por ende de las labores agrícolas. Se le llamaba francamente el “Baile del Saire o del agua”. Ocurre cuando la siembra está dispuesta y los canales secos y limpios a la espera de la consumación del primer riego de la primavera. En un texto kunza cantado de memoria se invoca a las vertientes, para que fluya el agua de rocas y cerros. Se ruega a la montaña por más lluvia para el brote de papas y maíces y con ello la fertilidad y la alegría de toda la comunidad. De la lectura de su texto, aun tentativo y libre reconocemos cuatro niveles de pensamiento anteriores a la influencia española. Primero, una rogativa “cósmica” frente a los cerros tutelares, dadores del agua (versos 1 al 7). Segundo, un llamado al “multiplico” de la tierra cultivada, para la reproducción del alimento cotidiano (versos 8 al 11). Tercero, una invocación a la reproducción humana y de la tierra como una sola unidad alegórica (verso 12), y, cuarto, un nivel más civil de convivencia con el grupo festejante, vinculado con brindis y comidas una vez ya terminado el rito de la rogativa entre el mediador, su comunidad y el espíritu de la montaña. Aquel que guarda *Puri* (agua) y con ello la sustentación del *Lican* (gentes de Atacama):

TALATUR DE SUCKAR
(Socaire)

1. muyai puri yuyu talu sayi
tami puri pachata
awai awai awai
2. solar puri yuyu talu sayi
patau puri pachata
awai awai awai
3. hechar sajtai cheresnir
saki yajtai kolkoinar kolkoinar
awai awai
4. yurua tukur nassi yokoinar
saki tukur nassi yokoinar
awai awai
5. lausa isai karau monte kolkoinar
chiles isai karau sairi sairina
sairi sairina sairi sairina
yentes lulaines yentes karar
yentes ilyaukar saflu islilya
6. tumisa isai karau monte
kolkoinar chiles isai karau sairi
sairina sairina sairina sairina
yentes lulaines yentes karar yentes
ilyaukar saflu islilya.
7. kimal isai karau monte kolkoinar
chiles isai karau sairi sairina sairina
sairina sairina sairina yentes lulaines
yentes karar yentes ilyaukar
saflu islilya

TALATUR DE SOCAIRE

1. Agua del cerro Moyar, vegas del
lago Talaus, lloved.
Aguada Tamas de la tierra,
fluid, fluid, fluid
2. Agua del cerro Solar, bebida del
lago Talaus, lloved.
Toma de agua de la tierra,
fluid, fluid, fluid
3. Cerro Hécar, brotad en abundan-
cia
Agua salid, compartid, compartid
fluid, fluid
4. Naced vegas profundas, compar-
tid
Salid vegas profundas, compartid
fluid, fluid
5. Cerro Laúsua atraed truenos y
nubes
Cerro Chiliques atraed lluvia,
lluviecitas, lluvia, lluviecitas, llu-
via, lluvia.
Vaciad yerbas y brebajes dulces
vaciad yerbas, pastos verdes.
6. Cerro Tumisa, atraed truenos y
nubes
Cerro Chiliques, atraed lluvia,
lluviecitas, lluvia, lluviecita, lluvia,
lluvia
Vaciad yerbas y brebajes dulces
vaciad yerbas, pastos verdes.
7. Cerro kimal atraed truenos y
nubes Cerro Chiliques, atraed
lluvia, lluviecitas, lluvia, lluviecita,
lluvia, lluvia
Vaciad yerbas y brebajes dulces,
vaciad yerbas, pastos verdes.

- | | |
|---|---|
| <p>8. tarar tanti saino
yes lamai tanti saino
isai pane yes kapama
iyai San Antonio.</p> <p>9. ayil tanti saino
yes kaker tanti saino
isai pane yes kapama
iyai San Antonio</p> <p>10. tarar chusli saino
yes pauna chusli saino
isai kone yes luslima
iyai San Antonio.</p> <p>11. Lipis chusli saino
yes koiwai chusli saino
isai kone yes luslima
iyai San Antonio.</p> <p>12. uwai leyai likau semaino
i pauna likau semaino
i kaper likau sema
i heya techajmita
i heya kataluyake
i yayawe i yayawe
i yawe yolaskita
i yawe yolaskita</p> | <p>8. Semilla blanca de las quebradas,
zapatead.
Tú, trueno y semillas cosechadas,
zapatead.
tú, papa, atraed el pan, harto San
Antonio.</p> <p>9. Semilla de Maíz, zapatead.
Tú, primer sembrador, grano de
maíz amarillo, zapatead,
tú, papa, atraed el pan,
harto San Antonio.</p> <p>10. Papas de las quebradas, zapatead
Tú, papa pequeña, zapatead,
tocado de avestruz atraed tu baile,
harto San Antonio.</p> <p>11. Pastos y papas, zapatead
tú, papa morada, zapatead
tocado de avestruz, atraed tu baile
harto San Antonio.</p> <p>12. Fluid lejos, únense las parejas,
y la papa pequeña, únense las
parejas,
y el maíz, únense las parejas.
y servidme alojita,
y servidme señor,
y harto, harto,
y harta comida,
y harta comida...</p> |
|---|---|

Actualmente en los pueblos atacameños alejados de San Pedro, cuyas historias alguien las contará algún día, el culto al agua es un anhelo de reproducir la *Pachamama* ("Santa Madre Tierra"). Así fueron incorporando ritos y mitos aymarás y católicos en la medida que el régimen colonial debilitó su autonomía ideológica y lingüística. Hasta no hace un tiempo era común entre Peine y Río Grande y por los pueblos del Loa Superior (no así tanto en la ya transculturada comunidad de San Pedro de Atacama), anteceder a la Fiesta de "Limpia de Canales" con un rito antiguo de data preespañola, reconocido como la "noche de los abuelos".

Para los preparativos se eligen dos capitanes *Puricamenes*, colocándose atrás de los candidatos los electores hasta constituir dos mayorías. El *puricamane* o *puricamani* masculino es escogido por los hombres y se vincula con sus quehaceres, el otro por las mujeres pero ambos son exigidos para un exacto cumplimiento de su liturgia. A veces se les colocaba boca abajo para recibir los azotes en advertencia tanto del grupo de hombres como de mujeres.

LA NOCHE DE
LOS ABUELOS
ANTIGUOS

Ahora, ya investidos con *huasca* y *puto* pueden conducir con rigor disciplinario a la manera de los antiguos “mandones” y caciques, siendo aceptados con afecto y admiración por la comunidad.

El hecho de elegirse una doble autoridad recuerda a los antiguos cacizgos duales, uno para la banda alta y otro para la baja. Por otro lado, el concepto “capitán” es una asimilación desde la milicia española y su influencia en términos de conquista y pacificación. *Puricamane* o *puricamani*, tiene un valor puri “agua” (*kunza*), asociado a *camane*, *camani*, no registrado entre el vocabulario *kunza*. En *quechua*, es un verbo vinculado con los actos de “intentar”, “medir granos”, “llevar frutos”, “producir”, “crear”. En aymará el significado es compatible con la idea de “dignidad” bajo el sustantivo “oficial”. Se puede aceptar que este concepto se inspira en aquella persona que siendo una autoridad india se le reconoce en *quechua* como “oficial” o “mayordomo”, el “que cuida algo”. Con todo esto, *Puricamani* es una palabra *cunza-aymará* que podría traducirse como el sacerdote o mayordomo (oficial) que cuida o conserva el agua. Aún, hoy en el río Loa se le identifica como “espíritu del agua”, “protector del agua”. En general, estos términos dan cuenta de las mezclas y modificaciones de costumbres y festividades del ciclo anual preespañol. De uno u otro nombre los *Puricamanes* son hasta hoy los únicos que invocan a la *Pacha* las rogativas (“voluntades” y “tincas”) como intermediarios elegidos por su prestigio personal y por sus dotes de conductores naturales de la vida comunal.

Han convocado al pueblo en el recinto comunal para que juntos se invoque el permiso a *Pachamama* en cuanto Madre-Tierra para proceder a la limpia de canales. Son los *puricamanes* los intermediarios entre la comunidad, la *Pachamama* y los “abuelos” o las almas de los fallecidos en el pueblo, también con los “gentiles” o los ancestros anteriores a la invasión española. Para que nadie altere el ceremonial y toda la cosmovisión se centre en el rito que se adviene, inician una rogativa a la naturaleza: cerros, ríos, lluvias, caminos, animales y plantas. Todos deben ayudar a que este “permiso” sea escuchado por la *Pachamama* y por las “almas” que muy pronto se presentarán en la “noche”.

Los *Puricamanes* han tocado el *putu*. Dentro del recinto comunal se ha dispuesto una mesa que representa a la tierra con sus cuatro cardinales (o los *suyus* inkas) siendo el este la vida y el oeste la muerte. Allí, sobre un tejido (*huncuña*) que simboliza una bolsa (*chuspa*) abierta, se logra el *aculliqueo* entre la *coca* ofrendada, *Pachamama* y las “almas”. En la *huncuña* van depositado los ofrendantes sus “voluntades”: platos con quínuva, *coca*, harina de maíz y *chicha*. En un cántaro las ofrendas a *Pachamama*, en otro para las “almas” buenas y malas, incluyendo a los gentiles. El primero representa a los *Pujgios*, socavados ceremoniales cerca de las tomas o canales, matrices y vertientes. Por allí se accede al corazón de la Madre-Tierra a través de la invocación y colocación de las ofrendas.

Los platos en la mesa se ven como silos o *trojas* repletas de granos, son sembrados y crianza, es decir, los auspicios visibles de la reproducción deseada. Están pasando los comuneros junto a la “mesa”, ante la mirada y el orden preestablecido de los *puricamanes* y “mayores” (supervivencia del Con-

sejo de Ancianos). Los casados ofrendan de un modo distinto a viudos y solteros quienes merecen más auspicios del “multiplico”...

Cada ofrenda es identificada de acuerdo a quien la entrega. No pueden equivocarse. Al introducir cada “voluntad” en el cántaro pertinente, deben susurrar su nombre y sus rogativas, tras el riesgo de equivocarse y recibir las quejas incluso azotes por mala mediación con la “Santa Madre Tierra”. Se ha llenado la mesa y los tiestos de reserva, sus cuatro *suyus* se han salpicado ceremoniosamente de *chicha*; algunos comuneros practican el *aculliqueo* o intercambio de *chuspas* de *coca*, previa “señal de la cruz” para ofrendar a la “mesa”.

Se reconocerá además el tiempo ido, aquel anterior a la conquista, cuando no era vergonzoso unirse en comunión con la *Pachamama* viviente. Entonces, se convocará a los abuelos “que hicieron las costumbres”... A los que construyeron los cimientos de los canales. Saldrán en apoyo los “fabriceros” de las capillas católicas y rezarán por las almas perdidas. Por fin, los *puricamanes* con sus aprendices retirarán las ofrendas del recinto, siendo acompañados a la puerta con términos tensos: ¡“Qué nadie los moleste”!, “cumplan sin miedo”, “que se vayan los males con los puricamanes”... Para defenderlos le escupen *jachos* de *coca*, así la “Santa Coca” espantará a los espíritus adversos.

Se han cerrado las puertas del recinto con los vecinos a la espera del momento exacto en que *Pachamama* los escuchará. Al tanto, los *Puricamanes* han caminado a la región misteriosa, mientras los comuneros bajo el signo de la ansiedad y del rito recogido desde sus ancestros inmemoriales, se están uniendo con el corazón mismo de la tierra en el silencio de un rito reiterado desde que comenzó el arte de conducir las aguas hacia las mejores tierras indias del desierto.

El *Puricamane* de los hombres con sus servidores se dirige al este, hacia un lugar secreto y ofrenda las “voluntades” de los comuneros invocando a *Pachamama* el permiso para tocarla, a través de la limpia de canales. Está allí excusándose si durante el año no se le dio todo lo que realmente le pertenecía. Procede luego a *chayar* (rociar en el rito) para invocar “a las aguas”,... “a los canales”, ... “a los animalitos”. El *Puricamane* de las mujeres se orienta al oeste, a un arbusto, donde ofrenda las “voluntades” esta vez para el “alma de los abuelos”,... “para cumplir las costumbres”,... “para más agua y cosechas”. Se ha reivindicado el panteón sincrético andinocatólico, poco dependiente de la doctrina iberorromana.

Ya han retornado al recinto y ocultado boca abajo los cántaros ceremoniales. Golpean la puerta anunciándose dramáticamente al son de los *putus*. Los comuneros no están convencidos. ¿Qué fuerzas habrán vencido? Son abrazados frenéticamente, dándose paso a un ambiente tan festivo, como si nunca todos hubieran vivido un momento de tanta religiosidad étnica, capaz de unir a más de seis siglos en sólo tres horas de “noche de los abuelos”...

El regocijo merece ordenar la próxima labor y su merienda. Entonces el *Puricamane* preguntará a cada hombre que deseará comer en el día siguiente (limpia de canales). El comunero responderá con metáforas, y alegorías sobre la productividad de la tierra. Que de un pajarito y las buenas

cosechas, que de los panes y la siembra de trigo, etc. Su mujer lo interpretará y le cocinará lo deseado, mientras que los *Puricamanes* sólo han tratado de confundirla con otros dichos y “pistas falsas”...

Luego, se acordará desde que “bajo” del pueblo subirán limpiando las acequias. Desde que hora el desayuno y las comidas colectivas hasta terminar la labor junto a la caída del agua, en la vertiente, o la bocatoma principal. Allí el *Puricamane* “hablará” y libará al agua sobre estas rogativas, en un virtual estado de gracia (con *Pachamama* mediante). Esparcirá las ofrendas de *coca* y *chicha* al *Puri* y se multiplicarán a través de un discurso orgulloso y pleno, como en los tiempos de los viejos parlamentos. Vendrá entonces la “merienda” y las bancadas para los hombres con sus tejidos tendidos a la espera de la comida así servida por los acuerdos de ayer.

Es el tiempo de la “largada” del agua con dos asistentes de los *Puricamanes*, como punteros, que deben vigilar que nada perturbe su contacto con la acequia seca, siempre dispuesta y generosa. Más abajo está la semilla, aquella minúscula posibilidad que sustenta el ciclo agrícola anual de los atacameños, según “como viene el año”...

Hoy los atacameños recuerdan estas costumbres y no saben si es legítimo o no reconsiderarlas y volver a hacerlas suyas y aún públicas. De la misma manera como los españoles de hoy no son responsables por la extirpación de la cultura y de los cultos andinos, durante una conquista despiadada, los atacameños de hoy ya comienzan a reinsertar con orgullo, en sus ideales de vida, los viejos cultos que los mantienen en comunión con la *Pacha*: su Santa Madre Tierra. Ahora será un honor seguir “cumpliendo con las costumbres” sin importar la fuente de su origen. Los jóvenes atacameños se llamaban *yaalir* por ser robustos como los algarrobos (*yali*): ¿quién podría vivir sin sus raíces? En verdad, el tiempo transcurrido no fue capaz de borrar estas “costumbres”. Así lo reveló don Silverio Vera, de Socaire, en un día memorable: “Todo lo que veo es *Pachamama*, lo que no veo es tiempo”...

ARTESANÍA Y CONSTRUCCIÓN

El virtuosismo artesanal, también de ancestro preespañol, continúa vigente tanto en la talla de la piedra, en los labrados en madera, los textiles, y, por supuesto, que la incorporación de la arriería y de la crianza de corderos intensificó el arte de la talabartería (cueros).

Sin duda que la manufactura textil recogió todo el talento preespañol, tanto a través de los utensilios para hilar como en el teñido y en las diversas clases de telares que incluyen a los andinos y a los propiamente criollos (telar “parado”). Es más, en el arte del tejido aún se distinguen aquellas labores que pertenecen a hombres y a mujeres. De esta manera surgen bolsas, fajas, paños y hondas que responden claramente a una funcionalidad andina, con otros objetos vinculados al aparejo de monturas de carácter más criollo o españolizado. Algunas técnicas nuevas como los tejidos a palillos se reacomodaron esta vez al uso de espigas de quisco. Finalmente, otras artesanías como la cerámica, metalurgia y cestería, si bien fueron comunes en el pasado, hoy ya se encuentran virtualmente desaparecidas (Fig. 104).

En materia de construcción aún se mantiene vivo el uso de la piedra y del adobe con techos de “torta” de barro, para cuya construcción es posible todavía la participación colectiva o *minga* (*hebar*) incluyendo el ceremonial nativo en lo que respecta al llamado “pago”. El uso de la técnica de *quincha*

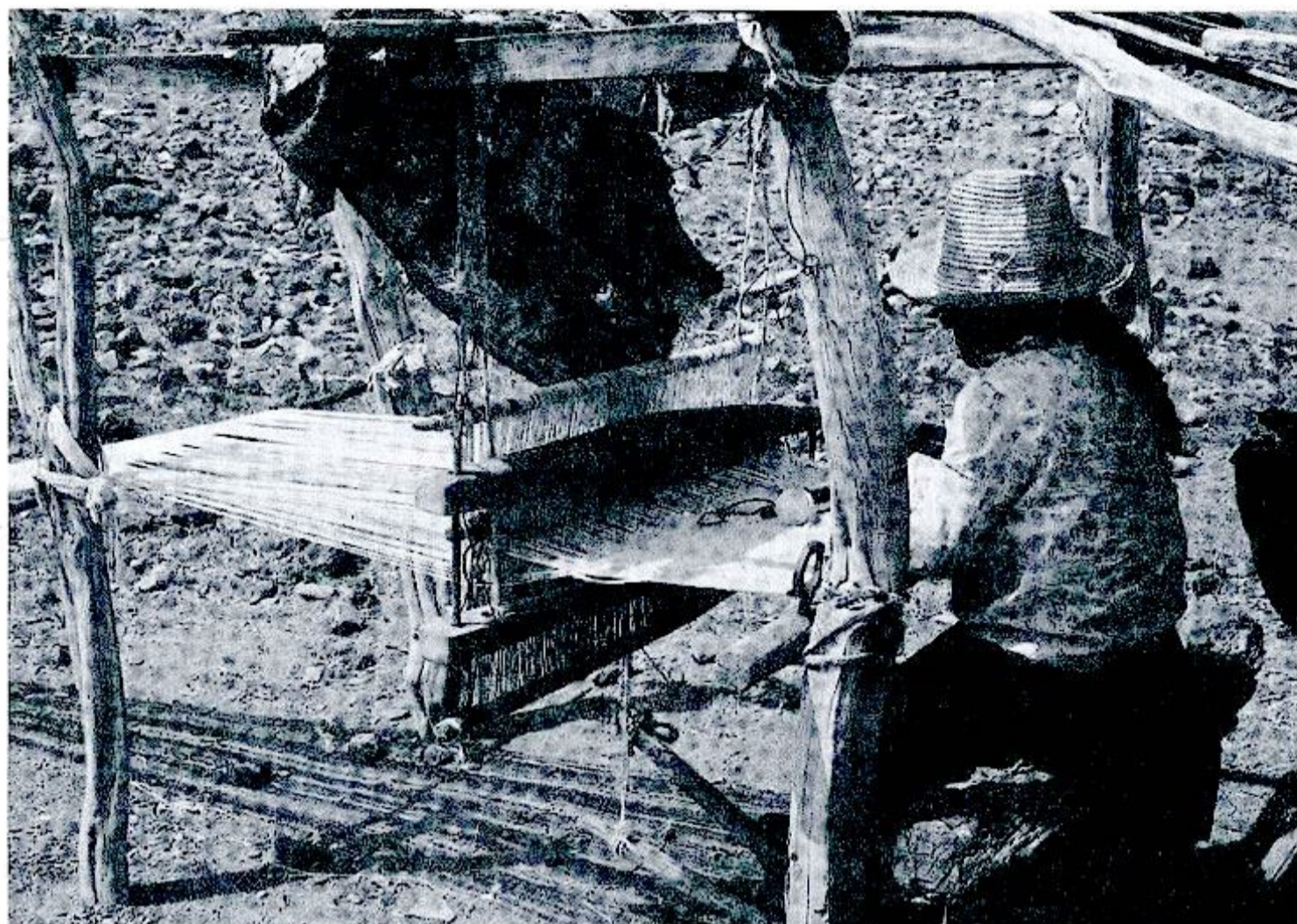


Figura 104
Tejiendo en el telar
criollo.

y de horcones para habitaciones y espacios sombreados aún está vigente, al tanto que algunos edificios de uso comunal, para las autoridades vecinales, son el resultado de la vieja participación colectiva.

Ciertas comidas siguen siendo típicamente atacameñas como la harina dulce de algarrobo (*patañ*), la *pataska*, dulces de algarrobo y chañar, panes de maíz, etc. Bebidas y platos típicos son frecuentes en las fiestas religiosas o durante las *mingas* en donde cada dueño del predio está obligado por costumbre a proporcionarlos al grupo de colaboradores.

Sin duda alguna que, a través de la vida espiritual, se mantienen rituales preespañoles, tal como ocurre con el ceremonial de la muerte y del entierro, donde no faltan los cantos de ancestro local ya mezclados con costumbres cristianas. En efecto, los entierros observados en Peine por el año 1948 representaban un ceremonial que no parece distanciarse mucho del ritual preespañol, incluyendo ciertas ofrendas, como es el acto de vaciar un vaso de agua sobre la cabecera de la tumba, costumbre que aún sobrevive en San Pedro de Atacama (Fig. 105).

Entre las fiestas cristianas de mayor relevancia se destaca la Pascua de Resurrección, puesto que la Semana Santa era, conjuntamente con la fiesta del Santo Patrono, las más veneradas en toda la comarca.

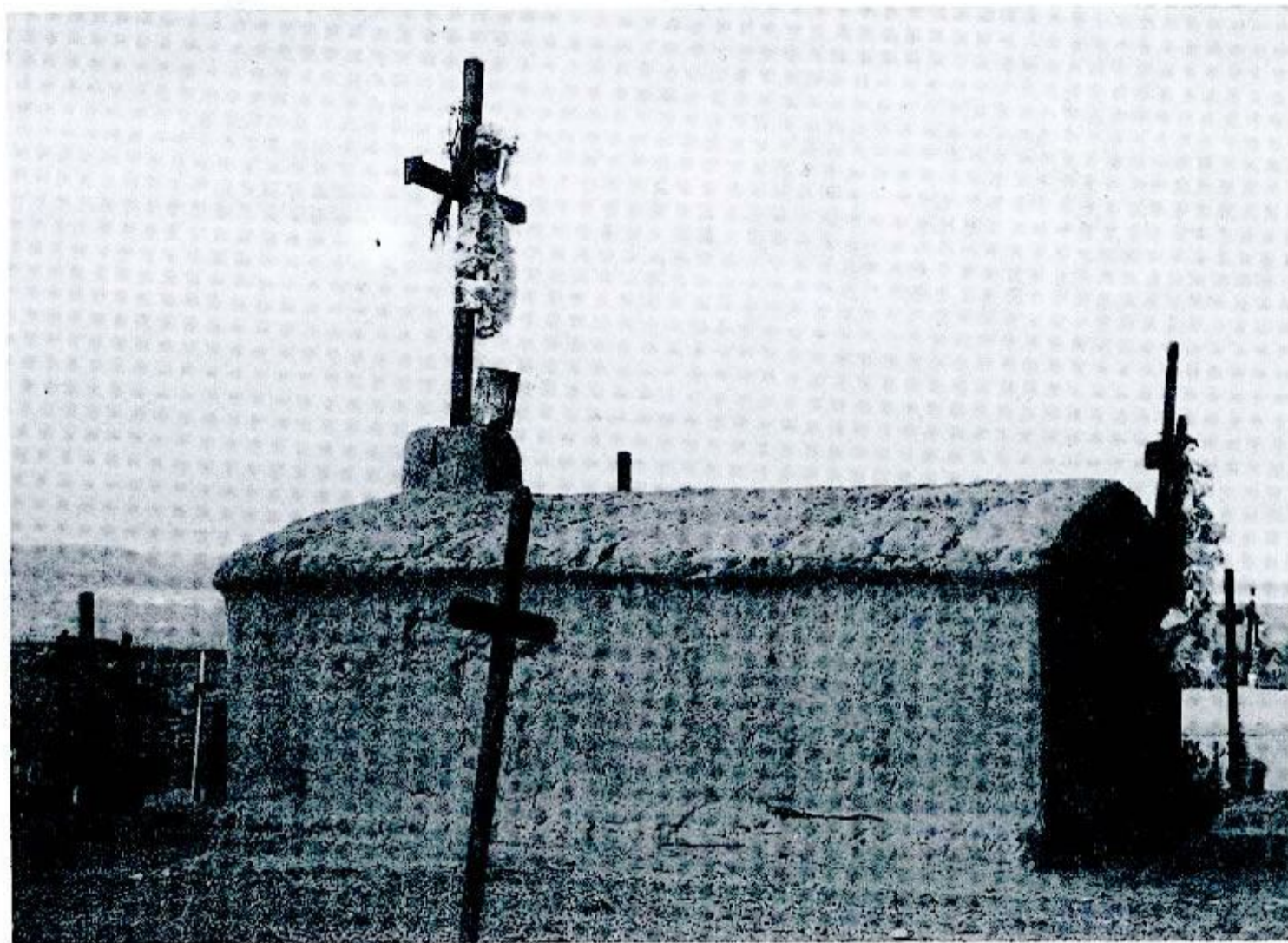
Como el santuario católico de Ayquina convocaba y aún lo hace, a tantos devotos andinos con sus bailes, los sanpedrinos y otros lugareños de la región acudían a la fiesta donde se destacaba el baile más popular: los catimbanos (Fig. 106). Entre este período (1900 a 1950), estas instituciones de promesantes daban una gran unidad y coherencia a la tradición católica atacameña. El baile del torito del año 1930 se observaba con la misma estructura del actual, pero más completo, esto es, con dos niños, bandas terciadas y sables de madera. Los bailes catimbanos de comienzo de siglo se componían de jóvenes más que de niños, con la misma estructura de los actuales, pero no

ESPÍRITU
ANDINO

faltaban los grupos sólo de adultos, sombreros de cucurucho alzado (no plegados como hoy), chalecos y botas o polainas de arrieros. Es más, era tan popular y querido este baile que salían algunos catimbanos “pobres” con sus ropas corrientes del día, pero sí con la indispensable máscara blanca y barbada. Rodeando cada baile van los *achaches* en su clásica indumentaria que incluía el sombrero de cucurucho alzado, botas gauchas, correa gruesa

Figura 105

Sepultura de barro de los inicios del cementerio actual.



tipo militar, sable, la cobertura de *suri* o avestruz y esa impresionante máscara blanca y barbada en abundancia que les permitía corretear a los observadores, gritar con un particular estilo y apropiarse de los objetos que quisieran.

Eran temidos y admirados al punto que ser *achache* era y es una misión respetable que se transfiere casi secretamente, entre el saliente y el entrante. Se les recuerda aún sus gracias, dichos y correrías por los días de fiesta y hubo *achaches* que no fueron nunca reconocidos en la vida cotidiana.

Todos estos bailes continúan hoy y sus actos culminan con el día del Santo Patrono. Sintetizan mitos y símbolos con que la población atacameña asumió, desde su visión andina, los más notables impactos motivados por el dominio español y la necesidad posterior de crear su propio espacio cultural y mestizo postcolonial en el marco de su catolicismo andino.

Sí, el ropaje de *suri*, el más rápido habitante de la puna, el símbolo mítico o totémico, aún evoca el mundo indio del pasado; pero los atributos del arriero están a su vez simbolizando el poder del ganadero, la visión mestiza de la nueva sociedad colonial y del comienzo de las repúblicas. Aun el rostro blanco recuerda hasta la ironía a aquellos primeros españoles que en un pasar inmolaron a los “tatas” atacameños de mayor prestigio.

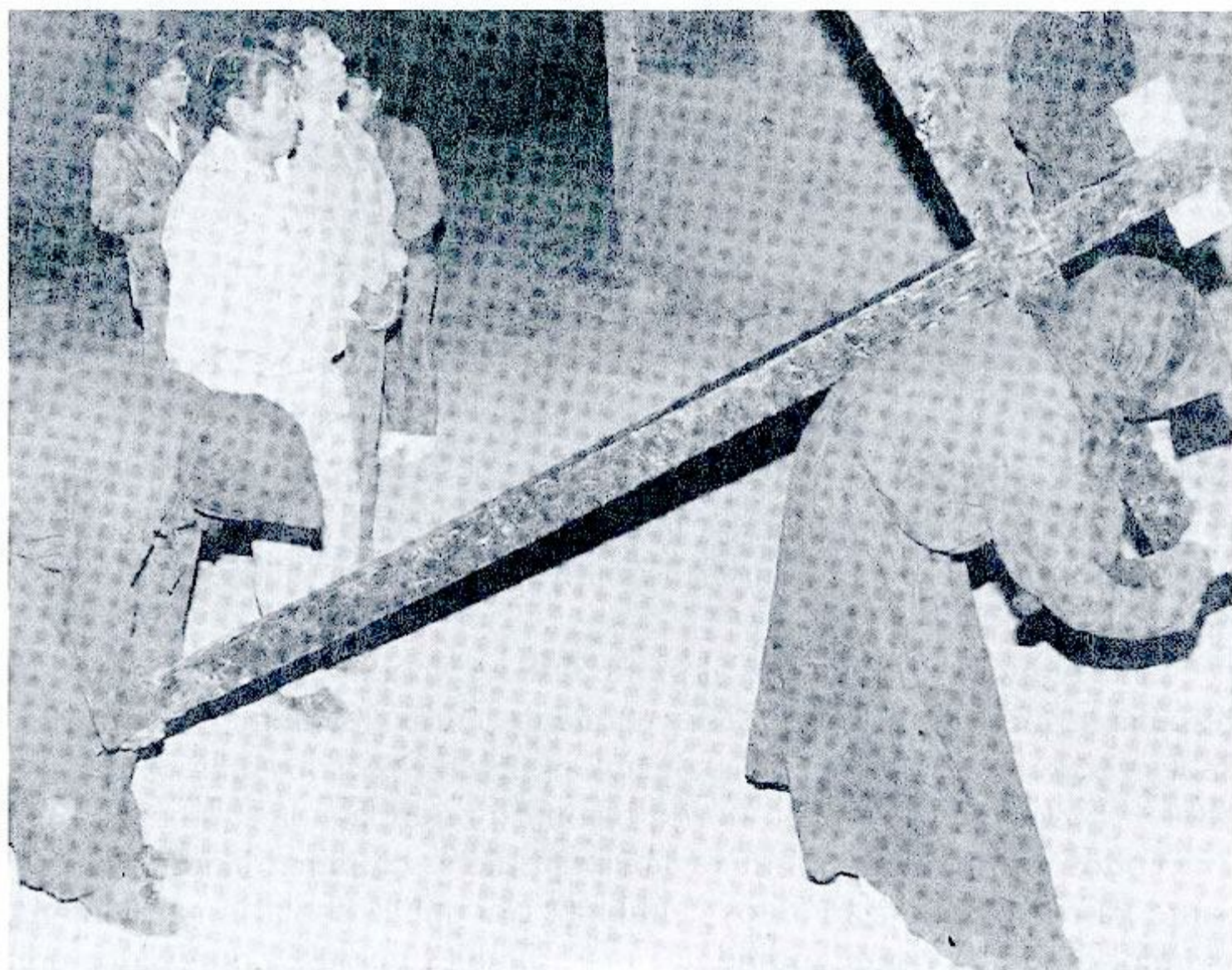
Figura 106

a) Baile "Catimbano" de Sequitor en la fiesta de Ayquina (1935).

b) Penitentes cargando la cruz en Semana Santa. Supervivencia de las procesiones coloniales (foto gentileza F. Rivera).



a



d

Sin embargo, las fiestas de mayor arraigo guardan relación con la sobrevivencia de la comunidad atacameña. Por ejemplo, durante la siembra hay un jerarca que capitanea tanto el trabajo como el ceremonial. Este "caquero" encabeza simbólicamente al grupo que abre la tierra con el azadón. Se canta y se baila el "convido a la semilla", cuyo texto se le recuerda en kunza. Se zapatea el *túscalu*, un baile de data indígena que recuerda bastante al *talatur*.

El “floramiento” o “señal” del ganado ocurre por el 24 de junio, en el solsticio de invierno o el principio del año nuevo del calendario inka y el 25 de diciembre (solsticio de verano). Se marca el ganado que ha retornado al pueblo desde las alturas o de otros potreros, una vez que éstos se han dispuesto en los corrales. Como es tradicional, se colocan “flores” de lana de color y se cortan pedacitos de las orejas que pasan a guardarse en bolsas, las que a su vez se entierran en un rincón del corral. Se canta y se baila de una manera para el floramiento de llamas y otra para las ovejas. Los cantos son en kunza pero nadie recuerda ya su significado... (Fig. 107). Entre los cultos de los criaderos y cazadores de camélidos del pasado prehistórico se incluía el sacrificio para fines funerarios. Hasta hoy, hay un baile religioso que acompañado de “cuartos” de cordero, “ofrenda” carne en *las capillas* del alto río Loa.

Figura 107

El rigor católico impuesto durante el régimen colonial se advierte aún en la procesión del *Corpus Cristi*.



La fiesta del carnaval, aunque es de ancestro cristiano, tanto en la etapa de la *chaya* como en el “despacho del carnaval” hay aspectos que son netamente locales, vinculados con los ritos de la fertilidad del verano. Los cantos y bailes son en cuadrillas, más españolas, con guitarra, acordeón y tambor, acompañados de coplas que se improvisan y en las que el coro repite el “remate”, haciéndose públicos los sucesos más pintorescos o picarescos ocurridos durante el año. Durante el canto del “despacho del carnaval” aparecen tres personajes sugestivos: el viejo, la vieja y el mozo, siendo los tres representados por hombres. Van de casa en casa cantando debidamente enmascarados y los moradores les ofrecen comestibles hasta llenar sus alforjas. La máscara del “viejo”, con abundante barba y bigote, también se le llama

achache, y representa en la lengua quechua de los inkas, la idea de anciano con un sentido de autoridad y sabiduría.

En la *Chaya* se integraron las tradiciones indias y españolas, en aquellos villorios donde las fiestas de iglesias fueron más estables, con misioneros arraigados. Así, el “paganismo” se fue disponiendo en algunos festejos más “civiles” como el carnaval. Surgió entonces la picardía mestiza y criolla tras la improvisación de un canto para ser recordado hasta el próximo carnaval:

...“cuando yo me muera ay, ay, ay
no me hagan cajón
dentro de mi guitarra ay, ay, ay
llévenme al panteón”...

Es cierto, en la festividad del llamado “Despacho del Carnaval” (miércoles de ceniza) las coplas inventadas salen al aire entre los improvisadores más afamados de la comarca:

“Tengo muy buen tamborcito
para salir a pasar
cuando me paren la rueda
no sabe querer sonar”...
(el coro del “remate”:)
...“Florcita de Muña Muña
lunarcito en la uña”...

En suma, hay varios ceremoniales indios y mestizos casi ocultos que guardan relación con la proliferación del agua, fructificación de los cultivos, el multiplico del ganado y aun en torno a la protección frente a los malos espíritus que pueden afectar tanto a la vida humana como a las fuentes de producción. Todas estas manifestaciones de ancestro preespañol sobreviven junto con el uso de plantas silvestres que representan la antigua medicina atacameña, para lo cual se ha registrado un denso inventario de plantas que efectivamente son aún útiles para la salud de los lugareños.

También hay remedios mágicos en los que distintas clases de hilados “hacia atrás” tienen poderes sobrenaturales y su efecto varía de acuerdo al color y a la clase de fibra, y, por supuesto, que deben ser portados por las personas afectadas. Las prácticas de “sahumar”, los “contra” y otros procedimientos mágicos son comunes para algunos males del alma...

No siempre se han comprendido estas costumbres como otra cultura tan estructurada como la nuestra pero esencialmente diferente. La aceptación de que la sociedad es espiritualmente plural y no culturalmente uniforme y que ninguna cultura puede atribuirse niveles de “superioridad”, nos permite señalar que los atacameños podrían transitar hacia situaciones así llamadas “modernas”, pero en espacios donde ellos decidan el por qué y el para qué de los cambios. Por mucho tiempo nuestra cultura urbana o citadina, posterior a la nativa, ha intentado ordenarlos con el argumento de darles el “progreso” necesario y con ello dejarlos afuera de ese “horrible mundo primitivo”...

MÁS COMPRENSIÓN
PARA UNA
CULTURA
DIFERENTE

No estamos seguros si las mentes de los hombres que crean y viven de las más sofisticadas tecnologías de hoy estén en condiciones de reflexionar que, tal vez, la vida sea algo más que la búsqueda de la eficiencia en sí misma. El crepúsculo que asciende hasta la cumbre del Licancabur y hace hablar al Espíritu de la Montaña parecería decir lo contrario a los "primitivos" devotos de Atacama. Porque, en este mundo "moderno", aún nadie está capacitado para definir quién es más o menos "primitivo". Las flagrantes matanzas masivas, los etnocidios y los brutales exterminios de seres que pensaban de un modo diferente, en distintos lugares del mundo, ya han dado pruebas irrefutables de que la "barbarie primitiva" no tipifica a estos oasis ni a tantas otras comarcas con pueblos y culturas rurales o indígenas provenientes de la matriz andina. Tal vez la sabiduría es demasiado visible en las ciudades y muy oculta en los mundos interiores. Tal vez sea así. Tal situación encubre un largo proceso de desaciertos presionado desde las ciudades, imponiéndose valores ajenos, al margen de los que vivieron y aún quieren vivir junto a la Madre Tierra.

Sin embargo y a pesar de todo, los atacameños de hoy, con sus espíritus más o menos andinos, siguen aspirando a ver la tierra fértil o, a lo menos, su plaza florecida, porque sus destinos están comprometidos con esta tierra desde el momento en que no aceptaron la seducción de las ciudades. Aquí se multiplican configurando una red de relaciones vecinales que integra en armonía al casco viejo "comercial", los barrios "suburbanos" y las "villas" o viviendas aisladas de los *ayllos* más distantes. De hecho, por todo lo anterior, cultura y arquitectura atacameña, derivadas de la raíz india y en parte española, poseen componentes diferentes, escasamente comprendidos desde la visión de las nuevas ciudades del desierto.

VIVIR EN EL PATRIMONIO ARQUITECTÓNICO

La arquitectura patrimonial de San Pedro, de origen español, aún combina con acierto el trazado de calles, acequias, huertos, sendas amuralladas y viviendas, como una extraña unidad coherente que integra la voluntad rural y urbana. El orden de las fachadas continuas, sus cornisas jerarquizadas, las esquinas con pilares, aquellas veredas empedradas y esos gruesos muros de adobes, van delimitando el espacio interior habitado de aquel exterior, provocador del viento, calor, polvo y ese frío tenaz nocturno y cordillerano. Así, los elementos naturales van haciendo de la vivienda la única "isla" autónoma posible, entre tanta vastedad, con rigurosos climas desatados en el dominio del silencio.

La vivienda patrimonial que se debe cuidar y estudiar recoge así la vocación de la vida interior de los vecinos de San Pedro a nivel de intramuro. Entonces, al abrir la puerta de calle, ese "desembarco" es recogido por el zaguán. Allí termina el espacio abierto del sol o de las calles luminosas y se ingresa al reinado de la luz neutra; luego, el patio interior después del tránsito solemne bajo el medio arco de adobe que jerarquiza el "túnel" del zaguán (Fig. 108).

Dentro de la vivienda se logra por fin ganar a los elementos, jugando con la colocación del sol y de las sombras, al servicio de los actos del dormir, comer, mirar, amar, hacer, guardar y esperar. Actos siempre dispuestos, donde la costumbre los ha prefijado y donde la vivienda-verdad lo ha señalado. Desde el patio central se conduce la acción hacia varios recintos,

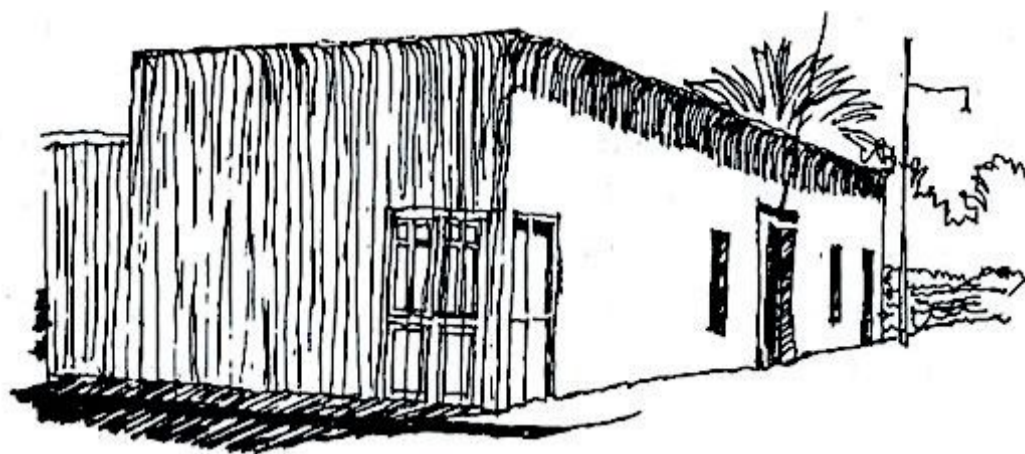
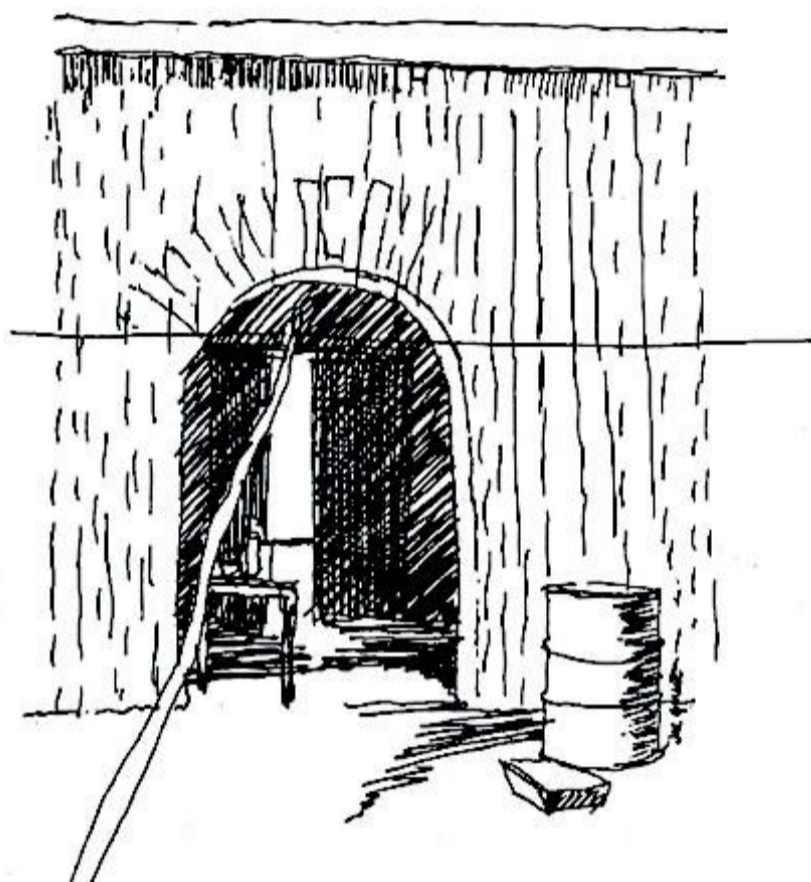


Figura 108
Croquis de fachada y
medio arco del zaguán
interior (gentileza Arq.
J. Guerra). Casa colo-
nial (siglo XVIII).



todos claramente diferenciados y acotados: dormitorios, bodegas, cocina, ramadas, huerto y corral. El dominio en el orden del adobe y de los horcones sombreados se ha logrado: calor para la noche fría, frescor para la tarde asoleada, luz filtrada y sombra para después del día de labor al aire libre, en donde ocurre la más alta luminosidad solar del mundo. Sí, al entrar al zaguán penumbroso se amansan los ojos ya esforzados de recorrer el mundo exterior sin límites. Se ha demarcado el mundo de “afuera” y de “adentro”. El sol en el patio se acumula y correrá como un reloj variando los tonos y las temperaturas en cada recinto, desde la obscuridad del depósito hasta la cocina de luz filtrada o el corral de luz neta. Pero el huerto le da el carácter de oasis virtual a una vivienda, que intenta ocultarlo o protegerlo del mundo de “afuera”. Huerto introvertido donde el microclima sustentará la vida-verdad o autárquica, sin preocuparse de atrapar la ruralidad al interior de los castizos muros coronados de ramas que lo separan de las calles. Esas

calles habitadas en el frescor del atardecer o en los veranos cálidos, cuando los techos de "torta" y caña con amarres de cuero, dejan correr por los muros las escasas lluvias estivales que encharcan las calles polvorientas, anunciando que la fiesta del carnaval viene creciendo como los maizales de la tierra. Arquitectura gruesa para la más fina intimidad atacameña, calles solitarias para las más grandes fiestas que rebasaran los exteriores amarradas al eje de la iglesia-plaza, cuando los atacameños se apropian temporalmente del casco viejo.

Hoy los atacameños continúan haciendo su pueblo, esta vez en los alrededores del centro o casco viejo, a través de sus propias manos. Los hijos de San Pedro y los emigrados de otros pueblos andinos, como los de Machuca, levantan sus casas con los mismos elementos locales, pero con la forma y la función que surge del estilo de vida actual, con la humildad que caracteriza a aquellos que ahora, con o sin tierras, aún creen en el futuro de su comarca. Vivir en el patrimonio es un privilegio al alcance de los atacameños, mas construir una nueva arquitectura con fines "modernos" para el futuro poblamiento pasa primero por el talento y cultura de una arquitectura sin arquitectos y de los arquitectos angustiados por la carencia de un plano regulador, que a nivel Municipal, norme y salve el carácter vernáculo y patrimonial de San Pedro, en armonía con los nuevos requerimientos del avance industrial y urbano en los Andes de los tiempos modernos.

XVII. El impacto de los centros minero-urbanos sobre la vida atacameña actual

LA ATRACCIÓN DE CALAMA

Después de la Guerra del Pacífico e iniciado el siglo XX, Calama ejerció un fuerte poder de atracción migratoria sobre la población atacameña. Por esta época existía en esa ciudad sólo una casa de madera y el resto, de piedra pequeña, barro y adobe. Sin embargo, era un importante centro de comunicaciones y transporte por donde se fletaban cargas y minerales, al tanto que se aglomeraba una nueva población en parte campesina, minera, comerciantes y de arrieros, generándose gradualmente un nudo de actividades urbano-comerciales. Por estas razones, la mano de obra laboral era escasa, incluso para las tareas agrícolas. En este sentido, los emigrantes atacameños eran aún insuficientes, detectándose el arribo de campesinos aymarás de la región de Chichas.

EL FLUJO A CARACOLES

Esta actividad económica en aumento mantuvo como centro de operaciones al pueblo de Caracoles, una mina de plata relativamente cercana, emplazada al pie de la cordillera de Domeyko, con un comercio de abarrotes bien surtido y disponibilidad de trabajo. Hacia Caracoles partían los jóvenes del río Loa y de los oasis atacameños como mineros o con "tropas" de animales cargados de leña y productos andinos, con cuyas ganancias adquirirían los bienes más deseables del mercado provisto desde el Pacífico. Por otra parte, estas mismas "tropas" intensifican las operaciones de comercio e intercambio con los centros urbanos y rurales de la vertiente argentina, actuando como intermediarios entre éstos y el comercio bullente de Calama y Caracoles.

El mineral de Caracoles ubicado a unos 90 km al este de San Pedro de Atacama, fue descubierto en el año 1870 por cateadores chilenos y persistió en auge hasta el año 1880, primero bajo la administración boliviana y luego chilena, alcanzando su producción, a fines del siglo XIX, a los 900.000 kilos de plata con lo cual no sólo se pagó parte de la deuda nacional sino que, además, se financió en gran medida el conflicto del Pacífico.

HACIA CHUQUICAMATA Y OFICINAS SALITRERAS

Posteriormente, el foco de actividad minera se acercó más a las tierras atacameñas. En efecto, por los años 1906 a 1907 el empresario Enrique Villegas trabajaba las minas de Chuquicamata, que por cierto ya habían sido explotadas por mineros atacameños anteriores a los inkas. En verdad, allí se encontraron cuerpos momificados junto a sus herramientas y minerales,

dentro de galerías soterradas, precisamente cuando se iniciaron las labores en Chuquicamata a comienzo del presente siglo (Figs. 109 y .110).



Figura 109
Atacameños en labores de "carrilanos", Chuquicamata (1928). Foto gentileza familia de Teófilo Flores.



Figura 110
Atacameños perforando en la mina de Chuquicamata (1940). Archivo G. Le Paige.

La fiebre del cobre se inició en Chuquicamata por el año 1898 cuando un enjambre de cateadores habían inscrito a más de 300 pertenencias mineras. Recién por el año 1918 se estableció la empresa *Chile Exploration* a través de una campaña de adquisiciones de pequeñas minas, llegando a una producción anual de 100.000.000 de libras de cobre.

Por la parte del salitre, se llegó a un auge notable por los años 1880 a 1890 con una producción anual que alcanzó cerca de 1.000.000 de toneladas métricas, alcanzando en el año 1900 a aumentar en 17 veces este monto de extraordinaria resonancia regional en términos de requerimiento de mano de obra.

No puede caber duda que la oferta de fuentes de trabajo sobrepasó a todo lo esperado, en especial hacia aquellos que, nacidos en la región, estaban más adaptados a las contingencias climáticas. La emigración atacameña hacia estos nuevos centros urbanos fue muy alta, en especial hacia el área de Calama-Chuquicamata. La difícil y esforzada labor obrera-metalúrgica en las minas, talleres y plantas de Chuquicamata se nutrió desde los comienzos con gentes nacidas en los *ayllos* de San Pedro de Atacama. Tal como ocurrió con las antiguas emigraciones hacia la vertiente Argentina, esta vez volvían en los períodos de vacaciones y fiestas religiosas. Casi todos vivían con el recuerdo de sus bellos oasis, bajo cuya añoranza estaban siempre listos al retorno temporal para apoyar a sus familiares que habían quedado junto a la tierra de origen. Muchos jubilados volvían a reactivar aquellos huertos heredados de sus antepasados, porque todo el dinero y las casas de los campamentos urbanos, incluida la nueva red de relaciones, no lograban hacer olvidar aquellos lugares arbolados que los habían visto crecer junto a sus más nobles tradiciones.

EL IMPACTO FERROVIARIO

No sólo afectó el proceso migratorio al desmejoramiento de la vida campesina, sino que fue tal el auge minero que el problema del transporte debió resolverse de un modo radical, esto es, con los nuevos ingenios ferroviarios. Éstos, recién patentados en Inglaterra, rápidamente se trasladaron al desierto y cambiaron súbitamente los centros o "polos de desarrollo" rural existentes a fines del siglo pasado.

Se sabe que en el año 1892 el altiplano sur de Bolivia quedó conectado con el Pacífico a través de la ruta ferroviaria Oruro-Antofagasta. Como era de suponer, toda la actividad comercial y fletera comenzó a ser asimilada por este nuevo y efectivo medio de transporte, al punto que el flujo de la arriería tradicional, localizada entre el río Loa y la región altiplánica se afectó notoriamente.

Entre la población de Calama el paso del ferrocarril dio un golpe severo al manejo de recuas de mulas que se concentraban aquí, junto a los ricos potreros de alfalfa, al servicio de las labores de minería y transporte en una vasta región. En este sentido los pioneros habitantes de Calama debieron reajustar toda su actividad para no convertirse sólo en una próspera estación de ferrocarril.

San Pedro de Atacama se marginó en parte de esta situación, manteniéndose la actividad del arreo local y del comercio trasandino tradicional, puesto que, después de todo hasta aquí no llegó el ferrocarril ni aquél que unió esta zona con el territorio argentino. No obstante, con las vías férreas

transcordilleranas disminuyó el arreo de ganado por tierra a nivel regional. Entonces, tanto los terrenos forrajeros de San Pedro como los de Calama, independiente del auge ferroviario, se reorientaron hacia los pueblos salitreros. Así, mientras existiera salitre, los campesinos del Loa y de los oasis de Atacama podían mantener cierta prosperidad, enviando productos alimenticios a los nuevos mercados y por supuesto el abundante pasto para los mulares de la pampa y otras minas cupreras de la comarca. Ambos sistemas no eran tan excluyentes en términos de costo-beneficio, pero el arreo de remesas colapsó junto con la crisis salitrera del presente siglo. Tal vez el impacto mayor del ferrocarril sobre los oasis atacameños no fue tanto la disminución del rol de los arrieros de ganado y de carga, sino la transformación de Calama y Chuquicamata en un gran centro de bullante recepción, hacia donde podían emigrar o pernoctar temporalmente los atacameños desplazados del comercio trasandino informal y de sus tierras de origen. Así, comenzó a poblarse Calama y Chuquicamata con gentes de Atacama, aumentándose el deterioro de los huertos y potreros.

El ferrocarril cambió radicalmente la fisonomía socioeconómica de toda la región. El traslado de ganado por este medio fue más seguro y rápido, siendo reemplazado sólo por los remeseros tradicionales cuando los inviernos nevados cubrían la línea férrea.

Otro factor de deterioro fue el énfasis en los cierres de fronteras. Como se sabe, la tradicional autonomía y capacidad de desplazamiento de los atacameños venía desde tiempos antiguos, sumado a su historia algo independiente, como resultado del aislamiento geográfico. Después, siempre fue una zona de borde, en un confín limítrofe, tanto en el régimen colonial como en el republicano. Ciertamente, cuando dependió de la república boliviana era tal vez la región más lejana y de menos prestigio económico.

¿MODERNISMO
V/S TRADICIÓN?

Sólo en el año 1883, ya terminada la Guerra del Pacífico, se incorporó realmente a la soberanía chilena junto con el resto de la Puna. Pero en el año 1899 Chile debió ceder a la Argentina una porción de esta región, de acuerdo a un juicio arbitral a cargo del Gobierno de los Estados Unidos. Es fácil advertir que todos estos cambios en términos administrativos, sólo consiguieron demarcar fronteras en un territorio percibido por los atacameños como uno solo. Para los pastores y arrieros de la Puna de Atacama, su espacio natural de desplazamiento y dominio es una amplia región que supera los límites político-fronterizos. Las actividades mineras, pastoriles, comerciales, trueque, contrabando y contactos familiares, antes y ahora, dan cuenta del tradicional manejo de los atacameños sobre un gran territorio que se sostenía a través del traslado de recursos deseados agüende y allende los Andes.

Por otro lado, era común encontrar en las vegas de la Alta Puna a pastores de ambas vertientes: argentina y chilena, con sus respectivos rebaños, que en las temporadas cálidas se desplazaban hacia las vegas más ricas, usualmente bajo los volcanes. De la misma manera era común que pastores y arrieros se ausentaran de sus asentamientos por largas temporadas, sustentados por la cultura de los encuentros y retornos.

Este mundo fue observado por el geógrafo Bowman aun en este siglo quien señalaba: "el silbido del indio y una piedra arrojada de vez en cuando

por medio de la honda mantiene agrupado al ganado y lo conduce en dirección de los pastos frescos, y el pastor hila constantemente lana mientras guía a sus animales". En este estilo de vida y pensamiento, era difícil comprender por qué a veces se estaba en su país y otras veces no. Si ellos habían vivido allí 10.000 años: ¿cómo se les podía explicar que cada cierto tiempo los límites de su espacio eran modificados y aun castigados aquellos que cruzaban fronteras conocidas o desconocidas?

Desde el año 1900 hasta 1940, la comunidad atacameña mantuvo en gran medida sus costumbres que le daban mayor identidad, a pesar de los cambios culturales asimilados de las ciudades. Por ejemplo, el estilo de vestir de los pueblos salitreros y las "modas" obreras de Calama y Chuquicamata, repercutieron en San Pedro. En las fiestas religiosas se usaban los ambos o ternos negros, sombreros de paño, el clásico "paletó" blanco, niños con sombreros de adultos y la moderna "coliza" de paja, es decir, huellas evidentes de las "modas" urbanas. No obstante, eran aún comunes en las procesiones o en las multitudes en torno a la plaza, el atacameño de poncho y pañuelo claro en el cuello, con el sombrero doblado por los vientos del arreo. La mujer de negro con sus rebozos y polleras largas, aquella que todavía se le ve sobre las mulas, con el sombrero de paño negro bien agarrado del barbiquejo.

Es que, junto a los cambios urbanos, siempre supervivieron, como hoy, en los bordes más alejados del núcleo de San Pedro, las costumbres del pasado, como el "enfloramiento" de llamas donde los ponchos y las *alojas*, en el ritual del "multiplico" del ganado, competía aún con las festividades modernas. Los últimos "floramientos" que se recuerdan como "grandes fiestas" ocurrieron todavía por el año 1952. Por los años 1960-65 era común observar a los niños pastores con rebaños de llamas a lo largo del río, en la zona de la "turbina", utilizando el forraje natural. Las *mingas* (labores colectivas) para la trilla y el sembrado de maíz con arado de mano tirado por mulas fueron, y son aún, parte de las costumbres antiguas de ancestro colonial e indígena (Fig. 111).

A través de los cambios urbanos, a veces aplicados por los propios emigrantes atacameños, surgieron nuevas instituciones como los "club" deportivos, básicamente el *foot-ball*, y ya por el año 1928 eran comunes los campeonatos entre *ayllos* y pueblos con equipos perfectamente organizados y especialmente bien constituidos. Partidos de *foot-ball*, bailes catimbanos, y fiesta de limpia canales son entre algunos rasgos propios, síntomas de tradición y cambio, configurando una identidad y unidad cultural deseada. Pero la integración de la estructura comunitaria se fue debilitando gradualmente (Fig. 112).

Todavía hacia el año 1930 ocurrieron sucesos que integraron a toda la comunidad atacameña, en torno a intereses reales. Se sabe que ante la posibilidad de pagar un costo por un nuevo cementerio, se acordó junto con la autoridad religiosa, que era mejor ampliar el actual. De inmediato surgió un dirigente local que recorrió todos los *ayllos* señalando que, por cada habitante, incluidos los "de vientre", se debía entregar una cuota de adobes. Otro grupo se encargó de colocarlos y en un cortísimo tiempo la ampliación fue terminada.



Figura 111
Minga de Maíz en Con-
de Duque (1959). Ar-
chivo G. Le Paige.



Figura 112
Equipo de *Football* de
Río Grande (1959). Fo-
to Gentileza familia Fe-
lix Selti.

En suma, a raíz de la Guerra del Pacífico (1879-1883), San Pedro de Atacama se incorporó al territorio chileno, en concreto a la nueva provincia de Antofagasta cuya capital se centró en el puerto. Allí estaba el terminal de una gran red ferroviaria que involucraba la salida natural hacia el Pacífico de toda la bullente actividad económica de la pampa salitrera. Esta vez el

centro comercial y poblacional dio lugar a un nuevo foco de irradiación de vida moderna: Antofagasta. Definitivamente, el aparato político y administrativo se centró en el Pacífico. En este sentido, los oasis atacameños pasaron a configurar los puntos más distantes y periféricos en una región fronteriza y lejana. La vida, entonces, se replegó hacia las propias posibilidades que entregaba la tierra atacameña y por otro lado, al flujo emigratorio atraído por Chuquicamata, Calama, los pueblos salitreros y Antofagasta. Desde aquí, se provocó el mayor despoblamiento de los oasis atacameños en beneficio del crecimiento urbano.

COMIENZO DEL DESPOBLAMIENTO

El escenario y las gentes atacameñas se habían comprometido siempre con la tierra y con el conocimiento cordillerano. Así, fueron intermediarios irremplazables del tráfico de recursos trasandinos. Pero esto colapsó por el abandono de los pueblos y por el éxito del ingenio ferroviario. A comienzos del siglo XX, sus huertos y potreros sostenidos por los cultivos de alfalfa, frutales y cría de corderos, enfrentaban la atracción de las nuevas ciudades mineras. Entre quedarse a cargo de los potreros mal regados, o ser obreros de aquellas exóticas ciudades con electricidad, campamentos, pulperías, buenos sueldos y "biógrafos" (cines), no quedó alternativa alguna: se desató la emigración atacameña y comenzó a agudizarse la pérdida de la cultura campesina de los oasis.

EL IMPACTO DE LA MINERÍA DEL SALAR

Actualmente, el impacto de la vida moderna a partir de los focos mineros sigue vigente, pero no es el punto describirlos en detalle. Sólo algunas reflexiones. Caracoles, Oficinas Salitreras, Chuquicamata-Calama, todos fueron y son centros mineros relativamente alejados hacia donde se debía tomar una decisión vital: el abandono del oasis. Mientras no existan mejores expectativas de arraigo y progreso rural, con valores que le den más autonomía a la vida campesina, tal voluntad seguirá vigente, con la gran diferencia que hoy los centros minero-industriales están aquí mismo, en la gran cuenca del Salar de Atacama.

Para nadie es un misterio que la implantación desmedida del estilo de vida minero-industrial implica un colapso del mundo rural que lo rodea. Suelo, clima, agua, recursos locales, mano de obra, todo se entrega sin discusión para el arribo del "progreso" de la así llamada "vida moderna". Tal vez sea bueno revisar qué pasó en aquellos territorios donde el auge minero colapsó junto con la tierra fértil. Se acabó el petróleo y quedaron desiertos en varias zonas de Venezuela; se agotó el salitre y aún los valles tarapaqueños no logran recuperarse del todo. Con el argumento que cuando los recursos naturales y humanos rurales son colocados bajo un orden económico-industrial moderno se hace más viable su desarrollo, se han cometido demasiados errores en el Tercer Mundo.

Por supuesto que los efectos negativos de esta convivencia no programada entre la producción de los oasis y los focos industriales del Salar ya son visibles. Surgen asentamientos modernos junto a los tradicionales, carentes los primeros de un diseño arquitectónico suficientemente talentoso. Se utilizan los oasis como refugios climáticos naturales pero se les resta su agua y su mano de obra calificada. Se usa su *hábitat* y en retribución se les dan a veces ciertas ventajas modernas como electricidad y pavimento, pero no se establecen programas educativos que los campesinos lo sientan como

propios, destinados a producir huertos autónomos, con la nueva tecnología de bajo costo, capaz de rendir más renta que el ansiado sueldo mensual de alguna empresa minera.

Es cierto, los jóvenes atacameños aspiran a ingresar al mundo de la minería y de la industria, porque cada vez son menos campesinos, aunque vivan junto a la tierra. Pero, ¿qué ocurriría si supuestamente se instalaran a debatir el futuro agrario de este desierto, selectas familias de granjeros israelitas con aquellas aymarás virtuosas en sus labores agropecuarias y los atacameños que todavía confían en su talento agroganadero y frutal? Aún no hay una conciencia ecológica suficiente como para imaginar lo que siempre fueron estos oasis: las eternas despensas del desierto más yermo del mundo.

Por otro lado, a nadie se le pasaría por la mente no desarrollar el potencial minero local y otros recursos "modernos" alternativos. Se trata simplemente de advertir que aún es tiempo de armonizar la vida minero-industrial con la vida tradicional de los oasis, con soluciones creativas y locales que apoyen mutuamente a ambas fuentes de riqueza.

Que no se diga hoy que un litro de agua en la industria minera es más rentable que en tomates. Esa cuenta sólo se debe sacar después de 100 años, cuando apenas queden vestigios arqueológicos de los poblados mineros "modernos", al tanto la tierra siga siendo eso, llena de tomates, en un mundo donde la crisis alimentaria va en aumento. Cuánto de un litro de agua para la minería, cuánto para beber y cuánto para los tomates; es éste el punto del debate, sin plantear aún quién es ética y legalmente el verdadero dueño del litro de agua... Pero los códigos no los hacen los campesinos y hoy se puede comprar el agua como cualquier objeto transable; es decir los oasis están en vías de extinción de no mediar una actitud renovadora y esencialmente humanista, tal como lo ha concebido el Obispado más cercano a la tierra atacameña.

COMENTARIO FINAL

Cerca de 7.000 años se demoraron los cazadores arcaicos en iniciar un nuevo modo de vida basado en la domesticación de llamas y en labrar los primeros cultivos andinos. Durante los 2.000 años posteriores, la civilización tomó un curso sorprendente en los oasis y quebradas atacameños, echando las bases de la vida aldeana con labores agrícolas y ganaderas originales, conquistándose la producción de alimentos y el bienestar aldeano. Desde el comienzo de la era de Cristo, hasta el tiempo de la expansión inkaika, durante otros 2.000 años, la cultura de San Pedro alcanzó diversas etapas de un desarrollo económico y cultural creciente, cuyas colecciones óseas y culturales exhibidas en el Museo de San Pedro dan cuenta de la superposición de culturas, obras maestras y gentes bien adaptadas al medio. En suma, conquistaron y domesticaron todos los recursos que hoy conocemos: agua, suelos, bosques, cultivos, crianza de llamas, artesanías de textiles, madera, metalurgia, etc. Las aldeas comenzaron a construirse hace 5.000 años y nadie intentó abandonar su territorio natal antes de la invasión española. Era una tierra difícil,

pero modificada al fin, a la escala y al talento adaptativo, productivo y cultural de la sociedad circumpuneña.

Después de todo, cada acción cotidiana adquirió un carácter heroico destinado a amansar el paisaje, criar la cultura, cultivar pensamientos y territorios, hasta modelar la civilización en uno de los ambientes más aislados e inhóspitos del mundo. Es nada menos que una larga y vieja historia, construida por todos y para todos los hombres, para ser prolongada con dignidad, pero que fue irreversiblemente finiquitada entre vencedores y vencidos durante sólo 300 años de vida colonial-española.

Ciertamente, la imposición del régimen colonial logró desintegrar el universo atacameño, colapsando en parte las virtuales habilidades en torno al manejo de la Madre Tierra. Los centros mineros-urbanos del siglo XIX y XX atrajeron la mano de obra atacameña como emigrantes, a tal punto que la tierra quedó parcialmente sin sus hijos verdaderos. Estos oasis suelen ser frágiles cuando carecen de la mano atacameña capaz de reproducirlos en armonía. La cultura campesina entró en crisis y los huertos y potreros ya no fueron los vergeles de antes. El desafío quedó vigente: todavía hay agua, suelos y atacameños, pero ahora se requiere de audaces planes para recrear y jerarquizar la vida en estos oasis, que por algo están junto a la tierra más desértica del mundo, como despensas alertas a ser abiertas cuando vuelva el talento y la sabiduría tradicional y se inserte la moderna en ella, para hacer lo que la primavera hace con las flores...

Hoy como antes, los centros mineros atraen a los atacameños y se dice que el agua es más valiosa para la industria... Pero la riqueza minera es transitoria y la tierra "muda" puede volver a contarnos el cómo se puede fructificar la vida junto a la *pachamama*, con o sin industrias... Después de todo, el cementerio de San Pedro de Atacama, a diferencia de los pueblos mineros, seguirá creciendo, porque la vida junto al agua es sabiamente infinita cuando se le cautela con talento vernácula, más la tecnología adecuada de hoy.

Sí, debemos aprender a conciliar el modernismo del petróleo, del litio, sales potásicas, azufre y otros recursos no renovables junto a la riqueza renovable de la tierra, aquella que se reproduce más allá de todos los tiempos y que menos depende del delirio necesario de los mercados (Fig. 113).

Algo más de 3.000 campesinos descendientes de esta cultura sobreviven ahora, con el mismo heroísmo de sus antecesores frente a un medio similar, distribuidos en una decena de pueblos y lugares. Están destinados a nuevos y caóticos procesos de transformaciones que requieren de profundas reflexiones en términos de políticas de desarrollo andino. Hay hombres que, mejor que las parinas, merecen ser rescatados de su extinción, no por meras razones "conservacionistas"... sino por la dramática necesidad de que sus hijos puedan continuar domesticando su propio territorio, porque son irremplazables como "dueños de casa" que han logrado perdurar por más de diez milenios en el mismo lugar...

Esta reseña ha servido para comprender no sólo la historia cultural de la nación atacameña, sino básicamente los cambios más dramáticos ocurridos a raíz de los contactos con otras gentes afuerinas portadoras de distintos intereses. Aunque los atacameños de hoy sean la minoría étnica más res-

Figura 113

- a) Entrada a una finca.
- b) Sandías de Quito.



a



b

tringida de Chile, a veces sin comprender cabalmente su propia capacidad campesina, ellos representan la posibilidad de enriquecer, con orgullo étnico, su pasado y su presente junto a su tierra. Aquella heredada con el honor de quienes la domesticaron y la entregaron amansada. Visto así este proceso histórico, la mayor lección que asciende suspendida en el espacio más transparente del mundo, es el cómo lograron sobrevivir a todos los escollos que

la así llamada “sociedad moderna” interpuso entre ellos y la fructificación de la tierra heredada de su propio pasado (Fig. 114).



Figura 114
El cebollar y maizal de don Aníbal (Quito).

Aún es el tiempo de conciliar la vida moderna y el desarrollo rural, con aquella gran deuda pendiente, el pacto no cumplido, esto es, su integración a la idea de nación junto a su sabiduría ancestral, con ese arraigo natural a la tierra, y el respeto necesario a su cultura diferente. Es decir, la posibilidad de compartir un futuro esperanzador. Aún podemos, juntos, dignificar estas aldeas dentro de un nuevo orden más equilibrado entre la vida rural y urbana, de éstos, los verdaderos dueños de un territorio en donde ya han esperado lo suficiente:

*“¡Qué es pues esta vida
¿a dónde he de ir?
Como la flor de la puna
ya no tengo sino mi sombra!...”*

“¡Qué es pues esta vida!”... Es el tiempo de comprenderla y transformarla juntos, cuidadosamente, mano a mano, con la admiración que se merecen quienes han sido los primeros portadores de una plena identidad cultural, que nos subyace, que se reproduce y crece junto a todos. Aquí, en un paisaje donde los actos pasados, presentes y futuros están mezclados a la espera

del instante más revelador de todos: el reencuentro con la *pachamama* atacameña, más cerca de la vida y más lejos de la sobrevivencia... ¡Ahora, el tiempo aún es nuestro y la tierra espera...!

Ayllo Conde Duque (San Pedro de Atacama), enero de 1989.

Epílogo

Caminando por el medio del desierto descubrí súbitamente un oasis donde se alzaba una bellísima ciudad, tan resplandeciente que el sol apenas la tocaba. Sus habitantes bondadosos y cultos me entregaron lo mejor de su hospitalidad, hasta que les pregunté desde qué época vivían allí... Mirándose extrañados me dijeron que no lo sabían, que sus ancestros y parientes lejanos tampoco, porque siempre habían disfrutado de esta maravilla blanca y luminosa donde los muros ardían con el púrpura de los atardeceres...

Dos mil años después retorné a ese lugar con mis ojos mejor educados para admirar tan soberbia ciudad, pero ella ya no estaba... El hallazgo de un pastor que corría tras su rebaño podría quizás explicarme esta transformación tan inesperada. Así, su voz débil como la luz que ya no quiere ver, me susurró contra el viento que la blanca y luminosa ciudad jamás existió y que no dejaba de ser sorprendente el porqué un anciano aparentemente tan lleno de sabiduría lo detenía para preguntarle semejante estupidez. Él y los suyos, hasta los más antiguos de los suyos, todos habían nacido y fallecido a lo largo y ancho de esta meseta verde tan plena de aves y pastos suculentos. ¿Es que esa ciudad blanca y antigua, culta y resplandeciente nunca se construyó? Pregunté algo irritado... A ver, eso que describes con tanto halago, dijo el pastor casi cantando, nunca, nunca existió, es la palabra de los padres de nuestros padres... y volvió a correr como imitando el vuelo de las mariposas...

Caminé desorientado hacia otros rumbos cardinales del desierto hasta que mil años después decidí volver al mismo lugar pero esta vez, de un modo increíble, solo encontré una playa con asombrosas embarcaciones y pescadores que de inmediato compartieron conmigo lo mejor de su jornada. Impresionado frente al lago les pregunté por fin: ¿Y desde cuándo esta laguna invadió lo que antes era una inmensa y verde pradera de pastos suculentos?... ¿En qué época pudo ocurrir este tremendo acontecimiento?

... Amigo forastero, viajero de tantas pampas y desiertos, aquí juntos compartiendo esta mesa... ¿Cómo es posible que te atrevas a decir que este inolvidable paisaje lacustre antes no lo fue?... ¿Crees que nos agrada siquiera imaginar que aquí nunca hubo tantos peces que siempre nos alegran hasta las máximas profundidades de nuestros espíritus?

Salí extraviado bajo la penumbra intentando por la noche reconstituir el sonido de las campanas de los rebaños de alpacas y llamas, por esas antiguas y extensas praderas. La visión del lago me había sobrecogido de tal manera que decidí volver después de otros mil años de andanzas epopéyicas, pero allí no había nada...

En la distancia advertí a un niño que jugaba con un trozo de adobe blanco y luminoso en lo alto de una colina y sonriendo me respondió que jamás había existido un gran lago, que ni él, ni nadie, recuerda la fragancia del pescado

fresco sobre una mesa de fiesta... Que desde su cerrillo no hay nada a su alrededor que se parezca a un lago, solo las arenas quemadas por el viento.

Defraudado y perdido entre la nada, donde la soledad no tiene piedad alguna, volví desconsoladamente por última vez a aquel mismo lugar, y fue entonces que surgió poco a poco una luz destellante que se esfumaba como los arco-iris. Allí distinguí cómo se deslizaba un velo nupcial sobre el rostro blanco y luminoso de una ciudad más esplendorosa que la primera. Me acerqué a tantas voces dulces de pura algarroba derramada en las calles en señal de no sé qué ritual de agradecimiento.

Tras las alabanzas por tanta maravilla consulté de inmediato sobre la época en que debió ocurrir esta fantástica transformación. Un grupo de jóvenes que bailaban y bebían en la plaza de piedra, entre frases entrecortadas me respondieron que era tan raro que un huésped querido e inteligente no entendiera que esta ciudad siempre ha estado aquí... que desde las más antiguas memorias nadie sabe cuándo fue fundada y que esto viene de los siglos de los siglos... ¡Mire usted, su origen se pierde en las penumbras del pasado!

Forastero, ¿hay algo en que podamos ayudarlo? Gritaron los jóvenes.

Sí, les respondí con un vaso de vino en la mano, solo una última pregunta: ¿Vive algún arqueólogo en toda esta comarca?

(Relato inspirado en un texto árabe y anónimo del siglo XIII).

Bibliografía

Referencias generales consultadas para la elaboración del presente libro. Varias de estas obras se encuentran a disposición del público en la Biblioteca del Instituto de Investigaciones Arqueológicas en el interior del área de exhibición museográfica (San Pedro de Atacama).

- ABURTO, S. "Estudios acerca de la construcción, arquitectura y planteamiento incas". *Cámara Peruana de la Construcción*, Lima, Perú. 1987.
- ALDUNATE, C. y Otros. *Cronología y asentamiento en la región del Loa Superior*. Dirección de Investigación y Bibliotecas, Universidad de Chile, Santiago de Chile. 1986.
- ARANDA, X. "San Pedro de Atacama: Elementos diagnósticos para un plan de desarrollo local". *Informaciones Geográficas*, N° especial 11/14, Universidad de Chile, Santiago de Chile. 196 1-4.
- BARRERA, E.A. y otros. *Las influencias geohistóricas en un medio árido cálido: el caso de San Pedro de Atacama y su cultura indígena*. Seminario de Título, Universidad Católica de Valparaíso. 1988.
- BARTHEL, T.S. El agua y el festival de primavera entre los atacameños. *AllPanchis*, N° 28, año XVIII, Cuzco (2° semestre), Vol. 2, pp. 147-184, Perú. 1986.
- BERENGUER, J., V. CASTRO y O. SILVA. Reflexiones acerca de la presencia de Tiwanaku en el norte de Chile. *Estudios Arqueológicos*, N° 5, Universidad de Chile, Antofagasta. 1980.
- BERTRAND, A. *Memoria sobre la cordillera del desierto de Atacama y regiones limítrofes*. Santiago de Chile. 1885.
- BIBAR, G. DE. *Crónica y relación copiosa y verdadera de los Reynos de Chile hecha por...* Fondo Histórico y Bibliográfico. J.T. Medina, Santiago de Chile. 1966 (1558).
- BOWMAN, I. *Los senderos del desierto de Atacama*. Santiago de Chile. 1924.
- CAJÍAS DE LA VEGA; F. *La provincia de Atacama 1825-1842*. Instituto boliviano de cultura, La Paz, Bolivia. 1975.
- CAÑETE Y DOMÍNGUEZ, P.V. *Guía histórica, geográfica, física, política civil y legal del gobierno e intendencia de la provincia de Potosí*. Potosí, Bolivia. 1952 (1791).
- CASSASAS, J.M. La región atacameña en el siglo XI' / [. Universidad del Norte, Antofagasta. 1974a.
- _____. *Iglesias y capillas en la región atacameña administraciones española y boliviana*. Universidad del Norte, Antofagasta. 1974b.
- D'ANS, A.M. Chileno o araucó idioma de los Changos del norte de Chile, dialecto mapuche septentrional. *Estudios Atacameños* N° 4, Museo de Arqueología, Universidad del Norte, San Pedro de Atacama. 1976.
- DIFRIERI, H. La población de Atacama en el siglo XVIII. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana* N° 26, Buenos Aires, Argentina. 1980.
- FERNÁNDEZ, J. Los Chichas, los Lípez y su posible enclave de la cultura de San Pedro de Atacama en la zona limítrofe argentino-boliviana. *Estudios Atacameños* N° 6, Museo de Arqueología, Universidad del Norte. 1978.
- GENTILE, M.E. *El "control vertical" en el noroeste argentino. Notas sobre los atacamas en el valle Calchaquí*, Buenos Aires, Argentina. 1986.
- GICOUX, E.F. Notas, observaciones y recuerdos de los indios de Atacama. *Revista Universitaria* N° 12, Santiago de Chile. 1927.
- GÓMEZ, D. Los pueblos andinos de la II Región y su alimentación tradicional. *Cuadernos de Filología* N° 15-16, Instituto de Literatura Nortina e Investigaciones Etnoculturales, Universidad de Antofagasta. 1981.
- GUNKEL, L. San Pedro de Atacama. Imagen histórica de un pueblo del norte chileno. *Boletín* N° 107, Universidad de Chile, T. VIII Editorial Universitaria. 1970.
- HIDALGO, J. Fases de la rebelión indígena de 1781 en el Corregimiento de Atacama y esquema de la inestabilidad política que la preceden (1749-1781). *Chungará* N° 9, Depto. de Antropología, Universidad de Tarapacá, Arica. 1982a.
- _____. Fechas coloniales de la fundación de Toconao y urbanización de San Pedro de Atacama. *Chungará* N° 8, Depto. de Antropología, Universidad de Tarapacá, Arica. 1982b.

- _____. Descomposición cultural de Atacama en el siglo XVIII: lengua, escuela, fugas y complementariedad ecológica. *Simposio Culturas Atacameñas*, Universidad del Norte. 1982c.
- _____. Complementariedad ecológica y tributo en Atacama. 1683-1792. *Estudios Atacameños* N° 7, Instituto de Investigaciones Arqueológicas, Universidad del Norte, San Pedro de Atacama. 1984.
- HANSON, E. Out of the world villages of Atacama. *Geographical review XVI*, American Geographical Society of the New York. 1926a.
- _____. Indian remains in the Atacam desert, *Revista Chile* N° 6, New York. 1926b.
- IBÁÑEZ, EZ, G. *Observaciones sobre la provincia de Atacama*. Editado por Cajías de la Vega (1975). 1832.
- KAPSTEIN, G. *Espacios intermedios. Respuesta arquitectónica al medio ambiente: II Región*. Universidad del Norte-Fundación Andes. 1988.
- KRAPOVICKAS, P. Subárea de la Puna Argentina. 37° *Congreso Internacional de Americanistas*, T. 2, pp. 235-71. Buenos Aires. 1968.
- _____. Arqueología de Yavi Chico (Departamento Yavi, provincia de Jujuy, República Argentina). *Revista del Instituto de Antropología* N° 4, pp. 5-22 Córdoba. 1973.
- _____. Los indios de la puna en el siglo XVI. *Relaciones XII* n.s. Buenos Aires, Argentina. 1978.
- _____. Arqueología de Cerro Colorado (Depto. Yavi, provincia de Jujuy, República Argentina). *Obra del Centenario del Museo de La Plata*, T. 2, pp. 122-48, La Plata. 1980.
- _____. La Agricultura Prehispánica en la Puna, *Actas V Congreso Nacional de Argentina*, T. 1, pp. 139-56, San Juan. 1980.
- _____. Las poblaciones indígenas históricas del sector oriental de la puna (un intento de correlación entre la información arqueológica y etnográfica). *Relaciones XV*, n.s. Buenos Aires, Argentina. 1983.
- LAGOS, R., E. MENDOZA y AMPUERO. La noche de los abuelos en Santiago de Río Grande. *Chungará* N° 9, pp. 247-274, Universidad de Tarapacá, Arica, Chile. 1982.
- LARRAÍN, H. y E. ROSS. La provincia de Atacama según don Pedro Ignacio Ortiz de Escobar y Abet. *Hombre y Desierto* N° 1, Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad de Antofagasta. 1987.
- LATCHAM, R. *Arqueología de la región atacameña*. Universidad de Chile, Santiago de Chile. 1938.
- LE PAIGE, G. San Pedro de Atacama y su zona. *Anales de la Universidad del Norte* N° 4, Antofagasta. 1965.
- _____. Placas conmemorativas en lugares históricos de San Pedro de Atacama. *Estudios Atacameños* N° 3, Museo de Arqueología, Universidad del Norte, San Pedro de Atacama. 1975.
- LIZÁRRAGA, R. *Descripción breve de toda la tierra del Perú, Tucumán, Río de La Plata y Chile*, Madrid, España. 1968 (1608).
- LOZANO MACHUCA, J. *Carta del factor de Potosí: Juan Lozano Machuca al Virrey del Perú en donde se describe la provincia de Lipez*. *Relaciones Geográficas de Indias, Perú*, Ministerio de Fomento, T. 11, Apéndice III. 1885 (1581).
- LLAGOSTERA, A. y M.A. COSTA. *Museo Arqueológico R.P. Gustavo Le Paige, San Pedro de Atacama*. Depto. de Extensión Cultural, Ministerio de Educación, Serie Patrimonio Cultural Chileno. 1984.
- MADRAZO, C.B. Indígenas y hacendados en el noroeste. *La vida de nuestro pueblo*. Centro Editor de América Latina. Buenos Aires, Argentina, 1981.
- MARTÍNEZ, J.L. Adaptación y cambio en los atacameños: los inicios del período colonial, siglos XVI y XVII. *Andes* N° 3, Instituto de Estudios Contemporáneos, Santiago de Chile. 1988a.
- _____. Dispersión y movilidad en Atacama colonial. *Encuentro de etnohistoriadores*. Serie Nuevo Mundo: Cinco siglos N° 1, Depto. de Ciencias Históricas, Universidad de Chile, Santiago de Chile. 1988.
- MARTÍNEZ, J.L., V. MANRÍQUEZ y C. SANHUEZA: Asentamientos y acceso a recursos en Atacama (S. XVII). *Economía y comercio en América hispana*. Ed. G. Bravo. Serie Nuevo Mundo: cinco siglos, N° 5 U. de Chile, U. de Stgo., U.C. de Valparaíso, U. Metropolitana, Embajada de España, pp. 13-61. Santiago de Chile.
- MERLINO, R. y M. SÁNCHEZ. Cosmovisión y espacio cultural en la Puna. *Ideas en Arte y Tecnología*, Universidad de Belgrano, Buenos Aires, (Separata s/f). 1983.
- MONTANDON, R. Iglesias y capillas coloniales en el desierto de Atacama. Cuaderno del Consejo de Monumentos Nacionales N° 2, Santiago de Chile. s/f.
- MOSTNY, C. *Ciudades atacameñas*. Boletín del Museo Nacional de Historia. Natural, T. XXIV, Santiago de Chile. 1948.
- _____. *Peine un pueblo atacameño*. Publicaciones N° 4, Instituto de Geografía, Universidad de Chile, Santiago de Chile. 1954.
- _____. Ideas mágico-religiosas de los atacameños. *Homenaje a R. Latcham*, Boletín Museo Nacional de Historia Natural, Santiago de Chile. 1968.
- MUÑOZ, E. Restauración del Pukará de Quito. *Estudios Atacameños* N° 7, Instituto de Investigaciones Arqueológicas, Universidad del Norte, San Pedro de Atacama. 1984.

- NÚÑEZ, L. Desarrollo cultural prehispánico del norte de Chile. *Estudios Arqueológicos* N° 1, Universidad de Chile, Antofagasta. 1965.
- _____. Hombres y recursos andinos. La Puna atacameña. *Primer taller Medio Ambiente*. Asentamientos humanos en el Salar de Atacama. Cuaderno N° 4, Facultad de Arquitectura, Universidad del Norte, Antofagasta. 1984.
- NÚÑEZ, L., P. NÚÑEZ y V. ZLATAR. Relaciones prehistóricas entre el noroeste argentino y norte chileno. *Documentos de trabajo* N° 6, Universidad de Chile, Antofagasta. 1975.
- NÚÑEZ, L., G. LE PAIGE y B. BITTMANN. *Culturas atacameñas*. Depto. de Extensión Cultural del Ministerio de Educación, Santiago de Chile. 1978.
- NÚÑEZ, L. y T. DILLEHAY. *Movilidad giratoria, armonía social y desarrollo en los Andes Meridionales*. Universidad del Norte, Antofagasta. 1978.
- NÚÑEZ, L., H. GARCÉS y A. LLACOSTERA. *Guía del Museo Arqueológico R.P. Gustavo Le Paige*, Instituto de Investigaciones Arqueológicas, Universidad del Norte, San Pedro de Atacama. 1986.
- PERASIC, A.M. *Pueblos precordilleranos del Departamento El Loa*. Tesis de Título, Facultad de Arquitectura, Universidad de Chile. 1971.
- PÉREZ, J.A. Subárea de Humahuaca. *37° Congreso Internacional de Americanistas*, T. 2, pp. 273-93., Buenos Aires. 1968.
- _____. Arqueología de las Culturas Agroalfareras de la Quebrada de Humahuaca (Provincia de Jujuy, República Argentina). *América Indígena*, V. 33, N° 3, pp. 667-79. 1973.
- POLITIS, M. Manifestaciones folklóricas de San Pedro de Atacama. *Norte* N° 1, Universidad del Norte, Antofagasta. 1966.
- PHILLIPPI, R.A. *Viaje al desierto de Atacama... 1853-1854*. Halle. 1856.
- RISOPATRÓN, L. *La línea de frontera con la República de Bolivia*. Santiago de Chile. 1910.
- _____. Diario de viaje a las cordilleras de Antofagasta y Bolivia (1903-1904). *Revista Chilena de Historia y Geografía* XXVII (31), Santiago de Chile. 1918.
- RAFFINO, R. Las aldeas del Formativo Inferior de la quebrada del Toro (Santa, Argentina). *Estudios Atacameños* N° 5, Museo de Arqueología, Universidad del Norte. 1977.
- RUDOLPH, W.E. Vanishing trails of Atacama. *American Geographical Society Research*. Series N° 24. 1963.
- SAN ROMÁN, E. *Desierto y cordilleras de Atacama* (3 vols.), Santiago de Chile. 1896-1902.
- TARRAGO, M. Alfarería típica de San Pedro de Atacama. *Estudios Atacameños* N° 4, Universidad del Norte. 1972.
- _____. Relaciones prehispánicas entre San Pedro de Atacama (norte de Chile y regiones aledañas: la quebrada de Humahuaca). *Estudios Atacameños* N° 5, Universidad del Norte, San Pedro de Atacama. 1976.
- _____. La historia de los pueblos circumpuneños en relación con el altiplano y los Andes Meridionales. *Estudios Atacameños* N° 7, U. del Norte, Inst. Invest. Arq., San Pedro de Atacama. 1984.
- TÉLLEZ, E. La guerra atacameña del siglo XVI: Implicancias y trascendencias de un proceso de resistencia indígena en el despoblado de Atacama. *Estudios Atacameños* N° 7, Instituto de Investigaciones Arqueológicas, Universidad del Norte, San Pedro de Atacama. 1984.
- _____. El informe del Marqués de Guadalcazar al Rey. Un testimonio colonial acerca de la mita, las encomiendas y los indios atacameños. *Cuadernos de Historia* N° 6, Depto. Ciencias Históricas, Universidad de Chile, Santiago de Chile. 1986a.
- _____. Producción marítima, servidumbre indígena y señores hispanos en el partido de Atacama: un documento sobre la distorsión colonial del tráfico entre el litoral atacameño y Potosí. *Chungará*, N° 16-17, Universidad de Tarapacá, Arica. 1986b.
- TÉLLEZ E. y O. SILVA. Atacama en el siglo XVI. La Conquista hispana en la periferia de los Andes Meridionales. *Cuadernos de Historia* N° 9, pp. 45-69. Depto. Ciencias Históricas, Universidad de Chile, Santiago de Chile. 1989.
- UHLE, M. Los indios atacameños. *Revista Chilena de Historia y Geografía* N° 8, Santiago de Chile. 1913.
- VALDÉS, S. *Informe sobre el estudio minero i agrícola de la región comprendida entre el paralelo 23 i la laguna de Ascotán*. Santiago de Chile. 1896.
- VAISSE, E., F. HOYOS y A. ECHEVERRÍA. Glosario de la lengua atacameña. *Anales* 91, Universidad de Chile, Santiago de Chile. 1895.
- VAISSE, E., F. HOYOS y A. ECHEVERRÍA. *Glosario de la lengua atacameña*. Imprenta Cervantes, Santiago. 1896.
- WALTER, R. *Tiahuanaco, Atacama und Araukaner*. Leipzig, Alemania. 1952.

Índice de figuras

Figura 1. Ubicación de la subárea circumpuneña y regiones limítrofes, 12

Figura 2. Ubicación de la subárea circumpuneña en el área centro-sur andina, 13

Figura 2a. Ubicación de la etnia atacameña en el marco de los pueblos aymaraes del siglo XVI, 14

Figura 3. Selección de artefactos líticos de los primeros cazadores puneños de Tuina: puntas y raspadores, 18

Figura 4. Reconstrucción ideal de una cacería de vicuñas en torno a la aguada de una quebrada puneña. Usando la estólica o propulsor de dardos, 20

Figura 5.

a) Reconstitución ideal del enterramiento de un cazador en el campamento de Calarcoco.

b) Reconstitución de captura de camélidos por los cazadores-domesticadores de Puripica (II Milenio a.C.).

c) Bloque con grabado de camélido ubicado dentro de un recinto del campamento de Puripica (Núñez *et al.* 1986), 21

Figura 6. Placa grabada por cazadores en las canteras-talleres de Tulán (Núñez *et al.* 1986), 22

Figura 7. Plano de las bases de viviendas de los cazadores de Tulán. Se destaca la reconstitución ideal de una vivienda con labores de cocina y talla de artefactos de piedra (III Milenio a.C.) (Núñez *et al.* 1986), 23

Figura 8. Reconstitución ideal del movimiento trashumático de los cazadores de la Puna de Atacama (Núñez *et al.* 1986), 23

Figura 9. Camélidos andinos: a) Guanaco (salvaje). b) Vicuña (salvaje). c) Llama (domesticada). d) Alpaca (domesticada), 24

Figura 10. Reproducción de grabados de llamas de los primeros pastores arcaicos de Puripica, 25

Figura 11. Selección de artefactos líticos del sitio Puripica: puntas de proyectil, cuchillos, raspador discoidal y perforadores, 26

Figura 12. Panorama de quebrada Tulán donde se han localizado los pueblos pastoralistas Tilocalar del período Formativo Temprano (1200 a 400 años a.C.), en la cercanía de Peine, al sur del Salar de Atacama, 30

Figura 13. Vista del Templete de Tulán identificado en el centro de la aldea Tulán-54, datado entre

los 900 a 400 años a.C., correspondiente a los pueblos Tilocalar, con inhumaciones de neonatos humanos, pozos con ofrendas, petroglifos, nichos en el muro perimetral y fogones de rituales asociados, 31

Figura 14. Detalle del interior del Templete Tulán con la presencia de nicho empotrado en el muro perimetral, petroglifos y pozo de inhumación de neonato humano, 33

Figura 14a. Ofrendas de pendientes de íconos de oro laminado y repujado con rostros opuestos, localizados en las ofrendas de los neonatos del Templete Tulán, 33

Figura 14b. Collar de cuentas semipreciosas de mineral de cobre de color, localizado en una inhumación de neonato en el centro del Templete de Tulán, 33

Figura 14c. Diseño con camélidos antropomorfizados alzados, grabados en un cubilete lítico identificado junto a un neonato en el centro del Templete, 33

Figura 14d. Panel con petroglifos del estilo Taira-Tulán localizado en el barranco alto de quebrada Tulán, correspondiente a la ritualidad de los pueblos Tilocalar. Se advierten grandes camélidos convergentes, felinos, además de pequeñas aves y camélidos menores (Tulan-60), 33

Figura 15. Plano de distribución de los ayllos de la comarca de San Pedro de Atacama, 36

Figura 16. Plano del poblado de Tulo y reconstitución ideal de un núcleo de viviendas (Núñez *et al.* 1986), 37

Figura 17. Jarrón de las gentes de Toconao-oriente, 38

Figura 18. Cerámica roja pulida del ayllu de Larache, 38

Figura 19. Recintos habitacionales de Tulo, 42

Figura 20. Reconstitución de un grupo familiar en un recinto de Tulo (Pérez de Arce, 1986), 43

Figura 20a. Enterramiento a modo de fardo funerario (Cuerpo envuelto en camión), 43

Figura 21. Reconstitución ideal de un enterramiento con ofrendas de cerámica clásica negra pulida y fardo típico funerario (L. Núñez *et al.* 1986). (Foto inferior cerámica negra pulida), 44

Figura 22. La inhalación de alucinógenos y el acercamiento a los poderes shamanísticos, 46

- Figura 23.* Talla en madera miniatura de sacerdote o shamán con hacha y cabeza-trofeo en sus manos, del período clásico de la cultura de San Pedro de Atacama, 47
- Figura 24.* Vaso-retrato tallado en madera (influencia de Tiwanaku), 47
- Figura 25.* Tableta para insuflar alucinógeno (foto superior) y cuchara de uso ceremonial (foto inferior), etapa clásica de la cultura de San Pedro de Atacama, 49
- Figura 26.* a) Puerta del Sol o acceso a uno de los Templos altiplánicos de la cultura Tiwanaku. b) Vaso de oro de estilo Tiwanaku en San Pedro (Núñez *et al.* 1986). c) Motivo pirograbado en hueso con diseños Tiwanaku en San Pedro (*op. cit.*), 50
- Figura 27.* Cerámica de la influencia Tiwanaku del ayllu de Quito, 52
- Figura 28.* Reproducción de foto del minero atacameño preinkaico encontrado mineralizado parcialmente, con sus utensilios, en una vieja galería de la mina Restauradora de Chuquicamata en el año 1899 (Bird, 1979), 53
- Figura 28a.* Vasos de madera de estilo Tiwanaku ofrendados en tumbas, 55
- Figura 29.* Momia o cuerpo deshidratado de una mujer de la cultura de San Pedro (Núñez *et al.* 1986) y su reconstitución aproximada (Pérez de Arce, 1986), 60
- Figura 30.* Perfil y planta del Pukará de Quito (Muñoz, 1984), 62
- Figura 31.* Cerámica roja pintada de la etnia atacameña, 64
- Figura 31a.* Chulpa o pequeña torre de piedra de uso funerario (Toconce), 65
- Figura 32.* Reconstitución de llamas caravaneras cargadas. Cencerro y gancho de atalaje para preparar las cargas, 67
- Figura 33.* a) Implementos para la artesanía textil.
b) Instrumentos para labores agrícolas, 69
- Figura 34.*
- Apo Cámac Inca, capitán e hijo de Pachacuti Inca Yupanqui, lucha contra los "indios de Chile" a mitad del siglo xv (Poma de Ayala, 1956) (1587-1615)
 - El rey Pachacuti Inca Yupanqui quien anexó el actual territorio de Chile al Imperio Inka (Poma de Ayala, 1956) (1587-1615)
 - Los Inkas son dominados por los españoles (Poma de Ayala, 1956) (1587-1615)
 - Cantos triunfales cuando los labriegos inkas preparan la tierra (Guaman Poma, *op. cit.*), 72
- Figura 35.* Reconstitución de labores domésticas atacameñas: a) Haciendo fuego. b) Moliendo quinua c) Preparando la tierra. d) Tejiendo en telar (L. Núñez *et al.* 1986), 74
- Figura 36.* Plano del centro administrativo Inkaico de Catarpe, cercano al Pukará de Quito (Lynch, 1977), 75
- Figura 37.* Placas metálicas inkas de Catarpe con influencia de la cultura trasandina Santa María (Lynch, ms.), 75
- Figura 38.* El tambo y centro ceremonial del volcán Licancabur, 76
- Figura 39.* Inkas durante el culto solar (Poma de Ayala, 1956) (1587-1615), 77
- Figura 40.* Conquistadores españoles: Diego de Almagro (izquierda) y Francisco Pizarro (derecha), en Poma de Ayala, 1956 (1587-1615), 80
- Figura 41.* Reconstitución ideal de un caudillo atacameño (Núñez *et al.* 1986), 82
- Figura 42.* a) Arcabucero español. b) El "Descubridor" Diego de Almagro. c) Batalla entre españoles y andinos en el centro del antiguo Perú, siglo XVI (Bibar, 1966) (1558), 84
- Figura 43.* El Conquistador de Atacama don Pedro de Valdivia, 87
- Figura 44.* Pukará de Quito, 88
- Figura 45.* Punta de flecha incrustada en el maxilar de un guerrero atacameño, 90
- Figura 46.* Reconstitución de un guerrero atacameño en la defensa del pukará de Quito (Pérez de Arce, 1986), 92
- Figura 47.* Reconstitución de la Segunda batalla de Quito (Núñez *et al.* 1986), 93
- Figura 48.* Francisco de Aguirre, capitán de la hueste de Pedro de Valdivia, vencedor de la segunda batalla de Quito (L. Silva Lezaeta, 1904), 94
- Figura 49.* a) Reconstitución ideal del éxito de la evangelización: San Pedro en andas. b) Enterramiento de atacameño cristianizado, con uso de mortaja y cuerpo extendido (siglo XVI) (L. Núñez *et al.* 1986), 98
- Figura 50.* El trato de los españoles a los cargadores andinos (Poma de Ayala, 1956) (1587-1615), 104
- Figura 51.* Reconstitución de molienda de sal con martillo prehispánico, 105
- Figura 52.* El pueblo de Beter bajo las dunas (siglos XVI y XVII), 107
- Figura 53.* a) Canal reciente encementado. b) Canal antiguo empedrado, bajo galería de chañares, 112
- Figura 54.* a) El avance del desierto sobre los oasis. b) Regadío por inundación, 116
- Figura 55.* Bodegas o silos de tradición atacameña (Ayllo de Beter), 122
- Figura 56.* Atacameña centenaria de Quebrada de Jeri (1955) (Archivo G. Le Paige), 126
- Figura 57.* a) Arquería del viejo Cabildo Colonial de San Pedro de Atacama (hoy Edificio Municipalidad), existente hasta el año 1960 (Archivo G. Le Paige). b) Municipalidad actual en el

- lugar del viejo Cabildo (imita su arquitectura colonial), 134
- Figura 58.* El pueblo de Beter bajo las dunas. La flecha señala una ventana trapezoidal. (Período histórico colonial), 140
- Figura 59.* El Valle del río San Pedro de Atacama. El sector del pueblo de San Pedro, 141
- Figura 60.* La llamada Casa antigua o de Valdivia: planta y perfil neoinka. (Período histórico colonial), 143
- Figura 61.* Detalle de los interiores de la "Casa antigua o de Valdivia". Se observa una puerta y ventana trapezoidal neoinka. (Croquis gentileza del Arq. René Mancilla), 145
- Figura 62.* Casco viejo o núcleo urbano de San Pedro de Atacama estructurado a fines del siglo XVIII, 147
- Figura 63.* Croquis de la llamada "Casa antigua o de Valdivia" en su contexto urbano. (Gentileza Arq. J. Guerra), 148
- Figura 64.* a) Casa cabildante de la plaza de San Pedro. b) Posible casa de la comunidad india de San Pedro (bodega de víveres) (siglo XVIII), 149
- Figura 65.* Casas atacameñas en el ambiente rural del ayllu de Quito (Kapstein, 1988), 151
- Figura 66.* Senda con tapial usada actualmente, 152
- Figura 67.* Arco lateral de la iglesia y casa de Abaroa o Cabildante, siglo XVIII, 154
- Figura 68.* Croquis de la Iglesia Mayor de San Pedro de Atacama reestructurada en el siglo XVIII y ampliada en el siglo XIX. Base (A) de torrecampanario (S. XVII o XVIII), 159
- Figura 69.* La iglesia actual de San Pedro de Atacama reconstituida (?) a comienzos del siglo XVIII (Núñez *et al.* 1986). El Santo Sepulcro en la procesión de Semana Santa del año 1990. (Foto gentileza de F. Rivera), 161
- Figura 70.* a) Iglesia con torre de madera desde el arco del antiguo Cabildo (1960). Archivo G. Le Paige. b) Iglesia con torre reconstituida desde el arco de la actual Municipalidad, 163
- Figura 71.* a) Baile del "Torito" de Solor (1945). Se aprecia a "Juancito" con bombachas gauchas y lazo. b) Baile de "Pedro y Pablo" ("Turco") de Solor en San Pedro de Atacama (1923). (Foto gentileza familia de Tomás Cruz), 165
- Figura 72.* San Pedro, el Santo Patrono del pueblo en procesión, 167
- Figura 73.* Baile del Negro y Margarita, 168
- Figura 74.* Baile del Torito, 170
- Figura 75.* Con quena y caja en el día de San Pedro, 170
- Figura 76.* Baile Catimbano, 171
- Figura 77.* Achache en el día de San Pedro, 171
- Figura 78.* Grabado de un misionero en un viejo algarrobo de Tilomonte, tallado en el año 1685: "María Concebida", 173
- Figura 79.* Petaca de cuero de la familia Aramayo, 178
- Figura 80.* a) Chañares. b) Algarrobo junto al río San Pedro, 184
- Figura 81.* Dibujo de aymará y atacameño en posible trato de trueque (mediados del siglo pasado) (d' Ans, 1976), 186
- Figura 82.* Trilla empedrada de Quito, 187
- Figura 83.* Pastora y crianza de corderos, 190
- Figura 84.* Potreros con mulares y bovinos en San Pedro de Atacama, 192
- Figura 85.* Procesión del Espíritu Santo frente a la plaza de San Pedro de Atacama (1900). (Foto gentileza familia de Eva Siáres), 193
- Figura 86.* Potrero con vacunos y atacameños en la minga de trigo (nótese la cruz de espigas). (Foto gentileza de B. Muñoz), 197
- Figura 87.* Croquis de casa rural de Quito. (Gentileza Arq. J. Guerra), 198
- Figura 88.* Dibujo de la plaza de San Pedro de Atacama en 1850 (Phillippi, 1860), 200
- Figura 89.* Arquitectura colonial de San Pedro de Atacama (siglo XVIII), 202
- Figura 89a.* Pastores atacameños preparando su viaje trashumántico hacia las vegas altas de Tulán, 204
- Figura 90.* La calle del Museo de cordillera a mar (la flecha marca el Cabildo viejo). b) La misma calle de mar a cordillera con la vieja acequia. (Fotos archivo G. Le Paige, 1960), 207
- Figura 90a.* El tráfico de ganado desarrolló un virtuosismo del faenamiento, 208
- Figura 91.* Molienda de algarrobo, 209
- Figura 92.* Potrero de alfalfa, 210
- Figura 93.* a) Potrero de alfalfa. b) Una yunta de mula y burro para acarreo de leña, 212
- Figura 94.* El arreo de ganado argentino y los grandes corrales de San Pedro de Atacama, 214
- Figura 95.* Ruinas de la mansión de la familia Polanco en el ayllu de Tchecar, junto a los corrales para ganado argentino, 216
- Figura 96.* a) De los ayllos a San Pedro. b) Cinturón de arriero argentino (siglo XIX), 218
- Figura 97.* El célebre carretero don Delfín Rodríguez, trasladando cobre desde la mina de San Bartola a la Caleta de Cobija (1900). (Gentileza familia de Santiago Ramos), 219
- Figura 98.* Casa campesina y la cultura de las sombras (Ayllo de Tchecar), 222
- Figura 99.* Croquis de la plaza y casa de familia de status, modificada en el siglo XIX (Gentileza Arq. J. Guerra), 227
- Figura 100.* Aventando trigo en el ayllu de Quito (Foto gentileza B. Muñoz), 228
- Figura 101.* Plano de la fragmentación de la tierra de los ayllos de San Pedro (Aranda, 1961), 230

Figura 102. a) Potrero con alfalfa y vacunos. b) Arreo de corderos por los accesos de los tapiales, 231

Figura 103. Pastores de San Pedro, 234

Figura 104. Tejiendo en el telar criollo, 244

Figura 105. Sepultura de barro de los inicios del cementerio actual, 245

Figura 106. a) Baile "Catimbano" de Sequitor en la fiesta de Ayquina (1935). b) Penitentes cargando la cruz en Semana Santa. Supervivencia de las procesiones coloniales (Foto gentileza F. Rivera), 246

Figura 107. El rigor católico impuesto durante el régimen colonial se advierte aún en la procesión del *Corpus Cristi*, 247

Figura 108. Croquis de fachada y medio arco del zaguán interior. (Gentileza Arq. J. Guerra). Casa colonial (siglo XVIII), 250

Figura 109. Atacameños en labores de "carrilanos", Chuquicamata (1928). (Foto gentileza familia de Teófilo Flores), 254

Figura 110. Atacameño perforando en la mina de Chuquicamata (1940). (Archivo G. Le Paige), 254

Figura 111. Minga de maíz en Conde Duque (1959). (Archivo G. Le Paige), 258

Figura 112. Equipo de Jool-ball de Río Grande (1936). (Foto gentileza familia de Félix Selti), 258

Figura 113. a) Entrada a una finca. b) Sandías de Quito, 262

Figura 114. El cebollar y maizal de don Aníbal (Quito), 263.



Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo "R.P. Gustavo Le Paige" S.J., dependiente de la Universidad Católica del Norte (San Pedro de Atacama).

AGRADECIMIENTOS

El autor agradece a los etnohistoriadores Jorge Hidalgo, José Luis Martínez y Cecilia Sanhueza por sus investigaciones que han iluminado diversos aspectos coloniales y recientes de la etnia atacameña, incluyendo a tantos arqueólogos que desde la obra del R.P. Gustavo Le Paige hasta hoy se han preocupado sistemáticamente por reconstituir sus historias más antiguas. A los estudios antropológicos, socioculturales y etnográficos de reciente data que ahora se incorporan en la recuperación de tantas memorias olvidadas. Un especial agradecimiento a los aportes de la Universidad Católica del Norte, junto a los proyectos FONDECYT 1017, 0844, 1020316 y por supuesto a la Editorial Universitaria por considerar oportuna la presente edición. Por otra parte, un reconocimiento puntual a la comunidad étnica de Peine que nos ha enseñado, por más de 30 años, a valorar juntos el patrimonio cultural del pasado y presente de ese ámbito atacameño.

Anexo

Bibliografía general sobre temas históricos, arqueológicos, antropológicos, etnográficos y culturales de la cuenca del Salar de Atacama.

Paola Gutiérrez F.¹

Bibliotecóloga del Instituto de Investigaciones
Arqueológicas y Museo
Universidad Católica del Norte
San Pedro de Atacama

- AARONS, J. & VITA, C. (1960). *The useless land: a winter in the Atacama Desert*. London: R. Hale.
- ADÁN, L., URIBE, M., ALLIENDE, P. & HERMOSILLA, N. (1994). *Entre el Loa y San Pedro: nuevas investigaciones arqueológicas en la localidad de Caspana (Provincia El Loa, II Región, Chile)*. Ponencia presentada en el 13° Congreso Nacional de Arqueología Chilena. Antofagasta, Chile: Universidad de Antofagasta. Instituto de Investigaciones Antropológicas.
- AGUATO, E. & CASTRO, V. (2005). *Arte rupestre de Likan este y Pampa Vizcachilla: reocupación y resemantización: una aproximación etnoarqueológica*. Ponencia presentada en el 16° Congreso Nacional de Arqueología Chilena. Concepción, Chile: Museo de Historia Natural de Concepción, DIBAM, Sociedad Chilena de Arqueología.
- AGÜERO, C. (2000). Fragmentos para armar un territorio: la textilería en Atacama durante los períodos intermedio tardío y tardío. *Estudios Atacameños*, (20), 7-28.
- AGÜERO, C. & URIBE, M. (2001). Alfarería, textiles y la integración del Norte Grande de Chile a Tiwanaku. *Boletín de Antropología* [Lima: PUCP], 5, 397-426.
- AGÜERO, C. (2003). Componente Tiwanaku vs. Componente local: El Período Medio en los oasis de San Pedro de Atacama. En *Tejiendo sueños en el Cono Sur. Textiles Andinos: pasado, presente y futuro*, V. Solanilla (Ed.), pp. 180-198. Grup dí Estudis Precolombins, Universitat Autònoma de Barcelona, Barcelona, España.
- AGÜERO, C. (2005a). Aproximación al asentamiento humano temprano en los oasis de San Pedro de Atacama. *Estudios Atacameños*, (30), 29-60.
- AGÜERO, C., URIBE, M. & CARRASCO, C. (2005b). *Sobre el registro y la cronología del período formativo en los oasis de San Pedro de Atacama (1000 a.C. - 400 d.C.)*. Ponencia presentada en el 16° Congreso Nacional de Arqueología Chilena. Concepción, Chile: Museo de Historia Natural de Concepción, DIBAM, Sociedad Chilena de Arqueología.
- AGÜERO, C. (2007). Los textiles arqueológicos de la región atacameña (1000 a.C - 1450 d.C). En *Hilando memorias, textiles arqueológicos y tradicionales de Chile*, S. Hoces de la Guardia (Ed). Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, Chile.
- ALAMOS, L. (1958). *Estudios de los ríos San Pedro y Vilama*. Santiago: CORFO, Recursos Hidráulicos.
- ALBECK, M. E. (1997). Casabindo: las sociedades de período tardío y su vinculación con las áreas aledañas. *Estudios Atacameños*, (14), 211-222.
- ALDUNATE, C. & CORNEJO, L. (Ed.). (2001). *Tras la huella del Inka en Chile*. Santiago: Museo Chileno de Arte Precolombino.
- ALDUNATE, C., CASTRO, V. & VARELA, V. (2003). Oralidad y arqueología: una línea de trabajo en las tierras altas de la Región de Antofagasta. *Chungará, Revista de Antropología Chilena*, 35 (2), 305-314.
- ALDUNATE, C., CASTRO, V. & VARELA, V. (2005). *San Bartolo: Retazos de una historia de la minería en Atacama*. Ponencia presentada en el 16° Congreso Nacional de Arqueología Chilena. Concepción, Chile: Museo de Historia Natural de Concepción, DIBAM, Sociedad Chilena de Arqueología.
- ALONSO, H., NÚÑEZ, L. & POURRUT, P. (2003). *Les oasis du Desert d'Atacama, nord Chili: Gestion de l'eau et defi du temps*. París: Ed. LiHarmattan.

¹ El protocolo de presentación de referencias utilizado para el presente trabajo, corresponde al Estilo APA, 5a. ed., 2001.

- AMBROSETTI, J. (1905). Apuntes sobre la arqueología de la puna de Atacama. *Revista del Museo de la Plata*, 12 (1), 3-30.
- AMBROSETTI, J. (1919). *Observaciones sobre arqueología de la puna de Atacama*. Ponencia presentada en la 1° Reunión de Ciencias Naturales. Buenos Aires, Argentina: Sociedad Argentina de Ciencias Naturales.
- ANTA, J. (1997a). El contacto con el otro. Antropología y sincretismo en Atacama (Chile). [versión electrónica] *Gaceta de Antropología*, 13.
- ANTA, J. (1997b). La fiesta de la Candelaria: tradición y modernidad en Atacama. *Quaderns de l'Institut Català d'Antropologia*, 10: 71-92.
- ANTA, J. (1998). *Atacama fin de siglo: tres historias de vida y una bibliografía*. Jaén: Universidad de Jaén.
- ARANDA, X. (1964). *San Pedro de Atacama: elementos diagnósticos para un plan de desarrollo local*. Santiago: [s.n.].
- ARANDA, X., BARAHONA, R. & SAA, R. (1968). *San Pedro de Atacama: elementos diagnósticos para un plan de desarrollo local*. Santiago: CORFO: Universidad de Chile. Instituto de Geografía.
- ASCHERO, C. (2000). Figuras humanas, camélidos y espacios en la interacción circumpuneña. En M. Podestá & M. de Hoyos (Eds.), *Arte en las rocas. Arte rupestre, menhires y piedras de colores en Argentina* (pp.107-123). Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología/Asociación Amigos del INAPL.
- ASPILLAGA, E. (1984). *Estimación de la capacidad torácica a través de los huesos*. Ponencia presentada en el 1° Simposio de Arqueología Atacameña. San Pedro de Atacama, Chile: Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo R.P. Gustavo Le Paige.
- ATALIVA, V. (2000). Nota sobre dualidad simbólica en Aguada: un caso de estudio: la túnica hallada en San Pedro de Atacama, Chile. *Estudios Atacameños*, (20), 67-75.
- AYALA, P. (2001). Las sociedades formativas del altiplano circumtítico y meridional y su relación con el Norte Grande de Chile. *Estudios Atacameños*, (21), 7-39.
- AYALA, P. (2005). *Escuela andina: programa de educación y capacitación patrimonial*. Ponencia presentada en el 16° Congreso Nacional de Arqueología Chilena. Concepción, Chile: Museo de Historia Natural de Concepción, DIBAM, Sociedad Chilena de Arqueología.
- BAHAMÓNDEZ, M. & MUÑOZ, E. (1997). Sitio arqueológico Tulo 1: consideraciones para su conservación y caracterización de materiales. *Conserva*, (1): 49-60.
- Barfield, L. (1965). Recent discoveries in the Atacama Desert and the bolivian altiplano. *American Antiquity*, 27 (1), 93-100.
- BARFIELD, L. (1969). A primitive stone industry from tilomonte. Prov. Antofagasta. *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural*, (30), 81-87.
- BARÓN, A. M. (1981). Expedición arqueológica al volcán Licancabur. *Revista CODECI*, 1 (4), 31-40.
- BARÓN, A. M. (1982). *Rol social de los metales en San Pedro de Atacama*. Ponencia presentada en el 6° Congreso Nacional de Arqueología. Jujuy, Argentina: Dirección Provincial de Cultura.
- BARÓN, A. M. (1984). *Cráneos atacameños y su asociación con tabletas para alucinógenos*. Ponencia presentada en el 44° Congreso Internacional de Americanistas. Antofagasta, Chile: Universidad del Norte.
- BARÓN, A. M. (1986). Tulo: posibilidades y limitaciones de un ecosistema. *Chungará*, (16-17), 149-158.
- BARÓN, A. M. (1991). *Estratigrafía, funcionalidad y cronología del sitio Tulo aldea*. Ponencia presentada en el 12° Congreso Nacional de Arqueología Chilena. Valdivia, Chile: Universidad Austral de Chile.
- BARRIENTOS, F. (2005). *Pueblos originarios de Chile*. Universidad Academia de Humanismo Cristiano.
- BARROS, A. (1984). *Reflexiones acerca de patrimonio nacional y turismo*. Ponencia presentada en el 1° Simposio de Arqueología Atacameña. San Pedro de Atacama, Chile: Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo R.P. Gustavo Le Paige.
- BARROS, D. (1956). Las exploraciones del Desierto de Atacama dirigidas por el Ingeniero don Francisco J. San Román. *Revista Chilena de Historia y Geografía*, (124), 309-324.
- BARROS, J. (1895). *Aventuras de un chileno en la Argentina y en el Desierto de Atacama*. Santiago: Impr. El Correo.
- BARROS, VAN HOVEL TOT, A. (1997). Pachamama y desarrollo: paisajes conflictivos en el desierto de Atacama. *Estudios Atacameños*, (13), 75-94.
- BARROS VAN HOVEL TOT, A. (2000). *Autonomía y territorio*. Ponencia presentada en el 12° Congreso Internacional Derecho Consuetudinario y Pluralismo Legal: desafíos en el tercer milenio. Arica, Chile: Unión Internacional de Ciencias Antropológicas y Etnológicas - Comisión de Derecho Consuetudinario y Pluralismo Legal.
- BARROS, VAN HOVEL TOT, A. (2004). Crónica de una etnia anunciada: nuevas perspectivas de investigación a 10 años de vigencia de la ley indígena en San Pedro de Atacama. *Estudios atacameños*, (27), 139-168.
- BARTHEL, T. (1971). Frühlingfest der Atacameños. *Zeitschrift für Ethnologie*, 34 (1), 24-45.
- BARTHEL, T. (1986). El agua y el festival de primavera entre los atacameños. *Allpanchis*, 18 (28), 147-184.

- BEJARANO, I., DIPIERRE, J., JUNQUEIRA, C. & ALFARO, E. (1997). Causas de muerte en la Puna de Atacama (período 1890-1950): distribución por sexo y edades. *Revista Española de Antropología Física*, 18, 247-259.
- BENAVENTE, M., MASSONE, C. & THOMAS, C. (1986). Larrache, evidencias atípicas. ¿Tihuanaco en San Pedro de Atacama? *Chungará*, (16-17), 67-73.
- BENGOA, J. (Comp.). (2004). *La memoria olvidada: historia de los pueblos indígenas de Chile*. [Santiago]: Publicaciones del Bicentenario.
- BENNET, W. (1946). The atacameño. En J. Steward (Ed.), *Handbook of South American Indians* (pp. 599-618). Washington: Government printing office.
- BEORCHIA, A. (1980). Volcán Licancabur. *Revista del CIADAM*, (4), 31-33.
- BERENGUER, J. (1978). La problemática Tiwanaku en Chile: visión retrospectiva. *Revista Chilena de Antropología*, (1): 17-40.
- BERENGUER, J., CASTRO, V. & SILVA, O. (1980). Reflexiones acerca de la presencia de Tiwanaku en el norte de Chile. *Estudios Arqueológicos*, (5): 81-93.
- BERENGUER, J. (1984a). Hallazgos La Aguada en San Pedro de Atacama, Norte de Chile. *Gaceta Arqueológica Andina*, (12), 12-14.
- BERENGUER, J. (1984b). San Pedro de Atacama: espacio, tiempo y cultura. En *Tesoros de San Pedro de Atacama* [folleto] (pp. 11-[12]), Santiago, Chile: Museo Chileno de Arte Precolombino.
- BERENGUER, J. (1985). Evidencias de inhalación de alucinógenos en esculturas Tiwanaku. *Chungará*, (14), 61-69.
- BERENGUER, J. (1986a). Relaciones iconográficas de larga distancia en los Andes: nuevos ejemplos para un viejo problema. *Boletín del MUCHAP*, (1), 55-78.
- BERENGUER, J., DEZA, A., ROMÁN, A. & LLAGOSTERA, A. (1986b). La secuencia de Myriam Tarragó para San Pedro de Atacama: un test por termoluminiscencia. *Revista Chilena de Antropología*, 5, 17-54.
- BERENGUER, J. (1987). Consumo nasal de alucinógenos en Tiwanaku: una aproximación iconográfica. *Boletín del MUCHAP*, (2), 33-53.
- BERENGUER, J., ROMÁN, A., DEZA, A. & LLAGOSTERA, A. (1988b). Testing a cultural sequence for the Atacama desert. *Current Anthropology*, 29 (2), 341-346.
- BERENGUER, J. & DAUELSBERG, P. (1989). El norte grande en la órbita de Tiwanaku. En *Culturas de Chile. Prehistoria* (pp. 107-128). Santiago, Chile: Andrés Bello.
- BERENGUER, J. (1995). Arte rupestre de Taira dentro de los problemas de la arqueología atacameña. *Chungará*, 27 (1), 7-43.
- BERENGUER, J. (1998). La iconografía del poder en Tiwanaku y su rol en la integración de zonas de frontera. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino*, (7), 19-37.
- BERENGUER, J. (2004). *Caravanas, interacción y cambio en el desierto de Atacama*. Santiago, Chile: Sirawi, Museo Chileno de Arte Precolombino.
- BERENGUER, J. (2005). Five thousand years of rock art in the Atacama Desert: long-term environmental constraints and symbolic devices. En M. Smith y P. Hesse (Eds.) *Archaeology and environmental history of the southern desert* (pp. 231-248). Australia: National Museum of Australia Press.
- BERTRAND, A. (1885a). *Memorias sobre las cordilleras del Desierto de Atacama i rejiones limítrofes: presentada al señor Ministro del Interior*. Santiago, Chile: Impr. Nacional.
- BERTRAND, A. (1885?b). *Memorias sobre la exploración a las cordilleras del desierto de Atacama: efectuado en los meses de enero a abril de 1884*. [Santiago, Chile]: [s.n.].
- BITTMANN VON HOLLEUFER, B., LE PAIGE, G. & NÚÑEZ, L. (1978). *Cultura Atacameña*. Santiago: Ministerio de Educación, Depto. de Extensión Cultural.
- BITTMANN VON HOLLEUFER, B. (1984). *Introducción: síntesis de la historia de los estudios atacameños*. Ponencia presentada en el 44° Congreso Internacional de Americanistas. Antofagasta, Chile: Universidad del Norte.
- BITTMANN VON HOLLEUFER, B. (1988). Recursos y supervivencia en el Desierto de Atacama. En S. Masuda (Ed.), *Recursos naturales andinos* (pp. 153-208). Tokio: Universidad de Tokio.
- BOMAN, E. (1991). *Antigüedades de la región andina de la República Argentina y del Desierto de Atacama*. Jujuy: Universidad Nacional de Jujuy.
- BOWMAN, D. (1980). Tiwanaku expansion and altiplano economic patterns. *Estudios Arqueológicos*, (5), 107-120.
- BOWMAN, I. (1924). Desert trails of Atacama. *American Geographical Society*, (5). [N° especial].
- BOWMAN, I. (1941). Los senderos del Desierto de Atacama. *Revista Chilena de Historia y Geografía*, (99), 159-272.
- BRAVO, A. (2003). Arqueología aplicada al desarrollo de comunidades atacameñas. *Chungará*, 35 (2), 287-293.
- BRAVO B., L. (1991). *Las evidencias puneñas en el oasis de San Pedro*. Ponencia presentada en el 11° Congreso Nacional de Arqueología Chilena. Santiago, Chile: Museo Nacional de Historia Natural.
- BRAVO V., L. (1986). Solcor 3: un aporte al conocimiento de la cultura San Pedro, período 500 al 900 d.C. *Chungará*, (16-17): 323-332.

- BRESON, A. (1875). Le Desert d'Atacama et Caracoles (Amérique du Sud) 1870-74. París, Francia: Ed. Du Tour du Monde.
- BROWMAN, D. (1984a). *Prehispanic aymara expansion: the southern altiplano and San Pedro de Atacama*. Ponencia presentada en el 1° Simposio de Arqueología Atacameña. San Pedro de Atacama, Chile: Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo R.P. Gustavo Le Paige.
- BROWMAN, D. (1984b). Tiwanaku: development of interzonal trade and economic expansion in the altiplano. En D. Browman (Ed.), *Social and economic organization in the prehispanic Andes* (pp. 143-160). Oxford, Estados Unidos: BAR International Series.
- BROWMAN, D. (1996). Pragmatic polities: boliviano-chileno central altiplanic connections. *Diálogo Andino*, (14-15), 291-304.
- BRÜGGEN, J. (1947). *Geología y morfología de la Puna de Atacama*. Santiago, Chile: Impr. Universitaria.
- BUCHWALD, O. (1920). Rastro de los atacameños. *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, 4 (10), 158-164.
- BUSTOS, A. (1999). *Etnografía atacameña*. Antofagasta: Universidad de Antofagasta. Instituto de Investigaciones Antropológicas.
- BUSTOS, A. & LEHNERT, R. (1999). *Arte rupestre atacameño*. Antofagasta: Universidad de Antofagasta, Instituto de Investigaciones Antropológicas.
- BUSTOS, A. & LEHNERT, R. (2000a). *Historia del pueblo Atacameño*. Antofagasta: Fundación Minera Escondida.
- BUSTOS, A. & LEHNERT, R. (2000b). *History of the atacamenian people*. Antofagasta: Fundación Minera Escondida.
- BUSTOS, A. (2000c). *Patrimonio cultural atacameño y turismo*. Antofagasta: Universidad de Antofagasta, Instituto de Investigaciones Antropológicas.
- CAJÍAS, F. (1977). *La Provincia de Atacama (1825-1842)*. La Paz, Bolivia: Instituto Boliviano de Cultura.
- CAMACHO, J. (1943). Urus, changos y atacamas. *Boletín de la Sociedad Geográfica de La Paz*, 54 (66), 9-35.
- CAÑETE Y DOMÍNGUEZ, P. (1974) [1791]. Del Departamento de Atacama. *Norte Grande*, 1 (2), 243-251.
- CAPDEVILLE, A. (1923). Un cementerio chicha-atacameño en Punta Grande, Taltal. *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, 18, 1-16.
- CÁRDENAS, U. (1998). Entre el tolar y el pajonal: percepción ambiental y uso de plantas en la comunidad atacameña de Talabre, II región, Chile. *Estudios Atacameños*, (16), 251-282.
- CARRASCO, C. (2003). Los artefactos de molienda durante los períodos intermedio tardío y tardío en San Pedro de Atacama y Loa superior. *Estudios Atacameños*, (25), 35-53.
- CARTAJENA, I. & NÚÑEZ, L. (1999a). Purilacti: felkunst und karawanenverkehr in Atacama becken (north Chile). *Das Altertum*, 45, 59-72.
- CARTAJENA, I. BENAVENTE, M., GECELE, P., CONCHA, I. & BENAVENTE, J. M. (1999b). The transport function in camelids: an zooarchaeological approach. En M. Gerken y C. Reinieri (Eds.), *Progress in south American camelids research* (pp. 159-165), Göttingen, Alemania: EAAP.
- CARTAJENA, I., NÚÑEZ, L. & GROSJEAN, M. (2005). *Las arqueofaunas del arcaico temprano en las vertientes occidentales de la Puna de Atacama*. Ponencia presentada en el 16° Congreso Nacional de Arqueología Chilena. Concepción, Chile: Museo de Historia Natural de Concepción, DIBAM, Sociedad Chilena de Arqueología.
- CASASSAS, J. (1967). El libro de varias hojas de la antigua parroquia de Chiu-Chiu, 1611-1698. *Revista de la Universidad del Norte*, 2, 27-30.
- CASASSAS, J. (1974a). *Iglesias y capillas en la región atacameña: administraciones española y boliviana*. Antofagasta: Universidad del Norte.
- CASASSAS, J. (1974b). Noticias demográficas sobre la región atacameña durante el siglo XVIII. *Estudios Atacameños*, (2), 75-93.
- CASASSAS, J. (1974c). *La región atacameña en el siglo XVII: datos históricos socioeconómicos sobre una comarca de América meridional*. Antofagasta, Chile: Universidad del Norte.
- CASASSAS, J. (1974d). Relación de los sacerdotes que ejercieron ministerio en la región atacameña durante el siglo XVIII y algunos documentos relativos a su misión. *Norte Grande*, 1 (1), 45-54.
- CASES, B. (2003). Continuidad y cambio en las bolsas. *Boletín Sociedad Chilena de Arqueología*, (35-36), 28-46.
- CASTILLO, C. (1984). *Cementerio del complejo Las Animas en Coquimbo: ejemplo de relaciones con San Pedro de Atacama*. Ponencia presentada en el 1° Simposio de Arqueología Atacameña. San Pedro de Atacama, Chile: Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo R.P. Gustavo Le Paige.
- CASTRO, M. (1996). El manejo del agua en regiones aymaras y atacameñas en Chile: organización, conflictos y legislación. En X. Albó, M. I. Arratia, J. Hidalgo, L. Núñez, A. Llagostera, I. Remy & B. Revesz (Comp.), *La integración surandina cinco siglos después* (pp. 431-446). Cusco: Centro de Estudios andinos Bartolomé de las Casas.
- CASTRO, M. (2001a). El agua en el derecho consuetudinario de aymaras y atacameños del norte de Chile. *Revista de Derecho Administrativo Económico de Recursos Naturales*, 3 (2), 345-353.
- CASTRO, M. (2001b). Normas locales y competencias sobre el agua en las comunidades aymaras y ata-

- cameños del norte de Chile. En R. Boelens & P. Hoogendam (Eds.), *Derechos de agua y acción colectiva* (pp. 240-260). Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- CASTRO, N. & HIDALGO, J. (1999). Brujos y brujerías en la Atacama colonial: inorganicidad de una representación ideológica y disseminación de una matriz cultural. *Estudios Atacameños*, (17), 91-124.
- CASTRO, N., HIDALGO, J. & BRIONES, V. (2002). Fiestas, borracheras y rebeliones: introducción y transcripción del expediente de averiguación del tumulto acaecido en Ingaguasi, 1777. *Estudios Atacameños*, (23), 77-109.
- CASTRO, V. (1991). Un proceso de extirpación de idolatrías en Atacama, siglo XVII. *Historia y cultura*, 20, 131-150.
- CASTRO, V. (1993). Un proceso de extirpación de idolatrías en Atacama. En G. Ramos, H. Urbano (Comp.), *Catolicismo y extirpación de idolatrías. Siglos XVI-XVIII: Charcas, Chile, México, Perú* (pp. 347-366). Cusco, Perú: Centro Bartolomé de las Casas.
- CASTRO, V. (1994). *Algunas reflexiones sobre los períodos tardíos en el Norte Grande de Chile*. Ponencia presentada en el 13° Congreso Nacional de Arqueología Chilena. Antofagasta, Chile: Universidad de Antofagasta. Instituto de Investigaciones Antropológicas.
- CASTRO, V. & VARELA, V. (Ed.) (1994). *Ceremonias de tierra y agua: ritos milenarios andinos*. Santiago, Chile: FONDART, Ministerio de Educación, Fundación Andes.
- CASTRO, V. & MARTÍNEZ, J. L. (1996). Poblaciones indígenas de Atacama. En J. Hidalgo, V. Schiapacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate y P. Mege (Eds.), *Sociedades indígenas contemporáneas y su ideología* (pp. 69-109). Santiago, Chile: Andrés Bello.
- CASTRO, V., ALDUNATE, C. & VARELA, V. (2004a). Ocupación humana del paisaje desértico de Atacama, Región de Antofagasta. *ARQ*, 57, 14-17
- CASTRO, V., ALDUNATE, C., VARELA, V. & ARANEDA, E. (2004b). Principios orientadores y metodología para el estudio del Qhapaqñan en Atacama: desde el Portezuelo del Inka hasta Río Grande. *Chungará*, 26 (2), 463-481.
- CHAMBERLAIN, A. (1911). On the puelchean and tsonekan (tehuelchean), the atacameñan (atacama) and chonoan, and the charruan linguistic stocks of south America. *American Anthropologist*, 13 (3), 458-471.
- CHAMORRO, A. & TOCORNAL, C. (2005). Prácticas de salud en la comunidad del Salar de Atacama: hacia una etnografía médica contemporánea. *Estudios Atacameños*, (30), 117-134.
- COCILOVO, J., QUEVEDO, S. & ROTHHAMMER, F. (1984). *Relaciones y afinidades biológicas de la población prehistórica de San Pedro de Atacama*. Ponencia presentada en el 1° Simposio de Arqueología Atacameña. San Pedro de Atacama, Chile: Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo R.P. Gustavo Le Paige.
- COCILOVO, J. & ZAVATTIERI, M. (1994a). Biología del grupo prehistórico de Coyo Oriental (San Pedro de Atacama, norte de Chile) I: Dimorfismo sexual y variación etaria. *Estudios Atacameños*, (11), 121-134.
- COCILOVO, J. & ZAVATTIERI, M. (1994b). Biología del grupo prehistórico de Coyo Oriental (San Pedro de Atacama, norte de Chile) II: Deformación craneana artificial. *Estudios Atacameños*, (11), 135-143.
- COCILOVO, J., QUEVEDO, S. & VARELA, H. (1995). Deformación artificial del cráneo en la población prehistórica de San Pedro de Atacama, Chile. *Chungará*, 27 (2): 117-124.
- COCILOVO, J. (1999). Variación morfométrica, estructura canónica y bioensayos de parentesco. *Chungará*, 30 (1), 75-85.
- COCILOVO, J. (2002). La variación cronológica en la población prehistórica de San Pedro de Atacama, Chile. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, (27): 131-143.
- CONCHALÍ, S. (1894, 25 de octubre). Los habitantes del Desierto de Atacama. *Diario El Mercurio*.
- CONKLIN, W. & MALLON-CONKLIN, B. (1997). Textil aguada en contexto atacameño. *Cuadernos del INAPL*, (17), 187-203.
- CONTADOR, A. (1984). *Reflexiones en torno a la defensa del patrimonio histórico de la II región*. Ponencia presentada en el 1° Simposio de Arqueología Atacameña. San Pedro de Atacama, Chile: Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo R.P. Gustavo Le Paige.
- CONTRERAS, E. (1994). Cultura y naturaleza en la cuenca del Salar de Atacama: reflexión preliminar. *Estudios Atacameños*, (11), 179-184.
- CONTRERAS, E. (2005). *Pueblos transfronterizos en la Puna de Atacama: conectividad de redes en el país más allá de las nubes*. Tesis no publicada, Universidad de Chile, Santiago, Chile.
- CORNEJO, L. E. (1994). San Pedro de Atacama: demasiado mundo terrenal (DMT). *Revista del MUCAP*, (1), 14-24.
- CORREA, M. (1980). Homage to Dr. Gustavo Le Paige, S.J. (1903-1980). *Report on Chilean University Life*, (6), 12.
- CORTELEZZI, C. (1976). Informe sobre el estudio petrográfico de muestras cerámicas de San Pedro de Atacama. *Estudios Atacameños*, (4), 65-73.

- COSTA, M. A. (1988). Reconstitución física y cultural de la población tardía del cementerio de Quitur-6, San Pedro de Atacama. *Estudios Atacameños*, (9), 99-126.
- COSTA, M. A., NEVES, W. (1990). Osteobiography and late agriculture social organization at San Pedro de Atacama, Chile. *American Journal of Physical Anthropology*, 81, 208-209.
- COSTA, M. A. & LLAGOSTERA, A. (1992). *Momias y prehistoria de San Pedro de Atacama*. Ponencia presentada en el 1° Congreso Internacional de Estudios sobre momia. Tenerife, España: Museo Arqueológico y Etnográfico.
- COSTA, M. A. & LLAGOSTERA, A. (1994a). Coyo-3: momentos finales del período medio en San Pedro de Atacama. *Estudios Atacameños*, (11), 73-107.
- COSTA, M. A., LLAGOSTERA, A., ROTHAMMER, F. & SILVA, C. (1994b). *Microdiferenciación craneométrica entre poblaciones agroalfareras de San Pedro de Atacama, Chile*. Ponencia presentada en el 13° Congreso Nacional de Arqueología Chilena. Antofagasta, Chile: Universidad de Antofagasta. Instituto de Investigaciones Antropológicas.
- COSTA, M. A., NEVES, W., BARROS, A. M. & BARTOLOMUCI, R. (1999). Trauma y estrés en poblaciones prehistóricas de San Pedro de Atacama, Norte de Chile. *Chungará*, 30 (1), 65-74.
- COSTA, M. A., MARTÍNEZ, M., DIPIERRI, J., BEJARANO, I. & ALFARO, E. (2000). Evolución de la consanguinidad y parentesco por isonimia en la Puna de Atacama. *Revista Española de Antropología Física*, 21, 21-28.
- COSTA, M. A., NEVES, W. & HUBBE, M. (2004). Influencia Tiwanaku en la calidad de vida de la población prehistórica de SPA. *Estudios Atacameños* (27), 103-116.
- CRAIG, A. K. (1984). *On the persistence of error in paleoenvironmental studies of western South America*. Ponencia presentada en el 44° Congreso Internacional de Americanistas. Antofagasta, Chile: Universidad del Norte.
- CREQUI, G. DE. (1906). *Fouilles dans la nécropole préhispanique de Calama: les anciens atacamas*. Ponencia presentada en el 14° Congreso Internacional de Americanistas. Leipzig, Alemania: [s.n.].
- CUADRA, M. (1999). Los derechos de agua de propiedad ancestral de las comunidades atacameñas del norte de Chile. *Revista de Derecho Administrativo Económico*, 2 (1), 85-94.
- CUADRA, M. (2000). Teoría y práctica de los derechos ancestrales de agua de las comunidades atacameñas. *Estudios Atacameños*, (19), 93-112.
- DE SOUSA, P., SINCLAIR, C., MOLINA, R. & GALLARDO, F. (2002). Una nota sobre obsidianas de una fuente secundaria en la quebrada de Pelun (localidad de Machuca, San Pedro de Atacama). *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología*, 33-34, 81-83.
- DIEZ, T. (1969). Vida y momias del Padre Le Paige. *Revista Eva*, (1274), 76-79.
- DIGMAN, R. (1965). *Cuadrángulo de San Pedro de Atacama: provincia de Antofagasta*. Chile: Instituto de Investigaciones Geológicas.
- DILLEHAY T. & NÚÑEZ, L. (1988). Camelids, caravans and complex societies in the south central Andes. En N. J. Saunders y O. de Montmollin *Recent studies in precolombian archaeology* (pp. 603-634). Oxford, Estados Unidos: BAR Internacional.
- DRANSART, P. (1991). Llamas, herders and the exploitation of raw materials in the Atacama. *World Archaeology*, 22 (3), 304-319.
- DRANSART, P. (1999). Domesticación de los camélidos en los Andes centro-sur: una reconsideración. *Relaciones Sociedad Argentina de Antropología*, 24, 125-138.
- ECHVERRÍA Y REYES, A. (1890). *Noticias sobre la lengua atacameña*. Santiago: Impr. Nacional.
- ECHVERRÍA Y REYES, A. (1910). *Noticias sobre la extinguida lengua cunza*. Ponencia presentada en el 17° Congreso Internacional de Americanistas. Buenos Aires, Argentina.
- ECHVERRÍA Y REYES, A. (1914). La agricultura en Antofagasta. *Revista Chilena de Historia y Geografía*, 14, 96-101.
- ECHVERRÍA Y REYES, A. (1967). Lengua atacameña. *Ancora. Revista de Cultura Universitaria*, (3), 89-100.
- ESCALANTE, M. (1999). La mesa de todos santos en San Pedro de Atacama, Chile. En J. van Kessel (Ed.), *Los vivos y los muertos: duelo y ritual mortuario en los Andes* (pp. 39-43). Iquique, Chile: IECTA.
- ESCALANTE, M. (2001). La mesa de todos santos en San Pedro de Atacama, Chile. *Chungará*, 33 (2), 245-248.
- ESPINOSA, O. (1958). *La postguerra del Pacífico y la Puna de Atacama: (1884-1899)*. Santiago, Chile: Andrés Bello.
- ETCHEVERRY, R., REGONESY, C., ONKN, V., URRRA, R. & DURÁN, N. (1970). Grupos sanguíneos A.B.O. en las momias de los indígenas atacameños. *Revista Médica de Chile*, 98 (5), 277-282.
- FERNÁNDEZ, J. (1978). Chichas, los lipes y un posible enclave de la cultura de San Pedro de Atacama en la zona limítrofe argentino-boliviana. *Estudios Atacameños*, (6), 19-35.
- FRENGUELLI, J. (1934). Diatomeas del trípoli de San Pedro de Atacama. *Revista Chilena de Historia Natural: pura y aplicada*, 38, 159-163.
- FUENTES, E., NÚÑEZ, L., SANTORO, C. & LAMPEREIN, C. (1991). Salar de Punta Negra: desafío, vida, gentes. [Santiago]: Minera escondida.

- GARCÉS, H. (1990). Antecedentes antropológico-educacionales para una adecuada orientación educacional en las comunidades kunzas o atacameñas. *Boletín de Educación*, 21 (1-2), 13-26.
- GARCÉS, H. (1993). Visión histórica de la educación en las comunidades atacameñas o kunzas de la II región de Chile. *Boletín de Educación*, 24 (1-2), 15-22.
- GEYH M., GROSJEAN M., NÚÑEZ, L. & SCHOTTERER, U. (1998). Der 14C-reservoirereffekt und die chronologie der spätglazialen frühholozänen humiden phase in der Atacamawüste, Nord Chile. *Terra Nova*, 98 (5), 183.
- GEYH M., GROSJEAN M., NÚÑEZ, L. & SCHOTTERER, U. (1999). Radiocarbon reservoir effect and the timing of the late-glacial early Holocene humid phase in the Atacama Desert (Northern Chile). *Quaternary Research*, 52, 143-153.
- GIGOUX, E. (1927). Notas, observaciones y recuerdos de los indígenas de Atacama. *Revista Universitaria*, 12 (8), 1070-1091.
- GÓMEZ, D. (1976). Narraciones tradicionales de Socaire. *Cuadernos de Filología*, (5), 47-68.
- GÓMEZ, D. (1979). Siete relatos peineños. *Cuadernos de Filología*, (10), 37-44.
- GÓMEZ, D. (1980). Veinticuatro relatos populares toconceños. *Cuadernos de Filología*, (12), 80-108.
- GÓMEZ, D. (1981-1982a). Leyendas andinas de la segunda región. *Cuadernos de Filología*, (9), 36-91.
- GÓMEZ, D. (1981-1982b). Pueblos andinos de la segunda región y su alimentación tradicional. *Cuadernos de Filología*, (15-16), 49-80.
- GÓMEZ, D. (1982). Narrativa tradicional atacameña: hábitat, cultura, corpus. *Cuadernos de Filología*, (17), 1-110.
- GÓMEZ, D. (Comp.). (1994a) *Así hablan las montañas: (Caurcota Icks Yoconama): leyendas andinas de la segunda región*. Antofagasta: [s.n.].
- GÓMEZ, D. (Comp.). (1994b). *Cuentos de nuestra tierra: (Coricola Kunza Lickana)*. Antofagasta: Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad de Antofagasta.
- GÓMEZ, D. & SIARES, E. (1995a). *Alimentación tradicional atacameña*. Antofagasta: [s.n.].
- GÓMEZ, D., NÚÑEZ, P., SALAZAR, J., BIAGGINI, A., MUÑOZ, E., BUSTOS, A., et. al. (1995b). *La cultura regional y su preservación*. Antofagasta: Universidad de Antofagasta, Instituto de Investigaciones Antropológicas.
- GÓMEZ, D. (1995c). *Cultura y educación atacameñas*. [Antofagasta]: Universidad de Antofagasta, Instituto de Investigaciones Antropológicas.
- GÓMEZ, D., AHUMADA, J. & NECUL, E. (1998). *Medicina tradicional atacameña*. [Antofagasta: s.n.].
- GÓMEZ, D. & BUSTOS, A. (1999). *Educación intercultural atacameña*. Antofagasta, Chile: Universidad de Antofagasta, Instituto de Investigaciones Antropológicas.
- GONZÁLEZ, A. (1963). Tradiciones alfareras del período temprano del noroeste argentino y sus relaciones con las áreas aledañas. Congreso Internacional de Arqueología Chilena de San Pedro de Atacama. Antofagasta, Chile: Universidad del Norte.
- GONZÁLEZ, H. & CONTRERAS, E. (1994). *Diagnóstico micro-regional San Pedro de Atacama*. San Pedro de Atacama, Chile: Instituto de Desarrollo Agropecuario-Corporación Norte Grande.
- GONZÁLEZ, H. & HIDALGO, J. (2001). La República y los indios. De indígenas a ciudadanos. En *Pueblos del desierto: entre el Pacífico y los Andes* (pp. 107-109). Santiago, Chile: Universidad de Tarapacá.
- GONZÁLEZ, J. (2003). Restos de alimentos en sitios tardíos de San Pedro de Atacama. *Boletín Sociedad Chilena de Arqueología*, (35-36), 86-92.
- GONZÁLEZ, J. A. (1988). Emilio Vaisse, párroco en el vicariato apostólico de Antofagasta, 1889-1893: noticias y documentos de sus primeros años en Chile. *Anuario de Historia de la Iglesia en Chile*, 6, 121-140.
- GONZÁLEZ, J. A. (1995-1996). Bente Bittmann (1937-1997) y los estudios etnohistóricos en el Norte Grande de Chile. *Estudios Atacameños*, (12), 11-17.
- GONZÁLEZ, J. A. (2002). *El catolicismo en el Desierto de Atacama: iglesia, sociedad, cultura 1557-1987*. Antofagasta: Universidad Católica del Norte.
- GONZÁLEZ, J. A. (2005). Los pueblos originarios en el marco del desarrollo de sus derechos. *Estudios Atacameños*, (30), 79-90.
- GONZÁLEZ, L. R. (1997). Cuerpos ardientes: interacción surandina y tecnología metalúrgica. *Estudios Atacameños*, (14), 175-188.
- GRAU V., J. (1998). *Voces indígenas de uso común en Chile: glosario etimológico* (2ª ed.). Santiago: Eds. Oikos.
- GREBE, M. E. (1984). *Etnozoología andina: concepciones e interacciones del hombre andino con la fauna altiplánica*. Ponencia presentada en el 1º Simposio de Arqueología Atacameña. San Pedro de Atacama, Chile: Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo R.P. Gustavo Le Paige.
- GREBE, M. & HIDALGO, B. (1988). Simbolismo atacameño: un aporte etnológico a la comprensión de significados culturales. *Revista Chilena de Antropología*, (7), 75-97.
- GREBE, M. (1991). *Simbolismo atacameño: un aporte etnológico a la comprensión de significados culturales*. Ponencia presentada en el 11º Congreso Nacional de Arqueología Chilena. Santiago, Chile: Museo Nacional de Historia Natural.

- GROSJEAN, M. & NÚÑEZ, L. (1994). Lateglacial, early and middle holocene environments, human occupation, and resource use in the Atacama, northern Chile. *Geoarchaeology*, 9 (4), 271-286.
- GROSJEAN, M., MESSERLI, B., AMMANN, C., GEYH, M., GRAF, K., JENNY, B. *et. al.* (1995). Holocene environmental changes in the Atacama altiplano and paleoclimatic implications. *Bulletin de l'Institut français d'études andine*, 24 (3), 585-594.
- GROSJEAN, M., NÚÑEZ, L., CARTAGENA, I. & MESSERLI, B. (1997). Mid-Holocene climate and culture change in the Atacama Desert, Northern Chile. *Quaternary Research*, 48, 239-246.
- GROSJEAN, M., VAN LEEWEN, J., VAN DEER, W., KNAAP, M., GEYH, W., AMANN, W., *et. al.* (2001). A 22.000 C14 year BP sediment and pollen record of climate change from Laguna Miscanti (23° C) Northern Chile. *Global and planetary changes*, 28, 35-51.
- GROSJEAN, M., NÚÑEZ, L. & CARTAJENA, I. (2005). Cultural response to climate change in the Atacama Desert. En M. Smith y P. Hesse (Eds.), *Archaeology and environmental history of the southern desert* (pp. 156-171). Australia: National Museum of Australia Press.
- GUDEMUS, M. (1994). *Relevamiento y estudio del material arqueológico musical*. [San Pedro de Atacama, Chile]: [Museo R. P. G. Le Paige].
- GUERRA, J. (1998). *Apuntes del patrimonio arquitectónico y medio ambiental de San Pedro de Atacama*. Antofagasta: Universidad Católica del Norte.
- GUEVARA, T. (1912). *Sacrificadores prehispánicos en Chile*. Ponencia presentada en el 17° Congreso Internacional de Americanistas. Buenos Aires, Argentina: Coni Hermanos.
- GUNCKEL, H. (1970a). Fitonimia atacameña, especialmente cunza. *Revista Universitaria*, 52, 3-81.
- GUNCKEL, H. (1970b). San Pedro de Atacama: imagen histórica de un pueblo del norte chileno. *Boletín de la Universidad de Chile*, (107): 44-45.
- GUNDERMANN, H. & GONZÁLEZ, H. (1995). Tierra, agua y sociedad atacameña, un escenario cambiante. En P. Pourrut y L. Núñez (Ed.), *Agua, ocupación del espacio y economía campesina en la región atacameña: aspectos dinámicos* (pp. 78-106). Antofagasta, Chile: Universidad Católica del Norte.
- GUNDERMANN, H. (1997). Etnicidad, identidad étnica y ciudadanía en los países andinos y el norte de Chile: los términos de la discusión y algunas hipótesis de investigación. *Estudios Atacameños*, (13), 9-26.
- GUNDERMANN, H. (1998). Pastoralismo andino y transformaciones sociales en el norte de Chile. *Estudios Atacameños*, (16), 293-319.
- GUNDERMANN, H. (2000). Las organizaciones étnicas y el discurso de la identidad en el norte de Chile, 1980-2000. *Estudios Atacameños*, (19), 75-91.
- GUNDERMANN, H. (2002). San Pedro de Atacama: actores, procesos, imaginarios. En B. Guerrero (Ed.), *Retrato hablado de las ciudades chilenas* (pp. 47-62). Santiago, Chile: UNAP, Centro de Investigaciones Barros Arana.
- GUNDERMANN, H. (2004). Inicios de siglo en San Pedro de Atacama: procesos, actores e imaginarios en una localidad andina. *Chungará*, 36 (1), 221-239.
- GUTIÉRREZ, M. (2004). *Encuentro: Patrimonio cultural y arquitectónico en San Pedro de Atacama*. Antofagasta: FONDIR.
- HABER, A. (1997). La casa, el sendero y el mundo: significados culturales de la arqueología, la cultura material y el paisaje en la Puna de Atacama. *Estudios Atacameños*, (14), 373-392.
- HABER, A. (1999). *El oasis en la articulación del espacio circumpuneño*. Ponencia presentada en el 13° Congreso Nacional de Arqueología Argentina. Córdoba, Argentina: AAPRA.
- HANSON, E. (1926). Out-of-the-world villages of Atacama. *Geographical Review*, 16, 365-377.
- HELFRITZ, H. (1952). Antigua cultura atacameña. *Revista Geográfica de Chile Terra Australis*, (7), 38-39.
- HENCKEL, C. (1966a). *Cráneos de San Pedro de Atacama*. Ponencia presentada en el 36° Congreso Internacional de Americanistas. Sevilla, España: Editorial Católica española.
- HENCKEL, C. (1966b). Estudio de cráneos de San Pedro de Atacama y observaciones acerca de la deformación craneana. *Boletín de la Sociedad de Biología de Concepción*, (39), 33-48.
- HERNÁNDEZ, M. & NÚÑEZ, L. (2006). La ruta de los dioses. En A. Cabezas, M. Vásquez, L. Núñez y M. Hernández (Eds.), *Las rutas del capricornio andino: huellas milenarias de Antofagasta, San Pedro de Atacama, Jujuy y Salta* (pp. 55-66). Santiago, Chile: Consejo de Monumentos Nacionales de Chile.
- HESSE, B. (1984). *Archaic exploitation of small mammals and birds in northern Chile*. Ponencia presentada en el 1° Simposio de Arqueología Atacameña. San Pedro de Atacama, Chile: Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo R.P. Gustavo Le Paige.
- HIDALGO, J. (1978). Incidencias de los patrones de poblamiento en el cálculo de la población del Partido de Atacama desde 1752 a 1804: las revistas inéditas de 1787-1792 y 1804. *Estudios Atacameños*, (6), 53-111.
- HIDALGO, J. (1981a). Cultura y etnias proto-históricas: área andina meridional. *Chungará*, 8, 209-259.

- HIDALGO, J. (1981b). Fechas coloniales de fundación de Toconao y urbanización de San Pedro de Atacama. *Chungará*, 8, 255-264.
- HIDALGO, J. (1982). Fases de la rebelión indígena de 1781 en el Corregimiento de Atacama y esquema de la inestabilidad política que la precede, 1749-1781: anexo, dos documentos inéditos contemporáneos. *Chungará*, (9), 192-246.
- HIDALGO, J. (1983). Dos documentos inéditos y un mapa de Cobija: informes del Comisionado Dr. José Agustín de Arze, 1786-1787. *Chungará*, 10, 139-146.
- HIDALGO, J. (1984a). Complementariedad ecológica y tributo en Atacama: 1683-1792. *Estudios Atacameños*, (7), 422-442.
- HIDALGO, J. (1984b). *Descomposición cultural de Atacama en el siglo XVIII: lengua, escuela, fugas y complementariedad ecológica*. Ponencia presentada en el 44° Congreso Internacional de Americanistas. Antofagasta, Chile: Universidad del Norte.
- HIDALGO, J. (1985). Ecological complementarity and tribute in Atacama: 1683-1792. En S. Masuda, I. Shimada y C. Moris, *Andean ecology and civilization* (pp. 161-184). Tokio, Japón: Universidad de Tokio.
- HIDALGO, J. & ARÉVALO, P. (1987). Atacama antes y después de la rebelión de 1781: siete documentos inéditos del Archivo General de la Nación Argentina (A.G.A.). *Chungará* (18): 91-100.
- HIDALGO, J. & MANRÍQUEZ, V. (1992). Mercados y etnicidad: lecturas de la revista de Atacama de 1683. *Estudios Atacameños*, (10), 149-167.
- HIDALGO, J. & CASTRO, N. (1997). Fiscalidad, punición y brujerías: Atacama, 1749-1755. *Estudios Atacameños*, (13), 105-135.
- HIDALGO, J. & CASTRO, N. (1999). Rebelión y carnaval Ingaguasi (San Pedro de Atacama): 1775-1777. *Estudios Atacameños*, (17), 61-90.
- HOCES DE LA GUARDIA, S. & ROJAS, A. M. (2000). Textiles tradicionales de la Puna atacameña. *Estudios Atacameños*, (20), 117-136.
- HOCES DE LA GUARDIA, S. & ROJAS, A. M. (2003). *Textiles atacameños: investigación, registro y diagnóstico de las artesanías textiles del Loa y el Salar de Atacama*. [Antofagasta]: Fundación Minera Escondida.
- HOLDEN, T. (1991). Evidence of prehistoric diet from northern Chile: coprolites, gut contents and flotation samples from the Tulan quebrada. *World Archaeology*, 22 (3), 320-331.
- HOLLINGWORTH, S. & GUEST, J. (1967). Pleistocene glaciation in the Atacama Desert, northern Chile. *Journal of Glaciology*, 6 (47), 749-751.
- HOLZAPFEL, N. (1959). Visión arqueológica de la Provincia de Antofagasta. *Revista Geográfica de Chile Terra Australis*, (17), 89-96.
- HYSLOP, J. (1984). *The Inka road system*. Orlando, Estados Unidos: Academia Press.
- HYSLOP, J. (1991). Observations about research on prehistoric roads in South America. En C. D. Trombold (Ed.) *Ancient road networks and settlement hierarchies in the New World*, (pp. 28-33). Cambridge, Estados Unidos: Cambridge University Press.
- JIMÉNEZ, W., ALONSO, H. & CORTÉS, M. (1992). *Heliopotabilización de agua en San Pedro de Atacama*. Ponencia presentada en el 5° Seminario Nacional de Energía Solar y Eólica. Santiago, Chile: Universidad de Chile.
- KALTWASSER, J. (1963a). Artefactos líticos de Tambillo. *Antropología*, 1 (2), 55-71.
- KALTWASSER, J. (1963b). *Descripción de artefactos líticos de Tambillo: región del Salar de Atacama*. Ponencia presentada en el Congreso Internacional de Arqueología Chilena de San Pedro de Atacama. Antofagasta, Chile: Universidad del Norte.
- KALTWASSER, J. (1964a). Artefactos líticos de Coyo. *Antropología*, 2 (1), 105-113.
- KALTWASSER, J. (1964b). Artefactos líticos de Sólór. *Antropología*, 2 (2), 77-86.
- KLOHN, C. (1973). *Acerca de "capas de kieselgur" y "maxilar humano fósil" en San Pedro de Atacama*. Ponencia presentada en el 6° Congreso de Arqueología Chilena. Santiago, Chile: Universidad de Chile.
- KLOHN, W. (1972). *Hidrografía de las zonas desérticas de Chile*. Santiago: [s.n.]
- KRUSELL, H. (1976). Artesanos y artesanías de los pueblos precordilleranos de la zona circundante al Salar de Atacama: segunda región, Chile. *Estudios Atacameños*, (4), 131-144.
- KUSCH, M. & GORDILLO, I. (1997). Interacción y paisaje social en La Aguada: los espacios del jaguar. *Estudios Atacameños*, (14), 85-93.
- KUZMANIC, I. (1984). *Enterratorio procedente del mineral de El Salvador, III región*. Ponencia presentada en el 1° Simposio de Arqueología Atacameña. San Pedro de Atacama, Chile: Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo R.P. Gustavo Le Paige.
- LAGOS, E., MENDOZA, E., AMPUERO, N. & HERNÁNDEZ, N. (1982). La noche de los abuelos en Santiago de Río Grande. *Chungará*, 9, 247-274.
- LAGOS, E., MENDOZA, E., AMPUERO, N. & HERNÁNDEZ, N. (1988). La limpia de canales y acequias de Santiago de Río Grande. *Chungará*, 21, 47-78.
- LAGOS, E., MENDOZA, E., AMPUERO, N. & HERNÁNDEZ, N. (1995-1996). Aspectos rituales relacionados con el ganado en Santiago de Río Grande (II región, Chile). *Estudios Atacameños*, (12), 115-134.
- LAGOS, G. (1981). *Historia de la frontera con Bolivia*. Santiago, Chile: Zig-Zag.

- LAGOS, R. (2001). *Coplas de carnaval en San Pedro de Atacama*. Antofagasta: Fondo Identidad y Cultura.
- LARRAÍN, H. (1989). Desarrollo entre las comunidades atacameñas del hinterland de Antofagasta: posibles directrices, problemas y experiencias. *Persona y sociedad*, 3 (2), 105-133.
- LARRAÍN, H. (1994). Aportes de Rodolfo Amando Philippi al conocimiento del ethos y cultura de las etnias indígenas del norte de Chile: homenaje al cumplirse los 90 años de su muerte. *Revista de Ciencias Sociales*, (4), 1-12.
- LARRAÍN, H. (1999). Aportes de R. A. Philippi al estudio de la demografía de la etnia atacameña. *Revista de Ciencias Sociales*, (9), 109-138.
- LATCHAM, R. (1912). Cráneos de paredes gruesas. *Revista Chilena de Historia y Geografía*, 2, (7), 346-358.
- LATCHAM, R. (1927a). Alfarería de los antiguos atacameños. *Revista Universitaria*, 12 (5), 560-580.
- LATCHAM, R. (1927b). Alfarería negra de la región atacameña. *Revista Universitaria*, 12 (8), 1060-1076.
- LATCHAM, R. (1927c). Cajitas de madera de los antiguos atacameños. *Revista Universitaria*, 12 (10), 1442-1451.
- LATCHAM, R. (1927d). Influencias de la cultura de Tiahuanaco en la antigua alfarería chilena. *Revista Universitaria*, 12 (3), 220-227.
- LATCHAM, R. (1930). Influencias atacameñas en la antigua alfarería diaguita chilena. *Revista Chilena de Historia Natural*, 34, 346-349.
- LATCHAM, R. (1936a). Atacameño archaeology. *American Anthropologist*, 38 (4), 609-619.
- LATCHAM, R. (1936b). Metalurgia atacameña: objetos de bronce y de cobre. *Boletín del MUNAHIN*, 15, 107-151.
- LATCHAM, R. (1936c). Notas sobre la alfarería atacameña. *Revista Chilena de Historia Natural*, 40, 6-10.
- LATCHAM, R. (1937). Deformación del cráneo en la región de los atacameños y diaguitas. *Anales del Museo Argentino de Ciencias Naturales*, 39 (79), 105-124.
- LATCHAM, R. (1938). *Arqueología de la región atacameña*. Impr. Universidad de Chile.
- LATCHAM, R. (1939). Tejidos atacameños. *Revista Chilena de Historia Natural*, 43, 62-68.
- LATCHAM, R. (1940). Algunos tejidos atacameños. *Revista Chilena de Historia Natural*, 44, 7-11.
- LATCHAM, R. (1942). Antropogeografía prehistórica del norte de Chile. *Boletín del MUNAHIN*, 20, 5-17.
- LATORRE, C., BETANCOURT, J., RYLANDER, K. & QUADE, J. (2002). Vegetation invasions into absolute desert: a 45 k.y. rodent midden record from the Calama-Salar de Atacama basins, Northern Chile (Lat. 22-24°S). *Geological Society of America Bulletin*, 114 (2), 349-366.
- LATORRE, C., BETANCOURT, J., RECH, J., QUADE, J., HOLMGREN, C., PLACZEK, C., et. al. (2005). Late quaternary history of the Atacama Desert. En M. Smith y P. Hesse, *Archaeology and environmental history of the southern desert*. Canberra, Australia: National Museum of Australia Press.
- LE PAIGE, G. (1957). Descubrimientos en San Pedro de Atacama. *Mensaje*, 6 (56), 14-17.
- LE PAIGE, G. (1957-1958). Antiguas culturas atacameñas en la cordillera chilena: época neolítica. *Anales de la Universidad Católica de Valparaíso*, (4-5), 15-143.
- LE PAIGE, G. (1958). Antiguas culturas atacameñas en la cordillera chilena: época paleolítica. *Revista Universitaria*, 43 (22), 139-165.
- LE PAIGE, G. (1959-1960). Antiguas culturas atacameñas en la cordillera chilena: época paleolítica. *Revista Universitaria*, 44-45 (23), 191-206.
- LE PAIGE, G. (1961a). Cultura de Tiahuanaco en San Pedro de Atacama. *Anales de la Universidad del Norte*, 1 (1), 17-23.
- LE PAIGE, G. (1961b). Estudio craneométrico de la colección del Museo Arqueológico de San Pedro de Atacama. *Anales de la Universidad del Norte*, 1 (1), 25-48.
- LE PAIGE, G. (1961c). Protocolos craneométricos: contexto y estudio anatómico de 27 cráneos de la colección del Museo Arqueológico de San Pedro de Atacama. *Anales de la Universidad del Norte*, 1 (1), 49-110.
- LE PAIGE, G. (1963a). Antigüedad de una tumba comprobada por carbono 14 y el ambiente que la rodea. *Revista Universitaria*, 48 (26), 167-176.
- LE PAIGE, G. (1963b). *Continuidad o discontinuidad de la cultura atacameña*. Ponencia presentada en el Congreso Internacional de Arqueología Chilena de San Pedro de Atacama. Antofagasta, Chile: Universidad del Norte.
- LE PAIGE, G. (1963c). Ghatchi y su zona. *Revista Universitaria*, 48 (26), 177-194.
- LE PAIGE, G. (1964a). Cementerios de la época agroalfarera en San Pedro de Atacama. *Anales de la Universidad del Norte*, (3), 49-93.
- LE PAIGE, G. (1964b). El precerámico en la cordillera atacameña. *Anales de la Universidad del Norte*, (3), 5-47.
- LE PAIGE, G. (1964c). Los cementerios de la época agroalfarera en San Pedro de Atacama. *Anales de la Universidad del Norte*, (3), 49-91.
- LE PAIGE, G. (1965). San Pedro de Atacama y su zona (14 temas). *Anales de la Universidad del Norte*, 1, 19-23.
- LE PAIGE, G. (1966a). Cráneos atacameños: evolución-ritos. *Anales de la Universidad del Norte*, (5), 6-82.

- LE PAIGE, G. (1966b). Santuario incaico del Licanca-bur: provincia de Antofagasta, Chile. *Anales de Arqueología y Etnología*, (21), 49-50.
- LE PAIGE, G. (1966c). *Subárea atacameña*. Ponencia presentada en el 37° Congreso Internacional de Americanistas. Mar del Plata, Argentina: [s.n.].
- LE PAIGE, G. (1966d). *Trashumancia en la zona atacameña*. Ponencia presentada en el 1° Congreso del Hombre Andino. Antofagasta, Chile: Universidad de Chile.
- LE PAIGE, G. (1969a). *Bolitas esferoidales en San Pedro de Atacama*. Ponencia presentada en el 4° Congreso de Arqueología Chilena. Concepción: Universidad de Concepción.
- LE PAIGE, G. (1969b). Ricardo Latcham y el cementerio indígena de Tchecar, San Pedro de Atacama. *Boletín del MUNAHIN*, 30, 89-94.
- LE PAIGE, G. (1970). *Industrias líticas de San Pedro de Atacama: técnicas y tipologías de las industrias líticas*. Santiago: Universidad del Norte.
- LE PAIGE, G. (1973a). Proyecto Tulán: informes de trabajo. *Estudios Atacameños*, (1), 43-46.
- LE PAIGE, G. (1973b). *Paleolítico en el sureste del Salar de Atacama: Tulán*. Ponencia presentada en el 6° Congreso de Arqueología Chilena. Santiago: Universidad de Chile.
- LE PAIGE, G. (1973c). *Tres cementerios indígenas en San Pedro de Atacama y Toconao*. Ponencia presentada en el 6° Congreso de Arqueología Chilena. Santiago, Chile: Universidad de Chile.
- LE PAIGE, G. (1973d). Valor arqueológico del Museo San Pedro de Atacama. *Estudios Atacameños*, (1), 7-20.
- LE PAIGE, G. (1974). Yacimiento de Tchaputchayna. *Estudios Atacameños*, (2), 59-74.
- LE PAIGE, G. (1975). ¿Se puede hablar de trashumancia en la zona atacameña?. *Estudios Atacameños*, (3), 11-16.
- LE PAIGE, G. (1976a). Apéndice sobre Tulor 4. *Estudios Atacameños*, (4), 33-34.
- LE PAIGE, G. (1976b). Nuevas fechas radiocarbónicas de la zona de San Pedro de Atacama. *Estudios Atacameños*, (4), 145.
- LE PAIGE, G. (1977). Recientes descubrimientos arqueológicos en la zona de San Pedro de Atacama. *Estudios Atacameños*, (5), 109-124.
- LE PAIGE, G. (1978). Vestigios arqueológicos incaicos en las cumbres de la zona atacameña. *Estudios Atacameños*, (6), 36-52.
- LECHTMAN, H. & MACFARLANE, A. (2005). La metalurgia del bronce en los Andes Sur Centrales: Tiwanaku y San Pedro de Atacama. *Estudios Atacameños*, (30), 7-27.
- LECHTMAN, H. & MACFARLANE, A. (2006). *Bronce y redes de intercambio andino durante el horizonte medio: Tiwanaku y San Pedro de Atacama*. Lima, Perú: Instituto de Estudios Peruanos.
- LEHNERT, R. (1976). Lengua kunza y sus textos. *Cuadernos de Filología*, (5), 71-80.
- LEHNERT, R. (1978). Préstamos del quechua y castellano a la lengua kunza. *RLA*, (16), 135-140.
- LEHNERT, R. (1980-1981). Lengua y cultura atacameña: notas preliminares. *Cuadernos de Filología*, (13-14), 72-100.
- LEHNERT, R. (1982). Presencia del Runa-Simi en el sector atacameño. *Cuadernos de Filología*, (15-16), 29-47.
- LEHNERT, R. (1987). En torno a la lengua kunza. *Language Sciences*, 9 (1), 103-112.
- LEHNERT, R. (1991-1992). Kunza y el kakán. *Anales de Arqueología y Etnología*, (46-47), 203-212.
- LEHNERT, R. (1992). Religiosidad atacameña. *Documentos*, (3), 27-36.
- LEHNERT, R. (1992-1993). Toponimia quechua de la segunda región. *Hombre y Desierto*, (6-7), 89-101.
- LEHNERT, R. (1993). El mito de Tunupa-Illapa en tierras atacameñas. *América indígena*, 55 (3), 153-163.
- LEHNERT, R. (1994). *Diccionario toponimia kunza*. Antofagasta: NORprint.
- LEHNERT, R. (1995). Agua y religiosidad en el sector atacameño. *América indígena*, 55 (3), 161-178.
- LEHNERT, R. (1998). *Antroponimia indígena de la II Región*. Antofagasta, Chile: Universidad de Antofagasta, Instituto de Investigaciones Antropológicas.
- LEHNERT, R. (1999a). *Atacama colonial*. Antofagasta: Universidad de Antofagasta. Instituto de Investigaciones Antropológicas.
- LEHNERT, R. (1999b). Evolución de los nombres atacameños en el *Libro de varias hojas de la Parroquia de Chiu-Chiu, 1611-1698*. *Boletín de Filología*, 37 (1), 659-668.
- LEHNERT, R. (1999c). *Zooépica atacameña: estudio de relatos orales de las comunidades atacameñas de la Segunda Región, Chile*. Antofagasta, Chile: Universidad de Antofagasta, Instituto de Investigaciones Antropológicas.
- LEHNERT, R. (2000). *Mitos y creencias del mundo atacameño*. Antofagasta: Universidad de Antofagasta.
- LEHNERT, R. (2002). *Diccionario normalizado de la lengua cunsa*. Antofagasta, Chile: Antofagasta: Universidad de Antofagasta.
- LEHNERT, R. (2003). ¿Presencia Atacameña en la quebrada de Humahuaca? *Hombre y Desierto*, (11), 73-84.
- LEPPE B., V. (1984). *Likan-Antai: Atacaman kulttuuri*. Helsinki: Suomen Antropologinen Seura.
- LI, H., FUJIYOSHI, T., LOU, H., YASHIKI, S., SONODA, S., CARTIER, L., et. al. (1998). HTLV-I provirus DNA in andean mummies, *Estudios Atacameños*, 15, 91-98.
- LI, H., FUJIYOSHI, T., LOU, H., YASHIKI, S., SONODA, S., CARTIER, L., et. al. (1999). The presence of

- ancient human T-cell lymphotropic virus type I provirus DNA in an Andean mummy. *Nature Medicine*, 5, 1428-31.
- LINDBERG, I. (1962). *Breve nota sobre textiles y adornos de un cementerio tiahuanacoide en la región atacameña chilena*. Santiago, Chile: Notas del Museo Etnográfico de la Universidad Católica de Chile.
- LINDBERG, I. (1963). Tejidos y adornos de los cementerios Quitor 2, 5 y 6 de San Pedro de Atacama. *Revista Universitaria*, 48 (26), 195-202.
- LINDBERG, I. (1971). *El talátur, antigua ceremonia atacameña*. Ponencia presentada en el 6° Congreso de Arqueología Chilena. Santiago, Chile: Universidad de Chile, Sociedad Chilena de Arqueología.
- LLAGOSTERA, A., BARÓN, A. M. & BRAVO, L. (1984a). Investigaciones arqueológicas en Tulor-1. *Estudios Atacameños*, (7), 133-151.
- LLAGOSTERA, A. & COSTA, M. A. (1984b). *Museo Arqueológico R. P. Gustavo Le Paige S. J. San Pedro de Atacama*. Universidad del Norte: Ministerio de Educación, Depto. de Extensión Cultural.
- LLAGOSTERA, A., TORRES, C. & COSTA, M. (1988a). El complejo psicotrópico en Solcor-3 (San Pedro de Atacama). *Estudios Atacameños*, (9), 61-98.
- LLAGOSTERA, A. (1988b). Informe sobre investigaciones arqueológicas en Calar. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología*, 8, 1.
- LLAGOSTERA, A. (1992). Art in the snuff trays of San Pedro de Atacama (Northern Chile). En P. Dransart (Ed.), *Andean art: visual expresion and its relation to andean beliefs and values*, (pp. 51-77). Gran Bretaña: Ashgate Publishing Ltd.
- LLAGOSTERA, A. (1995). Componente cultural Agua-da en San Pedro de Atacama. *Boletín del MUCCHAP*, (6), 9-34.
- LLAGOSTERA, A. (1996). San Pedro de Atacama: nodo de complementariedad reticular. En X. Albó, M. Arratia, J., Hidalgo, L. Núñez, A. Llagostera, M. Remy, et. al. En *La integración surandina. Cinco siglos después* (pp. 17-42). Cusco, Perú: Centro Bartolomé de las Casas.
- LLAGOSTERA, A. & COSTA, M. A. (1999). Patrones de asentamiento en la época agroalfarera de San Pedro de Atacama (norte de Chile). *Estudios Atacameños*, (17), 175-206.
- LLAGOSTERA, A. & COSTA, M. A. (2000). Crónicas de los atacameños. *Revista Norte*, 1 (1), 5-12.
- LLAGOSTERA, A. (2003). *Museo Arqueológico de San Pedro de Atacama: compromiso con el pasado, presente y futuro de una etnia: el museo del Padre Le Paige*. Antofagasta: Universidad Católica del Norte.
- LLAGOSTERA, A. (2004). *Los antiguos habitantes del Salar de Atacama: Prehistoria atacameña*. Santiago: Pe-huén Editores.
- LLAGOSTERA, A. (2006). San Pedro de Atacama y el sistema reticular de interacción puneña. En H. Lechtman (Ed.), *Esferas de interacción prehistóricas y fronteras nacionales modernas: los Andes sur centrales* (pp. 303-328). Lima, Perú: Instituto de Estudios Peruanos.
- LÓPEZ, M. & AGUATO, E. (2005). *Interpretación simbólica del Señor de los Cetros en la II Región*. Ponencia presentada en el 16° Congreso Nacional de Arqueología Chilena. Concepción, Chile: Museo de Historia Natural de Concepción, DIBAM, Sociedad Chilena de Arqueología.
- LYNCH, T. (1975). Algunos problemas básicos del estadio de caza recolección andina: trashuman-cia. *Estudios Atacameños*, (3), 7-10.
- LYNCH, B. (1977a). Nota sobre la irrigación en San Pedro de Atacama, II región, norte de Chile: informe de avance. *Estudios Atacameños*, (5), 148-150.
- LYNCH, T. (1977b). Tambo incaico Catarpe-Este: informe de avance. *Estudios Atacameños*, (5), 142-177.
- LYNCH, T. & NÚÑEZ, L. (1994). Nuevas evidencias inkas entre Kollahuasi y Río Frío: I y II regiones de Chile. *Estudios Atacameños*, (11), 145-164.
- MADRID, J. (1965). Entrevista [al Padre Gustavo Le Paige]. *Boletín de la Sociedad Arqueológica de Santiago*, (3), 17-20.
- MARQUET, P., BOZINOVIC, F., BRADSHAW, G., CORNELLIUS, C., GONZÁLEZ, H., GUTIÉRREZ, J., et. al. (1998). Ecosistema del desierto de Atacama y área andina adyacente. *Revista Chilena de Historia Natural*, 71 (4), 593-617.
- MARTÍNEZ, J. L. (1985a). Adaptación y cambio en los atacameños: los inicios del período colonial, siglos XVI y XVII. *Andes*, 3, 9-25.
- MARTÍNEZ, J. L. (1985b). Información sobre el comercio de pescado entre Cobija y Potosí, hecha por el Corregidor de Atacama, don Juan de Segura (19 de julio de 1591). *Cuadernos de Historia*, 5, 161-171.
- MARTÍNEZ, J. L., MANRÍQUEZ, V. & SANHUEZA, C. (1990a). Asentamientos y acceso a recursos en Atacama (s. XVII). En *Nuevo mundo: cinco siglos* (v. 5, pp. 13-62). Santiago, Chile: Universidad de Chile.
- MARTÍNEZ, J. L. (1990b). Asentamientos y accesos a recursos en Atacama (siglo XVIII). En G. Bravo (Ed.), *Economía y comercio en América hispana* (pp. 13-61), Santiago, Chile: Universidad de Chile.
- MARTÍNEZ, J. L. (1990c). Interetnicidad y complementariedad en el Altiplano Meridional: el caso atacameño. *Andes*, 1, 11-30.
- MARÍNEZ, J. L. (1992). Acerca de las etnicidades en la Puna árida en el siglo XVI. En S. Arce, R. Barragán, L. Escobari y X. Medinacelli (Comp.), *Etnicidad, economía y simbolismo en los Andes* (pp. 35-65). La Paz, Bolivia: Hisbol-IFEA-SBH.

- MARTÍNEZ, J. L. (1994). Relaciones y negociaciones entre las sociedades indígenas de la región atacameña, y el Estado chileno: siglos XIX y XX. *Proposiciones*, 24, 201-207.
- MARTÍNEZ, J. L. (1995). Papeles distantes, palabras quebradas. Las informaciones sobre Lipes en el siglo XVI. En A. M. Presta (Ed.), *Espacio, etnias, fronteras: atenuaciones políticas en el sur del Tawantinsuyu, siglos XV-XVIII* (pp. 285-317). Sucre, Bolivia: Ed. ASUR.
- MARTÍNEZ, J. L. (1998). *Pueblos del chañar y el algarrobo: los atacameños en el siglo XVII*. Santiago, Chile: DIBAM, Universidad de Chile.
- MARTÍNEZ, J. L. (2000a). Documentos y discursos: una reflexión desde la etnohistoria. En J. L. Martínez (Ed.), *Los discursos sobre los otros (una aproximación metodológica interdisciplinaria)* (pp. 9-24). Santiago, Chile: Universidad de Chile, LOM.
- MARTÍNEZ, J. L. (2000b). Ayllus e identidades interdigitadas: las sociedades de la Puna salada. En G. Boccara y S. Galindo (Eds.), *Lógica mestiza en América* (pp. 85-112). Temuco, Chile: Universidad de La Frontera.
- MARTÍNEZ, J. L. (2006a). Invasión y resistencia. En A. Cabezas, M. Vásquez, L. Núñez y M. Hernández (Eds.), *Las rutas del capricornio andino: huellas milenarias de Antofagasta, San Pedro de Atacama, Jujuy y Salta* (pp. 79-92). Santiago, Chile: Consejo de Monumentos Nacionales de Chile.
- MARTÍNEZ, J. L. (2006b). Las sociedades del altiplano meridional andino, Puna salada: una aproximación desde los relatos cuzqueños y aymaras. En H. Lechtman (Ed.), *Esferas de interacción prehistórica y fronteras nacionales modernas: los Andes sur centrales* (pp. 263-299). Lima, Perú: Instituto de Estudios Peruanos.
- MARTÍNEZ, J. L. (2006c). Nuevas fronteras y antiguas tradiciones. En H. Lechtman (Ed.), *Esferas de interacción prehistórica y fronteras nacionales modernas: los Andes sur centrales* (pp. 615-620). Lima, Perú: Instituto de Estudios Peruanos.
- MARTÍNEZ, J. L., FARIAS, A., MANRÍQUEZ, V. & SANHUEZA, C. (1991). Interetnicidad y complementariedad: dinámica de las estrategias de supervivencia de los atacameños en el siglo XVII. *Histórica*, 15 (1), 27-42.
- MAYA, O. (1978). Relato popular de la zona atacameña: corpus y aproximación interpretativa. *Estudios Filológicos*, (13), 155-186.
- MELILLANCA, R. (2002). *Modelo de gestión para el área de desarrollo indígena Atacama La Grande, II Región de Antofagasta*. Valdivia.
- MENA, F. (1984). *Patrones de movilidad en el arcaico tardío: II región*. Ponencia presentada en el 1º Simposio de Arqueología Atacameña. San Pedro de Atacama, Chile: Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo R.P. Gustavo Le Paige.
- MONTANDÓN, R. (195-?). *Iglesias y capillas coloniales en el desierto de Atacama*. Santiago: Impr. Universitaria.
- MONTANDÓN, R. (1984). *Ideas para una acción coordinada en restauración de monumentos arquitectónicos*. Ponencia presentada en el 1º Simposio de Arqueología Atacameña. San Pedro de Atacama: Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo R.P. Gustavo Le Paige
- MONTANÉ, J. (1963). *Alfarería negra pulida*. Ponencia presentada en el Congreso Internacional de Arqueología Chilena de San Pedro de Atacama. Antofagasta, Chile: Universidad del Norte.
- MONTANÉ, J. (1970). Esquema de la prehistoria chilena. *Arqueología y Sociedad*, (3), 17-35.
- MONTES, B. (1977-1978). Ascensión al volcán Licancabur. *Revista Andina*, 23-28.
- MONTT, I. (2002). Faldelines del período formativo en el Norte Grande: un ensayo acerca de la historia de su construcción visual. *Estudios Atacameños*, (23), 7-22.
- MORALES, J. (1958). Gustavo Le Paige, S. J. y sus hallazgos arqueológicos en la provincia de Antofagasta. *Universitas*, (1), 20-22.
- MORENO, P. (1973). Crisis de las artesanías tradicionales en los pueblos del interior de la Provincia de Antofagasta. *Documentos de Trabajo*, (4), 33-34.
- MOSTNY, G. (1945). Antiguos atacameños. *Revista Antártica*, (14), 74-76.
- MOSTNY, G. (1946). Viaje arqueológico a la Provincia de Antofagasta. *Revista Antártica*, 20, 81-89.
- MOSTNY, G. (1949). Ciudades atacameñas. *Boletín del MUNAHIN*, 24, 125-204.
- MOSTNY, G. (1954). *Peine: un pueblo atacameño*. Santiago: Universitaria de Chile.
- MOSTNY, G. (1957). Máscara atacameña. *Noticiero Mensual MUNAHIN*, 1 (6), 3-6.
- MOSTNY, G. (1958). Máscaras, tubos y tabletas para rapé y cabezas-trofeos entre los atacameños. *Publicaciones del Instituto de Historia*, 2, (50), 379-392.
- MOSTNY, G. (1959). Tejidos atacameños. *Noticiero Mensual, MUNAHIN*, 4 (39), 1-6.
- MOSTNY, G. (1961). Ideas religiosas de los atacameños. En *Trabajos presentados al encuentro arqueológico internacional de Arica*. Arica, Chile: Museo Regional de Arica.
- MOSTNY, G. (1968-1969). Ideas mágico-religiosas de los "atacamas". *Boletín del MUNAHIN*, 30, 129-145.
- MUNIZAGA, C. & GUNCKEL, H. (1958). Notas etnobotánicas del pueblo atacameño de Socaire. *Publicaciones del Centro de Estudios Antropológicos*, (5), 9-35.

- MUNIZAGA, C. (1963a). *Tipos cerámicos del sitio Coyo en la región de San Pedro de Atacama*. Ponencia presentada en el Congreso Internacional de Arqueología Chilena de San Pedro de Atacama. Antofagasta, Chile: Universidad del Norte.
- MUNIZAGA, C. (1963b). Tipos cerámicos del sitio Coyo en la región de San Pedro de Atacama. *Notas del Centro de Estudios Antropológicos*, (17), 46-81.
- MUNIZAGA, C. (1984). *Breve análisis acerca de las investigaciones en antropología socio-cultural y folklore circumpuneña: definición de problemática y recientes aportes*. Ponencia presentada en el 1° Simposio de Arqueología Atacameña. San Pedro de Atacama, Chile: Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo R.P. Gustavo Le Paige.
- MUNIZAGA, J. (1964a). Comparación de poblaciones precolombinas del norte de Chile: empleo de rasgos morfológicos de variación discontinua. *Antropología*, 2 (2), 87-95.
- MUNIZAGA, J. (1964b). Deformación cefálica intencional (análisis de algunas poblaciones precolombinas del norte de Chile). *Antropología*, 2, 5-18.
- MUNIZAGA, J. (1969). *Deformación craneana intencional en San Pedro de Atacama*. Ponencia presentada en el 5° Congreso de Arqueología Chilena. La Serena, Chile: Museo Arqueológico de La Serena.
- MUNIZAGA, J. (1978). Diaphragmatic hernia associated with strangulation of the small bowel in an atacameña mummy. *American Journal of Physical Anthropology*, 48 (1), 17-19.
- MUNIZAGA, J. (1984). *Poblaciones atacameñas: aspectos morfológicos*. Ponencia presentada en el 44° Congreso Internacional de Americanistas. Antofagasta, Chile: Universidad del Norte.
- MUÑOZ, B. (1993). Procesos atacameños actuales: carácter y funcionamiento de las instituciones indígenas que otorgan identidad étnica. *Nütram*, 11 (3-4), 51-62.
- MUÑOZ, E. (1984). *Restauración del Pukará de Quito*. Ponencia presentada en el 1° Simposio de Arqueología Atacameña. San Pedro de Atacama, Chile: Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo R.P. Gustavo Le Paige.
- MUÑOZ, E. & BAHAMONDES, M. (1993). Conservación del sitio arqueológico Tulor I. *Hombre y Desierto*, (6-7), 53-86.
- MUSEO CHILENO DE ARTE PRECOLOMBINO (1984). *Tesoros de San Pedro de Atacama*. Santiago, Chile: El Museo.
- MUSEO CHILENO DE ARTE PRECOLOMBINO (1993). *Identidad y prestigio en los Andes: gorros, turbantes y diademas*. Santiago, Chile: El Museo.
- MUSEO CHILENO DE ARTE PRECOLOMBINO (1999). *Rock art in the Andes of Capricorn*. Santiago, Chile: El Museo.
- NACHTIGALL, H. (1965). Beiträge zur kultur der indianischen lamazuchter der Puna de Atacama = Contribución a la cultura de los indígenas criadores de llamas en la Puna de Atacama. *Zeitschrift für Ethnologie*, 90, 184-218.
- NAVILLE, R. (1956). Sur les traces de J. J. Tschudi dans le desert d'Atacama. *Bulletin de la Société Suisse des Americanistes*, (12), 18-30.
- NAVILLE, R. (1959). Tablettes et tubes a aspirer du rapé. *Bulletin de la Société Suisse des Américanistes*, 9 (17), 1-3.
- NEVES, W. (1998). Adult stature and standard of living in the prehistoric Atacama desert. *Current Anthropology*, 39 (2), 278-281.
- NEVES, W., BARROS, A. & COSTA, M. A. (1999a). Incidence and distribution postcranial fractures in the prehistoric population of San Pedro de Atacama, northern Chile. *American Journal of Physical Anthropology*, (109), 253-258.
- NEVES, W. & COSTA, M. A. (1999b). Nutrition and quality of life in prehistoric San Pedro de Atacama, Chile. *Antropología Física Latinoamericana*, (2), 23-39.
- NEVES, W., COSTA, M.A., SAM, R. & DA CUNHA, R. (2006). Trauma and social tension in San Pedro de Atacama, northern Chile. *Antropología Física Latinoamericana*, 4, 59-73.
- NICHOLS, H. (1929). Inca relics in the Atacama Desert. *American Anthropologist*, 31 (1), 130-135.
- NIELSEN, A. (1997). El tráfico caravanero visto desde La Jara. *Estudios Atacameños*, (14), 339-371.
- NIELSEN, A., VÁZQUEZ, M., AVALOS, J., & ANGIORAMA, C. (1999). Prospecciones arqueológicas en la Reserva "Eduardo Avaroa" (Sud Lípez, Dpto. Potosí, Bolivia). *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, 24, 95-124.
- NIELSEN, A., VÁZQUEZ, M., AVALOS, J., & ANGIORAMA, C. (2000). Prospecciones arqueológicas en la Reserva iEduardo Avaroaí (Sud Lípez, Dpto. Potosí, Bolivia). *Textos antropológicos* [La Paz], 11, 89-131.
- NIELSEN, A. (2004). Aproximación a la arqueología de la frontera tripartita Bolivia-Chile-Argentina. *Chungará*, Vol. especial, (2), 861-878.
- NIELSEN, A. (2006a). Estudios internodales e interacción interregional en Los Andes circumpuneños: teoría, método y ejemplos de aplicación. En H. Lechtman (Ed.), *Esferas de interacción prehistóricas y fronteras nacionales modernas en Los Andes Sur Centrales*. (pp. 29-69). Lima: Instituto de Estudios Peruanos, Institute of Andean Research.
- NIELSEN, A. (2006b). Plazas para los antepasados: Descentralización y poder corporativo en las formaciones políticas preincaicas de los Andes circumpuneños. *Estudios Atacameños*, (31), 63-90.

- NIEMEYER, H. (1968a). Petroglifos del río Salado o Chuschul (San Pedro de Atacama, Depto. del Loa, Prov. de Antofagasta, Chile). *Boletín de Prehistoria de Chile*, (1), 85-92.
- NIEMEYER, H., & SCHIAPPACASSE, V. (1968b). Tres industrias líticas de la Puna de Atacama. I Parte. El yacimiento Miscanti Sur. *Revista Universitaria* [Universidad Católica de Chile], 53 (31), 133-144.
- NIEMEYER, H., & SCHIAPPACASSE, V. (1976). Yacimientos arqueológicos de la Laguna Meniques. En *Homenaje al Dr. Gustavo Le Paige S. J.* (pp. 31-70). Antofagasta, Chile: Universidad del Norte.
- NIEMEYER, H., & RIVERA, M. (1983). *El camino del Inca en el despoblado de Atacama*. Santiago: Universidad de Chile.
- NÚÑEZ, G. (1958). Antigua cultura atacameña. *Revista Cumbre*, 3 (4), 10-11.
- NÚÑEZ, L. (1963). *Problemas en torno a la tableta rapé*. Ponencia presentada en el Congreso Internacional de Arqueología Chilena de San Pedro de Atacama. Antofagasta, Chile: Universidad del Norte.
- NÚÑEZ, L. (1964). Influencia de Tiahuanaco en la talla en madera del norte de Chile. *Boletín de la Universidad de Chile*, (50), 51-56.
- NÚÑEZ, L. (1966). *Subárea Loa-costa chilena desde Copiapó a Pisagua*. Ponencia presentada en el 37º Congreso Internacional de Americanistas. Mar del Plata, Argentina: [s.n.].
- NÚÑEZ, L., ZLATAR, V. & NÚÑEZ, P. (1975). Relaciones prehistóricas trasandinas entre el NW argentino y el norte chileno (período cerámico). *Documentos de Trabajo*, 6, 1-24.
- NÚÑEZ, L. (1976). Registro regional de fechas radiocarbónicas del norte de Chile. *Estudios Atacameños*, (4), 74-123.
- NÚÑEZ, L. (1978). *Hipótesis de movilidad transhumánica en la Puna de Atacama*. Ponencia presentada en el 5º Congreso Nacional de Arqueología Argentina. San Juan, Argentina: [s.n.].
- NÚÑEZ, L. (1980a). Cazadores tempranos en Andes meridionales: evaluación cronológica de las industrias del norte de Chile. *Boletín de Antropología Americana*, (2), 87-102.
- NÚÑEZ, L., LE PAIGE, G. & BITTMAN, B. (1980b). *Culturas atacameñas*. Santiago, Chile: Depto. de Cultura. Ministerio de Educación.
- NÚÑEZ, L. (1981). Asentamiento de cazadores-recolectores tardíos en la Puna de Atacama: hacia el sedentarismo. *Chungará*, 8, 137-168.
- NÚÑEZ, L. (1984). Secuencia de asentamientos prehistóricos del área de Taltal. *Futuro*, 8, 28-76.
- NÚÑEZ, L. (1985a). Petroglifos y tráfico de caravanas en el desierto chileno. En C. Aldunate, J. Berenguer y V. Castro (Eds.), *Estudios en arte rupestre* (pp. 243-264). Santiago: Museo Chileno de Arte Precolombino.
- NÚÑEZ, L. (1985b). Secuencia, adaptación y cambios en los asentamientos humanos de la región atacameña. *Cuadernos de la Facultad*, 4, 59-64.
- NÚÑEZ, L. (1987). Tráfico de metales en el área Centro-Sur andina: hechos y expectativas. *Cuadernos del Instituto de Antropología*, 12, 73-105.
- NÚÑEZ, L. & SANTORO, C. (1988a). Cazadores de la Puna seca y salada del área centro-sur andina: norte de Chile. *Estudios Atacameños*, (9), 11-60.
- NÚÑEZ, L. (1988b). Creación del Instituto de Investigaciones Arqueológicas R.P. Gustavo Le Paige, S. J. *Estudios Atacameños*, (9), 127-130.
- NÚÑEZ, L. (1989). Los cazadores tempranos de Tuiña: correlaciones en el área centro-sur andina. En L. Mirambel (Ed.), *Homenaje a José Luis Lorenzo* (pp. 103-124).
- NÚÑEZ, L. (1991). Tráfico, hechos y conchas. *Boletín Sociedad Chilena de Arqueología*, (13), 18-19.
- NÚÑEZ, L. (1992a). *Cultura y conflicto en los oasis de San Pedro de Atacama*. Santiago: Editorial Universitaria.
- NÚÑEZ, L. (1992b). *Emergencia de complejidad y arquitectura jerarquizada en la Puna de Atacama: las evidencias del sitio Tulán-54*. Ponencia presentada en el Taller de costa a selva: producción e intercambio entre los pueblos agroalfareros de los Andes centro-sur. Buenos Aires, Argentina: Universidad de Buenos Aires.
- NÚÑEZ, L. (1992c). Ocupación arcaica en la Puna de Atacama: secuencia, movilidad y cambio. En B. Meggers (Ed.), *Prehistoria sudamericana-nuevas perspectivas* (pp. 283-307). Washington, Estados Unidos: Taraxacum.
- NÚÑEZ, L. (1993). *Gustavo Le Paige S. J.: cronología de una misión*. Antofagasta: Universidad Católica del Norte.
- NÚÑEZ, L. (1994a). Crossing the Andes by the north: chiefdoms, caravans and alliances. En *The Andes: pathway of encounters* (pp. 9-21). Santiago, Chile: Museo Chileno de Arte Precolombino.
- NÚÑEZ, L. (1994b). Cruzando la cordillera por el norte: caravanas, alianzas y señoríos. En *La Cordillera de los Andes: ruta de encuentros* (pp. 9-19). Santiago, Chile: Fundación Museo Chileno de Arte Precolombino.
- NÚÑEZ, L., GARCÉS, H. & LLAGOSTERA, A. (1994c). *Guía Museo Arqueológico Universidad Católica del Norte, Chile*. Antofagasta: Universidad Católica del Norte, Instituto de Investigaciones Arqueológicas.
- NÚÑEZ, L. (1995a). Evolución de la ocupación y organización del espacio atacameño. En P. Pourrut y L. Núñez (Ed.), *Agua, ocupación del espacio y eco-*

- nomía campesina en la región atacameña: aspectos dinámicos* (pp. 18-60). Antofagasta, Chile: Universidad Católica del Norte.
- NÚÑEZ, L., GARCÉS, H. & LLAGOSTERA, A. (1995b). *Guía de Museo Arqueológico "R.P. Gustavo Le Paige S. J."*. Antofagasta: Universidad Católica del Norte, Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo.
- NÚÑEZ, L. & DILLEHAY, T. (1995c) [1979]. *Movilidad giratoria, armonía social y desarrollo en los Andes meridionales: patrones de tráfico e interacción económica (ensayo)*. Antofagasta, Chile: Universidad del Norte.
- NÚÑEZ, L., GROSJEAN, M., CARTAJENA, I. & PINO, M. (1995d). *Proyecto Puripica: reconstrucción multidisciplinaria de eventos holocénicos culturales y ambientales*. Ponencia presentada en el 13° Congreso Nacional de Arqueología Chilena. Antofagasta, Chile: Universidad de Antofagasta. Instituto de Investigaciones Antropológicas.
- NÚÑEZ, L. & GROSJEAN, M. (1995-1996). Cambios ambientales holocénicos en la Puna de Atacama y sus implicancias paleoclimáticas. *Estudios Atacameños*, (12), 31-40.
- NÚÑEZ, L. (1996a). Movilidad caravánica en el área centro sur andina: reflexiones y expectativas. En X. Albó, M. I. Arratia, J. Hidalgo, L. Núñez, A. Llagostera, I. Remy & B. Revesz (Comp.), *La integración surandina cinco siglos después* (pp. 43-62). Cusco: Centro de Estudios andinos Bartolomé de las Casas.
- NÚÑEZ, L. (1996b). La Universidad Católica del Norte y su misión antropológica en el desierto chileno. En J. González (Ed.), *La Universidad Católica del Norte y el desarrollo regional nortino* (pp. 209-245). Antofagasta, Chile: Ediciones Universitarias.
- NÚÑEZ, L., CARTAJENA, I., LOO, J. P., RAMOS, S., CRUZ, T., CRUZ, T. & RAMÍREZ, H. (1997). Registro e investigación del arte rupestre en la cuenca de Atacama. En: *Estudios Atacameños*, (14), 307-325.
- NÚÑEZ, L., TÉLLEZ, F., RAMOS, S., GONZÁLEZ, V. & MIRANDA, R. (1998a). Aportes de la Universidad Católica del Norte al patrimonio arqueológico atacameño. En *Patrimonio arqueológico indígena de Chile: reflexiones y propuesta de gestión* (pp. 65-75). Temuco, Chile: Instituto Indigenista de Temuco.
- NÚÑEZ, M. K. (1998b). Peine: saber andino, manejo de recursos y transformaciones. *Estudios Atacameños*, (16), 283-292.
- NÚÑEZ, L., SANTORO, C., STANDEN, V. & TÉLLEZ, F. (1998c). Surrounding the identification und the virus HLV-I in DNA simples from prehispanic population from norther Chile. *Estudios Atacameños*, (15), 99-105.
- NÚÑEZ, L., GROSJEAN, M. & CARTAJENA, I. (1999a). Un ecorrefugio oportunístico en la Puna de Atacama durante eventos áridos del holoceno medio. *Estudios Atacameños*, (17), 125-175.
- NÚÑEZ, L. (1999b). Una integración prehistórica. En O. Mora y P. Romero (Comp.), *NOA Norte grande: crónica de dos regiones integradas* (pp. 21-28). Santiago, Chile [Impr.]: Embajada de Chile en Argentina.
- NÚÑEZ, L. (1999c). Valoración minero-metalúrgica circumpuneña: Menas y mineros para el Inka rey. *Estudios Atacameños*, (18), 177-221.
- NÚÑEZ, L. (2000). Fase Tilocalar: nuevas evidencias formativas en la Puna de Atacama, norte de Chile. En P. Ledergerber-Crespo (Ed.) *Formativo sudamericano, una reevaluación* (pp. 241-242). Quito, Ecuador: Abya-Yala.
- NÚÑEZ, L., Grosjean, M. & Cartajena, I. (2002). Human occupations and climate change in the Puna de Atacama, Chile. *Science*, 298, 821-824.
- NÚÑEZ, L., GROSJEAN, M. & CARTAJENA, I. (2005a). The expansion of the Inca empire into the Atacama Desert, northern Chile. En M. Smith y P. Hesse (Eds.) *23° south: the archaeology and environmental history of the southern desert* (pp. 312-320). Australia: National Museum of Australia.
- NÚÑEZ, L. (2005b). La naturaleza de la expansión aldeana durante el formativo tardío en la Cuenca de Atacama. *Chungará*. 37 (2) 165-193.
- NÚÑEZ, L., GROSJEAN, M. & CARTAJENA, I. (2005c). *Ocupaciones humanas y paleoambientes en la Puna de Atacama*. Universidad Católica del Norte - Taratacum: San Pedro de Atacama.
- NÚÑEZ, L., CARTAJENA, I., CARRASCO, C. & DE SOUZA, P. (2005d). El templete de Tulán y sus relaciones formativas panandinas (norte de Chile). *Bulletin de l'Institut Francais d'Études Andines*, 34 (3), 299-320.
- NÚÑEZ, L. (2006a). La orientación minero-metalúrgica de la producción atacameña y sus relaciones fronterizas. En H. Lechtman (Ed.), *Esferas de interacción prehistóricas y fronteras nacionales modernas en Los Andes Sur Centrales*. (pp. 205-220). Lima: Instituto de Estudios Peruanos, Institute of Andean Research.
- NÚÑEZ, L., CARTAJENA, I., CARRASCO, C. & DE SOUSA, P. (2006b). El templete de Tulán de la Puna de Atacama: emergencia de complejidad ritual durante el Formativo Temprano (norte de Chile). *Latin American Antiquity*, 17 (4), 445-473.
- NÚÑEZ, L., CARTAJENA, I., CARRASCO, C. & DE SOUSA, P. & GROSJEAN, M. (2006c). Emergencia de comunidades pastoralistas formativas en el sureste de la Puna de Atacama. *Estudios Atacameños*, (32), 93-117.

- NÚÑEZ, L. & HERNÁNDEZ, M. (2006d). LOS PRIMEROS COLONIZADORES. EN A. CABEZAS, M. VÁSQUEZ, L. NÚÑEZ Y M. HERNÁNDEZ (Eds.), *Las rutas del capricornio andino: huellas milenarias de Antofagasta, San Pedro de Atacama, Jujuy y Salta* (pp. 47-54). Santiago, Chile: Consejo de Monumentos Nacionales de Chile.
- NÚÑEZ, P. (1981). Camino del Inca. *Creces*, 10, 48-59.
- NÚÑEZ, P. (1991a). *Un canal de regadío incaico: Socaire, Salar de Atacama*. Ponencia presentada en el 12° Congreso Nacional de Arqueología Chilena. Temuco, Chile: Museo Regional de La Araucanía.
- NÚÑEZ, P. (1991b). *Posibilidades agrícolas y población del incario en el área atacameña: norte de Chile*. Ponencia presentada en el 12° Congreso Nacional de Arqueología Chilena. Temuco, Chile: Museo Regional de La Araucanía.
- NÚÑEZ, P. (1991c). *Sobre economía prehispánica de Socaire: norte de Chile*. Ponencia presentada en el 11° Congreso Nacional de Arqueología Chilena. Santiago, Chile: Museo Nacional de Historia Natural.
- NÚÑEZ, P. (1992). Sistemas hidráulicos prehispánicos: patrimonio cultural. *Documentos*, (3), 4-13.
- OAKLAND, A. (1986). Tihuanaco tapestry tunics and mantles from San Pedro de Atacama, Chile. En *Proceedings of the Junios B. Bird conference on andean textiles* (pp. 101-122). Washington, Estados Unidos: Textile Museum.
- OAKLAND, A. (1992). Textiles and ethnicity: Tiwanaku in San Pedro de Atacama, north Chile. *Latin American Antiquity*, 3 (4), 316-340.
- OAKLAND, A. (1994). Tradición e innovación en la prehistoria andina de San Pedro de Atacama. *Estudios Atacameños*, (11), 109-120.
- OCHSENIUS, C. (1971). Observaciones geológicas en la Puna de Atacama, Chile. *Boletín de Prehistoria*, 3 (4), 27-48.
- OJEDA, O. & RAMÍREZ, C. (1993). Alucinógenos y arte rupestre en el Norte Grande de Chile: un intento explicativo. *Boletín de Historia y Geografía*, (10), 13-27.
- OLIVERA, D. (1997a). Importancia del recurso Camelidae en la Puna de Atacama entre los 10.000 y 500 años A. P. *Estudios Atacameños*, (14), 29-41.
- OLIVERA, D. (1997b). Primeros pastores de la Puna sur argentina: una aproximación a través de su cerámica. *Revista de Arqueología Americana*, (13), 69-112.
- OLMOS, O. (1985). Análisis de fauna arqueológica: un indicador cultural de adaptación humana al desierto. *Chungará*, (15), 45-58.
- ORELLANA, M. (1962a). Descripción de artefactos líticos de Ghatchi: el problema del precerámico en el norte de Chile. *Notas del Museo de la Plata*, 20 (79), 75-123.
- ORELLANA, M. (1962b). Recientes investigaciones arqueológicas en San Pedro de Atacama. *Mensaje*, 11 (108), 155-160.
- ORELLANA, M. (1963a). Cultura San Pedro: estudio arqueológico de la cultura agroalfarera precolombina en la zona de San Pedro de Atacama. *Notas del Centro de Estudios Antropológicos*, (17) 2-43.
- ORELLANA, M. (1963b). *Problemas de la arqueología de San Pedro de Atacama y sus alrededores*. Ponencia presentada en el Congreso Internacional de Arqueología Chilena de San Pedro de Atacama. Antofagasta, Chile: Universidad del Norte.
- ORELLANA, M. (1964). Acerca de la cronología del complejo cultural de San Pedro de Atacama. *Antropología*, 2 (2), 96-104.
- ORELLANA, M. (1969). *Nuevas investigaciones en río Salado*. Ponencia presentada en el 5° Congreso de Arqueología Chilena. La Serena, Chile: Museo Arqueológico de La Serena.
- ORELLANA, M. (1985). Relaciones culturales entre Tiwanaku y San Pedro de Atacama. *Diálogo Andino*, (4), 247-257.
- ORELLANA, M. (1986). Cultura de San Pedro de Atacama y sus relaciones con la civilización de Tiwanaku. *Prehistóricas*, (1), 29-38.
- ORELLANA, M. (1988-1989). Los tipos de artefactos tempranos de Calar y su contexto aldeano. *Paleoetnológica*, (5), 73-86.
- OYARZÚN, A. (1945). Talegas atacameñas. *Revista del Museo Histórico Nacional*, 1, (4), 503.
- OYARZÚN, A. (1930). Cestería de los antiguos atacameños. *Revista Chilena de Historia y Geografía*, 64 (68), 178-184.
- OYARZÚN, A. (1931). Tabletillas y los tubos para preparar y aspirar la paricá en Atacama. *Revista Chilena de Historia y Geografía*, 68 (72) 68-76.
- OYARZÚN, A. (1942). *Influencias de la cultura de Atacama en la Araucanía*. Ponencia presentada en el 27° Congreso Internacional de Americanistas. Lima, Perú: Librería e impr. Gil.
- OYARZÚN, A. (1948). *Instrumentos de caza y guerra en los antiguos atacameños*. Ponencia presentada en el 26° Congreso Internacional de Americanistas. Sevilla, España: S. Aguirre.
- PAREDES, C. (1984). *Análisis del contenido intestinal en momias*. Ponencia presentada en el 1° Simposio de Arqueología Atacameña. San Pedro de Atacama, Chile: Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo R.P. Gustavo Le Paige.
- PEÑA, L. (1954). Exploraciones en la cordillera de Antofagasta. *Revista Chilena de Historia Natural*, (14), 163-186.
- PÉREZ, M. S. (2003). *Medicina tradicional y medicina occidental en el pueblo de Talabre*. Ponencia presentada en el 51° Congreso Internacional de Americanistas. Santiago, Chile.

- PEREYEA, F. (1977). Tumbre: análisis del material lítico. *Estudios Atacameños*, (5), 18-20.
- PHILIPPI, R. (1860). *Viage al Desierto de Atacama: hecho de orden del gobierno de Chile en el verano 1853-54*. Halle en Sajonia: Librería de Eduardo Anton, 1860. viii, 236 p.
- PIMENTEL, G. (2005). *Entre aldeas y estancias, asentamientos pastoriles de los períodos tardíos en la localidad de Caspana (II región)*. Ponencia presentada en el 16° Congreso Nacional de Arqueología Chilena. Concepción, Chile: Museo de Historia Natural de Concepción, DIBAM, Sociedad Chilena de Arqueología.
- PIWONKA, N. & CABEZAS, E. (1992). *En torno a San Pedro de Atacama*. Santiago: Editorial Los Andes.
- POLITIS, M. (1966). Manifestaciones folklóricas de San Pedro de Atacama. *Revista de la Universidad del Norte*, (1), 53-67.
- POLLARD, G. (1984). *Atacameño culture in the context of the southern Andes*. Ponencia presentada en el 44° Congreso Internacional de Americanistas. Antofagasta, Chile: Universidad del Norte.
- POURRUT, P. & NÚÑEZ, L. (1995) El agua y la identidad atacameña: entre la crisis y la esperanza. En P. Pourrut y L. Núñez (Ed.), *Agua, ocupación del espacio y economía campesina en la región atacameña: aspectos dinámicos* (pp. 107-110). Antofagasta, Chile: Universidad Católica del Norte.
- POURRUT, P. (1996). ¿Está la sociedad atacameña condenada a muerte? *Revista Norte*, 1 (1), 78-83.
- POURRUT, P. (2000). Le désert, l'homme et l'eau: s'adapter pour survivre en Atacama. En Y. Guillén, et. al., (Ed.), *Du bon usage des ressources renouvelables* (pp. 199-221). París, Francia: IRD.
- RAMÍREZ, E. (1972). *Caracterización climatológica e hidrológica del Salar de Atacama*. Santiago: CORFO, Departamento de Recursos Hidráulicos.
- RAMÍREZ, L., REYES, R., PUCA, E., ESQUIVEL, M. & RAMOS, M. (1999). *Cuentos atacameños: difusión de recreaciones radiofónicas y edición escrita de cuentos*. Santiago: Cámara Chilena del Libro.
- REBITSCH, M. (1967). Santuarios indígenas en altas cumbres de la Puna de Atacama. *Anales de Arqueología y Etnología*, (21), 51-80.
- REINHARD, J. (1980). Ascensión al volcán Licancabur y otros nevados: informe de trabajo. *Revista del CIADAM*, 4, 41-44.
- REINHARD, J. (1983). Montañas sagradas: un estudio etnoarqueológico de ruinas en las altas cumbres andinas. *Cuadernos de Historia*, (3), 27-62.
- RIDES (2005). *Evaluación ecosistémica del milenio: bienestar humano y manejo sustentable en San Pedro de Atacama - Chile: Resumen ejecutivo*. Santiago, Chile: RIDES.
- RISOPATRÓN, L. (1906). *La línea de frontera en la Puna de Atacama*. Santiago, Chile: Impr. Universitaria.
- RIVERA, M. (1981). Gustave Le Paige de Walque, 1903-1980. *American Antiquity*, 46 (4), 834-836.
- RIVERA, F. (1994). Identidad en el laberinto: la búsqueda del sentido étnico en San Pedro de Atacama. *Estudios Atacameños*, (11), 185-194.
- RIVERA, F. (1995). El contexto histórico y social del manejo de los recursos agropecuarios en los oasis de San Pedro de Atacama. En P. Pourrut y L. Núñez (Ed.), *Agua, ocupación del espacio y economía campesina en la región atacameña: aspectos dinámicos* (pp. 61-77). Antofagasta, Chile: Universidad Católica del Norte.
- RIVERA, F. (1997). Proceso de articulaciones socio-identitarias y reformulaciones étnicas en Atacama. *Estudios Atacameños*, (13), 61-73.
- RIVERA, F. (1999a). Consideraciones en torno a la cuestión étnica en Atacama. *Estudios Atacameños*, (17), 33-40.
- RIVERA, F. (1999b). Construcción y reformulación de la etnicidad atacameña en el norte de Chile. En K. Koopings y Silva (Eds.), *Construcciones étnicas y dinámica sociocultural en América Latina* (pp. 77-90). Quito, Ecuador: Abya-Yala.
- RIVERA, F. (2004). Anti-flexibilización con identidad/alteridad: la cuestión étnica atacameña contemporánea y su contexto neoliberal-flexible. *Revista de Antropología Experimental*, 4, 1-17.
- RODRÍGUEZ, G., VÉLEZ, O. & ARAYA, A. (1980). Particularidades lingüísticas del español atacameño (norte de Chile). *Estudios Filológicos*, (15), 179-192.
- RODRÍGUEZ, G. (2003). El talátur, canto ceremonial de los atacameños, *Hombre y Desierto*, (11), 57-72.
- ROJAS, A. & HOCES DE LA GUARDIA, S. (2000). Coexistencia y diversidad técnica, textural y formal en los textiles de un fardo perteneciente al sitio Coyo de San Pedro de Atacama. *Chungará*, 32 (2), 227-233.
- ROJAS, M. (1962). *El desierto de Atacama*. Antofagasta: Ilustre Municipalidad de Antofagasta.
- ROMO, M., CASTRO, V. VILLAGRÁN, C. Y LATORRE C. (1999). La transición entre las tradiciones del desierto y las quebradas altas del Loa Superior: etnobotánica del valle del Río Grande, II región, Chile. *Chungará*, 31 (2), 319-360.
- RUBÉN, W. (1952). *Tiahuanaco, Atacama und Araukaner: drei vorinkaische Kulturen*. Leipzig: O. Harrasowitz.
- RUDOLPH, W. (1955). Licancabur: mountain of the Atacameños. *Geographical Review*, 45 (2), 151-171.
- RUDOLPH, W. (1956). Recursos de agua de la región de Antofagasta. En *Seminario de problemas regionales de Antofagasta* (pp. 163-171) Santiago, Chile: Universidad de Chile.
- RUDOLPH, W. (1963). *Vanishing trails of Atacama*. New York, Estados Unidos: American Geographical Society

- SABOURIN, P. (1983). *Atacama: geografía, historia, fiestas religiosas*. [Chile: s.n.].
- SALAS, E. (1973). *Antecedentes antropológicos socioeconómicos de los oasis y pueblos de montaña de la precordillera de Antofagasta*. Ponencia presentada en el 1º Congreso del Hombre Andino. Antofagasta, Chile: Universidad de Chile.
- SAN ROMÁN, F. (1986). *Desierto i cordillera de Atacama*. Santiago, Chile: Impr. Nacional.
- SÁNCHEZ, G. (1998). Multilingüismo en el área de San Pedro de Atacama: lenguas aborígenes atestigüadas por la fitonimia del área de San Pedro de Atacama. *Estudios Atacameños*, (16), 171-179.
- SÁNCHEZ, S. & SICA, G. (1994). Entre águilas y halcones: relaciones y representaciones del poder en los Andes centro-sur. *Estudios Atacameños*, (12), 165-178.
- SÁNCHEZ, P. (1913). Cartas geográficas del Desierto de Atacama. *Revista Chilena de Historia y Geografía*, 6, 198-208.
- SANHUEZA, M. C. (1992). Tráfico caravanero y arriería colonial en el siglo XVI. *Estudios Atacameños*, (10), 169-182.
- Sanhueza, M. C. (2001). Las poblaciones de la Puna de Atacama y su relación con los estados nacionales: una lectura desde el archivo. *Revista de Historia Indígena*, (5), 55-82.
- SANHUEZA, M. C. (2002). En busca del gran mentiroso: relatos orales, demarcaciones territoriales. El camino del Inca en el despoblado de Atacama. *Revista de Historia Indígena*, 6, 97-129.
- SANHUEZA, M. C. (2004). Medir, amojonar, repartir: territorialidades y prácticas demarcatorias en el incaico de Atacama (II región, Chile). *Chungará*, 36 (2), 483-494.
- SANTA CRUZ, J. (1913). Los indígenas del norte de Chile antes de la conquista española. *Revista Chilena de Historia y Geografía*, 3, (11), 38-88.
- SANTOLAYA, R., ARAYA, J. & PRIETO, R. (1984). *Microhematocrito como índice de aclimatación a la altura, en residentes sanos no mineros del campamento cuprífero de Chuquicamata y nativos residentes en los Andes de Tarapacá y Antofagasta, Chile*. Ponencia presentada en el 1º Simposio de Arqueología Atacameña. San Pedro de Atacama, Chile: Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo R.P. Gustavo Le Paige.
- SANTORO, C. & NÚÑEZ, L. (1987). Hunters of the dry Puna and the salt Puna in northern Chile. *Andean Past*, 1, 57-109.
- SANTORO, C., NÚÑEZ, L., STANDEN, V., GONZÁLEZ, H., MARQUET, P. & TORRES, A. (1998). Proyectos de irrigación y la fertilización del desierto. *Estudios Atacameños*, (16), 321-336.
- SCHIAPPACASSE, V., CASTRO, V. & NIEMEYER, H. (1989). Los desarrollos regionales en el Norte Grande (1000-1400 d.C.). En J. Hidalgo, V. Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate e I. Solimano (Eds.), *Prehistoria: desde sus orígenes hasta los albores de la Conquista* (pp. 181-220). Santiago, Chile: Andrés Bello.
- SCHIAPPACASSE, V. (1999). Cronología del Estado Inca. *Estudios Atacameños*, (18), 133-140.
- SCHUHMACHER, W. (1989) Reconstrucción interna del kunza. *Chungará*, (22), 113-115.
- SCHULLER, R. (1907). *Vocabularios y nuevos materiales para el estudio de la lengua de los indios Lican-antai (atacameños)-Calchaqui*. Santiago, Chile: F. Becerra.
- SCHULLER, R. (1958). *Vocabularios y nuevos materiales para el estudio de la lengua de los indios: Lican-antai (atacameños) - Calchaqui*. Santiago, Chile: Impr. Cervantes.
- SERRACINO, G. (1973). Proyecto Guatín: informes de trabajo. *Estudios Atacameños*, (1), 39-42.
- SERRACINO, G. (1974a). Bibliografía general sobre el yacimiento arqueológico de Ghatchi, San Pedro de Atacama. *Revista de Geografía Norte Grande*, 1 (2), 229-230.
- SERRACINO, G. (1974b). Cerámica de Guatín. *Estudios Atacameños*, (2), 11-36.
- SERRACINO, G. (1974c). Informe etnobotánico de Guatín. *Antropología*, (1), 37-43.
- SERRACINO, G. (1974d). Investigaciones arqueológicas en Guatín, San Pedro de Atacama 2: Informe. *Estudios Atacameños*, (2), 7-10.
- SERRACINO, G. (1974e). Proyecto Ghatchi: informe de trabajo. *Estudios Atacameños*, (2), 103-104.
- SERRACINO, G. (1975a). Movimientos de los cazadores y recolectores en la Cordillera de los Andes, entre la latitud 21 y 26 y longitud 6700' y 7022'. *Estudios Atacameños*, (3), 17-43.
- SERRACINO, G. (1975b). Vida pastoril en la precordillera andina: Guatín, San Pedro de Atacama, Chile. *Estudios Atacameños*, (3), 81-99.
- SERRACINO, G. (1976a). Ecosistema: un trabajo integrado entre científicos para el conocimiento y desarrollo del desierto de Atacama. *Estudios Atacameños*, (14), 3-6.
- SERRACINO, G. (1976b). Tular 4: 4 pozos de sondeo. *Estudios Atacameños*, (4), 24-31.
- SERRACINO, G. (1977). Tumbre: sitios estacionales en la industria tambilliense. *Estudios Atacameños*, (5), 5-20.
- SERRACINO, G. (1980). Tiwanaku desde San Pedro de Atacama. *Estudios Arqueológicos*, (5), 95-106.
- SIAREZ, E. (1998). *Crónicas y relatos históricos de San Pedro de Atacama: 1830-1940*. Antofagasta, Chile: Impr. Sergraf Ltda.
- SILVA, L. F. DA, ARAUJO, A. G. DE, CONFALONIERI, U. & NÚÑEZ, L. (1989). Infecção por *Enterobius vermicularis* em populações agro-pastoris pré-colombianas de San Pedro de Atacama, Chile.

- Memórias do Instituto Oswaldo Cruz*, 84 (supl4), 197-199.
- SINCLAIRE, C. (1997). Pinturas rupestres y textiles formativos en la región atacameña: paralelos iconográficos. *Estudios Atacameños*, (14), 327-338.
- SOUFI, W. & CHEHERE, E. (1994). *Diagnostic agraire de l'oasis de San Pedro de Atacama*
- SPAHLI, J. C. (1961a). Valor instructivo de un estudio sobre el desierto de Atacama. *Noticiario Mensual MUNAHIN*, 6 (61), 3-8.
- SPAHLI, J. C. (1961b). Vida espiritual y social de los atacameños. *Noticiario Mensual MUNAHIN*, 6 (62), 1-2.
- SPAHLI, J. C. (1962). Enfloramiento ou le culte du lana chez les indiens du désert d'Atacama, Chili. *Bulletin de la Société Suisse des Américanistes*, 14 (24), 26-36.
- SPAHLI, J. C. (1964). Chez les ceramistes indiens du désert d'Atacama, Chili. *Bulletin de la Société Suisse des Américanistes*, 15 (28), 5-8.
- STEBERG L., R. (1974a). Complejo estructural de Guatín. *Estudios Atacameños*, (2), 37-57.
- STEBERG L., R. (1974b). Estructuras de piedra de Ghatchi, San Pedro de Atacama. *Revista de Geografía Norte Grande*, 1 (2), 185-208.
- STOVEL, E. (2001). Patrones funerarios de San Pedro de Atacama y el problema de la presencia de los contextos Tiwanaku. *Boletín de Arqueología PUCP* [Lima, Perú], 5, 375-395.
- STRANGE, J. (1991). *Aspectos bioantropológicos de la expansión Tiwanaku hacia la región surandina*. Ponencia presentada en el 12º Congreso Nacional de Arqueología Chilena. Temuco, Chile: Museo Regional de La Araucanía.
- STRUBE, L. (1962). Toponimia atacameña: extremo norte de Chile y sur de Perú. *Publicaciones del Museo y de la Sociedad Arqueológica de La Serena*, (12), 25-32.
- TAJIMA, K., SONODA, S., CARTIER, L., ZANINOVIC, V., NÚÑEZ, L., HURTADO, L., et. al. (1998). Endemic HTLV in Japan and South America with especial reference to mongoloid dispersal from Asia to the Andes. *Estudios Atacameños*, (15), 35-46.
- TAMBLAY, J. (1991). *Larache Condeduque: replanteamiento de la presencia tiahuanacu en San Pedro de Atacama*. Ponencia presentada en el 12º Congreso Nacional de Arqueología Chilena. Temuco, Chile: Museo Regional de La Araucanía.
- TARRAGÓ, M. (1968). *Secuencias culturales de la etapa agroalfarera de San Pedro de Atacama, Chile*. Ponencia presentada en el 37º Congreso Internacional de Americanistas. Buenos Aires, Argentina: [s.n.].
- TARRAGÓ, M. (1976). Alfarería típica de San Pedro de Atacama, norte de Chile. *Estudios Atacameños*, (4), 37-64.
- TARRAGÓ, M. (1977). Relaciones prehispánicas entre San Pedro de Atacama (norte de Chile) y regiones aledañas: la quebrada de Humahuaca. *Estudios Atacameños*, (5), 50-63.
- TARRAGÓ, M. (1984). La historia de los pueblos circumpuneños en relación con el altiplano y los Andes meridionales. *Estudios Atacameños*, (7), 116-132.
- TARRAGÓ, M. (1994). *Intercambio entre Atacama y el borde de la Puna*. Ponencia presentada en el Taller de costa a selva: producción e intercambio entre los pueblos agroalfareros de los Andes centro-sur. Buenos Aires, Argentina: Universidad de Buenos Aires.
- TÉLLEZ, E. (1984). *Guerra atacameña del siglo XVI: implicancias y trascendencia de un siglo de insurrecciones indígenas en el despoblado de Atacama*. Ponencia presentada en el 1º Simposio de Arqueología Atacameña. San Pedro de Atacama, Chile: Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo R.P. Gustavo Le Paige.
- TÉLLEZ, E. (1989). Atacama en el siglo XVI: la conquista hispana en la periferia de los Andes meridionales. *Cuadernos de Historia*, (9), 45-69.
- TÉLLEZ, F. (1993). Museo arqueológico de San Pedro de Atacama: a 30 años de su inauguración. *Museos*, (17), 17-18.
- TÉLLEZ, F. (1994). Museo "R.P. Gustavo Le Paige S. J.", San Pedro de Atacama: estudio de las condiciones medioambientales en un ámbito de adobes. *Estudios Atacameños*, (11), 195-201.
- TÉLLEZ, F. (1997). *Sthropocheilus oblongus müll: restos de fauna malacológica tropical en contextos funerarios de San Pedro de Atacama: norte de Chile*. Informe preliminar. *Estudios Atacameños*, (14), 95-120.
- THOMAS, C. (1984a). *Reflexiones metodológicas acerca de las creencias en la cultura San Pedro a través del análisis de correspondencia de las tabletas de rapé*. Ponencia presentada en el 44º Congreso Internacional de Americanistas. Antofagasta, Chile: Universidad del Norte.
- THOMAS, C. (1984b). Sistematización de la alfarería del área de San Pedro de Atacama. *Revista Chilena de Antropología*, (4), 49-119.
- THOMAS, C. (1985). Algunos efectos de Tiwanaku en la cultura de San Pedro de Atacama. *Diálogo Andino*, (4), 259-274.
- THOMAS, C., MASSONE, C. (1988-1989). La organización dual en la cultura San Pedro: un enfoque etnoarqueológico. *Paleoetnológica*, (5), 87-120.
- TORRES, C. (1984a). *Iconografía de las tabletas para inhalar sustancias psicoactivas de la zona de San Pedro de Atacama, norte de Chile*. Ponencia presentada en el 1º Simposio de Arqueología Atacameña. San Pedro de Atacama, Chile: Instituto de In-

- vestigaciones Arqueológicas y Museo R.P. Gustavo Le Paige.
- TORRES, C. (1984b). Iconografía de las tabletas para inhalar sustancias psicoactivas de la zona de San Pedro de Atacama, norte de Chile. *Estudios Atacameños*, (7), 178-196.
- TORRES, C. (1984c). Tabletillas para alucinógenos de San Pedro de Atacama: estilo e iconografía. En *Tesoros de San Pedro de Atacama*, pp. 23-37. Santiago, Chile: Museo Chileno de Arte Precolombino.
- TORRES, C. (1991). Snuff powders from pre-hispanic San Pedro de Atacama: chemical and contextual analysis. *Current Anthropology*, 32 (5), 640-649.
- TORRES-ROUFF, C. (2002). Cranial vault modification and ethnicity in middle horizon San Pedro de Atacama, Chile. *Current Anthropology*, 43 (1), 163-171.
- TORRES-ROUFF, C., COSTA, M.A. & LLAGOSTERA, A. (2005). *Violence in times of change: the late intermediate period in San Pedro de Atacama*. *Chungará*, 37 (1), 75-83.
- TORRES-ROUFF, C. & COSTA, M.A. (2006). Interpersonal violence in prehistoric San Pedro de Atacama, Chile: behavioural implications of environmental stress. *American Journal of Physical Anthropology*, 130 (1), 60-70.
- UHLE, M. (1913). Indios atacameños. *Revista Chilena de Historia y Geografía*, 3 (9), 105-111.
- UHLE, M. (1914). Civilización atacameña según las últimas excavaciones. *Actes de la Société Scientifique du Chili*, 23, 15-20.
- UHLE, M. (1915). Tabletillas y tubos de rapé en Chile. *Revista Chilena de Historia y Geografía*, 16, 114-136.
- URIBE, M. (2002a). Sobre alfarería, cementerios, fases y procesos durante la prehistoria tardía del desierto de Atacama (800-1600 d.C.). *Estudios Atacameños*, (22), 7-31.
- URIBE, M., ADÁN, L. & AGÜERO, C. (2002b). Dominio inka, identidad local y complejidad social en las tierras altas del Desierto de Atacama, Norte de Chile (1450-1541 d.C.). *Boletín de Arqueología* [Lima: PUCP], 6, 301-336.
- URIBE, M. (2004a). El Inka y el poder como problemas de la arqueología del Norte Grande de Chile. *Chungará*, 36 (2), 313-324.
- URIBE, M. & AGÜERO, C. (2004b). Iconografía, alfarería y textilera Tiwanaku: elementos para una revisión del Período Medio del Norte Grande de Chile. *Chungará*, volumen especial, 1055-1068.
- URIBE, M., ADÁN, L. & AGÜERO, C. (2004c). Arqueología de los períodos Intermedio Tardío y Tardío de San Pedro de Atacama y su relación con la cuenca del Loa. *Chungará*, volumen especial, 943-956.
- URIBE, M. & AGÜERO, C. (2005a). *Aproximación a la Puna de Atacama y la problemática Yavi*. Ponencia presentada en el 16° Congreso Nacional de Arqueología Chilena. Concepción, Chile: Museo de Historia Natural de Concepción, DIBAM, Sociedad Chilena de Arqueología.
- URIBE, M. & ADÁN, L. (2005b). *Arqueología e historia... cultura y evolución social en el Desierto Atacama (900-1700 d.C.)*. Ponencia presentada en el 16° Congreso Nacional de Arqueología Chilena. Concepción, Chile: Museo de Historia Natural de Concepción, DIBAM, Sociedad Chilena de Arqueología.
- URIBE, M. (2006). Sobre cerámica, su origen y complejidad social en los Andes del Desierto de Atacama, norte de Chile. En H. Lechtman (Ed.), *Esferas de interacción prehistóricas y fronteras nacionales modernas en Los Andes Sur Centrales*. (pp. 449-502). Lima: Instituto de Estudios Peruanos, Institute of Andean Research.
- URQUIETA, G. & GARCÉS, H. (1989). Aplicación de tecnología educativa en el Museo Arqueológico R.P. Gustavo Le Paige, en San Pedro de Atacama. *Boletín de Educación*, 20 (1-2), 47-59.
- URRUTIA, J. (1968). *Danzas rituales en las festividades de San Pedro de Atacama*. [Santiago, Chile]: Universidad de Chile, Instituto de Investigaciones Musicales, Facultad de Ciencias y Artes Musicales.
- VAISSE, E., HOYOS, F. & ECHEVERRÍA, A. (1896). *Glosario de la lengua atacameña*. Santiago, Chile: Impr. Cervantes.
- VALENZUELA, I. & LOO, J. (1997). *Atacameños del siglo XX: registro fotográfico y etnográfico: fotografía y poesía*. Antofagasta, Chile: Fondart.
- VARELA, H., COCILOVO, J. & COSTA, M. (1990). El dimorfismo sexual en la población prehistórica de San Pedro de Atacama, Chile. *Chungará*, (24-25), 159-166.
- VARELA, H. (1996). Componentes de la variación intramuestral en la población prehistórica de San Pedro de Atacama, Chile. *Revista Argentina de Antropología Biológica*, (1), 219-231.
- VARELA, H. (2000). Structure of the prehistoric population of San Pedro de Atacama. *Current Anthropology*, 41 (1), 125-132.
- VERA, C. & SAAVEDRA, R. (1993). *Perspectiva 1993-94, investigaciones programadas: fuentes alternativas de agua potable en San Pedro de Atacama*. Ponencia presentada en el 2° Seminario Proyecto evaluación y gestión de recursos hídricos II región Antofagasta. Antofagasta, Chile: Universidad Católica del Norte.
- VILLAGRÁN, C., CASTRO, V. & SÁNCHEZ, G. (1998a). Etnobotánica y percepción del paisaje en Caspa-

- na (provincia de El Loa, región de Antofagasta, Chile): ¿una cuña atacameña en el Loa superior? *Estudios Atacameños*, (16), 107-170.
- VILLAGRÁN, C., CASTRO, V., SÁNCHEZ, G., ROMO, M., LATORRE, C. & HINOJOSA, L. (1998b). La tradición surandina del desierto: etnobotánica del área del Salar de Atacama (Provincia de El Loa, región de Antofagasta, Chile). *Estudios Atacameños*, (16), 7-105.
- VILLASECA, M. (1998). Percepción, desecación y revitalización cultural. *Estudios Atacameños*, (16), 233-250.
- VILTE, J. (2004?). *Kunza: diccionario kunza-español: español-kunza: lengua del pueblo likan-antai o atacameño*. [Santiago, Chile]: CODELCO-Chile.
- YACOBACCIO, H. & NÚÑEZ, L. (1991). *Recursos y espacio en Quebrada Tulán-52 (Puna de Atacama)*. Ponencia presentada en el 11º Congreso Nacional de Arqueología Chilena. Santiago, Chile: Museo Nacional de Historia Natural.
- ZAPATA, C. (2004). Atacameños y aymaras: el desafío de la verdad histórica. *Estudios atacameños*, (27), 169-187.
- ZAPATER, H. (1976-1977). Cinco relaciones sobre San Pedro de Atacama. *Norte Grande*, 5, 49-63.
- ZURITA, E. & COSTA, M. (1997). Desarrollo y aplicación de un modelo educativo en San Pedro de Atacama, Toconao y Peine, para reafirmar, a través de la mujer, la valorización de la cultura atacameña. *Boletín de Educación*, 28, 107-119.

Colección
IMAGEN DE CHILE

- Andrés Bello:
La pasión por el orden
Iván Jaksic
- Atlas de Historia de Chile
Oswaldo Silva Galdames
- Barros Arana.
Formación intelectual de una nación
Sergio Villalobos R.
- Chile y su historia
Sergio Villalobos R.
- Chiloé (Edición Bilingüe)
Charles Darwin
- Claudio Gay y la formación de
la identidad cultural chilena
Luis Mizón
- A short history of Chile
Sergio Villalobos R.
- Cultura Chinchorro.
Las momias más antiguas del mundo
Bernardo Arriaza
- Darwin en Chile (1832-1835)
Viaje de un naturalista alrededor del mundo
Charles Darwin
- El Ferrocarril Trasandino
Pablo Lacoste
- Breve Historia de Chile
Sergio Villalobos R.
- El norte de Chile: su gente, sus desiertos, sus volcanes
Gerardo Melcher
- Enciclopedia del Folclore de Chile
Manuel Dannemann
- Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile
en los siglos XIX y XX
Mario Góngora
- Expedición a la Tierra del Fuego
Martín Gusinde
- Fisonomía Histórica de Chile
Jaime Eyzaguirre
- Origen y ascenso a la burguesía chilena
Sergio Villalobos
- Historia Social de Chile y América
Rolando Mellafe
- Historia andina en Chile
Jorge Hidalgo Lehuedé
- Historia de Chile. Compendio
Oswaldo Silva Galdames
Sergio Villalobos R.
Patricio Estellé
Fernando Silva
- Historia de la minería del hierro en Chile
Augusto Millán U.
- Historia de la minería del oro en Chile
Augusto Millán U.
- Historia de la pediatría chilena
Nelson A. Vargas Catalán
- Historia de las Ideas y de la Cultura en Chile. Tomo I
Sociedad y cultura liberal
Bernardo Subercaseaux
- Historia de las Ideas y de la Cultura en Chile. Tomo II.
Fin de siglo: la época de Balmaceda
Bernardo Subercaseaux
- Historia de las Ideas y de la Cultura en Chile. Tomo III.
El centenario y las vanguardias
Bernardo Subercaseaux
- Historia de las Ideas y de la Cultura en Chile. Tomo IV.
Nacionalismo y cultura
Bernardo Subercaseaux
- Historia de las instituciones políticas y sociales de Chile
Jaime Eyzaguirre
- Historia del vino chileno
José del Pozo
- Ideario y ruta de la emancipación chilena
Jaime Eyzaguirre

- Introducción a la religiosidad Mapuche
Rolf Foerster
- Introducción al estudio de los insectos de Chile
Luis Peña G.
- Jesuitas y Mapuches: 1593-1767
Rolf Foerster
- La Contrarrevolución de la Independencia en Chile
Cristián Guerrero Lira
- La exportación minera en Chile 1800-1840
Luz María Méndez Beltrán
- La fronda aristocrática en Chile
Alberto Edwards Vives
- La minería metálica en Chile en el siglo XIX
Augusto Millán U.
- La minería metálica en Chile en el siglo XX
Augusto Millán U.
- La tierra de Hotu Matu'a. Historia y etnología de la Isla de Pascua
P. Sebastián Englert
- Las Mariposas de Chile. The butterflies of Chile (Edición Bilingüe)
Alfredo J. Ugarte P.
Luis Peña G.
- Las aguas de Santiago de Chile. 1541-1741
Gonzalo Piwonka
- Las estancias magallánicas
Juan Benavides
Marcela Pizzi
María Paz Valenzuela
Mateo Martinic
- Las regiones de Chile
Alfredo Sánchez
Roberto Morales
- Para una meditación de la Conquista
Sergio Villalobos R.
- Portales, una falsificación histórica
Sergio Villalobos R.
- Prehistoria de Chile
Grete Mostny
- Universidad y Nación.
Chile en el Siglo XIX
Sol Serrano
- Nuestra inferioridad económica
Francisco A. Encina